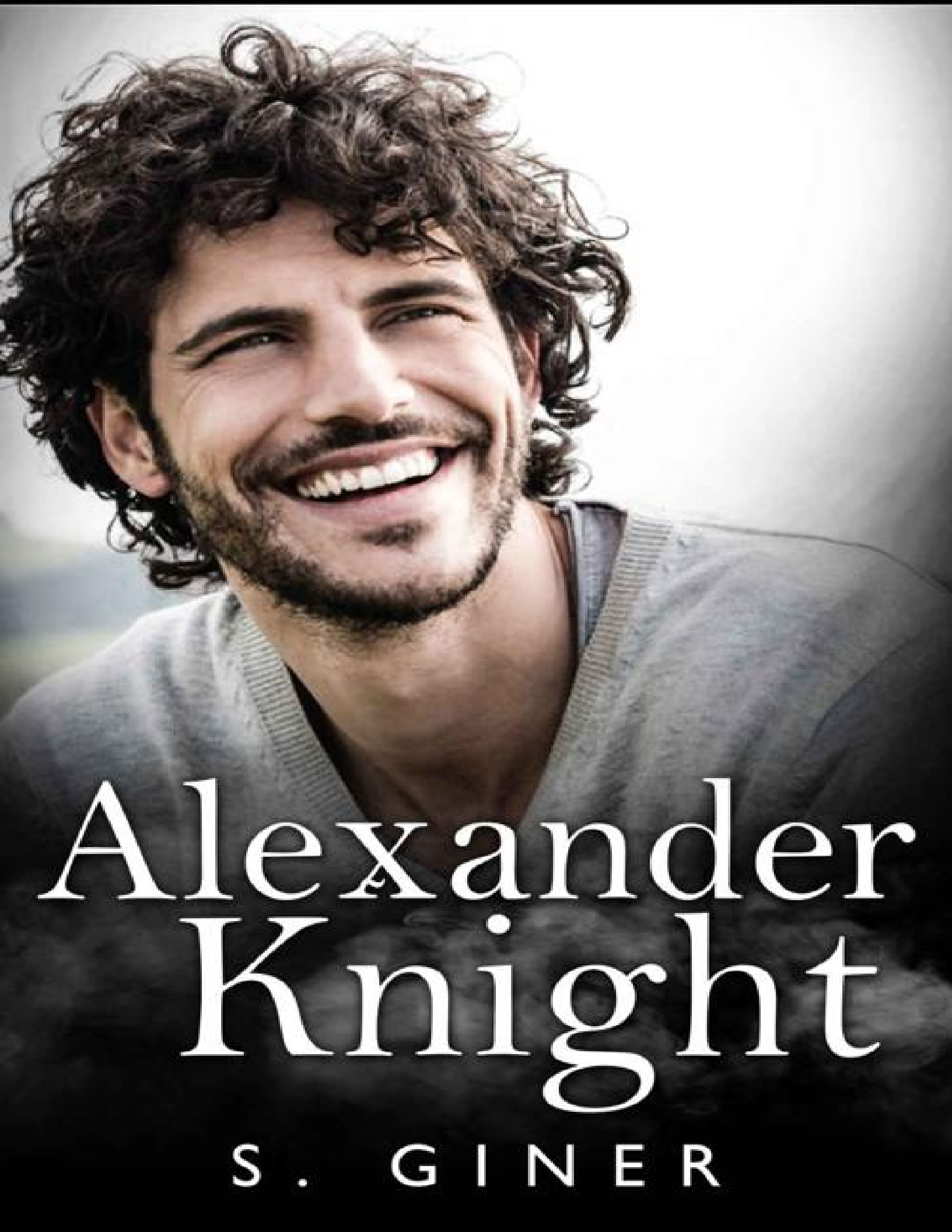

Alexander
Knight
S. GINER

Alexander Knight

S. Giner

Contents

Title Page
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

No se permite la reproducción total o parcial de este relato, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin previo aviso del propietario del copyright.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en este relato son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Copyright © S. Giner 2024

Todos los derechos reservados.

Título del relato: “Alexander Knight”, registrado.

Esta novela es la primera entrega de la serie: “Los vampiros también se enamoran”

Novelas publicadas de la autora:

Serie “Stanford”:

—Una esposa para Stanford.
—Adiós, señor Stanford.
—Tan arrogante como Stanford.
—Yo no soy como Stanford.
—Nadie es como Stanford.
—Yo también soy un Stanford.

Serie “Los vampiros también se enamoran”:

—Alexander Knight.

Otras novelas publicadas:

—Una pelirroja indomable.
—Un paseo por Alaska.
—Susurros desde el mar.
—El anuncio de Alex.
—365 días en una cárcel de cinco estrellas.

Relatos eróticos publicados:

—Encuentro inusual.
—Atrapado por una novata.
—Una sola noche contigo.

Capítulo 1

A Erin le gustaba ir a pasear por el bosque los viernes al salir del instituto. El aire fresco de la tarde le sentaba bien, la ayudaba a despejar la mente y olvidarse de sus alumnos, de las clases, de los exámenes y de los trabajos que tenía que corregir para el lunes. Y también le gustaba pensar en su vida. En su patética vida, se dijo. Cuando llegaba a casa se sentía otra persona, porque había dejado el estrés de la semana entre esos árboles.

Ese día se había entretenido más de la cuenta, porque estaba oscureciendo, y nunca había estado allí hasta tan tarde. Se apresuró a buscar el sendero para salir del bosque, pero se dio cuenta de que se le había desatado la cordonera de uno de los deportivos y se agachó para atarla.

De pronto notó un dolor terrible en la espalda. Alguien la había golpeado fuertemente, haciéndola caer al suelo. Antes de que pudiera levantarse y ver de quien se trataba, volvió a sentir otro golpe, esa vez en la cabeza. Alguien la cogió del pelo y la elevó, dándole la vuelta para tenerla frente a él. Ella miró aturdida a ese hombre, que no conocía de nada. Y entonces él le dio un puñetazo en la cara y luego otro, y otro más, sin soltarla del pelo.

Le dolía todo el rostro y pensó que le habría roto la nariz y puede que algún otro hueso más, porque sentía un dolor terrible, casi insoportable. Notaba un hilo de sangre resbalar por su frente y por la barbilla, que suponía que provenía del fuerte golpe que le había dado en la cabeza.

No entendía lo que estaba sucediendo, ni por qué ese hombre, que no había visto en su vida, la estaba tratando de esa manera.

—Pensaba matarte sin más, pero he creído conveniente hacerte sufrir, antes de que acabe contigo.

—¿Por qué? —preguntó ella en un murmullo.

—No merecerías ni que contestara a tu puta pregunta. Eres una zorra de mierda. Deberías pensar bien antes de suspender a tus alumnos.

Ella lo miró aturdida y desconcertada. ¿Todo eso era porque había suspendido a un alumno?, se preguntó. Siempre había pensado que era una profesora justa. Además, ese hombre no era alumno suyo, era demasiado mayor para ir al instituto.

Entonces él le dio un puñetazo en el vientre, que hizo que su cuerpo se doblara y se quedara sin respiración por unos segundos. Luego la golpeó de nuevo en el pecho. Ella cayó al suelo. Entonces le dio una patada en la cabeza y le abrió una brecha en la frente que empezó a sangrar de manera abundante, haciendo que ella se pusiera la mano sobre la herida. Siguió golpeándola con el pie hasta que se cansó. Y luego sacó un cuchillo de su bota y la acuchillo varias veces en el costado y en el vientre, haciendo que la sangre se extendiera por el suelo y penetrara en la tierra.

Erin estaba medio inconsciente y no supo lo que pasó a continuación. Estaba tan confundida, que ni siquiera sabía si lo que estaba sucediendo era algo real o lo había imaginado. De pronto una criatura emergió de la tierra y salió a la superficie. El hombre que tenía el cuchillo en la mano miró a ese ser, sin poder creer lo que estaba viendo.

Esa criatura, que estaba cubierta de lodo y tierra, miró a Erin, que tenía los ojos casi cerrados, porque no los podía abrir del todo por lo hinchados que los tenía. Ella lo miró a él y lo vio abalanzarse sobre el hombre que la había atacado.

—No deberías atacar a personas indefensas. Eres un cobarde y por eso vas a morir —dijo el extraño ser, cogiéndolo del cuello y elevándolo como si no pesara nada.

—No, por favor, por favor, se lo ruego. Yo no quería hacerlo. He perdido la razón y no sabía lo que hacía.

—He escuchado todo lo que ha dicho y tenía toda la intención de hacer lo que ha hecho. Es más, yo creo que lo tenía planeado.

—No, no, no. Por favor. Tengo dinero, le daré todo lo que llevo encima.

—No necesito dinero. Pero sí he de reconocer que necesito algo de ti.

—Lo que quiera, le daré lo que quiera.

—Aunque no me lo dieras, lo cogería igualmente —dijo cogiéndole del pelo e inclinándole la cabeza a un lado para dejar el cuello bien visible.

Erin vio que el hombre se inclinaba hacia su atacante y se acercaba a su cuello. Se preguntó si estaba mordiéndolo, pero no pudo saberlo con certeza porque estaba oscuro. Además, se sentía muy débil, estaba perdiendo mucha sangre y tenía la vista nublada. Y entonces perdió el conocimiento.

Ese hombre, que había salido de las profundidades de la tierra, se acercó a Erin poco después. Ella seguía inconsciente. Se mordió la parte interior de la muñeca haciéndola sangrar y la acercó a la boca de ella. Hizo que bebiera un poco de su sangre para que recobrara el conocimiento, porque necesitaba saber dónde vivía y cómo llegar a su casa. Erin se asustó al abrir los ojos y verlo tan cerca.

—¿Quién es usted?

—Eso no importa. Dígame dónde vive y la llevaré a su casa.

—Puedo ir sola —dijo intentando incorporarse.

—No puede. Tiene varios huesos del cuerpo rotos y algunas cuchilladas. Ha perdido mucha sangre y no podría ni mantenerse en pie.

—Entonces, lléveme a un hospital y los médicos se ocuparán de mí.

—No voy a llevarla a un hospital.

—¿Por qué?

—No puede verme nadie.

—Yo le estoy viendo.

—No puedo presentarme ante la gente.

—¿Por qué?, preguntó ella de nuevo.

—Solo quiero ayudarla, pero si no quiere que lo haga, la dejaré aquí.

—No puede dejarme aquí, en el bosque no hay cobertura.

Él se preguntó de qué estaría hablando.

—¿Dónde está el hombre que me ha atacado? —preguntó ella de repente.

—No se preocupe por él, ya no podrá hacerle daño. Le agradecería que me dijera cuanto antes cómo llegar a su domicilio, de lo contrario se desangrará.

—¿Dónde está su coche?

—No tengo coche —dijo él sin saber a qué se refería.

—Si no tiene coche, ¿cómo me llevará hasta casa?

—La llevaré en brazos.

—No vivo cerca.

—No importa.

—Necesito el bolso, en él tengo las llaves de casa.

Él cogió el bolso, que estaba a un lado en el suelo y lo puso en su regazo. Luego la elevó, como si fuera tan ligera como una pluma, y ella soltó un quejido por el dolor.

—Dígame por dónde he de ir —dijo él, de manera brusca.

—Hay un sendero, pero está tan oscuro que no puedo verlo.

—Está ahí delante, pero no sé hacia qué lado he de ir.

—Tiene que ir hacia abajo y seguirlo hasta salir del bosque. Tendrá que caminar unos tres kilómetros, o puede que más.

—Cierre los ojos y descanse.

—¿Usted puede ver el sendero?

—Sí. ¿Cómo se le ha ocurrido adentrarse sola en el bosque? Es peligroso. ¡Es una irresponsable!

—No soy irresponsable. Vengo casi todos los viernes a pasear por el bosque y nunca me había pasado nada.

—¡Pues hoy le ha pasado! ¿No tiene otro sitio para pasear?

—Por supuesto que hay más sitios para pasear, pero me relaja estar entre los árboles. Y no entiendo por qué me habla de forma tan brusca, yo no tengo la culpa de que me hayan atacado.

—¡Por supuesto que es culpa suya! ¡Si no hubiera estado sola por aquí no la habrían atacado!

—Ha dicho que me estoy desangrando, pero la verdad es que me siento bien y no me duele nada. Así que no estaré tan grave como dice.

—No está grave, está al borde de la muerte. Le he dado una pócima. Eso ha hecho que recobre la conciencia y se sienta algo mejor, pero sigue estando muy mal.

—¿Una pócima? ¿Qué pócima? ¿Y por qué emplea esa palabra?

—¿Cree que no es correcta? Además, ¿qué importa lo que le haya dado? ¡Lo único que tiene que importarle es que no tiene dolor! Y una pócima es una bebida medicinal.

—Sé lo que es una pócima. Pero ya no se emplea en la actualidad.

—¿Ya no hay pócimas?

—Las hay, pero ya no se llaman así. Ahora se conocen por medicamentos.

—Medicamentos —repitió él—. Tendré que ponerme al día.

—Discúlpeme, pero creo que es usted un poco raro.

—No tiene que disculparse, así no tendré que disculparme yo tampoco. Porque pienso lo mismo de usted. ¿En qué sentido le parezco raro?

—En todos los sentidos.

—No parece que sea usted muy amable.

—¿Y lo dice usted, que me está gritando desde que apareció? ¡Usted es quien no tiene ni una pizca de amabilidad!

—Ha dicho que le parezco raro en todos los sentidos. ¿Qué quiere decir con eso?

—Pues, en primer lugar, podría señalar el pelo.

—¿El pelo?

—Sí. Parece demasiado clásico, por decirlo de alguna forma… sin ofenderlo. Y lo lleva demasiado largo para la época en la que estamos. Y no es que no hayan hombres por ahí con el pelo largo, es solo que… no sé. Al igual que las patillas, nadie las lleva tan largas y tan anchas. No conozco a nadie que las lleve así. Otra cosa es esa especie de corbata que lleva. Me recuerdan a las que llevaban los hombres hace dos siglos.

—¿Hace dos siglos?

—Sí.

—¿En qué siglo estamos?

—¿No sabe en qué siglo estamos?

—Lo del paso del tiempo no lo llevo muy bien.

—¿Y me pregunta por qué me parece raro? —dijo ella riendo.

—¿En qué siglo estamos? —volvió a preguntar muy serio.

—Estamos en el siglo XXI.

Él la miró muy sorprendido, aunque ella no se dio cuenta.

—En el siglo XXI —repitió él sin poder creerlo.

—Sí. Parece un loro, repitiendo todo lo que digo. Y por si no está muy seguro, o lo ha olvidado, hoy es viernes, 1 de marzo del 2024.

De pronto un relámpago prendió el cielo, iluminándolo todo. El viento empezó a soplar con fuerza y la lluvia se precipitó sobre ellos.

—Vamos a parar un momento, tengo que taparla.

—¿No sería mejor que me llevara a casa sin detenernos? Así llegaríamos antes.

—Tiene mucha fiebre y no quiero que, además de estar malherida, coja un resfriado —dijo él agachándose y dejándola en el suelo debajo de un árbol.

—Llevo abrigo.

—Pronto estará empapado —dijo él sacándose su propio abrigo. Se lo puso a ella y se lo abrochó.

—Cogerá una pulmonía sin el abrigo.

—Llevo la chaqueta. No se preocupe por mí. La importante ahora es usted. Las dos capas de abrigo la protegerán de la lluvia.

—¿Qué le ha pasado, se ha pegado un golpe en la cabeza con un árbol, sin que yo me dé cuenta?

—¿Por qué dice eso?

—Porque durante el último minuto está siendo muy amable conmigo.

Él ni siquiera se molestó en decir nada.

Salieron del bosque y el caminó un buen trecho hasta llegar a la ciudad.

Seguía lloviendo. Erin estaba acurrucada en el pecho de él. Gracias a las farolas, veía como a él le resbalaba el agua por el rostro.

—Tiene que girar a la izquierda en la siguiente calle.

—De acuerdo —dijo él aturdido al ver las farolas.

—Lleva varios kilómetros caminando conmigo en brazos, y no parece cansado. Ni siguiera tiene la respiración alterada.

—Hago ejercicio —dijo él, mientras miraba a un lado y otro, alucinado con las tiendas y los luminosos que había sobre ellas.

—Supongo que sí. Desde luego parece que está en forma. Ni siquiera nos hemos presentado. Soy Erin Brennan.

—Yo soy Alexander Wilfred James Knight.

Ella lo miró durante unos segundos y luego soltó una carcajada.

—¿Por qué se ríe ahora?

—Porque incluso su nombre parece de otro siglo. ¿De dónde es?

—Soy de aquí, de Escocia. Usted es irlandesa, aunque su acento no es de allí, pero su nombre es irlandés.

—Mi abuela era irlandesa, ella fue quien eligió mi nombre.

—Erin es de origen gaélico, sirve para denominar, de forma poética, el territorio irlandés, al que se conoce como Eire. También significa belleza.

—Pues no será por mi belleza —dijo ella sonriendo.

—Es usted muy hermosa.

—No diga tonterías. Dice eso porque no puede distinguir mi rostro.

—Lo distingo perfectamente.

—Y he de decirle que esa palabra tampoco se emplea ya. Me refiero cuando se habla de una mujer.

—¿Qué palabra?

—Hermosa.

—¿Y qué palabra emplea ahora?

—Guapa, preciosa, deslumbrante.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Cómo suelen llamarle?

—Ya le he dicho mi nombre.

—No pretenderá que le llame Alexander Wilfred James. ¿Cómo le llaman sus familiares?

—No tengo familia.

—¿Cómo quiere que le llame?

—¡Llámeme como quiera! De todas formas, tan pronto la deje en su casa desapareceré de su vida.

Él estaba alucinado al ver los vehículos. Se deslizaban por la calzada sin hacer prácticamente ruido. Solo había conocido los carruajes tirados por caballos, y todo lo que veía era nuevo para él, y muy extraño.

—Entonces le llamaré Alexander. Siempre me ha gustado ese nombre. Ahora tenemos que ir por aquella calle —dijo ella señalándola con mucho esfuerzo.

—De acuerdo.

Alexander esperó hasta que hubo un espacio entre un vehículo y otro y cruzó la calle.

—Es un poco complicado cruzar a la otra parte cuando hay tantos carruajes.

—No son carruajes, son coches. Y hay semáforos por donde se puede cruzar con tranquilidad, porque los coches se detienen para que pasen los peatones.

—Semáforos —repitió él.

—Los semáforos son aquellas luces de colores que se ven en el siguiente cruce — dijo ella indicándoselas—. Son señales luminosas que los conductores tienen que seguir para que todo funcione bien. Si el semáforo está en rojo, los coches tienen que detenerse para que pasen los peatones, y lo mismo sucede con los peatones, que no pueden cruzar la calle, cuando su semáforo está en rojo. Cuando la luz está en verde pueden pasar unos u otros.

—¿La luz?

—¿No sabe lo que es la luz?

—No. ¿Puede explicármelo?

—La electricidad llegó a Escocia en 1879. La luz es un resplandor que ilumina. Por ejemplo las farolas hacen que podamos ver en la oscuridad.

—Entiendo.

—Todos esos carteles que ve sobre las tiendas se abastecen de electricidad, por eso brillan. Lo mismo pasa con los semáforos.

—Supongo que con tantos coches se necesitan semáforos, de lo contrario sería un caos.

—Desde luego que sí. Aquí no suele haber mucho tráfico, pero es hora punta.

—Hora punta.

—Sí, quiere decir que es la hora de más tráfico del día, porque es hora de terminar de trabajar.

También se dice que es hora punta por las mañanas, cuando la gente va al trabajo, o cuando

empiezan los colegios

—Entiendo. Supongo que eso que se ve en el cielo también es una luz. ¿Qué hace esa luz allí arriba?

—Es la luz de un avión —dijo ella mirando hacia arriba.

—Un avión.

—Supongo que repite las cosas que digo, porque desconoce qué son.

—He estado fuera mucho tiempo.

—¿Y no sabe lo que es un avión?

—No.

—Bueno, no me extraña, ni siquiera sabía lo que es un semáforo. La primera máquina voladora apareció en 1903.

—Máquina voladora.

—Así es como la llamaron al principio. Ahora se llaman aviones.

—¿Y para qué sirven?

—Para volar.

—¿Las máquinas vuelan solas?

—Por supuesto que no. Los aviones los dirigen los pilotos.

—Pilotos.

—Los pilotos son personas que han estudiado su manejo y están preparados para conducirlos.

—¿Y para qué se emplean los aviones?

—Para transportar personas y mercancías, dependiendo del tipo de avión. Un momento. Si desconoce los aviones y los coches, quiere decir que vivió antes de que aparecieran. ¿En qué año nació?

—Las preguntas que haga no tienen importancia. Pero tiene que estar segura de que quiere saber las respuestas. No creo que quiera saber en qué año nací.

—¡Por supuesto que quiero saberlo!

—Tiene que darme su palabra de que no hablará de mí con nadie.

—Aunque hablara de usted con alguien no me creería.

—¿Por qué?

—Porque pensaría que estoy loca. De todas formas, le doy mi palabra de que no hablaré de usted con nadie.

—Nací en 1817.

—¡Santa madre de Dios! Está bromeando, ¿verdad?

—¿Bromeando?

—¿Habla en serio?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Entonces, tiene más de dos siglos.

—Eso parece.

—Mi casa es la segunda, la de la puerta roja —dijo ella cuando entraron en la calle—. Y he de decirle que vivo en un tercer piso, y sin ascensor.

—No será un problema. Deme la llave.

Ella sacó el llavero del bolso y se lo dio.

—Es la amarilla.

Alexander miró las llaves. Nunca había visto unas como esas. Eligió la de color amarillo y abrió la puerta. Al entrar en el edificio, Erin presionó el interruptor de la luz que estaba junto a

ella.

Cuando el zaguán se iluminó, Erin lo miró. Alexander la miró a su vez con tanta intensidad, que ella creyó que sería capaz de ver sus pensamientos más íntimos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Los ojos que la miraban no eran amables, sino fríos y despiadados. Unos ojos que parecían que estuvieran analizándola por dentro. Ella se sintió muy incómoda, como si estuviera desnuda en sus brazos. Sin duda era un ser oscuro y siniestro y, posiblemente, peligroso. Por un instante pensó en decirle que la dejara allí y se marchara, pero no pudo hacerlo. Incluso pensando todo eso de él, ese hombre la atraía y se sentía muy intrigada.

—Supongo que eso también es luz —dijo él mirando el aplique que se había encendido en el techo.

—Sí.

—Es asombroso.

—¿Por qué está tan sucio?

—No hace un día de verano precisamente, ¿no cree?

—Eso está claro, pero está manchado de barro, a pesar de lo que ha llovido, por lo que supongo, que antes tendría mucho más barro encima. ¿Dónde se ha metido?

—No se preocupe por eso —dijo él empezando a subir la estrecha escalera.

—Menos mal que no nos hemos encontrado a ningún vecino, porque con las pintas que llevamos no sé lo que habría pensado al vernos.

—¿Pintas? —preguntó él—. ¿Por qué habla ahora de líquidos?

—¿Quién está hablando de líquidos?

—Usted ha dicho *con las pintas que llevamos.*

—Significa que vamos sucios y desaliñados. ¡Oh, Dios mío! Parece que sea de otro planeta y esta sea la primera vez que visita la tierra. La expresión de su rostro es… Parece como si lo hubieran dejado en una tierra desconocida, sin brújula y sin mapa —dijo riendo.

—Podría decirse que ha ocurrido algo similar. Ya le he dicho que he estado algún tiempo fuera.

—Cuando dice algún tiempo, ¿se refiere a dos siglos?

—Algo así.

—Ha dicho que ha estado fuera. ¿Fuera de dónde?

—Fuera del país.

—¿En qué país estaba antes?

—Habla demasiado para estar malherida.

—Pues he de decirle, que eso no es lo normal en mí, porque no suelo ser muy habladora, sino todo lo contrario. Puede que sea un efecto secundario de la pócima esa que me ha dado —dijo ella sonriendo.

—Parece que le hace gracia la palabra.

—Es porque solo la he escuchado en las películas de brujas.

—Películas —repitió él.

—Sí, películas. Y no me diga que no sabe lo que es una película.

—Entonces no se lo diré.

—¡Por supuesto que no sabe lo que es! ¡No sabe lo que es una película! —dijo ella soltando una carcajada.

—En el lugar de donde vengo no había de eso.

—Es aquí —dijo ella cuando llegaron a la tercera planta.

—La llave de la puerta es la azul —dijo ella.

Abrió la puerta con la llave que ella le indicó y entró en el apartamento.

—Acérquese a la pared para que pueda encender la luz.

Él volvió a asombrarse al ver que el pequeño piso se iluminaba.

—¿Dónde quiere que la deje?

—Pues… no sé qué decirle. Supongo que el sitio adecuado sería el cuarto de baño. Creo que, al igual que usted, necesito una ducha.

—Una ducha.

—Sí, una ducha. Es un grifo por donde sale agua. Se pone de pie debajo de él y el agua cae sobre usted, y de esa forma puede lavarse.

—¿La ducha tiene un asiento?

—¿Un asiento?

—Ahora es usted quien repite mis palabras.

—¿Por qué iba a haber un asiento en la ducha?

—No lo sé.

—Usted me tiene algo aturdida y desconcertada.

—No se preocupe, yo me siento igual.

—¿Por qué?

—¡Habla demasiado! ¡No está en condiciones para permanecer de pie! ¡Está muy débil!

—Yo me siento bien.

—¡Es por la pócima!, pero le aseguro que no está bien.

—¿Es usted médico?

—No. ¿Dónde la dejo? —preguntó él de nuevo, impacientándose.

—Déjeme en el sofá.

—Lo ensuciará todo.

—Entonces, ¿para qué me pregunta?

Él la miró. En su expresión se veía claramente su malhumor.

—No hace falta que se enfade. Déjeme donde quiera.

—Yo creo que es mejor que se siente en una silla.

—¿Y por qué me ha preguntado dónde me dejaba? Podía haberme dejado en una silla directamente.

Alexander la miró de forma amenazante, pero ella ni se inmutó. Retiró con el pie una silla que había junto a la mesa de la cocina para darle la vuelta.

—¿De dónde ha sacado la pócima? ¿La llevaba en el bolsillo, por si se encontraba con una chica herida? —preguntó ella con sarcasmo, mientras él la dejaba sentada en la silla.

—Es posible.

—¿Es un antibiótico, un tranquilizante…? Sea lo que sea, desde luego, es muy efectivo.

—Digamos que es una pócima mágica.

—Vaya, no será usted alguna especie de mago.

—No soy nada de eso —dijo él, sin tener idea de a qué se refería.

—¿Podría ayudarme a sacarme su abrigo y el mío?

—Sí, por supuesto.

Él la ayudó a sacarse el primer abrigo y ella gimió de dolor con el movimiento de los brazos.

—Me siento mal.

—Es lo normal después de la paliza que le han dado.

—Acabo de acordarme de algo.

—¿De qué?

—Cuando estábamos en el bosque, lo he visto acercarse al cuello del hombre que me ha agredido.

—Estaba medio inconsciente.

—Así y todo, lo recuerdo. Me ha parecido que lo estaba mordiendo. Y luego él se ha desplomado en el suelo. Me ha recordado a las películas de vampiros.

—¿Películas de vampiros? —preguntó él mientras le sacaba el otro abrigo—. ¿Ha oído hablar de los vampiros? ¿Hay vampiros en esta ciudad?

—Estará de broma, ¿no?

—No.

—Claro, antes ha dicho que no sabe lo que es una película —dijo ella sonriéndole.

La sonrisa se le borró de los labios cuando él le sacó el primer brazo del segundo abrigo por la manga. Erin dio un grito de dolor.

—¿Lo ha hecho a cosa hecha?

—¿A cosa hecha?

—Quiero decir a propósito. Para castigarme por hacerle tantas preguntas.

—Por supuesto que no, pero le agradecería que guardara silencio, aunque solo fuera por unos minutos. Habla demasiado.

—Usted es la única persona que me ha dicho eso.

—Al sacarle el otro brazo aún le dolerá más, porque las puñaladas las tiene en ese lado.

—¿Cómo sabe dónde tengo las puñaladas?

—La he visto en el bosque.

—En el bosque estaba oscuro. Y, además, llevaba un abrigo negro.

—¿Tiene que hablar tanto? —dijo él sacándole el brazo de la manga y haciendo que ella soltara un grito de dolor—. ¿Va a quejarse por todo?

—Me gustaría verle a usted en mi situación. ¡Santa madre de Dios! Tengo el vestido cubierto de sangre —dijo ella mirándose asustada, cuando el dolor se desvaneció.

—Le aseguro que ha perdido mucha. He de marcharme —dijo él, alterado al verle las piernas desnudas—. Avise a alguien para que la lleve al médico, o llámelo usted para que venga a visitarla.

—¿Marcharse? No puede marcharse sin ducharse. Si lo ven con ese aspecto lo encerrarán.

—¿Quién me encerrará?

—La policía. O puede que lo confundan con un vagabundo.

—No soy un vagabundo.

—No voy a llamar a nadie para que me lleve al hospital.

—Si no va, morirá.

—Si llamo a mi madre para decirle que tengo que ir al hospital, será ella quien morirá del susto. Y si le menciono que me han apuñalado, se agravará la cosa. Y con mis hermanos pasará lo mismo.

—Pues llame a alguna amiga o a algún familiar, o haga lo que quiera, la verdad es que no es asunto mío.

—Es usted muy amable —dijo ella con sarcasmo.

—La he librado de su agresor, y la he traído hasta su casa, ¿no cree que he sido lo suficientemente amable?

—Lo siento, tiene razón. La única amiga a la que podría llamar está en Londres, de viaje de negocios. Además, no quiero ir al hospital. No me gustan los hospitales.

—En eso estoy de acuerdo con usted.

—Desde que murió mi padre no he pisado uno. Me quedaré en casa.

—¿No ha escuchado lo que le he dicho? Si no va al hospital, morirá.

—Y si voy, posiblemente moriré también. Prefiero quedarme en casa.

—Tienen que arreglarle los huesos y curarle las heridas.

—¿No puede hacerlo usted?

—¿Yo? Ya le he dicho que no soy médico.

—Pero tiene una pócima mágica.

—Hágame caso, tiene que ir a un hospital.

—No iré.

—Tiene dos dedos de la mano derecha rotos, al igual que varias costillas, el pómulo y la nariz. Tiene el hígado y un riñón dañados. Y tienen que curarle las heridas del vientre y del costado.

—¡Dios mío! Parece que estoy grave. ¿Cómo sabe todo lo que me ocurre? ¿Acaso tiene rayos X en la vista?

Él se limitó a mirarla, pero no dijo nada.

—Si su pócima mágica me ha calmado el dolor, puede que consiga curarme del todo. Por favor, ayúdeme. Si me llevan al hospital, tendré que estar ingresada mucho tiempo y, por lo que ha dicho que tengo, puede que no vuelva a salir a la calle. No quiero morir en un hospital. Antes de ir a uno prefiero morir en casa. Puede irse si quiere. No me importa morir sola. Pero desde luego no voy a hacer que mi madre y mis hermanos se preocupen.

Erin esperó a ver si él decía algo, pero no abrió la boca.

—Sé que no me ha dado ninguna pócima.

—¿Por qué cree que lo sabe?

—Porque tengo entendido que las pócimas que preparaban antiguamente sabían muy mal y yo no he tenido en ningún momento mal sabor de boca. Además, creo que no me equivoco al pensar que mordió en el cuello al hombre que me atacó, supongo que para beberse su sangre. Y antes me ha preguntado si había vampiros en esta ciudad. ¿Quién es usted? O tal vez debería preguntar, ¿qué es usted?

—Es usted muy inteligente, ¿eh?

—No sé si soy muy inteligente, pero desde luego no soy estúpida.

—¿Qué haría si le dijera que soy un vampiro?

—Le diría que es el primer vampiro que conozco.

Alexander la miró con intensidad y ella le sostuvo la mirada, indicando que no la intimidaba. Aunque no fuera totalmente cierto.

—Si esa es su mirada más aterradora, siento decirle que no me intimida en absoluto.

—Es usted muy rara.

—Es posible. Aunque usted es más raro que yo. ¿Es un vampiro?

Alexander se quedó en silencio por unos segundos, preguntándose si podría confiar en ella. Al final decidió que lo haría, porque en cualquier momento podría hacer que olvidara lo sucedido.

—Sí.

—¿Puede curarme?

—Sí.

—Entonces, hágalo, por favor.

—De acuerdo.

—¿Puede explicarme los pasos del proceso?

—Me provocaré un orificio en la muñeca y usted beberá mi sangre.

—¿Y ya está? ¿eso es todo?

—¿Qué esperaba?

—No sé lo que esperaba. ¿Se cortará las venas con un cuchillo?

—No.

—¿Cómo lo hará?

—Me morderé.

—¿Le hará daño?

—A mí no hay nada que me lastime.

—¿Tendré que beber mucha?

—La suficiente para que se cure por completo.

—¿Me convertiré en vampiro?

—No.

—¿Qué ocurrirá después?

—Se quedará profundamente dormida por unas horas.

—¿Cuántas horas?

—¡No lo sé!

—Vale. No hace falta que se altere.

—No estoy alterado.

—Sí lo está.

—Por favor, ¿puede callarse por un instante?

—Me callaré.

—Lo único que tiene que saber es que cuando despierte estará completamente curada.

—Suena bien. ¿Permanecerá a mi lado hasta que despierte?

—Ya no me necesitará. He de marcharme.

—Quiero que se quede. Es el primer vampiro que conozco y me gustaría saber cosas sobre usted.

—¿Cómo sabe que no la mataré, como hice con el individuo que la atacó?

—¡¿Lo mató?!

—¿Quería que lo dejara con vida? Era un ser despreciable. Por cierto, esto lo llevaba en el bolsillo —dijo él entregándole el carnet de conducir del agresor—. Parece que es una licencia para conducir. Hay un nombre escrito en él, ¿lo conoce?

—Los apellidos coinciden con los de uno de mis alumnos.

—Puede que sean familia.

—Es posible que sean hermanos. Y no me extrañaría, porque mi alumno es una mala persona. ¿Y sabe qué le digo? Aunque no me gusta que la gente muera, ese hombre lo merecía.

—¿Cómo sabe que no la mataré a usted también?

—Porque si hubiera querido matarme, ya lo habría hecho. Sin embargo cargó conmigo durante varios kilómetros, simplemente para ayudarme. Creo que es una buena persona.

—No se confunda conmigo. Será mejor que no olvide que soy un ser frío y despiadado.

—Si usted lo dice… ¿Me va a curar?

—La curaré y me quedaré a su lado hasta que despierte. Luego me marcharé.

—Gracias. ¿Dónde lo haremos?

—El mejor sitio sería en el suelo. Así no mancharemos nada.

—En ese caso, ayúdeme, por favor.

Alexander la ayudó a levantarse de la silla y a sentarse en el suelo. Luego él se sentó a su lado.

—¿Seguro que no necesitará un cuchillo?

—No. Mis colmillos están muy afilados.

—Claro, como en las películas.

—Tendré que ver alguna de esas películas que ha mencionado sobre vampiros.

—No estaría mal. Tal vez debería lavarse las manos y la muñeca. Tiene barro y tierra y no me gustaría contraer ninguna enfermedad.

—No se preocupe, eso no sucederá. Tan pronto beba mi sangre, todas las enfermedades que pudiera tener desaparecerán.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Porque yo no puedo padecer ninguna enfermedad.

—No lo digo por usted sino por mí, está muy sucio y podría enfermar.

—No se preocupe, cuando despierte estará completamente sana.

—De acuerdo. ¿Cree que me dará asco beber su sangre? Puede que vomite. Recuerde que yo no soy un vampiro.

—Ya ha bebido mi sangre, y no vomitó.

—Pero no estaba del todo consciente.

—Lo comprobaremos enseguida.

—¿Su sangre era la pócima?

—Sí —dijo él mordiéndose la muñeca y acercándola a la boca de ella para que bebiera la sangre, que empezaba a brotar—. Chupe de los orificios. Cierre los ojos e imagine que es una pócima mágica.

Dos minutos después, Alexander sonrió y apartó la muñeca de la boca de ella.

—Vaya, es la primera vez que lo veo sonreír.

—Me habrá contagiado y puede que ahora también me haga gracia la palabra *pócima.*

—Apuesto a que es difícil que se contagie con cualquier cosa.

—Y no se equivoca. Es imposible que yo me contagie.

—Desde hace unos minutos me trata con amabilidad y ahora ha sonreído. Me tiene asombrada.

—Sé lo que es el sarcasmo, ¿sabe? Voy a ayudarla a que se acueste en el suelo —dijo él, un minuto después.

—Vale. ¿Se acostará a mi lado?

—Lo haré.

—Deme su palabra de que no se marchará mientras duermo.

—Tiene mi palabra.

Nada más acostarla en el suelo él se tumbó a su lado. Erin le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de él.

—¿Por qué me sujeta la mano? —preguntó él, porque jamás había rozado la mano de una mujer sin que ambos llevaran guantes.

—Porque así, si se levanta para irse, me daré cuenta.

—Yo siempre cumplo mi palabra. De todas formas, va a dormir tan profundamente, que si le soltara la mano no se percataría de ello.

—No se vaya, por favor.

—Estaré junto a usted cuando despierte.

No llegó a saber si ella había escuchado sus palabras, porque de pronto cayó en un sueño

profundo.

Alexander cerró los ojos y pensó en su mujer y en sus hijos, y se sintió morir. Permaneció con la mente en blanco, esperando que sus trágicos pensamientos se desvanecieran.

Se preguntó qué hacía allí, cogido de la mano de una humana. Seguía con los ojos cerrados. Recordó todo lo que había visto desde que había vuelto a despertar en el bosque. Todo había avanzado mucho. Pero claro, habían pasado ciento setenta y siete años. Aunque se había dado cuenta de que las casas no habían cambiado mucho, eran similares a las que recordaba. O tal vez fueran las mismas. Pero los carruajes… esos sí que habían cambiado. Ella le había dicho que se llamaban coches.

Se había sentido algo avergonzado cuando le sacó a Erin el abrigo y vio el vestido tan corto que llevaba. Jamás había visto las piernas de una mujer, a no ser que estuviera en su cama. ¿Y las máquinas voladoras? Había visto claramente la forma del avión, como ella le había llamado, a pesar de la oscuridad.

Giró la cabeza hacia el lado donde no estaba ella y vio un sofá y una mesa pequeña delante de él. Escaneó todo con la mirada: la estantería que había en la pared de enfrente, con libros y fotos. Fotos en color. Nunca había visto una foto en color. Vio en la pared un televisor, claro que él no sabía lo que era. Había otros aparatos en esa habitación que desconocía.

Tendría que aprender muchas cosas, se dijo. Erin le había dicho que todo era raro en él, lo que significaba que todos pensarían lo mismo que ella. Así que tendría que cambiar su aspecto y su manera de actuar, si quería pasar desapercibido. Se preguntó cómo iba a hacerlo. Le había sorprendido que ella no se asustara al decirle que era un vampiro. ¿Y si le pedía ayuda a ella?

Capítulo 2

—¿Está dormido? —preguntó Erin cuando se despertó y lo vio a su lado, con los ojos cerrados y con sus manos todavía entrelazadas.

—Querida, los vampiros no dormimos. ¿Cómo se encuentra? —dijo él girándose para mirarla.

—Vaya, el color de sus ojos es maravilloso. Nunca había visto un gris de ojos tan claro y nítido, aunque tiene tonos azulados —dijo ella fijándose mejor—. Es fascinante.

—Debería rectificar su conducta. Esa no es forma de hablar a un hombre.

—Usted no es un hombre, es un vampiro. Y ha de saber que la palabra *querida* tampoco se emplea en el presente. Bueno, se emplea pero normalmente, no con el mismo significado que usted tiene de ella. Una querida es la mujer que se acuesta con un hombre casado y que por lo general la mantiene.

—Discúlpeme. No era mi intención ofenderla. No volveré a mencionarla.

—No se preocupe, no me ha ofendido. Y, contestando a su pregunta, me siento genial —dijo incorporándose hasta quedar sentada—. Dios, estoy hecha un asco. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Once horas y treinta y ocho minutos —dijo él sentándose también.

—Vaya, qué exacto… teniendo en cuenta que no lleva reloj.

—Sí llevo reloj —dijo sacando uno de bolsillo, que estaba unido al chaleco por una cadena de oro—. Aunque está parado. Pero no necesito reloj para saber el tiempo que ha transcurrido.

—Supongo que no se podría esperar que una pila durara dos siglos. ¿Pero qué tonterías digo? En su tiempo no existían las pilas, los relojes eran de cuerda.

—No sé qué son las pilas.

—Por supuesto que no lo sabe. El primer reloj que funcionaba con pilas apareció en 1969.

—Yo estaba dormido en ese año.

—¿Dormido?

—Sí.

—Bueno, ya hablaremos de eso. Los hombres ya no llevan relojes de bolsillo. Esos relojes ahora son antigüedades.

—Supongo que todo lo que llevo encima será antiguo.

—Seguro que sí… Incluido usted —dijo sonriéndole—. Podía haberse duchado mientras estaba dormida.

—Le di mi palabra de que no me separaría de usted. Siempre cumplo mi palabra.

—Gracias por cumplirla. Supongo que no tendrá en algún lugar ropa de recambio.

—¿De recambio?

—Sí, ropa limpia para ponerse, mientras meto en la lavadora la que lleva. Porque su ropa está realmente sucia.

—¿Qué es una lavadora?

—Es una máquina eléctrica que lava la ropa.

—¿Quién la lava?

—La lavadora.

—¿La lava sola?

—Por supuesto. Puedo enseñársela, está en la cocina. Aunque creo que primero deberíamos

ducharnos, de lo contrario mancharemos todo el suelo.

—He de marcharme.

—No, por favor. Quédese un poco más. Nos ducharemos…, por separado, claro, y luego prepararé algo para cenar.

—Los vampiros no comemos.

—¿Y qué va a cenar?

Alexander la miró fijamente.

—¿Está pensando en morderme y beberse mi sangre?

—No. Me he alimentado en el bosque.

—Se ha alimentado de mi atacante.

—Sí.

—Bueno, al menos mi agresión ha sido productiva de alguna forma —dijo ella sonriendo.

—Desde luego que lo ha sido.

—¿Qué pasará cuando encuentren el cadáver?

—No lo encontrarán.

—¿Lo ha enterrado?

—No, está en las profundidades del Water of Leith. Como sabrá, es el río más importante de Edimburgo. Le aseguro que no lo encontrarán.

—Puede que en algún momento salga a flote. Dicen que los cadáveres permanecen en el fondo del mar o de los ríos y después de un tiempo salen a la superficie. Y entonces descubrirán que le han extraído la sangre.

—No se preocupe por eso. Las marcas del cuello desaparecen con mi saliva y, además, lo he descuartizado.

—¿Con qué herramientas? No me diga que llevaba con usted un kit de herramientas para descuartizar cuerpos.

—No he necesitado herramientas. Lo he hecho con las manos. He de decirle que soy muy fuerte.

—Eso parece. ¿Cuánta sangre ha bebido de ese hombre?

—Toda. No iba a desaprovecharla. Como comprenderá, después de casi dos siglos sin comer, estaba hambriento.

—Pues se habrá quedado satisfecho, porque una persona adulta tiene entre cuatro litros y medio y seis.

—¿Cómo lo sabe? Según he deducido por sus palabras de antes, es maestra.

—No soy maestra, soy profesora.

—¿Qué diferencia hay?

—Una maestra es como un médico de medicina general, que sabe de todo un poco, pero no está especializado en nada. Y una profesora es como un médico, con una especialidad.

—Especialidad —repitió él.

—Sí, ya sabe: cirujano, ginecólogo, odontólogo, traumatólogo…

—No conozco ninguna de esas palabras.

—Son especialidades de la medicina.

—¿Y qué especialidad tiene usted como profesora?

—Soy profesora de Geografía e Historia. Me ha dicho que nació en 1817.

—Sí. El 1 de abril.

—¿Nació ya vampiro?

—No. Me convirtieron en vampiro en 1847, cuando tenía treinta años.

—¡Santa madre de Dios! Con razón lo desconoce todo. Entonces, ¿qué tiene treinta años o doscientos siete?

—Si contamos el tiempo transcurrido desde que nací hasta ahora, tengo doscientos siete. Pero cuando te conviertes en vampiro permaneces con la misma edad que tenías cuando moriste.

—Entonces, ¿siempre tendrá treinta años? ¿no envejecerá nunca?

—Creo que no.

—¿Cree? ¿No está seguro?

—No del todo.

—Parece mayor de treinta años.

—Muchas gracias —dijo él con sarcasmo.

—Aunque por la Historia, sé que en el pasado, tanto los hombres como las mujeres se hacían adultos antes que ahora. De hecho, las mujeres se casaban cuando aún eran adolescentes. Y también vivían menos años. Ahora la gente muere muy mayor, a no ser que mueran de alguna enfermedad.

—¿A qué edad suelen morir ahora?

—Las mujeres a los ochenta y seis años y los hombres a los ochenta, como media.

—¿No me está engañando?

—Por supuesto que no. Ahora muchas personas alcanzan los cien años. Si no recuerdo mal, en 1850, la esperanza de vida al nacer en el Reino Unido era de cuarenta y dos años.

—Sí, en aquel entonces tanto los hombres como las mujeres morían mucho antes.

—Lo sé.

—Ha dicho que las mujeres se casaban cuando eran adolescentes.

—Sí, ya sabe, cuando terminan el instituto, a los diecisiete años.

—¿Qué es el instituto?

—Es un centro de enseñanza secundaria. Yo doy clases en uno.

—¿Qué significa enseñanza secundaria?

—Primero está preescolar, que es un colegio para niños pequeños, desde los tres a los cinco años. Luego la enseñanza primaria, que es desde los cinco años a los diez. Y luego la secundaria, desde los diez a los diecisiete. Después van a la universidad, los que quieren estudiar.

—Ya entiendo. ¿Usted ha ido a la universidad?

—Sí, de lo contrario no podría impartir clases en el instituto.

—En mi tiempo las mujeres no estudiaban. Únicamente se preparaban para ocuparse de sus maridos, de la casa y de sus hijos.

—Las cosas han cambiado desde entonces. En su tiempo las mujeres significaban muy poco. Ahora, no es que hayamos igualado a los hombres, porque todavía hay diferencias, sobre todo en cuanto a trabajo, pero tenemos los mismos derechos que ellos.

—¿Quiere decir que las mujeres son iguales que los hombres?

—Sí. Hablaremos de lo que quiera más tarde. Ahora voy a meterme en la ducha y luego se lava usted, que seguro que tarda más tiempo que yo, porque está más sucio —dijo ella levantándose—. No tardaré.

—De acuerdo —dijo él, que se había levantado con ella.

Ella salió poco después del baño con el albornoz puesto. Alexander seguía de pie. Aunque ya le había visto las piernas, porque llevaba un vestido, Alexander desvió la mirada hacia ellas, algo escandalizado, porque en su tiempo a las mujeres no se les veía ni el tobillo.

El vampiro la observaba con una intensidad, que hacía que se sintiera como un conejito acechado por un depredador.

—Me noto diferente.

—¿A qué se refiere?

—Mi rostro ha cambiado desde que he despertado.

—Los rostros no cambian, y menos en unas horas.

—Pues yo le digo que el mío ha cambiado.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien. Estoy guapa.

—Yo la encuentro igual de guapa que cuando estaba sucia.

—No estoy igual. Además, tenía dos marcas de granos y han desaparecido —dijo ella sintiéndose muy halagada por sus palabras—. Y tenía una cicatriz en la rodilla desde que tenía diez años y tampoco la tengo.

—¿Se está quejando?

—Por supuesto que no. Además, tenía un diente ligeramente torcido y ahora está bien. Mi dentadura ahora está perfecta, y muy blanca

—Ya sabe que mi sangre es una pócima.

—¡Madre mía! Su sangre es milagrosa. Bien. Ahora le toca a usted. Mientras se ducha veré si tengo alguna ropa de mis hermanos que le pueda servir. A veces se quedan a dormir aquí y olvidan algunas cosas.

—Debería marcharme.

—No diga tonterías. Ha dicho que no pueden verlo, y aquí no lo verá nadie. Aunque ahora que lo veo claramente —dijo cuando lo vio de pie frente a ella—, si hubiera alguna ropa de mis hermanos, le vendría pequeña, porque no son tan altos como usted, ni tan anchos. Veré si encuentro algo que pueda utilizar mientras se lava la ropa y se seca. Vamos, le acompañaré al baño.

Erin caminó por el pequeño pasillo y abrió una puerta.

—Aquí es. Ahora que lo pienso, los primeros baños aparecieron en la segunda mitad del siglo XIX, así que seguramente no sabrá utilizar los sanitarios. Si no recuerdo mal, en su tiempo utilizaban bacines, que estaban en los dormitorios para orinar y hacer las deposiciones.

—Sí.

—Y se lavaban en jofainas, ¿no?

—Sí. Aunque en algunas casas había recipientes para bañarse, que se subían a los dormitorios y se llenaban con cubos de agua caliente. En mi casa teníamos uno de esos, lo compré tan pronto aparecieron.

—A esos recipientes se les llama bañeras. Desde entonces hemos evolucionado bastante. Esto es una versión moderna —dijo entrando en la estancia y señalando la bañera—. Si no entra no sabrá de qué hablo.

—¿Quiere que entre ahí dentro con usted?

—¿Me tiene miedo?

—Usted es quien debería tenerme miedo a mí.

—Sí, supongo que sí. En fin. Dejemos el miedo para otro momento y ocupémonos de lo que importa ahora. Entre, no sea tímido.

Alexander entró en el baño y se quedó lo más alejado que pudo de ella.

—Esta es la bañera. El manejo es muy simple. Este es el grifo. Se levanta la palanca y sale agua —dijo ella demostrándoselo—, si se gira a la izquierda sale caliente y a la derecha fría. Puede ir regulándola de un lado al otro hasta que salga a su gusto. Está demasiado sucio, por lo que creo que debería ducharse en vez de bañarse. Pero puede utilizar la bañera en otro momento

y cada vez que quiera.

—Gracias. Es fantástico. ¿De dónde viene el agua?

—Sube desde una tubería central y se bifurca para surtir a todas las viviendas. Y ocurre lo mismo a la inversa, para que el agua vaya a otra tubería.

—¿Y quién calienta el agua?

—Hay un termo, que es un calentador. La calienta y luego sale por la tubería de agua caliente.

—¿La calienta él solo?

—Sí. Con electricidad. Aunque también los hay de gas.

—Increíble.

—Esta es la ducha —dijo ella abriendo la mampara—. Funciona igual que la bañera. Si gira la palanca a la izquierda sale agua caliente y para el otro lado sale fría. Y sale por ahí, que es la ducha —dijo ella, entrando en la pequeña estancia y señalando la parte superior.

Alexander se asomó, sin llegar a entrar en el pequeño espacio.

—La ducha puede sacarla del soporte —dijo ella haciéndolo y abriendo el grifo para que lo viera—. Es fácil, ¿no?

—Sí, muy fácil, y maravilloso.

—Como puede ver, hay tres botellas, una es champú, para lavarse el pelo. Tendrá que lavarlo dos veces, o tal vez tres, porque después de dos siglos, estará muy sucio. No olvide lavarse también la barba.

—Lo haré.

—Luego se pone en las manos un poco de acondicionador, que es la botella de al lado, y se lo extiende por el pelo. Ayudará a que se desenrede antes y quede suave.

—¡No necesito todo eso!

—Hágame caso, por favor.

—De acuerdo.

—La otra botella es gel de ducha, es jabón para el cuerpo. Lo pone en la esponja y se frota el cuerpo con ella. Creo que tengo una esponja nueva y también un cepillo de dientes —dijo ella, saliendo de la ducha y sacándolos de un armario.

Él se quedó embobado mirando ambas cosas, que aún estaban en sus envoltorios.

—Bien.

—No puede equivocarse con las botellas que hay en la ducha, porque pone el nombre en cada una de ellas: champú y acondicionador para el pelo, y gel de baño para el cuerpo.

—No hacía falta que lo mencionara de nuevo. Los vampiros no olvidamos nada.

—Estupendo. Este es el lavabo, se emplea para lavarse las manos, la cara y los dientes. Y esta botella es el jabón de manos, presiona aquí y el jabón sale.

—Muy bien.

—El grifo funciona de igual forma que los otros.

Él abrió el grifo maravillado al ver el agua salir de él.

—Puede secarse las manos con esta toalla —dijo mostrándole la que había en el toallero.

—Gracias.

—Y este es el bacín de nuestra época. Se llama inodoro, váter, retrete… hay varias palabras para nombrarlo, pero la más normal es váter.

—Entendido.

—Como ha dicho que los vampiros no olvidan nada, el aprendizaje será sencillo para usted. Para utilizarlo se levanta la tapadera y se sienta para hacer las deposiciones. Este es el rollo de

papel para limpiarse. Si solo va a orinar, levanta esta tablilla. Cuando termina, presiona este botón y el agua arrastra lo del fondo.

—Es un invento increíble.

—Supongo que para usted sí lo será. Cuando yo nací ya existía, por lo que para mí es normal. Si en el váter queda adherida suciedad, puede utilizar esa escobilla para limpiarla. No olvide bajar la tablilla y la tapadera cuando termine. Soy un poco maniosa en cuanto a eso.

—No lo olvidaré. ¿Dónde va todo lo que arrastra el agua?

—Baja por unas tuberías hasta la calle.

—¿Y se queda en la calle?

—No. Aunque no estoy segura de adónde va.

—¿Qué quiere decir con que no está segura de adónde va?

—Porque puede ir al mar, o a una planta de depuración. Lo averiguaré y se lo diré.

—Gracias.

—Aquí le dejo dos toallas —dijo ella sacándolas del armario, junto con el secador y dejándolos sobre el inodoro—. La grande es para que se seque el cuerpo y se envuelva con ella, y la pequeña para secarse el pelo.

—De acuerdo —dijo él, tocando el tejido de las toallas maravillado.

—Este es el secador de pelo. Lo enchufa aquí y aprieta este botón. Saldrá aire caliente. Si quiere que salga frío, pulse este botón.

—Bien.

—Aquí le dejo un peine y un cepillo para el pelo. Y esta goma, por si quiere sujetárselo.

—Gracias.

—Este es el cepillo de dientes —dijo ella, sacándolo del envoltorio—. Y esta la pasta de dientes. Pone un poco en el cepillo y se lava los dientes desde la encía hacia el exterior. Esto tampoco había en su tiempo, ¿eh?

—No como esta. Pero empleábamos unos polvos.

—Lo sé, lo leí en algún sitio. Puede dejar el cepillo de dientes en este vaso, junto al mío. Esta es la esponja —dijo sacándola de la envoltura de plástico.

—Gracias.

—Deje toda su ropa en el suelo y avíseme cuando esté en la ducha. Entraré a cogerla para lavarla.

—¿Va a entrar cuando esté desnudo?

—El cristal es opaco y no podré verlo. Así que no cierre con pestillo.

—Bien.

—Esperaré fuera.

—No tardaré.

Cinco minutos después Alexander la llamó y Erin entró en el baño. Cogió la ropa y salió de nuevo.

Alexander no podía creer que se estuviera duchando. Le parecía sorprendente que saliera agua y, además, caliente. Se lavó primero el pelo, la barba y las patillas. El champú olía de maravilla, a coco. Había visto un coco una sola vez en su vida, lo habían traído en un barco desde Sudamérica. Ahora entendía el olor que desprendía Erin cuando la cogió en brazos. Le encantaba el olor.

Miró hacia el suelo y vio la suciedad cuando se aclaró el pelo. Luego se lo lavó de nuevo como le había pedido ella. Después de aclararlo por segunda vez y que el agua saliera limpia, se puso el suavizante, que también olía a coco. Era un olor embriagador. Daría lo que fuese por

poder ducharse cada día.

—¿Puedo abrir la puerta?

—¿Qué quiere? —preguntó él preocupado.

Ella abrió la puerta un poco para que la escuchara.

—Iba a meter la ropa en la lavadora, pero no he encontrado las instrucciones de lavado.

—¿No conoce su lavadora?

—No me refiero a la lavadora, sino a su ropa. No tiene instrucciones de lavado y me da miedo meterla en la lavadora por si encoge. Puedo lavarla en el programa delicado, pero no estoy segura de lo que sucederá. Aunque, de todas formas, no podría ir por ahí con esa ropa. Creo que lo mejor es que la meta en la lavadora y que sea lo que Dios quiera.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que puede que se estropee. Pero puedo ir a comprarle algo de ropa, o pedirla por Internet.

—¿Qué es Internet?

—Mejor que dejemos esa lección para otro momento.

—De acuerdo. Entonces, haga lo que crea más conveniente.

—Vale. ¿Cómo va?

—Muy bien. Esta ducha es maravillosa.

—Mi ducha es de lo más normal, hay algunas que son de película.

—De película.

—Sí, fantásticas, espectaculares. Algún día le llevaré a un hotel de cinco estrellas para que vea una de ellas. Aunque esos hoteles cuestan un pastón.

—¿Qué es un pastón?

—Pasta es dinero, en el lenguaje de la calle y pastón es mucho dinero.

—Entendido. ¿El agua se termina?

—No. Dependiendo de lo que se gaste se paga más o menos, pero no se termina.

—Entonces no tardaré, no quiero que gaste mucho dinero.

—No se preocupe por eso. Puede tardar el tiempo que quiera.

—Gracias.

—Cuando acabe salga envuelto en la toalla. Todavía no he buscado algo para que se ponga. Voy a poner la lavadora primero.

—¿Quiere que salga envuelto en la toalla?

—Mejor que salga envuelto en la toalla que desnudo, ¿no le parece? De todas formas, no lo va a ver nadie.

—Me va a ver usted. ¡Usted no es normal!

—El que no es normal es usted. Por el amor de Dios, ¿después de todo lo que hemos pasado juntos, va sentir vergüenza de mí?

—No es decente que usted me vea solo con una toalla.

—Alexander, tendrá que asumir que, a partir de ahora, para usted no va a ser nada normal, porque las cosas han cambiado mucho en dos siglos. Pero no tiene que preocuparse, porque irá aprendiendo todo poco a poco.

—De acuerdo.

—Encenderé la calefacción, de lo contrario se congelará si sale solo con la toalla.

—¿Qué es la calefacción?

—Son las chimeneas modernas. Luego le hablaré de ellas.

—Bien. Pero por mí no la encienda, porque yo no tengo frío nunca.

—Qué suerte tiene. Vale, le dejo que termine. Mientras prepararé el desayuno.

—No tardaré.

Erin se dirigió a la cocina, pensando que no comprendía cómo un hombre tan brusco podía excitarla. Porque ese hombre la atraía, sin ni siquiera proponérselo. Aunque tenía que reconocer que había dado un cambio radical en cuanto a su comportamiento con ella.

Examinó los bolsillos del abrigo. En uno había unos papeles doblados en los que había algunas cosas escritas, pero estaban borrosas e ilegibles. Y en el otro unos guantes en muy mal estado. Los dejó en el suelo y examinó el abrigo por todas partes. A pesar de lo sucio que estaba, supo que esa prenda era de buena calidad. Por lo que dedujo, que Alexander no habría sido pobre en su otra vida. Dejó el abrigo en el suelo y miró si había algo en los bolsillos de la chaqueta. En uno había un pañuelo de tela. Le dio la vuelta y, a pesar de que estaba amarillento por el paso del tiempo, pudo distinguir las iniciales de su nombre completo. Eso también demostraba que no era un simple trabajador. Decidió que lavaría el pañuelo hasta que quedara blanco. Posiblemente sería lo único que iba a salvarse de todo lo que llevaba encima y pensó que a él le gustaría tener algo de recuerdo de su otra vida. Puede incluso que las iniciales las hubiera bordado alguna mujer que le interesaba. En el otro bolsillo había unos papeles que se desintegraron en cuanto los sacó. En el chaleco seguía el reloj, que sin duda era de oro, al igual que la cadena, y valdría bastante dinero. Desenganchó la cadena del ojal y lo dejó sobre la mesa de la cocina. Luego revisó los bolsillos de los pantalones. En uno había un montón de monedas. Reconoció la cara del monarca británico reinante, era Jorge III. Las monedas se llamaban soberanos. El otro bolsillo estaba vacío.

—Ya he terminado.

Erin levantó la mirada hacia él y casi le da un pasmo al verlo. ¿Había pensado que no entendía porqué la excitaba ese hombre? ¡Por Dios bendito! Tenía el torso más espectacular que hubiera visto en su vida, pensó, y unas piernas largas y fuertes.

Erin le miró el rostro, en el que se reflejaba una expresión tempestuosa. Los iris de sus ojos se habían oscurecido y se veían fríos y salvajes.

—Supongo que se ha quedado asombrada, porque no llevo todo el cuerpo cubierto, pero esta toalla no es muy grande.

—No me he quedado asombrada por eso, porque los hombres se ponen la toalla exactamente donde la lleva usted. ¿Seguro que no tiene frío?

—Completamente seguro. ¿Cuál es la razón de que se asombrara al verme?

—No importa. He dejado sobre la mesa lo que llevaba en los bolsillos. No he visto llaves. ¿No llevaba con usted las llaves de su casa?

—Yo nunca llevé llaves de casa. Warren siempre me abría la puerta.

—¿Quien era Warren?

—Mi mayordomo.

—Vaya, tenía mayordomo. Menudo lujo. He decidido que voy a tirar el abrigo a la basura. Está hecho harapos y no puede salir con él a la calle, porque lo confundirían con un indigente. Por si no lo sabe, un indigente es una persona que no tiene casa y vive en la calle.

—En mi tiempo había muchos de ellos.

—Lo imagino. El traje y la camisa están como el abrigo, al igual que los guantes.

—Entonces, tírelos también.

—Sí, lo mejor es olvidarnos de lavar nada y directamente tirarlo todo.

—Lo que usted decida estará bien.

—De todas formas, con esa ropa llamaría la atención y lo que nos interesa es que pase desapercibido.

—Tiene razón.

—Está siendo muy amable conmigo últimamente —dijo ella metiéndolo todo en una bolsa de basura para bajarlo al contenedor.

—Estoy empezando a darme cuenta de que voy a necesitar mucha ayuda para valerme por mí mismo. Y solo la conozco a usted.

—¿Por eso está siendo amable conmigo?

—Me he dado cuenta de que es una buen apersona.

—Gracias.

—Tiene mucha paciencia conmigo. Y creo que la voy a necesitar.

—Le ayudaré en todo lo que pueda. Es lo menos que puedo hacer, después de que me haya salvado la vida.

—Se lo agradezco.

—Acompáñeme a mi habitación. Veré si hay algo de mi hermano.

—No puedo ir con usted a su habitación, estoy desnudo.

—¿Qué diferencia hay en que estemos aquí a que estemos en mi cuarto? Porque si el problema que tiene es que hay una cama en mi dormitorio, he de decirle que no soy virgen.

—¿No es virgen?

—No.

—¿Está casada?

—No. Alexander, las mujeres de ahora no tienen nada que ver con las que usted conocía en su tiempo. Pueden mantener relaciones sexuales con el hombre que quieran y nadie las juzgará.

—¿Habla en serio?

—Absolutamente en serio. Vamos.

Después de buscar en el armario y en los cajones encontró un pijama de su hermano mayor.

—Esto puede servirle. Es un pijama. Seguramente el pantalón le vendrá un poco corto y la parte de arriba algo estrecha, pero será provisional. Luego saldré a comprarle algo para que pueda salir a la calle. Póngaselo. Le espero en la cocina.

—De acuerdo.

Erin preparó la cafetera y la puso al fuego. Luego calentó la leche y metió dos rebanadas de pan en la tostadora.

Alexander abandonó el dormitorio después de ponerse el pijama.

—Me queda todo estrecho —dijo él apareciendo en la cocina con la toalla en la mano.

—Lo suponía —dijo ella volviéndose a mirarlo.

—¿Dónde dejo la toalla?

—En el baño hay unas barras color plata en la pared, es un calentador, cuelgue las dos toallas que ha utilizado en él y se secarán. Yo suelo lavar las toallas una vez a la semana.

Alexander se dirigió al baño y poco después volvió.

—También necesitará zapatos y calcetines. Y ropa interior.

—Quédese las monedas esas —dijo él refiriéndose a las que llevaba en el bolsillo y que descansaban sobre la mesa—. Es posible que tengan algo de valor.

—Sin duda tendrán valor, pero quiero que las conserve, como recuerdo de su otra vida.

—Mi otra vida no fue muy agradable y prefiero no recordarla. Me refiero al final.

—Así y todo, debería conservarlas.

—Si usted lo considera oportuno, las guardaré.

—¿Me hablará alguna vez de lo que le sucedió al final de su otra vida?

—Es posible.

—Después de desayunar le tomaré medidas para no equivocarme con lo que compre. ¿Va a desayunar conmigo?

—No, gracias. ¿Puedo mirar cómo hace el desayuno?

—Por supuesto.

Él se acercó y se colocó junto a ella.

—Estos son los hornillos. En su tiempo se emplearía el carbón o la leña. Ahora usamos el gas o la electricidad. Estos son de gas —dijo ella, pulsando el botón de encendido del hornillo.

—Es maravilloso —dijo él al ver que se había encendido.

—Supongo que sí. Encima del fuego se coloca la sartén, el cazo o la olla y se cocina.

—Es asombroso.

De pronto saltaron las tostadas.

—Eso es un tostador. Como su nombre indica, sirve para tostar el pan —dijo poniendo las tostadas en un plato.

—Ya veo.

—Y esta es la cafetera. Hay muchas clases de cafeteras. A mí me gusta esta, el café no sale muy fuerte. Es muy sencilla, en esta parte de abajo se pone el agua, sobre el depósito del agua hay un compartimento donde se pone el café molido, y se cierra enroscando. Luego se coloca sobre el fuego. Cuando el agua hierve sube por un conducto que llega hasta el compartimento donde está el café molido y entonces sale el café por esos orificios y se queda en la parte superior.

—¿Por qué hace ese ruido?

—Porque está saliendo el café. ¿Ve? —dijo abriendo la cafetera para que viera como salía el café por el orificio.

—Es un buen invento. ¿Ya no se toma té aquí?

—Sí, la mayoría de la gente toma té, pero a mí no me gusta. Pero si quiere le puedo preparar uno. Siempre tengo en casa, porque a mi madre y a mi amiga les gusta.

—Se lo agradezco, pero no es necesario.

—Vale. Siéntese si quiere.

—Gracias —dijo él sentándose.

—Ya le iré enseñando todos los electrodomésticos. Ahora voy a desayunar porque estoy hambrienta y no quiero que se me enfríen las tostadas.

—Hágalo, no se preocupe por mí.

—Por cierto, los electrodomésticos son los aparatos que ve en la cocina.

—De acuerdo.

Erin se sirvió un café con leche y lo llevó a la mesa. Luego llevó las tostadas, la mantequilla y la mermelada de albaricoque, y se sentó. Se puso azúcar moreno en el café con leche y comenzó a comer.

—¿De dónde saca la leche? ¿Se la traen a casa?

—No. La compro en el supermercado. Aunque hay una empresa que se dedica de distribuir botellas de leche por las viviendas que la contratan. Supongo que no sabe lo que es un supermercado.

—No.

—Es un comercio. Algunos son pequeños, pero hay algunos muy grandes, y en ellos venden de todo, o casi de todo. Comida, productos de aseo y de limpieza, revistas, periódicos, bebidas, tabaco, alcohol… Un día le llevaré a uno enorme que hay a un par de kilómetros de aquí en el que, incluso venden electrodomésticos y algunos muebles.

—Parece convencida de que me voy a quedar con usted un tiempo.

—Me gustaría que lo hiciera.

—No puedo quedarme, es arriesgado. Me marcharé tan pronto tenga ropa para vestirme.

—Parece que tiene prisa por marcharse y no puedo retenerlo contra su voluntad. ¿Le espera alguien?

—No he visto a nadie en casi dos siglos.

—¿Tiene pensado dónde va a ir?

—No.

—Entonces, ¿por qué quiere marcharse? Ha dicho que es arriesgado, supongo que lo habrá dicho por si lo ve la gente, pero no se le nota que es un vampiro, parece uno de nosotros. Además, creo que los riesgos desaparecerían si estuviera conmigo.

—No quiero molestarla.

—¿Cree que me molesta?

—No estoy seguro.

—Estaría encantada de que se quedara conmigo todo el tiempo que quisiera. Usted necesita aprender como manejarse en este mundo desconocido, y a mí me gustaría ayudarle con ello. Y usted me hará un favor a su vez, quedándose conmigo.

—¿Qué beneficio puede suponer para usted que me quede?

—En primer lugar, tendría protección. En segundo lugar, no viviría sola. No sabe lo aburrido que es. En tercer lugar, podría conocer la historia de su tiempo. Y por último, me gustaría ser yo quien le enseñe todo lo de este mundo desconocido para usted. Aunque estoy segura de que va a ser muy duro para mí, porque he de enseñarle todo lo que ha sucedido en dos siglos.

Y sobre todo, me alegraría la vista al verlo cada día, pensó Erin.

Alexander la miró con los ojos entrecerrados, pero ella no se dio cuenta porque estaba poniendo mantequilla en su tostada.

Si me quedara con ella no tendría que pedirle ayuda para aprender todo lo que necesito saber, porque ella misma se ha ofrecido a ayudarme, pensó el vampiro.

—De acuerdo, me quedaré un tiempo con usted. Aunque esta casa no es muy grande para dos personas.

—He vivido en casas mucho más pequeñas, se lo aseguro.

—¿Más pequeñas que esta? ¿Hay casas más pequeñas que esta? —preguntó muy asombrado.

—Sí —contestó ella riendo.

—¿Hoy tiene que ir a trabajar?

—No, hoy es sábado y los fines de semana no trabajo. Trabajo de lunes a viernes de ocho de la mañana a tres de la tarde. Aunque a veces no tengo la última clase y acabo a las dos.

—¿Qué suele hacer por las tardes?

—Cuando vuelvo del instituto como algo ligero, para aguantar hasta la hora de cenar, mientras veo la televisión. Ya le hablaré de la televisión, seguro que le va a encantar. A continuación preparo la clase del día siguiente. Y luego me aburro un rato. Preparo la cena, ceno, me ducho y me voy a la cama. Los viernes, después de clase, suelo ir al bosque a dar un paseo. Bueno, solía ir, porque después de lo que me ocurrió ayer, no creo que vuelva a hacerlo, al menos sola. Acostumbro a leer un rato antes de dormirme. A partir de ahora, cuando vuelva del trabajo me dedicaré enteramente a mostrarle cosas en casa o en la calle.

—Se lo agradeceré.

—Voy a comprar una cama y la pondremos en un lado del salón.

—¿Para qué quiere otra cama?

—Para usted. Llamaré a alguien para que ponga un riel en el techo y pondremos una cortina, separándola del salón.

—No necesito una cama, ya le dije que no duermo.

—Lo sé, pero mi familia viene a visitarme de vez en cuando.

—Su familia no puede verme.

—No se preocupe. Nadie va a saber que es un vampiro. Pero tienen que ver que usted tiene su cama. No quiero que piensen que dormimos juntos. No es que me preocupe que lo piensen, pero no es cierto. Aunque seguro que a mi madre le encantaría.

—¿A su madre le gustaría que durmiera con usted en su cama?

—No precisamente eso, pero le gustaría que tuviera pareja. Voy a decirles que compartimos el piso y que usted paga la mitad de los gastos. No se preocupe, no tendrá que pagarme nada.

—Si lo dice porque no tengo dinero, puedo conseguirlo.

—¿Haciendo qué?

—Haciendo nada. Simplemente cogiéndolo de donde esté.

—Alexander, hay que respetar las leyes. Si quiere conseguir dinero tendrá que trabajar.

—Me gustaría trabajar. Y no hay nada que me gustara más que respetar las leyes. Por eso estudié para ser abogado.

—No sabía que era abogado. Y entiendo que quiera trabajar.

—Aunque supongo que eso será complicado, porque no tengo documentación.

—Ya veremos más adelante cómo solucionarlo. Pero olvídese de pagarme nada, no va a comer, así que no va a ocasionarme ningún gasto.

—Lo dejaremos estar, de momento —dijo él.

—Además de la cama compraremos un armario y una cajonera para guardar su ropa.

—No tengo ropa.

—Pero la tendrá.

Cuando terminó de desayunar se levantó y recogió lo de la mesa.

—Y hablando de ropa, voy a bajar a comprarle algunas cosas, y unos zapatos. ¿Qué número calza?

—No lo sé, siempre me han hecho los zapatos a medida.

—Vale, le tomaré medidas. Voy a por un metro y un folio.

Cuando regresó colocó el folio en el suelo.

—Coloque el pie encima, por favor.

Él lo hizo y ella dibujó el contorno del pie. Luego le midió el largo de las piernas desde la cintura, la circunferencia de la cintura, el ancho de hombros, la circunferencia del pecho y el largo de los brazos.

—Yo creo que con estas medidas será suficiente. Voy a vestirme y saldré a comprarle la ropa. Pasaré por la peluquería a la que voy yo y hablaré con el peluquero, que es amigo mío. Porque no puede salir a la calle con ese aspecto. Le diré si puede cortarle el pelo y afeitarlo cuando se vayan los clientes. Así no lo verá nadie.

—Me verá él.

—No importa que lo vea. Y no sospechará nada, porque usted ya vestirá ropa adecuada. Voy a vestirme.

Diez minutos después Erin volvió a la cocina. Él la miró de arriba abajo muy sorprendido, porque llevaba vaqueros ajustados, un suéter y una chaqueta, y nunca había visto a una mujer

con pantalones.

—Venga conmigo. Le diré cómo funciona la televisión para que se entretenga.

Alexander la siguió, sin apartar la mirada de su increíble trasero. Ella encendió el televisor y él centró toda su atención en la pantalla.

—¡Por todos los santos! ¿Qué invento es ese?

—Mire, este es el mando que controla el aparato. Este botón es para cambiar de canal, arriba y abajo. En cada canal verá una cosa diferente. Y este es el volumen, la flecha hacia arriba lo aumenta y la flecha hacia abajo lo disminuye. ¿Me ha escuchado?

—Perfectamente.

—Si llaman a la puerta no abra. Ponga el volumen bajo y así pensarán que no hay nadie.

—De acuerdo.

—Procuraré no tardar mucho. Aquí estará a salvo.

—Erin, no tengo miedo.

—Ya lo supongo. Quiero decir que no ha de preocuparse, porque no lo verá nadie. Puede pasearse por el piso y examinar todo lo que hay en él, para que se vaya familiarizando con las cosas.

—Gracias.

—Y debería practicar las sonrisas, solo ha sonreído una vez desde que lo conozco —dijo ella dedicándole una radiante sonrisa—. Volveré pronto. Hasta luego.

—Adiós.

Alexander se quedó solo. Estaba embobado mirando la pantalla del televisor. Sabía que los que aparecían hablaban inglés, pero no entendía muchas de las cosas que decían.

Se preguntaba si habría hecho bien aceptando quedarse con Erin durante un tiempo en su casa. Por una parte ella iba a serle de gran ayuda, porque estaba claro que no podría sobrevivir ahí afuera sin que alguien le guiara. Bueno, sobrevivir sobreviviría a cualquier cosa, pero si quería integrarse en la sociedad y vivir como uno más de los humanos, necesitaría ayuda, mucha ayuda. Pero, por otra parte, le preocupaba vivir solo con ella. Él no conocía la vida de los vampiros, porque no había vivido como tal. Nada más convertirlo lo habían enterrado, a petición suya. Pero había vuelto a la vida, algo que no tenía previsto hacer. Y ya no tenía que aprender solo a vivir entre humanos, también tenía que aprender a vivir como vampiro y conocer todo lo que era capaz de hacer como tal.

Lo cierto es que tenía miedo, no por él, sino por Erin. El olor de la sangre de esa chica lo atraía como no le había atraído nada en toda su vida. ¿Y si la atacaba en algún momento y acababa con ella?, pensó. No podía hacerle eso. No la conocía muy bien, pero por como se había portado con él desde que la atacaron, estaba seguro de que era una buena persona. Tenía que conocerse a sí mismo, descubrir los poderes que tenía y, lo más importante, si sería capaz de contenerse para no atacarla.

Parecía que ella no le tenía ningún miedo, y eso le extrañaba. Más que nada porque no sabía de la existencia de los vampiros y, por lo que había descubierto de él, sabía que eran peligrosos.

Se levantó del sofá y se acercó a la estantería para ver las fotos que había allí. Volvió a sorprenderse al ver las fotos en color, y tan nítidas que parecía que las personas estaban presentes y no fueran fotos. Recordó que la primera fotografía que hicieron fue a finales de 1830 en Francia, cuando él tendría unos veinte años. Pero entonces descubrió que no era la primera, porque en 1827 se tomó la primera fotografía de la historia. La tomó Joseph Nicéphore Niépce, un científico francés aficionado a las fotos.

Delante de él tenía varias fotos con diferentes personas, algunas mayores que otras. Suponía

que serían familiares de Erin. No tendría que preguntárselo porque le había dicho que su familia iba a verla de vez en cuando.

Caminó hacia el pasillo y entró en el dormitorio de Erin. Ella le había dado permiso para examinar todo lo que quisiera, y lo que más deseaba era averiguar cosas de ella. Esa mujer lo tenía intrigado. ¿Por qué no se asustaba de tener a un vampiro en su casa?, se preguntó. Puede que no supiera el poder que tenía. Aunque le había visto chuparle la sangre al individuo que la atacó, y sabía que había acabado con su vida, se dijo.

La cama estaba hecha y todo ordenado. Levantó la ropa de cama para saber cómo dormían. Le maravilló comprobar que las mantas de ahora no pesaban. En realidad no era una manta sino un edredón. Se preguntó de qué material estarían hechas para ser tan ligeras.

En una de las paredes había un armario, lo abrió y se asombró al ver la ropa colgada, porque en su tiempo la ropa se guardaba en cajones, baúles o en armarios, pero en horizontal. Cogió una percha que no tenía ropa para examinarla. Era de madera y tenía un gancho que se colgaba de una barra que había en la parte superior del armario. Este también es un buen invento, pensó. Cerró el armario y abrió otro estrecho que había al lado. Había zapatos, muchos zapatos. ¿Para qué quería una persona tantos zapatos?, se dijo.

Luego se acercó a una cómoda y abrió el primer cajón. Cogió un sujetador preguntándose que sería. E hizo lo mismo con un tanga. Vio que había prendas similares de varios colores. En el segundo cajón había jerseys y en el tercero más jerseys, y bufandas, guantes y gorros de lana.

Se acercó a la mesita de noche y cogió una novela que había encima de otras dos. Era Cumbres borrascosas de Emily Brontë. La abrió y vio que se había publicado en 1847, el año que lo convirtieron en vampiro. Menuda coincidencia, se dijo. Cogió la que había debajo de ella, era Jane Eyre, de Charlotte Brontë, publicada también en el mismo año. La tercera era Orgullo y prejuicio, de Jane Austen, publicada en 1813. Sonrió al recordar que había comprado ese libro para su mujer y que a ella le había gustado mucho. Las tres autoras eran inglesas. ¿Serían todas esas coincidencias una premonición?, se preguntó. Aunque desechó la idea porque le pareció absurda.

Abrió el cajón de la mesilla de noche y vio un cargador de móvil, que por supuesto no sabía lo que era, y una tira de condones, que tampoco sabía cuál era su utilidad.

Decidió salir de la habitación, porque estaba cansado de ver cosas extrañas, que no sabía para qué servían.

Volvió al salón. Se dirigió a la cocina y examinó el contenido de los armarios. Vio todos esos utensilios desconocidos para él y pensó que tenía mucho que aprender.

Capítulo 3

Alexander estaba examinando la lavadora por dentro cuando se abrió la puerta de la calle. Y segundos después Erin apareció en la cocina. Él se incorporó y se volvió hacia ella.

—¿Va a hacer una colada?

Él la miró sin saber a qué se refería.

—Me refería a si iba a lavar en la lavadora, pero estaba bromeando. ¿Se ha entretenido con la televisión?

—Solo la he visto unos minutos. Lo cierto es que no entiendo todo lo que dicen.

—Bueno, yo tampoco entiendo muchas de las cosas que dice usted.

—Lo siento.

—No se preocupe, suelo saber lo que dice por el sentido de la frase.

—Es lo que me sucede a mí con usted.

—Solo será por un tiempo, no tenemos que preocuparnos. Le he comprado un pantalón vaquero, dos camisetas, un suéter, un pijama, bóxers, calcetines y unos deportivos.

—Bien. Solo sé lo que son los pantalones, el pijama y los calcetines.

—Este es el pantalón vaquero —dijo sacándolo de la bolsa—. Es similar al que llevo yo. Normalmente es lo que lleva la juventud hoy en día.

—Yo no soy joven.

—Eso es lo que usted piensa, pero por supuesto que es joven, solo tiene dos años más que yo, y yo me considero muy joven.

—Viéndolo así…

—Como me dijo que nunca tenía frío, le he comprado unas camisetas, que es esto que llevo yo —dijo mostrándole la suya—. Y este suéter negro, que creo que le quedará bien con su pelo negro y sus ojos grises.

—No sé si me sentiré cómodo vistiendo todas esas prendas.

—Al principio le parecerá raro, pero se acostumbrará. Este es el pijama, que ya sabe que se emplea para dormir. Aunque, este no parece realmente un pijama, es un pantalón cómodo con una camiseta. Como no duerme he pensado que podría usarlo para estar por casa. Estos son los bóxers, es la ropa interior. He visto la que llevaba usted y sé que estos no se parecen a los suyos, pero seguro que le serán cómodos. He comprado seis. También unos cuantos pares de calcetines. Y unos deportivos. Estos son los deportivos. Son zapatos. Es lo que suele llevarse ahora cuando se viste de manera informal. Otro día iremos a comprar algunas cosas más, pero iremos los dos y podrá probárselas.

—Le habrá costado mucho dinero.

—No se preocupe por eso.

—Guarde todas las facturas y se las pagaré tan pronto pueda.

—Vale. Cámbiese de ropa. Puede ir a mi habitación.

—Bien. ¿Qué debo ponerme?

—Un bóxer, unos calcetines, el vaquero, una camiseta y el suéter.

—De acuerdo —dijo él cogiéndolo todo y caminando hacia el pasillo.

—Espero que todo sea de su talla —dijo ella unos minutos después, subiendo un poco la voz para que la oyera.

—Erin, ¡no hace falta que eleve la voz! —dijo él de manera un poco brusca—, aunque

hablara en murmullos la oiría perfectamente.

—Lo siento. No suelo tratar mucho con vampiros y no sé lo que son capaces de hacer.

—Lo entiendo.

—Es la primera vez que compro ropa para un hombre. He ido a una tienda especializada en hombres. He pensado que allí sabrían cómo proceder llevando solo las medidas. Porque los empleados de las tiendas de los centros comerciales no tienen ni idea de nada.

—¿Qué es un centro comercial?

—Es un gran edificio en el que hay varias tiendas reunidas dentro de él.

—Tengo que aprender muchas cosas.

—Dijo que no olvidaba nada, así que no le costará.

—Eso espero. No creo que quiera que me quede con usted mucho tiempo.

—No me importa que se quede, aunque sea indefinidamente. Son las once y media. Podemos ir a dar una vuelta para hacer tiempo. A no ser que haya planeado hacer algo.

—No he planeado nada.

—Estupendo. Tenemos que estar en la peluquería en un par de horas.

—Antes de marcharse no le he preguntado qué es una peluquería. Me da la impresión de que la agobio con tantas preguntas.

—No se preocupe, no me agobia en absoluto. Soy muy paciente y puede hacerme todas las preguntas que quiera. Las que no sepa contestar las averiguaré.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Perdón —dijo ella sonriendo—.Una peluquería es un local donde la gente va a cortarse el pelo.

—Quiere decir una barbería.

—Bueno, al sitio donde vamos a ir es una peluquería, porque van hombres y mujeres a cortarse el pelo y a tintárselo. Tintar el pelo quiere decir cambiarlo de color. Cuando salgamos a la calle se dará cuenta de que hay mucha gente que lleva el pelo de colores.

—Qué cosas más extrañas. No sé si me va a gustar ir a la peluquería, no quiero que la gente me vea.

—¿Pretende quedarse en casa sin salir?

—No, pero...

—No tiene que preocuparse, porque estaremos solos con el peluquero.

—Me verá él.

—Alexander, tiene que darse cuenta de que usted es un hombre normal, al menos es lo que parece. Y cuando le corten el pelo y lo afeiten, pasará totalmente desapercibido. Será como cualquier hombre de los que ve por la calle.

—Supongo que el peluquero es la persona que corta el pelo y lo tinta de colores.

—Sí.

—¿Qué le ha dicho de mí?

—Que vivía en el norte de Escocia, en un pequeño pueblo y que allí todos llevaban el pelo y las patillas como usted.

—¿Se lo ha creído?

—Por supuesto. No se preocupe, no le hará ninguna pregunta.

—Está bien.

—Le he dicho que como tiene el pelo largo y está acostumbrado a él, que no se lo deje muy corto, para que no se sienta extraño.

—Gracias.

—Es un buen peluquero. Le hará un corte moderno, que seguro le gustará. Luego le afeitará y le dejará las patillas como las llevan los hombres en la actualidad. El peluquero se llama Justin y le va a caer muy bien, y usted le va a caer a él aún mejor.

—¿Por qué?

—Porque es gay y le va a encantar. Tiene predilección por los hombres altos y fuertes.

—Tengo que decirle que yo tampoco la entiendo a usted cuando habla. ¿Qué quiere decir con que es gay?

—Gay significa homosexual. ¿Sabe lo que es?

—No. Esa palabra no existía en mi tiempo, o yo la desconocía.

—Un homosexual es un hombre que se siente atraído por los hombres. O una mujer que se siente atraída por mujeres.

—¿Y la gente sabe que lo es?

—Claro.

—En mi tiempo los encarcelaban o los mataban. O lo que era peor, los internaban en centros hospitalarios especiales y les dispensaban unos tratamientos muy dolorosos haciéndolos sufrir.

—Las cosas también han cambiado en cuanto a eso.

—Menos mal. Nunca aprobé ese comportamiento tan poco civilizado.

—Espero que no se sienta incómodo porque vaya a cortarle el pelo. La mayoría de los peluqueros son gays.

—No voy a sentirme incómodo. En mi tiempo conocí a uno y me caía muy bien, pero no se le notaba.

—No se les nota a todos. Algunos tienen ademanes femeninos, pero Justin no.

—Creo que necesito ayuda con el pantalón.

—Ya voy.

Cuando Erin entró en su dormitorio Alexander estaba de pie. Se había puesto el bóxer y el vaquero, pero no lo tenía abrochado. Si había pensado con anterioridad que ese hombre tenía buen cuerpo, ahora no solo se reafirmaba, sino que sin duda se había quedado corta. Los músculos del abdomen, del pecho y de los brazos los tenía perfectamente bien perfilados.

Dios mío, pensó, al verlo con el vaquero desabrochado y con el torso descubierto, porque tenía un cuerpo impresionante.

—¿Qué pasa? —preguntó al verla mirándolo.

—Nada, nada —dijo ella, maldiciéndose por haberse quedado mirándolo embobada—. ¿Qué problema tiene?

—No sé cómo se cierra el pantalón.

—Con esto —dijo ella señalando la cremallera.

Alexander dio un paso hacia atrás, al pensar que ella iba a tocarlo en esa zona.

—Se llama cremallera. Digamos que es un artilugio que sirve para cerrar algo. Mire —dijo ella bajándo la cremallera de su pantalón y subiéndola de nuevo, para que viera cómo se hacía.

Él miró hacia la cremallera del vaquero de ella avergonzado.

—Supongo que en el pasado se usaban botones. Tiene que sujetar esta parte y tirar hacia arriba, con cuidado de no enganchar la tela del bóxer.

Alexander se subió la cremallera.

—Si le es incómodo, compraremos otros vaqueros con botones. No lo había pensado.

—La verdad es que es muy sencillo. Aunque raro.

—Si cree que no va a tener frío, póngase solo el suéter. Si va con camiseta de manga corta

llamaría demasiado la atención, porque aún hace frío. De hecho hace mucho frío.

—De acuerdo.

—También tenemos que comprar algunas cosas de aseo para usted, como desodorante.

—¿Desodorante?

—Se emplea para neutralizar el olor del sudor de las axilas.

—Los vampiros no sudamos.

—Qué suerte.

—Aunque no estoy completamente seguro. Hasta el momento no he sudado.

—Empiezo a pensar que los vampiros son súper hombres. Y por lo que vi ayer, tampoco se cansan.

—No.

—Póngase los zapatos y vámonos.

Él se sentó en la cama y cogió un deportivo en la mano.

—Déjeme que le ayude —dijo ella arrodillándose en el suelo frente a él. Cogió el zapato y le aflojó la cordonera—. Ahora meta el pie.

Cuando él lo hizo Erin se lo ató. Y luego hizo lo mismo con el otro.

—Gracias —dijo él poniéndose de pie cuando tuvo los dos cordones atados—. Ya he aprendido, no tendrá que ayudarme de nuevo con ello.

—Estupendo. ¿Le quedan bien?

—Sí —contestó él dándole la mano para ayudarla a levantarse.

—Ahora póngase el suéter. ¿Qué ha estado haciendo si no ha visto la televisión?

—He mirado cosas de su casa, como me ha pedido, para familiarizarme con ellas.

—Desde ahora acostúmbrese a decir nuestra casa, en vez de mi casa. Porque vamos a vivir juntos —dijo ella mirándolo y pensando que la ropa le quedaba perfecta. Parecía un modelo y estaba para comérselo.

—Lo intentaré —dijo él algo aturdido por lo que ella había pensado, mientras Erin se ponía la chaqueta y cogía el bolso—. He mirado dentro de su armario. Eso de madera donde tiene colgados los vestidos no lo conocía.

—Se llaman perchas. A mí me gustan las de madera porque son más fuertes y no deforman la ropa. Pero también hay perchas de metal y de plástico.

—Me han parecido muy interesantes. ¿Sabe cuándo se inventaron?

—La verdad es que sí. La primera percha apareció en 1903.

—¿Conoce las fechas de todos los inventos que ha habido a través de la historia?

—No creo que las sepa todas, pero sí muchas. Vivir sola hace que pase mucho tiempo leyendo. Además, no suelo salir demasiado. Siempre me ha interesado la Historia, por eso la estudié en la universidad.

—A mí también me ha gustado siempre. Por cierto. Hace un momento ha mencionado el plástico, y no sé qué es.

—Es un material muy común que se obtiene del petroleo. ¿Está listo?

—¿Listo?

—Quiero decir que si está preparado.

—Sí.

—Tengo un libro que solo habla de los inventos a través de los siglos, se lo enseñaré cuando volvamos.

—Me gustará leerlo.

—Vamos —dijo ella caminando hacia la puerta de la calle—. Un momento, olvidaba las

llaves. Las olvido muy a menudo y después del trabajo tengo que ir a casa de mi madre a coger las que tiene ella —dijo cogiéndolas del mueble del recibidor.

Cuando salieron, ella cerró la puerta. Alexander cogió el pomo de la puerta y esta se abrió.

—¿Cómo ha abierto?

—Supongo que tengo poderes.

—¿Supone? ¿No sabe los poderes que tiene?

—Sé algunas cosas que puedo hacer, pero está claro que no todas. Esta no la sabía, pero mi instinto me decía que podía abrirla.

—¿Cuando le convierten a uno en vampiro, no le explican todos los súper poderes que tendrá?

—Supongo que sí, pero yo no tuve tiempo, porque el mismo día que me convirtieron en vampiro me enterraron. Y, sinceramente, no estaba interesado en saber nada respecto a los vampiros.

—Ya hablaremos de su vida con tranquilidad más adelante. Apuesto a que es muy interesante.

—Si usted lo dice…

—Solo con que sea vampiro, ya lo hace interesante.

—Gracias.

—Si tiene el poder de abrir las puertas, sin necesidad de usar la llave, me va a ser muy útil.

—Abriré todas las puertas que usted quiera —dijo él cerrándola de nuevo.

—Me gusta eso de que apretando un… no sé cómo decirlo, se enciendan las luces.

—Se llama interruptor. Lo inventó un ingeniero eléctrico británico en 1884 —dijo ella mientras bajaban la escalera.

—Es fantástico.

—Supongo, aunque para mí es normal.

—Sabe muchas cosas y, además, tiene buena memoria. No es fácil acordarse de las fechas.

—Sí, creo que mi memoria es buena. ¿Ha encontrado algo más en casa que le haya parecido interesante?

—Todo lo que veo es interesante. En el primer cajón del mueble de su habitación he visto prendas que no sé para qué sirven.

—Es mi ropa interior.

—¡Oh! Lo siento.

—No se preocupe. Le he dado permiso para que lo viera todo.

—De todas formas, su ropa interior es extraña.

—Sí, eso ha evolucionado mucho. Debería examinarla más detenidamente.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Para que cuando esté con una mujer sepa lo que es.

—Lo haré un día que esté solo.

—Bien —dijo ella sonriendo.

—También he visto algo raro en el cajón de una de las mesitas que hay junto a su cama.

—¿Algo raro?

—Sí, una especie de cordón blanco de un material que no conocía.

—Ah, es el cargador de mi móvil. Es un cable forrado de plástico que se conecta desde el enchufe de la electricidad al móvil y así se carga. El móvil es un teléfono.

—Un teléfono.

—Claro, tampoco sabe lo que es un teléfono.

—No.

—Es un aparato que inventó un hombre, que se llamaba precisamente como usted, en 1876, Alexander Graham Bell. Era escocés, de Edimburgo. Nació en 1847.

—Vaya, otra coincidencia.

—¿A qué se refiere?

—Ese es el año que me convirtieron en vampiro. He visto tres libros encima de su mesita de noche, dos de ellos se publicaron ese mismo año.

—Desde luego, es una coincidencia.

—Y el otro, el libro Orgullo y prejuicio, lo compre para mi mujer. A ella le gustó mucho.

—Estaba casado.

—Sí.

—Puede que sea una señal del destino.

—El destino.

—Sí, ya sabe, es posible que el destino esté enviándonos señales. Puede que usted y yo tuviéramos que encontrarnos.

—¿Encontrarnos para qué?

—No lo sé.

—¿Y en este siglo?

—Es posible. En el mundo ocurren cosas muy extrañas. Sin ir más lejos, usted es la cosa más extraña que me ha sucedido en la vida. Jamás podría haber imaginado que conocería a un vampiro. Ni siquiera sabía que existían.

—Pero me dijo que los había visto en películas.

—Las historias de las películas no son reales. Ya le hablaré de ellas mientras vemos alguna.

—Bien. También vi una cosa extraña junto al cargador de su móvil. Era una tira larga y plana color violeta y muy brillante.

—Vaya.

—¿Qué? ¿Por qué se ha ruborizado?

—Es lo único de la casa que no quería que hubiera visto.

—¿Por qué?

—Puede que para usted sea un poco embarazoso.

—Le recuerdo que he visto su ropa interior. No creo que haya nada más embarazoso que eso. Creame, podré soportarlo.

—De acuerdo. Lo que ha visto eran condones. Y, por supuesto no sabe lo que son. No estoy segura de si existía algo así en su tiempo. También se conocen como preservativos, o profilácticos. Básicamente es una funda que se ponen los hombres en su miembro para evitar que las mujeres se queden embarazadas.

—¡Santa madre de Dios!

—Le he dicho que sería embarazoso para usted.

—¿Y los tiene en su cajón?

—Hoy en día es normal que tanto hombres como mujeres lleven condones con ellos. Ya le he dicho que las mujeres son casi iguales que los hombres. Si una mujer conoce a un hombre y le gusta, puede irse a la cama con él y nadie la va a juzgar por ello. O casi nadie.

—Supongo que cuando dice *irse a la cama* se refiere a hacer el acto sexual.

—Exactamente.

—Si tiene condones es porque usted también lo hace.

—Hace mucho tiempo que no estoy con un hombre. Pero sí, lo he hecho muchas veces.

—Si dice que es normal que las mujeres se acuesten con hombres, sin estar casadas, ¿por qué ha dicho que hace tiempo que no está con un hombre? Es usted muy hermosa. Perdón, me refería a que es preciosa.

—Gracias. Estuve saliendo con tres hombres y con los tres tuve relaciones sexuales.

—¿Salió con tres hombres a la vez?

—No, no —dijo ella sonriendo—. Salí con uno durante un año. Luego lo dejamos. Unos meses después salí con otro durante…, no lo recuerdo, pero más de un año. Y con el tercero estuve unos cuantos meses.

—Y utilizaba los condones con ellos.

—Sí. Los condones, además de para evitar los embarazos, también se utilizan para evitar contagios de enfermedades venéreas.

—¿Que son las enfermedades venéreas?

—Las enfermedades relacionadas con el acto sexual, como la sífilis, la gonorrea y algunas más.

—Recuerdo haber leído algo referente a la sífilis en un periódico. ¿Por qué no se casó? Ha dicho que tenía dos años menos que yo, o sea, veintiocho años.

—Las mujeres ahora no se casan tan jóvenes como en su época.

—Sí, ya me he dado cuenta. Me gustaría saber cosas de su vida.

—Y a mí de la suya. Hablaremos de nuestras vidas en nuestro día a día, vamos a vivir juntos y tendremos mucho tiempo. Ahora tengo que de decirle algo —dijo ella cuando llegaron al zaguán y antes de abrir la puerta de la calle.

—¿Sobre qué?

—Le he dicho a Justin que usted y yo éramos amigos. Y creo que lo somos.

—No sabía que las mujeres pudieran ser amigas de los hombres.

—Pues sí, sí pueden. Y los amigos se tutean.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que a partir de ahora deberíamos hablarnos de tú en vez de de usted.

—No sé si me acostumbraré.

—Tendrá que hacerlo, de lo contrario pensarán que es raro. Los amigos y conocidos se hablan de manera informal. De usted solo se le habla a la gente mayor, a los jefes, o a los desconocidos.

—Lo intentaré. Puede que me cueste, nunca le he hablado de tú a ninguna mujer.

—Tendrá que hacer un esfuerzo. Me ha dicho que estuvo casado, y supongo que a su mujer no le hablaría de usted.

—No siempre.

—Pues, desde ahora, vamos a practicar. Mi familia y la gente que me conoce se extrañaría si nos habláramos de manera formal, y más aún cuando sepan que vivimos juntos.

—De acuerdo.

—Veamos qué podemos hacer hasta que sea la hora de ir a la peluquería —dijo ella tan pronto salieron a la calle.

—Para mí, caminar por la ciudad será más que suficiente. Todo es nuevo para mí.

—Lo sé. Pero quiero hacer tantas cosas contigo, que quiero aprovechar todo el tiempo que tenga libre. Ya sé. Iremos a comprarte un móvil.

—Iremos donde usted quiera.

—Alexander, tienes que decir iremos donde tú quieras.

—Perdona.

—No importa, sé que al principio te costará —dijo ella comenzando a caminar por la acera. Él caminó junto a ella.

—Antes me has dicho que un móvil es un teléfono y quien lo inventó, pero nos hemos distraído hablando de otras cosas y no has llegado a explicarme, qué es un teléfono y para qué sirve.

—Es cierto. Pues verás, el teléfono es un aparato que sirve para comunicarse con otras personas. Ha evolucionado muchísimo desde que se inventó, precisamente, el año que te convirtieron en vampiro —le dijo ella muy flojito, para que no la oyera nadie de los que andaban por la acera—. Menuda coincidencia, ¿eh?

—Ciertamente.

—Con un teléfono de ahora puedes hacer una llamada a la otra parte del mundo.

—¿Y la escuchan allí?

—Por supuesto.

—¿La voz va a través de un cable?

—Puede que fuera así en los comienzos de los teléfonos, pero ahora hay aparatos en el espacio. Gracias a ellos se puede escuchar la voz a través del teléfono.

—Eso es absolutamente extraordinario.

—Supongo que sí. Sirve para hablar con la persona que está al otro lado de la linea, para enviar un mensaje escrito o hablado, para enviar un vídeo o foto. Además, puedes acceder con él a Internet y buscar cualquier cosa que quieras.

—No he entendido casi nada de todo lo que has dicho, pero suena interesante.

—Desde luego que lo es —dijo ella sonriéndole.

—Pero no creo que yo necesite un teléfono. No conozco a nadie. ¿A quién voy a llamar?

—Puedes llamarme a mí. Y yo puedo llamarte a ti.

—¿Y para qué quieres llamarme si vamos a vivir en la misma casa y nos veremos todos los días? —preguntó él sin dejar de prestar atención a las personas con las que se cruzaban por la acera, y a todo lo que había a su alrededor.

—Supongo que no te quedarás todo el día en casa solo. Alexander, yo tendré que ir a trabajar. Y mientras estoy fuera puedes salir a la calle e investigar. Y si tienes teléfono podré llamarte para decirte si voy a salir antes o si me voy a retrasar, o cualquier otra cosa que se me ocurra. A mí es mejor que no me llames cuando estoy en el trabajo, porque tendré el móvil en silencio.

—En silencio.

—Quiere decir que no sonará y no sabré que me estás llamando. Pero puedes enviarme un mensaje y lo leeré entre clase y clase. Sé que ahora no te enteras de nada, pero en tener el teléfono te lo explicaré todo y verás como es muy sencillo.

—Si tú lo dices, será verdad.

—Claro que es verdad. Y sabiendo que no olvidas nada va a ser muy fácil explicártelo todo. ¿Y sabes qué tienen también los móviles?

—No.

—GPS —dijo ella sonriéndole.

—¿Debería saber que es eso? ¿Y se puede saber por qué sonríes siempre que digo algo?

—Sonrío porque siempre estás muy serio. Supongo que todos esos años que han pasado mientras tú… digamos estabas dormido, es como si no hubieran pasado.

—Eso es exactamente lo que ha sucedido.

—Tal vez lo que le ocurrió a tu familia, que desconozco, y luego a ti con tu conversión, lo

tengas muy presente. Supongo que tu mal humor, tus malos modos y la seriedad de tu rostro se deben a todo ello.

—Y no te equivocas. Lo siento.

—No importa. Bueno pues el GPS es una aplicación que tiene el móvil.

—¿Qué significan esas tres letras?

—Sistema de Posicionamiento Global.

—¿Puedes explicármelo con palabras que pueda entender?

—Sí. Es un sistema de radionavegación de los Estados Unidos de América, basado en el espacio, que proporciona servicios fiables de posicionamiento, navegación y cronometría gratuita e ininterrumpidamente a usuarios civiles en todo el mundo.

De pronto, él la miró y soltó una carcajada. Y ella se quedó embobada mirándolo, porque su risa era maravillosa.

—¿Por qué te ríes?

—Porque te he pedido que me lo explicaras con palabras sencillas para comprenderlo, y creo que lo he entendido menos.

—Disculpa. En otras palabras, sirve para decirte exactamente donde te encuentras o donde está el lugar adonde quieres ir. Así si sales a la calle para recorrer la ciudad, puedes saber en todo momento donde está nuestra casa y cómo volver a ella. Y no podrás perderte.

—No puedo decir que lo haya comprendido todo, pero sí puedo asegurarte que no necesito GPS para eso. Podría estar a muchas millas y siempre sabría cómo volver a tu casa.

—Estupendo. No olvides que tienes que decir a nuestra casa, o a casa.

—Bien.

—Ese poder también es muy útil, va a ser como tener un GPS personalizado —dijo ella sonriéndole—. Esta es la compañía donde tengo contratado mi teléfono. Entremos.

—Hola —dijo Erin cuando se acercaron al mostrador en el que había un chico.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría comprar un móvil.

—¿Qué tipo de móvil están buscando?

—Que no sea pequeño, porque es para un hombre muy alto, que tiene las manos muy grandes.

—Bien, ese dato elimina unos cuántos. ¿Sobre cuánto quieren gastarse?

—El dinero no importa, aunque no queremos que sea excesivamente caro.

—Acompáñenme, por favor.

El chico salió de detrás del mostrador y caminó hacia donde estaban expuestos los móviles.

—Estos tres están por las trescientas libras.

—¿Trescientas libras es mucho dinero? —le preguntó Alexander a ella al oído.

—No demasiado —dijo alterada, porque el roce de sus labios en el oído había hecho que se estremeciera. Se preguntó qué le sucedía.

El chico le mostró unos cuantos móviles y le habló sobre ellos. Al final Erin eligió uno.

Volvieron al mostrador. El dependiente fue a la trastienda a buscar el móvil, y lo sacó de la caja para comprobar que todo estuviera bien.

—Vamos a rellenar el contrato.

—Vale.

—¿A qué nombre quiere que vaya el teléfono?

—Alexander Knight. Knight lleva K delante, ¿verdad? —preguntó ella al vampiro.

—Sí —dijo él extrañado de que hubiera dado su nombre.

—¿Domicilio?

—15 Royal Mile.

—¿Es de Edimburgo?

—Sí.

—Necesito el número de cuenta.

—Le daré la mía, porque quiero que carguen los recibos en ella. El teléfono es para una persona a quien acabo de alquilarle una habitación en mi casa.

—En ese caso, tal vez les interesaría cambiar el contrato. Tenemos una oferta interesante. Tendrían que pagar cinco libras más al mes, de la cuota que paga normalmente, y cubriría los dos móviles. Y, además, se llevaría el nuevo móvil gratis.

—En ese caso nos interesa.

—Bien —dijo él sacando de debajo del mostrados unos papeles y comenzando a rellenarlos.

Ella sacó la cartera del bolso y dejó la tarjeta del banco sobre el mostrador.

—Ya está todo —dijo el chico después de unos minutos—. Tiene que firmar al final de cada hoja.

Ella lo hizo. El chico metió el móvil en una bolsa y se la dio con el contrato en su interior.

—Gracias —dijo Erin.

—Gracias a ustedes. Que tengan un buen día.

—Igualmente.

Alexander le abrió la puerta y salieron a la calle.

—Ya tienes móvil. Y a tu nombre.

—Es lo primero que tengo a mi nombre, desde que soy vampiro.

—Me alegro de haber sido yo quien te lo proporcionara. Y no hemos tenido que pagar el móvil.

—Pero vas a pagar cinco libras más cada mes.

—Eso no es nada.

—Cuando trabaje te pagaré.

—De acuerdo. Tenemos que darnos prisa para llegar a tiempo a la peluquería. Nos quedan quince minutos para llegar.

—¿Está lejos?

—No demasiado.

—Es aquí —dijo Erin.

Alexander le abrió la puerta y ella entró. Él la siguió al interior del local.

El peluquero lo miró de arriba abajo, pensando que ese hombre tenía un cuerpo imponente.

—Hola, Justin —dijo Erin besándolo en la mejilla.

El vampiro los miró y sintió algo extraño en su interior. Y no era solo la sorpresa de que ella besara a un hombre, aunque en su tiempo eso no lo hacían las mujeres, era algo más, que no llegaba a entender. ¿Estaba celoso?, se preguntó. Eso no podía ser, porque no había nada entre ellos. Prácticamente acababan de conocerse.

—Justin, este es mi amigo Alexander. Ya te he hablado de él.

—Hola, Alexander —dijo el peluquero tendiéndole la mano.

—Es un profundo honor conocerlo —dijo estrechándosela.

—Qué formal. Alexander, puedes tutearme, como hace Erin. Yo también soy amigo suyo.

Alexander se dio cuenta de que no le gustaba que ese hombre fuera amigo de ella, a pesar de saber que era gay y no le atraían las mujeres.

—Acompáñame —dijo Justin llevándolo a uno de los sillones y pidiéndole que se sentara.

El peluquero le puso la capa para que no se manchara con los pelos que irían cayendo.

—¿Estás cómodo?

—No estoy muy seguro. —es la primera vez que voy a una peluquería. Siempre he ido a barberías.

—Relájate. Vuelvo enseguida.

El peluquero se acercó a su amiga y la arrastró hasta el sofá que había en la zona de la sala de espera, que estaba a un lado en el mismo salón. La hizo sentarse y se sentó a su lado.

—Dios mío, ¿Pero tú has visto bien el cuerpo de ese hombre? Es un pecado con piernas.

—Habla más flojo. Te va a escuchar.

—¿Y qué importa si me escucha? He dicho la verdad. Tiene un cuerpazo.

—Sí, es cierto.

—Seguro que hace un montón de ejercicio en el gimnasio.

—Que yo sepa no va al gimnasio.

—¿Y cómo consigue tener ese cuerpo?

—Pues no lo sé.

—¿Y has visto su altura? Medirá casi dos metros. ¿Te has acostado ya con él?

—Habla más flojo, por favor. Y no, no me he acostado con él.

—Pero me has dicho que vive contigo.

—¿Y porque viva conmigo tengo que acostarme con él?

—En tu casa solo tienes una cama.

—Ha llegado hoy y esta tarde vamos a comprar su cama.

—¿No te sientes atraída por él?

—Yo no he dicho eso —dijo, pensando que se sentía demasiado atraída por él.

Erin miró hacia donde estaba sentado el vampiro y sus miradas se encontraron a través del espejo. Y ella supo que había escuchado toda la conversación, aunque permanecía serio.

—Será mejor que vayas a cortarle el pelo. Alexander no es muy paciente —dijo Erin.

El peluquero se levantó y se acercó a él.

—Erin me ha dicho que no te cortara demasiado el pelo, para que no te sintieras extraño.

—Creo que será lo mejor.

—De todas formas, tienes un pelo fantástico. Te irá bien un corte juvenil. El corte que llevas te hace mayor. Aunque no sé la edad que tienes.

—Tengo treinta años.

—Eres muy joven para llevar el pelo de esta forma. Y vamos a quitarte también la barba, el bigote y esas patillas horrorosas.

—Erin me ha dicho que es muy bueno en su trabajo.

—Por favor, tuteame. Erin me quiere, por eso habla tan bien de mí.

—¿Te quiere?

—Sí. Y yo la quiero mucho a ella.

Alexander la miró a través del espejo, pero ella no supo interpretar su mirada. Le cabreaba que no sonriera, y que no mostrara en su rostro el más mínimo cambio de expresión. Pero parecía enfadado. Aunque siempre parecía enfadado, pensó Erin sonriendo.

Su cabello era tan negro como el carbón y sus ojos, de un gris bastante extraño, tenían el poder de intimidarla, sobre todo, porque todos los rasgos de su rostro mostraban seguridad en sí mismo.

Erin dejó de mirarlo y se giró en el asiento para no poder verlo. Cogió una revista y empezó a ojearla. Pero Alexander no apartó la mirada de ella en ningún momento, excepto cuando el

peluquero le hablaba.

Veinte minutos después, Erin se levantó para pasearse por la peluquería. Estaba nerviosa. Tenía unos pensamientos muy extraños respecto a Alexander. Nunca había sentido nada parecido por ningún hombre, ni siquiera por ninguna de sus tres ex parejas. Se preguntaba qué le ocurría. Se quedó mirando hacia la calle a través del escaparate.

Justin le cortó el pelo, se lo lavó y se lo secó. A continuación lo afeitó, dejándole barba de dos días. Cuando terminó lo miró a través del espejo y sonrió.

Dios mío, se dijo. Además de tener un cuerpazo, tiene un rostro de ensueño, se dijo el peluquero.

—¿Cómo te ves? —dijo mirándolo a través del espejo.

—Raro.

—Es lo normal. Ha sido un gran cambio, para mejor, por supuesto. Pronto te acostumbrarás. El pelo te ha quedado muy suave —dijo metiendo los dedos entre los mechones.

—Supongo que me acostumbraré.

—Con este corte no hará falta ni que te peines. Te quedará genial, incluso despeinado. De todas formas, voy a hacerte un regalo, por ser la primera vez que vienes a mi peluquería.

—No hace falta que me hagas ningún regalo.

—Quiero hacerlo —dijo él cogiendo de una estantería un frasco de champú y otro de acondicionador—. Lavate con esto.

—De acuerdo. Gracias.

—Como supongo que no estarás acostumbrado a afeitarte, pásate por aquí un par de veces a la semana y te afeitaré, así llevarás siempre la barba impecable. Con eso me devolverás el favor.

—¿Qué favor?

—El favor de que hoy no voy a cobrarte nada.

—¿Te devolveré el favor volviendo a afeitarme?

—Sí, porque sin duda, cuando te vean mis clientas van a venir más a menudo, solo por tener la posibilidad de volver a verte.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Me temo que has estado demasiado tiempo viviendo en ese pueblo tan aislado del que me habló Erin.

—Sí.

—Erin, ya está listo.

Ella se giró para mirar al vampiro y las piernas se le aflojaron. Con la barba, el bigote y las patillas no se podía apreciar la belleza de su rostro. Pero tenía un rostro impresionante. Y ahora destacaban más sus ojos, que eran grises azulados. El pelo le quedaba genial, ondulado y parecía despeinado.

No pudo evitar mirarlo de arriba abajo. Llevaba puesto el suéter nuevo negro con cuello de pico, que se adhería a su perfecto torso como una segunda piel. Destacaba sus hombros esculturales y su imponente torso. Llevaba las mangas subidas, dejando ver sus fibrosos antebrazos. Y el vaquero se ceñía a sus piernas como un sueño.

Hacía mucho que no se sentía así de despierta. La tristeza y el odio que sentía en el alma desde hacía un tiempo, se desvanecieron de repente, a causa del extraño y palpitante calor que la invadía. Sentía un hormigueo en su vientre que la alertó. ¡Ay, Dios mío!, se dijo. Aquello no iba bien.

Lo primero que le vino a la mente fue que era un ángel, oscuro y hermoso. Le pareció como el dulce más tentador que hubiera en una pastelería, que era imposible fijarse en él y no desear

comérselo. Era un sueño de hombre. ¿Había pensado que después de cortarse el pelo pasaría desapercibido?

Alexander sonrió al saber lo que estaba pensando. Erin pensó que sonriendo parecía menos amenazador, pero sabía que seguía siendo muy peligroso. Sus angulosos pómulos, la perfilada linea de su mandíbula y su intensa mirada, le hacían pensar que era un hombre difícil de manejar.

Erin se quedó mirándolo y percibió la misma sensación que la primera vez que sus miradas se cruzaron: ese hombre tenía un dominio increíble de sí mismo y una fuerza arrolladora. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Justin se acercó a ella para despedirse.

—No dejes escapar a ese ejemplar, porque es único.

—Justin, te va a oír.

—Hazme caso, si tardas mucho en ligártelo, se te adelantará alguna otra y te arrepentirás —le dijo el peluquero al oído, besándola en la mejilla.

Aunque, por supuesto, Alexander lo escuchó claramente.

—Cuando quieras podemos irnos —dijo el vampiro.

Su voz la envolvió. ¿A cuántas mujeres habría seducido con su voz?, se preguntó. Nunca había visto un erotismo tan evidente. Erin no pudo apartar la mirada de él. Era muy alto. Tenía el pelo rizado y brillante. ¡Y estaba sonriendo! La sonrisa que mostraban sus labios era la más arrebatadora que ella hubiera visto en su vida, y sintió de nuevo que las rodillas le flaqueaban, por lo que se quedó allí de pie, sin apartar la mirada de el. Sabía que era un vampiro, un ser muy peligroso, pero que le atraía como un imán atrae al hierro.

—Dame eso —dijo ella cogiéndole de las manos el champú y el suavizante que le había regalado el peluquero y metiéndolos en el bolso.

Capítulo 4

—Bien, ¿qué te apetece hacer ahora?

—A mí me da igual. Haremos lo que tú decidas.

—Tú también tienes que opinar. Aunque yo tengo hambre.

—¿Cómo es posible que tengas hambre? Has desayunado hace menos de tres horas.

—Oye, que tú no comas, no quiere decir que yo tenga que hacer lo mismo. Es la hora de comer.

—Entonces, ¿volvemos a casa?

—No, comeremos algo rápido en cualquier sitio. Comeré un perrito caliente, hace un montón de tiempo que no como uno. Eso es algo desconocido para ti, ¿eh? —dijo ella sonriéndole.

—Erin, para mí todo es desconocido.

—Lo sé, y sé que no debes sentirte bien por ello. Pero en unas semanas ni te acordarás de tu antigua vida, ni de los primeros comienzos de esta, ya lo verás.

—Eso espero. Por cierto, ¿qué es un perrito caliente?

—Es una salchicha de carne de cerdo. ¿Sabes lo que son las salchichas?

—Esta vez voy a sorprenderte yo. Sí conozco las salchichas. Se cree que los romanos las trajeron al Reino Unido de Gran Bretaña en el año 400 AC.

—Vaya, eso no lo sabía.

—Me alegra haber podido decirte algo que no sepas. Empezaba a pensar que lo sabías todo.

—¿En tu época se llamaba Reino Unido?

—Sí. Se llamó así desde 1707, al unirse los parlamentos de Escocia e Inglaterra. Los reinos de Inglaterra y Gales decidieron constituir un nuevo reino junto con Escocia, que tendría el nombre de Reino Unido de Gran Bretaña

—Antes de eso se llamaba Britannia.

—Cierto.

—Ya hemos llegado —dijo Erin deteniéndose.

Alexander abrió la puerta del local y la dejó pasar delante. Ella caminó hacia el mostrador y él la siguió mirando a todas partes.

—¿Tú quieres tomar algo? —le preguntó ella al vampiro mientras estaban en la cola.

—¿Te refieres a comida?

—O a bebida.

—¿Tienen sangre? —le dijo él al oído.

Erin se sintió de nuevo extraña al sentir el aliento de él tan cerca.

—Me temo que no.

—Entonces no tomaré nada.

—Mientras yo como y tú miras cómo lo hago, podemos pensar en las cosas que necesitamos comprar, e iremos después de comer. ¿Te parece bien?

—Lo que tú digas.

—Hola, ¿qué van a tomar? —preguntó el chico de detrás del mostrador.

—Un perrito caliente con todo, una ración grande de patatas fritas y una botellita de agua.

—¿Algo más?

—Nada más, gracias.

—¿En qué mesa se sentarán?

—En aquella de la esquina, la que está junto a la ventana —dijo ella señalándola.

—Muy bien. Son nueve con cuarenta libras.

Erin sacó la tarjeta del banco de la cartera, la colocó sobre el scaner de la máquina y luego la volvió a guardar.

—¿Puede darme la factura, por favor?

—Claro —dijo el chico entregándosela—. Enseguida le llevarán el pedido.

—Gracias. Vamos a sentarnos —le dijo al vampiro.

—¿Cómo se le llama a este local? —preguntó él cuando se sentaron en la mesa.

—Es una hamburguesería, aunque sirven también perritos calientes, nugets de pollo, ensaladas, y algunas cosas más. Te explicaré qué son las cosas que he mencionado.

—Gracias.

—Una hamburguesa es carne de ternera picada, con la que forman una bola que luego aplastan hasta dejarla plana y luego la hacen a la plancha.

—¿Qué quiere decir a la plancha?

—Tienen unas planchas muy grandes metálicas que funcionan con electricidad o gas, ponen las hamburguesas o los perritos encima y los cocinan.

—Entendido.

—Los nugets de pollo son trocitos de pollo sin hueso, que los rebozan con pan rallado y los pasan por huevo, luego los fríen en aceite caliente. Supongo que las ensaladas sabes lo que son.

—Sí, aunque seguramente serán diferentes de las que comíamos en mi tiempo.

—Seguro que sí, porque ahora hay mucha más variedad de productos que en aquel entonces.

—¿Qué significa ligar? En mi época significaba unir dos o varias cosas.

—Ahora significa lo mismo.

—¿Pero tiene otros significados?

—Sí. Ligar quiere decir atraer o seducir a alguien en busca de una relación sexual, a menudo pasajera, o de pareja. Otra variante sería conquistar. ¿Dónde has oído esa palabra, en la televisión?

—No, te la ha dicho Justin al oído, y sé que hablaba de mí.

—Bueno, Justin está un poco… No sé cómo decirlo. Para él el sexo es muy importante.

—Te refieres a tener relaciones con alguien.

—Sí, relaciones sexuales.

—Ha dicho: *No dejes escapar a ese ejemplar, porque es único. Si tardas mucho en ligártelo se te adelantará alguna otra y te arrepentirás.* ¿Puedes explicarme qué ha querido decir con ello?

—Tienes razón, hablaba de ti. Quería decir que eres un hombre muy atractivo, y que tienes un cuerpo increíble.

—Increíble —repitió él.

—Sí, perfecto. Y que si no me daba prisa en conquistarte, alguna otra chica se me adelantaría y conseguiría hacerlo ella.

Alexander posó su intensa mirada en la de ella y consiguió que se ruborizara.

—¿Y tú quieres conquistarme?

—¡Por supuesto que no! Justin piensa de manera muy extraña. Tú y yo somos amigos. ¿En tus tiempos los amigos tenían relaciones sexuales?

—Yo nunca he tenido una amiga. Y puedo asegurarte que no soy homosexual.

—Ya que hablamos de esto, me gustaría hacerte una pregunta.

—Contestaré a cualquier pregunta que me hagas. Seguro que no vas a preguntarme tantas cosas como yo a ti.

—¿Los vampiros tienen relaciones sexuales?

—No estoy seguro, de eso no me informaron al convertirme.

—Entonces tampoco sabrás si pueden tener relaciones sexuales... con humanas.

—Si podemos tener relaciones sexuales, no creo que ser humana sea un impedimento.

—Me refiero a si sería peligroso para la mujer. En caso de que el vampiro fuera el hombre. Aunque, el vampiro también podría ser homosexual.

—¿Por qué iba a ser peligroso?

—No lo sé. Tú pareces muy fuerte y no te cansas. No sé los poderes que tienes y, por lo que he deducido, incluso tú los desconoces.

—Los estoy descubriendo poco a poco.

—Pero, supongo que sabes que en un momento de excitación se pueden hacer muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—No sé… Por ejemplo que mordieras a la mujer.

—Ya lo averiguaré.

—¿Vas a acostarte con alguna mujer?

—Supongo que lo haré en algún momento. Es parte del aprendizaje, ¿no crees?

—Claro, tienes razón —dijo ella.

De pronto, Erin se dio cuenta de que no le gustaba pensar que pudiera acostarse con una mujer.

—¿Te ha atraído sexualmente alguna de las mujeres que has visto por la calle?

—He de decir que viendo la forma en que vestís, es difícil no sentirme atraído por vosotras. En mi tiempo, los hombres no veían ni los tobillos de las mujeres.

—Es cierto.

La camarera les llevó el pedido y Erin le dio las gracias.

—¿Los vampiros pueden comer algo que no sea sangre? —dijo ella, abriendo el bocadillo y poniendo encima de todo, mostaza y ketchup.

—No tengo ni idea. Pero, sinceramente, no me apetece comer nada de la comida que he visto hasta ahora.

—¿No tienes curiosidad por averiguar a qué sabe?

—La verdad es que no.

Erin dio un bocado a su perrito y el ketchup se salió por los lados del pan, manchándole los labios y las comisuras de la boca.

Él desvió la vista hacia los labios rojos y se sintió muy atraído.

—Has dicho que acostarte con una mujer sería parte del aprendizaje —dijo ella limpiándose los labios con una servilleta—. Comer también lo sería. Al menos sabrías si la comida de los humanos te sienta mal. ¿Te apetece probar un bocadito?

Alexander la miró fijamente.

—Eso que estás comiendo no me apetece probarlo. Pero si me ofrecieras morderte a ti, no lo rechazaría.

Erin lo miró con los ojos muy abiertos, dudando si había escuchado bien lo que había dicho.

—Discúlpame. Te he hecho sentir incómoda.

—No te preocupes. Aunque, la verdad es que no esperaba que dijeras algo así. Eres siempre tan serio y tan formal, que me ha sorprendido.

—No volverá a repetirse. Lo siento.

—Olvídalo. De todas formas deberías probar la comida, porque cuando vayamos a casa de mi madre tendrás que comer. No puedes presentarte en su casa y no comer. Ella te forzará a hacerlo. Pero mejor la pruebas en casa, por si no te sienta bien.

—De acuerdo.

—¿Quieres que vayamos a comprar la cama y los muebles después de comer?

—Bien.

—Tenía que haber medido el salón para saber qué lugar sería el más adecuado para poner la cama.

—¿Tienes pluma y papel?

—Papel sí, pero pluma… —dijo ella, sacando un bloc del bolso y dejándolo sobre la mesa.

Alexander lo cogió y lo examinó atentamente, dándole la vuelta para estudiarlo.

—Es fascinante.

—Supongo que para ti lo es. Se llama bloc o libreta. Los hay de varios tamaños y colores, o con dibujos —dijo ella mientras buscaba un bolígrafo—. Las plumas que tú conoces ya no existen. Ahora normalmente escribimos con bolígrafos o rotuladores, como este —dijo ella dándole un rotulador Pilot permanente.

—¿Cómo funciona?

—Hay que sacarle la capucha, ¿ves? Y esta es la punta con la que se escribe. Pruébalo —dijo ella dándoselo y abriendo el bloc por una hoja en blanco y acercándoselo—. No tienes que apretar, solo deslizar la punta suavemente sobre el papel, como si fuera una pluma. Escribe tu nombre.

Al principio le costó, pero después de escribir su nombre unas cuantas veces, Erin se maravilló al ver la sonrisa en sus labios.

—Me gusta verte sonreír.

—¿Por qué? —dijo él mirándola.

—Porque no sonríes a menudo y tienes una sonrisa preciosa.

—Gracias. Esto es asombroso.

—Dices eso con cada cosa que ves.

—Es que todo es asombroso. ¿Es muy caro un bloc y un rotulador?

—No.

—Podría tener yo uno de cada.

—Por supuesto. En llegar a casa te los daré.

—Gracias.

—¿Qué querías apuntar?

—Has dicho que necesitabas saber las medidas del salón de casa.

—¿Y?

—Pues que yo te las voy a dar. Solo he tenido que pensar en el salón y en sus paredes, y las medidas han aparecido en mi mente.

—¡Dios! Eso sí que es realmente asombroso. Anótalas.

Alexander se puso a hacer el plano del salón con las ventanas incluidas, exactamente como era, sin los muebles.

—Vaya. Apuesto a que lo has dibujado mejor de lo que lo haría un arquitecto, y en solo unos segundos. Me habías dicho que eras abogado y la carrera de Derecho no tiene nada que ver

con la de Arquitectura o Diseño.

—Es cierto. Parece ser que es otro de mis poderes.

—Has puesto las medidas en pies. Yo suelo emplear el metro. No me aclaro muy bien con los pies.

—En ese caso, luego las transformaré en metros. Por cierto, ¿qué es el metro?

—Significa varias cosas. La primera, que es de la que hablamos, es una unidad de longitud del sistema internacional y que se conoce en todo el mundo. La segunda, es un instrumento para medir longitudes. Y la tercera, es un tren. Tienes que saber lo que es un tren, porque lo inventó un ingeniero inglés llamado Richard Trevithick en 1803.

—Sí, sé lo que es un tren. Y he subido en uno —dijo él orgulloso.

—También te sorprenderás cuando subas en uno de los de ahora.

—No me extrañará sorprenderme.

—A diferencia de los trenes, que van de una ciudad a otra, el metro no sale de la ciudad, pero se desplaza por vías bajo tierra.

—¿Bajo tierra?

—Sí. Han horadado túneles y el tren se desplaza por ellos. En 1850 Londres era la ciudad más grande del planeta y superaba los dos millones y medio de habitantes.

—Sí, lo sé. ¿Sabes cuántos habitantes tiene ahora?

—Casi nueve millones.

—¿Nueve millones?

—Sí. Y el metro es la manera más rápida para desplazarse por la ciudad. Cada día cogen el metro miles de personas para ir al trabajo. La distancia que una persona puede recorrer caminando en una hora, en el metro se tarda ocho o nueve minutos. Asombroso, ¿verdad?

—Desde luego que sí. ¿Podremos ir un día en metro?

—Por supuesto. Aquí no tenemos metro, pero subiremos en uno cuando vayamos a Londres. Voy a mostrarte todo lo que hay en mi mundo, que ahora también es el tuyo.

—Gracias. Supongo que todo el mundo no será tan paciente como tú.

—Habrá de todo. Si no fuera paciente no podría hacerme cargo de treinta alumnos. Veamos dónde podemos poner los muebles —dijo ella acercándose el bloc para ver las medidas que él había escrito—. En el salón no habrá mucho espacio para la cama. Aunque no necesitas una cama doble, ¿verdad?

—¿Qué significa eso?

—Hay varias medidas del ancho de las camas: de setenta centímetros, de noventa, de un metro treinta y cinco, de un metro cincuenta y de dos metros.

—Estaría bien que me dijeras cuanto mide esa medida que has mencionado para compararla con la que yo he usado en mi tiempo.

—Tienes razón. La unidad es el metro, del que hemos hablado antes. Un metro tiene cien centímetros. ¿Eres bueno en matemáticas?

—En mi tiempo no lo era, pero parece ser que eso ha cambiado.

—De acuerdo, una pulgada equivale a dos con cincuenta y cuatro centímetros. Un pie equivale a doce pulgadas, o lo que es igual treinta con cuarenta y ocho centímetros.

—Bien.

—Yo suelo emplear el metro y los centímetros. ¿Sería complicado para ti transformar las medidas que has puesto de las paredes en metros.

—No, en absoluto —dijo él rectificándolas al instante.

—Genial. Como te decía antes, no creo que necesites una cama muy ancha ya que no vas a

dormir en ella. Aunque supongo que te apetecerá acostarte de vez en cuando para descansar.

—Los vampiros no nos cansamos.

—Por supuesto, ¿cómo ibais a cansaros?

—Sé que lo has dicho con sarcasmo. Pero puedo acostarme, desde luego.

—¿Crees que una cama de noventa centímetros de ancho estaría bien?

—Sí.

—Aunque la pediremos de dos metros de largo, de lo contrario se te saldrán los pies, porque eres muy alto. Por cierto, ¿cuánto mides?

—¿En metros?

—Sí, por favor.

—Un metro noventa y seis centímetros. Tú mides un metro setenta y seis.

—Mido uno setenta y cinco.

—Descalza sí.

—Vaya, qué exacto eres. Has entendido perfectamente la unidad del metro.

—No es complicado.

—Para mí sí lo es. Si corremos un poco el sofá hacia la izquierda y sacamos la cómoda que hay en el rincón, podemos poner la cama aquí —dijo ella señalándolo en el improvisado plano —. Y en este otro rincón podemos poner un mueble de cajones para tu ropa. Decididamente, no cabe un armario. Pero no importa, si tienes que colgar camisas o algún traje, puedes ponerlo en mi armario. Yo no tengo mucha ropa y hay espacio. Si a ti no te importa tener tu ropa junto a la mía.

—¿Por qué iba a importarme?

—No lo sé. Bueno, pues decidido. Necesitamos la cama y un mueble de cajones. Iremos a comprarlos tan pronto salgamos de aquí.

—He visto que has pagado con un trozo de algo, y también lo has hecho al comprar el móvil.

—Ese algo es plástico. Es una tarjeta del banco. Depositas el dinero en una cuenta del banco y ellos te dan una tarjeta con la que puedes pagar en todas partes. Luego el banco te descuenta de tu cuenta lo que has gastado. La ventaja de ello es que no necesitas llevar dinero encima, con llevar la tarjeta puedes gastar lo que quieras. Claro, dependiendo del dinero que tengas en el banco.

—Entiendo.

—Si quieres una tarjeta puedo incluirte en mi cuenta del banco y pedir una a tu nombre.

—No necesito una tarjeta.

—Vale, pero si en algún momento cambias de opinión, dímelo.

—Bien.

—¿Los vampiros necesitáis beber agua?

—No.

—Entonces, ¿solo te alimentas de sangre?

—Exacto.

—¿Cada cuanto tiempo tienes que comer?

—No estoy muy seguro, supongo que dependerá de la cantidad que tome. Con toda la sangre de un cuerpo humano supongo que podré pasar algunos días. Pero está claro que luego tendré que comer de nuevo.

—¿Y qué vas a hacer para comer?

—Buscar comida.

—¿Dónde vas a buscarla?

—Por la noche será fácil. Ayer cuando veníamos hacia tu casa vi que habían muchas personas por la calle. Y por lo que puedo leer en las mentes de la gente que hay en este establecimiento, parece ser que algunos de ellos van a salir por la noche.

—Es normal, es sábado y los sábados la gente suele salir para divertirse.

—Podré convencer a alguien para que venga conmigo.

—Con tu aspecto no creo que te cueste mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que como eres atractivo, cualquier chica a la que se lo propongas se irá contigo, sin ni siquiera pensárselo.

—Estupendo.

—Un momento, ¿has dicho que puedes leer las mentes de la gente que hay en el local?

—Sí.

—¿También la mía?

—Tú estás en el local —dijo él sonriéndole.

—Entonces, ¿me has leído la mente desde que nos conocemos?

—Es algo que no puedo evitar.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo intento recordar algo que haya pensado y no debería haberlo hecho.

—¿Cómo por ejemplo?

—No sé, algo referente a ti.

—Has pensado muchas cosas sobre mí. Por ejemplo: que tengo el torso más espectacular que has visto en tu vida; que te alegraría la vista solo con verme cada día; que tengo un cuerpo impresionante, al igual que mi rostro; qué estoy para comerme; que te sientes muy atraída por mí; qué tienes pensamientos extraños sobre mí, que no has sentido antes; que soy un sueño de hombre; que no quieres que me acueste con ninguna mujer; que soy un ángel oscuro y hermoso; que soy como el dulce más tentador, que es imposible no fijarse en él y no desear comérselo. ¿Te refieres a todo eso?

—Dios mío, me siento avergonzada —dijo ella bajando la cabeza para que no le viera los ojos.

Alexander sonrió al verla ruborizada.

—No tienes porqué sentirte avergonzada. Aunque, no sé la razón, pero me gusta que te ruborices por mi causa. Quiero que sepas que me siento muy halagado por todas esas cosas que has pensado de mí. Y he de añadir, que yo sí me he sentido avergonzado al escucharlas. Jamás había pensado nadie de esa forma respecto a mí.

—¿Cómo lo sabes? Según me dijiste no has vivido mucho tiempo de vampiro. Y no creo que cuando eras humano tuvieras el poder de leer mentes.

—Tienes razón.

—Por favor, no me hagas ninguna pregunta al respecto, ¿vale? No quiero avergonzarme de nuevo.

—De acuerdo. Aunque te pregunté si te sentías atraída por mí cuando salimos de la peluquería y me dijiste que no, porque éramos amigos. Me mentiste.

—Porque era muy embarazoso para mí decirte que me atraías mucho. Siento haberte mentido. No volveré a hacerlo. Más que nada porque, a partir de ahora no pensaré en ti, ni haré ningún comentario sobre ti.

—No se puede evitar tener pensamientos.

—Pues si en algún momento pienso algo sobre ti, por favor, no lo menciones.

—No lo mencionaré. Pero quiero que sepas que no me gustan las mentiras.

—A mí tampoco. Aunque vamos a mentir a mi familia cuando le hablemos de ti.

—Eso no se puede considerar una mentira, es más bien precaución para que no descubran lo que soy.

—Estoy pensando en algo.

—¿En qué?

—Me dijiste que el mismo día que te convirtieron en vampiro te enterraron. Y te despertaste ayer, cuando mi sangre llegó hasta ti.

—Cierto.

—Lo que quiere decir que solo eres un vampiro desde hace un día.

—¿Por qué crees que no sé lo que puedo hacer como vampiro?

—Deberíamos encontrar a un vampiro para que te explique lo que deberías saber.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo?

—No tengo ni idea.

Poco después los dos caminaban por la calle camino a casa. Erin había decidido ir a una tienda de muebles que estaba bastante alejada y necesitaban el coche. Así que fueron hasta donde lo había aparcado.

—Este es mi coche.

—Tienes coche.

—Sí. No es que lo necesite, pero los fines de semana me gusta ir a los pueblos de los alrededores a pasar el día con mi amiga. Aunque algunos fines de semana voy a ver a mi tía Amelie, la hermana de mi padre, que vive en Brighton, y me quedo con ella hasta el domingo, sobre todo en verano.

—Pero, si no estoy confundido, Brighton está en el sur de Inglaterra. ¿Vas hasta allí en coche?

—No, a Brighton suelo ir en tren.

—Tiene dos asientos delante y uno grande detrás. ¿No es un poco pequeño para que tanta gente viaje ahí dentro?

—Por fuera parece pequeño, pero te aseguro que por dentro es bastante amplio —dijo ella abriendo las puertas del Mini con el mando.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él al ver que las luces parpadeaban.

—Tiene un mando a distancia para abrir las puertas. Como el mando del televisor.

Ella abrió la puerta del copiloto.

—Sube.

—Parece peligroso.

—En casa me has dicho que no tenías miedo.

—Y no lo tengo. Además, ya estoy muerto y no puedo volver a morir —dijo sentándose en el asiento.

Erin rodeó el coche por delante y se sentó en el asiento del conductor.

—Puede que estés muerto, pero yo te veo muy vivo. ¿Qué hacen los vampiros cuando están heridos? —preguntó ella girándose para mirarlo—. Porque cuando yo estuve herida bebí tu sangre y me curé.

—Los vampiros nos curamos solos.

—¿Te lo dijo quien te convirtió?

—Sí.

—Eso es estupendo —dijo ella arrancando el coche.

Erin sacó el vehículo del aparcamiento en donde estaba aparcado y se unió al tráfico. Y Alexander instintivamente se sujetó del asa de la puerta.

—Relájate. Yo conduzco muy bien y no va a pasarnos nada.

—No me preocupo por mí sino por ti.

—Puede que si tuviéramos un accidente no me pasase nada. Desde que bebí tu sangre me siento más viva que nunca, más fuerte, y no me canso.

—Es porque es reciente y todavía te dura el efecto. Pero desaparecerá poco a poco —dijo él, sin dejar de mirar asombrado a su alrededor.

Cuando salieron a la carretera, porque la tienda de muebles estaba fuera de la ciudad, Erin aceleró y él se sintió fascinado por la velocidad que alcanzaba ese vehículo tan pequeño.

—¿Vas incómodo? ¿Es demasiado estrecho para ti?

—No, tenías razón, es bastante amplio por dentro. Aunque las piernas las tengo un poco encogidas.

—Ahora solucionamos eso —dijo poniendo el intermitente y deteniendo el coche en el arcén.

—¿Por qué has parado?

—Para hacer el asiento hacia atrás, así irás más cómodo.

Erin colocó una mano en la parte superior del respaldo de él. Luego metió la otra entre sus largas piernas, lo que hizo que Alexander se tensara, y sujetó la palanca hacia arriba.

—Empuja hacia atrás.

Cuando él lo hizo el asiento se desplazó.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor, gracias.

—De nada.

Erin volvió a unirse al tráfico.

—¿Cuándo vas a enseñarme a utilizar el móvil?

—Si quieres esta noche, cuando volvamos a casa.

—No necesito que me enseñes gran cosa, solo cómo enviarte los mensajes que me has mencionado antes y cómo leer los que tú me envíes a mí. Y para llamarte y recibir tus llamadas.

—¿No quieres saber nada más? Se puede aprender mucho con los móviles.

—Yo prefiero aprender contigo y con los libros.

—En casa tengo una buena colección de libros de Historia, de Geografía, el libro que te comenté de los inventos y algunas novelas. Además, te llevaré a la biblioteca pública y allí podrás leer todo lo que te apetezca. Encontrarás miles y miles de libros, de cualquier tema que busques.

—¿Hay que pagar?

—No. Te daré mi tarjeta de la biblioteca, así podrás llevarte a casa cualquier libro que quieras. Eso sí, luego habrá que devolverlo.

—No necesitaré llevármelo a casa. Los vampiros leemos muy rápido.

—¿Lo has comprobado?

—Sí. Me di cuenta cuando cogí los libros que tienes en tu mesita. Abrí uno y leí las dos primeras páginas en segundos.

—Vaya. Eso es fascinante.

—Y que lo digas.

—Me encantaría tener un poder como ese.

—Para eso tendrías que convertirte en vampiro.

—Sí, supongo que sí. De todas formas, cuando te lleve a la biblioteca te presentaré a una chica que trabaja allí. Se llama Samantha, pero los amigos la llaman Sam. Es una mujer muy interesante.

—¿Por qué es interesante?

—Porque es superdotada.

—¿Qué significa?

—Que tiene un coeficiente intelectual muy elevado. En otras palabras, que es mucho más inteligente que el resto de las personas. Claro que puede que tú la superes. Ella no me lo dijo, pero sí me comentó las carreras que había estudiado, que son varias, a pesar de lo joven que es, y no son carreras insignificantes, sino carreras que se tardan varios años en estudiarlas. No es que seamos amigas, pero siempre que voy por allí me gusta hablar un rato con ella.

—¿La conociste en la biblioteca?

—No. La verdad es que la conocí en el supermercado. Le pregunté por un artículo que ella había cogido para preguntarle qué tal era. Entonces me dijo que trabajaba en la biblioteca. Ya estamos llegando —dijo ella saliendo de la carretera por un desvío—. Es aquella nave azul que se vé allí.

—¿Eso tan grande es una tienda?

—Sí, y solo de muebles.

—En mi época no había tiendas de muebles. Cuando querías uno se lo encargabas a un carpintero y él lo hacía.

—Lo sé. Algunos de los muebles antiguos que he visto son maravillosos y de muy buena calidad. En los anticuarios puedes encontrar algunos realmente bonitos que tienen dos o tres siglos y están como nuevos. Los muebles de ahora no duran mucho que digamos. Me refiero a los normales. Hay muebles buenos, pero carísimos.

—¿Y cómo nos llevaremos los muebles que compres? No van a caber aquí.

—Nos los llevarán a casa. Ves esos camiones que hay en aquel lado —dijo ella señalándolos—. Son camiones de la empresa, cuando venden algún mueble que los clientes no se pueden llevar, se los llevan con ellos a casa. Y si hay que montarlos, ellos los montan también. Cobrándote un dinero extra, claro. Montarlos quiere decir que algunos muebles van separados por piezas y hay que volverlos a unir en la casa del cliente.

—Entiendo.

Una hora después salieron de la tienda. Elegir los muebles que necesitaban solo les llevó quince minutos, pero Alexander estaba maravillado al ver tantas cosas y Erin le había acompañado a recorrer la tienda. La verdad es que ella también disfrutaba mirándolo. Parecía un niño con un juguete nuevo.

Capítulo 5

Era media tarde cuando Erin y Alexander entraron en casa.

—Qué frío. Voy a encender la calefacción. Yo suelo cambiarme cuando vuelvo a casa y no voy a volver a salir. Normalmente me pongo algo que tenga cómodo para estar por casa. Si quieres puedes cambiarte también. A no ser que tengas pensamientos de salir esta noche.

—¿Para qué iba a salir?

—Pues no lo sé. Para buscar a alguna mujer..., o para comer.

—Tú no quieres que me acueste con ninguna mujer.

—Solo era un pensamiento, y habíamos quedado en que no lo mencionarías.

—Me pediste que no te hiciera preguntas al respecto y no te he preguntado nada sobre ello.

—Vaya, a ti hay que decirte las cosas muy detalladas para que no haya ninguna confusión.

—Sí, es lo mejor.

—De todas formas, si quieres acostarte con alguna mujer, no me importa.

—De acuerdo. Pero he de decirte que si saliese, tanto para una cosa como para la otra, lo haría por la noche cuando tú estuvieras dormida. Me dijiste que te aburrías viviendo sola, así que estaré contigo siempre que estés despierta y no estés trabajando. Estás haciendo demasiado por mí y tengo que compensártelo de alguna forma.

—Eres muy amable. Voy a cambiarme.

—Entonces me cambiaré también —dijo él sonriendo porque ella había pensado, inconscientemente, que sabía perfectamente de qué manera le gustaría que la compensara.

—La ropa que te compré para estar por casa, sigue en la bolsa de la tienda, y la bolsa está en la cocina —dijo ella sin mirarlo porque cada vez se sentía más atraída por él.

—Gracias.

Cuando Erin volvió al salón, él ya se había cambiado y tenía su ropa doblada en el sofá. No pudo evitar mirarlo de arriba abajo, pensando que incluso un simple pijama le quedaba de miedo. Cuando elevó la mirada y se encontró con la de él supo que sabía lo que había pensado y se ruborizó. Pero Alexander no dijo ni palabra al respecto.

—Veamos que podemos hacer hasta la hora de cenar.

—Me gustaría que me enseñaras a utilizar el móvil, así podremos estar en contacto el lunes cuando estés trabajando. Aunque, en realidad, siempre vamos a estar conectados.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú y yo estaremos unidos de por vida. Llevas sangre mía en tus venas. Digamos, para que me entiendas, que eso es como un GPS para mí y siempre sabré dónde encontrarte.

—Pero has dicho esta tarde que el efecto de tu sangre desaparecería poco a poco de mi cuerpo.

—El efecto, sí. Pero mi sangre permanecerá en ti.

—Vaya, eso es aterrador.

—¿Por qué?

—Porque no sé si me gusta que siempre me tengas localizada.

—También sabré tu estado de ánimo: si estás contenta o enfadada; o triste y decaída; y, sobre todo, sabré si estás en peligro.

—¿Sabrás todo eso, aunque yo no esté cerca?

—Sí.

—¿Cuándo se eliminará tu sangre de mi cuerpo?

—Cuando mueras.

—¿Eso quiere decir que vamos a estar unidos mientras vivamos?

—Sí.

—Pero tú te marcharás algún día. Supongo que no querrás vivir conmigo para siempre. Y entonces ya no tendrás que preocuparte de si estoy en peligro o no.

—Esté donde esté, siempre me preocuparé por ti. Y puede que seas tú quien quiera que me marche.

—Lo veremos con el tiempo. Bien, vamos a enseñarte qué hacer con el móvil —dijo ella cogiendo la bolsita de la compañía telefónica en la que se encontraba el móvil y sentándose en el sofá de dos plazas—. Aunque, después de ver los poderes que tienes, puede que no me necesites.

—Prefiero que me lo expliques.

—De acuerdo. Siéntate a mi lado.

Alexander lo hizo y entonces Erin pensó que ese sofá era muy pequeño para los dos, porque estaban demasiado juntos.

—Si quieres puedo sentarme en una silla —dijo él mirándola.

Ella se maldijo por haber pensado en él de nuevo.

—Disfrutas con esto, ¿verdad?

—No disfruto, pero no quiero que te sientas incómoda por mi culpa.

—Toma, coge el móvil para que te vayas familiarizando con él.

—Es muy pequeño —dijo él cuando lo tuvo en la mano.

—No es pequeño, solo tienes que acostumbrarte. Espera, voy a buscar un alargador para cargarlo.

Erin se levantó, cogió uno del cajón que había debajo del televisor y lo conectó al enchufe de la pared. Luego enchufó el cargador del móvil y la pantalla se iluminó.

—Lo primero que vas a hacer es poner el número de mi móvil en tus contactos.

Ella fue explicándole cómo hacerlo y él siguió todas las indicaciones al pie de la letra.

—Ya tienes mi teléfono. A partir de ahora podrás llamarme y, aunque esté en la otra parte del país, podré contestarte. Por cierto, tu teléfono es el 07 470 220 201. ¿Quieres que te lo anote en el móvil?

—No es necesario, no voy a olvidarlo.

—Claro, había olvidado que tú nunca olvidas nada —dijo ella con sarcasmo.

—¿Qué he de hacer para llamarte?

—Hay varias formas, pero antes de nada hay que conectarse al wifi, porque yo pago para tener acceso a Internet. Así que, si estás en casa, tienes que tener siempre el wifi conectado. Y si estás en la calle puedes llamar o enviar mensajes con los datos del móvil.

Erin le mostró cómo poner y sacar el wifi.

—¿Lo has entendido?

—Por supuesto.

—Ahora te diré cómo llamar por teléfono: puedes apretar el símbolo este, que es de un teléfono, y escribir mi número y aprietas este botón para llamar; la segunda manera es ir a tus contactos, que es este, aprietas y cuando salen todos tus contactos, escribe el nombre de quien quieres llamar y te sale arriba, presionas sobre él y te sale su número, entonces llamas, como con la opción anterior. Pero si quieres hablar con alguien con quien hablas a menudo, solo tienes que ir a la tecla con el símbolo del teléfono y te salen los números que has llamado recientemente. Aprietas sobre el que quieres y ya se conecta. Llámame.

—Vale —dijo él haciéndolo como si lo hubiera hecho cientos de veces.

El móvil de Erin comenzó a sonar en su bolso y ella se levantó para cogerlo.

—Hola —dijo contestando a la llamada.

—Hola. Este es un invento increíble.

—Desde luego que lo es —iba diciendo ella a medida que se acercaba al salón—. Para cortar la llamada solo tienes que apretar el botón rojo.

—De acuerdo —dijo él colgando.

—Ahora vas a descargar la aplicación de WhatsApp. Es por donde yo envío los mensajes. Puedes utilizarla tanto con wifi como con los datos del móvil. Y las llamadas son gratis.

Erin le fue indicando lo que tenía que hacer hasta que tuvo el WhatsApp en su móvil. Y entonces le mostró cómo enviar un mensaje, hacer una llamada, o una videollamada.

—Entonces, ¿si te llamo por esta aplicación puedo verte y tú verme a mí?

—Si es una videollamada, sí. Si estás hablando con una persona, o en el trabajo, o en la biblioteca, que no se puede hacer ruido, puedes poner el móvil en silencio —dijo indicándole cómo hacerlo—. Yo en el trabajo siempre lo tengo en silencio, menos cuando estoy entre clase y clase. Por eso te dije que no me llamaras tú, que yo lo haría. De todas formas, cuando tienes el móvil en silencio, las llamadas se quedan grabadas, así que si me llamas y no te contesto porque estoy en clase, te llamaré tan pronto pueda.

—Entendido.

—Podría bajarte más aplicaciones, pero no creo que estés interesado en ellas.

—No te preocupes, tengo mucho tiempo y practicaré.

—Este botón es el de Internet —dijo ella apretándolo—. Aquí arriba te sale una franja para escribir. Puedes escribir el nombre de un personaje, un escritor, un actor, un político… y te hablan de él. O puedes preguntar por algún invento, o por los inventos del siglo XX, por ejemplo. Puedes escribir cualquier cosa, que siempre te responderán.

—Eso sí que es fantástico.

—Y que lo digas. Otro día te mostraré cómo utilizar el ordenador. Así podrás estar más cómodo, porque la pantalla es mucho más grande que el móvil. El móvil está bien para hacer una consulta, pero no para leer algo largo.

—Entiendo. Aunque no sé lo que es un ordenador.

—Claro, se me había olvidado —dijo ella cogiendo la funda del ordenador que estaba apoyada en la mesita de centro y sacando el portátil del interior—. Esto es un ordenador. ¿Quieres que lo encienda y practicas un poco con él, a ver si te aclaras?

—No, tal vez en otro momento.

Alexander la había visto tan ilusionada explicándole todo lo relacionado con el móvil que no quiso decirle que desde que lo tuvo en su mano sabía cómo utilizarlo.

—Vale. Yo voy a prepararme algo para cenar. ¿Por qué no vas pensando en dónde poner la cama y el mueble que hemos comprado? Puede que con tu súper visión encuentres otro sitio mejor que el que hemos mencionado antes —dijo ella sonriéndole.

—No deberías burlarte de mí. No sé si te has dado cuenta, pero los vampiros somos los seres más poderosos del planeta.

—Estoy empezando a comprenderlo, pero a mí no vas a hacerme daño, ¿verdad?

—No, jamás te haría daño.

—Estupendo. Voy a hacer la cena —dijo ella dándole un beso en la mejilla y levantándose.

Alexander se quedó paralizado. No esperaba que ella lo besara. Jamás lo había besado ninguna mujer, excepto su esposa, a no ser que fuera alguna amante. ¿Qué significaría eso?, se

preguntó. Aunque recordó que a Justin, el peluquero, también lo había besado en la mejilla y lo había hecho de la forma más natural.

—Por cierto. Deberías comer algo para ver si te sienta mal. Tan pronto hable con mi madre y le diga que un hombre vive conmigo querrá conocerte y nos invitará a comer.

—De acuerdo, comeré.

Alexander se puso de pie y miró a su alrededor. Con la mente podía ver perfectamente todas las opciones que había de colocar los muebles. Cogió un bloc que había sobre la mesita del salón y un rotulador y dibujó todo el salón con los muebles colocados con la mejor opción de todas.

Caminó hacia la cocina sonriendo, porque ella lo estaba mirando… y pensando en él, otra vez. Desde luego, era muy halagador lo que esa mujer pensaba de él. Posiblemente Erin pensaría que al no estar a su lado no podría leerle la mente, pero se había equivocado.

—Esta es la mejor opción para colocar los muebles y se aprovechará mejor el espacio —dijo él mostrándole el bloc.

—Es fantástico. Aquí podremos colocar una cortina o algo de separación —dijo ella señalando en el plano que él había hecho—. Más que nada para que cuando venga alguien no se vea la cama en el salón.

—Lo que tú digas.

—No sé si te gusta ir descalzo por la casa. Podemos ir a comprarte unas zapatillas para estar por aquí.

—En casa utilizaba unas zapatillas muy cómodas, pero no te preocupes, no me importa ir descalzo.

—A mí me gusta ir descalza. Me gusta pisar sobre la madera, es cálida. Aunque cuando hace frío me pongo unos calcetines gruesos. Pero compraremos unas zapatillas para ti.

—Bien. ¿Qué estás preparando?

—Salmón, arroz blanco y espárragos. ¿Te parece bien? Puede que te guste la comida de los humanos, al fin y al cabo, tú lo fuiste una vez.

—Es posible.

El móvil de Erin comenzó a sonar en el salón. Ella fue rápidamente a cogerlo para ver quien era.

—Hola, mamá.

Alexander se volvió a mirarla.

—Me dijiste que me llamarías hoy por la mañana, pero no lo has hecho.

—Es que he tenido muchas cosas que hacer.

—¿Muchas cosas que hacer un sábado?

—Pues sí. Tengo novedades.

—¿Has conocido a un hombre?

El vampiro la miró para ver lo que contestaba.

—No en el sentido al que tú te refieres, pero en realidad, sí he conocido a un hombre. De hecho está en casa conmigo.

—¿Qué quieres decir con que está contigo?

—Necesitaba un sitio donde vivir y le he alquilado la mitad del piso.

—Cariño, ese piso es miniatura.

—Lo sé, pero va a empezar una nueva vida y en estos momentos… No sé, creo que necesita ayuda.

—Entonces está bien que lo ayudes. Pero… en tu casa solo hay una cama.

—Hoy hemos comprado una para él y un mueble de cajones. Los vamos a colocar en un

rincón del salón.

—¿Y vais a tener la cama en el salón?

—Hemos pensado separarla con algo, puede que con una cortina.

—Yo tengo una colcha de ganchillo que me hizo la abuela y nunca la he utilizado. Quedaría muy bien de separación.

—Esa es una buena idea. Llamaré a alguien para que coloque una barra en el techo.

—Peter, nuestro vecino, se ha quedado sin trabajo y sabes que es un manitas.

—Estupendo, lo llamaré para que nos instale la barra.

—Te lo agradecerá. Con tres niños pequeños, cualquier entrada de dinero será una bendición. Buscaré la colcha, para ver lo que hay que hacerle para colgarla. Seguramente habrá que coserle en uno de los lados una tira de tela como llevan las cortinas, donde se colocan los enganches.

—¿Te encargarás tú de comprarla, o quieres que la compre yo?

—Yo me encargaré. Mañana a primera hora iré a comprarla y la coseré.

—Puedo coserla yo.

—Tú no sabes coser a máquina, y con la máquina de coser me llevará solo unos minutos.

—Gracias, mamá.

—De nada, cariño. Hablame de ese hombre. ¿Cómo se llama? ¿Qué aspecto tiene? ¿Dónde lo has conocido?

—Vaya, cuántas preguntas. Se llama Alexander. Es muy alto y también muy guapo. Lo conocí en la biblioteca y nos pusimos a hablar…

—¿De dónde es?

—Es escocés. Y hasta ahora ha vivido en un pueblecito, prácticamente aislado, del norte. Habla de forma extraña.

—Puede que el acento del norte sea más cerrado.

—No es el acento lo que me parece extraño, sino la forma que tiene de expresarse. Habla de forma demasiado formal, como se hablaba hace muchos años.

—A mí no me parecerá extraño. Ya sabes que me gusta Downton Abby.

—Pues ahora que lo mencionas, sí, habla como ellos.

—Seguro que me va a gustar escucharlo.

—Estoy completamente segura de ello, y también te va a gustar su aspecto. Y sobre todo te gustará, porque es una gran persona.

—Me alegro de que le hayas ofrecido vivir contigo. ¿A qué se dedica?

—Es abogado, pero hace tiempo que no ejerce.

—¿Es muy mayor?

—Tiene treinta años.

—Es muy joven.

—Sí, lo es —dijo Erin mirando a Alexander y sonriendo.

—Quiero conocerlo. Venir mañana a comer. Tus hermanos no pueden venir, así no pasaré el día sola.

—Se lo preguntaré luego a ver si le parece bien y no tiene ningún compromiso.

—No hace falta que se lo preguntes, dile simplemente que yo os he invitado a comer y tenéis que venir.

—De acuerdo, se lo diré. Hasta mañana.

—Saluda a Alexander de mi parte.

—Lo haré.

—Tu madre es insistente —dijo el vampiro.

—¿Has escuchado la conversación?

—Con toda claridad.

—¿Te apetece que ir a comer a su casa?

—No parece de las mujeres que aceptan un no por respuesta.

—Tienes razón. Si no vas a comer conmigo se presentará aquí después de comer para conocerte.

—Iré a comer. A mí también me gustará conocerla. Espero que no sospeche nada al verme.

—¿Crees que simplemente viéndote va a saber que eres un vampiro?

—No estoy seguro.

—Alexander, eres un hombre como cualquier otro. No tienes que preocuparte por ello.

—De acuerdo. Lo que estás cocinando huele bien.

—Gracias. Espero que te guste. Si ves que no te sienta mal la comida podías comer siempre conmigo, aunque solo fuera un poco. La verdad es que no me gusta comer sola.

—Pero entonces gastarás más dinero.

—No me importa.

—En ese caso, comeré contigo.

—Gracias.

—Le has dicho a tu madre que soy abogado.

—Me dijiste que lo eras.

—Lo soy, pero estoy seguro de que lo que yo estudié en la universidad es totalmente distinto de lo que se estudia ahora.

—Claro que será distinto. Pero con tu inteligencia, te pondrás al día en muy poco tiempo. En Internet se pueden encontrar todos los temarios que dan en las universidades. Y en la biblioteca encontrarás los libros de cualquier carrera que quieras. Has dicho que lees muy rápido y que no olvidas nada.

—Y es cierto.

—Supongo que la carrera de derecho es todo teoría.

—Sí. ¿Crees que algún día podría trabajar como abogado?

—Por supuesto que sí. Lo único que tenemos que hacer es conseguirte una documentación. Se lo preguntaré a Sam, la chica de la biblioteca. Es tan inteligente que seguro que sabe cómo conseguirla. Aunque puede que tú seas más inteligente que ella. De todas formas, se lo comentaré a ver que me dice.

—No pensarás decirle lo que soy.

—Por supuesto que no. No tienes que preocuparte por eso. ¿Quieres ayudarme?

—Claro. ¿Qué necesitas?

—¿Puedes poner la mesa? La cena está casi lista.

—Por supuesto.

—Los cubiertos están en ese cajón y…

—Erin, sé perfectamente donde está cada cosa —dijo él interrumpiéndola—. Las puertas de los armarios no son impedimento para saber lo que hay en el interior.

—¿Otro de tus súper poderes?

—Sí.

—¿Has puesto una mesa anteriormente?

—No. En mi tiempo los criados se encargaban de las tareas domésticas —dijo él colocando las servilletas.

—Querrás decir la gente de un poder adquisitivo elevado, que podía permitirse tener sirvientes.

—Sí. Bueno, mi familia era rica y, además, los abogados ganaban bastante dinero en aquel entonces.

—Ahora también. Los que son buenos, claro.

—Entonces he de trabajar en ello. Necesito comprarme una casa —dijo él, poniendo los cubiertos en la mesa y luego los vasos.

—Una casa —repitió ella.

—Sí, una casa, con criados y todo eso.

—Alexander, las cosas no son como en tu tiempo. Ahora la gente que tiene dinero compra una buena casa, pero no tiene sirvientes. Quiero decir que no necesitan mayordomo, varias doncellas, cocinera y qué sé yo que más. Normalmente tienen una persona que va a limpiarles la casa una o dos veces a la semana, o todos los días. Pero la gente evita tener en su casa servicio. Prefieren tener intimidad. Aunque algunos tienen servicio interno, pero son muy pocos.

—De acuerdo. Me has dicho que ahora se suele pagar con la tarjeta del banco.

—Sí.

—Entonces, ¿ya no existe el dinero?

—Sí que existe. Coge del bolso mío la cartera y tráela.

Poco después él volvió con la cartera en la mano.

—Ábrela. En el compartimento de la izquierda encontrarás billetes y en el de la derecha monedas.

Alexander lo abrió, sacó los billetes y los dejó sobre la bancada.

—Puedes encontrarte con billetes emitidos por el banco de Inglaterra, pero hay bancos escoceses que emiten sus propios billetes. Puede ser casualidad, pero los billetes que llevo en la cartera en este momento están emitidos en Londres, pero ya verás los de aquí. Este es el billete más pequeño que existe, es de cinco libras.

—Cinco libras es mucho dinero.

—Ahora no es mucho dinero. Con cinco libras no puedes pagar dos cafés en una cafetería. En el anverso del billete está la reina de Inglaterra, Isabel II, que falleció el ocho

de septiembre del 2022 en el castillo de Balmoral en Aberdeenshire, aquí en Escocia, tenía noventa y seis años. La coronaron reina el 2 de junio de 1953, cuando tenía veinticinco años. Reinó durante 69 años.

—Eso es mucho tiempo.

—Desde luego que lo es. En el reverso del billete está Winston Churchill, que fue el primer ministro de 1940 a 1945 y de 1951 a 1955. Este es el de diez libras —dijo ella, señalando otro billete—. En el frente está también el retrato de la reina Isabel II. Y en el reverso el retrato de Charles Dickens.

—Oí hablar de él, fue un escritor inglés. En casa teníamos algunos libros suyos.

—Creó algunos de los personajes de ficción más conocidos en el mundo y muchos lo consideran el mejor novelista de la época victoriana.

—¿Qué periodo abarca la época victoriana?

—Desde el veinte de junio de 1837 al 22 de enero de 1901.

—Supongo que se llamaría así por la reina Alexandrina Victoria, porque su reinado comenzó en esa fecha.

—Sí. Este es el de veinte libras. En el anverso está la reina Isabel II y en el reverso contiene la imagen del economista de origen escocés, Adam Smith.

—También oí hablar de él. Nació en Edimburgo en 1723. Además de economista fue un filósofo.

—Cierto. Está considerado como uno de los mayores exponentes de la economía clásica y de la filosofía de la economía. Y por último, este es el billete de cincuenta. En la parte de delante sigue estando la reina y en el reverso hay dos retratos: James Watt, que fue un ingeniero y científico escocés y el industrial Matthew Boulton.

—A James Watt también lo conozco. Nació en Greenock y su padre era carpintero. Y también a Boulton, nació en Birmingham en 1728.

—Me alegro de que conozcas a algunos de los que he nombrado.

—Yo también me alegro.

—En todos los billetes cambian el reverso, pero la reina siempre está en la parte de delante. Aunque ya están apareciendo los billetes nuevos en los que está su hijo, el rey, en vez de ella.

—Ha sido interesante saber sobre los billetes.

—Saca las monedas del otro compartimento.

Él las colocó todas en la bancada y las inspeccionó mientras Erin le iba hablando de ellas, al mismo tiempo que terminaba de preparar la cena.

—La cena está lista.

Alexander se acercó al fregadero y se lavó las manos. Luego se las secó con un paño que le dio Erin. Se sentaron el uno frente al otro.

—Me gusta el color de tus ojos. Gris como el cielo de nuestro país —dijo ella mirándolo.

Alexander la miró a su vez. Esa mujer era inteligente como una ardilla. Era mordaz, atrevida y descarada, pero eso la hacía refrescante y única.

—Las mujeres de ahora son muy atrevidas —dijo él poniéndose la servilleta sobre los muslos.

—No es que seamos atrevidas, es que en tu tiempo las mujeres eran un cero a la izquierda. No significaban nada. Solo servían para casarse, ocuparse de la casa, del marido y de los hijos, y nada más. No leían, de hecho, la mayoría no sabían leer —dijo ella mientras le servía en el plato un trozo de pescado, un poco de arroz y dos espárragos.

—Gracias.

—No te he puesto mucho, pero si te gusta puedes repetir.

—De acuerdo. Tienes razón en cuanto a lo que has dicho de las mujeres.

—Las cosas han cambiado mucho.

—Desde luego que han cambiado.

—Aunque no tanto como quisiéramos, porque aún hay muchas diferencias entre los hombres y las mujeres. ¿Qué opinas al respecto? ¿Crees que las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres para todo?

—Esa pregunta es difícil de contestar para mí. Es cierto que han pasado casi dos siglos, pero para mi ha sido prácticamente un día —dijo él comiendo un poco de pescado y de arroz.

—Entiendo que para ti habrá sido un cambio muy brusco.

—Desde luego que lo ha sido.

—¿Qué tal la comida?

—Sabe tan bien como huele. Está bueno. Eres una buena cocinera.

—Mi madre nos enseñó a mis hermanos y a mí. Después de cenar voy a enseñarte todo lo que tengo en casa de papelería: folios, diferentes tipos de bolígrafos y rotuladores, sacapuntas, gomas de borrar, libretas, tijeras, lápices…

—Seguro que me dejarás asombrado de nuevo.

—Tienes que saber cómo es todo en la actualidad. Y también tienes que ver la televisión para aprender cómo se habla ahora.

—Eso me va a costar.

—Eres demasiado inteligente para que te cueste.

—Gracias.

—Esta noche vamos a empezar a ver una serie de vampiros. Se llama True blood. La vi hace algún tiempo y me gustó bastante, excepto la última temporada, que me pareció de lo más aburrida. Así sabrás cómo piensa la gente que son los vampiros. Y podré hacerte preguntas para ver si eres similar a ellos en algo.

—De acuerdo. ¿Por qué dices que te gustó bastante?

—Cuando vi el primer episodio de la serie, me sentí muy atraída por el protagonista principal masculino. Me pareció un hombre muy atractivo.

—Háblame de su físico.

—Es moreno y tiene los ojos azules. No es muy alto, mide un metro setenta y ocho.

—Yo creo que es una buena altura.

—Es casi igual que yo de alto, y a mí me gustan los hombres un poco más altos.

Erin lo miró y se ruborizó, pensando en la altura de él.

—Pero, además de sentirme atraída por el protagonista, siempre me han atraído los vampiros. He visto todas las películas antiguas, ya sabes, de Drácula y todas esas.

—La verdad es que no sé a qué te refieres.

—Perdona, tienes razón. Me refiero a las primeras películas y series de vampiros que hicieron.

Después de la cena ella llevó a la mesa un plato con la fruta que tenía en casa para que él la viera.

—Seguro que hay algo de esta fruta que desconoces.

—Sí. Esto no lo conozco y esto tampoco —dijo él señalándolas.

—Esto es un kiwi y proviene de China, aunque ahora ya se cultiva en varios países.

—¿Qué es esto?

—Un caqui. Proviene de China y Japón. Cuando vayamos al supermercado compraremos otras frutas, como el mango, que proviene del sureste de Asia, o la papaya, que proviene de Méjico y Centroamérica.

Cuando terminaron de cenar, recogieron lo de la mesa entre los dos y y lo dejaron en la bancada. Erin fue a coger todo lo que tenía de papelería en casa y lo dejó sobre la mesa de la cocina.

Alexander estuvo examinándolo todo y escribiendo con los bolígrafos, los lápices y los rotuladores. Usó el sacapuntas y la goma de borrar. Se maravilló con los folios y las tijeras.

Erin lo miraba sin dejar de sonreír. El desconocimiento de él ante todo lo que le mostraba resultaba absolutamente adorable. Era como un niño a quien le enseñaran un juguete nuevo y estuviera experimentando con él.

—¿Cómo te sientes?

—Asombrado.

—No, me refiero a si te ha sentado mal la comida.

—No, estoy bien. Y he de decir que estaba deliciosa.

—Muchas gracias. ¿Quieres ayudarme a recoger la cocina?

—Claro.

—Quiero que sepas que hoy en día es normal que los hombres ayuden en la casa,

limpiando, cuidando de los niños, planchando o cocinando. Porque la mayoría de las mujeres trabajan y las parejas tienen que compartir las tareas del hogar.

—Entonces, las compartiremos tú y yo. Así aprenderé a hacer las cosas… que nunca he hecho.

—Me parece bien.

Recogieron la cocina entre los dos y luego fueron a sentarse en el sofá, que cada vez le parecía más pequeño a Erin.

—¿Vamos a ver la serie esa de vampiros que has mencionado?

—Sí.

—Sé lo que es una serie, pero ¿qué quiere decir en este contexto?

—Digamos que es una historia, en este caso de vampiros, que la dividen en varias partes. Y pueden tener varias temporadas. Una temporada tiene los episodios que han grabado de la historia. Si es más larga, entonces graban una segunda temporada con un número de capítulos. La serie esta de True Blood, creo que tiene siete temporadas. Hoy empezaremos por la primera. Si no recuerdo mal, los episodios son de una hora. Como mañana no tenemos que levantarnos temprano, bueno, yo no tengo que levantarme temprano —dijo ella rectificando—, podemos ver los episodios que queramos, hasta que nos cansemos o yo tenga sueño.

—Yo nunca me canso.

—Y tampoco duermes —dijo ella sonriendo.

—No.

—Pero yo sí.

Erin cogió el mando a distancia y buscó la serie en todas las plataformas de streaming que tenía contratadas, que eran varias, porque no solía salir.

—¿Por qué se les ocurrió hacer una serie de vampiros? ¿Alguien conoce su existencia?

—No sé si alguien la conocerá, pero sí sé que el tema de los vampiros no es nuevo. Un escritor esloveno. Seguro que no sabes lo que es esloveno, es una persona que procede de Eslovaquia. Y Eslovaquia es un país que pertenecía a la antigua Rusia.

—Lo leí en uno de tus libros de historia.

—Pues ese hombre escribió, a finales del siglo XVI, sobre un vampiro llamado Jure Grando Alilovic, al que se le considera el primer vampiro moderno documentado.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. A mediados del siglo XVIII, el francés Agustin Calmet publicó un libro sobre “los resucitados” que salen de sus tumbas para alimentarse con la sangre de los vivos —dijo ella sonriéndole—. A ti podríamos definirte de esa forma.

—Tienes razón.

—Drácula fue el vampiro más poderoso de todos los tiempos, o al menos, eso nos han hecho creer con las películas.

—¿Por qué sabes tanto sobre vampiros? ¿Sabías que existían antes de conocerme?

—No, pero en los últimos años empezaron a aparecer varias películas en el cine sobre el tema. Y ya no los mostraban como seres terribles, sino que eran atractivos y seductores. Me interesé por ellos y busqué información. Puede que oyeras nombrar a John Willian Polidori. Nació en 1795 y murió en 1821.

—No me suena haber oído hablar de él.

—Fue médico y escritor inglés. Con su relato “El vampiro” creó el arquetipo del vampiro romántico. Supongo que a partir de lo que se escribió siglos atrás, se han ido inventando historias y esa es la razón de que hayan salido tantas películas y tantas series. Esta es —dijo ella cuando

encontró la serie que estaba buscando.

Erin puso el primer capítulo de la primera temporada. Mientras aparecían los nombres de los protagonistas y se escuchaba la canción, Erin se levantó para apagar la luz del techo y encendió una pequeña lamparita que había en un rincón del salón, y que no alumbraba mucho.

—Me encanta esta canción.

Alexander se giró para mirarla.

—¿Por qué has apagado las luces?

—Porque así se ve mejor. En el cine está completamente oscuro.

—El cine es donde proyectan las películas.

—Eso es. ¿Sabes cómo se llama el miedo a los vampiros? —dijo ella apretando la tecla de pausa.

—No.

—Estaurofobia.

—¿Por qué se llama así?

—Porque la estaurofobia es el pavor que generan las cruces y los crucifijos.

—¿Qué tienen que ver las cruces con los vampiros?

—En las primeras películas que aparecieron de vampiros, esos seres no soportaban tener frente a ellos una cruz o un crucifijo. Y cuando la rozaban se quemaban. ¿A ti te molesta ver cruces o crucifijos?

—Hasta el momento no he visto ninguno, pero no lo creo.

—Lo averiguaremos enseguida —dijo ella levantándose y dirigiéndose a su dormitorio.

Poco después volvió con una cadena de plata de la que colgaba una cruz. Se la puso delante para que la viera y él la cogió con sus dedos.

—Parece ser que no me afecta.

—Ya me extrañaba que te afectara algo tan ridículo como esto.

—¿Eres católica?

—Sí, aunque no practicante. Supongo que tú también eras católico, en tu siglo imperaba el catolicismo en Inglaterra.

—Pero no en Escocia. Cuando yo nací el catolicismo era minoritario. La mayoría eran protestantes.

—En Escocia no se hablaba inglés en tu tiempo.

—Cierto. Se hablaba gaélico, al igual que en Irlanda.

—Cuando vivía, mi abuela empleaba muchas palabras en gaélico cuando hablaba.

—Yo abandoné el gaélico cuando me fui a la universidad. Había estado estudiando inglés antes de ir a Oxford. Quería estudiar precisamente en esa universidad. Era la más antigua del mundo angloparlante. En aquel entonces no había una fecha segura de su fundación, pero la enseñanza ya existía en Oxford en el año 1096 y desde 1167 se desarrolló rápidamente cuando Enrique II de Inglaterra prohibió a los estudiantes ingleses asistir a la Universidad de París.

—Todavía sigue sin saberse la fecha de su fundación. Bien, veamos el primer episodio de la primera temporada. Vas a aprender muchas cosas sobre los vampiros —dijo ella sonriéndole de forma traviesa.

—Espero que sea así, porque no sé mucho sobre ellos —dijo él devolviéndole la sonrisa.

Capítulo 6

—Parece ser que los vampiros de esta serie no pueden estar en contacto con la plata.

—A ti tampoco te afecta eso, porque la cadena y la cruz que has cogido son de plata. Empiezo a pensar que a ti no te afecta nada.

—¿De dónde sacan todas esas tonterías?

—La culpa la tienen los escritores. Como la historia que escriben es de ciencia ficción lo inventan todo, y escriben cualquier cosa que se les ocurra. Ten en cuenta que se supone que los vampiros no existen.

—¿Quién lo supone?

—Todo el mundo.

—Sin embargo a ti no te afectó, ni te sorprendió cuando descubriste que yo era un vampiro.

—No olvides que acababas de salvarme la vida. Pensé que si me habías salvado era porque no tenías intención de acabar conmigo.

—Erin, no soy un asesino. Pero has de comprender que necesito sangre para vivir.

—Lo sé.

—De todas formas, al individuo que te atacó sí quería matarlo. Podría haber bebido solo un poco de su sangre para coger fuerzas, pero merecía morir. Y yo tenía hambre.

—Lo entiendo. Me salvaste la vida y eso no podré agradecértelo por mucho tiempo que viva.

—Ya me lo estás agradeciendo enseñándome todas las cosas que desconozco, y siendo paciente conmigo.

—Me gusta enseñarte cosas.

—Además, me has dado una casa donde vivir.

—No tiene importancia.

—Por supuesto que la tiene. Cuando me convirtieron y me dieron la oportunidad de volver a la vida, libre de la enfermedad que me habían contagiado, no quise vivir, pero ahora sí quiero. Quiero conocer este mundo y todos los avances que ha habido desde que me enterraron.

—Y yo estaré encantada de mostrártelo todo.

—Muchas gracias.

Al final habían visto cuatro episodios de la serie. Erin estaba que se caía de sueño. Antes de acostarse, ella le explicó cómo buscar películas o series en todas las plataformas que tenía contratadas, pero le pidió que la que estaban viendo no continuara viéndola, porque quería que la vieran juntos.

Cuando ella se acostó, Alexander comenzó a ver las películas antiguas de vampiros. Le hacía gracia todo lo que veía y oía. Como por ejemplo lo de los ajos, que según decían, eran un repelente para los vampiros. Y solo para asegurarse, fue a la cocina a buscar ajos y cogió uno en la mano. No sintió absolutamente nada.

Empezaba a pensar que no había nada que le afectara, como le había dicho su compañera de piso. Sonrió al pensar en ello. Jamás se le habría ocurrido que pudiera compartir casa con una mujer, que no fuera su mujer, y sobre todo, una casa tan pequeña, que parecía de juguete.

Después de ver una película antigua de vampiros, decidió leer los dos libros que Erin tenía sobre los inventos, uno era sobre todo lo que se había inventado en el siglo XIX y el otro en el siglo XX. Se quedó asombrado de todo lo que habían avanzado.

Mientras leía, escuchaba la televisión. Ella le había dicho que tenía que aprender a hablar como se hablaba ahora y sabía que lo que escuchara no lo olvidaría.

Estaba un poco preocupado, porque al día siguiente iba a conocer a la madre de Erin. Quería causarle buena impresión, simplemente, porque era la madre de ella y sabía cuánto la quería.

Durante la noche, Alexander había escuchado perfectamente cada vez que Erin se había movido en la cama. Igual que había oído cuando se había levantado para ir al aseo. En ese momento la oyó salir del dormitorio, pero no hizo ningún movimiento, para que ella no pensara que estaba pendiente de lo que hacía. Él siguió echado en el sofá leyendo.

—Buenos días —dijo ella rodeando el sofá para colocarse frente a él.

—Buenos días —dijo él incorporándose y poniéndose de pie.

—Siéntate, por favor. He de decirte que los hombres jóvenes no se levantan cuando se acerca a ellos una amiga —dijo sentándose a su lado—. Aunque he de admitir que me gusta ese detalle.

—Entonces, seguiré haciéndolo contigo. Y también con tu madre.

—Gracias. Menudo despliegue de libros tienes sobre la mesa. ¿Cuál has leído?

—Todos.

—No me engañaste cuando me dijiste que leías muy deprisa.

—Por supuesto que no. He alucinado con los libros de los inventos de los últimos dos siglos.

—¿Has dicho alucinado?

—Me dijiste que tenía que hablar como la gente de ahora. He estado escuchando la televisión toda la noche, mientras leía.

—¿Y prestabas atención a lo que escuchabas mientras leías?

—Claro.

—Parece que aprendes rápido. ¿Has hecho algo, además de leer y escuchar la televisión mientras lo hacías?

—He visto una película antigua de vampiros.

—¿Has descubierto algo interesante en ella?

—No sé si te parecerá interesante, pero lo de los ajos es mentira.

Ella soltó una carcajada y él se quedó embobado mirándole la boca.

—También sé, que un vampiro no necesita permiso del propietario de una casa para entrar en ella.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque el día que nos conocimos, cuando te traje a casa medio inconsciente, entré sin que me dieras permiso y no tuve ningún problema.

—Tienes razón.

—También he descubierto otra cosa. Bueno, la descubrí ayer cuando íbamos a la peluquería de Justin. Lo que dicen en las películas sobre que la luz del sol afecta a los vampiros, no es cierto. Aunque sí podría decir que, aunque no me molesta, no me resulta agradable cuando hace un sol radiante. Todo lo contrario a lo que me sucedía cuando vivía. Me encantaban los días soleados, iba a montar y me gustaba sentir en el rostro el calor del sol. Y también me gustaba pasar tiempo con mis hijos en el jardín de casa, cuando hacía un día soleado.

—¿Quieres hablarme de tus hijos?

—Ahora no.

—Vale. ¿Tienes alguna coincidencia con los vampiros que has visto en las películas?

—Coincidimos en la alimentación, y también en que no dormimos. Y he descubierto algo

más que no es cierto.

—¿Qué es?

—Los vampiros sí se reflejan en los espejos. Y salen en las fotos, porque me he hecho una con el móvil.

—Vaya, sabes hacer fotos con el móvil.

—¿He notado sarcasmo en tu voz?

—No —dijo ella sonriéndole—. Has descubierto un montón de cosas que no son ciertas. ¿Qué has hecho más durante la noche?

—He leído los libros que tienes de Geografía e Historia. Ahora sé los países que existen y los que se independizaron, como ocurrió con Rusia. Y también he leído los libros que tienes de la historia del Reino Unido.

—Si sigues así, dentro de poco me vas a superar en conocimientos, y ya no me necesitarás.

—Siempre te necesitaré.

—Me encantaría tener el poder que tú tienes, el de no olvidar nada de lo que lees en los libros, o las cosas que escuchas —dijo ella, contenta por sus palabras.

—Sí, no está mal.

—Voy a preparar el desayuno. ¿Quieres desayunar conmigo?

—Tomaré un café para acompañarte.

—Gracias.

—Y mientras preparas tu desayuno, te miraré y así aprenderé cómo hacerlo.

—Eso está bien.

Ella le enseñó cómo utilizar los pequeños electrodomésticos, mientras hacía el café y las tostadas. No habría hecho falta, pero sabía que a Erin le gustaba explicarle las cosas, posiblemente porque estaba acostumbrada a hacerlo con sus alumnos.

—Anoche también aprendí a utilizar el equipo de música.

—En unos días serás como uno de nosotros.

—Supongo que tardaré más de unos días.

—¿A qué hora dijeron que vendrían a traer la cama y el mueble de cajones? —preguntó ella después de llevar todo a la mesa.

—Entre las tres y media y las cinco y media —añadió él, sirviéndole el café con leche como a ella le gustaba y un café solo para él.

—Si vienen pronto iremos a comprarte algo de ropa.

—No necesito más ropa.

—Por supuesto que necesitas. No puedes ir siempre con la misma. Además, necesitas otro pantalón y camisetas, otros zapatos, unas zapatillas de estar por casa, un traje, camisas…

—¿Para qué necesito un traje?

—Si vamos al teatro o a cenar a un restaurante elegante, tendrás que llevar traje. Y es bueno tener uno por si tienes alguna entrevista de trabajo. Y hay que comprar ropa para tu cama.

—No quiero que gastes más dinero. Además, ¿para qué vas a comprar ropa para mi cama, si no voy a dormir en ella?

—Porque mi madre vendrá a ver tu dormitorio, y seguro que comprobará la ropa de la cama que he comprado. Y no quiero que te preocupes por el dinero.

—Quiero que apuntes todo lo que te gastas conmigo. Y pagaremos a medias los gastos de la casa desde anteayer, que fue cuando vine a tu casa por primera vez. Así que ve apuntándolo todo y te lo pagaré tan pronto encuentre trabajo.

—De acuerdo. Aunque puede que no sea tan fácil que encuentres trabajo de abogado.

—En ese caso, buscaré cualquier otro trabajo.

—Bien. Es tarde, voy a empezar a arreglarme. ¿Vas a ducharte?

—Sí, si no te importa.

—Por supuesto que no me importa, esta también es tu casa.

—Aunque no pago alquiler.

—Porque aún no estás trabajando. Dúchate tú antes, porque yo tardaré más tiempo en el baño.

—De acuerdo.

—Mientras recogeré lo del desayuno.

Después de que Alexander se duchara, entró Erin en el baño. Se duchó y se lavó el pelo. Luego se lo secó y comenzó a maquillarse.

—¿A qué hora tenemos que estar en casa de tu madre?

—Sobre la una y media.

—¿Vive lejos?

—No, a quince minutos de aquí. Podemos ir caminando, hace buen día. Aunque, claro, el tiempo de aquí es impredecible e igual cambia en unos minutos.

—He visto que hay un paraguas en la entrada. Nos lo llevaremos.

—Vale.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él poco después, acercándose al baño y mirándola, porque la puerta estaba abierta.

—Lo que estoy haciendo se llama maquillarse. Esto es máscara de pestañas, es como una crema que hace que las pestañas se alarguen y espesen —dijo ella mostrándosela—. Y esto es lápiz de labios, para darle un poco de color.

—¿Por qué utilizas todo eso?

—Para estar más guapa.

—No puedes estar más guapa de lo que ya eres.

—Gracias. La verdad es que no suelo maquillarme.

—¿Y por qué lo estás haciendo hoy?

—Por mi madre. Desde que corté con mi última pareja, decidí no arreglarme ni maquillarme. Dejaron de interesarme los hombres y quería pasar desapercibida. Pero mi madre empezó a decirme, cada vez que me veía, que me estaba despreocupando de mí misma. Así que cuando voy a comer a su casa procuro llevar ropa bonita y me maquillo para que me vea guapa.

—Y entonces ya no te dice nada.

—Eso es. Lo cierto es que solo me compro vestidos por ella. Normalmente voy a trabajar con vaqueros y sin maquillar.

—Así estás muy guapa, pero estás igual de guapa sin maquillar.

—Deberías decírselo a mi madre.

—No me atrevería. No te demores, no quiero llegar tarde el primer día que voy a conocerla.

—No me demoraré —dijo ella, repitiendo la palabra que él había dicho, y sonriendo porque esa palabra no solía emplearse.

Erin salió del baño y entró en su dormitorio.

—Me dijiste que habías salido con tres hombres —dijo él, apoyándose en la pared del pasillo junto al cuarto de ella.

—Sí.

—¿Te dejaron ellos o los dejaste tú?

—Los dejé yo.

—¿No te hacían feliz?

—Los tres me engañaron con otras mujeres.

—¿Cómo es posible?

—Supongo que se aburrían conmigo. No soy muy habladora. No me gusta hablar de cosas sin importancia, porque creo que es perder el tiempo.

—¿Has dicho que no eres muy habladora? Erin, no he conocido a ninguna mujer que hable tanto como tú.

—Es que en tu tiempo las mujeres tenían limitados los temas de conversación.

—Sí, es posible. Pero no digas que no eres muy habladora porque no te callas nunca.

—¿Estás diciendo que hablo demasiado?

—Es posible. Pero no me preocupa porque, lo cierto es que me gusta mucho escucharte.

—Contigo me pasa algo extraño y hablo más de la cuenta. Tal vez sea porque me prestas mucha atención.

—Es porque todo lo que dices es interesante.

—Gracias.

—¿Por eso te engañaron tus parejas?

—No estoy segura, nunca se lo pregunté a ninguno de ellos. Puede que también fuera por el sexo. Es posible que no sea muy buena en la cama. Lo cierto es que no disfruté mucho con ninguno de los tres.

—Hablar de sexo contigo me es violento.

—Siento haberte hecho sentir incómodo.

—No importa, por lo que escuché anoche en la televisión, mucha gente habla de sexo de manera natural. Tendré que acostumbrarme. Y puede que no fuera culpa tuya que no disfrutaras en la cama con ninguno de ellos.

—¿No crees que sería demasiada coincidencia que ninguno de los tres fuera bueno en la cama?

—Las coincidencias existen.

—No te lo discuto, pero es más fácil creer que yo soy la culpable, en vez de ellos tres. Cuando las personas se hacen mayores son algo difíciles. Puede que yo sea difícil.

—Erin, por si no lo sabes, he de decirte que son los hombres los que tienen que procurar que las mujeres disfruten. Puede que esos tres individuos con los que estuviste fueran unos completos ineptos.

—Gracias por tus palabras —dijo ella sonriendo—. Aunque no me preocupa lo más mínimo, porque no pienso salir con ningún hombre.

—¿No te gustaría casarte y tener familia?

—Sí, esa fue mi meta durante mucho tiempo. Quería tener una bonita casa, un marido e hijos. Pero los hombres me han decepcionado.

—Ya aparecerá el indicado.

—Eso dice mi madre. Por eso se empeña en que me arregle y me compre ropa bonita y femenina.

Alexander fue al salón a esperarla. Aunque solo esperó diez minutos.

—Ya estoy lista.

—Vaya. Ha merecido la pena esperar, estás impresionante —dijo él mirándola de arriba abajo.

Erin llevaba un vestido color mostaza sin mangas y muy corto, y una chaqueta corta del mismo color. Llevaba unos zapatos de tacón fino bastante altos.

—Muchas gracias. Parece que la sesión de televisión que escuchaste anoche te ha servido de mucho. Ya hablas igual que cualquier hombre.

—Espero no decepcionar a tu madre.

—A mi madre le vas a encantar, hables como hables —dijo ella dirigiéndose a la puerta.

—¿No tienes que llevarte las llaves? —preguntó él al ver que iba a salir.

—Otra vez se me olvidaban. Aunque, en realidad no las necesito, porque volveré a casa contigo y no necesitas llaves para entrar. Pero las cogeré, no vaya a ser que nos encontremos a la vecina, que es una cotilla, y se fija en todo.

Alexander le abrió la puerta para que saliera y luego la cerró detrás de él.

Salieron a la calle. Hacía un día espléndido. Comenzaron a caminar el uno junto al otro.

—Necesito comprar unas flores para tu madre.

—No hace falta. Le diré que hemos salido con el tiempo justo y no queríamos llegar muy tarde.

—Pero no puedo ir a comer a su casa, sin llevar ningún presente.

—La floristería más cercana no nos coge de camino.

—Entonces, le llevaremos unos bombones.

—Se los llevaremos la próxima vez que vayamos a verla.

—No me gusta ir sin llevar nada.

—Yo hablaré con ella, no te preocupes. Además, cuando te vea, no va a poder pensar en nada, que no seas tú.

—¿Qué quieres decir?

—Que le va a gustar mucho tu aspecto. Voy a decirle a mi madre que nos conocimos en el bosque —dijo ella colocándose delante de él y caminando hacia atrás para que no se detuviera.

Alexander la miró de nuevo de arriba abajo y pensó que era la cosa más bonita que había visto en su vida.

—Pero, ayer cuando hablaste con ella por teléfono, le dijiste que nos habíamos conocido en la biblioteca.

—Lo sé —dijo ella dedicándole una deslumbrante sonrisa, que hizo que él se sintiera aún más atraído por ella de lo que ya estaba.

Verla delante de él, con ese vestido tan corto que se ceñía a sus curvas de forma deliciosa y dejaba ver unas piernas de escándalo, ver esos ojos de un azul tan intenso y ese cabello tan negro, que llevaba suelto por primera vez, hizo que su cuerpo se estremeciera de deseo. Y eso le preocupó.

—¿Y qué vas a decirle? —dijo él, cogiéndola de la cintura y levantándola como si no pesara nada, para que no pisara el charco que había en la acera.

—Gracias —dijo ella al darse cuenta de porqué lo había hecho—. Vaya, eres muy fuerte.

—Otro de mis poderes.

—Eres un hombre fascinante.

—No deberías decir eso a un hombre.

—Tú no eres un hombre cualquiera, eres un vampiro, mi vampiro particular.

—Así y todo, no deberías hacerlo. ¿Qué le dirás a tu madre?

—Que no le dije la verdad por teléfono, para que no se preocupara. Y luego le diré que fui a pasear por el bosque, como hago cada viernes, y que alguien me atacó y tu llegaste a tiempo para evitar que me hiciera daño. Puede que te haga alguna pregunta, pero puedes inventarte algo.

—No me gusta mentir.

—A mí tampoco. Si lo prefieres, puedes contarle lo que sucedió realmente y, ya de paso,

puedes decirle lo qué eres. A mi madre le gustan los vampiros, ha visto todas las películas y las serie que hay sobre ellos. Puede que te aceptara por lo que eres, como he hecho yo.

—Mejor inventaré algo, si me hace alguna pregunta.

—Sí, yo creo que también es lo mejor. ¿Te gustaron ayer los episodios que vimos de True blood?

—A pesar de que no era nada, o casi nada, cierto, no estuvieron mal.

—Nada de las películas o series es real. Cuando es una historia de algún hecho verídico suelen decirlo para que se sepa. Pero, claro, los vampiros no existen. Quiero decir, que nadie sabe que existen.

—Habrá otros vampiros y algunas personas lo sabrán.

—Supongo que sí, pero pasará como conmigo, que guardarán el secreto.

—Tienes razón.

—¿Tú podrías reconocer a un vampiro si lo vieras?

—No lo sé. Te lo diré cuando me encuentre con uno.

—¿Crees que todos los vampiros son buenos como tú?

—¿Crees que yo soy bueno? Maté un hombre delante de ti hace unos días.

—¿Habrías preferido que él me matara a mí?

—Por supuesto que no. Yo no lo habría permitido.

—Me gusta que hayas cambiado.

—¿Cambiado? ¿En qué he cambiado?

—Al principio eras muy brusco y tu comportamiento conmigo era… rudo, casi rozando la mala educación. Ahora eres dulce y tierno.

—¿¡Dulce y tierno!?

—Sí —dijo ella sonriéndole.

—Siento mi anterior comportamiento. Supongo que tenía en mi mente lo que había ocurrido días atrás.

—Querrás decir siglos atrás.

—Ya sabes lo que quiero decir. Estaba amargado, triste y… Simplemente, lo pagué contigo, porque fuiste la primera persona a quien vi cuando desperté. De verdad que lo siento.

—Te perdono.

Por supuesto que lo perdonaba. Su hostilidad con ella se había debido a todo lo que había sufrido. Escondía todo su dolor en su comportamiento brusco.

Erin abrió la puerta de la casa con su propia llave.

—Mamá, ya estamos aquí.

La mujer salió de la cocina y se quedó de pie delante de ellos mirando al vampiro.

—Mamá, te presento a mi compañero de piso, Alexander Wilfred James Knight. Alexander, ella es Elissa, mi madre.

—Tienes un nombre muy largo, pero muy bonito —dijo la mujer tendiéndole la mano—. Me alegro de conocerte.

—Es un gran honor conocerla, señora Brennan —dijo él cogiéndole la mano y acercándola a los labios para besarle los nudillos.

—Oh —dijo ella sorprendida porque le besara la mano—. Pasad al salón. ¿Queréis tomar una copa de vino?

—Por mí no se moleste, señora Brennan.

—No es ninguna molestia. Y por favor, llamame Elissa, y tutéame, como estoy haciendo yo contigo.

—De acuerdo.

—Mamá, Alexander no suele beber y sabes que yo tampoco.

—Está bien. Siéntate, Alexander.

—Después de ti.

—De acuerdo, me sentaré unos minutos —dijo la mujer mirando a su hija—. Erin, estás guapísima.

—Es porque me he maquillado un poco.

—No es por el maquillaje, que sé que solo llevas máscara de pestañas y brillo en los labios. Es tu piel. No tienes ni una sola imperfección.

—Muchas gracias, mamá —dijo Erin sonriendo.

—Y ese vestido te sienta de maravilla.

—Me alegro de que te guste, lo compré la semana pasada.

—Es precioso.

—Alexander estaba preocupado por venir sin traerte nada.

—No tenías que traerme nada.

—Estaba empeñado en que lo llevara a una floristería a comprarte unas flores. Si lo hubiésemos hecho habríamos llegado muy tarde.

—No te preocupes, estás viviendo con mi hija, así que eres como de la familia.

—Se las traeré si vuelvo a verla de nuevo.

—Por supuesto que vas a volver a verme. ¿Tienes familia aquí?

—No.

—Entonces vendrás a comer cuando venga Erin.

—Muchas gracias.

—La próxima vez conocerás a mis hijos. Hoy no han podido venir, porque están en un viaje de negocios.

—Me gustará conocerlos.

—Y a ellos conocerte a ti. Aunque no sé cómo se tomarán el que estés viviendo con su hermana. Son muy protectores con ella.

—Yo también soy muy protector con ella.

—Entonces os llevaréis bien. ¿De qué parte de Escocia eres?

—Nací en Thurso, un pueblo costero del norte. En las Highlands. Es la ciudad más al norte del Reino Unido.

—Es lo que pensaba, tu aspecto es el típico de los highlanders.

—¿Conoces a muchos de allí?

—Eres el primero —dijo la mujer sonriendo—. Pero he leído novelas sobre ellos. Seguro que tenéis algún castillo allí.

—Sí, el castillo de Thurso, que data de 1664.

Mientras hablaban, Erin buscaba información sobre la ciudad.

—¿Es una ciudad grande?

—No, no muy grande —dijo Alexander inseguro.

—Según el móvil, en el 2020 tenía 7390 habitantes.

—Es más bien un pueblo —dijo él.

—Mamá, quiero decirte algo.

—Dime.

—No te dije la verdad cuando te conté como nos conocimos Alexander y yo.

—¿Por qué?

—No quería que te preocuparas.

—¿Te sucedió algo?

—La verdad es que sí. El viernes fui a pasear por el bosque, como hago casi todas las semanas, y un hombre se acercó a mí, no con buenas intenciones.

—¡Oh, Dios mío!

—No te preocupes, no me pasó nada, precisamente Alexander se presentó en ese momento y se deshizo del individuo. De no haber sido por él me habría violado y Dios sabe qué más.

—¡Santa madre de Dios! Te he dicho mil veces que no deberías ir al bosque sola.

—Nunca me había pasado nada.

—Parece ser que la última vez sí te pasó algo.

—No volveré a ir sola, te lo aseguro.

—Eso espero. Muchísimas gracias, Alexander.

—Hice lo que hubiera hecho cualquier hombre.

—Nunca podré agradecértelo.

—No tienes que agradecerme nada.

—Mamá, es mejor que no se lo menciones a Dave y a Andrew.

—Sí, será lo mejor, de lo contrario no te dejarían en paz en mucho tiempo.

—Lo sé.

—Entonces os conocisteis en el bosque.

—Sí —dijo Alexander.

—¿Qué hacías tú por allí solo?

—Acababa de llegar a la ciudad y estaba conociendo los alrededores. Además, quería pensar, y ese era un buen sitio para ello.

—Pues doy gracias de que se te ocurriera ir, precisamente, a ese bosque. A ella también le tranquiliza ir a pasear entre los árboles.

—Yo también me alegro de haber estado allí.

—¿Qué ocurrió con el tipo que agredió a mi hija?

—Le di unos cuantos golpes, pero tan pronto pudo se escapó. Pensé en ir detrás de él, pero quería ver cómo se encontraba Erin.

—Claro, lo entiendo. ¿Lo denunciasteis?

—No. Ninguno de los dos lo vimos bien. Estaba oscuro.

—¿Cómo se te ocurre ir al bosque de noche?

—No estaba de noche cuando fui, pero me puse a caminar y perdí la noción del tiempo —dijo Erin—. ¿Podemos dejar el tema ya?

—Claro. ¿Cómo fue lo de ir a vivir con mi hija?

—Como te he dicho, acababa de llegar a la ciudad. No conocía a nadie y estaba en un hotel. Erin estaba un poco dolorida y la acompañé a casa.

—Por el camino hablamos y me dijo que estaba buscando un sitio para vivir y yo le ofrecí quedarse conmigo, pagando la mitad del alquiler y compartiendo gastos, hasta que encontrara un piso que le gustara —dijo Erin—. Me pareció que necesitaba ayuda y él me había ayudado a mí…

—Hiciste bien, cariño. Y me alegro de que viva contigo. Siempre he estado preocupada por si alguien entraba en tu piso. Entonces, ¿estás buscando trabajo de abogado?

—Todavía no. Antes tendré que actualizar lo que aprendí, Edimburgo es muy diferente a mi pueblo. Erin me ha dicho que vaya a la biblioteca, que allí encontraré todo lo que necesito para ponerme al día.

—Ella tiene razón.

—Siempre tiene razón —dijo él mirándola y sonriéndole.

Poco después estaban comiendo. Elissa le hizo un millón de preguntas a Alexander y él las contestó todas con la mayor amabilidad.

—Esta mañana he hablado con Peter, el vecino. Le he dicho lo que necesitabas y él se encargará de poner esa barra que quieres. Y ya tengo la cortina lista.

—Gracias, mamá.

—De nada, cariño.

—Mañana sobre las tres y media nos llevarán la cama y el mueble de cajones que compramos ayer. Llamaré a Peter luego para ver si puede ir a casa mañana por la tarde.

—No olvidéis llevaros la cortina, así lo dejaréis todo terminado mañana mismo.

Después de comer, Elissa les dijo que pasaran al salón, que tomarían allí el café con unos dulces.

—Alexander, ¿tú quieres café o té?

—Yo prefiero té, si no es molestia.

—No es ninguna molestia, yo también tomo té. A Erin y a sus hermanos no les gusta, ellos siempre toman café. Lo han heredado de su padre, mi marido odiaba el té. Al menos tú tomas té, como yo.

—Sí.

Estuvieron hablando un buen rato de una cosa y otra. Aunque era Elissa quien hablaba, contándoles lo que había hecho durante la semana, como solía hacer cuando iban a comer sus hijos con ella.

Erin se disculpó con ellos y fue a la cocina a llamar por teléfono a Peter, el vecino.

—Peter irá mañana a casa y llevará unas barras para que elija la que más me guste —dijo Erin cuando volvió al salón.

—Estupendo.

—Mamá, tenemos que marcharnos ya. El viernes, con lo que pasó en el bosque, no pude corregir los trabajos de mis alumnos y he de hacerlo hoy.

—Claro, claro —dijo la mujer levantándose.

Alexander se levantó tras ella junto con Erin.

—Cuando tengáis colocados los muebles nuevos y la cortina decídmelo, e iré a ver cómo ha quedado —dijo la mujer mientras caminaba hacia la salida.

—Vale, mañana te llamaré —dijo su hija besándola en la mejilla.

—Gracias por invitarme. Ha sido un profundo honor conocerte y comer en tu casa. He tenido un maravilloso tiempo en tu hogar. La calidad de la comida ha sido excepcional y la presentación espléndida. Espero volver a verte pronto —dijo él cogiendo su mano para besarla.

—Alexander, no hace falta que seas tan formal conmigo. Y por supuesto que nos veremos pronto. Dame un abrazo, anda.

Alexander la abrazó y ella le devolvió el abrazo.

—Me ha encantado conocerte. Si en algún momento tienes tiempo libre y quieres hacerme una visita, solo tienes que llamarme y me aseguraré de estar en casa —dijo la mujer.

—De acuerdo. Añadiré tu teléfono a mis contactos y te haré una llamada perdida para que tú tengas el mío —añadió él.

—Estupendo. Que paséis una buena tarde.

—Lo mismo te deseamos —dijeron los dos a la vez.

—Me tienes impresionada dijo Erin cuando salieron de la casa.

—¿Por qué?

—Con eso de: *añadiré tu teléfono a mis contactos y te haré una llamada perdida para que tú tengas el mío* —dijo ella, imitando su voy y riéndose.

—Me alegra impresionarte. Lo escuché anoche en la televisión.

—Eso he pensado.

—¿Lo he dicho mal?

—No, has estado muy bien. Aunque he de decirte, que tu despedida ha sido demasiado formal, y también cuando te la he presentado. Eso de *ha sido un profundo honor* ya no se dice. Bueno, en realidad, no se dice nada de lo que has dicho —dijo ella riendo de nuevo—. Y tampoco se suele besar la mano. Pueden hacerlo dos personas mayores, porque en su tiempo era lo normal, pero no un hombre joven como tú.

—Vaya, he hecho muchas cosas mal.

—No has hecho nada mal. Es solo que no es lo normal. Pero que no sea lo normal, no quiere decir que no puedas hacerlo. A mí me ha parecido muy romántico, y te aseguro que a mi madre también.

—No lo olvidaré.

—Sé que no lo harás.

—Me ha caído muy bien tu madre. Es muy simpática y cariñosa.

—Sí, no es la tradicional mujer británica. Puede que lo lleve en los genes irlandeses.

—Sí, es posible. Aunque, tengo entendido que los escoceses tenemos fama de ser simpáticos y cariñosos.

—Tienes razón. Los estirados son los ingleses —dijo ella sonriendo—. Has estado muy bien cuando le contábamos lo que había sucedido en el bosque. No has dudado ni un instante en tus contestaciones.

—Me ha ayudado leerte la mente, así sabía qué contestar.

—Te aprovechas de mí siempre que puedes.

—Yo no diría que me aprovecho de ti, pero en esta ocasión, tus pensamientos me han ayudado.

—El viernes te pregunté por qué estabas tan sucio de barro cuando llegamos a mi casa, pero no me contestaste. ¿De dónde saliste? Porque apareciste en el bosque de la nada —preguntó ella, mientras caminaban por la acera.

—Salí de bajo tierra.

—¿Por qué estabas bajo tierra?

—Porque yo le pedí a quien me convirtió que me enterrara.

—¿Puedes contármelo?

—Acababa de perder a mi familia. Los perdí a todos en tres semanas.

—Debió ser horrible para ti. ¿De qué murieron?

—De cólera.

—¿Sigues sin querer hablarme de tu familia?

—Tal vez lo haga más adelante.

—De acuerdo.

—Me sentía muy mal, no podía concentrarme en el trabajo. Hacía unos días que pensaba en quitarme la vida.

—Pero no lo hiciste.

—No, no pude. Evitaba por todos los medios estar en casa, había demasiados recuerdos. Dos días después, empecé a encontrarme mal, supuse que era el cólera. Sabía que moriría pronto.

Y, sinceramente, era lo que deseaba. Ese mismo día fui al bosque, al mismo en el que te encontré.

—¿Cómo sabes que era el mismo?

—Lo sabrás cuando te lo cuente. Pensé quedarme allí hasta que la muerte me alcanzara.

—Esa también es una forma de suicidio.

—Es posible, pero yo sabía que iba a morir.

—¿Tenías síntomas del cólera?

—Mi familia tuvo unos dolores intestinales terribles y diarrea. Yo no sentí nada de eso, aunque sabía que me llegaría. De pronto apareció ante mí un hombre a quien no conocía. Me dijo que yo estaba enfermo y que moriría pronto. No me cogió por sorpresa. Le dije que no me preocupaba morir, porque había perdido a toda mi familia. Entonces me dijo que era un vampiro y que estaba hambriento. Yo nunca había oído hablar de vampiros, pero él me explicó lo que era y unas cuantas cosas más de su especie. Me dijo que si bebía su sangre me curaría, pero yo le dije que no quería vivir. Entonces dijo que si bebía toda mi sangre moriría, pero que no sentiría ningún dolor. Dijo que estaría muerto hasta que bebiera sangre humana, y entonces volvería a la vida convertido en vampiro. Así que le dije que podía beber toda mi sangre y le pedí que luego me enterrara en ese mismo bosque, porque no iba a beber sangre humana. Y eso es lo que hizo, bebió toda mi sangre, como hice yo con el hombre que te atacó, y luego me enterró.

—¿Y cómo volviste a la vida?

—Tú me devolviste la vida.

—¿Yo? Ni siquiera te había visto antes de ese día.

—Lo sé. El vampiro me enterró, precisamente en el punto en el que ese hombre te apuñaló. Tu sangre penetró en la tierra y llegó a mis labios. Eso hizo que despertara. Entonces supe lo que estaba sucediendo en la superficie y, simplemente, emergí de la tierra.

—Vaya. ¿Y el hombre que me atacó no podría volver a la vida si por casualidad bebiera sangre humana?

—Ya te dije que lo descuarticé y tiré los pedazos al río. Precisamente para que no le sucediera lo que me sucedió a mí.

—Recuerdo que me dijiste que lo descuartizaste con las manos. Hay que tener una fuerza descomunal para hacer algo así.

—Ya te dije que soy muy fuerte.

—Espero que nunca te enfades conmigo.

—Yo no podría hacerte daño.

—Eso espero.

Capítulo 7

Erin se levantó a las siete de la mañana, como cada día que tenía que ir al trabajo. Solía prepararse el desayuno y desayunar. Luego se vestía y a las siete cuarenta se iba a trabajar, para estar en el instituto a las ocho.

Fue a la cocina y se quedó sorprendida al ver a Alexander preparando el desayuno.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensaba que eras más inteligente —dijo él sonriéndole—. Te estoy preparando el desayuno. Siéntate porque ya está listo.

—¿Has sabido utilizar todo lo de la cocina? —preguntó ella sentándose.

—Presto mucha atención a lo que me dices.

—Ya veo. Muchas gracias, pero no tenías que haberte molestado.

—Es lo menos que puedo hacer, para compensar todo lo que estás haciendo por mí.

—Me has sorprendido gratamente.

—Me alegro —dijo él, sirviendo el café con leche en la taza, como a ella le gustaba y café solo en la suya.

—Gracias.

—De nada. ¿Acostumbras a ir al trabajo en coche?

—No, suelo ir caminando, excepto si llueve mucho, entonces sí que cojo el coche.

—No te entretengas a la salida del trabajo, porque los muebles los traerán a las tres y media.

—No creo que los traigan a las tres y media, pero no te preocupes, estaré aquí a esa hora. ¿Qué vas a hacer hoy?

—No estoy seguro. Puede que vaya a dar un paseo por la ciudad.

—Recuerda que has de tener cuidado al cruzar las calles.

—Erin, yo no puedo morir y si estoy herido me recuperaré pronto.

—Eso es lo que me preocupa, que te recuperes delante de todos. O lo que es peor, que te lleven a un hospital.

—No te preocupes, tendré cuidado. Luego es posible que vea alguna de las películas o series de vampiros que me apuntaste.

—¿Te gustaron los episodios que vimos anoche de True blood?

—Son un poco atrevidos. Me sentí algo violento al ver escenas de sexo, contigo a mi lado.

—Tendrás que acostumbrarte, porque en casi todas las películas hay escenas sexuales.

—Lo haré.

Poco después Erin recogió lo del desayuno y fue a lavarse y a vestirse. Veinte minutos más tarde salió de casa.

Erin salió del instituto con una compañera. Caminaban hablando de sus cosas.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la compañera de Erin.

—¿Qué ocurre? —dijo mirando hacia donde ella miraba.

Erin se quedó sorprendida al ver a Alexander, apoyado en el muro de la entrada del instituto con un aspecto de lo más natural y relajado. ¡Santa madre de Dios!, pensó. Ese hombre era el dios del deseo encarnado en un… vampiro. Cuando lo veía era como si se le fundiera el cerebro

por unos segundos.

Miró a su alrededor, y vio a las madres de algunos alumnos, que estaban embobadas mirándolo, pero él no les prestaba la más mínima atención. Luego lo miró a él y por cómo le sonreía, supo ciertamente que le había leído el pensamiento. Y eso hizo que se ruborizara.

—¿Has visto a ese hombre?

—Sí, es mi compañero de piso.

—No sabía que tenías un compañero de piso.

—No lo tenía hasta hace unos días.

—¿Pero tú lo has visto bien?

—Lo veo todos los días.

—Es guapísimo.

—Sí que lo es.

—Bueno, te dejo. Hasta mañana.

—Hasta mañana. ¿Qué haces aquí? —dijo Erin cuando llegó hasta donde estaba Alexander, y sin dejar de caminar hacia la salida de la propiedad.

—No tenía nada que hacer y he venido paseando —dijo él colocándose en la acera a su lado, y sin dejar de sonreír, por lo que ella había pensado dos minutos antes.

—Yo no te dije dónde estaba el colegio.

—Y yo te dije que no necesitaba saber dónde estabas en todo momento, porque siempre te tengo localizada.

—Es cierto —dijo ella, cabreada porque él no dejara de sonreír—. ¿Sabes? Antes de conocerte no era muy habladora, pero era una chica espontánea, y ahora tengo que pensar en cada uno de mis movimientos y, además, intentar controlar mis pensamientos, como si estuviera caminando por un campo de minas.

—¿Qué quieres decir?

—Que estar contigo es como caminar por una cuerda floja sobre un foso plagado de cocodrilos hambrientos, siempre temiendo dar un paso en falso y, si eso no fuera suficiente, además tengo que decidir en lo que debo pensar y en lo que no.

—¿Toda esa rebuscada explicación ha sido, simplemente, porque puedo leerte el pensamiento?

—¿Te parece poco? ¡Intento no pensar, pero no es fácil! Soy un libro abierto para ti.

—Eso es cierto —dijo volviendo a sonreír.

—Pues te aseguro que no es muy agradable. Me gusta tener mi privacidad. Bueno, cambiemos de tema. ¿Has hecho cosas interesantes hoy?

—Ya sabes que todo es interesante para mí.

—¿Has descubierto algún poder nuevo?

—No. De todas formas, no me preocupa. El vampiro que me convirtió me dijo que poco a poco iría sintiendo cosas nuevas, y descubriría por mí mismo lo que soy capaz de hacer. También me dijo que mis sentidos se irían agudizando, incluso algunos que ni siquiera sabía que tenía.

—Eso es fantástico.

—Sí, no está mal tener súper poderes —dijo él sonriéndole.

—Parece que estás contento. Cuando nos conocimos siempre estabas serio y parecías enfadado. De hecho, me tratabas como si yo fuera la culpable de todos tus males.

—Lo sé.

—Pero últimamente siempre tienes una sonrisa en los labios.

—Es porque el tiempo en el que vivimos es alucinante. Y vivir contigo también lo es.

—Veo que estás adquiriendo nuevo vocabulario.

—Es interesante escuchar hablar a la gente.

—Desde luego que lo es.

—Esta semana, sin falta, hablaré con la chica de la biblioteca de quien te hablé, a ver si sabe alguna forma de conseguir una documentación falsa. Así podrás buscar trabajo.

—Gracias.

—Y también le preguntaré los libros que necesitas para estudiar la carrera de derecho. Bueno, para ponerte al día en los términos actuales.

—Eso sería fantástico. ¿Cómo te ha ido en el instituto?

—Bien, como siempre. Por cierto, el hombre ese a quien mataste —dijo Erin en voz baja—, era el hermano del alumno que te mencioné.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha dicho en clase que su hermano había desaparecido. Ese también es un buen elemento.

—Cuando quieras que me deshaga de él, solo tienes que pedírmelo.

—De acuerdo, aunque no creo que sea necesario. ¿Has comido?

—No.

—¿Tienes hambre?

—¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad.

—¿Tienes miedo?

—¡Por supuesto que no!

—Me alegro, porque no tienes que preocuparte. Jamás te haré daño.

—Lo sé.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—Eres un hombre fascinante. No me refiero al físico, aunque eso no quiere decir que tu físico no sea fascinante, pero me refiero a ti, como persona. ¿Se te puede definir como persona?

—¿Tú me ves como una persona?

—Sí. Aunque en realidad no eres un hombre. Bueno, no quiero decir que no seas un hombre, sino que eres un vampiro, un ser.

—Entonces, para ti no soy un hombre.

—Por supuesto que para mí eres un hombre. Pero un hombre diferente a los demás. Y eso hace que aún seas más fascinante.

—¿En qué sentido te parezco fascinante?, sin mencionar eso de que *te parezco el dios del deseo encarnado en un vampiro.*

—¿Tenías que decirlo? Quedamos en que no lo harías.

—Erin, no te preocupes, yo no me voy a tomar a mal que tengas pensamientos sobre mí.

—¡Por supuesto que no te lo vas a tomar a mal! Estarás encantado con todo lo que pienso se ti. Por cierto. ¿A cuánta distancia puedes leerme el pensamiento? —le preguntó ella mirándolo con las cejas levantadas.

—No estoy seguro.

—¿Sabes alguna solución para que no puedas hacerlo?

—No. No has contestado a mi pregunta.

—¿Cuál era la pregunta?

—¿Qué es lo que te parece fascinante de mí?

—¿Te parecen poco todas las cosas que eres capaz de hacer? Me encantaría ser como tú y tener tus poderes. Eso de que puedas curar a la gente es una pasada. ¿Sabes si también puedes

resucitar a los muertos?

—Puedo hacerlo, convirtiéndolos en vampiros.

—¿Puedes curar cualquier enfermedad?

—No estoy seguro, pero supongo que sí.

—Si abrieses un negocio y te dedicaras a sanar a las personas te harías millonario.

—No quiero dedicarme a eso. Más que nada, porque pronto se correría la voz y me descubriría.

—Tienes razón. Ese trabajo no sirve. ¿Los vampiros tienen sentimientos?

—Teniendo en cuenta que sentí mucho lo que te hizo aquel hombre, que me siento atraído por las mujeres de este siglo, y que siento tristeza por lo que me ocurrió, poco antes de que me convirtieran..., yo creo que sí.

—Entonces, ¿crees que los vampiros pueden enamorarse?

—No puedo asegurarlo, pero supongo que sí.

—¿Pueden enamorarse de humanas?

—¿Por qué me preguntas algo así?

—Eres el primer vampiro que conozco y quiero saber cosas sobre ti y tu especie.

—No tengo ni idea. Pero supongo que si son capaces, o somos capaces de enamorarnos —dijo rectificándose a sí mismo—, no importará si la mujer es una humana o un vampiro. Cuando me convirtieron no me dieron una lista con las cosas que podía hacer y las que no.

—Pues deberían haberte dado instrucciones.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo él sonriendo—. ¿Recuerdas que te dije que podría conseguir dinero fácilmente?

—Cogiéndolo de algún sitio, sí, lo recuerdo. Pero te dije que tenemos que seguir las reglas, deberías saberlo, ya que eres abogado.

—Los abogados no siguen siempre las reglas.

—Sí, eso tengo entendido.

—Si cojo dinero de alguien que lo ha robado, o de alguien que trafica con drogas, ¿también estaría mal?

—¿También has oído hablar sobre las drogas?

—Sí.

—Opino que robar a un traficante, que solo hace mal a la gente vendiéndole drogas adictivas, no estaría mal. A mí no me importaría hacerlo. Y como sería dinero en efectivo, no habría problemas con hacienda.

—Bueno saberlo.

—¿Conoces a algún traficante de drogas?

—Conocerlo no, pero esta mañana he visto a uno vendiendo drogas en una esquina.

—Ese no era un traficante, sino un camello.

—Lo sé. Creo que voy a averiguar quien es su jefe, porque no creo que el que está por encima de él se dedique a vender en la calle.

—Por supuesto que no. Ese tendrá un jefe y ese jefe tendrá otro jefe. Y puede que otro más.

—Averiguaré quién es el jefe supremo.

—¿Para qué?

—Porque será quien más dinero tiene.

—Eso no va a ser tan fácil. Ten cuidado, no te metas en un lío. A ver si voy a tener que ir a verte a la cárcel.

—Eso no va a suceder.

—De todas formas, el que esté por encima del camello tendrá bastante dinero porque, normalmente, tiene a muchos vendiendo en la calle y recogerá cada día bastante pasta.

—¿Cómo piensas que trabajarán?

—Supongo que ese traficante no verá a su superior hasta que tenga bastante dinero. Entonces se encontrarán para entregárselo.

Entraron en su casa. Quince minutos después llegaron los de los muebles. Colocaron la cama y el mueble de cajones donde Erin le dijo que los quería y se marcharon.

Poco después llegó Peter, el vecino de la madre de Erin. Trajo lo necesario para colocar la cortina que querían para separar la cama del salón. Saludó a Erin dándole dos besos, porque la conocía de toda la vida, y ella le presentó a Alexander.

El vampiro se sintió algo extraño al ver como ese desconocido besaba a Erin. Sintió lo mismo que cuando Justin, el peluquero, la besó. Volvió a preguntarse qué le sucedía.

—He traído unas cuantas barras para que elijas la que quieres, y también las anillas —dijo el hombre dejándolas en el suelo.

Erin las miró todas.

—Yo creo que la marrón de madera es la más adecuada. La cortina es color marfil y quedará bien.

—Entonces, ¿la marrón?

—Sí. ¿Te apetece tomar un café? Sé que no te gusta el té, como a mí.

—No, no me gusta. Pero estoy bien, acabo de tomar uno. Gracias. Dime dónde la quieres.

—Yo creo que aquí, donde está este sillón. El sillón lo pondremos en el otro lado. ¿Me ayudas, Alexander?

—Claro —dijo el vampiro levantando el sillón con ella y colocándolo al otro lado del sofá.

—Queda un poco estrecho, pero no importa.

—Tienes que decirme cuanto mide la cortina para saber si tengo que cortar la barra de madera.

—Ahora te lo digo —dijo Erin sacándola de la bolsa. Miró a Alexander y él supo lo que pensaba.

—Mide dos metros sesenta centímetros —dijo el vampiro.

—Pero no quiero que quede tirante, con que cubra la cama es suficiente. El mueble de cajones no me importa que se vea.

—Yo creo que un largo de dos metros estaría bien. Es lo que mide la cama —dijo Peter—. Y tendrías sesenta centímetros para fruncirla

—Está bien.

Después de que le dijera la separación que quería que hubiera desde la cama hasta la cortina el hombre se puso a trabajar. Media hora después, la barra estaba colocada y la cortina colgada.

—Ha quedado genial —dijo ella mirando el resultado.

Erin le pagó la barra y el trabajo, y le dio veinte libras más de lo que él le pidió. Y él se lo agradeció de todo corazón, antes de marcharse.

—Ha quedado bien, ¿verdad?

—Sí, muy bien —dijo Alexander.

—Vamos a salir.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—A comprarte ropa. E iremos con un transporte que no conoces.

—Todos los transportes son nuevos para mí. ¿No quieres comer algo antes?

—No, he comido un sandwich en el instituto. Vamos.

—¿Qué transporte me vas a mostrar? —preguntó él cuando salieron a la calle.

—Vamos a subir en un tranvía. Cuando vayamos a Londres subiremos en metro, pero aquí no hay metro.

—¿Vamos a ir a Londres?

—Tendrás que conocer Londres, para que veas cómo ha evolucionado. Aunque las casas siguen siendo las mismas, tienen siglos, igual que las de aquí. Pero te gustará ver las tiendas y los edificios nuevos.

—Seguro que me gustarán.

—Esa es la parada.

Cuando llegó el tranvía subieron. Apenas había espacio. Tuvieron que permanecer de pie muy pegados y cogidos de la barra que había junto a ellos.

Dios mío, ese hombre olía maravillosamente bien, pensó Erin. Y no sabía qué era, porque no tenía colonia ni ningún gel de baño o champú especial, simplemente usaba los mismos que ella. Se preguntó si todos los vampiros olerían igual. Pero lo que sí sabía era que su olor la atraía, hasta el punto de querer acercarse mucho más a él.

Erin ni siquiera pensó en que él le estuviera leyendo la mente. Levantó la mirada y quedó atrapada por la intensidad de aquellos ojos grises de tormenta que la miraban fijamente. Sintió que el corazón se le detenía y bajó la mirada sin decir palabra. Por Dios bendito, se dijo, ese hombre ciertamente era digno de mirar, y a ella le costaba respirar teniéndolo tan cerca.

Alexander, aunque no debería, se sentía muy halagado por lo que ella pensaba. Atraído por el olor de su sangre se acercó más a ella, hasta tener el rostro muy cerca de su cuello. Cerró los ojos y se irguió, separándose de ella un poco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Erin al ver que se había apartado de ella.

—El olor de tu sangre es tentador —le dijo acercándose de nuevo y hablándole al oído.

—¿Necesitas comer?

—No creo. Es solo que tu sangre huele de maravilla.

—¿Te está gustando la experiencia de subir en tranvía? —preguntó para cambiar de tema.

—Sí. ¿Cómo funcionan?

—Por electricidad.

—Esta noche leeré sobre ellos.

—Al final vas a saberlo absolutamente todo.

—Eso me gustaría.

—Esta es nuestra parada.

Cuando el tranvía se detuvo Alexander bajó primero. Ella tropezó y cayó hacia delante. Él la atrapó entre sus brazos. Erin pensó que era una delicia sentir el cuerpo de ese hombre pegado al de ella. La invadió un calor abrasador, que se desplazó por su cuerpo hasta detenerse entre sus muslos.

—Lo siento, he tropezado. A veces soy un poco torpe.

—No tienes por qué disculparte. ¿Está lejos la tienda a la que vamos?

—No, a un par de manzanas. Vamos a ir al Waverley Market. Es un centro comercial donde hay un montón de tiendas. Lo inauguraron en 1985. Tenemos tiempo para visitar algunas tiendas, no cierran hasta las siete.

—¿Qué vamos a comprar?

—Algunos pantalones vaqueros y de vestir; algunas camisas; algunos jerseys; unos zapatos de vestir; Puede que un traje… Si hay algo que no encontramos iremos a la calle Princes. En ella hay unas tiendas fantásticas.

—Esa calle tiene el mismo nombre que hace dos siglos. Era parte de la nueva ciudad diseñada por James Craig. Le dieron el nombre por los hijos del rey George III —dijo Alexander.

—No lo sabía.

—Me alegro de poder enseñarte algo.

—Seguro que con el tiempo me vas a enseñar muchas cosas.

—Por lo que has dicho, quieres comprar muchas cosas. No quiero que gastes tanto dinero.

—Puede que en cualquier momento te agencies dinero de un traficante de drogas y entonces me devolverás todo lo que he gastado.

—De acuerdo —dijo él serio, porque era lo que tenía intención de hacer esa misma noche.

Alexander se quedó totalmente sorprendido al ver lo grande que era el centro comercial y la cantidad de tiendas que había en él.

—¿Sueles venir a comprar ropa para hombre?

—Solo cuando tengo que regalarle algo a mis hermanos. Siempre recurro a ropa, porque no tengo que pensar demasiado. Entremos en esta tienda. Tienen vaqueros de todas las marcas. Los Levi´s que te compré te sientan genial. Si tienen esa marca compraremos un par de ellos.

—Lo que tú digas.

Nada más entrar, las dos dependientas posaron la mirada en Alexander y ya no la apartaron de él. Erin se acercó al mostrador donde estaban las dos chicas.

—Hola. ¿Tienen vaqueros Levi´s?

—Sí —dijo una de ellas—. ¿Para usted?

—No, para mi amigo. El que lleva le sienta muy bien.

—Desde luego que sí —dijo la chica mirándolo sin disimular.

—Si tienen el mismo modelo nos gustaría ver uno azul claro y otro negro. Ambos con botones.

—Permítame que vea la etiqueta —dijo una de las chica saliendo de detrás del mostrador y levantándole a Alexander un poco el suéter por la parte de detrás para poder verla—. Sí, tenemos el mismo modelo. Acompáñenme, por favor.

Ambos la siguieron hasta otro mostrador. La chica sacó de la estantería unos cuantos vaqueros en tonos azules y unos negros y los dejó sobre el mostrador.

—Todos estos son el mismo modelo que él lleva.

—Este me gusta —dijo Erin eligiendo un azul claro, ¿y a ti?

—No está mal —dijo el vampiro.

—Y este también —dijo tocando el negro.

—¿Va a probárselos?

—Sí, por favor —dijo Erin—. ¿Son su talla?

—Sí. Los probadores están allí —dijo la chica señalándolos.

—De acuerdo —dijo Erin caminando hacia los probadores con Alexander a su lado—. Entra ahí.

—Vale.

—Toma —dijo Erin dándole las dos prendas a través de la cortina. Cuando lo tengas puesto sal para que te vea.

—Bien.

Erin fue a mirar las camisetas que había colgadas en un perchero. La chica se acercó a ella.

—¿Qué talla cree que usará? ¿La mediana?

—La mediana le quedará demasiado estrecha. Es muy alto y tiene la espalda muy ancha, yo creo que le quedará mejor la grande.

—Pues búsqueme una blanca, una gris y una azul claro. Y mire a ver si tiene esa cazadora negra en su talla —dijo señalando la prenda que llevaba un maniquí.

Alexander salió del probador y Erin se acercó a él.

—Te queda muy bien. Pruébate ahora el negro.

La chica se acercó a ellos llevando las tres camisetas y la cazadora y se las dio a Erin.

—Pruébate una de las camisetas. Si te queda bien nos llevaremos las tres. Y también la cazadora, me ha gustado mucho.

Poco después salieron de la tienda con dos bolsas.

—Ahora vamos a la tienda esa de enfrente. Tienen unos jerseys muy bonitos.

Media hora más tarde salieron con cuatro jerseys de hilo de la nueva temporada de primavera: uno blanco, uno gris, otro azul y otro verde manzana.

—No sé por qué hemos comprado tantas cosas.

—Tenemos que llenar los cajones del mueble que hemos comprado. Aún tenemos tiempo de ir a ver los trajes —dijo ella mirando la hora en el móvil. Vamos a la calle Princes. Mi hermano Dave se compró uno en la tienda que le sentaba realmente bien. Y eso que no tiene tu cuerpo. ¿De qué color te gustaría que fuera el traje? —preguntó ella para que él no mencionara nada sobre la última frase que le había dicho.

—Supongo que negro.

—¿Negro? Yo creo que sería más conveniente un color claro. Así te servirá para ahora y para el verano.

—¿De qué color te gustaría a ti?

—Gris estaría bien, con una camisa blanca. Luego compraríamos un cinturón de piel negro y unos zapatos de vestir.

—¿Crees que necesitare un traje?

—Sí.

—En ese caso, tú decides.

Entraron en la tienda y un hombre muy elegante y amable les atendió. Erin le dijo lo que estaban buscando y les enseñó un traje gris claro precioso. Se lo probó con una camisa blanca y luego con una negra.

Ella se quedó mirándolo cuando salió del probador con el traje, que se amoldaba a su cuerpo de manera deliciosa. Parecía que se lo hubieran hecho a medida.

Dios bendito, pensó Erin al verlo. No podía expresar con palabras la belleza de ese hombre. Aquellos ojos turbadores, aquella boca de ensueño y esa voz profunda y varonil. Tenía que reconocer que se sentía absolutamente atraída por ese rostro y ese cuerpo perfecto. Con las dos camisas estaba impresionante.

Salieron de allí encantados, a pesar de que Erin se había dejado un buen pellizco de dinero en el traje, en las dos camisas y en el cinturón. En la tienda que había al lado vendían ropa para el hogar y entraron a comprar un edredón, dos juegos de sábanas para la cama de Alexander y una almohada. Habían olvidado preguntar en la tienda de caballeros en la que habían estado si tenían zapatos, pero tendrían que esperar a otro día porque era la hora de cerrar las tiendas.

—Hoy hemos tenido un día muy completo —dijo Alexander cuando salieron a la calle.

—Y que lo digas. Y aún no se ha terminado. Cuando llegue a casa aún tengo que corregir unos trabajos de mis alumnos.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No hace falta. Solo tengo que leerlos y corregir los errores.

—¿Qué vas a cenar?

—Voy a preparar pasta.

—La pasta llegó al país a comienzos del siglo XIX —dijo el vampiro.

—Lo sé.

—En aquel entonces solo estaba al alcance de la nobleza y la gente con poder. Yo la comí en un par de ocasiones.

—¿Te gustó?

—La encontré extraña, como sucede suceder con las cosas nuevas. Pero estaba buena.

—¿Vas a probarla hoy?

—Sí. ¿Eres una buena cocinera?

—Creo que sí. Como no suelo salir, mi madre me dio algunas recetas, y he practicado mucho. Me defiendo bien en la cocina.

—¿Tú madre te enseñó todo lo necesario para que te ocuparas de una casa, de un marido e hijos?

—Hoy ya no se prepara a las hijas para ello. Cuando acaban el instituto a los diecisiete años se van a la universidad. Y si no van a la universidad, porque no quieren estudiar, buscan un trabajo. En la universidad se aprende a cocinar lo básico. Cuando se independizan aprenden por ellas mismas lo que no han hecho cuando vivían con sus padres.

—Entiendo.

—¿Me ayudarás a preparar la cena cuando lleguemos a casa?

—Claro.

—Te vendrá bien aprender a cocinar.

—Por supuesto, porque voy a prepararme las tres comidas cada día.

—Vaya, estás aprendiendo, incluso, a hablar de manera sarcástica.

—Tú lo haces a veces.

—Tienes razón. Y no me refiero a preparar la comida para ti, pero en algún momento saldrás con alguna mujer, o con varias, y puede que quieras cocinar para ellas.

—No creo que eso vaya a suceder.

—Nunca se sabe. Vamos muy cargados. Volveremos a casa en autobús.

—De acuerdo.

—Estás aprendiendo un montón de cosas rápidamente.

—Desde luego que sí. Lo cierto es que estoy impresionado por la capacidad que tengo de aprender.

—No olvidar nada es una gran ventaja.

—Y tanto que sí.

—Tu forma de hablar ha mejorado increíblemente. Es como si hubieras vivido siempre en este siglo.

—Hace mucho escuchar a la gente y sobre todo, la radio y la televisión.

—Por supuesto.

Alexander no perdió detalle de nada de lo que veía mientras iban en el autobús.

—Este vehículo no me ha impresionado tanto como los otros.

—¿Por qué?

—Porque ya lo conocía.

—¿En serio?

—Bueno, no era como este, y nunca lo vi. Pero en 1829 el inglés Walter Hancock construyó un vehículo de diez plazas propulsado por un motor de vapor. Le llamaron Infant. Dos años más tarde inició de modo regular el recorrido entre Stratford y Londres.

—Vaya, eso no lo sabía. Solo sabía que el primer autobús a motor se inventó en 1895.

Cuando llegaron a casa Erin sacó las etiquetas de la ropa que habían comprado y la colocó toda en los cajones de la cómoda.

—El traje lo colgaremos en mi armario, al igual que las camisas, que por cierto habrá que plancharlas. Y eso me hace recordar que no conoces las planchas modernas.

—Otra cosa nueva.

Entre los dos prepararon la cena y se sentaron a cenar. Alexander comió solo un poco, pero la acompañó durante toda la cena.

Luego ella se sentó en su escritorio para corregir los trabajos de sus alumnos y él estuvo viendo la televisión, con el volumen muy bajo para no molestarla.

Dave, el hermano mayor de Erin la llamó mientras corregía los trabajos. Su madre le había dicho que tenía un compañero de piso y no le había parecido normal, porque ella nunca había querido compartir piso con nadie, y menos aún con un hombre. Aunque no estaba preocupado, ya que su madre lo había conocido y le había caído muy bien.

A las once de la noche, Erin le dio las buenas noches y se fue a la cama. Alexander esperó hasta que oyó que la respiración de ella se relajaba y supo que estaba dormida. Entonces se puso los deportivos y salió de la casa.

Alexander vio al camello que vendía las papelinas de cocaína en el mismo sitio que lo había visto anteriormente. Esperó hasta que terminó de trabajar. Luego lo siguió hasta que se detuvo junto a un coche. Alexander vio que le entregaba dinero. Poco después fueron llegando otros chicos que también le entregaron dinero. Cuando el vehículo se alejó con la recaudación, Alexander lo siguió. En ese momento descubrió que podía correr a gran velocidad.

Lo siguió hasta una casa en las afueras de la ciudad. Era una gran casa con un inmenso jardín, sin duda, muy cara. Estuvo dentro menos de quince minutos. Luego lo vio salir y alejarse. El vampiro esperó frente a la entrada, oculto entre las sombras, hasta que todas las luces se apagaron. Cuando vio que la casa estaba a oscuras espero quince minutos más y entonces entró en la propiedad, atravesó el jardín y entró en la casa.

Sabía que la persona que estaba en la planta superior estaba despierta y además, caminando. Oyó la ducha y poco después lo oyó salir del baño.

Alexander se dirigió directamente al salón. Miró a su alrededor y posó la mirada en un cuadro, ya que pudo ver que la caja fuerte se escondía detrás. La abrió y contempló el dinero que había, que no era poco, y que estaba colocado en montones perfectamente alineados. Miró a su alrededor buscando algo donde poder meterlo, pero no encontró nada.

Supo que la persona que estaba en la planta superior estaba bajando la escalera. Cerró la caja fuerte y colocó el cuadro sobre ella. Luego fue a la cocina, sin hacer el menor ruido y se ocultó en un rincón, que permanecía en la oscuridad. El hombre ni siquiera encendió las luces, porque entraba suficiente claridad de las farolas del jardín a través de los grandes ventanales. Lo escuchó abrir la nevera y coger algo de ella. Luego volvió a la escalera y la subió.

Alexander vio unas bolsas colgadas en una percha de la cocina, cogió una de ellas y volvió al salón. Volvió a sacar el cuadro de la pared, abrió la caja fuerte y metió el dinero en la bolsa. Volvió a cerrarla y colocó de nuevo el cuadro que la cubría. Cuando iba a marcharse vio un montón de billetes en un gran cuenco que había sobre una cómoda. Supuso que sería la recaudación que le habían llevado poco antes. Los metió todos en la bolsa y abandonó la propiedad.

Capítulo 8

Erin se despertó a las dos y media de la madrugada. Se levantó y fue a la cocina a beber agua. Le extrañó que la televisión no estuviera encendida. Y también que Alexander no estuviera sentado en el sofá, leyendo o haciendo cualquier cosa de las que hacía mientras ella dormía.

—¿Estás durmiendo? —preguntó cogiendo el vaso de agua y bebiendo mientras se acercaba hacia la cama de Alexander.

Se llevó una gran sorpresa al ver que la cama estaba vacía. Alexander no estaba. Volvió a su habitación, abriendo la puerta del baño en su camino, por si él estaba dentro. Pero estaba vació. Se metió en la cama algo decepcionada.

Se reprendió a sí misma. No tenía ningún derecho a sentirse decepcionada. Alexander no tenía que darle explicaciones de cuándo salía ni de dónde iba.

Media hora después seguía despierta. Un montón de ideas sobre dónde podría haber ido invadían su mente. Se preguntó si estaría con alguna mujer. Desechó rápidamente ese pensamiento, porque no le gustó en absoluto. Se sentía horrorizada al saber que tenía tan poco control de sí misma. Tenía miedo de que ese hombre le afectara tanto, sin que hiciera el más mínimo esfuerzo. Y sobre todo, le aterrorizaba que alguien pudiera meterse en su cerebro, así, sin más. Ese hombre le arrebataba el aliento y se apropiaba de sus sentidos, sin ni siquiera intentarlo. Estuvo dando vueltas en la cama hasta que al final se durmió de puro cansancio.

Erin se levantó tan pronto sonó la alarma. Fue al baño a orinar, se lavó las manos, y luego se dirigió a la cocina. Volvió a encontrarse allí a Alexander preparando el desayuno, como el día anterior.

—Buenos días.

—Buenos días, Erin —dijo él volviéndose para mirarla—. ¿Qué te ocurre?

—Nada, ¿por qué lo preguntas?

—Tienes ojeras.

—No es nada. Me costó dormirme, eso es todo.

Alexander se preguntó por qué le mentía, cuando ciertamente sabía, que poco después de acostarse se quedó profundamente dormida.

—De acuerdo. Siéntate, el desayuno está listo.

—¿Vas a prepararme el desayuno cada día? —dijo ella sentándose.

—Sí. Al menos, mientras no tenga nada mejor que hacer.

—Muchas gracias.

—No hace falta que me des las gracias. Tú preparas la cena todas las noches.

—Pero tú no necesitas cenar. Solo lo haces por acompañarme.

—Me gusta cenar contigo —dijo él sentándose frente a ella y sirviéndole el café con leche, como a ella le gustaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Erin.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Sé que estás pensando en algo.

—¿Ahora puedes leer mi mente? —preguntó el vampiro sonriendo.

—¿Piensas decirme lo que estás pensando, o prefieres seguir mirándome de esa forma?

—¿De qué forma?

—Como si mirándome fijamente pudieras descifrar los misterios de la vida.

—No sabía que te mirara así —dijo él sonriéndole de nuevo.

Ella lo miró a los ojos, esos impresionantes ojos grises, que podrían estremecer al mismísimo Lucifer. Era atractivo, no había la menor duda de ello, y con esa seductora sonrisa, que cualquiera podría afirmar, que estaba lo bastante seguro de sí mismo para saber el efecto que causaba en las mujeres.

Él seguía mirándola, aunque ya no sonreía. No quería que recordara que él podía leerle la mente, y seguro que lo recordaría si lo veía sonreír.

—¿Y bien? ¿Quieres decirme algo?

—Es posible —dijo él.

—¿Es posible? Eso significa que sí quieres decirme algo. ¿Crees que ese... *algo* podría interesarme?

—No estoy seguro. Pero puede que no te guste.

—¿Lo dices porque saliste anoche? Alexander, no tienes que darme explicaciones de si sales o dejas de salir. Que vivas conmigo no quiere decir que tengas que informarme de todos tus movimientos.

—Lo sé. ¿Cómo sabes que salí? Cuando me marché estabas totalmente dormida.

—¿Entraste en mi habitación para comprobarlo?

—No necesito hacer algo así. Puedo escuchar tu respiración desde el salón.

—Claro, me olvidaba de tus súper poderes. Sé que saliste, porque me desperté y vine a la cocina a beber agua, y me di cuenta de que no estabas. ¿Hiciste algo interesante en la calle?

—Depende de lo que tú entiendas por interesante.

—¿Me lo vas a decir o no?

—En vez de decírtelo, te lo voy a mostrar —dijo él levantándose y cogiendo la bolsa que estaba sobre la bancada.

—¿Fuiste de compras? —preguntó ella al ver la bolsa de una importante tienda de ropa masculina.

—No. Las tiendas están cerradas por la noche. Además, no tengo dinero.

Alexander empezó a dejar paquetes de billetes sujetos con una banda de papel sobre la mesa. Ella los miraba alucinada.

—¿Cuánto dinero hay en cada uno de esos paquetes?

—En los de cincuenta libras hay cinco mil libras. En los de veinte hay dos mil. En los de diez, mil libras y en los de cinco, quinientas.

—¿Cómo lo sabes? ¿También tienes poderes para contar los billetes sin ni siquiera tocarlos?

—Es posible, no lo he comprobado —dijo él, sin dejar de poner paquetes sobre la mesa.

—¿Y entonces?

—Erin, pone la cantidad en las bandas de papel que los sujetan —dijo él sonriendo.

—Es cierto. No me había dado cuenta. Así y todo, hay muchos.

Cuando colocó el último montón sobre los otros, echó sobre un lado de la mesa lo que quedaba en la bolsa, que eran los billetes que estaban sueltos, y dejó la bolsa en el suelo. Luego la miró.

—Parece que hay mucho dinero.

—En los paquetes hay seiscientas cincuenta mil libras. Y en todos estos billetes, sesenta y nueve mil quinientas. Y tengo que decirte, que sí puedo contar con mis poderes —dijo él sonriéndole.

—¡Santa madre de Dios! Es muchísimo dinero. ¿De dónde lo has sacado?

—Vi al camello que estaba vendiendo drogas en el mismo sitio de la otra vez. A cierta hora de la noche se alejó y se encontró con un hombre que estaba en un coche, y le dio dinero. Una docena de chicos fueron llegando para entregarle dinero también.

—Serían los camellos, le estarían dando la recaudación de lo que habían vendido en su zona.

—Eso supuse yo también. Cuando el hombre del coche se marchó, lo seguí.

—¿Seguiste al hombre del coche?

—Sí. Me he dado cuenta de que corro muy rápido —dijo él sonriendo.

—¿Tan rápido como un coche?

—Sí.

—¿Qué pasó luego?

—El coche se detuvo en la puerta de un edificio. Un hombre lo estaba esperando. Le dio una bolsa, que supuse sería el dinero de la recaudación. Luego volvió al coche y se alejó. Entonces, el hombre subió a un coche y se marchó.

—Y lo seguiste también.

—Sí. Lo seguí hasta una casa a las afueras de la ciudad. Era una casa muy grande con dos plantas. El tipo estuvo dentro menos de media hora. Esperé hasta que salió. Luego esperé un poco más hasta que supe que la persona que vivía allí subía a la planta superior. Entonces entré en la casa. Localicé donde tenía el dinero y lo cogí.

—¿No tuviste ningún contratiempo?

—Bueno, un hombre bajó a coger algo de la nevera, pero yo estaba escondido y no me vio. ¿Estás enfadada?

—Es algo que has hecho tú, no yo. Y lo cierto es que no me da ninguna lástima que esa persona haya perdido todo su dinero. De todas formas, volverá a reunir pronto la cantidad que te llevaste. No puedes imaginar cuántas personas son adictas a la cocaína, o a cualquier otra sustancia. Y cuántos mueren por su causa.

—Entonces está bien que me llevara el dinero. Lo haré de vez en cuando.

—No digas tonterías. Tienes un montón de pasta. Podrás hacer muchas cosas con ella.

—Lo primero que he de hacer es pagarte todo lo que te debo, me refiero al dinero que gastaste comprando todas mis cosas, incluidos los muebles. El resto de las cosas que has hecho por mí no se pueden pagar. Supongo que guardaste las facturas de las compras.

—Sí.

—Ahora luego me las das.

—De acuerdo. No sé si sabes que no puedes gastar todo ese dinero. Me refiero a grandes cantidades, porque tendrías que demostrar de dónde lo has sacado. Y, en estos momentos no estás trabajando, ni siquiera tienes identidad.

—Lo entiendo. Pero no habrá problema, porque pagaremos todo en efectivo, como comida, ropa, viajes…

—Sí, eso sí. Pero no hables en plural, ese dinero es tuyo.

—Ese dinero es de los dos. A la lista de las cosas que tengo que pagarte hay que añadir la mitad del alquiler de la casa y los gastos mensuales de agua, gas, electricidad, teléfono, comida, internet, y los impuestos que pagues cada mes. Empezaré a pagarte en este momento.

—No hace falta que me pagues alquiler.

—Sí hace falta. Por cierto, ¿por qué vives en un piso de alquiler?

—Porque es caro comprar una propiedad.

—¿Cómo de caro?

—No lo he mirado, pero si yo me comprase una casa, me gustaría que fuera más grande que este piso. Y, a ser posible, me gustaría vivir fuera de la ciudad, en un sitio tranquilo.

—Pero trabajas en la ciudad y tendrías que desplazarte.

—Lo sé, pero no me importaría. Sam, la chica de la biblioteca de quien te hablé, vive en un pueblecito cerca de aquí, en la casa que ella y su hermana heredaron de sus padres, y viene a trabajar a la ciudad cada día. Está a menos de veinte kilómetros. Un día fui a ver el pueblo para ver cómo era, y la verdad es que me gustó mucho. Es pequeño, y lo que más me gusta de él es que está rodeado de un bosque. Uno bosque precioso. No me importaría tener una casa precisamente allí, entre los árboles. Me siento bien entre la naturaleza.

—El otro día escuche en la radio a un inversor hablando de las hipotecas que daban los bancos para comprar una vivienda.

—Sí, sé que se puede solicitar una hipoteca, pero nunca lo he hecho, porque siempre he pensado que una propiedad como la que me gustaría comprar sería muy cara y, si no me equivoco, hay que pagar en efectivo el veinte por cien.

—Nunca sabrás lo que costaría la casa de tus sueños si no la ves y no te informas de lo que vale.

—Sí, tienes razón. Puede que empiece a mirar precios. Y, la verdad es que tengo bastante dinero ahorrado. Se hace tarde, tengo que arreglarme para ir a trabajar.

—Ve a vestirte, yo recogeré la cocina.

—¿Seguro?

—Claro. Hoy no llueve, ¿vas a ir caminando al trabajo?

—Sí.

—En ese caso, te acompañaré. Me gusta salir con el fresco de la mañana.

—Tienes suerte de no sentir frío —dijo ella saliendo de la cocina—. Por cierto, ahora deberías llevar siempre dinero encima. Puede apetecerte comprar alguna cosa.

—Lo haré. ¿Cuánto crees que debería llevar?

—Al menos cincuenta libras.

Erin salió de su dormitorio unos minutos después y vio a Alexander esperándola de pie en el salón, mirando por la ventana. Él se volvió a mirarla.

Erin se encontró de nuevo con aquellos ojos grises maravillosos. Lo miró de arriba abajo. Se había puesto el vaquero negro, una camiseta blanca y la cazadora negra. Sintió como el ritmo de su corazón había aumentado de repente y le preocupó que él pudiera escuchar la fuerza con que los latidos golpeaban su pecho. Intentó calmar los desenfrenados latidos, pero su pobre corazón, al igual que ella, no comprendía porqué cada gesto que hacía ese hombre era tan intenso.

Alexander no dijo nada al respecto, pero desde luego se había dado cuenta de ese cambio en el ritmo de su corazón.

—¿Conociste Londres en tu tiempo? —preguntó ella cuando salieron a la calle y comenzaron a caminar por la acera el uno junto al otro.

Erin pensó, inconscientemente, que solo tenerlo cerca hacía que su cuerpo se alterara y tuviera pensamientos, todos relacionados con el sexo, de los que era mejor olvidarse.

—Sí, estuve trabajando allí un tiempo —dijo él sorprendido por lo que ella acababa de pensar. Una cosa era que pensara que era atractivo, pero que pensara en acostarse con él... era algo totalmente diferente.

—¿Cómo era la vida allí?

—¿Quieres que te cuente la vida que llevaban los ricos o la gente trabajadora?

—Apuesto a que la de la gente de a pie me interesará más.

—La ciudad en sí no estaba mal, aunque estaba infestada de ratas. Con el glamour, la elegancia y la etiqueta de las clases burguesas y aristocráticas, coexistía una sociedad formada por las clases bajas y trabajadoras. Dos mundos casi opuestos, pero tan necesitados uno del otro. La clase obrera, la mayoría llegada desde el campo o desde la vecina Irlanda, donde la hambruna hizo que se desplazaran familias enteras, buscando una vida mejor, malvivía en las ciudades, habitaba en casas insalubres y se dejaba, literalmente, la vida en las fábricas en las que más que trabajar, era explotada por sueldos miserables. Los salarios eran mínimos y las jornadas inacabables, por no hablar de las deplorables condiciones laborales a las que estaban expuestos hombres, mujeres y niños, ya que el trabajo infantil no estaba prohibido, sino que los niños eran mano de obra maleable y barata y los padres no veían mal que un salario más llegara a las empobrecidas familias. De hecho, en aquel entonces, la mano de obra infantil representaba el veinticinco por cien de los trabajadores activos en el país.

—¿A qué edad podían empezar a trabajar los niños?

—A los cuatro años.

—Dios mío.

—Esos pequeños se dejaban su vida en labores tan duras como el trabajo en las minas. En 1833 se prohibió que los menores de nueve años trabajaran en las fábricas y en las factorías textiles. En 1842 se aprobó que los menores de diez años entraran al interior de las minas. En 1847, antes de que mi familia enfermara, con el decreto *diez horas*, se prohibía que las mujeres y los niños trabajaran, en cualquier labor, más de diez horas al día. Aunque, lo último que supe fue, que esa ley revolucionaria para los derechos de los trabajadores no siempre se cumplía, y los dueños de las fábricas solían extorsionar a sus trabajadores bajo amenaza de perder sus empleos. Aprovechándose de la necesidad, muchos empresarios ni siquiera pagaban un salario a sus trabajadores, sino que daban a los empleados una serie de bonos para que los gastaran en sus propias fábricas. De ese modo los obreros trabajaban para dejar el fruto de su trabajo en la misma fábrica que los explotaba.

Se detuvieron al llegar al instituto. Estaban entrando los profesores, porque aún era temprano. A Erin no le pasaron desapercibidas las miradas que le dedicaron sus compañeros a Alexander.

—Me ha gustado tu clase de historia, a pesar de que no ha sido muy agradable saber lo de los niños. Si alguna vez vuelves a acompañarme, me gustaría que me siguieras hablando de la vida en esa ciudad.

—Estaré a tu disposición siempre que quieras. Que pases un buen día.

—Muchas gracias. Te deseo lo mismo. Pórtate bien —dijo ella sonriendo.

—Lo intentaré —añadió él devolviéndole la sonrisa.

—Alexander —dijo ella, volviendo a cercarse a él y poniéndose de puntillas para hablarle al oído—. Esconde bien el dinero, no vaya a entrar alguien en casa y te lo robe.

—Lo haré —dijo él con el cuerpo estremecido por haberla sentido tan cerca.

Erin entró en la sala de profesores.

—No sabía que tenías novio —dijo el profesor de matemáticas.

—Supongo que lo dices por el hombre que me ha acompañado. Pero estás confundido, no es mi novio sino mi compañero de piso.

—No nos vengas con esas —dijo la profesora de Lengua—. Te hemos visto con él. Entre vosotros hay algo más que una relación de compañeros de piso.

—Si no queréis creerme, no lo hagáis.

—¿Va a venir a acompañarte cada mañana? —preguntó esa vez la profesora de gimnasia—. Si no me equivoco ayer vino a recogerte.

—No sabía que estuvierais todos tan interesados en mi vida privada.

—Yo no he preguntado nada —dijo la profesora de física, que era quien había salido con ella del instituto el día anterior, cuando Alexander la esperaba a la salida.

—Porque ya dijiste ayer lo que querías decir.

—Sea tu compañero de piso o no, está para hacerle un favor —dijo el profesor de física, que era gay.

Todos se rieron.

Alexander llegó al edificio donde vivían, pero en vez de entrar decidió ir a la peluquería de Justin. Tenía que afeitarse, y el peluquero lo hacía muy bien. Tuvo que hacer tiempo dando un paseo por la ciudad, porque la peluquería no abría hasta las nueve.

A la nueve y diez entró en el local.

—Vaya, vaya, vaya. Benditos los ojos que te ven —dijo Justin, mirándolo cuando entró en el establecimiento—. ¿Erin te ha dejado salir solo?

—Ella está trabajando. He venido a afeitarme —dijo Alexander acercándose a él.

A ninguno de los dos les pasó desapercibidas las miradas que le dedicaban al vampiro las mujeres que había en la peluquería, y los otros dos peluqueros.

—Estupendo. Siéntate unos minutos y te atenderé tan pronto acabe con esta clienta.

—De acuerdo —dijo mirando a la mujer a través del espejo y sonriéndole.

—Alexander, ¿te apetece un té o un café?

—No, estoy bien, gracias.

—Por supuesto que está bien —dijo la mujer en voz baja mirando al peluquero—. ¿De dónde ha salido ese bombón?

—Es el compañero de piso de una amiga mía, lo que lo convierte en amigo mío también.

—Ya me gustaría a mí tener un compañero de piso como ese. Estoy por ofrecerle venir a vivir conmigo.

El peluquero se rio, mirando a Alexander, que ojeaba una revista.

—¿Esa amiga tuya tiene una casa grande y bonita?

—Ni por asomo. No tendrá ni treinta metros cuadrados y es de alquiler.

—Mi casa tiene ciento cincuenta metros. ¿Crees que aceptaría, si le ofrezco venir a vivir conmigo? Me gustaría tenerlo en casa, incluso aunque no pagara alquiler.

—Pues no tengo ni idea, pero puedes preguntárselo.

—¿Te importaría hacerlo a ti? Para mí sería un poco embarazoso.

—¿Por qué? ¿Acaso quieres que sea algo más que un compañero de piso?

—¿Tú lo has visto bien? ¡Por supuesto que quiero algo más con él! Lo cierto es que estaría dispuesta a pagarle una cantidad de dinero al mes para que viviese conmigo.

El peluquero volvió a reírse.

Alexander pasaba las hojas de la revista, intentando no prestar atención a nada. Pero, no podía evitar escuchar todas las conversaciones del local, y él era el centro de atención de todas.

Justin fue al pequeño mostrador para cobrar a la clienta y ella se marchó, dedicándole a Alexander una última mirada. El peluquero se acerco al vampiro.

—Sácate si quieres la cazadora. Puedes colgarla en ese perchero.

El vampiro se la sacó y la colgó. Luego se dio la vuelta y escuchó los suspiros de las mujeres al verlo, y también los de los dos peluqueros que estaban con sus clientas.

—Siéntate antes de que le de un infarto a alguien —dijo Justin mirándolo.

Poco después estaban hablando los dos. El peluquero se dio cuenta de que había cambiado mucho desde que lo vio tres días atrás. Hablaba más y no de manera tan formal. Justin le habló del barrio, del tiempo que hacía que había abierto la peluquería, de su familia y de cómo conoció a Erin.

Alexander le dijo que era abogado, pero que tenía que ponerse al día, porque no había ejercido su profesión desde hacía bastante tiempo.

El peluquero le habló de la clienta que se acababa de marchar y de lo que quería. Aunque Alexander ya lo sabía, porque la había escuchado perfectamente.

—Eso es muy halagador y la mujer no está mal. Pero, sinceramente, me gustaría trabajar de abogado, no ser un mantenido de una mujer que se aburre. Me siento muy bien viviendo con Erin y no voy a marcharme de su casa.

—Y tu compañera de piso es mucho más joven, y mucho más guapa que esa clienta.

—Sí, es cierto. Aunque no hay nada entre Erin y yo, solo somos amigos.

—Sí, lo sé. No le hagas daño, ¿vale? Es una buena chica.

—No es mi intención hacerle daño.

Siguieron hablando de una cosa y otra hasta que terminó de afeitarlo.

—Ya estás listo. Si vienes cada tres o cuatro días siempre tendrás la barba perfecta. Aunque si quieres te puedo mostrar como hacerlo tú en casa.

—Prefiero venir. De momento no tengo mucho que hacer.

—Por mí perfecto. Seguro que cuando seas un abogado importante solo vendrás a cortarte el pelo. O puede que ni eso, porque entonces vivirás en el barrio de los ricos.

—No voy a irme de casa de Erin, ni aunque fuese un abogado importante.

—Eso dicen todos.

Justin no quería que le pagara, pero Alexander insistió.

—Nos vemos en unos días.

—Eso espero —dijo el peluquero.

Alexander volvía a estar esperándola a la salida del instituto.

—Con que solo sois compañeros de piso, ¿eh? —dijo la profesora de lengua cuando vio a Alexander—. Hasta mañana.

Erin apenas oyó las palabras de su compañera, porque se sentía apresada por esos penetrantes ojos grises, que la tenían obnubilada.

—Hasta mañana —contestó al darse cuenta de que se había despedido de ella.

Miraba a Alexander mientras se acercaba a él. Ese hombre desprendía cierta aura de temeridad, peligro y fiereza. Aunque, posiblemente no sería así, solo que ella la asociaba a su condición de vampiro. De todas formas, su presencia hacía que una sensación extraña y desconocida la invadiera, haciendo que su pulso se incrementara hasta límites inimaginables, y le impedía apartar la mirada de él.

—Hola.

—Hola, Alexander. Te has afeitado.

—Sí. No pensé que te darías cuenta. He ido a la peluquería de Justin. Le he pagado, aunque él no quería cobrarme.

—Bien hecho. ¿Por qué has venido a recogerme?

—No tengo nada mejor que hacer, y me gusta estar contigo.

—Los otros profesores empiezan a pensar que somos pareja.

—Yo nunca he prestado atención a las habladurías. Pero si te molesta que venga...

—No me molesta que vengas —dijo ella interrumpiéndolo—. Además, de esa forma,

pasamos más tiempo juntos. Me gusta que hablemos.

—A mí también.

—¿Se ha portado bien Justin?

—Sí. Me cae muy bien. Una clienta le ha pedido que me haga una propuesta.

—¿Una propuesta? ¿qué clase de propuesta? ¿de trabajo?

—Bueno, yo ya sabía de qué se trataba porque, a pesar de que hablaban en voz baja, los oía perfectamente. Esa señora, que calculo tendrá cuarenta o cuarenta y cinco años, quiere que vaya a vivir a su casa. En un principio le dijo que me alquilaría una habitación. Luego dijo que podría ir a vivir con ella sin pagar nada. Y más tarde añadió que si hacía, falta me pagaría una cantidad al mes por vivir con ella.

—¿En serio?

—Totalmente en serio. Parece ser que tiene un piso de ciento cincuenta metros —dijo él sonriéndole.

—Puede que estuvieras más cómodo viviendo con ella. Tendrías más espacio.

—¿Quieres que me marche de tu casa?

—Yo no he dicho eso. Lo que digo es que no tienes ningún compromiso conmigo ypuedes marcharte cuando quieras.

—De haber querido marcharme, ya lo habría hecho. Yo no quiero marcharme, Erin.

—Yo tampoco quiero que lo hagas.

—No pensaba contártelo, pero es que me ha hecho gracia que me ofrecieran algo así.

—Bueno, ya sabes que eres muy atractivo. Más de una estaría dispuesta a hacerte una proposición similar.

—Esta mañana he llamado a tu madre por teléfono —dijo él cambiando de tema, porque no se sentía cómodo.

—Le habrá encantado recibir tu llamada.

—No le ha disgustado. Me ha dicho que tenía que ir al mercado y la he acompañado.

—¿Has ido a comprar con mi madre?

—Sí. Lo he pasado realmente bien. He alucinado con todo lo que he visto en el mercado.

—No me extraña.

—Luego la he invitado a tomar un chocolate caliente en una cafetería. He hecho yo el pedido en el mostrador.

—¡Muy bien! —dijo ella orgullosa.

—Menos mal que cogí dinero antes de salir de casa.

—Hasta que no tengas una cuenta en el banco y dispongas de una tarjeta, debes llevar siempre dinero contigo, por lo que pueda pasar.

—De acuerdo. Luego he llevado a tu madre a nuestra casa. Quería ver cómo había quedado mi habitación.

—Seguro que no le ha gustado.

—No, no le ha gustado. Dice que necesito más espacio, porque cuando empiece a trabajar, tendré que tener un despacho. También ha dicho que necesito un armario, que no puedo tener parte de mi ropa en el tuyo. Tampoco le ha parecido bien el tamaño de mi cama, cree que es demasiado pequeña.

—Seguro que la he decepcionado.

—No creo que tu puedas decepcionar a tu madre. Te adora, y está muy orgullosa de ti. Bueno, de todos sus hijos.

—Lo sé.

—Me ha pedido que vaya a vivir con ella.

—¿Mi madre te ha pedido que vayas a vivir con ella?

—Sí. Dice que podría instalarme en tu habitación o en la de uno de tus hermanos, porque nunca os quedáis a dormir en su casa. Dice que si me mudara con ella le haría un favor y no se sentiría tan sola. Y, además, que no tendría que pagar alquiler.

—Seguro que con ella estarías mucho mejor que conmigo. Y la verdas es que tiene razón en todo lo que te ha dicho. ¿Has aceptado su propuesta?

—No. Se lo he agradecido, pero le he dicho que, de momento, estoy muy bien viviendo contigo. Pero que me mudaré con ella, si te cansas de tenerme en tu casa.

—Alexander, no es mi casa, es nuestra casa. Y te dije que podías quedarte en ella todo el tiempo que quisieras.

—Sí, ya lo sé. ¿Qué planes tenemos para esta tarde?

—Quiero ir a la biblioteca a hablar con Sam.

—¿Quieres que te acompañe?

—Como quieras, pero quiero estar a solas cuando hable con ella.

—No hay problema. ¿Podré dar una vuelta por la biblioteca?

—Por supuesto.

—¿Vas a hablarle de lo de mi documentación?

—Sí, es lo que necesitas primero. Cuando la tengas te harás socio de la biblioteca y le pediremos a Sam que nos aconseje qué libros de derecho deberías leer para ponerte al día.

—Muy bien. Te agradezco toda la ayuda que me estás prestando.

—No me la pediste, me ofrecí yo a ayudarte.

—Lo sé. Muchas gracias. ¿Dónde está la biblioteca?

—Está en pleno centro. ¿Quieres seguir hablándome sobre la vida de tu época?

—Claro.

—Me estabas hablando de la clase trabajadora de Londres.

—Veamos qué puedo decirte más. La enfermedad, la pobreza, el analfabetismo y el alcoholismo vivían en los barrios obreros. Los accidentes laborales, por inhalación de productos tóxicos, por quemaduras o miembros seccionados por las máquinas no estaban contemplados en ninguna ley y, por supuesto, no existían ni pensiones, ni ayudas gubernamentales, ni subsidios, no solo por desempleo sino por accidentes en el trabajo.

—¿Y qué hacían?

—Pasar hambre y necesidades. En cambio la ley sí permitía multar y sancionar a los trabajadores por los motivos más nimios, como por ejemplo, silbar mientras hacían sus tareas.

—Qué sinvergüenzas.

—En 1838 nació un movimiento que se llamó el Cartismo. Emergió como crítica de la actitud de los políticos y las clases más pudientes hacia las clases más oprimidas. Sus reclamaciones llegaron hasta el Parlamento, pero el Cartismo fue perdiendo fuerza y poco antes de que yo muriera, prácticamente había desaparecido.

—Tendrás que leer los libros de historia para saber qué sucedió desde ese momento hasta ahora.

—Ya lo he hecho. He leído todos los libros de historia que tienes en casa.

—Sigue contándome cosas.

—Había trabajos muy peligrosos, como los toshers.

—¿Tochers?

—Era uno de los peores oficios. Hurgaban en las alcantarillas, en busca de cualquier cosa

de un mínimo valor, como pequeños objetos de metal, monedas… Además se encargaban del mantenimiento del deficiente alcantarillado; morían de enfermedades infecciosas, que contraían por mordeduras de roedores, o se ahogaban por las aguas subterráneas, o atrapados en túneles y devorados por las ratas.

—Las ratas —repitió ella.

—Sí. Londres estaba infestado de ratas, unas ratas enormes, por cierto. Los cazadores de ratas tenían el trabajo asegurado. Y como no había nada para exterminarlas, eran trabajos muy valorados.

—Menudos trabajos.

—Otro trabajo era el de los limpiadores de chimeneas. Deshollinadores. Los niños eran perfectos para esos trabajos, porque podían introducirse y trepar por las chimeneas con más facilidad que los adultos. Algunos niños quedaban atrapados y morían ahogados por el hollín. Y los que sobrevivían morían jóvenes, porque el hollín iba llenando sus pulmones, provocándoles una muerte dolorosa en pocos años. Conforme pasaba el tiempo, los cuerpos se les iban deformando por las posiciones en el interior de las chimeneas. A los niños, además de mal pagados, les daban palizas y se les pinchaba con objetos afilados para que siguieran trabajando. O metiendo su cabeza en calderos de agua helada, si por el cansancio se dormían.

—Dios mío, qué crueldad. Mejor no me cuentes nada más de esos temas. Tú no eras un empleado de la clase baja, porque tu ropa, a pesar de estar harapienta, se notaba que era de buena calidad. Además, no hay que olvidar que tenías mayordomo —dijo ella sonriendo.

—Sí, la verdad es que tuve una vida privilegiada.

—Y encima, estudiaste derecho en la Universidad de Oxford. ¿Qué rama de Derecho estudiaste?

—Derecho civil. Es la rama del derecho privado que contempla temas relativos a las personas, los bienes, las sucesiones, las obligaciones y los contratos.

—Cuando leas los libros de derecho, puede que te interese más dedicarte a otra especialidad del Derecho.

—¿Qué quieres decir?

—Que con los poderes que tienes podrías dedicarte a la que quisieras.

—¿Por qué iba a querer dedicarme a otra especialidad?

—Las cosas han cambiado mucho en dos siglos y puede que un abogado civil no tenga tanto éxito como uno de cualquier otra rama.

—Lo pensaré cuando lea los libros de leyes actuales.

—La biblioteca es aquel edificio gris —dijo ella señalándolo.

—¿Sabes lo que me ha llamado más la atención en este tiempo?

—¿Qué?

—Que los edificios no han prosperado, son los mismos que había cuando yo vivía.

—Tienes razón. En vez de derrumbar las casas y hacerlas nuevas, van arreglando una cosa y otra, pero no hacen edificios nuevos. Luego ves otras ciudades en la televisión y te da envidia vivir en una ciudad, ya no tan antigua, sino tan vieja.

—Es cierto. Yo entiendo que los edificios emblemáticos, como las catedrales, los museos, los puentes… permanezcan en pie porque son parte de la historia, pero las casas tienen dos siglos, algunas más, y están viejas y sucias. Me parecen deprimentes.

—Sí. Pero es igual en todo el país. En algunas grandes ciudades hay edificios modernos, pero se pueden contar con los dedos de las manos. Sucede lo mismo con los trenes, por ejemplo. El tren lo inventó un inglés y fue el orgullo del país, pero no ha evolucionado. Ahora los trenes

del resto del mundo son mucho mejores y más rápidos que los que tenemos aquí. Y sucede lo mismo con otras muchas cosas de las que se inventaron en nuestro país. Es cierto que El Reino Unido fue una gran potencia en el pasado, y que Londres fue la ciudad más grande e importante del mundo unos siglos atrás. Pero nos hemos quedado estancados en el pasado y no hemos avanzado. Son los otros países los que han avanzado a pasos agigantados y nos han dejado mucho más atrás. Y cuando salimos de la Comunidad Europea, todavía empeoraron más las cosas. Desde entonces han cerrado varios colegios. Y cuando en un país cierran colegios por falta de alumnos, es porque las cosas no van bien.

—Tengo que ponerme al día sobre muchas cosas.

—Desde luego que sí. Entremos.

Caminaron hacia el mostrador. Sam estaba sentada en una mesa leyendo un libro.

—Hola, Sam.

—Hola, Erin —dijo la chica levantándose y acercándose a ellos—. ¿Qué tal va todo?

—Bien, gracias. ¿Y a ti?

—También bien.

—¿Cómo está tu hermana? ¿Sigue trabajando fuera?

—Sí, va donde la necesitan. A veces la envidio. Esto es un poco aburrido, comparado con lo que hace ella.

—Desde luego que sí. Sam, este es mi amigo Alexander. Alexander, ella es Sam, una amiga.

—Un placer conocerte, Sam.

—Lo mismo digo —dijo ella.

—¿Puedes dedicarme unos minutos? Me gustaría comentar algo contigo.

—Puedo dedicarte el tiempo que necesites. Carol, atiende a quien venga, por favor.

—Vale —dijo la otra empleada.

—Vamos a sentarnos en una de las mesas y estaremos tranquilas.

—De acuerdo.

—Sam, ¿puedo dar una vuelta por la biblioteca? —preguntó Alexander.

—Por supuesto.

Él se alejó de ellas y las dos chicas se sentaron en una de las mesas.

—No sé si podrás ayudarme de alguna forma.

—Dime lo que necesitas y te contestaré.

—Verás, tengo un amigo que necesita documentación nueva.

—¿Está metido en algún lío? ¿Ha cometido algún delito?

—¡No! Nada de eso. El problema es que no puedo hablarte de ello. Pero puedo asegurarte que es una buena persona. Digamos que ha estado mucho tiempo alejado de la… civilización, por decirlo de alguna forma. Es de aquí. Nació en Thurso, un pequeño pueblo al norte, en las Highlands. Estudió derecho.

—No hace falta que sigas hablando de ese hombre, del que no puedes decir gran cosa. Dime directamente lo que necesitas.

—Como te he dicho, necesita una documentación nueva para tener seguridad social, para buscar trabajo, para abrir una cuenta en el banco… Pero que nadie tenga que preguntarse de donde ha salido.

—Para que si investigan, puedan ver que esa persona existe.

—Eso es. Quiere trabajar de abogado, ya que estudió la carrera de derecho. Y necesitaría haber trabajado en algún bufete, o que hubiera tenido uno propio.

—Entiendo.

—¿Conoces a alguien que pueda hacerlo?

—Yo podría hacerlo perfectamente y mi hermana también.

—¿Lo dices de verdad?

—Por supuesto.

—Quiero que sepas que el dinero no es problema. Te pagará lo que le pidas.

—Erin, me has dicho que es amigo tuyo, así que no pienso cobrarle.

—Pero no puedes hacerlo gratis.

—Por supuesto que puedo. Lo que no puedo asegurarte es cuánto tiempo tardaré en hacer lo que necesita.

—No tiene prisa.

—Tendrás que darme todos los datos de tu amigo. Todos los que puedas, al menos. Que supongo es quien está curioseando por la biblioteca.

—Sí.

—Menudo ejemplar. ¿De dónde lo has sacado?

—Está viviendo conmigo, de momento.

—Has dicho que nació en Thurso.

—Sí. Tiene treinta años.

—¿Quiere mantener su nombre o cambiarlo?

—Yo creo que le gustaría mantener su nombre. Se llama Alexander Wilfred James Knight.

—Parece el nombre de alguien de la aristocracia —dijo la chica sonriendo—. De todas formas, háblalo con él y que lo piense con tranquilidad, y si decide tomar otro nombre me lo dices antes de que haga los documentos.

—Se lo preguntaré esta noche y te llamaré mañana.

—Estupendo.

—Muchísimas gracias.

—No hay de qué. Necesitaba algo excitante para salir de la rutina y esto me lo va a proporcionar. Espero tu llamada mañana.

—Vale. Voy a buscarlo. Seguro que está enfrascado en alguna lectura.

Erin caminó por los pasillos de la biblioteca y lo encontró en una mesa con un libro de leyes en las manos. Cuando la vio se levantó, colocó el libro en su sitio y caminaron hacia la salida, despidiéndose antes de Sam. La chica se quedó mirándolos y Alexander se volvió hacia ella, antes de atravesar la puerta de salida.

—Hay algo extraño en esa chica —dijo el vampiro cuando bajaron las escaleras y empezaron a caminar por la acera.

—¿En Sam?

—Sí.

—¿Qué quieres decir con *algo extraño*?

—No puedo saber lo que piensa.

—¿Y eso es extraño?

—Para mí sí, porque es la primera humana a quien no puedo leerle la mente.

—Pues menuda suerte tiene —dijo ella sonriéndole.

—¿Qué ha pasado? ¿Conoce a alguien que pueda hacerme una documentación falsa?

—Ella misma la hará. Ya te dije que era muy inteligente. Me ha preguntado si quieres conservar tu nombre o quieres otro.

—Me gustaría conservar el mismo.

—La llamaré mañana para decírselo. Me estaba preguntando, si te enterraron aquí, después de que te convirtieran, ¿es porque vivías aquí?

—Sí, vivía en la ciudad.

—Me gustaría conocer la casa donde vivías y el bufete donde trabajabas.

—Te llevaré un día a verlos.

—Vale. ¿Has ido a ver tu casa?

—No.

—¿Tu mujer y tus hijos están enterrados aquí?

—Sí. Algún día iré a visitarlos.

—Me gustaría acompañarte cuando vayas.

—Está bien.

Capítulo 9

Beth descolgó el teléfono para atender la llamada de su hermana Sam, eran las diez de la noche.

—Hola, Sam.

—Hola, Beth.

—¿Qué ocurre? Siempre hablamos los sábados y hoy es miércoles.

—Ha sucedido algo extraordinario.

—Pareces animada.

—Cualquier cosa que se salga de lo normal es para animarse. Y la vida que llevo es un aburrimiento.

—Lo echamos a suerte y te tocó a ti permanecer en la ciudad para leer todos los libros y artículos de periódicos de temas extraños que había en la biblioteca.

—Lo sé, lo sé, pero es que la última vez también me tocó a mí.

—Lo siento, pero yo no tengo culpa de que la suerte no te acompañe.

—Tal vez deberíamos cambiar esas normas que acordamos.

—Lo hablaremos cuando quieras. Cuéntame eso extraordinario que ha sucedido. ¿Has encontrado algo interesante en los periódicos antiguos?

—En los periódicos no. Verás. Ayer vino a la biblioteca Erin Brennan.

—¿La profesora de historia? —preguntó Beth.

—¿A cuántas Erin Brennan conoces?

—Estaba bromeando. Me cae muy bien esa chica.

—A mí también. Pues bien. Como te decía, vino a la biblioteca ayer acompañada de un hombre que estaba para comérselo. Es el típico highlander, muy alto y con un cuerpo impresionante. No sé si los highlanders son guapos, pero te aseguro que este tiene un rostro de ensueño.

—Vaya, parece que ese hombre te ha gustado.

—Ese hombre le gustaría a cualquier mujer, u hombre. Erin me dijo que quería comentar algo conmigo. Su acompañante se fue a dar una vuelta por la biblioteca y ella y yo nos sentamos en una mesa para hablar.

—¿Qué quería?

—Necesita una documentación falsa para un amigo suyo. Me aseguró que no era un delincuente, pero que no podía darme detalles de por qué la necesitaba. Me dijo el nombre completo de su amigo, los años que tiene, donde nació y lo que estudió. Me dejó claro que el hombre que necesita la documentación era el hombre que la acompañaba.

—¿Tenía mala pinta?

—¿Mala pinta? Es una maravilla. Un ejemplar de primera. A mí me pareció una buena persona. Le pregunté si su amigo querría conservar el mismo nombre o cambiarlo. Esta mañana me ha llamado para decirme que a él le gustaría conservar el mismo nombre. Está viviendo con ella.

—¿Y qué es lo que te parece tan extraordinario de todo eso? Puede que ese hombre quiera cambiar de vida. O esté huyendo de alguna mujer… Puede haber muchas razones para que quiera una documentación falsa.

—Si estuviera huyendo de una mujer no querría conservar su nombre y tampoco si quisiera cambiar de vida, ¿no te parece?

—Tienes razón.

—Ayer por la tarde estuve investigando un poco sobre él.

—¿Qué has averiguado?

—El 1 de abril de 1817 nació en Thurso, el pueblo de donde me dijo Erin que era su amigo, un hombre llamado Alexander Wilfred James Knight.

—¿Y?

—Ese es el mismo nombre del amigo de Erin. ¿No te parece mucha coincidencia?

—Puede que fuera un familiar suyo. ¿Qué has averiguado sobre ese hombre que vivió hace dos siglos?

—Que era abogado, y su familia y él se trasladaron a Edimburgo, porque abrió un bufete. El amigo de Erin también es abogado.

—Ya empiezan a ser demasiadas coincidencias.

—Eso he pensado yo. Ese hombre estaba casado y tenía dos hijos. Su mujer y sus hijos murieron en 1847 a causa del cólera. Ese mismo año y poco después de que su familia muriera, ese hombre desapareció.

—¿Qué quieres decir con que desapareció? ¿Murió?

—No. Literalmente, desapareció, y nunca se supo nada de él. Tenía treinta años. Los mismos años que tiene el amigo de Erin.

—Otra coincidencia —dijo Beth.

—Sí.

—Puede que desapareciera porque se quitara la vida, vete tú a saber. Después de perder a toda su familia estaría algo trastornado.

—Beth, son demasiadas coincidencias. Llevamos años buscando a quien nos convirtió en lo que somos, o a alguien como nosotras, y puede que tengamos la respuesta frente a nuestras narices.

—¿Piensas que ese hombre es como Morgan?

—No podría asegurarlo, pero es posible que lo sea.

—Vamos a hacer una investigación exhaustiva sobre él. Y hagámosle una documentación digna de dos profesionales. Vamos a seguir todo su árbol genealógico. Averigüemos absolutamente todo sobre sus antepasados: abuelos, padres, sobre cada tío o primo que tuviera o cualquier familiar, por lejano que fuese. Elaboraremos una historia con sus antepasados e introduciremos algún miembro nuevo llamado Alexander Wilfred James Knight. Si ese hombre es lo que pensamos que es, es mejor que consigamos lo que necesita y se quede a vivir por aquí —dijo Beth.

—Pero no podemos dar a entender que estuvo casado y tuvo dos hijos.

—Por supuesto que no. Si lo hiciéramos, él sabría que sabemos que vivió dos siglos atrás, y no nos interesa que lo sepa de ningún modo.

—Y como parece ser que es amigo de Erin podremos estar en contacto con él.

—Exacto.

—Erin también me ha dicho que quiere trabajar de abogado, pero que necesita un curriculum con los trabajos que ha realizado anteriormente.

—Nos pondremos a trabajar. Tenemos mucho que hacer. Averigüemos primero lo que necesitamos para hacerle un pasaporte digno del mejor falsificador.

—De acuerdo. Me pondré manos a la obra.

—Hablaremos cada noche para saber lo que ha averiguado la otra. Tenemos que hacerlo cuanto antes, porque ese hombre necesita documentación.

—Muy bien. Hablamos mañana. Esto me parece muy emocionante. Estoy cansada de aburrirme.

Cuando Erin salió del trabajo al día siguiente, vio a Alexander de pie junto a la verja del instituto, como si fuera un dios recién cincelado por el más preciado escultor. Lo miró de arriba abajo, sin poder evitarlo. Llevaba un vaquero azul claro deslavado con una camiseta blanca y la cazadora negra encima desabrochada. A pesar de parecer relajado, mostraba un aura de seducción y peligro de lo más natural, como si fuera parte de él.

Desde el instante en que sus miradas se encontraron, Erin pensó en un depredador, un depredador que estaba controlado y se limitaba a observar, pero que podría abalanzarse sobre ella ante el más mínimo movimiento, y devorarla.

Alexander era como una poderosa fuerza irresistible, como el viento cuando azota en varias direcciones a la vez, pensó sonriendo.

Erin recordó que sus compañeros creían que había algo entre ellos y, en ese momento, le importó un pimiento lo que pensaran. Le encantaba que él fuera a recogerla y poder hablar en su recorrido a casa o a cualquier sitio adonde fueran.

Empezaba a pensar que sí había algo entre ellos, al menos por su parte, se dijo mientras caminaba hacia la salida de la propiedad. Porque desde que él apareció en su vida, su corazón latía de forma diferente cuando lo tenía cerca. Parecía como si toda la sangre de su cuerpo, de repente se alterara corriendo de manera descontrolada por sus venas.

Había algo suave, reconfortante y cálido en la forma que tenía de mirarla, como lo hacía en ese instante. La hacía sentir deseada y… muy especial. Él conseguía despertar en su interior emociones a las que nunca había prestado atención y que, sin ella pretenderlo, revoloteaban en su vientre.

Se obligó a apartar la mirada de él, de ese impresionante rostro, de ese cuerpo de ensueño, y de esos preciosos ojos que, con solo posarse sobre ella, le aceleraban de manera brutal el ritmo cardíaco. Respiró hondo antes de llegar hasta él.

—Hola.

—Hola, Erin. ¿Cómo te ha ido el trabajo?

—Bueno… Tengo un alumno que no me importaría que desapareciera de la noche a la mañana.

—A ver si lo adivino, ¿es hermano del que hice desaparecer en el bosque?

—Has acertado. Es un chulo prepotente, que me pone de los nervios —dijo ella mientras empezaba a caminar por la acera.

—¿A qué hora te ha puesto de los nervios?

—Sobre las once y cuarto, acabábamos de empezar la clase, por eso lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Estoy conociéndome a mí mismo.

—¿Te refieres a tus poderes?

—Sí. Precisamente a esa hora he sentido que estabas alterada. He estado a punto de venir a comprobar qué te sucedía, pero de pronto te has relajado.

—Creía que me mentías al decir que podías sentir mi estado de ánimo.

—¿Por qué te iba a mentir?

—No lo sé. Para mí es una gran ventaja que te suceda eso, así cuando esté realmente en peligro lo sabrás —dijo ella dedicándole una tierna sonrisa, que hizo que a Alexander se le erizara el vello de la nuca.

—¿Quieres que me encargue de que tu alumno se reúna con su hermano en el más allá?

—¡Por supuesto que no! No es un problema grave.

—Bien, pero mi oferta seguirá en pie. ¿Qué vamos a hacer esta tarde?

—Lo primero ir a que te hagan unas fotos para el pasaporte. Haremos unas cuantas más, por si las necesitas para cualquier otro documento.

—¿Te las ha pedido Sam?

—Sí. Me ha llamado esta mañana. Le he preguntado cómo iba la cosa con tu documentación y me ha dicho que entre ella y su hermana están montando una historia en torno a ti.

—¿En torno a mí?

—Sí, ya sabes, teniendo en cuenta tus antepasados.

—¿Mis antepasados?

—Sí. No los reales, por supuesto. Así podrás conservar tu nombre, como querías. Por eso está tardando más, porque tiene que hacer que todo cuadre a la perfección. Si hubieras querido cambiar de nombre habría sido más sencillo y ya tendrías la documentación terminada.

—¿Su hermana no contará nada?

—Ninguna de las dos hablarán de lo que están haciendo.

—Estupendo.

—Cuando ya tengas la documentación hablaré con ella, o mejor, hablaremos los dos, para preguntarle lo de ponerte al día con las leyes. Aunque, ahora que lo pienso, posiblemente sea mejor que vayas tú a hablar con ella, porque no es normal que sea yo quien se lo pregunte.

—Tienes razón. Iré yo. Espero que pueda ayudarme.

—Sam es un genio, te lo aseguro, y te aconsejará mejor que nadie.

—Es fantástico poder contar con alguien que se arriesgue por mí, sin ni siquiera conocerme.

—Bueno, me conoce a mí.

—Sí, es cierto.

—Después de hacerte las fotos iremos a coger el coche y te enseñaré a conducir.

—¿Para qué?

—Para que cuando trabajes de abogado en un bufete, puedas desplazarte de un lugar a otro con tu vehículo. Los abogados tienen que ir a visitar a clientes o ir a recogerlos. Aunque, es posible que con tu inteligencia, asciendas hasta lo más alto y te conviertas rápidamente en millonario. En ese caso puede que decidas tener un coche de alta gama con chófer. Así y todo, considero que debes saber conducir.

—Si tú lo crees conveniente, aprenderé.

—Conveniente no, es necesario. Aprenderás a conducir en un abrir y cerrar de ojos, y cuando tengas tu documentación te examinarás para obtener el permiso de conducir.

—De acuerdo. Lo que tú decidas estará bien.

—He de reconocer que estaba un poco preocupada cuando el fotógrafo te estaba haciendo las fotos —dijo Erin cuando salieron del estudio de fotografía y mientras caminaban hacia donde tenía el coche aparcado.

—¿Por qué?

—Porque en las películas de vampiros, además de no reflejarse en los espejos, ellos no salen en las fotos.

—Pero te dije que me hice una foto con el móvil.

—Lo sé. Pero como ahora te la iban a hacer con una cámara… Por suerte ha ido todo bien.

Erin abrió las puertas del coche con el mando y los dos subieron.

—Vamos a ir a las afueras de la ciudad, hay un polígono industrial y no hay mucho tráfico.

Será el lugar perfecto para que aprendas a conducir.

—Bien.

—También tendrás que aprender la teórica para el examen de conducir, pero no será problema para ti, teniendo en cuenta que lees muy rápido y no olvidas nada. Creo que aún tengo en casa el libro de cuando yo me saqué el carnet, aunque habrán cambiado algunas normas de circulación, porque ya hace diez años. Te lo daré cuando volvamos a casa para que le eches un vistazo. Aunque en la autoescuela te darán uno nuevo —dijo ella, arrancando el coche y uniéndose a la circulación.

—De acuerdo.

Llegaron al polígono industrial. Erin aparcó el coche delante de un furgón.

—Vamos a cambiarnos de asiento.

Alexander bajó del coche, dio la vuelta al vehículo y se sentó al volante, luego cerró la puerta. Erin cambió al otro asiento sin bajar del coche.

—¿Sabes algo sobre conducir? —preguntó ella, mirándolo desde el asiento del copiloto.

—Lo que he visto en ti. Primero arrancas el motor, luego mueves esta palanca y cambias los pies de eso en donde pones los pies.

—Eso se llaman pedales. Bien. Antes de nada tienes que ponerte el asiento a tu medida. Tú eres muy alto y no puedes conducir con las piernas encogidas. Tu asiento es como este, mete la mano por debajo de tus piernas y encontraras una palanca, tira de ella hacia arriba y el asiento se desplazará hacia delante o hacia atrás. Hazlo hasta que te sientas cómodo.

—Ya está.

—Ahora, antes de poner el motor en marcha tienes que asegurarte de que esta palanca, que es el cambio de marchas, esté así, en punto muerto. Como está ahora.

—Vale.

—También tienes que comprobar todos los espejos para que veas bien. Están a mi medida y seguro que tendrás que regularlos. Se hace de estos botones —dijo ella señalándolos.

—Ya están —dijo el después de regular los del exterior y el retrovisor interior.

—Las marchas sirven para que el coche avance. Para poner una marcha o cambiar a otra hay que apretar el pedal del embrague, que es el pedal de la izquierda.

—Entendido.

—El pedal del centro es el freno y sirve para detener el coche. Hay que jugar con los pedales del embrague y del freno para no parar de manera brusca, a no ser que tengas que frenar de repente.

—¿Y el pedal de la derecha?

—Es el acelerador. Sirve para que el coche avance más rápido o más despacio. También tienes que jugar con el embrague y con él para que no salga el coche de manera brusca.

—Bien.

—Para arrancar pones la primera marcha. Como verás no puedes confundirte porque va marcado el número y el dibujo de hacia donde tienes que mover la palanca.

—Ya veo.

—Cuando pones la marcha tienes que ir soltando el pedal del embrague poco a poco, porque si lo haces de manera brusca el coche se cala.

—¿Se cala?

—Quiere decir que se para.

—Entendido.

—Lo vas a tener fácil porque no tienes ningún coche aparcado delante y no tienes que hacer

maniobras para salir del aparcamiento. La primera marcha es muy corta, solo sirve para que el coche empiece a moverse. Tan pronto esté moviéndose notarás por el sonido que hay que cambiar a la segunda marcha. Cuando el coche va adquiriendo velocidad hay que ir cambiando de marcha. Es fácil saber que tienes que cambiar a otra por el sonido del motor.

—De acuerdo.

—Por la ciudad suele usarse la tercera y raras veces la cuarta, porque la velocidad es limitada. La quinta y la sexta solo se usan para carreteras, en donde se puede ir más rápido.

—Bien.

—Lo mejor es que arranques y te pongas en marcha.

Alexander lo hizo y se escuchó rugir el motor. Él la miró sonriendo y ella le devolvió la sonrisa.

—Entonces, ahora pongo la marcha.

—Eso es.

—¿Tengo que apretar mucho?

—Pondré la mano sobre la tuya para poner la primera.

—Vale.

Él apretó el pedal del embrague sin que ella tuviera que recordárselo. Erin colocó la mano sobre la de él, que ya la tenía sobre el cambio de marchas y puso la primera. Entonces se miraron. Algo había sucedido con el contacto de sus manos, como si una corriente eléctrica les hubiera atravesado a los dos a la vez. Erin apartó la mirada y retiró la mano de la de él. Y entonces miró al frente. Alexander se sintió aturdido por unos segundos.

—Como no olvidas nada, supongo que no tengo que repetirte lo que te he explicado.

—No, no hace falta.

Erin estaba alucinada, porque diez minutos después Alexander conducía por las calles del polígono como si fuera un conductor experimentado. Luego lo enseñó a aparcar en un hueco que había entre dos vehículos. Y solo tuvo que explicárselo una vez.

Poco después volvieron a cambiar los asientos para conducir Erin.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella mirándolo antes de arrancar.

—Poderoso.

—Poderoso ya eras antes de aprender a conducir.

—Jamás habría imaginado que yo conduciría un vehículo. Bueno, no podía imaginarlo, porque no existían en mi otra vida. Gracias por mostrarme cómo hacerlo.

—Ha sido un placer —dijo ella arrancando el coche y poniéndose en marcha.

—Siempre tienes la casa ordenada, ¿todas las personas son así? —preguntó él unos minutos después mientras regresaban a la ciudad.

—No, no todas. Sin ir más lejos, mi amiga Jennifer es un desastre para la casa. Es como si nada de lo que tiene tuviera un sitio. A mí no me gusta tener cosas innecesarias. Mi casa es tan pequeña, que si no tuviera un sitio para cada cosa y cada cosa estuviera en su sitio, sería un verdadero caos.

—¿Tu amiga vive lejos de casa?

—No, a dos manzanas.

—¿Y cómo no ha ido a verte, ni tú has ido a verla a ella desde que yo estoy aquí? Sé que me dijiste que estaba en Londres por asuntos del trabajo. ¿Sigue allí?

—Sigue allí. Fue con dos compañeros del trabajo para hacer un curso. Trabaja en un banco. El curso termina mañana, pero se quedará en Londres hasta el domingo. Le encanta Londres. Yo no sé lo que ve en esa ciudad. A mí me gusta la tranquilidad y a ella todo lo contrario.

—¿Desde cuando la conoces?

—Desde que éramos pequeñas. Fuimos a la misma guardería, luego al colegio, a continuación al instituto y también estudiamos en la misma universidad.

—¿Os veis a menudo?

—Todas las semanas. Ella es quien me obliga a salir los fines de semana, aunque no me apetezca. A veces la convenzo para ir solo a cenar y a tomar luego una copa. O a quedarnos en casa viendo una película. Pero no siempre consigo convencerla. Ella necesita salir a bailar y conocer chicos.

—Y a ti no te interesa eso.

—No. Ya salí con tres y fueron más que suficientes.

—¿Tienes trabajo esta noche?

—No, he preparado las clases de mañana en el instituto, porque he tenido una hora libre. ¿Te apetece que vayamos al cine después de cenar?

—Haremos lo que tú quieras.

—Entonces cenaremos temprano.

—¿Crees que me gustará el cine?

—Por supuesto que te gustará. En llegar a casa comprobaré las películas que hacen en los cines y elegiré una que pueda gustarte.

—De acuerdo. Gracias por enseñarme a conducir.

—Enseñarte cualquier cosa a ti es un verdadero placer —dijo ella girándose para dedicarle una preciosa sonrisa.

Erin había liberado algo en él, pensó Alexander. Lo sentía en el violento golpeteó de su corazón y en el deseo casi irrefrenable que tenía de deslizar sus manos por su cuerpo. Y no solo se sentía atraído o fascinado por su físico. Erin tenía una mente despierta y capaz de procesarlo todo para conseguir la respuesta más sensata y lógica. Pero, además, rezumaba inocencia. Y esa combinación le resultaba absolutamente fascinante.

—Cuando lleguemos a casa me das las facturas de todo lo que te debo. El otro día no tenías tiempo, y quiero pagarte.

—De acuerdo.

Erin le dio todos los recibos de lo que había comprado. Él cogió una caja de galletas de uno de los armarios de la cocina y se sentó en la mesa de la cocina con la caja frente a él.

—¿Vas a comer galletas? —preguntó ella extrañada.

—No. Saqué las galletas que había dentro y las puse en un recipiente de plástico.

—¿Y qué tienes en la caja?

—El dinero.

—¿Tienes setecientas mil libras escondidas en una lata de galletas?

—Sí. Aunque son setecientas diecinueve mil —dijo él corrigiéndola—. La caja era grande y pude meter todo el dinero en ella.

—Te dije que lo guardaras en un lugar seguro.

—Yo creo que es un lugar seguro.

—Si tú lo dices.

—Siéntate un momento y apúntame los gastos del alquiler, el teléfono, internet, el agua, la electricidad, el gas, la comida, los impuestos, la cafetería y cualquier otro que haya.

—Vale. Pero quiero que te quede claro que te lo voy a cobrar porque eres rico, de no ser así no te cobraría nada.

—Me parece bien. Y te estoy muy agradecido por ello.

—Te apuntaré el alquiler, Internet y el teléfono, porque es una cantidad fija cada mes —dijo ella cogiendo el bloc de notas que tenía en la cocina—. El resto te lo diré cuando me lo carguen en la cuenta del banco.

—Bien. Y cualquier gasto que tengamos como restaurantes, cafeterías, el cine o cualquier lugar a donde vayamos correrá de mi cuenta.

—¿Por qué?

—Porque ahora tengo más dinero que tú, y parece ser que no aceptas que sea dinero de los dos.

—Es tu dinero, Alexander y puede que lo necesites en el futuro.

—sCuando se acabe ya me ocuparé de conseguir más. Apunta también la cama, el mueble de cajones y lo que le pagaste a Peter por instalar la barra en el techo.

—La cama y el mueble de cajones están con los recibos de la ropa que te he dado. Apuntaré lo de Peter.

Ella lo anotó y dejó la libreta frente a él.

—Voy a preparar la cena —dijo ella levantándose de la mesa.

Él revisó los recibos de las compras y lo que Erin había anotado. Lo sumó mentalmente y dejó la cantidad total sobre la mesa. Luego metió el resto en la caja.

—Si en algún momento no estoy en casa y necesitas dinero, ya sabes que está en este armario.

—Gracias. Ah, había olvidado que tengo que darte algo —dijo ella saliendo de la cocina.

Cuando regresó dejó sobre la mesa el pañuelo que llevaba Alexander en el bolsillo de la ropa cuando lo conoció. Lo había lavado varias veces y ahora estaba blanco, planchado y perfectamente doblado. Se veían claramente las iniciales del nombre de Alexander.

—He tenido que lavarlo varias veces para que quedara blanco. Pensé que te gustaría tenerlo de recuerdo.

Él lo miró fijamente, pero no lo cogió. Ella vio que estaba desolado, seguramente por los recuerdos que le traía.

—Lo dejaré en un cajón de tu cómoda —dijo ella cogiéndolo rápidamente y abandonando la cocina.

Erin volvió poco después, se sentó a la mesa frente a él y cogió el móvil. Estuvo mirando las carteleras de los cines.

—Creo que vamos a ver Titanic. Estoy segura de que te gustará. Yo la he visto dos veces.

—¿Y para qué vas a verla de nuevo?

—Porque me gusta y creo que a ti también te gustará.

—¿De qué trata la historia?

—De un barco de pasajeros. Lo construyeron en los astilleros de Harland & Wolff, en Belfast, al norte de Irlanda. Tardaron tres años en construirlo. Fue el barco más grande y lujoso que se había construido hasta el momento. Costó ciento setenta millones de libras.

—En ese tiempo, esa cantidad era desorbitante.

—Es desorbitante incluso ahora. Medía doscientos sesenta y nueve metros de largo, veintiocho metros de ancho y cincuenta y tres metros de alto. El 31 de mayo de 1911 fue su primer viaje. Se hundió el 15 de abril de 1912 en su travesía desde Southhampton a Nueva York. A mí me gustó mucho la película. Me gustó tanto que la primera vez que la vi compré un libro sobre ese barco. Seguro que te interesará leerlo y ver las fotos.

—Seguro que sí. Siento que no haya reaccionado cuando me has dado el pañuelo. Al verlo me he sentido un poco agobiado. Mi mujer bordó las iniciales.

—No te preocupes, lo entiendo.

—Gracias por lavarlo.

—Pensé que te gustaría conservarlo.

—Ha sido todo un detalle por tu parte.

—Creo que no voy a prepararme nada para cenar. Tomaré un vaso de leche con galletas. La película es larga y es mejor que vayamos a la siguiente sesión, que empieza en media hora.

—¿Está lejos el cine?

—No, a diez minutos de casa andando. ¿Quieres un vaso de leche?

—No, gracias. Cuando volvamos del cine voy a salir.

—De acuerdo.

—Tengo hambre, Erin.

—Claro, lo entiendo. Lo único que te pido es que tengas cuidado.

—¿Te preocupas por mí?

—Eres mi compañero de piso y si te pasa algo no tendré a nadie con quien compartir los gastos de la casa.

—Ya sabes que no me va a pasar nada. Pero, de todas formas, si algo me sucediera, puedes quedarte todo el dinero.

—El dinero no me importa. Quiero que vuelvas a casa.

—Puedes estar segura de que volveré.

—Explícame cómo funciona eso de comer —dijo ella sentándose frente a él con el vaso de leche y las galletas—. Me dijiste que la persona a la que muerdas se convertirá en vampiro.

—Te dije que se convertiría en vampiro si bebiera toda su sangre. Entonces moriría, como me sucedió a mí, y volvería a la vida si bebiera sangre humana.

—Desde luego lo que te pasó a ti no fue muy normal. Estabas justo debajo de donde me acuchillaron y mi sangre llegó a tu boca.

—No, no fue normal. Pero yo no voy a beber toda su sangre, así que no le sucederá nada. La saliva mía cerrará los agujeros que dejan mis colmillos y nadie lo sabrá, ni siquiera ella misma.

—Has dicho ella. ¿Ya has decidido que va a ser una mujer?

—Creo que con una mujer será más sencillo, porque si alguien nos ve no sospechará nada si nos vamos juntos.

—Claro. Has dicho que *ni ella misma lo sabrá.* ¿Qué has querido decir?

—Digamos que puedo hacer que una persona olvide lo que yo quiera.

—Eso sí que es muy conveniente, desde luego que sí —dijo ella con sarcasmo—. En ese caso, ¿por qué vas a arriesgarte a que alguien te vea? Puedes morderme a mí aquí en casa y nadie lo sabrá.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué? Has dicho que si no te bebes toda su sangre y muere, nunca se convertirá en vampiro.

—Sí, eso es lo que me dijeron. Pero no sé lo que sucedería si te mordiera precisamente a ti.

—¿Por qué voy a ser yo diferente?

—Porque mi sangre corre por tus venas, y no sé cuales serían los efectos secundarios. No voy a arriesgarme.

—Entiendo.

—Y has de saber que ninguna de la sangre que he olido en las personas con las que me he cruzado, me ha atraído tanto como la tuya.

—¿Por qué mi sangre es diferente?

—No estoy seguro. Puede que sea porque mi sangre está mezclada con la tuya.

—Pues sí que es complicada tu vida.

Él se rio.

—Desde luego que es complicada. De todas formas, gracias por ofrecerte para alimentarme.

—De nada. Te diré lo mismo que tú me has dicho en alguna ocasión: estaré a tu servicio cuando me necesites.

—Muchas gracias.

—¿Te gustaría ir a Londres? —preguntó Erin cuando salieron de casa.

—Supongo que sí. ¿Lo preguntas por algo en especial?

—Las dos primeras semanas de abril no tengo colegio. Son las vacaciones de Semana Santa. Podríamos ir a pasar unos días.

—Está muy lejos. Cuando me trasladé a Londres, tardé varios días en llegar.

—En coche tardaríamos unas siete horas. Pero también podríamos ir en avión. Sería tu primer viaje en avión. O en tren. En Londres podríamos ir a un montón de sitios interesantes.

—¿Cómo por ejemplo?

—Los museos. Los museos de Londres son fantásticos y podrías ver en ellos la evolución de la historia.

—Estaría bien.

—Subiríamos en metro, ya te hablé de él.

—El metro me parece muy interesante.

—Podríamos hospedarnos en un lujoso hotel, como hacen los millonarios.

—Eso me gustaría.

—Podríamos ir al parque de atracciones, al zoológico, a los parques, al palacio de Buckingham, ver el Big Ben… Podrías recordar tus tiempos allí.

—Lo cierto es que me gustaría volver a Londres.

—Estupendo. Ya tenemos planes para Semana Santa. No se lo menciones a mi madre, porque nos pedirá que la llevemos con nosotros. Siempre que he ido a Londres la he llevado conmigo.

—¿Y por qué no quieres que nos acompañe?

—No es por mí, sino por ti. Pensé que no te gustaría ir con una persona mayor.

—Me cae muy bien tu madre, y estaré encantado de que venga con nosotros.

—A ella sí que le va a encantar ir contigo.

Llegaron al cine y se pusieron a la cola en la taquilla.

—¿Llevas dinero?

—Sí.

—¿Quieres comprar tú las entradas?

—Sí —dijo él—. ¿Qué tengo que decir?

—Dos entradas para Titanic.

—¿Solo eso?

—Sí.

—De acuerdo.

Habían llegado antes de la hora y las luces de la sala estaban encendidas. Alexander miraba a su alrededor asimilando todo cuanto veía mientras caminaba detrás de ella.

—¿Te parece bien que nos sentemos aquí? —preguntó Erin deteniéndose en una de las filas

del centro.

—Sí, donde tú quieras.

No había mucha gente porque era entre semana. Las pocas personas que había estaban alejadas unas de otras.

—¿Se tiene que llenar la sala para que empiece la película? —preguntó él sentándose a su lado.

—No. La película empieza a su hora, sin importar la gente que haya. ¿Cómo te sientes?

—Ilusionado.

—Me alegro.

Erin lo miró. Estaba completamente segura de que en su tiempo y antes de casarse no le habrían faltado mujeres en su cama, mujeres preciosas y seductoras. Seguramente serían mujeres distinguidas y elegantes, como él. De pronto se sintió insignificante, pensando en sus ex parejas, que la habían engañado con otras mujeres, seguramente porque ella no podría satisfacerlos como necesitaban. Ella no podría ofrecerle nada a un hombre como él.

Se paró a pensar y se sintió aterrada, al darse cuenta de que se había enamorado de él. Lo quería y lo deseaba mucho más de toda razón, por estúpido que pudiera parecerle. No quería que se marchara nunca de su casa. Lo quería solo para ella.

—Voy un momento al aseo, vuelvo enseguida.

—Vale —dijo él, intranquilo por lo que acababa de descubrir.

Erin no fue al aseo sino que se sentó en una de las butacas que había fuera de la sala.

Estaba loca por ese hombre. Completa e irrevocablemente enamorada. Sus sentimientos por él eran tan profundos que rayaban la locura. ¡Dios mío!, se dijo. Se había convertido en la más patética de las criaturas del planeta. Se había enamorado de un vampiro, de una máquina de matar. Al principio había sido rudo y antipático, pero poco a poco se había convertido en un hombre amable y… único.

Cuando escuchó la música de la sala se levantó y entró. Caminó hacia la fila donde estaba Alexander y se sentó a su lado. Él la miró preocupado, porque había escuchado sus pensamientos, incluso estando fuera de la sala.

Todas las luces se apagaron e instintivamente Alexander cogió la mano de Erin.

—No pasa nada. Ya te dije que en el cine todo estaba oscuro.

—Lo siento —dijo él apartando la mano de la de ella.

Vieron la película en completo silencio, aunque él se sentía emocionado mirando la pantalla. Erin no estaba tan emocionada. No podía dejar de pensar en lo que había descubierto. Se volvía loca pensando en cómo ocultar lo que sentía por él porque no quería que se marchara de casa. Lo que no sabía era que él estaba tan preocupado como ella.

—¿Te ha gustado la experiencia? —le preguntó Erin cuando salieron del cine.

—Ha sido fantástica. Y la película me ha gustado mucho. Creo que esta noche leeré el libro sobre el Titanic del que me hablaste.

—Seguro que lo encontrarás interesante.

Comenzaron a caminar el uno junto al otro. El silencio entre ellos empezaba a parecerle una tortura a Alexander, sobre todo cuando la miró y la vio pensativa. Y lo peor era que él sabía lo que estaba pensando. Su rostro había cambiado y ahora tenía expresión de preocupación. El vampiro rezaba para que lo que ella había descubierto no la hiciera alejarse de él.

—No hace falta que vayas hasta casa. Ve a buscar a alguien para comer.

—No voy a dejar que vayas sola.

—No me va a pasar nada.

Sus miradas se encontraron por un instante. Erin tenía todos los sentidos desbocados y la respiración alterada. Sentía felicidad, pero, al mismo tiempo, tristeza.

—Te acompañaré a casa y luego me marcharé.

—Como quieras.

Capítulo 10

Erin se despertó antes de que sonara la alarma del móvil. Había pasado una noche muy inquieta, pensando en lo que había descubierto el día anterior. Tenía que sobrellevarlo lo mejor posible, porque estaba segura de que los vampiros no se casaban, ni siquiera sabía si se podían enamorar de humanas, o acostarse con ellas. ¿Por qué había pensado en boda?, se preguntó.

Ella no quería tener una relación seria con nadie, y menos aún con él. ¡Era un vampiro! ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo se le había ocurrido enamorarse de él? ¿Cómo había pasado algo así? Pero sabía perfectamente cómo había ocurrido. Era un hombre con un físico increíble pero, además de eso, él era increíble.

Le gustaba su forma de ser, la manera que tenía de hablar con ella, cómo la escuchaba, el respeto con que le hablaba, la forma que tenía de mirarla. ¡Santa madre de Dios! Le gustaba todo de él. Estaba bien jodida.

Ahora, lo que tenía que hacer era relajarse y evitar pensar en ello, de lo contrario, Alexander descubriría lo que le pasaba. Rezaba para que no lo hubiera descubierto ya. Le dedicaría tiempo para que aprendiera todo lo que necesitaba saber sobre este mundo, pero el resto del tiempo lo dedicaría a su trabajo, a su familia y a su amiga, que volvería en dos días de su viaje. Lo único que sentía era no poder decirle a ella, que Alexander era un vampiro.

Se levantó, fue al aseo a orinar y luego caminó hacia la cocina.

—Buenos días. Te has levantado temprano —dijo Alexander que estaba sentado en el sofá con un libro entre las manos.

—Sí, me he despertado y ya no he podido dormirme.

—¿Hoy te encuentras mejor?

—¿Mejor?

—Ayer cuando salimos del cine parecías enfadada, o más bien, molesta. Me pregunté si habría hecho algo que te desagradara.

—Alexander, eres demasiado correcto para hacer algo que me desagrade. Discúlpame por lo de anoche. No estaba en mi mejor momento.

—¿Ahora te encuentras en un buen momento?

—Sí, me encuentro genial.

—Estupendo.

—Voy a ducharme.

—Prepararé mientras el desayuno.

—Lo cierto es que no tengo mucha hambre.

—No vas a irte sin desayunar.

—De acuerdo, desayunaré —dijo ella, aunque no quería estar cerca de él mucho tiempo.

Poco después Erin entró en la cocina vestida. Desayunaron juntos. Bueno, Alexander tomó solo un café, como cada mañana.

—¿Te importa si te acompaño al trabajo?

—¿Por qué iba a importarme?

—¿Tienes planes para esta tarde?

—No.

—Me gustaría que me acompañaras a algunos sitios.

—Claro, estaré encantada de ir contigo adónde quieras.

—Gracias.

—¿Comiste anoche?

—Sí.

—¿A quién te comiste? —preguntó ella sonriendo.

—No me comí a nadie, solo le saqué un poco de sangre. Era una chica joven. Creo que era prostituta, porque estaba parada en una esquina.

—Porque una mujer esté parada en una esquina no significa que sea una prostituta.

—Lo sé. Pero he visto esa clase de mujeres en las películas, y sé que era una prostituta.

—Supongo que cuando te acercaste a ella no se opondría a acompañarte.

—No, no se opuso. La verdad es que fue ella quien me llevó a un callejón y me besó, pero antes de que hiciera ningún avance más, la mordí.

—¿No gritó?

—No. Los vampiros tenemos poder para que las personas hagan lo que queremos.

—Eso es de lo más conveniente, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué sucedió luego?

—Después de morderla le di cincuenta libras.

—Fuiste muy generoso.

—Bueno, me pidió cuarenta para que la acompañara, así que me pareció justo.

—Entonces, ¿no supo lo que realmente sucedió?

—No, pensó que habíamos tenido sexo. Me dijo que lo había pasado muy bien y que volviera por allí.

—¿Por qué no aprovechaste y tuviste sexo también?

—Porque lo que necesitaba en ese momento era comer.

—¿No necesitas acostarte con una mujer?

—Puedo pasar sin ello.

—¿Los vampiros no necesitáis sexo?

—Yo no he dicho eso.

—Entiendo. Ese no era el mejor momento.

—No. Comer era lo primordial.

—¿Para cuánto tiempo tendrás con lo que comiste?

—Puede que para un par de días.

—No es mucho.

—Bueno, tú comes todos los días y varias veces.

—Tienes razón —dijo Erin levantándose y recogiendo todo lo de la mesa—. Gracias por el desayuno.

—Me gusta cocinar para ti.

—Voy a lavarme los dientes y nos vamos.

—Yo ya estoy listo, solo tengo que ponerme los deportivos y la chaqueta.

—No sabía que te habías comprado unas zapatillas de estar por casa —dijo ella mirándole los pies.

—Esta mañana las he visto en un escaparate y he entrado a comprarlas.

—Me parece muy bien —dijo ella. Aunque en el fondo le preocupaba, porque sabía que en unos días más, ya no la necesitaría para nada.

—Normalmente suelo prestar atención a los detalles y te he mirado la boca cuando te he tenido frente a mí —dijo Erin cuando salieron del edificio—. Bueno, no la boca sino los dientes,

que por cierto son perfectos.

—Gracias. Los tuyos también.

—Sí. Cuando bebí tu sangre no solo cambió mi piel, sino también mis dientes, y nunca los he tenido tan blancos.

—Eso está bien, ¿no?

—Desde luego que sí. El dentista me habría costado un pastón. No he visto que los colmillos fueran diferentes, quiero decir, que fueran más largos.

—No son más largos. Solo se alargan cuando vas a morder a alguien.

—¿Y cómo funcionan?

—Pues no estoy seguro…

—¿Que no estás seguro? Eres el hombre más seguro de sí mismo que conozco.

—No en cuanto a lo que soy. Solo sé que hay una especie de resorte que hace que se alarguen cuando los necesito.

—Asombroso. ¿Adónde quieres llevarme esta tarde?

—A mi casa. Me gustaría ver si sigue en pie. Si es así, quiero que la veas. Y también me gustaría mostrarte dónde tenía mi bufete.

—Pensé que me habías dicho que habías trabajado en Londres.

—Trabajé allí tres años, desde que terminé la carrera, en el bufete de un abogado. Luego me trasladé aquí. Compré una casa donde monté mi propio bufete.

—Entonces, tenías dos propiedades tuyas, tu casa y la casa donde trabajabas.

—Tenía otra propiedad en el campo. En ella pasábamos algunos fines de semana y las vacaciones. Me gustaba mucho esa casa.

—¿Y qué habrá sido de todas esas propiedades?

—Las heredaría mi padre y a su muerte, algún familiar suyo.

—Pues que bien le vino que murieras a todos sus herederos.

—En ese momento no pensé en las propiedades que pudiera tener. Estaba desquiciado y no quería seguir viviendo.

—Espero que no me guardes rencor por haber hecho que volvieras a la vida.

—Estoy encantado de haber vuelto. Entre otras cosas, por haberte conocido.

—Gracias.

—También me gustaría ir al cementerio para ver si las tumbas de mi mujer y de mis hijos siguen en pie. De no ser así, me gustaría arreglarlas.

—Tienes dinero y puedes hacerlo.

—Sí.

—¿Vas a venir a recogerme al instituto?

—Me gustaría.

—Entonces, te veo luego.

—Que pases una buena mañana.

—Gracias. Igualmente.

Erin salió del instituto y lo vio allí de pie, en el mismo lugar de siempre. Ya no le importó si sus compañeros los miraban pensando que había algo entre ellos porque, en realidad, sí había algo entre ellos, al menos por su parte. Porque estaba loca por ese hombre.

—Hola.

—Hola, cielo.

—Vaya, me has llamado cielo.

—Un hombre le llamaba así a una amiga en una película, y lo hacía de la forma más natural.

—Bueno, era una película y estaban actuando —dijo ella mientras salían del instituto.

—Entonces, ¿no es normal que un hombre le llame cielo a una amiga?

—Supongo que es normal cuando son buenos amigos.

—¿Nosotros somos buenos amigos?

—No estoy segura. Teniendo en cuenta que me salvaste la vida, supongo que sí. Dicen que cuando alguien salva la vida de una persona, esa vida le pertenece. ¿Crees que mi vida te pertenece porque me salvaste?

—No.

—De todas formas, no me importa que me llames cielo. Mi padre me llamaba así y lo echaba de menos.

—Entonces, te llamaré cielo.

—¿Dónde iremos primero?

—A mi casa. Bueno, a la que era mi casa.

—¿Sabes cómo ir?

—Sí. La ciudad apenas ha cambiado desde entonces.

—Dicen que es una de las ciudades más habitables y hermosas del Reino Unido.

—Puede que tengan razón. A mí siempre me ha gustado más que Londres.

—A mí también. Londres está bien para ir de visita, pero hay demasiada gente, la encuentro un poco agobiante. ¿Por dónde está tu casa?

—En el centro, al igual que la casa donde tenía el bufete.

—¿Pasaremos cerca de la biblioteca? Tengo que llevarle las fotos tuyas a Sam.

—Iremos primero a llevárselas.

—¿Dónde está enterrada tu familia?

—En el cementerio Greyfriars.

—No está muy alejado del centro.

—Sí. ¿Sabes? Yo no era así. Me refiero a mi forma de ser. Convertirme en lo que soy ahora me ha endurecido.

—¿En qué sentido?

—Antes era muy cariñoso, sensible y tierno. Excepto en el trabajo, claro. Pero ahora soy un hombre duro, fuerte y tengo una fuerza de voluntad inquebrantable. Y siento la energía emanar de mi cuerpo. Ahora soy un hombre peligroso.

—Con los poderes que tienes es normal que seas peligroso. Pero he de decirte que sigues siendo cariñoso, tierno y sensible. Al menos conmigo, y también con mi madre.

—Gracias por decírmelo, saberlo hace que me sienta bien.

Erin entró sola en la librería y le dejó las fotos a Sam. Cuando salió caminaron hacia el centro.

—Esa era mi casa —dijo él deteniéndose frente a un edificio antiguo y apoyándose en la fachada del edificio de enfrente.

—¿Toda la casa era tuya?

—Sí.

—Es muy grande, y muy bonita.

—Sí. La construí para casarme. Estuve casado siete años. Estaba enamorado de mi mujer desde la primera vez que la vi en su primera temporada, tenía 17 años. Era muy guapa. Nos casamos cuando ella tenía diecinueve años y yo veintitrés.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Erin apoyándose en la pared a su lado.

—Elizabeth. Tuvimos dos hijos, nuestro hijo era el mayor y se llamaba Cliff, como mi

padre. Y nuestra hija Marie, como la madre de mi mujer. Todo iba muy bien. Teníamos una buena vida y los niños eran fantásticos —dijo él dándole vueltas a la alianza que llevaba en el dedo anular—. La primera en enfermar fue mi pequeña. Cuando murió tenía cinco años. Y nada más morir enfermó mi hijo, que murió dos semanas más tarde. Tenía seis años. De haber sabido que mi mujer también enfermaría habría deseado que muriera antes que ellos, porque se sentía devastada.

—Me dijiste que murieron de cólera, ¿verdad?

—Sí, por un brote que apareció en 1840. Yo me sentía impotente, al ver que las vidas de nuestros hijos se apagaban, sin poder hacer nada. Ella me rogaba una y otra vez que los ayudara, que hiciera algo para salvarlos… Ojalá hubiera sido vampiro entonces para salvarlos a los tres. Elizabeth murió poco después. Y no solo por la enfermedad, creo que murió de tristeza, porque sus hijos se hubieran marchado. Me sentía culpable.

Ella vio su mirada angustiada y eso la destrozó.

—¿Qué podrías haber hecho tú?

—Supongo que nada. Pero después de perderlos a todos ya no quería vivir.

—Te entiendo muy bien. Lástima que ese hombre que te convirtió no te encontrara antes y acabara con tu vida. Entonces podrías haberlos salvado a todos.

—Y seríamos una familia de vampiros. Esa no sería una buena vida para una familia.

—Pero estaríais vivos y juntos.

—No es lo yo hubiera querido para ellos. No podría imaginarlos bebiendo sangre.

—¿Sabes si los vampiros pueden sobrevivir con la sangre de animales?

—No tengo ni idea. Aunque tampoco me veo mordiendo a un animal y bebiéndome su sangre.

—¿Por qué? ¿Porque no tienen la piel suave? ¿Porque tienen pelo? —preguntó ella haciéndolo sonreír.

—Es posible que por ambas cosas —dijo él sonriendo también.

—Lástima que ya no seas dueño de tu casa. De haber sido el propietario podríamos haber vivido juntos en ella, en vez de en mi ridículo piso.

—Es cierto que tu piso es pequeño, pero a mí me gusta.

—Gracias.

—¿Y sabes? Volveré a tener una casa grande.

—De eso estoy segura, los abogados ganan mucho dinero. Y tú vas a llegar a lo más alto en la abogacía.

—Tienes mucha confianza en mí.

—Sé que lo conseguirás. Tendrás una mansión, un coche de lujo muy caro. Y también tendrás mujeres preciosas revoloteando siempre a tu alrededor. Tendrás todo lo que te propongas.

—Supongo que viviremos juntos en esa mansión que has mencionado.

—Tú ya no me necesitarás —dijo ella, pensando que no soportaría verlo llegar a casa acompañado de una mujer.

Alexander supo lo que había pensado y la miró fijamente durante un instante, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Vamos, te enseñaré dónde trabajaba.

—Vale.

—Esa es la casa. Ahí tenía mi bufete.

La propiedad estaba a dos manzanas de la casa que acababan de ver. No era una casa tan

grande como en la que había vivido, pero no era pequeña.

—¿Y esa propiedad también era tuya?

—Sí. ¿Cuánto crees que costarían ahora?

—Tu casa puede que dos o tres millones, puede que más. Y esa, no menos de un millón.

—Dios mío.

—Como abogado, ¿no crees que habría posibilidad de que recuperases tus propiedades?

—Ya me gustaría, pero no.

—Es una lástima.

—Sí que lo es. Aunque sí que me gustaría ver mi casa por dentro. Puede que hayan todavía cosas nuestras en ella.

—¿Y qué harías, llevártelas?

—Son mías, ¿no?

—También las casas son tuyas y me has dicho que no puedes recuperarlas.

—Una cosa son los edificios y otra las cosas de decoración que mi mujer compró. O cosas personales nuestras.

—Me estás diciendo que vas a entrar en tu casa.

—Sí.

—¿Puedo acompañarte?

—Hace un instante parecía que no estabas de acuerdo en que entrase, ¿ y ahora quieres acompañarme?

—Será como una aventura.

—De acuerdo, te llevaré conmigo.

—Esta noche sería un buen momento ya que mañana no trabajo. Porque supongo que querrás que vayamos de madrugada.

—Sí. Vale, lo haremos esta noche.

—Y ya de paso, cuando estemos dentro, podrías abrir la caja fuerte, si tienen una, y llevarte todo lo que haya en ella. Sería una forma de que te compensaran el que les hayas regalado tu casa.

Él soltó una carcajada.

—¿Por qué te ríes? ¿No lo ves lógico? Puede que esté incluso la escritura de propiedad tuya.

—Hace unos días mencioné que podría coger dinero de cualquier sitio sin que se enterara nadie y me dijiste que había que seguir las normas de conducta. Que para conseguir dinero tenía que trabajar. Y ahora quieres que entremos a robar en esa casa.

—En teoría no sería robar, porque es tu casa.

—En teoría. Y tampoco te molestó que le robara al traficante ese de drogas.

—Porque esas personas son malas y se merecen todo lo que les pase. Puede que aún estén en tu casa las joyas de tu mujer.

—Si están me las llevaré.

—Por supuesto que te las llevarás. Así podrás regalárselas a la mujer que elijas para que comparta la vida contigo, o a una hija tuya, cuando la tengas.

—¿Quién te ha dicho que los vampiros podemos procrear?

—No me lo ha dicho nadie, pero parece ser que sois como nosotros. La única diferencia es que nuestra dieta es distinta.

—Sí, completamente distinta.

—Todavía es temprano. ¿Quieres que vayamos al cementerio?

—Sí.

—Ahora que lo pienso. ¿Tenías dinero en tu bufete?

—Sí, y bastante.

—Entonces, esta noche deberíamos entrar también en él y llevarnos las cosas de valor.

Él volvió a reírse.

—Eres tremenda.

—Es que me cabrea que se hayan beneficiado a tu costa.

—De acuerdo, entraremos también en esa propiedad, si es lo que quieres.

—Y el fin de semana iremos a tu casa del campo.

—¿También quieres ver esa?

—No solo quiero verla, quiero entrar y que nos llevemos lo que es tuyo. Vayamos a visitar a tu familia.

—Bien.

—Tal vez deberíamos comprar unas flores.

—Primero miraremos en qué condiciones están las tumbas. Puedo traer flores la próxima vez que venga.

—Tienes razón.

Alexander respiró hondo cuando llegaron al cementerio.

—Esto no estaba en mi tiempo —dijo él mirando la placa con los nombre que había en la entrada.

—Todos esos son los nombres de algunos personajes famosos que están enterrados aquí. Aquello que se ve al fondo, que se asemeja a un castillo, es la escuela George Heriot´s, una de las escuelas más exclusivas del Reino Unido.

—Ya estaba en mi tiempo, se fundó a mediados del siglo XVII.

—Es verdad. Esa es la iglesia del cementerio, la Greyfriars Kirk. Es uno de los edificios más antiguos de Edimburgo. Sigue activa, oficiando misas en gaélico escocés.

—Eso es interesante. Vendré algún día a asistir a una de las misas.

—No se realizan enterramientos en el cementerio desde hace varias décadas.

Miraron hacia donde se encontraban las tumbas.

—Se asemeja casi más a un pequeño jardín que a un camposanto —dijo Erin.

—Es cierto.

—¿Recuerdas dónde están enterrados?

—Por supuesto. Están al fondo, en la parte izquierda. En aquel entonces había un árbol muy bonito con flores amarillas. A Elizabeth le gustaba el color amarillo. En una ocasión me dijo que cuando muriera le gustaría que la enterraran debajo de ese árbol, y es lo que hice —dijo él sin dar un solo paso. Estaba parado mirando hacia la lejanía.

—Vamos —dijo cogiéndole la mano fuertemente y obligándolo a que caminara junto a ella.

Alexander caminaba a su lado, sujetando la mano de Erin. Le acariciaba el dorso con el pulgar de manera inconsciente, lo que hizo que la sangre de ella se calentara por el contacto y corriese descontrolada por sus venas.

Ella notó la tensión en él, por la forma que le apretó la mano, haciéndole daño incluso, pero no se quejó.

Cuando llegaron, él le soltó la mano y miró hacia el suelo. Había tres losas de piedra y en vertical frente a ellas tres lápidas, también de piedra, en las que ponía: *Mi querida esposa Elizabeth Knight. Mi adorada hija Marie. Mi querido hijo Cliff.* Y en la parte inferior de cada una de ellas estaba escrita la fecha de nacimiento y el año de defunción de cada uno de ellos.

Erin se apartó de su lado y se sentó sobre una de las tumbas, que estaba a unos metros de las de la familia de él.

Alexander se quedó mirando hacia el suelo, solo con sus recuerdos y sus pensamientos. Estuvo allí de pie, sin decir ni una palabra, durante veinticinco minutos. Luego se inclinó y deslizó los dedos por encima de los nombres de su familia. Entonces se dio la vuelta y se dirigió hacia ella, que estaba muerta de frío. Se había quedado helada sentada sobre esa losa de piedra.

—Siento haber estado tanto tiempo.

—No te disculpes. Habría esperado horas por ti. Lo que tenías que hacer era algo importante y necesitabas tiempo para ello. A mí también me pasa cuando voy al cementerio a ver a mi padre, pierdo la noción del tiempo.

Ella lo vio tan desolado que no pudo evitar acercarse a él para abrazarlo muy fuerte. Él le devolvió el abrazo.

—Gracias —le dijo él al oído.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba este abrazo.

—Entonces, me alegro de haber estado aquí contigo para poder abrazarte. ¿Te encuentras bien? —preguntó ella separándose de él y caminando hacia la salida.

—Sí. Las losas y las lápidas, aunque están algo torcidas, han aguantado muy bien el tiempo.

—Desde luego que sí. En el pasado hacían muy bien las cosas. Pero si quieres puedes cambiarlas por mármol.

—Creo que las voy a dejar como están. No quiero que desentonen con las otras tumbas. A mi mujer no le gustaba llamar la atención.

—Entonces mejor conservarlas tal cual.

—El cementerio está bien cuidado, ni siquiera hay mala hierba entre las tumbas.

—Habrá un jardinero que se encargará de que esté en buenas condiciones.

—Cuando vuelva por aquí traeré flores y dejaré dinero en la iglesia.

—Eso estará bien. Siempre me han gustado los cementerios. Cuando voy a ver a mi padre y a mis abuelos es como si me sintiera en paz y me encontrara a mí misma.

—Estás helada —dijo él cuando abandonaron el cementerio.

—No voy a negarlo. Pensé que me congelaría si seguía más tiempo sentada sobre la piedra.

Él se sacó la cazadora y se la puso por encima de los hombros.

—Gracias. ¿Seguro que no tienes frío?

—Segurísimo.

—Menos mal que llevas un suéter y no una camiseta de manga corta. De lo contrario la gente pensaría que estás loco.

—De vez en cuando se ve por la calle a alguna persona con manga corta.

—Hay algunos locos por ahí —dijo ella sonriendo—. Voy a echar de menos ir al bosque. Desde que empecé a trabajar en el instituto, hace cinco años, he ido casi todos los viernes.

—Puedes seguir yendo, pero yo te acompañaré. ¿Quieres que vayamos ahora? Es temprano para cenar. Y, de todas formas, mejor cenar tarde, así haremos tiempo para ir a ver mi casa.

—¿No te importa que vayamos al bosque?

—Por supuesto que no. Ese bosque era mi lugar preferido para pasear, en mi otra vida. Vamos. Y luego, si me lo permites, voy a invitarte a cenar. No quiero que en llegar a casa tengas que meterte en la cocina.

—Cómo se nota que eres rico. Y sí te lo voy a permitir. Gracias. Me parece una buena idea.

—¿Dónde te apetece ir a cenar?

—¿Has comido alguna vez en un chino?

—¿En un chino?

—Me refiero a un restaurante chino.

—Erin no he ido con nadie a ningún sitio, excepto contigo o con tu madre.

—Es cierto.

—¿Te gusta comer en los restaurantes chinos?

—Me gusta ir de vez en cuando.

—Pues iremos a un chino.

El bosque estaba lejos, pero ella estaba acostumbrada a ir caminando a todas partes, y él no se cansaba. Caminaron entre los árboles.

—Erin, el suelo está helado. Será mejor que me cojas la mano —dijo él cuando ella se resbaló.

¿Cogerle la mano? Una cosa era cogerle la mano para forzarlo a entrar en el cementerio pero, ¿cogerle la mano intencionadamente? Eso sería, sin duda, el camino más fácil y rápido hacia el lado oscuro.

—No me voy a caer, no te preocupes.

—Como quieras —dijo él sonriendo al leer su mente—. No me puedo creer que vinieras a este bosque sola.

—Bueno, ahora no estoy sola, tú estás aquí conmigo.

—Eso todavía es peor.

—Tú nunca me harías daño.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente. Ni siquiera quieres beber mi sangre, por si me sucede algo —dijo ella dedicándole una radiante sonrisa—. ¿Sabrías llegar al sitio en donde tú y yo nos conocimos?

—Por supuesto. Ven, es por aquí —dijo él conduciéndola por un sendero.

—Siempre me he sentido muy bien al venir aquí. Encuentro una paz que no he encontrado en ningún otro sitio.

—Pues tengo que decirte que eso lo compartimos. Desde que perdí a mi familia me olvidé de todo, del trabajo, de los amigos… Y solo encontraba paz aquí, por eso venía a diario. De hecho, quise que me enterraran aquí, porque era el único sitio en donde me sentía bien, dentro de lo que cabe.

—Siento muchísimo lo que te pasó.

—Gracias.

—¿Cómo era tu mujer?

—No era muy alta, medía un metro sesenta.

—Para ese tiempo no era baja. ¿Te gustan las mujeres bajas?

—Lo cierto es que no. Siempre me han llamado la atención las mujeres altas, aunque en mi época no puede decirse que hubieran muchas. Sin embargo, cuando la conocí sucedió algo… Desde el mismo momento en que la vi no pude apartarla de mis pensamientos.

A mí me pasa lo mismo, pensó Erin. Por eso no puedo alejarte de mis pensamientos.

Alexander hizo un esfuerzo para no mirarla.

—Supongo que fue un flechazo. Tengo entendido que a veces ocurre y una pareja se enamora solo con verse —dijo ella.

—Sí, seguramente me sucedió eso.

—Has dicho que la conociste en su primera temporada, cuando tenía diecisiete años.

—Sí. Entonces yo trabajaba en el bufete de Londres. Hice amistad con alguien importante y

le acompañé a algunas de las fiestas que lo invitaron. La vi por primera vez en una de esas fiestas.

—¿La conociste en Londres? Entonces, ¿no era escocesa?

—No, era inglesa.

—¿Fue la primera mujer con la que estuviste?

—Si te refieres a si tuve alguna otra relación seria antes que ella, he de decirte que no. Pero si hablas de sexo, no fui al matrimonio virgen. Estuve con otras mujeres.

—En tu tiempo las mujeres no solían ir con hombres antes de casarse, pero sé que los hombres sí. Y tenían queridas, incluso estando casados.

—Y no te equivocas. Y ellas también tenían sus amantes. Pero yo nunca le fui infiel a mi mujer.

—Entonces, ¿crees en la fidelidad?

—Completamente. Creo que ningún hombre debería ir a buscar oro a California, teniendo un tesoro en su casa.

—¿De dónde has sacado esa frase? —preguntó ella riendo—. No me lo digas, de la televisión.

—Sí. La escuché hace unos días en una película.

—Me lo imaginaba.

—Este es el lugar donde te agredieron —dijo él deteniéndose.

—¿Puedes creerte que no recuerdo claramente lo que sucedió esa noche? Y no lo entiendo, solo han pasado ocho días.

—Tienes que tener en cuenta que estabas mal herida. Habías perdido mucha sangre y estabas medio inconsciente.

—Me gustaría recordarlo, con todo detalle.

—Que así sea. Dame la mano.

—¿Para qué? —preguntó ella reticente.

—Has dicho que querías recordar lo que sucedió. Dame la mano, cielo.

Ella le tendió la mano y él la sujetó. Erin empezó a ver todo lo sucedido aquel día: el primer golpe que recibió en la espalda y los que llegaron después; vio con total claridad cuando la apuñalaron varias veces; Y cuando Alexander salió de bajo tierra; cuando le mordió a su agresor hasta dejarle sin vida; el tiempo que la dejó a solas mientras iba a deshacerse del cadáver, que había levantado sin el más mínimo esfuerzo y se lo había echado al hombro; luego cuando volvió e hizo que bebiera un poco de su sangre; cuando la cogió en brazos y empezó a caminar con ella; recordó la conversación que habían mantenido en el trayecto hasta la casa de Erin.

Ella lo miró sonriendo.

—¿Por qué sonríes?

—Porque estabas muy sucio.

—Estuve casi dos siglos enterrado.

—Sí. Lo sé. Gracias por permitir que volviera a recordarlo todo.

—Un placer.

—Ese poder que tienes es asombroso. Bueno, en realidad, todos tus poderes lo son.

—Sí, no están mal.

—Será mejor que volvamos. Tengo hambre.

—¿Tienes que ir a casa a cambiarte?

—No. Los restaurantes chinos no son elegantes.

—Pues vamos. Y recuerda que cuando quieras volver al bosque solo tienes que decírmelo y

te acompañaré.

—Tendré que aprovecharme de ti antes de que empieces a trabajar, porque desde ese momento ya no tendrás tiempo para mí.

—Siempre tendré tiempo para ti.

—No digas eso. No sabes la vida tan ajetreada que llevan los abogados.

—Me organizaré para tener tiempo cuando me necesites.

—Gracias, eres muy amable.

Erin lo llevó al chino al que solía ir con su amiga Jenny. Entraron en el restaurante y se sentaron en una de las mesas.

—Aquí ponen mucha comida, de manera que si no vas a comer mucho dímelo para que no pida demasiadas cosas.

—Pide lo que quieras, yo también comeré. Quiero probarlo todo, es la primera vez que como en un chino.

—Muy bien, porque estoy hambrienta.

Cuando el camarero se acercó, ella pidió una ración de todo lo que le gustaba.

—Además, me invitas tú, y eres rico —dijo ella cuando el camarero se retiró.

—Ciertamente. Y, seguramente, esta noche aún lo sea más.

—Tienes razón —añadió ella sonriéndole.

—Aunque, el botín que consigamos esta noche lo repartiremos a partes iguales.

—De eso nada. Lo que haya en esas propiedades te pertenece.

—No quisiste compartir conmigo lo que me llevé de la casa del traficante.

—Porque era tu dinero, lo conseguiste tú.

—Lo de hoy lo repartiremos, porque lo haremos juntos. Si no aceptas, no vendrás conmigo.

—De acuerdo. Pero las joyas de tu mujer y vuestros objetos personales, si hay alguno, serán solo tuyos.

—Muy bien. Aunque es posible que no haya dinero ni joyas.

—Puede. Lo comprobaremos más tarde.

Poco después empezaron a llevarles platos. Alexander alucinaba por la cantidad de comida que había sobre la mesa. Empezaron a servirse en los platos y comenzaron a comer.

—No había conocido a ninguna mujer que disfrutara tanto comiendo —dijo él mirándola fijamente.

—La comida es uno de los grandes placeres de la vida. Y yo tengo la ventaja de que, aunque coma mucho, no engordo. Espero que eso no cambie —dijo sonriéndole.

—Desde luego es una gran ventaja. Por lo que sé, en este tiempo las mujeres gastan miles de millones al año haciendo dietas.

—Sí, es verdad. Por suerte yo nunca he tenido necesidad de hacer dieta.

Erin lo miraba mientras comía. Su pelo negro, bastante largo y despeinado metódicamente, le daba un aire de indisciplinado, indomable y extremadamente atractivo. Aunque claro, con ese cuerpo y ese rostro de ensueño, no necesitaba añadir nada más a aquel inmejorable conjunto.

Erin intentaba no pensar en él. No quería pensar que ese era el hombre de quien estaba irrevocablemente enamorada. Pero, ¿cómo podía no pensar en él si lo tenía frente a ella y solo con mirarlo se le desbocaba el corazón?

Por suerte él le habló y la sacó de sus pensamientos. Entonces se preguntó si él le habría leído la mente. Lo miró, pero no había nada extraño en su rostro que pudiera hacerle pensar que había ocurrido.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que qué te ha dicho Sam cuando le has llevado las fotos.

—Que eras un hombre de primera. ¿Qué? Tú me has preguntado, y yo te he contestado. Además de eso, me ha dicho que me llamaría si necesitase algo o cuando tuviera la documentación lista.

Siguieron comiendo, hablando de una cosa y otra.

—¿Por qué me miras?

—Porque eres preciosa y es difícil no mirarte.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería. Y no eres preciosa solo por la belleza. Tienes carácter y dulzura. Esa es una combinación deliciosa.

—¿Estás flirteando conmigo?

—No, cielo. Solo digo lo que pienso. Por cierto, esta mañana me ha llamado tu madre.

—¿Otra vez? ¿Hablas con ella todos los días?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te molesta?

—Por supuesto que no me molesta. ¿Para qué te ha llamado en esta ocasión?

—Para decirme que no faltáramos a la comida de mañana. Que tus hermanos irán a comer y quiere que los conozca.

—¿Tú quieres ir?

—¿Por qué no iba a querer ir?

—Porque te van a interrogar sin piedad.

—¿Crees que no sabré contestar a sus preguntas?

—Por supuesto que sabrás. Eso no es problema, porque ya hablas como cualquier hombre de este tiempo.

—No tendré que mentirles, ¿verdad?

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Qué debería decirles?

—Diles que estás poniéndote al día con el derecho, porque has estado algún tiempo alejado de él y quieres buscar trabajo. Al fin y al cabo es la verdad. Ellos no saben que ese *algún tiempo* son casi dos siglos —dijo ella sonriéndole.

—Tienes razón.

Capítulo 11

Erin y Alexander estaban viendo una película en la televisión, solo faltaban unos minutos para que terminara.

—Será mejor que te vayas a la cama, te estás quedando dormida.

—Es que la película es un aburrimiento.

—Tienes razón. De todas formas, tienes sueño. Acuéstate.

—¿No vamos a ir a tu casa?

—Iré solo, no te preocupes.

—De eso nada. Quiero ir contigo —dijo levantándose del sofá—. ¿A qué hora quieres que nos vayamos?

—Es la una y media de la madrugada. Yo creo que es un buen momento.

—De acuerdo. Voy a vestirme de ladrona.

—¿De ladrona? —preguntó él riendo.

—Sí, ya sabes, con ropa oscura para confundirnos con las sombras de la noche. Así si se despiertan los que viven en las casas, podremos quedarnos en la oscuridad y no nos verán.

—A mí no me preocupa que nos vean. Haré que se olviden de que nos han visto. Y, además, los obligaré a que vuelvan a dormirse.

—Claro, porque tú tienes poderes —dijo ella haciéndole una burla, lo que hizo que él se riera—. No has cambiado solo en tu forma de hablar. Cuando nos conocimos estabas muy serio. Ahora sonríes e incluso te ríes. Y eso me gusta. Vuelvo enseguida.

—Vale.

Alexander estuvo haciendo tiempo mirando la televisión, cambiando continuamente de canal.

—Ya estoy lista —dijo ella apareciendo frente a él vestida toda de negro.

—¿Esa es la vestimenta de una ladrona?

—Sí.

—Pues he de reconocer que la ropa de ladrona te sienta bien, estás muy guapa.

—Muchas gracias.

—¿Nos vamos?

—Sí. Ay, se me olvidaba algo —dijo volviendo a su dormitorio.

—¿Qué se te olvidaba? —preguntó él cuando regresó.

—La mochila y una linterna.

—¿Y para qué quieres la mochila?

—¿Dónde piensas guardar el botín?

—¿Piensas que nos vamos a llevar tantas cosas?

—Puede que no nos quepa todo. Mejor llevarnos el coche por si acaso.

—¿Y para qué es la linterna?

—Ay, Alexander, aún tienes que aprender muchas cosas. Todos los ladrones utilizan una linterna pequeña para robar —dijo ella encendiéndola y apagándola, antes de guardarla en la mochila—. No pretenderás que encendamos las luces de la casa.

La forma que tenía esa mujer de pronunciar su nombre hacía que Alexander sintiera algo extraño y único en su interior.

—Yo no necesito luces, puedo ver perfectamente en la oscuridad.

—¿Sabes? Ya me estás cansando con tanta arrogancia.

—No es arrogancia, es la realidad —dijo él sonriéndole.

—Te pasas la vida restregándome tus poderes por las narices.

Él soltó una carcajada.

—Ya podemos irnos —dijo abriendo la puerta y dejándolo pasar a él delante. Luego salió ella y la cerró—. Ay, no he cogido la llave.

—Estás muy preparada para entrar a robar en una propiedad —dijo él con sarcasmo—. Supongo que llevarás el material necesario para abrir puertas.

—Muy gracioso. De todas formas, ¿para qué quiero llevar llaves teniéndote a ti?

—¿Has cogido las llaves del coche?

—Sí, esas sí. ¿Puedes también arrancar un coche sin la llave de contacto?

—Supongo que sí.

—¿Estás emocionado? —preguntó ella mientras bajaban la escalera.

—¿Por poder arrancar un coche sin llave?

—No, hombre, por volver a ver el interior de tus propiedades.

—Lo que siento no podría definirlo como emocionado. Puede que no me sienta muy bien al estar dentro, al menos dentro de mi casa.

—Entiendo. Tendrás muchos recuerdos.

—Sí —dijo él abriendo la puerta de la calle y esperando que ella saliera primero—. Esta mañana, mientras me duchaba, pensaba en el baño.

—¿En el baño de nuestra casa?

—Sí. Me extraña que el baño sea tan grande, comparado con el resto del piso.

—Eso tiene fácil explicación. El propietario es un hombre casado con dos hijos, pero cuando compró el piso era soltero. Entonces tenía dos habitaciones, pero como vivía solo, decidió anular la más pequeña, que estaba junto al baño, para ampliarlo. Entonces puso una ducha y una bañera. Y también reformó la cocina. Antes era muy pequeña y estaba separada del salón por un tabique y una puerta. Decidió ponerla dentro del salón. Era el piso que tenía para llevar a sus ligues y quería que fuera bonito y moderno.

—Te refieres a las mujeres.

—Sí.

Al llegar al coche ella abrió las puertas con el mando y subieron al vehículo.

—¿Sabes ir a mi casa?

—Sí. Llegar no será un problema, lo difícil será aparcar por la zona. Aunque, bueno, a estas horas no pasará ningún policía.

Poco después se encontraban frente a la puerta de entrada de la casa de Alexander.

—Es posible que tengan alarma —dijo ella.

—¿Sabes desconectar alarmas?

—No, y tú.

—No lo sé. Pero lo intentaré.

—Intentarlo no es suficiente. Si no consigues desconectarla empezará a sonar y despertará a todos los vecinos. O lo que es peor, si es una alarma silenciosa, vendrán los de seguridad de la empresa en unos minutos, y puede que también la policía. Deberíamos haber comprado un decodificador de alarmas. Seguro que tú, con tus poderes, la desconectarías en un abrir y cerrar de ojos.

—Vamos —dijo él poniendo la mano en el pomo de la puerta.

—¿No deberías pensarlo antes? —dijo ella poniendo la mano sobre la de él para que no

abriese.

—No hace falta.

—La alarma está conectada —dijo ella, tan pronto Alexander abrió la puerta y entraron.

Él se acercó al aparato y sin saber cómo, presionó las teclas adecuadas y la alarma se desconectó.

—Ya no.

—Vaya. Esta ciudad no será segura mientras tú estés en ella.

Él la miró sonriendo.

—No hay nadie en la casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no escucho ninguna respiración, excepto la tuya.

—No sé si es peor que estén en la casa o que no estén. Porque podrían volver en cualquier momento. Presta toda tu atención a los sonidos. Si los escuchas volver nos esconderemos.

—De acuerdo —dijo él.

—Con un poco de suerte estarán de viaje y no volverán esta noche.

—Es posible.

—¿Puedes localizar la caja fuerte? Aunque es posible que no tengan.

—Sí tienen. Hay una en esta planta o otra en uno de los dormitorios.

—Yo creo que lo mejor es empezar por arriba.

—En ese caso, subamos, tú eres la experta ladrona.

—Te burlas de mí —dijo ella sacando la linterna de la mochila y encendiéndola.

Comenzaron a subir la escalera y ella tropezó con uno de los escalones. No se cayó porque él la sujetó.

—Gracias. No sé por qué los ladrones llevan linternas tan pequeñas, no alumbran nada.

—Apaga esa linterna que no sirve para nada. Dame la mano, yo te guiaré.

—Desde fuera vi que había tres plantas —dijo ella, cogiéndole la mano.

—Más el sótano —dijo él prestando atención a lo que había a su alrededor—. Es increíble, está todo como entonces, excepto las paredes. Antes eran de papel decorado y ahora son lisas.

—¿Vosotros qué teníais en la última planta?

—Dos habitaciones de invitados y un cuarto con muebles y cosas de decoración que no queríamos tirar, pero que no nos gustaba tener en casa. Eran regalos de boda.

—¿Revisamos primero esa planta? Puede que sigan utilizando esa habitación como trastero y tengan en ella algo vuestro.

—De acuerdo.

Subieron a la segunda planta, pero no había nada que les llamara la atención. El trastero había desaparecido y en vez de dos habitaciones había tres y un baño completo en el pasillo.

Luego bajaron a la primera planta. Había cinco habitaciones y dos baños. Entraron en dos de ellas y no había nada que Alexander reconociera.

—Esta y la de al lado eran las de mis hijos —dijo él señalando la puerta.

Erin la abrió y entró.

—Por un momento he pensado que encontraría todas las cosas de mi pequeña.

La de al lado, que se suponía era la de su hijo también estaba reformada, como era de esperar. Las cuatro estaban amuebladas, pero no parecía que nadie durmiera en ellas. Luego entraron en la última.

—Este era nuestro dormitorio.

—¿Estás bien?

—Sí. Aquí hay una caja fuerte —dijo él nada más entrar.

—¿Cómo lo sabes?

Él le dedicó una mirada de suficiencia.

—Hasta en la mirada se te nota la arrogancia.

Él se rio.

—Shhhhh. Si entran en la casa te van a oír.

—Antes de que entren los escucharé.

—Vamos, abre la caja fuerte. Por cierto, ¿dónde está?

—En la parte de abajo del armario.

—Pues date prisa, a ver si no nos va a dar tiempo de revisarlo todo.

—Eres muy impaciente, cielo.

Alexander caminó hacia el armario, lo abrió y levantó una tabla que ocultaba la pequeña caja fuerte. La abrió y Erin lo apartó.

—Déjame a mí, tú vas demasiado lento.

Ella abrió un estuche y vio que era una pulsera.

—Supongo que todo serán joyas.

—Por lo que veo, sí —dijo el vampiro mirando los estuches de las joyerías, porque podía ver lo que había en su interior.

—Entonces nos las llevaremos todas. En casa las examinaremos con tranquilidad —dijo ella, empezando a meter los estuches en la mochila sin mirar siquiera lo que había dentro.

Erin se incorporó y cogió la mochila del suelo.

—¿Ves algo interesante?

Alexander la miró de arriba abajo.

—Podría decirse que sí.

—Pues entonces cógelo. Mientras miraré lo que tienen en el vestidor —dijo ella dándose la vuelta para entrar en el vestidor.

Alexander sonrió. Él abrió la puerta que había junto al vestidor y vio que era un impresionante baño. Entonces pensó en su mujer. Habría dado cualquier cosa porque ella pudiera verlo.

Poco después Erin salió con dos cinturones de piel sin estrenar, ambos color negro y dos pares de zapatos que aún estaban en la caja, del mismo color.

—Mira que suerte hemos tenido. Tu antepasado te ha regalado dos pares de zapatos italianos y dos cinturones a juego con ellos, y son tu número. Están sin estrenar.

—¿Vas a llevártelos?

—¡Por supuesto! Valen un pastón —dijo sacando los zapatos de las cajas y metiéndolos en la bolsa de la zapatería—. Dejaré las cajas como estaban así no se darán cuenta.

—Al menos hasta que las abran y vean que están vacías. Y es posible que ni siquiera sea un antepasado mío.

—Pero si no lo es, vendería la casa, tu casa, así que nos llevaremos lo que queramos.

—Parece que te está gustando lo de ser una delincuente.

—Lo cierto es que es emocionante. ¿Has visto algo más que quieras llevarte?

—No —dijo él.

—Entonces bajemos a la planta baja. Seguro que las cosas de más valor están en el salón. ¿La planta esta está como cuando tú vivías aquí?

—Hay una habitación menos. Supongo que la que falta la usarían para hacer los dos baños del pasillo. Y nuestra habitación era bastante más grande. El trozo que falta es el baño y el

vestidor.

—Es una casa preciosa. Es una lástima que ya no sea tuya —dijo ella saliendo del dormitorio delante de él.

—Sí.

—Es una pena no poder verla con luz. Esta linterna es una verdadera mierda —dijo enfocando la barandilla de madera tallada—, pero puedo distinguir que esta barandilla es una obra de arte.

—Sí que lo es.

Cuando llegaron a la planta baja Alexander miró a su alrededor.

—¿La distribución de esta planta es la misma que en tu tiempo?

—Sí. En aquel lado estaba el salón —dijo él cogiéndola de la mano y llevándola hacia allí —. Los muebles son los mismos, menos esos dos —dijo señalándolos.

—Así que se han aprovechado incluso de tus muebles —dijo ella enfocándolos con la linterna.

—Y también las lámparas. Esa del techo me la trajeron de Francia. Me costó una fortuna. La han reformado, en mi tiempo tenía velas.

—La lámpara no nos la vamos a llevar, más que nada, porque eso ya no se lleva. Al menos yo no la pondría en una casa. Revísalo todo, a ver si hay algo que reconoces y quieres llevarte.

—Las piezas de decoración que hay sobre la chimenea son todas mías. Pero no quiero nada de eso. Son cosas antiguas, del pasado. Este caballo de marfil también es mío. Nos lo regaló un amigo para nuestra boda.

—Es muy bonito. Yo creo que deberíamos llevárnoslo.

—Si te gusta, guárdalo en la mochila.

—En la mochila se romperá. Seguro que habrá bolsas en la cocina, cogeremos una luego.

—Aquí está la otra caja fuerte.

—En ese caso, dejemos el salón para el final.

—De acuerdo. Vayamos a la habitación de al lado, cuando yo vivía aquí era el comedor. Y sigue siéndolo —dijo él cuando entraron—. La vajilla y la cristalería que hay en esa vitrina son de mi mujer.

—Podríamos llevárnoslas, pero nos harían falta cajas.

—No quiero que nos las llevemos. Los muebles también son los mismos.

—Desde luego, a tus familiares les vino muy bien que tú desaparecieras.

—Sí, supongo que sí.

Después de revisar el resto de las estancias de la planta baja y el sótano, en los que no encontraron nada que a Alexander le interesara, y después de que cogieran unas bolsas de la cocina, volvieron al salón.

—Guardaré el caballo de marfil —dijo ella envolviéndolo en una manta pequeña que había en el respaldo del sofá.

—Muy bien. Han cambiado poco de la casa, excepto las paredes y las pequeñas obras que han hecho para añadir baños, el resto sigue como lo recordaba.

—Ve abriendo la caja fuerte.

Al no decirle nada, Erin se giró para mirarlo y lo vio mirando un cuadro que había sobre una cómoda.

—¿Qué te pasa?

—Es mi familia. El cuadro lo pintó un amigo mío de la universidad a quien le gustaba mucho pintar.

—Entonces nos lo llevaremos —dijo ella caminando hacia la pared donde estaba colgado el cuadro.

Cuando iba a mitad de camino las palabras de él hicieron que se detuviera.

—Van a entrar en la casa. Están subiendo los peldaños de la entrada —dijo Alexander.

—¡Oh, Dios mío! —dijo ella apagando la linterna y guardándola en el bolsillo del vaquero.

—Ven, escondámonos.

Erin corrió hacia él, que estaba pegado a la cortina de una de las ventanas.

—A estas horas no creo que entren en el salón —dijo el vampiro.

Oyeron cómo abrían la puerta de la entrada. Luego se escucharon los pasos, de más de una persona. Unos eran de un hombre, y el sonido de los tacones de una mujer sobre la madera.

Erin se puso delante de Alexander, metió las manos dentro de su chaqueta y le rodeó la cintura con los brazos. Apoyó la mejilla en su hombro, escondió el rostro en su cuello y cerró los ojos, asustada.

—¿Eres como esos niños que cierran los ojos pensando que así no los verán? —preguntó él sonriendo, aunque intranquilo por sentirla tan cerca.

—No —dijo ella sonriéndole divertida—, pero estando entre tus brazos sé que me protegerás.

—Te protegería aunque no estuvieras entre mis brazos —dijo él en un murmullo, como le había hablado ella, y abrazándola a su vez.

Alexander tenía una voz ronca y armoniosa, una voz que hacía que la piel de Erin se calentara y su sangre se deslizara por sus venas de manera desbocada.

Erin se estremeció por el placer, totalmente inesperado, que le produjo encontrarse entre sus brazos, rodeada de su olor y su calor. Ya había notado que le gustaba el olor de él, pero abrazada a él, su aroma era más intenso. Olía de maravilla. Ningún hombre de los que conocía olían de esa forma tan deliciosa. Y no solo era por el fresco aroma de su jabón, que estaba adherido a su piel. Era un olor intenso, poderoso y a la vez sutil. Deseaba permanecer en sus brazos.

Las luces de las farolas iluminaban ligeramente la estancia, pero lo suficiente para que cuando ella levantó la mirada pudiera ver perfectamente sus ojos. Vio claramente cómo él la miraba y luego bajaba la vista hasta sus labios.

Erin estaba paralizada, sentía algo parecido al temor, y la invadió un calor que hacía que se sintiera incapacitada y se extendiera por su cuerpo con cada desenfrenado latido de su corazón. No le dio tiempo a pensar en nada.

Alexander se inclino hacia ella y le rozó los labios con los suyos. Luego los lamió. Sus labios eran hábiles e insistentes y Erin abrió los suyos para dejarle entrar en su boca.

De pronto, él sintió que el ritmo de su corazón se aceleraba y la sangre se desplazaba por sus venas a gran velocidad. Se preguntó qué le sucedía. Supuso que habría sido la sensual y traviesa sonrisa que ella le había dedicado de forma inocente, sin darse cuenta de que esa sonrisa le había hecho arder, como si estuviera en el mismísimo infierno.

El tiempo se detuvo para los dos con el primer roce de sus lenguas y se olvidaron de todo lo que había a su alrededor, incluso, de que los dueños de la propiedad acababan de entrar en ella.

Alexander deslizaba la lengua de forma erótica por sus labios. La besó con la destreza de quien ha besado cientos de veces. No hacía falta ser un experto en besos, para saber que él lo era. Y ella le devolvió el beso con la misma pasión e intensidad. Durante varios segundos, o puede que fueran minutos, sus labios, sus lenguas y sus dientes se implicaron en una lucha.

La barba le raspaba la cara y sin saber la razón, a Erin le gustaba. Hacía mucho que un hombre no la besaba, ni ella había besado a ninguno. Ya no tenía práctica, pero le encantaba lo

que estaba sintiendo. No recordaba haber compartido con ninguna de sus parejas un beso tan intenso como ese. Desde luego, no tenían ni punto de comparación.

Los únicos sonidos que Erin podía escuchar eran los de su sangre, que corría por sus venas de manera desenfrenada, y las respiraciones entrecortadas de ambos. ¡Santa madre de Dios! No entendía lo que le sucedía. Se preguntó si todas las sensaciones que estaba experimentado las había conseguido ese solo beso. Estaba absolutamente perdida en un mar de emociones. Tenía una decena de sensaciones descontroladas desplazándose en su interior, todas desconocidas para ella. De pronto se sintió excitada, nerviosa y diferente. Con ese beso, ese hombre le mostró un mundo absolutamente desconocido y una pasión que jamás pensó que existiera, porque ella nunca la había experimentado. Jamás podría haber imaginado que su cuerpo pudiera arder de esa forma, y de una manera tan intensa.

Alexander interrumpió el beso. ¡Por todos los demonios! ¿Qué le pasaba con esa mujer? Había bastado con mirarle los labios para que el cerebro dejara de funcionarle. Nunca se había sentido así. Jamás se había excitado con un simple beso. Aunque tenía que reconocer, que aquel beso no había tenido nada de simple. Sin duda, había sido el beso más ardiente y erótico de toda su vida, y eso que tenía mucha experiencia besando. Estaba temblando, desorientado, aturdido y, por un instante, le pareció que había perdido el sentido de la realidad.

Se quedó horrorizado al darse cuenta de que lo que realmente quería era poseerla, en todos los sentidos. De cualquier forma que uno se pudiera imaginar en la intimidad. Se sentía asombrado por la profundidad que esa chica despertaba en él. ¿Y por qué le extrañaba que estuviera asombrado?, se preguntó. Desde que había aparecido en este nuevo mundo, todo lo que veía le asombraba.

El vampiro la miró y ella le devolvió la mirada sin pronunciar ni una sola palabra, y con los sentidos alterados por el beso. Los labios le cosquilleaban. Sentía miedo, alegría, tristeza y felicidad, todo a la vez. No era capaz de recuperar el ritmo normal de su respiración.

Alexander intentó decir algo para recuperar el control de la situación, pero la mente se le quedó en blanco, y descubrió que no era capaz de pronunciar ni una sola palabra.

Erin siguió abrazada a él. Cerró los ojos y escondió el rostro en su cuello, más aturdida aún que él. Le gustaba sentir los latidos del corazón de Alexander. El sabor de su boca era como una droga potente y misteriosa, que se había metido en su torrente sanguíneo, convirtiéndola en una adicta. Ese beso era el más tierno y dulce que le habían dado en toda su vida, pensó. Y al mismo tiempo el más atrevido y excitante.

Ella le dijo con ese beso todo lo que no podía decirle con palabras. Un deseo salvaje invadió su cuerpo. Recordó todas las veces que había imaginado que él la abrazaba, que no eran pocas. Acababa de besarla, y eso también lo había imaginado. Aunque la realidad no se parecía en absoluto a sus fantasías, era un millón de veces mejor.

Alexander se sintió desconcertado al saber todo lo que ella estaba pensando. La sacó de sus divagaciones al sentirse liberada de su abrazo y separada de él. Se sintió algo aturdida y él la sujetó por los brazos fuertemente. Erin levantó hacia él la mirada y se maldijo por el absoluto dominio de ese hombre. ¿Por qué él no sentía, aunque solo fuera una parte de la oleada de sensaciones que se agitaba en su interior? ¡No era justo!, pensó. Sabía que Alexander se había excitado, de eso no había la menor duda, pero eso no parecía haberle turbado en absoluto, mientras que ella estaba a punto de arder de deseo.

—Terminemos con esto y volvamos a casa —dijo él cogiéndola por los hombros y apartándola un poco de él.

—Sí. Abre la caja fuerte, yo cogeré la pintura de tu familia.

—Si quieres puedes encender la luz. El matrimonio se ha acostado.

—¡Oh, Dios mío! Me había olvidado de ellos. Ni siquiera me he dado cuenta de que habían entrado. ¿Y si bajan?

—No te preocupes, lo sabré.

—De acuerdo —dijo ella encendiendo la luz del techo—. Vaya, hay muchas cosas de decoración.

—La mayoría son mías, así que puedes llevarte lo que te guste.

—Vale. No te entretengas mirando lo que hay en la caja fuerte, cógelo todo. Ya lo revisarás en casa. Junto a mi mochila hay una bolsa vacía.

—Bien.

Poco después salieron a la calle. Estaba lloviendo copiosamente. Erin se puso la capucha de la chaqueta y se aseguró de que el cuadro estaba bien envuelto en la bolsa de plástico y no se mojara. Comenzaron a caminar por la acera.

A Alexander le vino bien el fresco de la noche, el viento que se había levantado y la lluvia. Necesitaba sentir el frío sobre su rostro. Todavía se preguntaba qué había sucedido allí dentro. Nunca había sentido nada parecido a lo que sintió al besar a Erin. Los latidos de su corazón aún le martilleaban en el pecho. Había perdido el control y eso no era normal, porque los vampiros no perdían el control. ¿Por qué la había besado?, se preguntó. Aunque tenía que reconocer que le encantó tenerla pegada a su cuerpo. Esa mujer intentaba mostrarse tímida y fría, pero él sabía que era ardiente y apasionada.

No dijeron una sola palabra mientras caminaban hacia el coche. Y tampoco cuando iban en el vehículo camino de casa.

Erin estaba inquieta, por si ese beso afectaba a su relación de *amigos.* Y Alexander estaba muy preocupado, porque sabía cuales eran los sentimientos de Erin hacia él, y no sabía en qué podría afectar a su relación lo que había sucedido.

Llegaron a casa y dejaron todo en el suelo.

—Voy a ducharme y me acostaré enseguida. Estoy helada y me muero de sueño. Ya veré mañana el botín.

—Quiero hacerte una pregunta.

Erin se volvió a mirarlo.

—Dime.

—¿Sigues queriendo que viva contigo?

—Al enemigo es mejor tenerlo siempre de frente y al lado, en vez de lejos y de espaldas. Alexander, ya sabes que eres un ser peligroso. Buenas noches.

—Buenas noches.

Alexander se sintió mal, sus palabras todavía lo intranquilizaron más. ¿Por qué había mencionado que era un ser peligroso? ¿Qué tenía que ver eso con lo que había sucedido en su casa?

Se arrepintió de haberla besado. Ella estaba muy ilusionada con haber ido a su casa y con todo lo que se habían llevado de ella. Pero había perdido toda la ilusión.

Según sabía, estaba enamorada de él. Mientras pensaba en ello, notaba un cosquilleo en los dedos, y sentía algo bajo su piel. Sabía que algo no estaba bien. Desde luego, no estaba bien haberla besado. No podía negar que sentía una gran atracción física por esa mujer, una atracción que empezaba a obsesionarle, y no solo porque jamás hubiera sentido una atracción tan fuerte por ninguna mujer, ni siquiera por su esposa, reconoció para sí mismo con pesar, sino porque no solo se trataba de atracción física, él sabía que había algo más.

Sabía que no debería sentir nada por ella, que una relación entre ellos sería imposible. Además, él no estaba preparado para tener una relación de nuevo. Pero no podía negar que le había gustado abrazarla y tenerla pegada a su cuerpo. Esa mujer era peligrosa, porque se sentía tentado por ella cuando la tenía cerca. Y tampoco ninguna mujer había supuesto una tentación para él.

De pronto le pasó por la mente la idea de acostarse con ella, y todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Estaba completamente seguro de que en algún momento del futuro haría el amor con ella, pero tendría que asegurarse, y dejárselo bien claro a ella, de que solo sería sexo.

Alexander se levantó, abrió la ventana del salón y permaneció mirando hacia el exterior. No podía quitársela de la cabeza. Imaginaba lo que sentiría, si deslizara los dedos entre los mechones de su cabello, mientras volvía a besar sus deliciosos labios.

Soltó un gruñido, porque solo pensar en ella, le provocaba un ligero cosquilleo en la piel.

Cerró la ventana y se dirigió al sofá donde había dejado la chaqueta. Pensó que no era justo saber lo que ella pensaba sobre lo que había sucedido esa noche, sin que ella supiera lo que pensaba él al respecto. Estaba seguro de que la había decepcionado y se sentía mal por ello. Y si permanecía allí se enteraría de todo. Se puso la chaqueta y abandonó el piso.

Salió del edificio y comenzó a caminar sin rumbo fijo.

Erin salió de la ducha y fue a su habitación envuelta en la toalla. No escuchaba el televisor, pero no fue al salón a comprobar si su compañero de piso estaba allí o se había marchado. Lo cierto es que prefería no saberlo. Se puso el pijama y se metió en la cama. Apagó la luz y cerró los ojos.

Había llevado una vida muy tranquila durante más de un año, desde que cortó con su última pareja. Hasta que apareció él. Y de pronto se veía invadida por un cúmulo de sensaciones y emociones violentas y explosivas, que hacían que se sintiera intranquila, confusa e insegura.

Se maldijo a sí misma por haberse fijado en un hombre como él. Aunque habría sido imposible no haberse fijado en él. Pero, por otra parte, tenía esperanza de poder estar con él. Porque no podía olvidar, que había sido él quien la había besado. Y si la había besado sería porque sentía algo por ella. Pero era un vampiro, se recordó.

Se detuvo a pensar por un momento que él se hubiera marchado. Tal vez no se sentía bien por haberla besado. ¿Estaría pensando en marcharse de casa? Rápidamente abandono esa idea, porque ya no concebía la vida sin él. Intentó alejar todos los patéticos pensamientos que invadían su mente.

Sus pensamientos se desataron y empezó a fantasear con él, sobre lo mucho que le gustaría que le hiciera el amor, y tenerlo encima desnudo…

Pensó que lo mejor sería comportarse con él como si no hubiera pasado nada, como si el beso no hubiera existido. Pero, ¿qué haría si él lo mencionaba? No podía concentrarse en la delicada situación en la que se encontraba.

Una hora después seguía despierta, dando vueltas en la cama. Sentía aún la mirada de él sobre ella, antes de que la besara, como si estuviera allí mismo. Notaba el calor que desprendía su cuerpo cuando la abrazó, su delicioso olor, esos labios bien perfilados…

Media hora más tarde salió de su habitación. Eran casi las cinco de la mañana. Fue al salón y lo encontró vacío. Entonces volvió a su dormitorio, cerró la puerta y se apoyó en ella hasta que dejó de sentir los temblores de su cuerpo. Volvió a meterse en la cama y cerró los ojos de nuevo.

Alexander volvió a casa al amanecer y, por primera vez, se echo sobre la cama y cerró los ojos. Recordó todo lo que había hecho después de salir de casa. Se había puesto a caminar sin

rumbo fijo. Poco después se dio cuenta de que estaba en la esquina donde trabajaba la prostituta, de quien se había alimentado. Entonces decidió que podría tener sexo con ella, tal vez necesitaba desahogarse y por eso había besado a Erin cuando la tuvo tan cerca. Todavía no conocía el comportamiento de su nuevo cuerpo.

Llevó a la chica a un hotel que había cerca. Cogió una habitación y pagó esa noche. Nada más entrar en la habitación, ella se puso de rodillas frente a él y le desabrochó el pantalón con una habilidad pasmosa. Alexander cogió aire cuando ella sacó su verga, y volvió a respirar profundamente de nuevo cuando se metió la polla en la boca.

Alexander cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás. Y entonces aparecieron en su mente unos ojos azules, que no eran los de la prostituta. Le sujetó la cabeza mientras le follaba la boca sin piedad, y mientras ella chupaba sin descanso. Su mente imaginó que quien estaba de rodillas frente a él era Erin. Y eso hizo que llegara a lo más alto y se corriera. Poco después folló a la prostituta de manera brutal, aunque a ella no pareció molestarle su brusquedad. Y lo volvió a hacer una vez más, mientras bebía su sangre. Luego la dejó dormida, y abandonó el hotel.

Alexander estuvo dando un paseo por las solitarias calles. Llegó al cementerio donde estaba enterrada su familia y permaneció un buen rato frente a las tumbas, sin decir absolutamente nada. Pero le hizo bien estar allí.

En su camino de vuelta a casa pensaba en Erin. A esa distancia no podía saber lo que pensaba, pero sí sabía que seguía despierta y que estaba muy intranquila.

Erin no sabía a qué hora se había quedado dormida, pero cuando se sentó en la cama a las once y media de la mañana, se encontraba tan cansada que le costó un par de minutos asentar los pies en el suelo para poder levantarse.

Cuando logró ponerse en pie salió de la habitación y fue al aseo. Se miró al espejo y pensó que tendría mucho trabajo para cubrir esas ojeras con el maquillaje. Caminó hacia la cocina, porque necesitaba urgentemente un café para poder despejarse un poco. No se molestó en comprobar si Alexander estaba en casa, pero supuso que no, porque la televisión estaba apagada y él no estaba sentado en el sofá. Sacó la cafetera del armario y se puso a prepararla. De pronto escuchó un teléfono, que no era el suyo.

—Hola, Elissa.

—Hola. Solo quería asegurarme de que vendréis a casa a comer.

—No he hablado hoy con Erin, ayer nos acostamos muy tarde y está durmiendo —dijo el vampiro, aunque sabía perfectamente que estaba en la cocina.

—Pero me dijiste que vendríais.

—Y no he cambiado de opinión. Si ella no puede ir por alguna razón, iré yo solo.

—Estupendo, pero, por favor, procura convencerla para que venga, hace dos semanas que no ve a sus hermanos.

—De acuerdo.

—Vale. Te dejo, que tengo un montón de cosas por hacer.

—Te veré en una hora.

—Hasta luego, cariño.

Erin respiró antes de hablar.

—No sabía que estabas en casa —dijo al sentirlo cerca.

—Anoche salí a dar un paseo y volví al amanecer.

—He preparado la cafetera, ¿quieres un café?

—Sí, gracias.

—No te he visto en el sofá —dijo ella sin volverse a mirarlo.

—Estaba echado en la cama.

—¿Te habías acostado antes en ella?

—No.

—¿Es cómoda? —preguntó Erin, metiendo dos tostadas en el tostador.

—Sí, muy cómoda. Tu madre me ha llamado.

—Lo sé, te he escuchado hablar.

—Supongo que iremos a comer a su casa.

—Por lo que he oído, tú irás conmigo o sin mí.

—No tengo nada que hacer. ¿Vas a venir conmigo?

—Sí. Quiero ver a mis hermanos.

—Estupendo. ¿Viste anoche el botín? —preguntó él, cabreado porque no lo había mirado ni una sola vez.

—No. ¿Había algo interesante?

—No lo sé, yo tampoco lo vi.

—Pensé que estarías deseando ver lo que había en las cajas fuertes.

—Preferí esperar para verlo contigo.

—¿Dónde has puesto el cuadro de tu familia? —preguntó ella poniendo en la mesa la mantequilla y la mermelada.

—Sigue en la bolsa donde lo trajimos. ¿No crees que es un poco tarde para tomar un desayuno tan copioso? No vas a comer, y sabes que tu madre te obligará.

—Por supuesto que comeré.

Erin sirvió el café solo para él y su café con leche para ella. Luego puso las tostadas en un plato y se sentó frente a él. Alexander la miró y supo la razón de que no lo mirara, tenía una ojeras enormes. Pero no lo mencionó.

—Entonces, ¿no sabes si había dinero en la caja fuerte?

—Sí había, pero no sé cuánto. Y había un montón de documentos.

—¿Por qué no los traes y me vas diciendo qué son mientras desayuno?

—Vale —dijo él levantándose.

Un minutos después volvió y dejó los documentos sobre la mesa.

—El hombre que vive en mi casa es un familiar mío. Se llama Steven Knight. Esta es la última escritura de la casa, la heredó hace ocho años de Phillip Knight, que era su padre. Estas escrituras también son de la casa, pero anteriores. Estas tres son del siglo XX —dijo él abriéndolas para comprobarlo—, todos los propietarios tienen mi apellido. Y esta es de 1869, la heredó de Cliff Knight…, mi padre.

—O sea que tu padre heredó tu casa cuando desapareciste.

—Sí. Esperarían unos cuantos años por si yo aparecía. Al no tener yo familia, él heredaría todas mis propiedades.

—Y al fallecer tu padre, algún familiar tuyo lo heredó todo.

—Sí. Mira, esta es la escritura de la casa donde tenía el bufete, el propietario es el mismo que el de mi casa.

—Qué suerte tuvo.

—Sí. Y esta es de la propiedad que teníamos en el campo, pero ya no es suya, la vendió hace once años por la cantidad de novecientas cincuenta mil libras, según dice el contrato de compraventa.

—Menudo chollo tuvo con que desaparecieras. Deberíamos buscar alguna forma de que recuperases todo el dinero. Porque entre las tres propiedades y las de tus padres, que supongo

que también la heredaría él, se habrá embolsado como mínimo cinco o seis millones de libras.

—Bueno, en una caja fuerte habían joyas y en la que estaban los documentos dinero, y no había poco. De manera que ya he recuperado algo.

—Las joyas será difícil venderlas, porque tan pronto pongan la denuncia las buscarán en las tiendas que compran oro y joyas. Oh, acabo de acordarme de que anoche no usamos guantes. Yo creo que no toqué nada que no nos lleváramos, pero tú abriste las cajas fuertes.

—No te preocupes, los vampiros no tenemos huellas.

—Menos mal. Ahí hay más documentos de los que me has mencionado.

—Sí. Esta escritura es de un piso que compró hace siete años, aquí en la ciudad, por el que pagó ciento noventa mil libras. Y esta escritura es de otro, que le costó doscientas cuarenta mil. Y esta es de una tercera propiedad, que le costó casi trescientas mil.

—Seguro que los compró con el dinero de la venta de tu casa de campo.

—Posiblemente. Los tres pisos los tiene alquilados, cobra mensualmente de ellos cuatro mil ochocientas libras.

—Qué suerte tuvo de que desaparecieras de la faz de la tierra.

—Desde luego que la tuvo.

—¿Traes todo el botín para ver lo que conseguimos?

—Claro —dijo él levantándose.

Alexander dejó todo en el suelo junto a la mesa de la cocina y se sentó.

—Este es el dinero que había con las escrituras —dijo empezando a dejar montones sobre la mesa.

—Vaya, hay mucho dinero. Hemos tenido una buena noche —dijo ella sonriéndole.

—Sin duda ha sido así. Hay trescientas cincuenta mil libras.

—Deberíamos hacer una visita a la casa de tus herederos y llevarnos lo que tengan.

—Has pasado de no querer quebrantar la ley, a querer dedicarte a ser una delincuente profesional.

—¿No crees que mereces tener algo de lo que es tuyo? Al menos una pequeña parte.

—Él no tiene culpa de que yo muriera.

—Tampoco tú. ¿Cabrá el dinero en la caja de galletas?

—No, ya estaba llena.

—Pues habrá que buscar un sitio seguro. Cuando seas abogado y tengas cuenta en un banco deberías alquilar una caja de seguridad. Allí podrás guardar todo lo que quieras y nadie sabrá lo que tienes.

—¿Puedes alquilar tú una caja de seguridad en tu banco?

—Sí, pero ese dinero no es mío.

—La mitad de lo que hay aquí es tuyo. Somos un equipo. Podríamos guardarlo en ella de momento.

—Es que si me pasa algo y muero, ese dinero lo heredaría mi familia.

—No te preocupes, yo podría ir al banco y sacarlo.

—En eso tienes razón. Bien, veamos el resto de cosas.

Alexander dejó las cajas con las joyas sobre la mesa.

—Podríamos haberlas sacado de los estuches, los ladrones se llevan solo las joyas —dijo ella sonriendo.

—Menudo fallo has cometido. Aunque están mejor con las cajas.

—Haz tú los honores. Y dime las que son de tu mujer.

—De acuerdo.

Alexander las abrió todas y las dejó sobre la mesa para que ella las viera.

—Dios mío, son una maravilla.

—Es cierto. Estas son de mi mujer.

—¿Son esmeraldas? —dijo Erin al comprobar que era un collar, una pulsera, unos pendientes y un anillo.

—Sí, se las regalé en nuestro primer aniversario. No le gustaba mucho ponérselas, porque decía que llamaban mucho la atención. Pero estaba preciosa con ella, hacían juego con sus ojos.

—Son un poco ostentosas, pero son preciosas. Te costarían una fortuna.

—Y no te equivocas. No reconozco ninguna más.

—Bueno, puede que el diseño no le gustara a quien las heredó, o a su mujer. Posiblemente las llevaría a un joyero para cambiar el diseño. También puede ser que las vendieran o que se las regalaran a alguien, es posible que a alguna hija. ¿Recuerdas haberle regalado a tu mujer algunas piedras en especial?

—Sí. Le hice un regalo en cada uno de su cumpleaños, y también en cada Navidad. Le compré rubíes, zafiros, diamantes de varios colores, aguamarinas, amatistas, granates, ágatas, lapislázuli, perlas, topacios, turquesas y turmalinas.

—Yo desconozco algunas de las piedras que has mencionado. ¿Están esas piedras que has dicho en esos estuches?

—Sí, todas.

—Entonces, sin duda, pertenecieron a tu mujer. Solo han cambiado el diseño. La verdad es que todas son una maravilla.

—Bien, la mitad de estas joyas son tuyas.

—No. Yo solo he ido a acompañarte, pero todo esto es tuyo.

—Habíamos hecho un trato y no era este.

—El trato era que tú te quedarías con las joyas que habían pertenecido a tu mujer. Y parece ser que son todas. Por favor, no insistas. Aunque sí pondré en el salón el caballo de marfil, porque me gusta mucho.

—De acuerdo. Pero te regalaré las joyas en tus cumpleaños y en Navidad.

—Un regalo es diferente. Aunque deberías guardarlas para cuando tengas una esposa. ¿Dónde pondrás el cuadro de tu familia?

—No creo que tú quieras tenerlo a la vista.

—¿Por qué no iba a querer tenerlo?

—Porque es mi familia.

—Yo también tengo fotos de mi familia en las estanterías del salón. Y compartimos piso.

—Lo colocaré sobre la cómoda que está a los pies de mi cama.

—Me parece una buena idea, así podrás mirarlo cuando estés tumbado. Por cierto, tus hijos son muy guapos. Cliff se parece a ti.

—Sí, eso decían —dijo él dándose cuenta de que había hablado como si sus hijos todavía vivieran.

—Marie tiene rasgos de los dos pero, sin duda, tiene tus ojos. Y tu mujer es preciosa, no me extraña que te enamoraras de ella nada más verla. ¿Cuándo iremos a ver tu otra propiedad?

—¿Quieres volver a robar?

—No lo llames robar. Iremos a recuperar parte de tu herencia. Y ya de paso podríamos hacer una visita al traficante ese de drogas. Seguro que tiene de nuevo la caja fuerte llena de pasta.

Alexander soltó una carcajada. Esa risa espontánea provocó un calor muy agradable en el

pecho de Erin. Ese hombre tenía una risa muy bonita y profunda, como todo en él. No era muy normal que se riera, y haberlo conseguido le provocó un inmenso placer.

Capítulo 12

Alexander la miró de arriba abajo cuando apareció en el salón. Llevaba un traje de pantalón color rojo de lo más escandaloso, lo acompañaba con un suéter de cuello vuelto, también rojo, y zapatos de tacón y bolso, ambos del mismo tono de color que el traje. Tenía que reconocer que esa mujer tenía estilo y la ropa, cualquier cosa que se pusiera, le sentaba de maravilla.

—¿Por qué me miras así?

—Por nada. Te sienta muy bien lo que llevas.

—Seguro que es porque es muy vistoso. Soy todo lo contrario a tu mujer.

—Desde luego que lo eres.

A Erin no le gustaron sus palabras, le sonaron como si le hubiera dicho que no le llegaba a su mujer ni a la suela de los zapatos. Aunque eran ciertas, por lo poco que le había hablado de ella.

—A mi madre no le gusta verme con colores apagados, dice que esos colores ya los llevaré cuando sea mayor.

—Cielo, no tienes que disculparte. Estás preciosa.

—Gracias.

No parecía enfadada ni intranquila por lo del beso, como sucedió la noche anterior. Estaba como siempre. O, al menos, a él se lo parecía. En un principio Alexander pensó en disculparse por haberla besado, pero ella se comportaba como si el beso no hubiera existido, así que decidió no mencionarlo.

—Si estás listo podemos marcharnos.

—Pues vamos.

—Tenía que haber cogido el abrigo y las llaves del coche. Hacía sol hace unos minutos —dijo ella al ver que estaba lloviendo.

—El clima de este país es imprevisible. Subiré a por tu abrigo y las llaves del coche —dijo él.

—Puedo hacerlo yo.

—Entra en el zaguán. Volveré enseguida.

—Vale. Coge el abrigo negro.

—De acuerdo.

Alexander no tardó ni cinco minutos en volver a bajar. Sujetó el abrigo abierto para que metiera las manos por las mangasy ella lo hizo. Le rozó el cuello en el proceso y Erin se estremeció con el contacto.

—Espera aquí, traeré el coche a la puerta.

—Alexander, no tienes carnet.

—¿Crees que algún policía va a estar en la calle con lo que está cayendo?

—Supongo que no.

—Volveré en un minuto.

Poco después Alexander detuvo el coche en segunda fila frente a la casa. Ella se puso la capucha del abrigo y corrió hasta la puerta del copiloto, porque él no parecía que fuera a moverse del volante.

—¡Qué frío hace! —dijo Erin cuando se sentó a su lado.

—Encenderé la calefacción —dijo él uniéndose al tráfico.

—No la enciendas, a ti no te gusta el calor.

—Erin, prefiero el frío, pero no me afecta el calor.

—Pues gracias, porque estoy congelada.

—Llegaremos en un instante, y seguro que tu madre tendrá la chimenea encendida.

—Sí, sabe lo friolera que soy. Me encantan las chimeneas. Cuando tenga una casa tendré una chimenea enorme.

—En mi tiempo no existía otra clase de calefacción.

—Lo sé.

—A mí también me gustan las chimeneas.

—A pesar de que no te gusta el calor.

—A pesar de ello.

—Veo que te gusta el riesgo.

—¿Lo dices porque no te he dejado conducir?

—Sí.

—Ningún policía para a nadie que no cometa ninguna infracción. Y menos aún, si está lloviendo.

—¿Cómo sabes que no vas a cometer ninguna infracción?

—Porque conduzco muy bien.

—Menudo arrogante estás hecho.

—¿Acaso estoy mintiendo?

—No, desde luego que no. Ayer, cuando te abrazaba mientras estábamos en tu casa, me di cuenta de algo.

—¿De qué?

—Escuché los latidos de tu corazón.

—No te entiendo.

—Pensaba que tu corazón no latiría. En todas las películas o series que he visto, los vampiros no tienen corazón.

—¿Y cómo pueden vivir sin corazón?

—Pues no tengo ni idea, pero en todas es lo mismo. Es como lo de la piel, que es muy pálida y fría. Pero tu piel no es pálida y no la noté fría cuando te abrazaba.

—En todas esas películas nos muestran de una forma muy estúpida.

—Puede que tengas razón —dijo ella sonriendo.

—Mamá, ya estamos en casa —dijo Erin cuando entraron.

Se sacó el abrigo y lo colgó en el perchero del recibidor.

—Estoy en la cocina —dijo la mujer.

Ambos caminaron hacia allí.

—Hola —dijo Erin besando a su madre.

—Hola, cariño.

—Hola, Elissa —dijo él besándola también.

—Hola, Alexander.

—¿Han llegado Dave y Andrew?

—Sí, estamos aquí —dijo su hermano mayor acercándose a ella y abrazándola, al mismo tiempo que la levantaba y daba una vuelta con ella—. Te he echado mucho de menos.

—Solo hace dos semanas que no nos vemos.

—Pues es demasiado tiempo.

—Yo también te he echado de menos.

—Hola, pequeñaja —dijo su otro hermano entrando en la cocina y acercándose a ella para abrazarla.

—Hola, Andrew.

—¿Cómo estás, cariño?

—Muy bien.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—La ropa que llevas te sienta genial —dijo Dave, su hermano mayor—. Y Andrew tiene razón, estás muy guapa.

—Gracias.

Alexander estaba apoyado en la bancada con los brazos cruzados.

—A ver si soltáis ya a vuestra hermana. Parece que haga un año que no la veis —dijo su madre—. Erin parece haberse olvidado de que no ha venido sola. ¿No vas a presentarle a Alexander a tus hermanos?

—Lo siento —dijo Erin mirando al vampiro.

—No importa, cielo —dijo él incorporándose.

—Alexander, él es mi hermano mayor, Dave. Dave, él es Alexander, mi compañero de piso.

—Un placer conocerte —dijo Dave tendiéndole la mano—. Mi madre mi ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien. Para mí también es un placer conocerte —dijo Alexander estrechándosela—. Elissa me ha hablado mucho de ti, bueno, de vosotros.

—Y él es mi hermano Andrew, el mediano de los tres. Andrew, él es Alexander.

—Mucho gusto en conocerte —dijo tendiéndole también la mano.

—El gusto es mío, Andrew —dijo el vampiro estrechándosela.

—Chicos, id al salón a tomar una copa de vino mientras termino de preparar la mesa —dijo Elissa dándole a su hijo mayor una botella de vino fría y al pequeño tres copas—. Ahora os llevará Erin algo para picar.

—De acuerdo. Vamos, Alexander —dijo Dave.

Erin estaba preocupada por si sus hermanos se pasaban con el interrogatorio, pero cuando les llevó unos platitos con queso y frutos secos, lo vio tan tranquilo hablando con ellos y completamente relajado. Aunque claro, él siempre parecía relajado, como si nada de lo que pudiera suceder pudiera afectarle, y menos aún, inquietarle.

Poco después estaban sentados a la mesa. La madre encabezándola, uno de los hermanos en un lateral junto a Erin y frente a ellos el otro hermano junto a Alexander.

—¿Cómo es posible que hayas decidido ir a vivir con mi hermana? —dijo Andrew—. Su casa, a pesar de ser tan pequeña, está bien para una sola persona, pero no para dos.

—En ella tengo todo lo que necesito. Me gusta vivir allí —dijo Alexander mirándola.

Erin se ruborizó, de esa forma tan inocente y encantadora, que conseguía que su rostro se iluminara, dándole a sus ojos un brillo especial.

—Supongo que ahora sí, pero cuando empieces a trabajar necesitarás más espacio —añadió Dave—. Porque, según tengo entendido, duermes en una cama que habéis instalado en el salón, que ya de por sí era muy pequeño.

—Pero su dormitorio no está realmente en el salón, porque lo separa de él una cortina —dijo Elissa.

—De momento, me siento muy bien viviendo allí —dijo Alexander.

—Le he ofrecido que venga a vivir conmigo, al fin y al cabo, tengo tres habitaciones vacías, y yo tendría compañía.

—¿No crees que sería más conveniente para ti que le alquilases una habitación a mi madre, o dos? —preguntó Dave.

—Si viniera a vivir conmigo no tendría que pagarme alquiler —dijo la mujer.

—¿Lo dices porque no te gusta que comparta el piso con tu hermana? —preguntó el vampiro.

—No, no estoy en contra de eso. Mi madre me ha hablado muy bien de ti y no tengo ningún problema en que vivas con ella. Es más, casi te lo agradezco, porque nunca me ha gustado que viva sola. Pero tengo entendido que eres abogado y que vas a empezar a trabajar en breve. Y has de reconocer que necesitarás espacio para un despacho.

—Lo iré viendo sobre la marcha.

Luego, los dos hermanos le hablaron del negocio familiar, que desde que falleció su padre, cuatro años atrás, ellos dos se habían hecho cargo de la empresa.

—En realidad no es de los dos, sino de los cuatro —dijo Dave—. Cuando nuestro padre falleció le ofrecimos a Erin que viniese a trabajar con nosotros, pero no quiso.

—No me veía trabajando en una oficina todo el santo día. Además, me gusta mi trabajo —dijo ella, sentándose en el brazo del sofá.

—Así que lo hablamos los cuatro y decidimos que haríamos cuatro partes iguales, y cuando sacamos los beneficios anuales los repartimos entre los cuatro. Y Andrew y yo tenemos un sueldo mensual, cantidad que acordamos entre los cuatro también.

—Yo no quería que me dieran parte de los beneficios, porque me ha quedado una buena pensión de viudedad y tengo más que suficiente para vivir —dijo Elissa—. Pero ellos insistieron en que me correspondía una parte. Y acepté porque, de todas formas, cuando yo falte, será para todo para ellos tres.

—Cuando mis padres empezaron el negocio de transportes no tenían dinero —dijo Andrew —, pero mi madre era como una hormiguita, según palabras de mi padre, e iba ahorrando todo el dinero que podía.

—Cuando nos casamos, yo trabajaba de dependienta en una perfumería, y mi marido era camionero. Hablamos de que una agencia de transportes sería un buen negocio, y decidimos ahorrar todo lo posible. No os podéis imaginar los sacrificios que hicimos. No salíamos a comer ni a cenar fuera, no íbamos a tomar café… No íbamos a ningún sitio. Preferíamos guardar ese dinero. Un año después de casarnos teníamos dos furgones grandes, uno de ellos, completamente pagado. Y un bebé —dijo mirando a su hijo mayor—. Mi marido dejó la empresa donde trabajaba y comenzó a llevar paquetes de un sitio a otro. Y un sobrino suyo conducía el otro furgón.

—Y mi madre era quien se encargaba de la publicidad del negocio, organizaba los paquetes, y llevaba la contabilidad —dijo Dave—. Además de encargarse de mí y de sus dos siguientes hijos. Era el negocio de los dos. De manera que es justo que hagamos cuatro partes.

—Sí, yo también lo creo —dijo Alexander.

Luego pasaron a hablar de lo que Alexander quería para su futuro.

—Entonces, ¿ya estás buscando trabajo? —preguntó Andrew.

—No, aún no. Estoy poniéndome al día con el Derecho. Hace algunos años tenía un bufete, pero lo cerré y me trasladé al norte, al pueblo donde nací.

—¿Por qué lo cerraste? ¿No te iba bien? —preguntó Dave.

—Sí, me iba muy bien, pero… mi esposa y mis dos hijos murieron, y me hundí.

—No sabía que habías estado casado —dijo Elissa.

—Solo lo sabía Erin.

—Cariño, lo siento muchísimo.

—Gracias.

—¿De qué murieron?

—Se contagiaron del Covid y no lo superaron.

—Lo siento —dijo Dave.

—Gracias.

—Lo siento mucho —dijo Andrew—. ¿Cuántos años tenían tus hijos?

—Mi hijo, Cliff tenía seis años y mi hija, Marie, cinco.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Elissa.

—Entiendo que abandonaras el bufete y tu vida —dijo Andrew.

—¿Cómo te estás poniendo al día con lo del derecho? —preguntó Dave.

Alexander agradeció que cambiaran de tema.

—Estoy viendo todos los juicios que han habido desde entonces en Internet. Pronto me habré puesto al día.

Erin sentía un extraño cosquilleo siempre que los ojos de Alexander se clavaban en los suyos, como sucedía en ese instante. Él le sonrió y su sonrisa se reflejó en sus preciosos ojos grises, y a Erin, en ese instante, ese hombre le pareció la belleza personificada.

¡Santa madre de Dios! Solo con mirarlo se le debilitaban las rodillas, pensó. Tuvo que desviar la mirada de él, porque estaba segura de que era capaz de aturdirla, si seguía mirando esos ojos, que parecía que la hipnotizaran. Y puede que fuera así, al fin y al cabo, ¿no le había dicho él que podía conseguir que una persona olvidara lo que él quisiera? ¿y no le había dicho que podía saber lo que pensaban las personas que había a su alrededor? Cosa que ella había comprobado que era totalmente cierta.

Era un hombre increíblemente atractivo, con la mandíbula bien marcada, al igual que los pómulos. Sus preciosos y perfectos labios dibujaban sonrisas seductoras y peligrosas, pero también tiernas, cariñosas y dulces. Todo en él era sexy: su ropa, su conducta, su aspecto. Incluso el tono de su voz la excitaba.

Lo deseaba como no había deseado nada en su vida, lo deseaba de tal forma que casi le dolía. Quería que volviera a besarla, una y otra vez.

Alexander seguía hablando con los dos hombres que tenía enfrente, evitando mirar a Erin, porque sabía lo que estaba pensando. Pero no pudo resistirse y desvió la mirada hacia ella, y luego la deslizó hasta su boca. Aquellos labios carnosos, perfectamente perfilados y sensuales, atraían su mirada, sin que pudiera evitarlo.

Erin era consciente de que él la observaba. Pensó que se le daba bien seguir diferentes conversaciones. De vez en cuando se centraba en alguna de las personas que habían sentadas a la mesa. Pero su mirada, aquella mirada excitante, siempre volvía a ella. Podía sentirla, aunque no lo mirara, como una ola de calor que acariciara su piel. No lo miró ni una sola vez, porque no quería que su respiración se alterara, si sus miradas se cruzaban.

—Erin me propuso ir a Londres en Semana Santa —dijo Alexander.

El escuchar su nombre, Erin se olvidó de lo que tenía en la mente y prestó atención a la conversación.

—Antes de montar el bufete trabajé en Londres durante algún tiempo, pero no vi mucho de la ciudad. Estaba centrado en el trabajo y prácticamente no conozco nada. Erin dice que como tiene vacaciones y no tiene ningún plan, podríamos pasar unos días allí.

—Estupendo —dijo Elissa—. Londres está bien, pero no para muchos días.

—Erin y yo hemos pensado que, posiblemente, te gustaría venir con nosotros —dijo Alexander—. No tienes que preocuparte por nada, yo me haré cargo del hotel y de todos los gastos.

—¿Queréis que vaya con vosotros? ¿No preferís ir solos?

—Mamá, no somos pareja. Solo somos compañeros de piso y puede que amigos, aunque hace poco que nos conocemos.

—Nos encantaría que nos acompañaras —dijo el vampiro.

—En ese caso, estaré encantada de ir con vosotros.

—Le ofrecí ir a Londres, porque el día uno del próximo mes es su cumpleaños, y estaría bien celebrarlo allí y que conociera la ciudad —dijo Erin.

—Es una idea estupenda —añadió su madre—. ¿Con qué iremos?

—Como no tenemos prisa, yo creo que podríamos ir en tren. Así puede ver el paisaje hasta llegar allí.

—Me parece muy bien. ¿Cuándo nos marcharemos?

—Tengo las vacaciones desde el treinta de marzo, que es sábado, hasta el diecisiete de abril. Si quieres podemos comer aquí ese sábado y venís vosotros a comer —les dijo a sus hermano—, y así nos despedimos de vosotros. Podríamos irnos el día siguiente y así estaremos allí el día uno, que es el cumpleaños de Alexander.

—Me parece muy bien —dijo Elissa.

—Antes de marcharnos dame tu carnet de *senior* y así me harán descuento al sacar tus billetes del tren y los del metro para movernos por allí.

—Voy a dártelo ahora, de lo contrario lo olvidaré —dijo levantándose.

—¿Cuánto tiempo estaréis allí? —preguntó Dave.

—Hasta que nos cansemos. Ya que vamos, me gustaría que Alexander viera los museos, y sabes que eso nos llevará bastante tiempo.

—Cuando volváis me dices cuánto os habéis gastado y te daré el dinero —le dijo a su hermana.

—Dave, ¿has olvidado que tengo un montón de pasta ahorrada?

—Ese dinero es para comprarte una casa.

—He dicho que las invitaba yo —dijo Alexander.

—Sé lo que has dicho, pero también sé que no tienes trabajo.

—Que no tenga trabajo no quiere decir que no tenga dinero.

—¿Estás seguro de que quieres hacerte cargo de todo? Londres es muy caro.

—Por supuesto que estoy seguro.

Los hermanos de Erin se marcharon a última hora de la tarde, porque ambos habían quedado con unas chicas para cenar. Erin y Alexander se fueron una hora después.

—¿Quieres que vayamos a cenar? —preguntó Alexander mientras caminaban hacia el coche.

—Si no te importa, prefiero cenar en casa. Estoy muerta de cansancio. Yo no entiendo cómo hay mujeres que aguantan todo el santo día con tacones. Y eso que estos zapatos son comodísimos. Son italianos y me costaron carísimos. Pero qué quieres que te diga, yo prefiero ir con deportivos.

—Esos zapatos te sientan genial.

—Lo sé, y me encantan. ¿No te importa que no vayamos a cenar?

—Por supuesto que no, de todas formas, lo hacía por ti.

—Gracias.

—¿Quieres que vayamos esta noche al edificio donde tenía el bufete?

—¿A robar?

—O a echar un vistazo, no necesitamos dinero.

—El dinero nunca está de más.

Él le sonrió.

—Si no quieres, no hace falta que me acompañes, iré solo.

—Por supuesto que te acompañaré. ¿El edificio es una vivienda o un negocio?

—Es una notaría.

—Estupendo, así no tenemos que preocuparnos de que nos sorprendan de noche.

—El notario es, precisamente, ese familiar que llegó a mi casa cuando estábamos robando.

—Debíamos habernos llevado muchas más cosas. Seguro que tenían cosas de mucho valor como cuadros, por ejemplo. No para ponerlos en nuestra casa, sino para cuando tengas una casa grande.

—Podíamos volver un día con un furgón.

—No es mala idea. En la empresa de mi padre tienen furgones de todos los tamaños.

—Bueno saberlo.

—Esta noche iremos a inspeccionar el terreno. Si hay dinero y algo que reconozcas como tuyo, o algo de valor que no sea grande, nos lo llevaremos. Pero si hay cosas grandes y bonitas, volveremos otro día con un furgón.

—Lo que tú digas.

—¿Y sabes? Creo que vamos a volver a tu casa con un furgón. No lo inspeccionamos todo bien y seguramente habrá cosas de mucho valor.

—Ya habrán descubierto que entraron a robar en su casa.

—Y habrán cobrado el dinero del seguro.

—Puede que hayan cambiado el sistema de seguridad y hayan cámaras.

—Nos vestiremos de ladrones, con pasamontañas y guantes.

—Tienes respuesta para todo.

—De todas formas, ¿qué problema hay? Si nos sorprende alguien, le haces que nos olviden y listo.

—¿Ahora ya no te molesta que tenga súper poderes? —preguntó él riendo.

—No.

Cuando llegaron al vehículo él abrió las puertas con el mando y se sentó al volante. Ella se sentó a su lado.

—Te estás arriesgando demasiado conduciendo sin carnet.

—¿Cuál es el problema? Si nos para la policía y me piden el carnet haré que lo olvide.

—También tienes razón —dijo ella sonriendo—. Lo cierto es que es una ventaja ir contigo.

—Gracias. ¿Hablabas en serio cuando has dicho que quieres que volvamos a mi casa?

—Sí.

—Entonces, decidido. Le haremos otra visita a quien heredó mis propiedades.

—Pero esta noche lo haremos bien —dijo ella sacando el teléfono del bolso y llamando a su hermano—. Hola, Dave.

—Hola, cariño, ¿qué pasa?

—Verás, Alexander tiene que llevar a casa unas cuantas cosas que tiene en un trastero, algunas de ellas grandes. Hemos pensado trasladarlas esta noche, ¿crees que podríamos ir a la empresa de transportes y coger una furgoneta?

—Por supuesto que podéis ir. Esta noche está de guardia Fred, él te conoce y os abrirá la puerta.

—Vale. Mejor que lo llames tú para decírselo.

—Erin, es también tu empresa, no va a ponerte ningún impedimento.

—De acuerdo. La devolveremos esta misma noche o mañana por la mañana.

—No hay prisa, cuando os venga bien.

—Vale. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Antes de ir a la propiedad iremos a recoger una furgoneta.

—Os he escuchado. Creo que le estás cogiendo el gusto a esto de robar.

—La verdad es que sí. Ahora entiendo por qué existen los ladrones. Robando una vez, y teniendo un poco de suerte, sacan dinero para pasar una buena temporada y sin tener que trabajar.

—¿Te gustaría no tener que trabajar?

—No, me gusta mi trabajo. Pero quiero que vuelvas a tener todo lo que tenías en el pasado. Porque te lo arrebataron.

—Bueno, yo estaba muerto.

—Da lo mismo. Tus familiares se han aprovechado de tu muerte. Pero resulta que no estás muerto, así que ahora tienen que devolverte todo lo que era tuyo.

—Estás muy protectora conmigo.

—Es que me fastidia, porque tenías tu vida solucionada y de pronto no tienes nada.

—Erin, volveré a tener lo que tenía.

—Lo sé. Estoy segura que lo conseguirás.

—Y no se puede decir que no tenga nada. Porque tenemos más de un millón.

Eran las doce y media de la noche cuando aparcaron la furgoneta en la esquina de la casa a la que iban a entrar. Bajaron y caminaron hasta la entrada. Hacía una noche horrible y no había un alma en la calle. Subieron los siete escalones y se detuvieron delante de la puerta.

—Estate preparado, porque seguro que habrá alarma.

—Siempre estoy preparado, cielo.

—Arrogante abogado de pacotilla —dijo ella poniéndose el pasamontañas.

Él no pudo evitar reírse.

—Shhhh, no hagas ruido. Vamos, abre.

Alexander abrió la puerta y entró en la propiedad. Se dirigió hacia la alarma y la desconectó.

—Ponte el pasamontañas —dijo ella entrando tras él y cerrando la puerta sin hacer el menor ruido—. ¿Hay alguien en la casa?

—No —dijo él poniéndose el pasamontañas a regañadientes—. Está todo exactamente igual que en el pasado.

—¿Cuando era tu bufete estaba ese zócalo de un metro de madera en las paredes? —preguntó ella alumbrándolo con la linterna.

—Sí. En aquel entonces era la moda.

—Es elegante. Y supongo que lo han conservado porque parece serio y va bien con una notaría.

—En la parte de arriba de la madera había papel estampado. Ahora hay pintura.

—Estaría muy deteriorado por el paso del tiempo. De todas formas, tanto tu casa como esta habrán tenido varios dueños, y seguro que cada uno de ellos ha cambiado algo de la decoración.

¿Crees que podríamos encender las luces?

—Sería arriesgado.

—¿Tú puedes ver bien en la oscuridad?

—Perfectamente, como si fuera de día.

—En ese caso, no es necesario encender las luces. Cuando veas algo interesante me lo dices y lo enfoco con la linterna.

—De acuerdo.

—¿Empezamos por arriba como en tu casa?

—Como quieras. Ven por aquí —dijo él cogiéndola de la mano y llevándola a la escalera—. La casa tiene dos plantas y sótano. ¿Vas a entrar en este sótano, o lo evitarás como en mi casa?

—No me gustan los sótanos. De todas formas, habría bajado si me hubieras dicho que había cosas interesantes. Haré lo mismo en este.

—Bien. En la primera planta había tres habitaciones. Una era el archivo y las otras dos eran los despachos de mis ayudantes —dijo él mientras subían la escalera.

—¿Tenías ayudantes?

—Sí. Mi despacho estaba en la planta baja. Había una cocina, que la mantuve por si necesitábamos cocinar algo, y un comedor, que transformé en sala de juntas o de reuniones. También había una habitación pequeña que utilizaba como sala de espera. Frente a la puerta de entrada había un pequeño escritorio donde se sentaba un chico que recibía a los clientes.

—Hay tres puertas, así que supongo que siguen habiendo tres habitaciones —dijo Erin cuando llegaron al descansillo de la primera planta.

—Parece que en esta planta no han hecho reformas, solo han pintado las paredes. Ni siquiera han hecho un aseo.

—Habrán construido uno en la planta baja y lo utilizarán todos los que trabajen aquí.

—Yo hice construir uno en la planta baja.

—¿Ya existían los inodoros?

—No como los de ahora, por supuesto. Un tal Alexander Cummings patentó en 1775 el sistema Water Closet.

—Pensaba que aparecieron en 1884. Si no recuerdo mal, lo inventó Thomas Crapper, un inglés. Era una tubería en forma de S que conectaba el inodoro con la toma de agua.

—Apaga la linterna, voy a cerrar las cortinas y podremos encender la luz.

—Estupendo. Acuérdate luego de abrirlas.

—¿Para qué?

—Para que no sepan que hemos estado aquí.

—¿Qué importa que lo sepan o no? Tan pronto entren descubrirán que les han robado.

—Tienes razón. Aunque todavía no les hemos robado nada. Ese cuadro es bonito —dijo ella cuando él encendió la luz.

—Pues nos lo llevaremos —dijo descolgándolo y dejándolo apoyado en la pared junto a la puerta—. ¿Algo más que te guste?

Esa estancia era un despacho, pero no había en él nada que a Erin le interesara.

—Supongo que las cosas de valor estarán en el despacho del notario. Y también la caja fuerte.

—Seguro que sí. Yo tampoco veo nada interesante. Veamos las otras estancias.

En las otras dos habitaciones tampoco había nada que les llamara la atención. Y los cuadros que había en las paredes no les gustaban.

—Está claro que esos tres despachos son de sus empleados —dijo ella cuando salieron del

último de ellos—. ¿No has reconocido nada tuyo?

—No.

Alexander cogió el cuadro que le había gustado a Erin y bajaron la escalera hasta la planta baja. La sala de juntas estaba en el mismo sitio que la tenía Alexander en el pasado. Él corrió las cortinas y encendió la luz.

—La mesa es increíble, y enorme —dijo ella acariciándola con las yemas de los dedos.

—Tardaron varios meses en terminarla.

—Ahora valdrá una fortuna.

—Seguro que sí. Esas dos figuras son mías. Nos las regalaron para nuestra boda. Mi mujer dijo que aquí quedaban bien.

—Tu mujer tenía razón. Son muy elegantes. Nos las llevaremos, así tendrás un recuerdo de vuestra boda.

—Por mí no lo hagas. No creo que las ponga en casa, cuando tenga una.

—Pero son bonitas.

—Entonces no se hable más —dijo él cogiéndolas y dejándolas en el suelo junto al cuadro —. ¿Quieres algo más de aquí?

—Ese cuadro también me gusta.

—Muy bien.

—No nos va a caber todo en casa.

—Ya pensaremos donde ponerlo.

Recorrieron la planta baja y dejaron para el final el despacho del notario. Alexander encendió la luz, después de correr las cortinas.

—¡Madre mía! Aquí sí hay cosas de valor.

—Sí, la mayoría de ellas son mías. Todo lo que te guste ve dejándolo junto en un sitio.

—Vale —dijo ella.

Cinco minutos después, Erin tenía un buen surtido de cosas de decoración sobre una cómoda. Y, además, todos los cuadros del despacho que tenía apoyados sobre la pared junto a la puerta.

—¿Todo eso te vas a llevar?

—Sí. Me lo agradecerás cuando tengas una mansión.

—Vamos a tener que hacer varios viajes.

—No me importa.

—¿Crees que tendré una mansión?

—Desde luego que sí. ¿Qué haces parado? ¿No sabes dónde está la caja fuerte?

—Por supuesto que lo sé, pero quiero que seas tú quien haga los honores, para ver lo que hay en ella.

—Vale. Ve abriéndola.

Alexander la abrió y le cedió el sitio a ella para que comprobara el interior.

—¡Oh, Dios mío! Hay un montón de pasta.

—Sí, eso parece. Mételo en la mochila. Tenemos que salir de aquí, llevamos demasiado tiempo y si pasa algún conocido del notario o de alguien de los que trabaja aquí puede ver el resplandor de la luz y alertar al dueño.

—Tienes razón.

Erin metió los montones de billetes, todos de cincuenta libras, en la mochila.

—¿Cojo también los documentos?

—Sí, será lo mejor, los revisaré en casa.

Alexander volvió a cerrar la caja fuerte, y Erin se colgó la mochila a los hombros.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Quieres que empiece a llevar yo las cosas pequeñas al furgón y tú esperas aquí?

—No, iremos juntos. Así si nos ve alguien podré encargarme de él.

—De acuerdo.

—Quiero decirte algo —dijo él cogiéndola del brazo antes de que ella cogiera nada.

—¿Y tienes que decírmelo aquí, y en este momento?

—Sí.

—Vale. ¿De qué se trata?

—Quiero disculparme por lo que sucedió ayer en mi casa.

—¿Te refieres al beso?

—Sí. No sé lo que me sucedió. Te tenía tan cerca…

—No hace falta que te disculpes. Es cierto que fuiste tú quien me besó, pero yo te devolví el beso, así que soy tan culpable como tú. Yo tampoco sé por qué lo hice. Puede que fuera porque hacía mucho tiempo que nadie me besaba… Lo mejor es olvidarlo, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí. Estaba preocupado, porque cuando sucedió, parecías decepcionada.

—No estaba decepcionada. Solo me cogiste por sorpresa. Pero eso ya ha quedado atrás.

—De acuerdo.

Capítulo 13

—No me lo puedo creer —dijo Erin, contemplando el dinero que había sobre la mesa de la cocina.

La noche anterior estaba cansada y no se molestó en ver el botín que habían conseguido. Alexander había sacado el dinero de la mochila mientras ella dormía.

—Hay dos millones trescientas veinticinco mil libras.

—¿En serio?

—Sí.

—No podemos tener tanto dinero en casa.

—Supongo que no. Además, ahora ya no hay solo esa cantidad, sino tres millones trescientas noventa y cuatro mil. Menos lo que hayamos gastado.

—¡Santa madre de Dios! Ya tenemos para comprar una casa enorme. Lástima que no podamos hacerlo, porque es dinero negro.

—Ya encontraremos la manera. Tan pronto empiece a trabajar haré algunas inversiones. He estado mirando en Internet y se puede ganar mucho dinero.

—Esa es una buena idea. Deberíamos ir al banco a abrir una caja de seguridad. Aunque ya te dije que tendremos que ponerla a mi nombre, porque no tienes documentación.

—Yo no tengo problema con eso. Confío en ti. ¿Cómo te sientes? Ahora también eres millonaria.

—No sé, me siento normal. Deberíamos guardar todo el dinero en una bolsa o en una maleta. Y comprar un buen pestillo para la puerta y cerrarlo mientras dormimos. Bueno, mientras duermo. Los ladrones suelen entrar por la noche.

—¿Crees que va a entrar alguien estando yo aquí?

—Supongo que no, pero puede que entren cuando tú no estés, y no quiero que nos roben.

—Lo que hemos robado —dijo él sonriendo.

—Nuestro trabajo nos ha costado, ¿no crees?

—Tienes razón.

—Iremos mañana al banco y alquilaremos una caja de seguridad. Además de guardar en ella el dinero, guardaremos también las joyas. Es un peligro tenerlas en casa, son demasiado valiosas.

—Muy bien.

—Voy a prepararme el desayuno.

—Querrás decir la comida, es la una y cuarto.

—Bueno, pues la comida. Estoy muerta de hambre.

—Guardaré el dinero.

—En el altillo de mi armario hay una bolsa de deportes pequeña. Puedes meterlo dentro. Lo llevaremos al banco en ella.

—De acuerdo.

Alexander fue a coger la bolsa y volvió a la cocina. Estaba metiendo el dinero en ella, mientras Erin se preparaba un poco de pasta.

—¿Qué planes tenemos para esta tarde?

—Todavía no lo sé. Mi amiga Jenny llegará hoy. No sé si vendrá a casa o iré yo a la suya. Dijo que me llamaría al llegar.

—En ese caso, si aparece por aquí, me marcharé y os dejaré solas para que habléis de

vuestras cosas.

—Me parece bien. Seguro que tiene que contarme un montón de cosas. Apuesto a que ha estado con algún hombre y querrá contarme todo lo relacionado con él, o con ellos. ¿Dónde irás tú?

—No lo sé. Daré una vuelta por ahí. Puede que busque a alguien de quien poder alimentarme.

Alexander llevó al dormitorio de Erin la bolsa con el dinero y la metió en el altillo. Cuando regresó a la cocina colocó en el suelo, apoyados en una de las paredes los cuadros que habían llevado con ellos la noche anterior, y dejó sobre la mesa las cosas de decoración.

—Todo es muy bonito —dijo ella.

—Es cierto.

—Tendremos que buscar el sitio adecuado para colocar los cuadros.

—No hace falta que los colguemos en la pared. De todas formas, es algo provisional.

—Claro, supongo que cuando tengas tu casa te los llevarás.

—Este botín es de los dos. Los llevaremos a la nueva casa que compre, pero en la que viviremos juntos.

—Eso dices ahora, pero cuando empieces a trabajar y te conviertas en un abogado importante, cambiarás de opinión.

—No cambiaré de opinión.

—Tu casa está cambiada —dijo Jenny, la amiga de Erin, que se había presentado sin llamar, mirando a su alrededor.

—Es cierto, han cambiado algunas cosas.

—¿Qué hay detrás de la cortina?

—Una cama.

—¿Una cama?

—Tengo un compañero de piso desde hace diez días.

—¿Un compañero de piso?

—¿Por qué repites todo lo que digo? Pareces un loro.

—Es que estoy muy asombrada. Nunca has querido compartir piso con nadie, ni siquiera conmigo —dijo Jenny levantándose para ver lo que había tras la cortina—. Y menos aún con un hombre.

—Me estaré haciendo mayor. De todas formas, contigo no podría vivir. Eres demasiado desordenada, y al final nos pelearíamos.

—Tienes razón. ¿Cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Tu compañero de piso.

—Agradable, educado, simpático.

—¿Y de físico?

—No tardarás en comprobarlo por ti misma—dijo Erin, que había oído cerrarse el grifo de la ducha.

—¿Está aquí?

—Sí. Está duchándose.

—¿En qué condiciones está en la casa?

—Compartimos gastos al cincuenta por cien.

—¿Y está de acuerdo? No tiene mucho espacio que digamos en esa habitación —dijo señalando la cortina.

—Dice que como solo la emplea para dormir, no le importa.

—No creo que dure mucho aquí.

De pronto Alexander salió del baño con el pelo revuelto. Solo llevaba un vaquero negro puesto y ni siquiera lo llevaba abotonado del todo. Jenny giró la cabeza y lo miró de arriba abajo. Se quedó con la boca abierta al ver ese monumento de hombre caminando hacia ellas.

El vampiro tenía los pectorales, los abdominales y los oblicuos bien definidos. Una hilera de vello oscuro desaparecía por la cinturilla abierta del pantalón.

—Perdona, cielo. No sabía que tenías visita —dijo abriendo un cajón del mueble de su dormitorio para sacar unos calcetines. De otro sacó una camiseta negra de pico y se la puso.

—Alexander, ella es mi amiga Jenny —dijo Erin cuando él se puso frente a ellas, aunque aún descalzo—. Jenny, él es Alexander, mi compañero de piso.

—Un placer conocerte —dijo él inclinándose para besarla en la mejilla—. Erin me ha hablado mucho de ti.

—Pues ella no me ha mencionado absolutamente nada sobre ti. Aunque me alegro de conocerte —dijo la chica devolviéndole el beso.

—Voy a ponerme los zapatos y me marcho.

—Vale —dijo Erin.

Alexander fue al baño a secarse el pelo. Luego fue al dormitorio de Erin a ponerse los zapatos.

—¡Santa madre de Dios! En el mundo no existe justicia si a un hombre le sientan tan bien unos simples vaqueros —dijo Jenny—. No me importaría acariciar su increíble torso con los dedos.

Poco después Alexander volvió a aparecer en el salón, completamente vestido y con la cazadora negra puesta.

—Me voy. Ha sido un placer conocerte —le dijo a Jenny.

—Igualmente.

—¿Vas a cenar en casa? —le preguntó a Erin.

—¿Quieres que salgamos a cenar? —le preguntó ella a su amiga.

—Hoy no, estoy cansada del viaje y tengo que deshacer el equipaje y poner una lavadora.

—En ese caso, sí cenaré en casa.

—Entonces volveré para cenar contigo.

—De acuerdo.

—Hasta luego.

—Adiós —dijeron las dos al mismo tiempo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Ese era tu compañero de piso?

—Sí.

—No me extraña que hayas cambiado de opinión y hayas querido compartir tu casa con él. Ese hombre es una tentación irresistible.

—Sí, supongo que lo es.

—¿Supones? Y su sonrisa es… peligrosa, atrayente y seductora. De alguna forma que no puedo apreciar parece irradiar peligro. Ese hombre es el error que ninguna mujer podría arrepentirse de cometer.

—Tienes razón —dijo Erin, sonriendo por las palabras de su amiga—. Alexander emite un magnetismo sexual que no se puede ignorar.

—¿Te has acostado con él?

—¡Por supuesto que no! Aunque me ha besado.

—¿En serio?

—Sí. Me besó como si fuera la última mujer sobre la tierra. Y no pude evitar devolverle el beso, abrazándolo.

—Claro, seguro que fue un gran esfuerzo para ti devolvérselo.

—No, no fue ningún esfuerzo —dijo Erin riendo—. Me gustó sentir su cuerpo, firme y fuerte, apretándose contra el mío. Su beso me resultó más satisfactorio que todos los polvos que eché con mis tres ex parejas. Me besó de forma apasionada, como si deseara que los dos nos fundiéramos.

—Eso quiere decir que besa bien.

—Besa de maravilla. Fue el viernes pasado, pero no ha vuelto a besarme. Supongo que no fue algo importante para él, sino el momento. Pero a mí… no sé… Me sentí en el cielo. Nadie me había besado nunca de esa forma.

—Parece que te gusta ese hombre.

—Gustarme es poco. Creo que estoy enamorada de él.

—¡No, no, no! ¡Ni se te ocurra! No necesitas tener una relación seria con nadie, ya has tenido tres relaciones serias. Tienes que elegir a alguien que te divierta y te haga sentir bien en la cama, para que te vayas acostumbrado a la idea de que estás de nuevo en circulación. Aunque, no te estoy diciendo que no pueda ser él.

—Mi vida era tranquila hasta que él apareció. Pensamos que nada puede cambiar nuestros planes y de pronto, el universo nos sorprende de nuevo.

—Sí, es cierto.

—Creía que lo tenía todo controlado, y no se me ocurrió pensar en los imprevistos que hay a lo largo de la vida.

—Erin, nunca se tiene todo controlado.

—Su compañía es como una droga… potente, dulce y adictiva. Siempre tengo ganas de estar con él. Cuando estoy en el trabajo quiero que el tiempo pase rápido para volver a verlo. Y cuando estoy con él me siento muy extraña.

—¿A qué te refieres?

—Tenerlo cerca me altera demasiado. Ese hombre es un peligro para mi salud mental. A veces pienso que me estoy volviendo loca. Me temo que estoy locamente enamorada de él.

—No me digas eso, por favor.

—No puedo evitar quererlo, y te aseguro que he intentado que no sucediera. Pero el amor no es algo de lo que te puedas desprender fácilmente.

—Lo sé. Siempre he oído que cuando uno se enamora, ya no hay vuelta atrás.

—Mi madre siempre dice que el amor solo lo encontramos una vez en la vida y que si no aprovechamos la ocasión cuando se presenta, luego será demasiado tarde. Desde mi última relación me había hecho a la idea de que no saldría con ningún hombre y, por supuesto, no me casaría.

—La vida da muchas vueltas.

—Lo sé. Y está llena de imprevistos.

—Eso es cierto. Yo no soy partidaria del matrimonio, porque es como entregar la llave de tu destrucción a una persona, y rezar para que no la utilice. Pero siempre he querido tener hijos, y alguien que me acompañe a lo largo de la vida. No ahora, desde luego, porque quiero divertirme unos cuantos años más.

—Yo no quería enamorarme. Pero no puedes elegir cuando vas a enamorarte. Es el amor quien te obliga.

—Seguro que tienes razón.

—Tu vida funciona perfectamente, hasta que un día, de pronto, alguien se cruza en tu camino y lo cambia todo en un abrir y cerrar de ojos. Te das cuenta de que estás enamorada de esa persona, cosa que nunca habías pensado que te sucedería. Y no puedes saber cómo ha pasado ni porqué.

—Eso me aterra.

—Yo doy fe de ello. ¿Sabes? Hay gente que está de más en nuestra vida, y gente que pasa por ella, haciendo que merezca la pena vivir. Alexander es una de esas personas que merece la pena tener a tu lado.

—Estás convencida de que le quieres.

—Estoy irrevocablemente enamorada de él.

—Oh, Dios mío. ¿Sospechas que él siente lo mismo por ti?

—No.

—Has contestado demasiado deprisa. Entonces, ¿por qué crees que te besó?

—No lo sé. Estábamos muy cerca. Puede que fuera eso.

—¿Le preguntaste por qué te había besado?

—No. Lo cierto es que me sentí muy aturdida. No quería que un simple beso acabara con lo que hay entre nosotros. Me refiero a la relación de amigos que mantenemos. No quiero perderlo.

—Bien, háblame de él.

Erin le contó todo lo ocurrido desde que se conocieron, sin mencionar los detalles que pudieran hacerle pensar que no era *un hombre normal*. Jenny se alegró de que él se encontrara en el bosque cuando ese hombre atacó a su amiga. Erin estuvo hablándole de él durante más de una hora. Le dijo que los cuadros que estaban apoyados en la pared eran suyos, de cuando estaba casado. Le habló de su mujer y de sus hijos, y de cómo los perdió.

—Menuda tragedia. Tuvo que ser un palo muy fuerte para él. Es difícil superar algo así. Y es tan joven...

—Sí. La muerte de su familia fue lo que hizo que se derrumbara y se alejara del trabajo y de todo, y se trasladara al pueblo donde nació. Es por eso que ahora tiene que ponerse al día de nuevo con las leyes. Y entonces buscará trabajo. De todas formas, no va a haber nada entre nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se disculpó por haberme besado. Bueno, dejemos de hablar de mí y de Alexander. Cuéntame cómo lo has pasado.

—Pues el curso fue muy aburrido, aunque era necesario. Pero los dos fines de semana que he pasado en Londres fueron una maravilla. Salí los dos viernes y los dos sábados. Y estuve con tres tíos. Uno de ellos era fantástico en la cama y repetí.

Alexander regresó a casa casi a media noche. Erin estaba en el salón. Acababa de terminar de ver una película.

—Hola.

—Hola —dijo ella.

—Siento no haber llegado a tiempo para cenar contigo.

—No importa. Supongo que te estarías divirtiendo y se te ha pasado el tiempo rápido. ¿Dónde has estado? Perdona, no tenía que haberte hecho esa pregunta. No hace falta que me contestes.

—No me importa contestarte, y ya sabes que puedes preguntarme lo que quieras. Fui a tomar café a la terraza que hay enfrente de la catedral.

—Se está muy bien allí, y el café es muy bueno.

—Tienes razón. Estuve un tiempo viendo a la gente pasar. La camarera se acercó a mí para ver si quería tomar algo más y nos pusimos a hablar. Era simpática y divertida. Me dijo si me apetecía ir a cenar y le dije que sí. Después de cenar me dijo que vivía cerca, y que la acompañara a su casa para tomar una última copa.

—No hace falta que sigas, ya sé lo que viene después. De todas formas, tienes móvil y no te habría costado nada llamarme para decirme que ibas a cenar con alguien, que te interesaba más que yo, o enviarme un simple mensaje. Así no te habría esperado.

—Lo siento.

—Al menos habrás comprobado si es peligroso para una humana hacer el amor contigo.

—Eso lo comprobé hace unos días. Estuve con la chica esa que te mencioné, de la que me había alimentado.

—Me dijiste que no habías hecho el amor con ella.

—Yo no lo llamaría hacer el amor.

—Lo que sea.

—No lo hice la primera vez, pero fui a verla una segunda vez.

—Vaya, pensaba que estabas muy afectado por la pérdida de tu esposa y de tus hijos.

—Y lo estoy. Pero una cosa no tiene que ver con la otra. ¿Estás enfadada porque no he venido a cenar contigo?

—No estoy enfadada.

—Entonces, ¿estás celosa porque he estado con una mujer?

—Eres un arrogante. ¿Qué puede importarme a mí con quien te acuestes? Por mí puedes acostarte con todas las mujeres de la ciudad.

Alexander vio claramente que estaba celosa. Hizo todo lo posible por ocultar el placer que sintió al descubrirlo. La emoción le oprimía el pecho.

—Me voy a la cama —dijo levantándose y mirándolo.

Alexander se había sacado la chaqueta y la camiseta que llevaba se adhería a su torso y a sus brazos. Era asombroso lo bien definidos que tenía los músculos. Parecía salido de un manual de anatomía, o mejor aún, de un catálogo masculino de ropa interior. Su cuerpo era absolutamente perfecto, pensó Erin suspirando.

—Buenas noches.

—Buenas noches, cielo.

Alexander se sentó en el sofá. Se preguntaba por qué le atraía tanto esa mujer. Puede que fuera por la mezcla de valor e inocencia, se dijo. No podía olvidar que lo había invitado a vivir con ella, siendo un vampiro, y eso demostraba que era muy valiente. O puede que fuera por la ternura con que lo trataba, y por lo descarada que era hablando de sexo. Eso lo ponía de los nervios. O quizás fuera porque era muy inteligente y tenía una memoria prodigiosa. Decididamente, era la combinación de todas esas cosas, pensó, sin olvidar su belleza, que no era nada despreciable.

Alexander se sintió encantado al saber que estaba celosa, y no debería sentirse bien por ello. Sabía lo que sentía por él, pero no permitiría que hubiese entre ellos nada más de lo que había, no quería que cambiara nada de la relación que mantenían de amigos, o compañeros de piso, o lo que fuesen. Eso era lo fundamental para él. Porque Erin era la persona más importante de su vida, en esa nueva vida, que prácticamente acababa de comenzar.

Erin era tan natural que cuando la tenía cerca se sentía en paz y relajado. Viviendo con ella su vida era tranquila. Su casa era pequeña, pero muy acogedora y se sentía bien allí. Desde que la

había conocido, de una forma u otra, todo lo relacionado con ella era tentador. Le gustaba tomar un café por la mañana mientras ella desayunaba, y cenar con ella le encantaba. Erin le hablaba de cómo le había ido el día en el instituto y le contaba alguna anécdota con alguno de sus alumnos. Y toda ella era un peligro para él.

Erin fue a lavarse los dientes, molesta porque la llamara cielo. Ahora tenía a otra mujer con quien había hecho el amor, mejor que la llamara cielo a ella, se dijo.

Al entrar en su dormitorio abrió la ventana, a pesar del frío que hacía, porque necesitaba sentir el frío de la noche, para que le nublara los sentidos y la hiciera vagar por el mundo de los sueños. Después de un par de minutos cerró la ventana. Se metió en la cama y se cubrió con el edredón.

Erin se sentía desbordada por la tensión. A medida que pasaban los días, esa tensión iba creciendo. Alexander no la había vuelto a besar, pero se había dado cuenta de que, recientemente, la miraba de manera muy intensa, y no sabía qué era peor. Porque cuando la miraba sentía como si la acariciara con la mirada.

A menudo, Erin perdía la concentración por culpa de él. Ese hombre le era muy familiar, pero, al mismo tiempo era como un desconocido. Deseaba abrazarlo y esconder el rostro en su cuello para aspirar su delicioso olor. Quería besarlo, acariciarlo, enredar los dedos entre su pelo.

Desde que Alexander la besó, se sentía como si su cuerpo fuera dominado por una voluntad ajena. Bastaba con que él estuviera en la misma habitación que ella, para que se humedeciera entre las piernas. Fantaseaba con él por las noches cuando se metía en la cama, pero a veces también en el trabajo. En alguna ocasión se había descubierto a sí misma escribiendo el nombre de él, una y otra vez, mientras preparaba la clase del día siguiente. Como si fuera una adolescente.

La siguiente semana había sido muy extraña. Erin no se portó como lo hacía normalmente.

El lunes Alexander iba a ir a acompañarla al trabajo, pero ella le dijo que no lo hiciera, porque iba a ir con coche. Eso fue lo primero que le extrañó, porque hacía un sol radiante, y ella no cogía el coche si no llovía.

Después del trabajo Erin lo llamó por teléfono para decirle que bajara de casa con la bolsa del dinero para ir al banco. Poco después iban los dos en el coche.

—¿Por qué has ido hoy al trabajo en coche? Dijiste que cuando no llovía preferías ir andando.

—Sé lo que dije, pero estaba muy cansada y no me apetecía caminar.

—¿Por qué estabas cansada? —preguntó él, aunque sabía que había estado despierta hasta altas horas de la noche.

—Anoche no pude dormir mucho.

—¿Por alguna razón en especial?

—Haces demasiadas preguntas.

—Dijiste que podía preguntarte todo lo que quisiera.

—Pues hoy no es el mejor día para hacerme preguntas.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Me da la impresión de que te crees el centro de mi vida.

—Disculpa, no te preguntaré nada más.

Llegaron al banco y alquilaron una caja de seguridad y metieron en ella el dinero y las joyas.

—¿Te has quedado en casa algo de dinero?

—Sí.

Poco después abandonaron el banco y caminaron hasta donde tenían el coche.

—¿Tienes que ir a algún sitio?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Porque si no quieres ir a casa, puedo acercarte adónde quieras.

—¿Te molesta que esté en casa?

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. Puedo leer en tu mente, que no quieres tenerme cerca. Pero no hace falta que me lleves a ningún sitio. Te veré esta noche —dijo él caminando por la acera y alejándose de ella.

Erin se maldijo a sí misma. Se había portado con él de manera muy borde y no se lo merecía. Él no tenía culpa de que estuviera celosa, ni de que estuviera enamorada de él.

El martes, Erin le preguntó si iba a acompañarla al instituto y él le dijo que le gustaría. Fueron hablando de manera animada durante todo el camino, pero Alexander notaba la tensión que había entre ellos, una tensión que anteriormente no estaba. No quería presionarla y decidió no ir a esperarla al trabajo a la salida. Y ella había echado de menos no verle al salir.

Cuando Erin llegó a casa, él no estaba. Se preocupó, porque sentía que algo había cambiado entre ellos. Y reconoció que era culpa suya. Tenía que arreglarlo como fuera. Pero esa noche no tuvo ocasión de hacerlo, porque cuando Erin se acostó era casi media noche y el vampiro aún no había llegado. Eso hizo que ella tuviera de nuevo problemas para quedarse dormida.

Cuando se levantó el miércoles, Alexander estaba preparando el desayuno.

—Buenos días.

—Buenos días, cielo. ¿Has dormido hoy mejor?

—Sí.

—Me alegro. Siéntate, el desayuno está listo.

Erin lo hizo y él se sentó a la mesa frente a ella.

—¿No me preguntas dónde estuve ayer?

—Si quieres que te sea sincera, no me muero de ganas por saberlo —dijo ella sin mirarlo.

—Pasé el día con tu madre. Fui a verla después de acompañarte al trabajo. Tenía que hacer unos recados y fui con ella. Luego la invité a comer en un bonito restaurante.

—Pero yo me acosté a media noche y no habías llegado.

—Lo sé. Tu madre me invitó a cenar en su casa. Sabía que se encontraba sola y me pareció bien quedarme a cenar con ella, al fin y al cabo no tenía nada que hacer. Después de cenar tomamos café en el salón y sacó los álbumes de fotos. Estuvimos hasta bien entrada la madrugada viendo las fotos, mientras me iba diciendo quienes eran todos los que aparecían en ellas. Me habló de vosotros tres y de tu padre. Lo quería mucho.

—Sí, es cierto.

—Siento no haber cenado contigo.

—No importa, mi madre es más importante que yo.

—Para mí, tú eres lo más importante.

—Seguro que sí —dijo ella mirándolo a los ojos.

La forma en que la miraba, con esos ojos grises de tormenta y que en ese momento le parecieron fríos, la turbaba. Pero no se dejó intimidar, ni por su mirada insistente, ni por esa arrolladora seguridad en sí mismo que desprendía. ¡Menudo ejemplar tenía delante!, se dijo.

De pronto, ella le sonrió, deslumbrándolo. Alexander pensó que la sonrisa de esa mujer era un arma letal.

Ese día no la acompañó al instituto. Había decidido esperar a que ella se lo pidiera. Pero ella no lo hizo. Y él no fue a esperarla a la salida del trabajo.

El jueves ella tampoco le pidió que la acompañara al instituto y él no lo mencionó. Se vieron por la tarde, cuando ella volvió a casa.

A la hora de cenar la acompañó.

—He estado pensando en algo.

—Deslúmbrame —dijo ella sin mirarlo.

—Lo intentaré. Estoy perdiendo mucho tiempo al no trabajar. No sabemos nada de Sam. Puede que no esté interesada en hacerme los papeles. ¿No crees que está tardando mucho?

—Alexander, no es una profesional y necesitará su tiempo.

—Supongo que tienes razón. Pero he estado pensando en ir a la biblioteca, no para darle prisa, sino para preguntarle sobre los libros de leyes. Si me orientara por dónde empezar, comenzaría a leer y me pondría al día rápidamente. ¿Crees que habría algún problema en que me presentara allí?

—No veo por qué. Ya le dije que eras abogado, pero que habías estado apartado de tu profesión y tenías que ponerte al día.

—Estupendo. Mañana iré.

—Me parece bien. Puede que al verte te comente algo sobre cómo lleva el asunto de tus papeles.

—Sí.

Por la noche vieron una película y luego se fueron a dormir.

A la mañana siguiente él preparó el desayuno, y cuando Erin apareció se sentaron a desayunar.

—¿Por qué no me acompañas ya al instituto ni me esperas a la salida?

—Pues porque me dio la impresión de que no querías tenerme cerca.

—Querrás decir que lo leíste en mi mente.

—Lo que sea.

—Sé que he estado rara estos días.

—Al menos lo reconoces. Me gustaría saber la razón, pero no voy a preguntarte.

—Lo cierto es que no hay ninguna razón. Me he portado como una estúpida y me arrepiento de ello. ¿Quieres acompañarme hoy?

—Sí.

—¿Te apetece que vayamos al bosque a la salida del trabajo?

—Sí, me gustaría mucho.

—Estupendo.

Parecía que las cosas entre ellos habían vuelto a la normalidad, se dijo Alexander satisfecho.

Cuando Alexander dejó a Erin en el trabajo se dirigió a la biblioteca.

—Hola, Sam, buenos días.

—Hola, Alexander. Siento no haber llamado a Erin, pero aún no tengo listos tus papeles.

—No he venido por eso. ¿Podrías aconsejarme qué libros de derecho leer para ponerme al día? He estado mucho tiempo apartado de las leyes.

—Me lo comentó Erin. Te mostraré todos los libros de derecho que tenemos, que no son pocos —dijo ella saliendo de detrás del mostrador y caminando por los pasillo seguida por él.

—Estupendo.

—Luego te daré un enlace donde aparecen los juicios más destacados. Seguro que lo

encuentras interesante.

—Muchas gracias.

—No hay de qué —dijo ella deteniéndose—. Mira, toda esta estantería es de derecho, en la parte inferior de cada tomo está anotado el año.

—Genial.

—Puedes usar la mesa grande que hay cerca del mostrador. Tiene ordenador, por si quieres consultar algo.

—Perfecto.

—Puedes coger todos los libros que quieras. ¿Vas a llevarte alguno a casa?

—No creo. De todas formas, Erin me ha dado su tarjeta de la biblioteca por si quería llevarme alguno.

—Si decides llevarte alguno, lo llevas al mostrador para que lo anote.

—De acuerdo.

—Te dejaré en la mesa la página que te he mencionado de los juicios.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

—¿Cerráis al medio día?

—No. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Perdona, voy a atender a un cliente. Te veo luego.

—Vale.

Alexander cogió tres tomos de leyes y los llevó a la mesa que le había indicado la chica. Encontró sobre ella un papel con la página que le había mencionado. Se sentó en la silla y abrió el primer tomo.

Sam lo observaba, sin perder detalle. Estaba en una mesa detrás del mostrador, pero desde allí podía verlo perfectamente. En un principio pensó que Alexander estaba ojeando el libro, pero prestando más atención, se dio cuenta de que estaba leyendo, porque no había pasado unas cuantas páginas, sino todas las del libro, una por una. Lo había leído. Ella era rápida leyendo, pero él la superaba. Cuando acabó el tomo, abrió el segundo y un poco más tarde el tercero. Luego encendió el ordenador y buscó la página que Sam le había dado. Entonces estiró sus largas piernas, se echó hacia atrás en el respaldo de la silla, se puso los auriculares y comenzó a ver y escuchar los juicios. Eran diversos, casos completamente diferentes, de divorcios, de crímenes, de desfalcos… Le interesaban todos. Luego hizo una pausa y apagó el ordenador. Llevó los tres volúmenes a la estantería y cogió tres más.

Estaba leyendo uno de los tomos, cuando levantó la cabeza y sorprendió a Sam mirándolo. Ella le sonrió y bajó la mirada. Esa chica le daba mala espina, porque no podía leerle la mente y era la única.

Alexander se marchó a la hora de comer, despidiéndose antes de Sam.

Sam fue a la cafetería de siempre en su descanso para comer. Mientras esperaba que le llevaran el sandwich que había pedido, llamó a su hermana.

—Es viernes, ¿por qué me llamas hoy?

—Esta mañana ha venido Alexander a la biblioteca.

—Supongo que ese Alexander es el hombre a quien le estamos haciendo la documentación.

—Supones bien.

Sam le contó lo que había hecho él en el tiempo que permaneció en la biblioteca.

—Puede que te hayas confundido y que, simplemente, estuviera ojeando los libros.

—Beth, te aseguro que leyó los seis tomos.

—Vale, de acuerdo. ¿Estás convencida de que pueda ser un vampiro?

—Sí. Hay otro detalle que también me hace pensar que tengo razón en que no es humano.

—¿Qué detalle es ese?

—Cuando Sam vino con él a la biblioteca, al hablar a solas sobre los documentos que necesitaba su amigo, o lo que es lo mismo, Alexander, me dijo que él me pagaría lo que le pidiese.

—¿Y?

—¿De dónde ha sacado el dinero, si no trabaja?

—Pues… Si es un vampiro, puede que tenga poderes.

—Por supuesto que tendrá poderes. A eso me refiero. Habrá utilizado esos poderes para conseguir el dinero.

—Tienes razón. Tengo ganas de conocerlo.

—Tantos años buscando en periódicos y documentos antiguos algo extraño, que nos pueda ayudar a saber algo más sobre nosotras, y ahora resulta que un vampiro se cruza en nuestro camino, en carne y hueso.

—Desde luego, si es un vampiro, ha sido una gran coincidencia.

—Y que lo digas. Él podría ayudarnos a desentrañar todas nuestras dudas.

—Cierto. ¿Cómo llevas lo de su documentación?

—Con los datos que tú averiguaste, la historia está completa. Te enviaré un email con ella. Te aseguro que es bastante creíble.

—Estupendo. ¿Has conseguido todo lo necesario para hacerle el pasaporte?

—Sí. Y también para hacer los otros documentos que necesitará. Pero me gustaría que lo hiciéramos juntas.

—¿Él te ha dado prisa cuando ha ido esta mañana a la biblioteca?

—No, solo quería que le aconsejara sobre los libros de derecho. ¿Por qué no vienes el fin de semana? Podríamos dejarlo todo terminado. Tú eres mejor que yo con el tema del papeleo. Si vinieras, podríamos tenerlo todo listo en el fin de semana. Tengo todo lo que necesitamos para hacerle el pasaporte, la partida de nacimiento, tarjeta de la seguridad social, y lo de hacienda. Además podríamos hacerle un currículum que los dejara a todos con la boca abierta.

—De acuerdo. Comprobaré los vuelos que hay esta tarde. Te llamaré para decirte el número del vuelo y la hora de llegada para que me recojas en el aeropuerto.

—Genial. Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo a ti.

Capítulo 14

Al día siguiente, que era sábado, fueron a un supermercado enorme que había a las afueras de la ciudad y que Alexander no conocía, a comprar lo que necesitaban para la semana. Se les había hecho casi la hora de comer, porque él se había entretenido mirando todo lo que había en cada una de las estanterías de todos los pasillos. Estaba alucinado.

Cuando llegaron a casa, Erin preparó algo ligero para comer y comieron juntos. Luego tomaron café en el salón y empezaron a ver una película. Erin no la terminó porque se quedó dormida apoyada en el hombro de él. Alexander la acomodó en el sofá, la tapó con una manta y la dejó dormir.

A las seis y media se despertó y fue a ducharse, sin decirle nada a él. Alexander oyó la ducha y luego el secador. Escuchaba perfectamente los sonidos que hacía al abrir y cerrar los productos de maquillaje. Le extrañaba que no le hubiera dicho nada pero, sin duda, Erin estaba arreglándose. No le había mencionado nada de que fueran a salir. Eran las siete de la tarde y ella nunca salía a esas horas. Bueno, lo cierto era que, desde que la conocía, nunca había salido a la calle sin él, a no ser que fuera al trabajo. Se moría de ganas por saber dónde iba a ir, porque estaba seguro de que ella no quería que él la acompañara, pero no quiso preguntarle.

Erin salió del baño y entró en su dormitorio. Alexander sabía que se estaba vistiendo. Poco después caminó hasta el salón, ya con el abrigo puesto.

—¿Vamos a salir?

—Yo sí. He quedado con Jenny para ir a cenar y luego a tomar una copa.

—Supongo que ese *yo sí* significa que no quieres que vaya contigo.

—Hoy no. Va a ser una noche solo de chicas.

—De acuerdo.

—¿Qué harás tú?

—No lo sé. ¿Quieres que te recoja en algún sitio, o te llevas el coche?

—No voy a llevar el coche, porque beberemos y no podría conducir. Iremos caminando y a la vuelta cogeremos un taxi.

—Muy bien. Que te diviertas.

—Lo mismo te deseo.

Las dos amigas fueron a un restaurante que les gustaba y al que solían ir. Estuvieron hablando de todo un poco, pero sobre todo, hablaron de Alexander.

—Te estás portando de forma muy impulsiva con él —dijo Jenny.

—Lo sé.

—Reconozco que siempre has sido una chica con carácter, aunque al mismo tiempo tímida. Pero estás absolutamente irreconocible.

—Lo que sucede es que estoy asustada.

—¿Asustada? ¿Por qué?

—Porque pienso que no voy a poder vivir sin él. Creo que me estoy volviendo loca.

—Por favor, no seas trágica.

—No soy trágica. Tú no lo puedes entender, porque nunca te has enamorado. Tengo miedo. La verdad es que estoy aterrada. Sé que él no siente nada por mí.

—¿Cómo estás tan segura?

—No ha vuelto a besarme.

—Eso no quiere decir que no sienta nada por ti.

—¿No has escuchado lo que te he dicho hace unos minutos? Se ha acostado con dos mujeres, con la última, precisamente al día siguiente de besarme.

—Bueno, puede que tengas razón. Es posible que sea de esos hombres a quien les gusta la variedad.

—Como a ti.

—Sí, más o menos —dijo Jenny sonriéndole—. Desde luego, con su aspecto no tendrá problemas para encontrar mujeres, apuesto a que tan pronto lo vean intentarán irse a la cama con él.

—¿Eso es lo que haces tú cuando te encuentras con un hombre guapo?

—No, cariño, en mi caso son los hombres los que vienen detrás de mí.

—Menuda engreída estás hecha.

—Aunque, he de admitir, que por estar con un hombre como ese, sería capaz de hacer una excepción.

—Vamos a pedir el postre y nos vamos —dijo Erin, que no le habían gustado las palabras de su amiga.

—De acuerdo.

—Estoy un poco mareada —dijo Erin.

—Normal, nos hemos bebido dos botellas de vino.

Media hora después salieron del restaurante y caminaron hacia una discoteca. No estaba cerca, pero querían que el fresco de a noche les despejara un poco la cabeza.

—Alexander me ha dicho si quería que nos acompañara.

—¿Le has dicho que no?

—Sí.

—No le habrá sentado muy bien.

—Le he dicho que era una noche de chicas, para hablar de nuestras cosas. Lo ha entendido perfectamente.

—¿Por qué no has querido que viniera con nosotras? A mí no me habría importado.

—Porque he de olvidarme de él. No puedo seguir enamorada.

—Erin, cuando uno se enamora, ya no hay vuelta atrás.

—Pues tengo que intentarlo.

—Suerte con ello. Aunque seguro que te llevará bastante tiempo, y más compartiendo casa con él.

Alexander sentía que a Erin le sucedía algo. A pesar de la distancia que los separaba, podía sentir su estado de ánimo, y sabía que estaba aturdida. No sabía a qué se debía. Pero como ella le había dicho que beberían, lo achacó al alcohol. Pensó en ir a comprobarlo, pero sabía que ella se enfadaría, si se presentaba donde quisiera que estuvieran.

Entraron en la discoteca a la que solían ir. Estaba muy llena. Dejaron los abrigos en el guardarropas y se adentraron en el local. Vieron que un sofá se quedaba libre y caminaron rápidamente para que no se lo quitaran.

—Qué suerte hemos tenido.

—Y que lo digas. Aunque no nos durará mucho. Tan pronto vayamos a bailar nos lo quitarán.

—Pero ahora descansaremos un poco. El restaurante no estaba cerca precisamente y con los tacones… Yo no sé tú, pero yo necesito unos minutos para descansar los pies —dijo Jenny.

—Yo también. Tengo que recordarte que no suelo llevar tacones, y me canso más que tú con ellos —añadió Erin.

—Pues quédate y descansa mientras voy a por unas copas.

—Está el camarero al que le caemos tan bien.

—Con un poco de suerte nos invitará.

—Es un chico muy simpático.

—Ahora vuelvo.

Alexander salió a la calle a dar un paseo. Comenzó a caminar y se detuvo frente a la discoteca. Sabía que Erin estaba dentro del local. Y también sabía que no debería entrar, porque ella se enfadaría. Le había dejado bien claro que no quería que las acompañara. Pero sentía que ella no estaba bien, la sentía aturdida, puede que más de lo que estaba antes de que él saliera de casa.

Frente a la discoteca había un pequeño parque en el que solo había dos bancos. Uno de ellos estaba ocupado por unos jóvenes, tres chicos y dos chicas. Decidió sentarse en el otro y esperar a ver qué sucedía.

Alexander estuvo escuchando la conversación que mantenían los del otro banco. Sin duda estaban drogados. Las chicas, que estaban sentadas en el centro, se dejaban tocar por todos ellos, sin ningún pudor. Se besaban con uno y otro. Uno de los chicos estaba sentado en el suelo frente a las chicas y tenía ambas manos metidas debajo de las faldas de ellas. Se sintió asqueado, pensando que las drogas hacían que las mujeres perdieran el respeto por sí mismas. Decidió que le haría otra visita al traficante de drogas, y se llevaría de nuevo todo el dinero que tuviera en su casa.

Las chicas estaban en la pista de baile. Jenny se estaba besando con un chico mientras bailaba. Erin la miró y supo que esa noche tendría que volver sola a casa, porque su amiga se iría con ese hombre.

Las dos fueron a la barra a por otra copa.

—No debería beber más, creo que he bebido más de la cuenta.

—En ese caso, esta será la última —dijo Jenny pasándole una de las copas que les había servido el barman.

Ambas se dieron la vuelta para mirar hacia la pista de baile mientras bebían.

—Parece que has ligado.

—Sí.

—¿Dónde se ha metido?

—Ha ido al aseo.

Alexander no pudo resistirlo más y entró en el local. Sentía que Erin estaba cada vez peor.

—Me temo que tendrás que volver sola a casa.

—¿Acaso no vuelvo sola siempre que salimos?

—Es que desde que terminaste con tu último novio estás en plan monja. ¿Por qué no te decides por alguno de los tíos que están babeando a tu alrededor y te lo llevas a casa?

—Creo que no estoy en condiciones de irme con ningún tío.

—Pues yo creo que estaría bien que te presentaras en casa acompañada. Así tu compañero de piso se daría cuenta de que no te importa que él esté con otras mujeres. Aunque me parece que no vas a volver a casa sola.

—¿Te has arrepentido y no te irás con tu ligue?

—No me he arrepentido. Pero Alexander está aquí.

—¿Qué?

—Tu compañero de piso está en la discoteca.

—No puede ser. Le dije que no quería que viniera conmigo.

—En realidad, no ha venido contigo. Pero parece ser que no ha aceptado que le dijeras que no quería que te acompañara. Y viene hacia aquí.

—No quiero verlo —dijo Erin, sin ni siquiera mirarlo—, y menos estando borracha.

—Entonces, vamos a bailar —dijo Jenny cogiéndola de la mano y arrastrándola a la pista.

Alexander decidió ir a la barra a pedir alguna bebida y observar a Erin desde allí. Cuando el barman le preguntó qué iba a tomar, le pidió un whisky. Cogió el vaso y se dio la vuelta para mirar hacia la pista.

Erin llevaba un vestido muy corto entallado a la cintura y anudado en la nuca. Tenía la espalda al aire y Alexander supo que no llevaba sujetador.

Verla moverse al ritmo de la música era una experiencia completamente nueva para él. Había visto en la televisión discotecas y fiestas, y mujeres bailar en ellas. Pero no eran Erin. Se excitó al ver el movimiento de sus pechos, que acompañaban al resto de su cuerpo. Era una mujer preciosa, y le encantaba verla bailar. Lo que ya no le gustaba tanto era ver a los tíos que andaban a su alrededor, bailando con ella, o exhibiéndose ante ella.

Jenny estaba bailando pegada al chico que se había ligado. Miró a Alexander, que no apartaba la mirada de su amiga. La forma en que esos preciosos ojos grises la habían recorrido desde la cabeza a los pies, no le dejaron ninguna duda sobre el tipo de hombre que era. Y estaba completamente segura de que a ese hombre le gustaba su amiga.

Erin se dio la vuelta y lo miró por primera vez. Jenny tenía razón, pensó. Ese hombre estaba bueno de cojones. Le gustaba ese aire indefinido que lo rodeaba, apasionante, seductor y peligroso. Nada más verlo se le aceleró el pulso y empezó a sentir una serie de emociones.

Erin empujó al chico que tenía delante, que se había acercado a ella abrazándola y le había acariciado el culo.

Alexander no lo pudo resistir más. Dejó el vaso de whisky, que ni siquiera había probado, y caminó hacia la pista. Al llegar junto a ella, solo tuvo que mirar al tío que la había importunado, para que él se alejara rápidamente.

El vampiro se acercó a ella y le rodeó la cintura con los brazos y comenzó a balancearse. Ella lo miró desconcertada.

—¿Cómo estás, cielo?

Con esa voz ronca y sensual, y ese tono tan pagado de sí mismo, consiguió que en vez de que se enfadara por haber ido a la discoteca, la encendiera y lo deseara más.

Le flaqueaban las rodillas y le abrazó por el cuello para no caerse.

—Pareces compasivo y afectuoso, pero no me engañas, en este momento eres tan afectuoso con un bloque de mármol.

—Estás enfadada porque he venido.

—Desde luego que sí.

—Sabía que no te sentías bien y no he podido evitarlo. Y no me ha gustado que ese tío te pusiera las manos encima.

—¿Qué puede importarte a ti que un tío me toque?

—No me importaría, si tú estuvieras de acuerdo en que lo hiciera, pero ese no ha sido el caso, ¿verdad?

—Estoy muy mareada.

—¿Por qué has bebido tanto?

—Porque es lo que hacemos cuando salimos.

—¿Y te parece divertido?

—Hasta que empiezo a sentirme mal, sí. Me ayuda a olvidar.

—¿Qué quieres olvidar?

—Algunas cosas.

—Vamos, te acompañaré a casa.

—Vale.

—¿Quieres que busque a tu amiga?

—Ella no vendrá con nosotros, se ha ligado a un tío y se lo llevará a casa. Yo también debería haber hecho lo mismo.

—¿Ligarte a un tío?

—Sí. Llevo demasiado tiempo sin estar con nadie.

—En tu estado, no creo que sea buena idea que estés a solas con un desconocido.

—Es lo que he pensado yo.

—Iré a decirle a tu amiga que nos marchamos.

—Mientras iré a recoger el abrigo del guardarropas.

—Iremos juntos —dijo él cogiéndola de la mano y llevándola hacia un sofá donde Jenny estaba besándose con su ligue.

—Hola, Jenny.

—Hola, Alexander —dijo ella apartándose del hombre.

—Voy a llevar a Erin a casa.

—No está acostumbrada a beber y tiene muy poco aguante. Te llamaré mañana —le dijo a su amiga.

—Vale.

Alexander la arrastro hacia la entrada del local. Ella se sacó la pulsera con el número del guardarropas y se lo entregó a la chica. Alexander la ayudó a ponerse el abrigo y se lo abrochó, porque ella no atinaba a meter el botón por el ojal.

Nada más salir a la calle ella le cogió la mano, porque no se sentía muy segura, y menos con los tacones que llevaba.

—¿Dónde está tu bolso?

—No he traído.

—¿Y el móvil?

—En casa.

—¿Y cómo pensabas llamar a un taxi? No parece que pasen muchos por aquí.

—Jenny llevaba móvil.

—¿Quieres que pida un taxi?

—Prefiero ir andando. Así me despejaré un poco con el frío.

—De acuerdo. Aunque estamos lejos de casa.

—No me importa.

Alexander entrelazó los dedos de la mano con los de ella. Ese gesto la confundió. Y aún se sintió más desconcertada cuando él comenzó a acariciarle el lateral de la mano con el dedo pulgar, en una caricia silenciosa. Erin cerró los ojos por un instante, desconcertada, mientras ese roce de su dedo se extendía a otras partes de su cuerpo. Abrió los ojos e intentó por todos los medios concentrarse. Se sentía extraña, y turbada. De pronto tropezó, porque no acertaba a poner un pie delante del otro, pero Alexander la sujetó antes de que cayera.

—¡Cuidado!

—Lo siento.

—Descansemos un poco —dijo él deteniéndose.

Erin se apoyó en la pared de piedra de un edificio. Él se colocó delante de ella, y a Erin se le aceleró la respiración.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Te has puesto nerviosa.

—Estoy bien.

—¿Soy yo quien te pone nerviosa?

—Qué prepotente eres cuando quieres.

Era verdad que en esa ocasión era cierto, pero no iba a decirle que sí, que él era la razón de que estuviera nerviosa. Y tampoco iba a decirle que, simplemente, el hecho de oírlo respirar le alteraba el cuerpo.

Erin se mordió el labio inferior, y la mirada de él se dirigió, irrevocablemente, hacia su boca. Alexander se preguntó qué pasaría si posara sus labios sobre los de ella y los deslizara a continuación por su cuello. ¿Sentiría los latidos de su corazón bajo su piel? Le atraía su sangre y se moría por probarla. Sonrió al notar la dilatación de sus pupilas, su pulso acelerado, sus mejillas ruborizadas y el desenfrenado ritmo de su corazón.

Tenía frente a ella al hombre que la tenía trastornada y que la hacía sentir cosas que no comprendía, y que nunca había experimentado. Alexander tenía una forma de mirarla, que algunas veces le cortaba la respiración. Tenía unos ojos grises preciosos y brillantes que la dejaban sin aliento. Aunque en ese momento eran de un gris oscuro.

La sonrisa de ese hombre era genuina y hacía que sus ojos se iluminaran y se le marcaran unas pequeñas arrugas. ¡Santa madre de Dios! Cuando sonreía era mucho más atractivo, si eso era posible.

Erin se llevó la mano al pecho, asombrada, al darse cuenta de que aquel ardiente cosquilleo que sentía, era suyo. Intentó, con auténtico esfuerzo, coger aire y disimular su agitada respiración. Se obligó, sin conseguirlo, a que su corazón consiguiera disminuir su frenético ritmo. Alexander le hacía sentir cosas que, desde que terminó con su última relación con un hombre, temió no saber sentir. Se sentía como si hubiera estado vacía por dentro, hasta ese momento.

Alexander le retiró un mechón de pelo del rostro y lo colocó detrás de su oreja. Y el corazón de Erin se le aceleró de nuevo al sentir el roce de sus dedos sobre su piel. ¡Mierda! ¿Por qué estaba que se subía por las paredes de emoción, de deseo y de temor cuando, posiblemente, el corazón de él seguía firme como una roca?, se preguntó. Tenía una dureza y un autocontrol que, seguramente, había adquirido al convertirse en vampiro

Erin no comprendía por qué se sentía tan atraída por él, porque nunca se había sentido atraída por ningún hombre de esa forma. Puede que fuera su ardiente e intensa sexualidad, bajo esa apariencia fría. Eso hacía que en ella se despertaran emociones, que ningún otro hombre había despertado.

Rezaba para que él no se percatara del completo tumulto que se había desatado en su interior. ¡Joder! Había tenido que enamorarse de un vampiro, un hombre que, sin duda, hacía que a las mujeres se le aflojaran las rodillas con solo mirarlas.

Erin se sentía muy aturdida, en parte por el alcohol, pero más que nada por tenerlo a él tan cerca. Jamás hubiera pensado que un hombre pudiera alterar sus procesos mentales. Sobre todo, sabiendo que ese hombre no le hacía caso. Bueno, no es que no le hiciera caso, porque estaba

claro que estaba pendiente de ella en todo momento. Pero no parecía sentir nada por ella.

Alexander seguía frente a Erin mirándola. Tragó saliva, bajo la intensidad de su mirada. No consiguió mantenerle la mirada, porque el deseo que la rodeaba la quemaba por dentro.

El alcohol le hizo una mala pasada y lo miró de una forma tan traviesa y atrevida que lo puso malo. Erin tenía una sonrisa tan libre y espontánea, que hacía que pareciera una adolescente, inocente, joven y juguetona. Aunque, como sabía que también era inteligente, divertida y una buena chica, la convertía en la mujer más peligrosa del planeta. Parecía que la sonrisa de esa mujer tuviera una linea directa con el mecanismo que incrementaba los latidos de su corazón y hacía que su entrepierna se despertara, pensó él. Jamás habría imaginado que en su condición de vampiro, esas dos cosas funcionaran unidas. Pero, por alguna razón inexplicable, con ella no podían ir separadas. Alexander sintió que el corazón le latía desbocado y que la sangre corría caliente y a toda velocidad por sus venas. La miró y soltó un suspiro.

—Volvamos a casa —dijo él haciendo que dejara de apoyarse en la pared del edificio y cogiéndole la mano.

Comenzaron a caminar el uno al lado del otro, pero en absoluto silencio.

A pesar de lo aturdida que se sentía, no pudo dejar de pensar en sus cosas en todo el trayecto. Había intentado negarse a sí misma que sintiera algo por ese hombre, que era solo una buena amistad o, en todo caso, una simple atracción física. Pero de lo que sí estaba segura era de que lo que sentía por él, no lo había sentido por nadie. Para qué se iba a engañar. Estaba irrevocablemente enamorada de él, se dijo. Recordó una cita de Robert Burton que decía: *No hay cuerda ni cable que atraiga con tanta fuerza, que sujete con tanta firmeza, como el vínculo del amor*. Y estaba de acuerdo con él, siempre que ese vínculo lo sintieran ambas partes.

Nada más entrar en casa, Erin corrió hacia el baño para vomitar. Él entró tras ella y le sujetó el pelo para que no se le manchara.

—Gracias —dijo ella, que estaba arrodillada en el suelo abrazada al váter.

—No hay de qué.

—Me siento morir.

—Supongo que no es la primera vez que te sientes así.

—Tienes razón. Me sucede cada vez que salimos.

—¿Y por qué bebes tanto, si sabes que te vas a sentir tan mal?

—Cada vez que me siento así, me digo a mí misma que no volveré a beber.

—¿Y por qué vuelves a hacerlo?

—Puede que para olvidarme de mi patética vida.

—Tu vida no es patética.

—¡Por supuesto que es patética! Ningún hombre me quiere. Y lo entiendo, porque mis tres ex parejas me dejaron claro que no era la pareja ideal, por eso tuvieron que acostarse con otras. No soy buena en la cama. Ellos me hicieron comprender que soy fría como el hielo y frígida.

—Si no fuéramos amigos y compañeros de piso, en este momento te demostraría que eres todo lo contrario.

—Una lástima que no puedas demostrármelo. Pero, ¿sabes? Agradezco que no puedas hacerlo, porque para mí sería violento que te dieras cuenta de que ellos tenían razón.

—Las patéticos son ellos, tus tres ex parejas, que no supieron satisfacerte. Cuando encuentres al hombre adecuado, te darás cuenta de que tú no tienes ningún problema, el problema lo tenían ellos.

Erin permaneció mucho tiempo sujeta al inodoro, porque cada vez que intentaba levantarse sentía de nuevo ganas de vomitar. Alexander estuvo pendiente de ella hasta que se durmió

profundamente.

Alexander y Erin fueron a comer a casa de la madre de ella al día siguiente, domingo. También fueron los hermanos de Erin y pasaron un buen día.

El lunes, el vampiro volvió a la biblioteca y estuvo leyendo algunos libros de leyes más. Sam volvió a observarlo, y confirmó que Alexander era capaz de leer un libro, que no era delgado, en escasos minutos.

Beth, la hermana de Sam, había pasado el fin de semana con ella haciendo los documentos que Alexander podría necesitar.

El viernes siguiente, Sam llamó a Erin para decirle que tenía listos los documentos de Alexander. Los citó en su casa, porque no quería dárselos en la biblioteca.

Como llegaron pronto al pueblo donde vivía Sam, dieron una vuelta con el coche para que él lo viera. Era un pueblo pequeño. Las casas tenían un pequeño porche delantero y las ventanas abuhardilladas. Había una iglesia, como en todos los pueblos, una escuela, una cafetería, un bar, un supermercado, y también una pequeña biblioteca. En la plaza del pueblo se encontraba el edificio del ayuntamiento, que era muy pequeño.

—El pueblo es pequeño, tan pequeño que ni siquiera figura en los mapas, pero hay todo lo necesario, y Edimburgo está muy cerca —dijo ella.

—Cierto que es pequeño, pero me gusta —dijo Alexander.

Luego condujeron por una carretera asfaltada que atravesaba el bosque que rodeaba el pueblo.

—Pero esto es lo que más me gusta —dijo ella cuando empezaron a ver algunas cabañas en medio del bosque—. Me parece un paisaje sobrecogedor

—Estoy de acuerdo contigo. Este bosque es una maravilla.

—Sí, me encantaría vivir aquí —añadió Erin.

—A mí tampoco me importaría vivir entre estos enormes árboles. ¿Te gustaría vivir en una cabaña de las que ya hay, o en una casa que construyan especialmente para ti?

—Si hubiera querido una cabaña ya la tendría, porque seguro que tengo suficiente dinero para comprarla. O al menos eso creo, porque no tengo ni idea de cuánto cuestan. Pero son demasiado pequeñas.

—Lo que quiere decir que te gustaría que un arquitecto diseñara una casa para ti. Y, a ser posible, grande.

—Sí.

Sam les abrió la puerta con una gran sonrisa. Miró al vampiro y volvió a pensar que ese hombre era un ejemplar único.

—Hola.

—Hola, Sam.

—Hola —dijo Alexander.

—Pasad, por favor.

—Gracias —dijo Erin entrando seguida por Alexander.

—Acompañadme al salón —dijo Sam cerrando la puerta de la calle.

Ellos la siguieron.

—Tienes una casa muy bonita —dijo Erin.

—Gracias. Era la casa de mis padres.

—¿Tus padres ya no viven aquí?

—Ambos fallecieron.

—Lo siento.

—Hace mucho tiempo de eso. Sentaos, por favor.

—Gracias —dijo Alexander.

Se sentaron los dos en el sofá y Sam se sentó en un sillón frente a ellos.

—Seguro que mi hermana y yo hemos tardado más de lo que hubiera tardado alguien que se dedique a falsificar documentos, lo siento.

—No lo sientas, por favor. Tengo que agradeceros a las dos lo que habéis hecho por mí, sin conocerme —dijo Alexander.

—Eres amigo de Erin y eso es más que suficiente.

—¿Beth está aquí? —preguntó Erin.

—No, pero estuvo aquí el fin de semana y me ayudó a terminar algunas cosas que se le dan mejor a ella que a mí. Prepararé un café, ¿o preferís té?

—Por mí no. Lo cierto es que hemos tomado café hace unos minutos —dijo Erin—, pero gracias.

—¿Y tú, Alexander?

—Estoy bien, gracias.

—De acuerdo. En ese caso iremos al grano. No es por presumir, pero entre mi hermana y yo hemos hecho un trabajo fantástico —dijo la chica cogiendo la carpeta que tenía sobre la mesita de centro.

—Estupendo —dijo Erin.

—Hemos hecho todos los documentos que hemos pensado que podrías necesitar —dijo ella abriendo la carpeta. Sacó el pasaporte y se lo dio a Erin.

Alexander seguía estando intranquilo cerca de esa chica. Que no pudiera leerle el pensamiento lo ponía nervioso.

—Vaya —dijo Erin cogiéndolo y abriéndolo—. Tienes razón, es un trabajo increíble.

Luego se lo pasó a Alexander para que lo examinara.

—Habéis hecho un buen trabajo —dijo el vampiro, que había visto detenidamente el pasaporte de su compañera de piso, y no había la más mínima diferencia entre ellos.

—Muchas gracias. Te hemos hecho la tarjeta del National Insurance Number para que puedas trabajar —dijo ella pasándosela a Erin para que la viera.

—Para hacer esto se necesita una máquina —dijo Erin.

—Tienes razón. Hemos tenido que comprar algunas cosas.

—Te pagaré todo el dinero que hayas gastado —dijo Alexander.

—Bah, no te preocupes. Me ha gustado hacer algo fuera de lo normal. Y he de decirte que no somos pobres precisamente.

—Yo tampoco —dijo el vampiro.

—Si quieres agradecérnoslo de alguna forma, invítanos a comer alguna vez, cuando mi hermana esté aquí, así te conocerá.

—Avísanos cuando venga a pasar unos días contigo y estaremos encantados de invitaros a comer —añadió él.

—Lo haré. Bien. Estas son las declaraciones de la renta de los seis años anteriores. En ellas están detallados todos los ingresos que has tenido, los pagos deducibles, las cartas confirmando que han recibido las declaraciones a tiempo y los impuestos que has pagado. Todo falsificado, por supuesto. Pero te aseguro que nadie podrá saber que son falsos. Y no me refiero a estos documentos —dijo ella entregándoselos—, sino a que son copias del Ministerio de Hacienda.

—No voy a preguntar como lo habéis hecho —dijo Erin.

—Mejor —dijo la chica sonriéndole.

—¿En qué se supone que he trabajado los últimos seis años? —preguntó Alexander.

—Has sido abogado en un bufete, que, precisamente cerró hace unos meses. No te preocupes, porque nadie lo descubrirá. Nos hemos encargado de todo. Era un bufete pequeño y no muy importante. Lo que no quiere decir que tu fueras un abogado mediocre en él.

—Gracias —dijo él, con una sonrisa seductora.

—Nos hemos tomado la libertad de inventar una historia a tu alrededor para que conservases tu nombre original, como tu querías. Esta es tu partida de nacimiento del juzgado de Thurso.

—¿En serio?

—Sí. Es un documento oficial —dijo ella entregándole el papel y sonriéndole.

—Buen trabajo —dijo Alexander.

—Gracias. Estudiaste la carrera en Oxford. Este papel lo certifica —dijo ella entregándoselo —. Y si a cualquier futuro jefe tuyo se le ocurre llamar a la Universidad, le confirmarán que estudiaste allí y fuiste el primero de tu promoción.

—Empiezo a pensar que eres fantástica. Bueno, sois fantásticas —dijo Alexander.

—Se lo diré a mi hermana de tu parte. Estás inscrito en la seguridad social, en el mismo centro de salud que Erin. Tú numero de la seguridad social es este —dijo ella dándole el papel.

—Genial.

—Y por último, nos hemos tomado la libertad de hacerte un currículum, con lo que has hecho desde que terminaste la universidad hasta ahora —dijo pasándoles el documento.

—Estupendo.

—Erin me dijo que no necesitabas carnet de conducir porque te lo sacarías cuando tuvieses la documentación.

—Es cierto.

—Me dijo también que no necesitabas una cuenta en un banco, que la abrirías tú.

—Lo haré cuando consiga trabajo.

—En ese caso, no creo que necesites nada más. Si necesitas algo en lo que pueda ayudarte, solo tienes que decírmelo.

—Muchísimas gracias. Habéis hecho mucho más de lo que esperábamos.

—Alexander tiene razón. Nunca podremos agradeceros suficiente lo que habéis hecho por él —añadió Erin.

—Ha sido un placer.

Poco después salieron de allí y subieron al coche.

—¿Recuerdas que me dijiste que Sam te parecía rara? —dijo ella mientras conducía.

—Sí. No sé la razón, pero no poder saber lo que piensa me pone nervioso.

—Pues lo cierto es que a mí también me ha puesto un poco nerviosa.

—Lo he notado cuando has visto mi partida de nacimiento. ¿Por qué te ha puesto nerviosa verla?

—Porque le dije a Sam que tenías treinta años, pero no le mencioné la fecha de tu nacimiento. Eso quiere decir que no ha sabido el día que naciste por mí, sino porque te ha investigado y sabe cuando naciste y en qué año.

—Vaya, eso sí es extraño.

—¿Qué te parece extraño?

—Que no lo haya mencionado.

—Es normal que no lo haya mencionado. ¿Querías que te preguntase directamente si eres

un vampiro o cualquier otro ser… de ciencia ficción?

—¿De ciencia ficción?

—Ya sabes lo que quiero decir. Puede que por eso quiera que las invimos a las dos a comer, para conocerte y averiguar algo sobre ti. Tendrás que ir con mucho cuidado. Esas dos chicas son muy inteligentes. Puede que tanto como tú. Es posible, incluso, que sean vampiros.

—Esa sería una buena razón para no poder leerle el pensamiento.

—¿No distingues a los vampiros?

—No lo sé. Pensé que lo haría.

—De todas formas, puede que ellas no sean vampiros, y es posible que tampoco sepan que tú lo eres. Pero te aseguro que sí saben que naciste el 1 de abril de 1817.

—Pues eso es un problema.

—Supongo que sí. Seguramente, cuando venga la hermana de Sam, nos llamarán para que nos veamos. Apuesto a que su hermana querrá conocerte. Tendrás que tener mucho cuidado de no delatarte delante de ellas.

—No creo que tenga problemas con ello. De todas formas, siempre puedo excusarme diciéndoles que tengo algo que hacer.

—Si hicieras eso, sospecharían que no quieres conocer a su hermana —dijo Erin.

—No pienses en ello. Lo solucionaremos sobre la marcha.

—Han hecho un trabajo excelente, ¿no crees?

—Sí. Además de invitarlas a cenar, cuando venga Beth, ¿crees que estaría bien que les hiciera un regalo?

—Sería un detalle. Si hubiéramos tenido que buscar a un profesional que se encargara de los papeles y documentos que necesitabas, habrías tenido que pagar una fortuna por ellos. Esa gente no es barata. Podrías regalarles alguna de las joyas que tienes. Me refiero a las más sencillas.

—Esa es una buena idea.

—Cuando vayamos al banco elegiremos dos.

—Estupendo.

—Ahora tienes documentación. Lo primero que deberías hacer es sacarte el carnet de conducir —dijo Erin cuando entraron en casa.

—¿Qué hay que hacer para ello?

—Supongo que no tendrás que pasar por la autoescuela.

—Eso es la escuela donde la gente va a aprender a conducir, ¿verdad?

—Sí. Y también enseñan la teórica.

—Yo ya sé la teórica. Desde que me enseñaste a conducir, me has ido diciendo las señales de tráfico y las normas de circulación. Y también sé conducir.

—Lo sé. No estoy segura de si uno puede sacarse el carnet de conducir, sin pasar antes por la autoescuela. Lo buscaré en Google —dijo ella sentándose en el sofá.

Él se sentó a su lado. Poco después ella se descalzó, se giró hacia él y subió los pies en el sofá.

—Aquí está todo. Para hacer el examen teórico por libre hay que pedir una cita a la Jefaura de Tráfico local y presentar: el pasaporte, una foto de carnet, un certificado de aptitud psicofísica y el pago de la tasa oficial.

—¿Dónde se saca el certificado de aptitud psicofísica?

—En un centro médico autorizado.

—¿Qué pruebas tendrían que hacerme?

—Nada que tenga que preocuparte. Comprobarán tus reflejos, tu vista y harán que controles

con un volante una vía sin salirte de ella. Es algo muy sencillo que pasa todo el mundo.

—Bien.

—El primer paso para sacarse el carnet de conducir es aprobar un examen teórico, que consta de treinta preguntas tipo test —dijo ella siguiendo leyendo en el móvil—. Todas ellas sobre temas relacionados con la normativa de tráfico, señales, vehículos, seguridad vial y aspectos técnicos.

—Eso no es problema.

—En Internet hay un temario actualizado. También hay algunos test de práctica Online. Para pasar el examen, no se pueden fallar más de tres de las treinta preguntas.

—No voy a fallar ni una.

—Recuerda que hay preguntas relacionadas con mecánica.

—Lo sé y lo tengo controlado. ¿Dónde hay que hacer el examen?

—En la Jefatura de Tráfico. Hay que hacer la solicitud y te avisarán de la fecha del exámen, que no suele tardar más de un mes, según dice aquí. Solo tendrás dos posibilidades de suspender. Si apruebas a la primera, tendrás dos oportunidades de hacer el examen práctico, sin tener que pagar las tasas de nuevo. Si suspendes en la primera…

—No hace falta que pierdas tiempo en leerlo, voy a aprobar a la primera.

—De acuerdo, señor arrogante.

—¿Acaso dudas de que voy a aprobar?

—Supongo que con lo inteligente que eres no debería tener ninguna duda.

—Gracias por tu confianza.

—Bueno, sigamos. El examen práctico siempre es el mismo para todos los alumnos. Un examinador de la Dirección General de Tráfico evaluará tu capacidad para controlar el coche, respetar las normas, aparcar, e incluso, identificar ciertos elementos del motor. El examen práctico debe hacerse obligatoriamente en un coche de doble mando, con dos juegos de pedales. Por lo que dice aquí, te interesa asistir a una autoescuela y tener algunas clases con un profesional.

—¿Por qué? Ya sé conducir.

—Lo sé. Pero aquí dice que, aunque algunos conductores comenzaron sus prácticas con amigos o familiares antes de obtener ningún permiso, debes saber que este es un delito recogido dentro del Código Penal, por el que pueden juzgarte y abrirte un expediente. No creo que estés interesado en que te abran un expediente, teniendo en cuenta que vas a buscar trabajo de abogado.

—No, no me interesa.

—Además, es un motivo de multa para la Dirección General de Tráfico. Por ello, es recomendable no hacerlo de esta forma y seguir el procedimiento señalado en la ley.

—Entonces, ¿por qué explican todo lo que se puede hacer, si luego pueden multarte por haberlo hecho?

—Supongo que por incordiar —dijo ella sonriéndole.

—¿Qué me aconsejas?

—Teniendo en cuenta todo lo que te rodea, creo que lo más aconsejable es que vayas a una autoescuela y te preparen para los dos exámenes. Así te evitarás problemas.

—Entonces lo haré.

—Conozco a un chico que trabaja en una autoescuela, es hermano de uno de mis compañeros del instituto. ¿Quieres que lo llame por teléfono para quedar con él mañana en la autoescuela?

—Sí, por favor.

—Tienes que decirle que te has preparado el examen teórico y que has practicado conduciendo, pero que quieres tener dos o tres clases para que te diga si estás preparado.

Erin llamó por teléfono al hermano de su compañero y quedaron al día siguiente en la autoescuela.

Al día siguiente, Erin y Alexander fueron al banco por la tarde y eligieron dos joyas para regalarle a Sam y a su hermana.

Sam recibió el paquete, que le entregaron en mano, esa misma tarde.

Se quedó sorprendida cuando vio el interior de ambos. Eran unos pendientes y una pulsera de granates.

No se le ocurría nadie que le hiciera un regalo como ese. Eran muy sencillos, pero exquisitos. Se preguntó si tendría algún admirador secreto.

La chica abrió la tarjeta y la leyó:

Quiero agradeceros a ti y a tu hermana, lo que habéis hecho por mí. No he puesto vuestro nombre en ninguno de los regalos, elegidlo vosotras.

Os estaré eternamente agradecido.

Alexander.

Sam llamó a su hermana por teléfono para decírselo y le envió las fotos de las dos joyas. Luego llamó a Erin para que le diera a Alexander las gracias de su parte, porque no tenía su teléfono.

Capítulo 15

El sábado 30 de marzo, Erin y Alexander fueron a comer a casa de la madre de ella. Sus hermanos comieron con ellos, porque al día siguiente saldrían para Londres y Elissa quería despedirse de sus hijos y Erin de sus hermanos.

Al día siguiente, Erin y Alexander pasaron a recoger a Elissa con un taxi. Al llegar a la estación, el vampiro se encargó de su maleta y de la de Elissa. Subieron al tren y ocuparon una mesa con cuatro asientos.. Erin dejó sobre ella los tres cafés con leche y los cruasanes que había comprado Alexander en la estación.

—¿Cuánto tarda el tren en llegar a Londres? —preguntó el vampiro.

—Cuatro horas y media —contestó Erin.

—¿Solo?

—Sí.

Tan pronto el tren se puso en marcha desayunaron.

Alexander estaba alucinado con el tren, lo encontraba de lo más lujoso.

Después de desayunar, Alexander fue al servicio. Desde que Erin le había dicho que había servicios en el tren quiso probarlo.

Erin se quedó embobada, mirándolo cuando se acercaba al regresar. Su paso despreocupado y su penetrante mirada tenían una fuerza magnética para ella.

Alexander le dedicó una de esas sonrisas, que siempre conseguían alterarle la respiración.

Ese hombre tenía una sonrisa de infarto, pensó Erin. Cuando sonreía, se le iluminaba la mirada y parecía mucho más joven y atractivo. Había cambiado mucho desde que se habían conocido. Al principio era rudo, frío y demasiado serio. Pero ahora era amable, atento, cortés, dulce y… se atrevería a decir que también tierno. Y tenía un punto de picardía y descaro en la mirada, que la atraía como a las moscas la miel.

Alexander se sentó junto a Elissa y enfrente de su amiga. Miró a Erin, esforzándose por no sonreír, para que ella no recordara que podía leerle la mente.

Le atraía mucho esa mujer. Le gustaban sus gustos sencillos; su forma inocente de comportarse, del todo ajena a engaño o maquinación, todo en ella era natural y honesto; le gustaban sus gestos; Y también le gustaba cuando se sonrojaba, sobre todo, si era él quien conseguía que lo hiciera; le fascinaba la forma que tenía de contar las cosas; y también le gustaba su forma de hablar, e incluso lo mucho que hablaba.

A pesar de que siempre decía que no solía hablar mucho. Hablaba de una forma que incitaba a escucharla atentamente. Le hablara de lo que le hablase, la escuchaba sin perder detalle. Y todo ello no era lo único que le atraía de ella, porque era la mujer más preciosa con la que se había encontrado. Contemplarla era una visión tentadora y encantadora.

Él continuó mirándola fijamente durante un instante. Pensó que era una mujer increíble: dulce, inteligente, divertida, en ocasiones ingenua y, sin duda, muy sexy. Era un jodido sueño, se dijo. Era valiente y temeraria, de lo contrario no estaría viviendo con un vampiro.

Erin sentía el calor de su penetrante mirada. Notaba ese cuerpo, separado por una distancia, pero que parecía abrazarla de una manera posesiva y protectora a la vez. Y su voz…, esa voz que la aturdía cuando le hablaba de forma suave y sensual.

Erin seguía sentada frente a él, intentando que los latidos desenfrenados de su corazón volvieran a la normalidad y su respiración se relajara. Sentía un desolador vacío en su interior,

solo por pensar que él no sentía nada por ella.

—¿Tenéis algún plan para los siguientes días? —preguntó Elissa, haciendo que ambos olvidaran sus pensamientos.

—Tu hija es quien se ha encargado de organizarlo todo —dijo Alexander.

—¿Qué tienes pensado? —le preguntó su madre.

—He organizado las dos semanas para que nos de tiempo a que Alexander lo vea todo.

—No quiero que os aburráis por mí.

—No nos vamos a aburrir —dijo Elissa.

—En Londres hay demasiados museos para poder verlos todos, de manera que he seleccionado cuatro, los que me parecen más interesantes: el museo de historia natural, el museo británico, la galería nacional y el museo de Londres. Verlos nos llevará tres días, eso, sin verlos a fondo.

—Siempre lo he pasado muy bien viendo los museos —dijo Elissa.

—Creo que a Alexander le gustarán.

—No tengo la menor duda —añadió él.

—Tenemos reserva para ir al teatro, al ballet y también para la ópera. Las tres funciones son a última hora de la tarde, y tres días diferentes, por supuesto.

—La ópera no me gusta mucho, pero el teatro y el ballet, sí —dijo la mujer.

—En ese caso, puedes cancelar la velada de la ópera —dijo el vampiro.

—¡Por supuesto que no! —dijo Elissa—.Que no me guste no quiere decir que no pueda verla. Es porque las veces que he ido han cantado en italiano y no lo he entendido, sin embargo, me he emocionado.

—En ese caso sí lo has entendido —dijo Alexander sonriéndole.

—Lo he entendido, más que nada, por la forma de expresarse los cantantes —dijo la mujer sonriéndole también.

—He reservado una mesa para cenar en un sitio que os gustará a los dos. Y después de la cena hay baile. Alexander me mencionó que le gustaba bailar el vals.

—A mí también me gusta bailar el vals —dijo Elissa.

—Lo sé, así podrás bailar con él. Ya sabes que a mí no se me dan bien los bailes de salón.

—Estaré encantado de bailar contigo —dijo Alexander mirando a la mujer.

—Es un salón muy elegante. Por eso te dije que trajeras algún vestido de fiesta —le dijo Erin a su madre.

—Supongo que vosotros habréis traído también ropa elegante.

—Por supuesto. Alexander se compró hace unos días un traje de etiqueta.

—Seguro que estará guapísimo con él —le dijo a su hija.

—No puedo decírtelo, porque no lo he visto. Fue él solo a comprarlo.

Alexander la notó un poco resentida por no haberle pedido que lo acompañara, pero no parecía enfadada.

—Durante el día podremos ver los edificios y monumentos más emblemático de la ciudad. Y podremos visitar el parque de atracciones y el zoológico. Y luego volver al hotel para cambiarnos para asistir a las funciones.

—¿Qué haremos esta tarde? —preguntó Elissa.

—Para hoy no he planeado nada. He supuesto que llegaríamos cansados del viaje. Iremos al hotel, desharemos el equipaje y si nos apetece, saldremos a dar una vuelta y comeremos algo fuera. Tengo anotados algunos restaurantes, que están cerca del hotel y que sé que se come muy bien. Aunque si estás cansada, podemos bajar a comer al comedor o llamar para que nos suban

algo a la habitación.

—No estoy cansada, cariño. Es mejor que salgamos a dar una vuelta para que Alexander conozca Londres.

—Gracias —dijo él.

Poco después, el vampiro estaba mirando el plano de Londres, que Erin había dejado sobre la mesa. Aunque eso no le impedía saber lo que Erin estaba pensando.

Elissa estaba hablándole a su hija, pero ella no la escuchaba. Y no porque no quisiera. Hacía grandes esfuerzos para no mirar a Alexander, pero no podía apartar la mirada de su rostro, como si fuera arrastrada por un irresistible impulso. Ese hombre era como un imán para sus ojos y la tenía absolutamente fascinada. Era como un guerrero, pensó sonriendo. Se veía frío e implacable, y ella sabía que era mortífero. Era una perfecta combinación de cuerpo, inteligencia y habilidad.

Cuando lo miraba se sentía aturdida y le faltaba el aire para respirar. Se sentía envuelta en una sensación extraña de irrealidad. No tenía sentido seguir engañándose a sí misma. Había intentado con todas sus fuerzas olvidarse de él y no sentir lo que sentía, pero tenía que reconocer que, conforme avanzaban los días, sus sentimientos por él se incrementaban.

Se había advertido a sí misma, una y otra vez, contra el peligro que suponía estar enamorada de él, de perder el corazón. Pero todo ello había sido inútil y, tenía que reconocer para sí misma, que ya era demasiado tarde. Lo único que la excusaba de sus sentimientos era el hecho de que nunca antes se había enamorado y que, por lo tanto, no había sabido qué hacer o cómo evitarlo.

Estaba harta de heridas dolorosas, causadas por sus tres ex parejas. Estaba cansada de que le rompieran sus sueños. Había llegado al punto de estar cansada de la vida. Hasta que él llegó y volvió a sentir ganas de vivir.

—¿Me estás escuchando?

—Perdona, mamá. Estaba distraída. ¿Qué me decías?

Alexander levantó la cabeza para mirar a Erin y la bajó de nuevo hacia el plano de Londres esbozando una ligera sonrisa, por saber que se había distraído pensando en él.

Llegaron al hotel y Elissa se quedó alucinada al entrar en el amplio recibidor. Era un hotel de cinco estrellas. Se acercaron al mostrador de recepción, y poco después subieron a la suite, seguidos por el botones que llevaba sus equipajes. El chico les mostró las dos habitaciones, el salón y los dos baños. Alexander le dio al chico un billete de propina y el chico se lo agradeció antes de marcharse.

—Es una suite preciosa —dijo Elissa.

—Alexander ha sido quien ha elegido el hotel, ya que iba a pagarlo él.

—Y voy a hacerme cargo de todo lo que gastemos aquí —dijo el aludido.

—Podemos compartir gastos —dijo la mujer—. No estás trabajando.

—Yo me haré cargo de todo —repitió Alexander.

—De acuerdo.

—Elissa, hemos venido de vacaciones y quiero disfrutar con vosotras de esta ciudad.

—Mi hija y yo estaremos encantadas de aceptar tu regalo. Y quiero agradecerte que hayas querido que os acompañe.

—Eres la madre de Erin y me caes muy bien.

—Y tú a mí.

—¿Vais a estar mucho tiempo más flirteando? —preguntó Erin.

—¿Estás celosa, cielo? —preguntó Alexander.

—Eso es lo que tú quisieras. ¿Queréis deshacer el equipaje o vamos primero a comer?

—Yo creo que debemos encargarnos primero del equipaje. No hemos traído muchas cosas y

si las colgamos estarán mejor, sobre todo, los trajes de fiesta.

—Bien, pues vamos a ello —dijo su hija.

Alexander fue a su habitación a deshacer su equipaje. Erin se quedó a solas con su madre.

—Ese hombre es un cielo —dijo Elissa, poniendo su maleta encima de la cama y abriéndola.

—Sí que lo es.

Erin colocó su maleta también sobre la cama junto a la de su madre.

—El gris plateado de sus ojos es absolutamente hipnotizador. Y a veces tienen unos reflejos azules fascinantes —dijo Elissa, sacando algunas prendas de la maleta y empezando a colgarlas en el inmenso armario.

—Sí, me gustan sus ojos.

—Creo que te gusta algo más que sus ojos. Y no me extraña lo más mínimo, porque incluso yo me siento atraída por él, a pesar de que podría ser su madre.

—Me gusta hablar con él. Al principio era frío y seco y hablaba de forma cortante.

—Bueno, supongo que tenía motivos, perder a su esposa y a sus hijos al mismo tiempo es razón suficiente para perder el humor.

—Lo sé. De todas formas, ha cambiado mucho desde entonces. Ahora sonríe y se ríe a menudo. Me gusta verlo reír. Bueno, lo cierto es que me gusta estar con él. Siempre saca comentarios ingeniosos o me pregunta algo que me hace pensar y reflexionar. Conforme pasan los días vamos ganando en confianza y comodidad. La verdad es que me siento muy cómoda estando con él.

—Yo también.

—Ya sabes que no soy de las que se sienten bien siendo claramente observadas, pero con él no es algo que me incomode, a pesar de que siempre está pendiente de mí y de mis movimientos. Al principio eso me enervaba, me refiero a que me mirara de esa forma tan intensa, pero me he dado cuenta de que es su forma de ser, porque es muy protector. Me gusta que me mire a los ojos cuando hablamos. Siempre está pendiente de lo que digo o hago. Y eso me hace sentir importante.

—Él también se siente a gusto contigo.

—Bueno, nos llevamos bien.

—Yo creo que estás enamorada de él —dijo sin mirarla, mientras iba al armario a colgar dos prendas.

—No es eso.

—¿Estás segura?

—Sí, completamente segura. Muestra una pulcritud innata que roza la frialdad hacia la mayoría de las mujeres. Me da la impresión de que es consciente de lo atractivo que es para ellas y quiera mantener las distancias.

—Puede que no quiera tener ninguna relación, porque piense en su familia.

—Seguramente sea eso. De todas formas, eso es parte de lo que me atrae de él. Supone un auténtico desafío para las mujeres —dijo Erin sonriéndole.

—Aunque a ti no te trata con frialdad, sino todo lo contrario.

—Lo sé. Mañana es su cumpleaños.

—No lo he olvidado. Le he comprado un regalo. Espero que le guste.

—Cualquier cosa que le hayas comprado le gustará, puedes estar segura.

—¿Haremos algo especial por ser su cumpleaños?

—Había pensado desayunar aquí en la habitación y darle los regalos.

—Me parece una buena idea, así sabrá que no nos hemos olvidado de una fecha tan señalada para él.

—Luego podríamos ir al parque de atracciones y pasar allí el día. En una ocasión me comentó que nunca había estado en uno.

—Entonces le va a encantar.

—Seguro que sí. He reservado una mesa para la cena. Es un restaurante pequeño, pero por las reseñas que he leído, se come muy bien. Y después de la cena llevarán a la mesa una tarta de cumpleaños.

—Fantástico. Pareces muy interesada en él.

—Es un buen hombre y se merece cualquier cosa que haga por él.

—Estoy de acuerdo contigo. Ese hombre ha sufrido más que cualquier persona de su edad.

Después de tener toda la ropa en su sitio abandonaron el hotel.

Entraron a comer en un restaurante italiano que encontraron cerca del hotel. Los tres pidieron pasta. Después de comer tantas veces con Erin, Alexander le estaba cogiendo el gusto a la comida.

Elissa estaba hablando de su hija.

—Siempre ha sido una chica prudente, sensata y juiciosa. No de las que dan excesivas vueltas a los problemas en la cabeza, pero sí de las que necesitan meditar, reflexionar y razonar sobre las cosas que ocurren a su alrededor.

—Pues no parece que eso le funcionara muy bien con sus tres ex parejas —dijo Alexander sonriendo.

—Eso mismo le dije yo en varias ocasiones —añadió Elissa devolviéndole la sonrisa—. Yo sabía que ninguno de esos hombres eran adecuados para ella. Pero no suelo meterme en sus asuntos, a no ser que me pida opinión. Cuando las madres interfieren entre sus hijos y sus parejas, suelen hacer lo contrario de lo que sus madres les aconsejan.

—A partir de ahora te doy permiso para que me des tu opinión —dijo Erin—. Aunque no pienso salir con nadie.

—En ese caso, te la daré. Y que tus antiguas relaciones fueran un fracaso, porque ellos fueran unos impresentables, no quiere decir que no vayas a encontrar al hombre perfecto para ti.

—No voy a arriesgarme.

—Si no te arriesgas nunca encontrarás lo que buscas.

—Yo no busco nada, mamá.

—A veces no sabemos que buscamos algo.

—Desde hace unas semanas, paso mucho tiempo pensando en los giros que da la vida. A veces, se presentan así, sin más, y arrasan con todo lo que consideras invulnerable y te dan seguridad —dijo Erin.

—¿Te refieres a mí, a que apareciera en tu vida? —dijo Alexander.

—Podría decirse que tú has sido uno de esos giros que ha dado mi vida.

—Yo creo que todo sucede por alguna razón, aunque en ese momento no sepamos saber el porqué —dijo Elissa—. La vida tiene muchos altibajos, es como una imprevisible marea de buenos y malos momentos. Yo perdí a mi marido y eso fue lo peor que me podría haber sucedido. Supongo que tú me entiendes —le dijo a Alexander.

—Perfectamente. Cuando perdí a mi familia quería poner fin a mi vida.

—Comprendo cómo te sentiste. Yo no pude rendirme porque tenía tres hijos que me necesitaban. De no ser por ellos, también habría deseado morir. Pero la vida continua y no podemos rendirnos al primer contratiempo, por muy duro que haya sido.

—Tienes razón —dijo el vampiro.

—La vida, de algún modo, bastante retorcido a veces, está formada de etapas que se nos presentan y vamos dejando atrás; de sueños que cumplimos y de otros que olvidamos y dejamos por el camino; y de los nuevos sueños que aparecen ante nosotros y te zarandean intentando forzarte a que luches por ellos.

Elissa miró a su hija por unos segundos.

—A veces, lo único que nos separa de los sueños es el miedo a que se hagan realidad. La vida es muy corta y con el tiempo nos arrepentimos de las cosas que deseábamos hacer y que no hacimos —dijo la mujer.

—Es pronto. Si no estás cansada, podríamos ir a Camden —dijo Erin mirando a su madre, cuando salieron del restaurante.

—No estoy cansada. Y aunque lo estuviera, podría descansar esta noche. Me gusta Camden y creo que a Alexander también le gustará.

—Yo también lo creo. Además, iremos en metro y él nunca ha subido en metro.

—Entonces no se hable más.

—¿Tenemos que ir a algún sitio a sacar los tickets del metro? —preguntó Alexander.

—Los tickets están incluidos en los del tren y podemos cogerlo todas las veces que queramos.

—Estupendo.

Caminaron hasta la primera entrada del metro que encontraron.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Erin al vampiro.

—Sí, muy bien.

—¿Estás excitado por subir en metro? —le preguntó mientras bajaban las escaleras.

—Tanto como eso no, pero sí me hace ilusión.

Alexander estaba alucinado al ver el sótano en el que se encontraban y los túneles por los que aparecían los trenes.

Cuando subieron al vagón, Alexander le dijo a Elissa que se sentara en el único asiento que había libre y ella lo hizo. Él y Erin se sujetaron de una de las barras metálicas, el uno frente al otro. El tren se puso en marcha.

—¿Qué te parece? —preguntó Erin.

—Muy ruidoso.

—¿Te afectan los ruidos?

—A mí no me afecta nada —dijo él mirándola a los ojos.

—Pero qué arrogante eres —dijo ella sonriéndole.

—Te gusta que sea arrogante —dijo él devolviéndole la sonrisa.

—Puede que tengas razón.

Elissa los miró y supo que entre los dos había algo. Aunque aún no sabía qué era. Estaba completamente segura de que su hija estaba enamorada de él. Conocía muy bien a Erin y sabía cuales eran sus sentimientos hacia él. Además, se delataba en su forma de mirarlo. Pero no podía saber qué era lo que sentía él por ella.

—¿Qué te ha parecido la experiencia del metro? —preguntó Elissa cuando subieron a la superficie.

—Ha sido fascinante. Tal vez demasiado ruidoso, pero muy rápido.

—Sí. El metro es una gran ayuda, sin él sería imposible recorrer estas distancias tan largas.

—Ha sido una experiencia muy interesante.

—Camden te va a gustar. En el pasado eran unos establos que los transformaron en tiendas, pero han conservado las puertas y algunos otros detalles —dijo Elissa mientras caminaban hacia allí—. Seguro que mi hija sabe mucho más sobre ello.

—Camden no es solo el mercadillo, es un barrio londinense situado al noroeste de la ciudad que se fundó en 1791. Su fama obedece a dos factores: el primero, ser el lugar donde se celebra uno de los mercados callejeros más variados y extravagantes de todo Londres; y el segundo, ser el lugar por excelencia de la vida alternativa de sus habitantes. En los diferentes mercados de Camden Market se puede encontrar moda de diseñadores locales, moda retro y alternativa, complementos, bisutería.

Erin vio que Alexander la miraba y supo que no había entendido la palabra.

—Bisutería son… digamos joyas de poco valor, que no están realizadas con piedras preciosas ni metales importantes, como el oro o el platino.

A Elissa le extrañó que él no supiera lo que era bisutería, pero lo achacó a que había vivido en un pueblo pequeño.

—Vale.

—También puede encontrarse artesanía y otros productos hechos a mano, como discos, libros y hasta muebles y decoración vintage.

—¿Qué es vintage?

—Una pieza vintage es aquella que tiene como mínimo veinte años de existencia y cuyo valor estético y de diseño es reconocido o representativo de su época de creación. Suele estar asociada a creaciones de los diseñadores más importantes, aunque tampoco necesariamente, y por tanto, su valor se ha multiplicado en el presente. Vintage es el término empleado para referirse a objetos o accesorios con cierta edad, que no pueden aún catalogarse como antigüedades, y que se considera que han mejorado o se han revalorizado con el paso del tiempo.

—Me siento muy orgullosa de ti —dijo Elissa a su hija—. Estás al corriente de todo. Y sabes contestar a cualquier pregunta que te hagan. Me encanta escucharte.

—Gracias, mamá.

—Desde luego que tienes que estar orgullosa. Tu hija es fantástica —dijo Alexander.

—Sí que lo es.

Recorrieron todo el mercadillo. A Alexander le interesaba todo lo que veía. Le compró a Elissa una colcha de ganchillo. Ella no quería aceptar, pero él insistió.

—No voy a poder meterla en la maleta —dijo la mujer, cuando la dependienta le dio la enorme bolsa, que cogió Alexander.

—Yo te la llevaré, no te preocupes.

—Te ha costado mucho dinero.

—No me importa el dinero. Lo importante es que a ti te ha gustado.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

—No entiendo para qué querías la colcha, si dormimos todo el año con edredón —dijo Erin.

—Voy a decirte para qué la quiero. Tenía la colcha, que te di para que la utilizaras para separar la habitación de Alexander. No la había puesto en mi cama en la vida. Pero cuando la vi en vuestra casa me gustó, y estaba buscando una similar.

—Me podías haber dicho que la querías, en vez de dármela. Podíamos haber buscado otra para hacer la separación —dijo Erin.

—No digas tonterías. No la necesitaba. Pero después de verla puesta en vuestra casa, pensé que quería hacer una separación en el salón comedor, para hacerme un pequeño estudio y colocar

un escritorio y un sillón para leer. Sé que es una tontería…

—Mamá, no es ninguna tontería —dijo ella interrumpiéndola.

—Sea una tontería o no, voy a hacerlo.

—Me alegro mucho.

Alexander le compró a Erin un cuadro que le gustó.

—No hace falta que me compres nada —dijo Erin.

Pero él no hizo caso, porque en otra tienda le compró un suéter hecho a mano que se había probado, pero no se decidía a comprarlo. Él la encontró preciosa con él y no pudo resistirse.

Erin eligió tres camisetas que le gustaron para él. Cuando iba a pagarlas, él se adelantó y las pagó.

Estuvieron más de dos horas dando vueltas por el mercadillo. Compraron la cena en uno de los puestos de comida y se sentaron a comer en una mesa junto al canal.

—Me ha encantado venir aquí —dijo Alexander.

—Me alegro —dijo Erin.

—Siempre que venimos cargamos con algo —añadió Elissa—. Ahora nos tocará ir cargados hasta el hotel.

—Mamá, tú no llevas nada en las manos.

—Tienes razón —dijo su madre riendo.

—No llevamos aquí ni un día y ya hemos comprado un montón de cosas, si seguimos a este ritmo tendremos que hacer un paquete y enviarlo a casa por correo —dijo Erin.

—Esa es una buena idea —dijo Elissa.

—Esperaremos hasta el último día, por si compramos algo más.

—Tienes razón.

Volvieron de nuevo en metro al centro de la ciudad. Iban caminando hacia el hotel.

—¿Queréis ir a algún otro sitio hoy?

—Vosotros podéis salir si queréis, yo voy a tomar un baño en la fantástica bañera de nuestra habitación, y luego me acostaré —dijo Elissa.

—A mí tampoco me apetece salir. La verdad es que estoy cansada —añadió Erin.

—Yo también estoy cansado. Mejor acostarnos pronto y mañana nos levantamos temprano. Así aprovecharemos el día.

Subieron a la habitación. Se dieron las buenas noches y cada uno fue a su habitación.

Alexander se ducho, permaneciendo mucho tiempo debajo del agua. La primera vez que se duchó en su casa, Erin le había dicho que un día lo llevaría a un hotel de cinco estrellas para que viera lo que era una ducha moderna y espectacular. Y allí estaba, disfrutando de ella.

Al día siguiente Erin se levantó sin hacer ruido para no despertar a su madre, porque aún no eran las siete de la mañana. Salió del dormitorio, atravesó el salón y se detuvo frente a la puerta de la habitación de Alexander. Llamó de forma suave y esperó.

Alexander abrió la puerta y la miró. Pudo ver que el rostro de ella se iluminó al verlo y le dedicó una radiante sonrisa. Esa arrebatadora sonrisa que lo volvía loco. Y eso hizo que su polla se despertara con una media erección.

Él llevaba solo el pantalón del pijama y ella se quedó obnubilada mirando su espectacular torso. Alexander se vio obligado a carraspear para que volviera a la realidad.

—Disculpa —dijo ella, claramente sonrojada mientras entraba en el dormitorio.

—No tienes que disculparte. Me gusta la forma en que me miras —dijo él con una seductora sonrisa—. Acabas de poner mi vanidad por las nubes y de una manera adorable.

—Es increíble. De la noche a la mañana has cambiado totalmente tu forma de hablar,

incluso has aprendido a flirtear.

—Siempre he sabido flirtear, cielo.

—Por supuesto que sí.

—Aunque puede que en mi otra vida lo hiciera con diferentes palabras.

—Claro.

—Dijiste que tenía que ponerme al día hablando, para pasar desapercibido.

—Y tú eres muy obediente, ¿verdad?

—No siempre —dijo él con una descarada sonrisa—. Es muy temprano. ¿A qué has venido?

—A felicitarte —dijo ella acercándose a él. Lo besó en los labios y luego lo abrazó—. Feliz cumpleaños.

Él la rodeó con sus brazos emocionado.

—Te has acordado.

—¿Crees que iba a olvidar tu cumpleaños?

—No sé… Gracias.

—Ahora sé que los vampiros pueden emocionarse —dijo ella cuando se separaron—. Tus ojos están brillantes por las lágrimas retenidas. Y he de admitir que están aún más bonitos.

—¿Quién está flirteando ahora?

—No estoy flirteando. Anoche pedí que nos subieran el desayuno a las ocho —dijo ella, cambiando de tema rápidamente.

—Estupendo, estoy muerto de hambre.

—No hace falta que seas sarcástico. Ponte una camiseta, no quiero que le dé un infarto a mi madre.

Alexander no pudo evitar sonreír.

—Y borra esa sonrisa de engreído de tu boca.

—De acuerdo —dijo él sonriendo aún más.

—¿Qué has hecho en toda la noche?

—Pensar.

—Pues te habrá dado tiempo a pensar mucho.

—Lo cierto es que sí.

—Si desayunamos ya vestidos ahorraremos tiempo.

—A las ocho estaré en el salón, supongo que el desayuno lo servirán allí. Y no te preocupes, apareceré vestido.

—Gracias. Hasta luego.

Alexander salió del dormitorio tan pronto oyó al servicio de habitaciones llamar a la puerta. Abrió y el chico entró con la mesa de ruedas.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —dijo Alexander.

—¿Dónde quiere que ponga la mesa?

—Junto a la ventana, por favor.

Antes de que el chico se retirara le dio un billete de diez libras y el chico le dio las gracias.

Alexander llamó a la puerta del dormitorio de ellas.

—El desayuno está aquí.

La puerta se abrió y Elissa salió de la habitación.

—Feliz cumpleaños —dijo la mujer besándolo y luego dándole un fuerte abrazo.

—Muchas gracias.

—Desayunemos primero, de lo contrario se enfriará. Luego te daremos los regalos.

—¿Voy a tener regalos?

—Sin regalos no sería un cumpleaños.

Erin salió del dormitorio y se dirigió a la mesa. Después de que las mujeres se sentaran lo hizo él. Vio dos paquetes pequeños envueltos en papel de regalo en el lado de la mesa que no ocupaba nadie.

—¿Qué piensas? —preguntó Elissa al vampiro.

—En mi último cumpleaños. Mi mujer y mis hijos aún vivían. Era sábado y fuimos a pasar el fin de semana a la casa que teníamos en el campo. A mis hijos les gustaba ir allí, porque podían pasar el tiempo en el exterior. Recuerdo que hizo un fin de semana horrible y tuvimos que pasarlo dentro de casa.

—Pero estabais juntos, eso es lo importante —dijo Elissa.

—Sí. ¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó él para cambiar de tema.

—Vamos a pasar el día en el parque de atracciones. Confío en que no tengas miedo a las alturas —dijo Erin.

—¿No has estado nunca en un parque de atracciones? —preguntó Elissa.

—No.

—¿No llevaste nunca a tus hijos?

—No se presentó la ocasión.

Era la segunda vez que le extrañaba algo en Alexander pero, como la vez anterior, no le dio importancia.

—Espero que no llueva.

Erin lo miró en un par de ocasiones mientras desayunaban. Se fijó en su maravillosa sonrisa, en sus carnosos labios y en sus perfectos dientes. En sus manos grandes, fuertes, varoniles y preciosas, con los dedos largos. Desvió la mirada antes de que él o su madre se dieran cuenta.

Después de desayunar Erin le dio su regalo y él lo abrió. Se quedó mirando el llavero de plata con la insignia de la casa Mercedes, sin saber qué era.

—Como podrás apreciar es un llavero. Y por el dibujo del colgante habrás adivinado que es de un Mercedes. Al decir Mercedes me refiero al coche.

Erin se puso nerviosa, porque cada vez que intentaba aclararle lo que era, él la miraba claramente sin entender lo que decía. Y su madre no era estúpida.

—Te he regalado esto, porque sé que tan pronto empieces a trabajar, vas a tener tanto éxito que te comprarás un coche de lujo, y apuesto que será un Mercedes, que es uno de los coches más caros. Por eso la insignia del Mercedes —dijo ella mostrándoselo—. Es para que pongas las llaves de tu coche.

—Vaya. Sabes que voy a comprarme un coche y, además el coche que voy a comprar.

—Lo he supuesto. Pero si no te gustan los Mercedes, puedo cambiarlo por otro.

—Si has comprado este es porque te gusta a ti, y seguro que a mí también me gustará.

Elissa lo miró extrañada. Le había parecido que no supiera lo que era un llavero, y además, que no conociera la marca de la casa Mercedes, cuando hasta ella la conocía, y eso que no le gustaban los coches.

—Yo te he comprado algo de menos valor —dijo Elissa dándole su regalo.

Alexander lo abrió. Era una cartera de piel negra.

—Muy bonita. Muchas gracias. Has acertado en tu regalo, porque necesitaba una cartera.

—Entonces me alegro de habértela regalado.

—Terminemos de desayunar y pongámonos en marcha —dijo Erin.

Capítulo 16

Alexander sentía mucho más que asombro y fascinación cuando llegaron al parque de atracciones. Estaban caminando alrededor de las atracciones, para que Alexander lo viera todo. Él estaba maravillado y no perdía detalle de lo que veía. Pensó con tristeza en cuánto les habría gustado a sus hijos estar allí.

—Bien. ¿A qué quieres subir? —preguntó Erin al vampiro.

—Quiero subir a todo —le contestó él sonriendo—. ¿Vas a subir conmigo?

—¿Tienes miedo de subir solo? —preguntó ella con una sonrisa descarada.

—No, pero me gustaría hacerlo contigo.

Erin lo miró con los ojos entrecerrados, por el doble sentido de la frase, y se preguntó si él lo habría dicho con segunda intención. Alexander supo lo que pensaba ella y se sintió un poco avergonzado, a pesar de que no había dicho intencionadamente esa frase que, claramente podría malinterpretarse.

—En ese caso te acompañaré. ¿Por dónde empezamos?

—Nos saltaremos las que son para niños, e iremos por orden.

—De acuerdo. Mamá, ¿vas a acompañarnos?

—No, cariño, ya sabes que nunca me ha gustado el parque de atracciones. Siempre era mi marido quien subía con los niños —le dijo a Alexander—. Yo os esperaré en esa cafetería —dijo la mujer señalándola—. Me entretendré mirando a la gente.

—Vale.

Empezaron a subir a las atracciones por orden, como le había dicho él. A veces tenían que hacer cola, una de esas veces Alexander le compró un algodón de azúcar, aunque lo comieron entre los dos. Y en otra ocasión le compró una manzana de caramelo y él la probó.

Subieron a todas las atracciones, a algunas más de una vez.

Luego comieron unas pizzas en uno de los puestos, y Erin agradeció que se sentaran, porque estaba cansada.

Después de comer pidieron unos cafés y Erin y su madre fueron a los servicios mientras se los llevaban. Cuando regresaban a la mesa ella miró a Alexander y sus miradas se cruzaron por un instante. Erin le sonrió, con esa sonrisa abierta y sincera que tanto alteraba al vampiro.

Poco después estaban frente a un puesto donde unos patos pasaban por una fila y había que lanzar unos aros para intentar que entraran por la cabeza de los patos. Con tres aciertos les daban un peluche.

—Vamos a probar esto —dijo Alexander—. Eligid el peluche que os guste.

—Eres un poco arrogante, ¿no te parece? —dijo Elissa.

—Es cierto que es un poco arrogante, pero te aseguro que tiene muy buena puntería.

—En ese caso, vamos a elegir los peluches. Procuremos que no sean muy grandes —dijo su madre.

Con seis intentos y seis aciertos se llevaron los premios. Erin un conejito de peluche amarillo claro y Elissa un osito negro.

—Como tienes buena puntería, podías probar también aquí —dijo Elissa parándose en un puesto donde había que disparar tres tiros con un rifle, para darle a unos muñecos que estaban en movimiento y, si acertabas los tres, te llevabas el regalo que eligieras.

—¿Quieres otro muñeco? —le preguntó él sonriendo.

—Ese osito me gusta —dijo la mujer señalándolo—, y le hará compañía al que ya tengo.

—En ese caso, no se hable más —dijo acercándose y pagando al hombre.

El vampiro miró por la mirilla.

—La mirilla de este rifle está desplazada.

—Se lo cambiaré —dijo el hombre.

—No se preocupe.

Alexander disparó tres veces y no falló ninguna.

—Tiene buena puntería —dijo el hombre—, a pesar de tener la mirilla desplazada.

El hombre le entregó el osito marrón y él se lo dio a Elissa.

—Muchas gracias.

—De nada. ¿Tú quieres un conejito para que le haga compañía al que ya tienes? —le preguntó a Erin.

—No, con uno es suficiente.

Llegaron al hotel y subieron a la suite.

—He pasado un día fantástico —dijo Alexander abriendo la puerta.

—El día no ha terminado —añadió Erin—. Descansaremos una hora y saldremos a cenar. Tengo una mesa reservada en un restaurante.

—Tu madre estará cansada.

—Alexander, he estado sentada casi todo el día, así que no estoy tan cansada. Es tu cumpleaños y vamos a salir a cenar. Me echaré en la cama hasta que sea la hora de marcharnos. Vosotros necesitaréis más descanso que yo.

—De acuerdo. Iré a ducharme y me echaré un rato hasta la hora de salir —dijo Erin.

Una hora y media después estaban sentados en el coqueto restaurante, donde Erin había reservado mesa.

—¿Te gusta? —preguntó Erin a Alexander.

—Sí, es muy bonito.

—Y muy acogedor —añadió Elissa.

—He leído las reseñas que han dejado sobre él y todas son buenas.

—Entonces se comerá muy bien.

La camarera se acercó a la mesa con el bloc de notas y el bolígrafo. Y cuando vio a Alexander se olvidó de todo.

—¿Ha venido a anotar lo que queremos cenar? —preguntó Erin molesta, porque se estuviera comiendo a Alexander con los ojos, allí parada, sin hacer ni decir nada.

—Sí —dijo la chica reaccionando de pronto—. ¿Saben ya lo que van a tomar?

A él le gustó que tuviera celos de la camarera. Erin hacía que se sintiera realmente bien.

Después de pedir la cena, la chica se alejó, echando una última mirada al vampiro.

—Parece que le has gustado a la chica, no podía despegar la mirada de ti —dijo Elissa.

—No me he dado cuenta.

—Ya lo he notado. Y también he notado que no prestas mucha atención a las mujeres.

—Tengo otras cosas en las que pensar.

—¿Te refieres al trabajo?

—Por ejemplo. Ya tengo el currículum preparado. En volver a casa lo llevaré a algún bufete.

—Seguro que encontrarás trabajo rápidamente.

—Ojalá estés en lo cierto, porque no me gusta estar sin hacer nada. Si en un par de semanas no encuentro trabajo como abogado, buscaré otra cosa.

—No digas tonterías. Tienes una carrera y tienes que desempeñar el trabajo para el que te has preparado. De todas formas esta mañana has dicho que no tenías problemas de dinero.

—Y es cierto. Pero estar sin hacer nada es aburrido.

—Cuando te aburras ven a casa y saldremos a dar una vuelta, así te entretendrás.

—De acuerdo —dijo él sonriéndole.

La cena estaba riquísima. Luego tomaron fruta los tres. Y pidieron café.

Estaban entretenidos hablando, cuando se apagaron las luces y un camarero salió por la puerta de la cocina con un carrito de ruedas en el que había una tarta con treinta y una velas, en la que ponía feliz cumpleaños, Alexander. El hombre se detuvo junto a la mesa de ellos y Erin comenzó a cantarle el cumpleaños feliz. Alexander la miró. No parecía tener vergüenza de que hubieran desconocidos a su alrededor. Elissa la acompañó cantando y enseguida los comensales que estaban en las otras mesas se unieron a ellas. Cuando acabó la canción todo el mundo aplaudió.

—Esto no te lo voy a perdonar —le dijo a Erin en voz baja.

—Es tu cumpleaños y tenías que apagar las velas —dijo ella de forma coqueta.

—¿Quieren que corte la tarta? —preguntó el camarero que la había sacado.

—Sí, por favor —dijo Erin—. Y sirva un trozo para cada uno de los comensales que están en el restaurante.

—De acuerdo.

El hombre sirvió los tres trozos de ellos y se los dejó delante. Luego se llevó la mesa de ruedas a un rincón para cortar el resto de las porciones.

Les sirvieron los cafés que habían pedido.

—¿Te gusta la tarta? Es de tiramisú.

—Está deliciosa. Y, aunque me he sentido un poco avergonzado, me ha gustado el detalle de la tarta con las velas, y la canción.

—Me alegro mucho —dijo Erin.

—Yo me he emocionado —dijo Elissa.

—Para emocionarte tú no necesitas mucho —añadió su hija sonriéndole.

Los tres estaban comiendo la tarta. Alexander estaba abstraído mirando a Erin. Cada vez que ella se llevaba un trozo a la boca, lo miraba con una sonrisa juguetona, y su entrepierna reaccionaba en el interior de sus pantalones. Se preguntaba qué le ocurría con ella. Parecía que tenía dieciséis años. Ella no estaba haciendo nada fuera de lo normal, ni nada que pudiera considerarse seductor, pero ella en sí, ya era seductora, y se excitaba con solo mirarla. No sabía si echarle la culpa de su atracción a su traviesa sonrisa, a su intensa mirada, o a la ternura que exudaba por cada poro de su piel. Fuera lo que fuese, esa mujer lo atraía de una forma que no podía comparar con nada que hubiera experimentado con anterioridad. Ni siquiera con su esposa.

Una hora después entraron en la suite. Se dieron las buenas noches y cada uno fue a su dormitorio, después de quedar a las ocho para desayunar en el salón.

Erin salió de su cuarto unos minutos después y fue a la habitación de él. Alexander abrió la puerta. Ella le echó un buen vistazo de arriba abajo. Llevaba un vaquero desgastado y una camiseta blanca y estaba para comérselo. Estaba locamente enamorada de él. ¿Cómo había permitido que eso ocurriera?, pensó.

—Solo quería preguntarte cómo habías pasado el día de tu cumpleaños.

—Ha sido el mejor día de mi vida…, de mi nueva vida. Me gustaría poder detener el tiempo para que el día no terminara.

—Para ser todopoderoso, eso ya lo deberías de controlar.

Alexander soltó una carcajada y ella lo miró fascinada, como siempre que reía.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien —dijo ella besándolo en la mejilla—. Buenas noches.

—Buenas noches, cielo. Y gracias por este maravilloso día.

—Ha sido un placer.

Al día siguiente, que era martes, por la mañana visitaron el Museo de Historia Natural. Pasaron en él toda la mañana. Luego comieron en un restaurante del centro. Por la tarde fueron a ver el Palacio de Buckingham y pasearon por los parques de Hyde Park, Green Park y St James Park, que estaban alrededor del palacio.

Al igual que el día anterior, Erin hizo un millón de fotos con el móvil. Más que nada porque sabía que tarde o temprano, Alexander desaparecería de su vida, y quería tener fotos para recordarlo. Luego cenaron en el restaurante del hotel. No tenían ganas de salir, porque ellas estaban cansadas.

El miércoles fueron al Museo Británico y pasaron la mañana en él. A Alexander le interesaba absolutamente todo. Comieron en un restaurante tailandés y luego se sentaron en una terraza a tomar un helado.

Llegaron al hotel temprano para descansar porque esa noche irían a la ópera.

Y por supuesto a Alexander le encantó la ópera.

El jueves decidieron ir al zoológico para descansar un poco de los museos. A él le gustó mucho, porque no había visto nunca a la mayoría de los animales que habían en él. Luego fueron al centro de la ciudad a comer. Por la tarde visitaron el Puente de Londres y la parte moderna de la ciudad. Alexander se maravilló al ver los edificios tan altos.

El viernes visitaron la Galería Nacional por la mañana. Luego fueron a comer. Por la tarde fueron a ver La Abadía de Westminster, el Big Ben y el London Eye, que estaba junto al río Támesis. Subieron los tres a la gigante noria y por supuesto, Alexander se maravilló al ver la ciudad desde lo alto.

El London Eye, se conoce como la Rueda del Milenio. Fue la mayor noria del mundo hasta el 2006, cuando fue superada por le Estrella de Nachang en Nachang, China. Se construyó a lo largo de siete años por cientos de trabajadores provenientes de cinco países diferentes. Se inauguró en el año 2000. Tiene ciento treinta y cinco metros de altura. Es uno de los iconos más emblemáticos de la ciudad. Tiene treinta y una cabinas de cristal, cada una de diez toneladas de peso y con una capacidad para veinticinco personas. La estructura gira constantemente a velocidad lenta, para permitir que la gente pueda subir sin detenerse. Ofrece unas vistas panorámicas de la ciudad y del campo impresionantes, y se puede alcanzar una visibilidad de cuarenta kilómetros a la redonda.

—¿No crees que mi hija es fantástica? —dijo Elissa orgullosa.

—Desde luego que lo es.

—Subiremos a la noria para que veas la ciudad desde el cielo —dijo Erin.

Luego volvieron al hotel para ducharse, porque tenían entradas para ver una obra de teatro.

Alexander y Erin estaban esperando a Elissa en el salón.

—Cuando volvamos esta noche voy a salir —dijo el vampiro.

—Me parece muy bien —dijo ella intentando parecer indiferente, cuando en realidad se moría de celos, pensando que iría a buscar a alguna mujer para acostarse con ella.

—No voy a salir a divertirme, sino a comer —dijo él, que había escuchado sus pensamientos—. No he comido desde el sábado de la semana pasada. Hasta ahora no he querido

dejaros solas por la noche, pero necesito comer.

—Lo entiendo. Y no te preocupes por nosotras, aquí no nos va a pasar nada. Pero, si no quieres salir, mi oferta sigue en pie. Puedes alimentarte de mí.

Erin prefería correr el riesgo de que la mordiera, sin saber realmente lo que le sucedería después de hacerlo, antes de que saliera a la calle a buscar a alguna mujer de la que alimentarse. Porque, qué casualidad, siempre se alimentaba de mujeres, pensó.

—No voy a hacerlo.

—Como quieras. Ten cuidado cuando salgas.

—No va a pasarme nada.

—Lo sé. Así y todo, ten cuidado.

—Me gusta que te preocupes por mí.

Esa noche, Erin fue al salón cuando su madre se durmió. Estaba preocupada porque Alexander no había vuelto al hotel y eran casi las dos de la mañana.

Diez minutos después él entró y la vio en el sofá viendo la televisión.

—¿Qué haces levantada?

—Te estaba esperando. Has tardado mucho. ¿Has comido?

—Sí. Aunque tendré que volver a comer en unos días.

Erin no dijo nada. Se levantó, apagó la televisión y se fue a dormir.

Para el sábado y el domingo Erin no había planeado nada. Supuso que su madre necesitaría un poco de descanso, después de la semana tan ajetreada que habían tenido. Así que se fueron de tiendas. Estuvieron en los tres grandes almacenes más importantes de la ciudad. A Alexander le encantó visitarlos. No podía creer que hubiesen tantas cosas a la venta en un mismo sitio.

Al día siguiente, domingo, se levantaron tarde. Estaba lloviendo y no les apetecía salir. Desayunaron en la habitación y estuvieron viendo la televisión y hablando. A mediodía bajaron a comer al comedor.

Después de comer fueron a uno de los salones y pasaron la tarde jugando a las cartas, que previamente habían enseñado a jugar a Alexander, y que, por cierto, les ganó todas las manos.

A las siete de la tarde empezaron a arreglarse porque esa noche irían a cenar al selecto y clásico club que Erin había reservado mesa, donde habría baile.

Erin salió de su dormitorio y se encontró a Alexander en el salón, que acababa de salir del suyo. Lo miró de arriba abajo pensando que calificar a ese hombre de guapo era quedarse muy corta. Era un hombre diez, con mayúsculas. Vestido con el traje negro de etiqueta ofrecía una imagen imponente. El negro acentuaba más su altura de casi dos metros. Era guapo y tenía un cuerpo espectacular. Tenía el pelo ondulado y más largo de lo convencional, le rozaba el cuello de la camisa y le daba un aire de seductor. Sus ojos grises le hacían aparentar frío y duro, pero ella sabía que no lo era, en absoluto.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó él de manera descarada, al verla examinarlo de arriba abajo de forma atrevida.

—Sí, mucho. El traje de etiqueta te sienta de maravilla. Parece que sea tu uniforme de cada día.

—Muchas gracias, cielo. Tú estás despampanante.

—Muy amable.

—¿Es un vestido nuevo?

—No. Lo compré hace unos años para asistir a una boda de un familiar.

—Pues el gris te sienta muy bien.

Yo también creo que me sienta muy bien, pensó ella. Más que nada, porque hace juego con

tus ojos.

Alexander deseo guardar en su mente la imagen de Erin en ese momento, junto con las palabras que acababa de pronunciar. El vestido que llevaba se amoldaba a su cuerpo como si fuera una segunda piel, insinuando cada una de sus deliciosas curvas. Llevaba la espalda al aire y Alexander se dijo que tenía que bailar con ella para acariciar su piel desnuda. Un vestido como ese estaba hecho para que disfrutara quien lo llevaba, pero también los hombres que había a su alrededor.

Erin llevaba el pelo suelto y unos pendientes de brillantes largos, que le había prestado su madre, y que le rozaban los hombros. Se dio cuenta de pronto de que sentía celos de que los pendientes acariciaran su piel desnuda, y de que su pelo rozara lugares que él quería acariciar con sus labios. Esos pensamientos hicieron que se sintiera aturdido.

—Gracias. Mi madre saldrá en unos minutos.

—¿Para qué hora tenemos la reserva?

—Para las nueve.

—Entonces hay tiempo. ¿Está lejos el local?

—No está muy lejos, pero con estos tacones no creo que pueda caminar mucho. No es que sean incómodos, es que no estoy acostumbrada a llevar tacones.

—¿Y por qué te los pones?

—Porque con un vestido de fiesta no se pueden llevar deportivos.

—No te lo voy a discutir, porque te sientan de maravilla.

—Eso creo yo también. La verdad es que me gustan muchísimo.

—Te hacen unas piernas muy largas —dijo él, mirándola de arriba abajo sin ningún disimulo y centrándose en el corte que llevaba el vestido a un lado y que dejaba ver su pierna izquierda hasta medio muslo.

Alexander sintió una oleada de lujuria. Estaba recuperándose, cuando ella le dedicó una cálida sonrisa. Él se quedó obnubilado por unos segundos mirando sus labios y rezando para que ella no le dijera nada, porque estaba seguro de que no iba a poder centrarse en las palabras que salieran de aquella maravillosa boca, si lo único que deseaba era besarla y dejarla sin sentido.

—Puedes cogerme la mano o el brazo, si así te sientes más segura.

—Ya estoy lista —dijo Elissa saliendo del dormitorio, y haciendo que Alexander dejara de mirar a Erin y centrara su atención en su madre.

—Vaya, estás preciosa. Llevas un vestido maravilloso —dijo Alexander.

—Muchas gracias, cariño. Tú estás muy guapo con ese traje.

—Si estáis listas podemos marcharnos. Mejor que vayamos en taxi —dijo el vampiro—. Llamaré a recepción para que pidan uno, y estará en la puerta cuando bajemos.

—Perfecto.

Cuando entraron en el local no se asombró solo Alexander por la decoración de la sala de fiestas. Elissa y Erin también se maravillaron. Había mucho dorado por doquier y cortinajes gruesos de terciopelo, pero el conjunto era precioso. Parecía que estuvieran en una mansión de hace dos siglos.

—¿No te recuerda esto a tu época? —le preguntó Erin a Alexander en voz baja.

—La verdad es que sí.

—Imagínate que has vuelto a tu tiempo por unas horas, y disfruta de la noche.

—Lo haré. ¿Bailarás conmigo?

—No creo. Me has dicho tantas veces que eres un experto bailando el vals, que me intimida un poco hacerlo contigo.

—¿Te intimida hacerlo conmigo? —preguntó él, para que se diera cuenta de que ahora había sido ella quien había dicho una frase con doble sentido.

—Es posible —contestó ella sonriendo de forma traviesa.

—Este local es una maravilla —dijo Elissa, mientras seguían al camarero que les guiaba—. Parece que nuestra mesa va a estar en primera fila, junto a la pista de baile.

—Cuando la reservé pedí que fuera así. Quería poder comprobar si Alexander era tan bueno bailando como presumía —dijo ella mirándolo con una radiante sonrisa.

—Tendremos que demostrarle a tu hija cómo se baila un vals.

—No te creas cuando Erin dice que no sabe bailar. La vi bailar un vals en la boda de una sobrina mía, y en la que, por cierto, lucía ese precioso vestido, y te aseguro que bailaba muy bien.

—Entonces podrá demostrármelo esta noche.

El camarero se detuvo y retiró la silla para que se sentara Elissa. Y Alexander retiró la de Erin.

—En primera fila. No vamos a perder detalle de los bailarines de la pista.

Poco después estaban cenando. Alexander hablaba con Elissa. Y Erin estuvo contemplándolo.

Habría sido romántico, pensar que el destino había puesto a ese hombre en su camino, pensó Erin. Pero había una explicación mucho más antigua: que cuando alguien salvaba la vida a otra persona, su vida le pertenecía. Se preguntó si era una inclinación que hace perdurar o revivir ideas o formas de vida propias de los antepasados. O de un vínculo forjado por el peligro. De todas formas, ella se lo había insinuado a Alexander en una ocasión y él le había dicho que eso eran tonterías.

Pero Erin sabía que toda ella le pertenecía a ese hombre. Y deseaba con todo su corazón que él también le perteneciera a ella. Las sensaciones bullían en su interior como pequeñas y afiladas flechas de placer, solo de pensarlo.

Terminaron la exquisita cena y sirvieron el café. La orquesta comenzó a tocar y un hombre muy atractivo de unos treinta años se acercó a la mesa e invitó a Erin a bailar. Ella le dedicó una sonrisa, y Alexander la maldijo porque le dedicara una sonrisa como aquella a un desconocido. Erin se levantó. El hombre la cogió de la mano y la dirigió a la pista, que ya estaba ocupada por dos parejas.

Alexander estuvo mirando sus manos unidas hasta que llegaron a la pista. Luego se tensó cuando el hombre le rodeó la cintura con su brazo y la acercó a él. ¡Por todos los santos! ¿Estaba celoso? Le había ocurrido algo similar unos días atrás, y también en relación a Erin. Esa avalancha de posesividad, celos y sentimientos, se le hacía difícil de gestionar y asimilar, porque era algo nuevo para él.

—¿Has visto lo bien que baila?

—Sí, tienes razón.

—Aunque su pareja también lo hace muy bien.

Alexander apretó los dientes sin contestar. Elissa sonrió, porque sabía que no le gustaba que su hija bailara con otro hombre.

¿Había pensado que era romántico que el destino los hubiera unido?, pensó Erin, mirando a Alexander mientras bailaba y esbozando una ligera sonrisa. Romántico era la manera como la estaba mirando él en ese momento desde su mesa, como si fuera la mujer más preciosa y deseable del local. Tenía los ojos entrecerrados y una expresión tan dura, voraz y salvaje, que parecía un depredador que hubiera seleccionado a la presa a la que iba a cazar. Su mirada era tan

intensa que ella no pudo apartar la mirada de su rostro. Esa mirada le habría resultado intimidante, de no ser por la suave sonrisa que podía apreciarse en las comisuras de sus labios.

Un camarero se acercó y abrió una botella de champán, que sirvió en las tres copas. Alexander se bebió la copa de un solo trago, para ver si el alcohol hacía que sus celos se aplacasen.

Elissa sonrió de nuevo al ver como se había bebido el líquido de la copa. Se sentía muy bien, porque sabía que su hija estaba enamorada de él, y acababa de descubrir que él también lo estaba de ella, aunque seguro que ni siquiera lo sabía.

Cuando la pieza de baile terminó, el compañero de baile de Erin la acompañó a la mesa y ella se sentó, después de darle las gracias por invitarla a bailar.

Erin pidió otro café a un camarero que pasaba por su lado, porque el que le habían servido antes de ir a bailar, se le había quedado frío.

Miró a Alexander por encima de la taza. Su expresión seguía siendo fría, pero ella no se sintió intimidada. No sabía porqué estaba tan serio, pero no le importó.

—¿Te gustaría bailar? —preguntó Alexander a Elissa.

—Me encantaría.

Alexander se levantó y le apartó la silla para que ella también lo hiciera, y la mujer le dio las gracias. Luego le ofreció su brazo y caminaron juntos por el pasillo hacia la entrada de la pista.

Erin los miraba embelesada. Había visto en numerosas ocasiones a sus padres bailar, pero la imagen que recordaba de ellos no tenía nada que ver con lo que estaba contemplando en ese momento. Alexander no la había engañado al decirle que bailaba bien, porque bailaba muy muy bien. Parecía que fueran flotando sobre la pista girando y girando. Le gustaba ver a su madre feliz y en ese momento, se la veía radiante de felicidad.

Erin se terminó el café y tomó un sorbo del champán, que estaba delicioso. Se preguntó se Alexander la invitaría a bailar. Deseaba bailar con él más que nada en el mundo. Quería estar entre sus brazos por unos minutos. Aunque no parecía muy contento, al menos con ella. ¿Le habría molestado que bailara con otro hombre? ¡Menuda tontería! ¿Por qué iba a molestarle que bailara con otro hombre? Él no sentía nada por ella.

Cuando acabó la música, Elissa se cogió del brazo de Alexander y volvieron a la mesa.

—No puedes imaginarte lo bien que baila Alexander —dijo Elissa.

—Lo sé, os he visto.

—Y yo creía que mi marido bailaba bien.

—El papá bailaba bien.

—Sí, es cierto, pero no tan bien como él.

Tomaron otra copa de champán.

—¿Quieres bailar? —preguntó Alexander a Erin.

—Claro —dijo ella de manera despreocupada, como si le diera lo mismo. Cuando la realidad era que se moría de ganas de hacerlo.

Alexander la llevó cogida de la mano hasta la pista. Aprovechando que la sujetaba de la mano la hizo girar hasta que Erin quedó frente a él. Alexander colocó la mano en su cintura. Ella puso su mano izquierda en su hombro, un poco insegura. Y a continuación unieron sus otras manos. Alexander comenzó a guiarla con movimientos tan firmes y elegantes que no podía haber duda sobre quien mandaba. En un momento dado él le levantó el brazo para hacerla girar y ella siguió sus indicaciones con tanta naturalidad que no perdieron el compás. Alexander se rio satisfecho.

—¿Por qué te ríes?

—Porque eres la pareja de baile ideal.

—Muchas gracias.

—Te adaptas perfectamente a mi ritmo.

—No tengo que hacer ningún esfuerzo para seguir a un hombre que se mueve con tanta destreza y seguridad.

—Es un placer bailar contigo. Somos una buena pareja de baile.

—¿Eso crees?

—Sí. No hay nada que pueda proporcionar más placer en una pista de baile, que una pareja se mueva como una sola persona.

—¿Nos movemos como una sola persona?

—Absolutamente.

—La verdad es que siento como si hubiera bailado contigo cientos de veces.

—Yo siento lo mismo. Eres una delicia de mujer para los sentidos de cualquier hombre.

—¿En serio has dicho eso?

—Es lo que pienso, y sabes que yo no miento.

—Pues gracias de nuevo.

Poco después la música terminó, pero comenzó a sonar otra pieza y siguieron bailando.

Alexander seguía rodeándola con sus brazos. La abrazaba de la misma forma que hacía un minutos, con la diferencia de que, en ese momento, estaban más cerca el uno del otro. Bailaban tan pegados que sus piernas se entrelazaban de forma íntima. Alexander ya no seguía el ritmo de la música ni bailaba el vals, simplemente impuso un ritmo relajado y lento. Se balanceaban sin dejar de mirarse y sin que sus pies se despegaran del suelo.

Era una sensación muy estimulante y extraña, pero al mismo tiempo aterradora, pensó Alexander. Así y todo, no quería apartarse ni un milímetro de ella.

Elissa los miraba sonriendo. ¿Cómo era posible que no se dieran cuenta esos dos de que estaban locos el uno por el otro?, se preguntó.

Alexander podía sentir el calor de ella entre sus piernas. Y, con toda seguridad, ella también podría sentir su erección mientras se frotaba contra ella, suave y lentamente. Se estaba volviendo loco, imaginándola en su cama del hotel, desnuda y entre sus brazos. Alexander sintió que los latidos de su corazón se incrementaban a medida que las imágenes sexuales iban apareciendo en su mente. Ninguna mujer había provocado algo así en él. Ninguna había despertado ese desesperado e intenso deseo, que le estaba dejando la mente en blanco.

Erin se echó un poco hacia atrás y ambos se miraron sin decir una palabra, pero siguieron meciéndose al son de la música.

—¿Vamos a vivir siempre juntos? —le preguntó él al oído, porque se sentía tan excitado que necesitaba pensar en otra cosa.

—Siempre es mucho tiempo. No podemos saber lo que nos deparará el futuro. Puede que encuentres a una mujer y te enamores de ella, entonces yo no pintaría nada viviendo contigo, ¿no crees?

—Eso no va a ocurrir. Aunque es posible que tú sí encuentres al hombre de tus sueños.

—Ya te dije que tuve tres relaciones con hombres y terminé escarmentada. Decidí que no merecía la pena repetir. No volveré a salir con nadie más.

—En ese caso seguiremos viviendo juntos. Quiero tenerte a mi lado. Necesito tenerte a mi lado.

—¿Has dicho que necesitas tenerme a tu lado?

—Sí. Porque tú eres la única persona que hace que me sienta vivo.

—Eso que has dicho es muy bonito.

Cuando acabó la música volvieron a la mesa, que encontraron vacía, porque Elissa estaba en la pista bailando con un hombre.

Estuvieron hablando un rato entre ellos, de cosas intrascendentes, pero no consiguieron recobrar la normalidad por completo. Aquel momento tan íntimo que habían compartido mientras bailaban, los había aturdido a los dos.

No podían negar que se sentían atraídos el uno por el otro. Desde que Alexander había aparecido en su vida, la tensión sexual que había entre ellos había ido incrementándose y podía cortarse con un cuchillo.

Cuando Elissa volvió a la mesa se tomó otra copa de champán. Alexander volvió a invitarla a bailar, y ella aceptó, por supuesto. Bailaron dos piezas y volvieron a la mesa.

—Me ha encantado venir aquí —dijo Elissa.

—En ese caso reservaré mesa cada vez que vengamos a Londres —le dijo su hija.

—Este local no parece muy barato. Una vez está bien, pero no hace falta más veces. No puedo creer que ya haya pasado una semana desde que llegamos. El tiempo vuela. ¿Qué vamos a hacer mañana?

—Creo que podríamos ir al Museo de Londres. Hay mucho que ver y nos llevará toda la mañana. Así terminaremos con los museos.

—Muy bien. ¿Y qué haremos por la tarde?

—No he pensado en nada.

—Podemos ir a pasear por las calles, ir a algún parque o sentarnos en una terraza y ver pasar a la gente —dijo Elissa.

—Cualquiera de esas opciones es buena —añadió el vampiro.

—Mañana tenemos entradas para el ballet, veremos el lago de los cisnes.

—Me encanta ese ballet.

—Yo nunca he ido al ballet. No puedo saber si me gustará —dijo Alexander.

—Te va a gustar, te lo aseguro —dijo Elissa—. Te gustó la ópera, y eso que no se entiende.

—Tienes razón.

—Estoy pensando que, posiblemente me precipitara en reservar el hotel para quince días.

Esta semana prácticamente ya no tenemos nada que hacer. Podría preguntar en recepción si nos devolverían el dinero si nos marcháramos antes, pero no lo creo.

—Si quieres que nos marchemos antes nos iremos. No me importa perder el dinero.

—No es que quiera marcharme, es que no sé dónde podría llevarte más. Te he llevado a todos los sitios que conozco, pero yo no soy de Londres. Si fuera de aquí, seguramente conocería lugares interesantes…

—Erin, lo he pasado muy bien estando con vosotras y conociendo todos los lugares a los que me habéis llevado. Si quieres que nos vayamos nos iremos. Y si quieres que visitemos otra ciudad, podemos ir y pasar allí los días que te quedan de vacaciones.

—¿Conoces el sur de Inglaterra? —preguntó Elissa a Alexander.

—No.

—Mi cuñada Amelie, la hermana de mi marido, vive en Brighton. Tengo entendido que no está lejos de aquí.

—No, solo está a una hora en tren —dijo Erin.

—Mi hija va a verla dos o tres veces al año, y también mis hijos. Otras veces viene ella a mi casa. Podríamos ir a verla y así puedes conocer Brighton. Vive sola, porque también es viuda. Y

su casa es muy grande. Podremos alojarnos con ella y no tendrás que pagar hotel —le dijo a Alexander—. Estará encantada de que pasemos unos días en su casa.

—Pero no me conoce.

—Eso no importa. Le vas a caer genial.

—No sé…

—De hecho, le he hablado de ti y quiere conocerte —dijo la mujer interrumpiéndolo—. ¿Qué te parece, Erin?

—Si Alexander quiere ir, por mí no hay problema. Sabes que la tía me cae muy bien.

—En ese caso iremos a Brighton —dijo Alexander.

Comenzó una nueva semana. El lunes pasaron toda la mañana en el museo de Londres, que a Alexander le encantó.

Por la tarde estuvieron paseando por la ciudad. Entraron en varias tiendas, porque a las dos mujeres les había llamado la atención algunas prendas de las que había en el escaparate, y compraron algunas cosas, que se empeñó en pagar Alexander, como un vestido de verano blanco y negro que Erin se probó y la encontró preciosa. En esa misma tienda consiguieron una caja, porque habían decidido enviar a casa algunas de las cosas que habían comprado y que abultaban demasiado.

Cuando llegaron al hotel y estaban metiendo todo en la caja, a Alexander le extrañó que Erin no quisiera enviar el conejito de peluche que él había ganado para ella, porque su madre había metido en la caja los dos de ella. Él no sabía que desde que él le dio el peluche, dormía en la cama con ella.

El martes fue más de la mismo. Antes de nada fueron a correos y enviaron la caja, que ya tenían preparada. Estuvieron paseando por la ciudad. Visitaron un parque y comieron unos sandwiches que habían comprado, sentados en el césped. Luego se echaron para descansar, aprovechando el sol tan increíble que hacía.

Esa noche fueron a ver el ballet: El lago de los cisnes, y a los tres les gustó mucho. Era una compañía rusa y los bailarines y bailarinas eran excepcionales.

Al día siguiente salieron temprano para Brighton. Alexander aún se sorprendía de la velocidad de los trenes. Le maravillaba que en solo unas pocas horas atravesaran el país de una punta a la otra.

Alexander conoció a Amelie, la tía de Erin. Era una mujer bajita, un poco rellenita y muy amable. Siempre estaba sonriendo. Al vampiro le cayó muy bien, y a ella también él. Cuando llegaron a su casa ya tenían las habitaciones preparadas.

Pasaron allí cuatro días fantásticos. Elissa nos les acompañó todos los días, porque ya conocía Brighton, además, pensó que a ellos les vendría bien pasar tiempo a solas.

El miércoles por la tarde visitaron los monumentos más importantes, como el Royal Pavilion, y Alexander se quedó muy impresionado por la colosal construcción.

El jueves amaneció un día espectacular y Erin y Alexander decidieron pasar el día en la playa, que estaba llena. Llevaron unos sandwiches y una botella de agua. Erin compró protector solar, porque no quería quemarse. Él la observaba cómo se ponía la crema en la cara, en el escote, en los brazos y en las piernas, imaginando que era él quien lo hacía. Eso lo excitó.

No entendía lo que le pasaba con ella. ¡Era un vampiro! El ser más poderoso del planeta, y podía controlarlo todo. Entonces, ¿por qué no podía controlar sus instintos cuando se trataba de ella?, se preguntó. ¿Y por qué se excitaba? Él no quería nada con ella. Bueno, puede que eso no fuera del todo cierto, porque la deseaba como no había deseado nada en su vida , y le gustaría

hacer el amor con ella más que nada, pensó. Pero no lo haría.

Volvieron a casa a media tarde. Elissa y su cuñada no estaban en casa.

—Necesito comer, Erin. Pero si saliese por la noche tu tía y tu madre podrían enterarse y pensarían que soy un desagradecido.

—Tienes razón. No salgas a la calle. Deberías alimentarte de mí.

—No me refería a eso. Quería decir que podrías acompañarme para que ellas no sospechen nada.

—Alexander, puedes alimentarte de mí. Solo será esta vez, en volver a casa podrás hacer lo que quieras.

—No puedo hacerlo.

—Sí puedes. Sé que estás preocupado por lo que me pueda suceder, pero no puede sucederme nada si tú estás conmigo, ¿no?

—Supongo.

—Dijiste que no podría convertirme en vampiro.

—Para convertirte en vampiro, antes tendrías que morir.

—Y tú no vas a dejar que muera, ¿verdad?

—No, si puedo impedirlo.

—Entonces hazlo. Ahora.

—¿Estás segura?

—Absolutamente segura. Vayamos a mi cuarto no vaya a ser que ellas vuelvan —dijo cogiéndolo de la mano y arrastrándolo a su dormitorio.

Ambos se sentaron en el borde de la cama.

Alexander la mordió en la yugular y comenzó a beber su sangre. Le costó mucho trabajo detenerse, pero lo hizo. Le lamió las heridas que él le había hecho en el cuello y poco a poco se fueron cerrando hasta desaparecer por completo.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento bien, aunque me ha dolido al morderme —dijo ella sonriéndole.

—Lo siento.

—Bah, no te preocupes. Ahora puedo presumir de que me ha mordido un vampiro.

—Qué cosas tienes. Me ha costado mucho dejar de beber tu sangre.

—¿Con las demás no te cuesta?

—No. Tu sangre es deliciosa.

—Supongo que pasará como con la comida, hay platos más buenos que otros.

—No creo que sea eso. Creo que es porque mi sangre está en tu organismo.

—Bueno, el caso es que me siento bien y no ha sucedido nada extraño.

—Sí. Te aseguro que estaba realmente preocupado.

—Pues ya no tienes que preocuparte más. Y como no ha sucedido nada, puedes morderme siempre que lo necesites.

—No creo que lo haga.

—Supongo que preferirás tener variedad.

—No es eso. Lo que pasa es que no quiero perder el control, y tu sangre me atrae demasiado.

El sábado, después de comer, cogieron el tren para regresar a Edimburgo. Podían haberse quedado hasta el domingo, porque Erin no tenía que volver al trabajo hasta el lunes, pero ella quería ir a hacer la compra de la semana y preparar las clases para el lunes.

Capítulo 17

—Podíamos habernos quedado en Brighton hasta mañana, total tú no tienes que volver al trabajo hasta el lunes —dijo Alexander mientras subían la escalera.

—Sí, podíamos haberlo hecho, pero quería deshacer las maletas y lavar la ropa del viaje.

Alexander abrió la puerta del apartamento, sin necesidad de la llave, y entraron.

—Además, quiero ir a hacer la compra de la semana. Y también tengo que preparar las clases del lunes —dijo revisando el correo que había cogido del buzón antes de subir a casa.

Alexander dejó en el suelo las dos maletas que había subido él, porque no permitió que ella subiera cargada.

—Esto es para ti —dijo ella dándole una carta.

—¿Para mí?

—Pone Alexander Wilfred James Knight —dijo ella sonriendo.

—¿Quién puede escribirme?

—Teniendo en cuenta que es del banco, seguramente será tu tarjeta. ¿No piensas a abrir el sobre? —preguntó ella porque él estaba mirándolo, pero sin hacer nada.

—Es la primera carta que recibo en mi segunda vida.

—No esperes una carta como las de tu época.

Cuando él la abrió y vio la tarjeta del banco se emocionó.

—Mi primera tarjeta del banco.

En los labios de Alexander apareció una lenta sonrisa, que iluminó su rostro como si fuera un amanecer. Ella se quedó embobada mirándolo.

—La próxima será una tarjeta oro o platino —dijo ella reaccionando.

—¿Qué significa eso?

—Que tendrás tanto dinero en el banco, que podrás comprar con ella todo lo que quieras, por muy caro que sea.

—Eso me va a gustar.

—Ahora también puedes comprar todo lo que desees, aunque sin la tarjeta. Eres un hombre muy rico.

—Tú también eres muy rica.

—Cierto. Lo que me hace pensar que quedamos en que haríamos de nuevo una visita a tu casa y a la casa que tenías en el campo.

—¿Cuándo quieres que vayamos?

—A tu casa podemos ir cualquier día entre semana. ¿Recuerdas haber visto algo que te gustara y que fuera demasiado grande para meterlo en mi coche?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Por ir a la empresa de mi familia a coger una furgoneta.

—No hará falta. De todas formas, no es conveniente que traigamos muchas cosas a casa, de lo contrario no cabremos nosotros.

—Tienes razón, aunque lo que no quepa, podemos llevarlo a casa de mi madre y dejarlo en mi habitación.

—¿Todavía tienes allí tu habitación?

—Sí. Mi madre no ha cambiado nada desde que mis hermanos y yo nos marchamos. Mejor que vayamos a tu casa el viernes por la noche, porque al día siguiente no trabajo y no importará

si me acuesto tarde.

—De acuerdo.

El domingo habían pasado el día juntos. Habían ido a comprar al supermercado, y habían preparado la comida juntos. Después de comer y de tomar café, Erin se sentó un rato en su escritorio para preparar las clases del día siguiente.

Erin no quería decírselo a Alexander por si se preocupaba y se sentía culpable, pero desde que se había alimentado de ella algo había cambiado en su cuerpo. No podía explicar qué era, pero se sentía diferente.

Esa noche, mientras cenaban, él le dijo algo que le hizo pensar que estaba relacionado con lo que ella sentía en su interior.

—Me sucede algo extraño.

—¿A qué te refieres?

—Ya no puedo leerte la mente.

Ella sonrió.

—Parece que te alegras.

—¡Por supuesto que me alegro! Te aseguro que no me gustaba eso de que supieras siempre exactamente lo que pensaba.

—A mí me gustaba.

—Ya lo supongo. ¿A qué crees que se debe?

—No ha ocurrido nada inusual entre nosotros, excepto que me alimentara de ti. Sin duda tiene que ver con ello.

—¿Sabías que si me mordías dejarías de leerme el pensamiento?

—¡Por supuesto que no! Soy un vampiro novato. Cuando me convirtieron no me explicaron prácticamente nada y lo que sé lo he aprendido por mí mismo.

—No te explicaron nada, porque tenías prisa por morir y que te enterraran. Tenías que haberte informado absolutamente de todo. ¡Demonios, eras abogado!

—¿Para qué quería informarme? ¡No tenía intención de resucitar!

—Ahora me echarás la culpa a mí, por haber hecho que bebieras mi sangre cuando estabas enterrado.

—No puedo echarte la culpa, sino todo lo contrario. Tengo que agradecerte que lo hicieras, a pesar de haber estado en peligro, porque me gusta vivir en esta época.

—No vamos a discutir por algo que hiciste mal hace más de un siglo —dijo ella.

—¡No lo hice mal! Yo quería morir.

—¡Pues ya ves que no se puede tener todo lo que uno quiere!

—¿Por qué estás enfadada conmigo?

—¡No estoy enfadada contigo!

—Por supuesto que lo estás. ¿He hecho algo que no te haya gustado?

—No. Pero, ahora que lo mencionas. Tú también parece que estés molesto conmigo. ¿He hecho algo en nuestro viaje que no te haya gustado?

—No.

—Pues entre nosotros ha cambiado algo.

—No ha cambiado nada —dijo él.

—Si tú lo dices… —dijo ella levantándose y empezando a recoger la mesa.

Por supuesto que ocurría algo, pensó Alexander. Estaba muy irritado consigo mismo, porque no podía apartar a Erin de sus pensamientos, y estaba asustado. Asustado, se dijo sonriendo. ¡Por Dios santo! Era un vampiro, y los vampiros no tenía miedo a nada.

—Voy a ducharme y a acostarme, estoy cansada.

—Muy bien. Buenas noches.

—Buenas noches.

Alexander llamó a la puerta del dormitorio de ella más tarde, cuando sabía que ya estaría acostada.

—Pasa.

—¿Estás bien? —preguntó él cuando abrió la puerta.

—Sí.

—¿Duermes con un peluche? —preguntó al ver el conejito que tenía entre sus brazos y el libro que estaba leyendo.

—¿Tienes algún problema con eso?

—No. ¿Es el conejito que gané para ti en el parque de atracciones? —preguntó sonriéndole.

—Sí, el mismo. ¿Por qué sonríes?

—Por nada. Buenas noches, cielo.

—Buenas noches.

Todo volvió a la rutina entre ellos. Cuando Erin se levantó al día siguiente fue a la cocina y se encontró a Alexander preparándole el desayuno.

—Buenos días.

—Buenos días. Hace un día precioso y supongo que irás a trabajar caminando. ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta que te molestes.

—No es ninguna molestia. De todas formas voy a salir. He quedado con tu madre para ir a correos a recoger el paquete que enviamos desde Londres.

—Mi madre tiene un chollo contigo. Siempre que necesita ayuda para algo solo tiene que llamarte.

—Me gusta tu madre, y me siento a gusto con ella —dijo él sonriendo—. Y después voy a llevar el curriculum a un bufete de abogados.

—¿Ya sabes a cuál llevarlo?

—Sí.

—¿Lo has elegido al azar?

—No, lo he elegido, porque es el más importante de Escocia.

—Quieres empezar por lo más alto, ¿eh?

—Por supuesto.

—Si no te dieran el puesto estarían locos.

—Gracias por la confianza.

Cuarenta y cinco minutos después salieron de casa. Fueron todo el camino hablando del viaje a Londres. Él le dijo lo que más le había gustado y lo que menos.

—Pero hay algo que me gustó más que nada, con diferencia.

—¿Qué fue?

—Tu sangre.

Ella lo miró ruborizada. Por suerte habían llegado al instituto.

—Te veré en casa —dijo entrando rápidamente y mezclándose con los alumnos.

Alexander comenzó a caminar rumbo a casa de Elissa.

Sentía por Erin una atracción física casi incontrolable. Pero había más que deseo por su precioso cuerpo. Le atraía ella en su totalidad: su mirada, su cuerpo, su voz, su risa, ese carácter encantador y amable, y ese corazón inocente y noble. Era una mujer inteligente y con una

memoria fuera de lo normal, valerosa y segura de sí misma. La belleza de su rostro estaba impregnada de una ternura que lo atraía irrevocablemente. Sus ojos le iluminaban el rostro y sus labios siempre parecían dispuestos a sonreír. Pero lo que más le gustaba era verla reír, eso era un verdadero espectáculo.

Alexander cruzó la calle cuando el semáforo se puso verde, ayudando a una señora mayor a cruzar.

Erin parecía ajena al juego de seducción y al flirteo, pensó Alexander. Seguramente sus tres ex parejas tuvieron algo que ver con ello. De todas formas, que no empleara artimañas de seducción con él, sabiendo que estaba enamorada, hacía todavía más difícil no dejarse llevar por esa llamada silenciosa que Erin, sin ni siquiera saberlo, le hacía simplemente con su existencia.

Alexander y Elissa pasaron juntos toda la mañana. Primero fueron a recoger el paquete de correos y lo llevaron a casa. Luego, Alexander la acompañó a hacer algunos recados. Cuando terminaron, fue ella quien lo acompañó al bufete de abogados para entregar el currículum. Y cuando terminaron todo lo que tenían que hacer, la invitó a comer y ella aceptó encantada.

Mientras comían hablaron de muchas cosas. Sobre todo de lo que él quería para su futuro.

—Entonces, quieres comprar una casa en un pueblecito a diecinueve kilómetros de aquí.

—Sí. Pero, por favor, no le digas nada a Erin. Tu hija me llevó al pueblo y me mostró la zona donde le gustaría vivir. Lo cierto es que es un lugar maravilloso. El pueblo es muy pequeño y está rodeado de un frondoso bosque.

—No me lo digas, mi hija te ha dicho que le gustaría vivir entre esos árboles.

—Sí —dijo él sonriendo—. Es un buen lugar para vivir. Allí se respira paz y tranquilidad.

—¿Por qué quieres comprar una casa en el lugar que le gusta a mi hija?

—Me gusta vivir con ella.

—Pero sabrás que cuando encuentre al hombre adecuado, se casará y se irá a vivir con él.

—Le dejaré la casa y seré yo quien me mude a otra.

—¿Por qué quieres hacer eso por ella?

—Porque Erin me ayudó cuando llegué aquí, sin conocerme.

—Cierto que no te conocía, pero le salvaste la vida.

—Me dio una casa donde vivir y su compañía.

—¿Sientes algo por mi hija?

—La aprecio mucho y somos buenos amigos.

—¿Sabes? A lo largo de mi vida he aprendido muchas cosas, una de ellas es que algunos trenes pasan una sola vez por la misma estación y a veces no tomamos las decisiones a tiempo y los perdemos. Y si no subimos a ese tren, la única opción que nos queda es cambiar de ruta para conseguir lo que queremos.

—Creo que no entiendo lo que quieres decirme.

—Venga ya, tú eres demasiado inteligente. En una ocasión leí en un libro sobre una antigua leyenda china. Decía que hay un hilo rojo, que no podemos ver a simple vista, que conecta a las personas que están destinadas a encontrarse, sin importar el lugar donde se encuentren, el tiempo que pase, y cualquier otra circunstancia. Y ese hilo jamás se romperá.

—Hablas del destino. Tu hija me habló de él. Dijo que estábamos destinados a encontrarnos.

—Al igual que ella, yo también creo en el destino.

—¿Y por qué crees que el destino querría que ella y yo nos encontráramos?

—¿Sabes, Alexander? Empiezo a pensar que no eres tan inteligente como creía —dijo ella sonriéndole.

—Muchas gracias.

—Victor Hugo dijo: *El futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable. Para los temerosos es lo desconocido. Para los valientes es la oportunidad*. Cariño, no dejes pasar tu oportunidad, de lo contrario te arrepentirás.

—Sigo sin saber de qué hablas.

—Te lo diré claramente. La vida es demasiado corta para no decirle a alguien que lo quieres, si estás realmente enamorado.

—Ahora entiendo por donde vas. Pero, te has confundido en tus suposiciones. ¿Crees que estoy enamorado de tu hija?

—Sí, es lo que creo.

—Yo no estoy enamorado de Erin.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—En ese caso, no hay nada más que hablar sobre el tema. Me has dicho que el miércoles tienes el examen de conducir —dijo ella cambiando de tema.

—Sí, de la teórica. Fui a la auto—escuela antes de irnos a Londres. Me hicieron una prueba y vieron que estaba preparado para examinarme. Me dijeron que llamara hoy y me dirían la fecha del examen. Les he llamado cuando he dejado a Erin en el instituto.

—¿Por qué no te habías sacado antes el carnet?

—Porque nunca lo necesité.

—Pero me dijiste que habías trabajado de abogado en un bufete.

—Sí, pero no necesité coche. Luego me marché al pueblo, y allí estaba todo muy cerca.

—Entiendo. Aunque me parece extraño porque, sobre todo los hombres, se mueren de ganas de sacarse el carnet cuando tienen la edad.

—A mí nunca me llamó la atención conducir.

—¿Y por qué ahora quieres sacártelo?

—Porque puede que me lo exijan para el trabajo.

—Tienes razón.

—También voy a sacarme el carnet de moto.

—A mí no me gustan las motos. Mis dos hijos también tienen el carnet, pero conseguí convencerles para que no se compraran una moto. Siempre me han dado miedo.

—Yo nunca he tenido moto y ahora me gustaría probar si me gusta.

—Vas a hacer que me preocupe.

—Puedo asegurarte que nunca va a pasarme nada.

—Eso no lo puedes asegurar. A no ser que seas inmortal.

Alexander se quedó mirándola, pero ninguno de los dos dijo nada.

—Eso tiene gracia —dijo él sonriendo.

—¿La tiene?

Alexander acompañó a Erin al trabajo dos días después.

—¿Estás preparado para tu examen? —preguntó ella mientras caminaban el uno junto al otro.

—Por supuesto.

—¿Llevas todo lo que necesitas?

—Erin, no soy un niño.

—Lo sé. Supongo que es la costumbre de tratar con mis alumnos.

—Llevo un bolígrafo, es lo único que necesito.

—¿A qué hora tienes el examen?

—Tengo que estar en la autoescuela a las nueve y media.

—¿Cuándo tienes el examen práctico?

—El próximo lunes. El martes y miércoles iré a la autoescuela a hacer las prácticas de la moto.

—No me habías dicho que ibas a sacarte el carnet de moto.

—No irás a decirme, como tu madre, que tienes miedo por mí.

—Por supuesto que no voy a decírtelo, siempre me han gustado las motos.

—Estupendo, así podremos hacer excursiones juntos.

—Eso me gustará. Cuando estaba en el instituto, estaba loca por salir con un chico que tenía una moto, pero no lo conseguí —dijo ella sonriendo.

—Ese chico estaría ciego y sería un poco estúpido.

—Qué cosas tienes —dijo ella riendo, pero muy halagada.

—En esta ocasión no tendrás que esforzarte por salir conmigo, para que te lleve en la moto.

—Es cierto.

—Tu madre sospecha algo de mí.

—¿De qué hablas?

—Por algunas cosas que me dijo y por lo que leí en su mente, piensa que hago algunas cosas extrañas. Cuando le dije que iba a sacarme el carnet de moto me dijo que iba a conseguir que se preocupara por mí. Le dije que a mí nunca me pasaría nada, y ella me dijo que eso no lo sabía, a no ser que fuera inmortal.

—Bueno, eso no quiere decir nada.

—Te aseguro que sospecha algo.

—No tienes que preocuparte porque, incluso en el caso de que supiera lo que eres, jamás te delataría.

—Eso me tranquiliza.

—Además, tienes a mi madre encandilada.

—No digas tonterías. Solo nos llevamos bien.

—Desde luego que os lleváis bien. Ya hemos llegado —dijo ella deteniéndose en la acera —. Envíame un mensaje para decirme cómo has hecho el examen.

—Ya sabes cómo voy a hacerlo, impecable.

—Eres un arrogante.

—A ti te gusta que sea arrogante —dijo él besándola en la mejilla.

—Sí, me gusta. Te veré por la tarde.

A media mañana Erin recibió un mensaje de Alexander.

He bordado el examen.

Cuando terminó la clase que estaba impartiendo, una hora más tarde, Erin decidió llamarlo. Salió del edificio para tener privacidad, porque en la sala de profesores todos estaban pendientes de lo que hacían los demás.

—Hola —dijo Alexander contestando a la llamada.

—Hola. Me alegro de que el examen te haya salido bien.

—Muchas gracias.

—¿Era difícil?

—¿Crees que pueda haber algo difícil para mí?

—¡Pero qué engreído eres!

—Tengo otra noticia para ti.

—Dime.

—Acaban de llamarme del bufete de abogados. Quieren que vaya el viernes para hacerme una entrevista.

—¿En serio? Han tardado poco en ponerse en contacto contigo. Seguro que les ha impresionado tu currículum.

—Puede ser. Sam y su hermana hicieron un buen trabajo con él.

—Desde luego que sí.

—Menos mal que leí el currículum y sé dónde había trabajado anteriormente, puede que me hagan alguna pregunta al respecto.

—Es maravilloso. Apuesto lo que quieras a que te dan el trabajo.

—Eso espero, estar sin hacer nada es un aburrimiento.

—Lo imagino. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias. ¿Qué crees que debería ponerme para la entrevistas?

—Tienes que ir con traje y no tienes mucho donde elegir. Si no te has comprado otro cuando fuiste a comprar el de etiqueta, solo tienes uno.

—No he comprado ninguno más.

—El que tienes es gris claro y te sienta genial, pero creo que sería conveniente que llevaras uno oscuro, parecerá más serio.

—¿Me acompañas esta tarde a comprar unos cuantos?

—¿Vas a comprar unos cuantos?

—Los necesitaré cuando empiece a trabajar, ¿no crees?

—Tienes mucha confianza en ti mismo. ¿Puedes leer el pensamiento a través del teléfono?

—A ti ya no puedo leértelo ni teniéndote enfrente.

—No me refería a mí.

—En ese caso, la respuesta es sí.

—Entonces, sabes que te van a dar el trabajo.

—Digamos que tengo el noventa por cien de posibilidades de conseguirlo.

—Eso es fantástico.

—Me estaba preguntando si está bien que pague la ropa en efectivo.

—No veo por qué no. ¿Cuánto dinero te quedaste en casa?

—Doscientas mil libras.

—Aunque, si quieres, puedo transferir dinero de mi cuenta a la tuya, así podrás pagar con tarjeta. Porque si vas a comprar varios trajes, será demasiado dinero para pagarlo en efectivo, les parecerá extraño.

—Vale.

—Tengo que dejarte, tengo otra clase ahora.

—De acuerdo.

—¿Nos vemos en casa?

—Iré a recogerte al instituto.

—Bien. Hasta luego.

Tan pronto Erin salió del edificio, se acercó a Alexander y lo abrazó. Y él le devolvió el abrazo.

—Me alegro mucho de que todo te esté saliendo bien.

—Yo también.

Caminaron hasta el centro. Entraron en la tienda exclusivamente de caballeros donde Alexander había comprado el traje de etiqueta y el anterior.

El dependiente los reconoció tan pronto los vio.

—Buenos días. Me alegro de volver a verlos.

—Buenos días —dijeron ellos.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Necesito unos cuantos trajes, camisas, zapatos y cinturones.

—Estupendo. Acompáñenme, por favor —dijo el hombre dirigiéndolos a un amplio probador, donde fuera había un pequeño sofá para los acompañantes.

—La talla de los trajes que compramos…

—Sé cuál es su talla, señor —dijo el dependiente interrumpiéndolo—. La anoté en su ficha cuando vino a comprar el traje de etiqueta, porque sabía que volvería por aquí. ¿De qué colores quiere los trajes?

—Yo creo que oscuros —dijo Alexander.

—Pero estamos en primavera.

—Voy a empezar a trabajar en breve en una importante firma de abogados.

—Eso no quiere decir que tenga que vestir de oscuro. Tengo muchos clientes abogados y en primavera y verano llevan trajes claros.

—Entonces lo dejaré en sus manos. De todas formas, también necesitaré trajes para el invierno.

—Los trajes para invierno, es mejor que espere a que recibamos la nueva colección. Se lo notificaremos para que lo tenga en cuenta.

—Gracias. El primer traje que compramos aquí era gris claro.

—Lo recuerdo. Traeré unos cuantos trajes para que se los pruebe.

—Muy bien.

El hombre se alejó.

—Es muy simpático y parece que le caigo bien —dijo Alexander.

—A cualquier dependiente que sepa que va a venderte unos cuantos trajes, que no tienen nada de baratos, le caerás bien.

—Yo creo que es muy amable.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo ella levantándose y dirigiéndose a unos de los percheros —. Te vas a gastar un pastón aquí. Ningún traje baja de tres mil libras —dijo ella mirando las etiquetas de algunos de los que había colgados.

—Lo sé, pero no tengo problemas de dinero.

—Eso es cierto. De todas formas, los dos trajes que compraste aquí te sientan de maravilla.

—Gracias.

El hombre apareció con cuatro trajes que colgó en un colgador metálico y unas camisas.

—Supongo que va a probárselos.

—Sí.

—Traeré unos cuantos más. He dejado unas camisas junto a cada traje que combinan bien con él.

—Gracias.

—Ahora le traeré zapatos y cinturones que combinen con ellos.

—De acuerdo.

Tan pronto se alejó el dependiente, Erin se levantó y se acercó al perchero para ver los precios de los trajes.

—Dios mío, dos de ellos cuestan casi cinco mil libras, y este casi diez mil.

Vas a mirar los precios de todos los trajes que hay en la tienda? No hace falta que mires el precio, cielo.

—Lo sé. De todas formas, son bonitos… Excepto este.

—¿Por qué no te gusta ese?

—Porque no me gustan los trajes marrones. Aunque no tienes que hacerme caso, puede que a ti te gusten.

El hombre volvió con cuatro trajes más y unas camisas. Un chico llegó tras él llevando tres pares de zapatos, tres cinturones y unas cuantas corbatas.

—No habían mencionado las corbatas, pero los abogados siempre llevan, así que me he permitido traer unas cuantas.

—Estupendo.

—Si quiere puede empezar a probarse.

—De acuerdo —dijo Alexander.

—Creo que los colores de los trajes le quedarán bien. Excepto este —dijo el hombre señalando, precisamente, el marrón.

—Entonces, ¿por qué lo ha traído?

—A algunos hombres les gusta el marrón. A mí, particularmente no me gusta.

—En ese caso puede llevárselo. A mi amiga tampoco le gusta.

El hombre miró a Erin sonriendo.

—El marrón no queda bien con el color de sus ojos —dijo ella devolviéndole al hombre la sonrisa.

—Totalmente de acuerdo con usted. Su amigo tiene que llevar trajes negros, todos los tonos de grises y todos los tonos de azules.

—Sí, eso creo yo también. Tiene que aconsejarnos con las corbatas, él no suele llevar corbata y yo no sé si las elegiría bien.

—No hay problema. Dejaré junto a cada traje las que queden bien con él.

—Gracias.

El dependiente se retiró

—Empieza ya a probarte, de lo contrario se nos hará la hora de cenar.

—Vale.

El hombre llevó al probador el primer traje con la camisa y la corbata, y además los zapatos y un cinturón.

—Gracias —dijo Alexander entrando en el amplio probador y cerrando la cortina.

—Si necesitan algo estaré aquí fuera —dijo el dependiente cogiendo el traje marrón y la camisa a juego y llevándoselo.

—De acuerdo —dijo Erin.

Alexander se probó el primer traje con la camisa y los zapatos y salió donde estaba ella.

—Me temo que no sé anudar la corbata. ¿Tú sabes?

—Sí, me enseñó mi padre y siempre le hacía yo el nudo.

—En ese caso, ayúdame, por favor. Aprenderé viéndote.

Ella se levantó y empezó a hacerle en nudo de la corbata. Se miraban a los ojos de vez en cuando, pero sin decir nada.

—Ya está.

—Ha quedado perfecta —dijo él mirándose en el espejo de cuerpo entero que había en una de las paredes.

Ella lo miró de arriba abajo pensando que ese hombre sabía llevar traje.

Alexander fue probándose un traje tras otro. Ella lo miraba alucinada, porque vestido con traje, Alexander era la perfecta imagen de la distinción. Una imagen que, sin duda, quitaba el aliento.

Cada vez que se probaba un traje llamaban al dependiente para que lo viera y el hombre les daba su opinión.

Al final eligieron seis con los zapatos, las camisas, las corbata y los cinturones a juego.

—Parece que los diseñadores los hayan diseñado precisamente para usted, porque ni siquiera ha habido que retocarle el bajo.

—Sí, eso parece —dijo Alexander cuando estaban en el mostrador para pagar—. ¿Sería posible que nos lo enviaran todo a casa?

—Por supuesto. Se lo llevarán esta tarde a última hora.

—Perfecto —dijo Alexander dándole la dirección de casa y la tarjeta para que se cobrara.

—Muchas gracias por su compra y por visitarnos —dijo el dependiente devolviéndole la tarjeta del banco.

—Gracias a usted por aconsejarnos.

—Ha sido un placer, señor Knight.

—Por cierto. Necesito comprar gemelos y un reloj. ¿Sabría usted aconsejarnos dónde podríamos ir?

—Por supuesto —dijo el hombre sacando una tarjeta de su bolsillo y escribiendo algo en ella—. Hay una joyería a ciento cincuenta metros de aquí, en la misma acera, en el número 358. Tienen unos gemelos increíbles. Y también relojes.

—Muchas gracias.

—Es lo primero que he comprado con mi propia tarjeta del banco —dijo Alexander mirando el recibo de la compra—. Aunque el dinero no fuera mío.

—No podías abrir una cuenta, así sin más, e ingresar en ella cien mil libras. Habiendo traspasado esa cantidad de mi cuenta a la tuya, tienes la prueba de que yo te di el dinero. Y cuando estés trabajando me lo ingresarás de vuelta en mi cuenta, y así todo estará bien a la hora de pagar los impuestos.

—Es cierto.

—Tendrás que ingresar dinero en tu cuenta porque la habrás dejado temblando. Por cierto, ¿cuanto te has gastado con la ropa y los complementos?

—Sesenta y cuatro mil libras.

—Oh, Dios mío.

—Es mucho dinero, ¿verdad?

—Sí.

—No importa, somos ricos.

—Es cierto —dijo ella sonriéndole.

—Puede que no tenga bastante para pagar en la joyería.

—Si te falta algo yo lo pagaré.

—Vale.

Fueron caminando hasta que llegaron a la joyería. Alexander le dio al dueño, que fue quien les atendió, la tarjeta que le había dado el dependiente de la tienda en la que ponía que los trataran bien, porque eran unos buenos clientes.

—Gracias por venir a mi establecimiento. ¿Qué necesitan?

—Queremos ver gemelos —dijo Alexander.

—¿Tienen idea de lo que buscan y del precio.

—Que queden bien con trajes negros, grises y azules —dijo Erin.

—Muy bien. Enseguida vuelvo.

El hombre se alejó a través de una cortina. Ellos se entretuvieron mirando los preciosos relojes que estaban expuestos en una vitrina. El hombre volvió diez minutos después con una bandeja en las manos.

—He seleccionado los que he creído que irían bien para los colores que me han mencionado.

—Vaya, son preciosos —dijo Erin.

Solo habían seis pares de gemelos, pero todos eran maravillosos.

—¿Cuáles te gustan a ti? —preguntó Alexander a Erin.

—La verdad es que me gustan todos.

—Pues nos los llevaremos todos.

—No necesitas seis pares de gemelos, al menos de momento.

—Entonces, elige tres.

—De acuerdo —dijo ella señalando los tres que le gustaban más.

—Estupendo —dijo el hombre.

—Ahora queremos ver relojes —dijo Alexander—. No quiero nada ostentoso. Prefiero algo sencillo, extraplano y elegante. Y, a ser posible, con correa de piel en vez de metálica.

—¿Han visto algo en el expositor que les guste?

—Sí —dijo Alexander mostrándole los que les habían gustado.

—Buena elección. Los sacaré para que se los pruebe.

—Gracias.

Alexander se probó los tres relojes y le pidió a Erin que eligiera uno. Ella eligió un Cartier que quedaba precioso en la muñeca de su maravilloso vampiro, rezando para que no fuera el más caro, porque no tenían el precio.

—¡Santa madre de Dios! Te has gastado más de treinta mil libras en la joyería —dijo ella cuando salieron del establecimiento.

—No te preocupes. Solo es dinero.

—Tal vez deberíamos ir a hacerle una visita a ese traficante de drogas y llevarnos todo el dinero que tenga en la caja fuerte.

Alexander soltó una carcajada.

—¿Qué? No quiero que se nos gaste el dinero, y al paso que vas no nos durará mucho.

—Son cosas que necesitaba.

—Lo sé.

—De acuerdo, el viernes iremos a casa del traficante.

—El viernes vamos a ir a tu casa.

—Pues iremos a los dos sitios. Aunque preferiría ir solo.

—De eso nada. No vas a privarme de la emoción de que nos pillen.

—Eres terrible.

—Y estoy pensando que, ya puestos, podemos hacer una visita también al notario, tu familiar. Aunque supongo que habrán reforzado la seguridad.

—Eso no es impedimento para mí.

—Tenemos que reponer el dinero que nos hemos gastado.

—El dinero lo he gastado yo, no tú.

—Pero somos un equipo —dijo él dedicándole una seductora sonrisa, que hizo que a

Alexander le temblaran las piernas.

Capítulo 18

Alexander no fue a esperar a Erin al trabajo, porque a esa hora él estaría en el bufete de abogados. Así que ella no se preocupó por llegar pronto a casa. Fue a tomar un café con dos compañeros de trabajo, y luego pasó por el supermercado a comprar algunas cosas que necesitaba para la cena de esa noche.

Llegó a casa cerca de las siete de la tarde. Cuando se dirigía a su cuarto, un imponente Alexander salió del baño con una toalla en las caderas. La visión de la piel brillante y húmeda de su espléndido cuerpo, y aquel pelo negro revuelto y mojado, hicieron que Erin se quedara paralizada y sin aliento. Un calor abrasador recorrió el interior de su cuerpo mientras su mirada lo escaneaba, sin dejar ni un milímetro de piel por observar. La respiración se le aceleró y notó que las rodillas le flaqueaban. Por suerte él ya no podía saber lo que pensaba, pensó. Y era cierto que no lo podía saber, pero sí sentía si estaba alterada. Y se había alterado al verlo, y mucho.

La voz de Alexander la obligó a apartar la vista de ese rostro y ese cuerpo de ensueño y, sobre todo, de esos ojos que le aceleraban de manera brutal el ritmo cardíaco.

—Ya tengo trabajo.

—¿De verdad?

—Sí. Empiezo el lunes veintinueve.

Erin se lanzó hacia él y lo abrazó muy fuerte. En ese momento no se le ocurrió pensar que él estaba prácticamente desnudo.

Alexander la abrazó a su vez. La sangre empezó a rugir en su cabeza, en su corazón y en su polla. Solo podía pensar en hundirse en ella hasta el fondo.

—Felicidades.

—Muchas gracias.

Cuando ella se dio cuenta de que no estaba vestido, se separó de él. Y Alexander lo agradeció, porque tuvo una erección al tenerla tan cerca.

¿Qué había hecho?, se preguntó Erin. Se había abalanzado sobre él y había estado a punto de gemir al sentir el calor y el olor que desprendía ese cuerpo fibroso y atlético.

—¿Por qué no empiezas a primero de mes?

—Tienen un caso difícil entre manos y necesitan ayuda.

—Se pondrán contentos cuando lo resuelvas.

—Tienes mucha fe en mí.

—La misma que tú en mí. ¿Lo sabe mi madre?

—Sí, me llamó poco después de la entrevista para preguntarme cómo había ido.

—¿Por qué no me llamaste para decírmelo?

—Porque pensé que llegaríamos aquí más o menos al mismo tiempo. Pero veo que me he equivocado. Has llegado muy tarde.

—Como sabía que estabas en la entrevista fui a merendar con dos compañeros del trabajo. Y luego fui a comprar algo para cenar.

—Entonces eres tú quien tenía que haberme llamado, para decirme que llegarías tarde a casa.

—¿Tampoco puedes sentir mi estado de ánimo ni si estoy en peligro?

—Por supuesto que puedo sentirlo, pero no puedo saber a qué hora llegarás.

—Tus poderes me están decepcionando.

—¿En serio?

—Sí. Voy a preparar la cena. ¿Cenarás conmigo?

—No sé si debería hacerlo, pareces enfadada.

—No estoy enfadada.

En realidad no estaba enfadada, estaba frustrada. No podía soportar que él no sintiera nada por ella.

—Entonces cenaré contigo. ¿Quieres que te ayude?

—No hace falta. Si tienes que hacer algo, hazlo.

—De acuerdo. Leeré el informe que me han dado en el trabajo sobre el caso.

—Bien. Por cierto, Jenny me ha llamado esta tarde para salir mañana.

—¿Otra vez vas a emborracharte?

—Le he dicho que no podía porque íbamos a ir a pasar el día al campo, a tu antigua casa, y que volveríamos tarde y cansados.

—¿Y que ha dicho?

—Creo que le ha sentado mal que no la invitara a acompañarnos.

—¿Se ha enfadado contigo?

—No. No es la primera vez que no salgo con ella. Aunque sé que piensa que desde que vives conmigo la tengo un poco abandonada. Y he de reconocer que tiene razón.

—Erin, a mi casa podemos ir cualquier otro fin de semana.

—Iremos este fin de semana.

—Puedes decirle que nos acompañe. A mí no me importa que venga con nosotros.

—Jenny no entendería que fuéramos a ver una casa tuya, que ya no es tuya. Además, no podríamos cumplir con la misión de entrar en la casa viniendo ella.

—¿Vamos a entrar en la casa?

—Sí. Si no hay nadie, claro. Puede que hayan cosas tuyas.

—De acuerdo. De todas formas, puedes quedar con ella si quieres, no volveremos tarde del campo. En mi tiempo estaba muy lejos, pero ahora en coche llegaremos en una hora o poco más.

—No quiero salir.

—De acuerdo. Es tu decisión. Voy a leer ese informe.

Erin estaba cortando verduras y de pronto el cuchillo, que estaba muy afilado, se le dobló y se hizo un corte profundo. No quiso gritar. Puso la mano debajo del grifo de agua fría. Se había hecho un buen corte, pensó mirando la herida, que sangraba bastante y, seguramente necesitaría puntos. De pronto dejó de sangrar. Sacó la mano de debajo del agua y la miró. Vio claramente como la herida se cerraba poco a poco, hasta que desapareció por completo.

Se quedó asombrada. No sabía lo que había ocurrido. Se preguntó si debería decírselo a Alexander. ¿Sería porque él la había mordido?

Mientras cocinaba, intentó recordar si le había ocurrido algo excepcional, desde que Alexander la mordió ocho días atrás. Lo único que le había parecido extraño era que en una ocasión se le cayó un lápiz en clase y lo cogió antes de que llegara al suelo. Incluso sus alumnos le habían dicho: *Buenos reflejos, señorita Brennan.* En ese momento no le había parecido extraño, pero, decididamente, sus reflejos nunca habían sido buenos. Y ahora que lo pensaba, ya no llegaba a casa cansada. Y no se le alteraba la respiración al subir las tres plantas hasta su piso. Y también estaba lo de dormir. Le costaba muchísimo dormir. A veces pensaba que había pasado toda la noche sin pegar ojo, aunque por la mañana no se sentía cansada ni tenía ojeras. Tendría que comprobarlo detenidamente. Aunque Alexander sabía cuando estaba dormida o despierta, pensó. ¿Por qué él no le había dicho nada? Y Alexander ya no podía leerle el pensamiento.

Decididamente, todo estaba relacionado.

Poco después estaban cenando.

—¿De qué va el caso ese en el que vas a ayudar?

—Tenemos que defender a un hombre acusado de asesinato.

—¿Y es culpable?

—Todas las pruebas apuntan a que mató a su mujer. Cuando hable con él sabré si es cierto.

—Vas a resolver muchos casos con tus poderes.

—Desde luego que sí.

—¿Has conocido a alguno de los otros abogados?

—A dos de ellos. Uno es un arrogante.

—Vaya, seguro que te llevarás bien con él —dijo ella con sarcasmo.

—Muy graciosa. Te aseguro que no se parece en nada a mí. Es un tipo odioso. Creo que no le he gustado.

—Seguro que es porque eres más guapo que él.

Él se rio.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es bajo, mide un metro setenta. Está un poco grueso y se está quedando calvo, a pesar de ser joven, porque rondará los cuarenta años. El traje no le sentaba muy bien.

—Ahí tienes tu respuesta. No es que no le gustes, es que te tiene envidia.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

—Pero el otro me ha caído muy bien. Es muy simpático. Está casado y tiene dos niñas a las que adora.

—Ya tienes un amigo.

—No sé si lo podría llamar amigo. Tendré una secretaria personal.

—Menudo lujo. ¿La has conocido?

—Sí. Es una chica joven, tendrá tu edad.

—¿Es guapa?

—La verdad es que es muy guapa. Y muy simpática. Creo que le he caído bien.

—Por supuesto que sí —dijo ella, que no le gustaba la idea de que su secretaria fuera joven y guapa—. ¿Te han dicho ya cuánto vas a cobrar?

—Sí. En un principio, ciento veinte mil libras al año y el veinte por cien de las comisiones de los casos que resuelva. Aunque voy a estar de prueba unas semanas, pagándome, por supuesto.

—Desde luego es un buen salario. Y el veinte por ciento de los casos que resuelvas, que serán todos, será muchísimo más que esa cantidad. Puede que ganes al año alrededor de medio millón, es posible que más.

—Eso estaría bien. Así podré comprar una casa pronto.

Erin pensó que compraría una casa y se olvidaría de ella, y esa idea no le gustó.

—Por cierto, cuando estuve el lunes con tu madre le pedí que nos ayudara a buscar a una señora para que venga a limpiar a casa.

—No necesitamos que venga nadie. Somos muy ordenados y la casa la limpiamos en tres horas.

—Esas horas podríamos dedicarlas a otras cosas. Y ya no se trata solo de limpiar sino de lavar y planchar. Y llevar los trajes a la tintorería y recogerlos. Yo voy a empezar a trabajar y estaré todo el día fuera. El poco tiempo que tenga libre no quiero perderlo limpiando. Quiero

pasarlo contigo. No te preocupes, yo pagaré a la señora.

—Alexander, no soy pobre. Y me parece una buena idea. ¿Sabía mi madre de alguien?

—La señora que va a su casa no tiene horas libres. Pero me ha dicho que va a hablar con su vecina, la mujer de Peter. Parece ser que están pasando una mala racha y necesitan dinero.

—Estupendo. Marta, que así se llama, es una buena mujer.

—Le he dicho que le pagaría veinte libras la hora.

—Es un buen precio, seguro que acepta.

—Además, le he dicho a tu madre que le diga, que si algún día alguno de sus hijos no va al colegio porque estén enfermos, que puede cambiarnos el día sin problema.

—Bien hecho. Así que vamos a tener los fines de semana completamente libres.

—Bueno, tendremos que hacer la compra para la semana. A mí me gusta ir al supermercado, de manera que puedo ir yo, ya que tú cocinas. Pero puedo organizarme para salir un día antes e ir a comprar, así tendremos libre todo el fin de semana.

—¿Y qué haremos los fines de semana?

—Iremos un día a comer con tu madre y con tus hermanos. Y el resto del tiempo algo se nos ocurrirá. Tan pronto pueda me compraré una moto y podremos ir con ella a los pueblos de los alrededores, cuando haga buen tiempo claro, y comer por ahí.

—Ese es un buen plan.

—Aunque claro, entiendo que no quieras salir siempre conmigo. Tienes a tu amiga…

—Lo iremos viendo sobre la marcha —dijo ella interrumpiéndolo.

Después de cenar Erin preparó café y lo tomaron sentados en el sofá.

—¿Quieres ver algo en la televisión o quieres acostarte un rato antes de que nos marchemos?

—Podemos seguir viendo la serie que estamos viendo. No estoy cansada.

—De acuerdo.

Salieron de casa a las doce y cuarto de la noche. Fueron en coche hasta la casa de Alexander. Tuvieron suerte, porque encontraron un hueco justo enfrente de la casa y aparcaron el coche allí.

—No vamos a entretenernos mucho, ¿vale? En mi casa no hay nada que quiera llevarme, solo el dinero, más que nada, para que no se nos gaste el que tenemos, como bien has dicho —dijo él sonriéndole, antes de salir del vehículo—. Quiero que terminemos cuanto antes, para que puedas dormir unas horas. Así mañana nos marcharemos temprano al campo.

—Vale. Presta mucha atención cuando entremos, porque puede que hayan reforzado las medidas de seguridad. Incluso es posible que hayan instalado cámaras. ¿Has traído el pasamontañas?

—No me hace falta cubrirme el rostro, si hay cámaras lo sabré tan pronto abra la puerta.

—¿Tienes un detector de rayos x?

—Sí.

—Genial. Coge la bolsa negra de viaje.

—Tú llevas una mochila. ¿Tanto dinero crees que va a haber?

—No lo sé, pero por si acaso.

Bajaron del coche y se dirigieron a la casa.

—¿Hay alguien? —preguntó Erin en voz baja cuando él abrió la puerta.

—Sí, hay dos personas, pero están durmiendo. —dijo dirigiéndose a la alarma y desconectándola—. Han cambiado el modelo de la alarma.

—Era de suponer. ¿Hay cámaras?

—No.

—Si están en el dormitorio, no vamos a poder comprobar si hay algo interesante en la caja fuerte donde estaban las joyas.

—Olvídate de la caja fuerte del dormitorio.

—Vale. ¿Crees que la caja fuerte estará en el mismo sitio que la otra vez?

—No lo sé —dijo él encendiendo la luz y caminando hacia el salón.

—¿Por qué enciendes la luz?

—Porque así podrás ver lo que hay.

Ella estuvo a punto de decirle que veía perfectamente en la oscuridad, cosa que había descubierto en ese mismo momento.

—Si se despiertan verán el resplandor.

—No te preocupes, si se despiertan lo sabré tan pronto abran los ojos.

—¿Dónde está a caja fuerte?

—En el despacho.

—¿Sabes el lugar exacto? —preguntó ella cuando llegaron al despacho.

—Sí —dijo él encendiendo la luz.

La caja fuerte estaba en un mueble que tenía doble fondo en la parte inferior. Alexander levantó la madera que la cubría y la abrió.

—Dame la mochila.

Erin se la sacó de los hombros, la abrió y se la dio.

—Vaya, hemos tenido suerte, hay una buena cantidad de dinero.

—Desde luego que sí —dijo él metiendo los fajos de billetes en la mochila y cerrando la cremallera.

—Podríamos dedicarnos a esto. Es excitante.

—¿Dónde está la chica que me dijo hace unas semanas que había que seguir las normas?

—Esa chica ha cambiado mucho desde entonces.

—Desde luego que ha cambiado.

—Robar es muy sencillo. Aunque, claro, es sencillo porque voy contigo —dijo ella sonriéndole.

Alexander cerró la caja fuerte y colocó el tablero que la ocultaba sobre ella. Luego se puso de pie y le dio a Erin la mochila.

—Vámonos —dijo él apagando la luz y saliendo al recibidor. Volvió a conectar la alarma, y abandonaron la casa.

—Hemos conseguido un montón de pasta —dijo ella sacándose la mochila de los hombros y entrando en el coche. Dejó la mochila en el suelo del asiento del copiloto—. Puede que los del seguro le hayan pagado el valor de las joyas y la cantidad de dinero que nos llevamos la vez anterior. La gente rica lo tiene todo asegurado. ¿Cuánto dinero habrá?

—Un millón trescientas veinticinco mil libras.

—Wow. Hemos hecho la noche. Y aún no hemos terminado.

—Iremos ahora a mi antiguo bufete, como quieres —dijo él mientras pasaba el dinero a la bolsa de viaje y lo dejaba en el suelo del asiento trasero—. Y luego a casa del traficante de drogas.

—Muy bien.

—Y mañana visitaremos mi casa de campo.

—Estupendo.

—Pero nunca, jamás, volveremos a entrar en una propiedad que no sea nuestra, y menos

aún para robar. ¿Entendido?

—Entendido —dijo ella—. Espero que consigamos mucha pasta en las otras propiedades.

Él la miró y no pudo evitar sonreír.

Poco después entraban en el antiguo bufete de Alexander, que ahora era una notaría.

—¿Han cambiado la alarma?

—No, solo la combinación.

—Puede que tengan una de esas alarmas silenciosas y esté conectada con la policía o con una agencia de seguridad.

—He desconectado la alarma. Solo sabrán que alguien entró aquí a las doce y cuarto de la noche. Aquí no vamos a encender las luces. Es un negocio y se supone que no hay nadie por la noche.

—Vale.

—Dame la mano.

Ella lo hizo, a pesar de que podía ver claramente en la oscuridad, pero deseaba sentir el contacto de su piel.

—¿Detectas alguna cámara de seguridad?

—No hay cámaras.

—¿La caja fuerte sigue en el mismo sitio?

—Sí —dijo él conduciéndola hacia el despacho del notario.

—¿Crees que habrá dinero en ella?

—Posiblemente.

Entraron en la estancia y caminaron hacia la caja fuerte. Alexander le soltó la mano. Abrió la caja en unos segundos.

—Vaya, hay mucho dinero.

Alexander la miró, porque había una completa oscuridad y era imposible que ella viera nada.

—Me ha faltado ponerle la interrogación a la frase —dijo ella al ver que a él le extrañaba que viera en la oscuridad—. Quería preguntarte si había mucho dinero.

—Sí, hay bastante.

—Estupendo —dijo sacándose la mochila de los hombros y dándosela.

Alexander empezó a meter el dinero dentro.

—Hemos superado la cantidad de la visita anterior. Hay un millón setecientos cincuenta mil libras.

—¡Oh, Dios mío! Somos muy ricos.

—Y unos perfectos ladrones.

—Eso también —dijo ella con una traviesa sonrisa—. Formamos un buen equipo.

—Salgamos de aquí —dijo él cerrando la caja fuerte y cogiendo la mochila.

—¿No quieres echar un vistazo para ver si hay algo que quieras llevarte?

—No. Quiero que esta noche termine cuanto antes para poder volver a casa.

A la una y veinte de la mañana detuvieron el coche frente a la casa del traficante. Era una zona bastante exclusiva. Todas las casas eran muy grandes y estaban bastante separadas las unas de las otras, porque tenían mucho terreno a su alrededor.

Es posible que este si haya instalado cámaras desde que le robaste. Los traficantes son muy desconfiados —dijo Erin.

—¿Cómo lo sabes? ¿Conoces a muchos traficantes?

—No conozco a ninguno, pero he visto muchas series de traficantes.

—Ah, claro, y en las series todo es verdad.

—No será verdad todo, pero sí muchas de las cosas que aparecen en ellas.

—¿Cómo la serie que estamos viendo de vampiros?

—Eso es diferente. Las series de vampiros son ciencia ficción. Bueno, o al menos lo eran antes de que te encontrara.

—¿Me encontraste?

—En realidad, no sé si te encontré yo o me encontraste tú. El caso es que nos encontramos. ¿Puedes anular también las cámaras si las hay?

—Por supuesto. Hay pocas cosas que no pueda hacer.

—Claro, señor todopoderoso.

—Bien, vamos allá —dijo Alexander.

—Espero que no haya nadie en la casa —dijo ella bajando del coche.

Caminaron juntos. La oscuridad se cernía sobre ellos hasta hacerlos parecer lo que eran en ese momento, dos ladrones.

Alexander abrió la puerta y desconectó la alarma.

—Este sí ha cambiado la alarma, en más sofisticada. Y, además, hay cámaras.

—Pongámonos el pasamontañas.

—Vamos primero al despacho, allí está el ordenador y necesito desconectarlas desde él —dijo, después de que se pusieran los pasamontañas—. Dame la mano, no vayas a tropezar con algo.

Ella le dio la mano encantada.

—¿Nos estarán grabando ya?

—No te preocupes por eso, borraré todo lo que se haya grabado y anularé las cámaras.

Entraron en el despacho y él se sentó en el sillón que había detrás del escritorio. Abrió el portátil y comenzó a trabajar. Poco después cerró el ordenador y se levantó.

—¿Ya está?

—Sí. Ya puedes quitarte el pasamontañas —dijo sacándoselo él.

—¿Desde cuando eres experto en informática?

—Ya sabes que aprendo rápido.

—Yo no te enseñé a utilizar el ordenador.

—No hizo falta. Tan pronto tengo en mis manos un aparato electrónico, sé cómo utilizarlo.

—Me llevó tiempo explicarte cómo utilizar el móvil cuando lo compramos. Y me hiciste muchas preguntas al respecto.

—Me gusta escucharte.

—¿Estabas fingiendo?

—Sí, pero como te veía tan entusiasmada, me dio lástima interrumpirte.

—Seguro que te sentiste muy bien, pensando que era una estúpida.

—Nunca he pensado que fueras una estúpida. Y no te enfades, por favor. Me estabas ayudando tanto en esos días que no quería que te sintieras innecesaria. ¿Me perdonas?

—Claro que te perdono. Pero quedamos en que no nos mentiríamos.

—No volveré a hacerlo, te doy mi palabra.

—Olvidémoslo. ¿Dónde estaba la caja fuerte cuando entraste la vez anterior?

—En el salón. Pero aquí hay otra…, que el día que entré yo no estaba.

—La habrá instalado después de que le robases. Apuesto a que en la del salón habrá algo de dinero, pero no mucho.

—Lo averiguaremos pronto.

Alexander abrió la caja fuerte y silbó.

—Vaya, sabes silbar.

—Por supuesto que sé silbar, soy un hombre.

—No todos los hombres saben silbar. Yo también sé hacerlo —dijo ella de forma orgullosa —. Me enseñaron mis hermanos. Por cierto, ¿por qué has silbado?

—Porque hay un pastón en la caja.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué pasa hoy? ¿Han cobrado todos una paga extra?

—Es posible —dijo él mientras metía el dinero en la mochila—. No cabe todo.

Alexander dejó el dinero restante sobre la mesa de despacho.

—Voy a la cocina a coger una bolsa —dijo el vampiro.

—Guardaré algunos de los fajos de billetes en mis bolsillos. Esto es lo bueno de los pantalones cargo, que tienen un montón de bolsillos.

—Vuelvo enseguida.

—¿Cuánto hay? —preguntó Erin cuando él regresó.

—Tres millones trescientas veinticinco mil libras. Hemos robado en total nueve millones setecientas noventa y cuatro mil libras.

—¡Santo Dios! Es fantástico. Y puede que haya más en la caja fuerte del salón.

—Sí, es posible.

Y no se equivocó, porque en la caja fuerte del salón había cincuenta mil libras.

Después de que Alexander dejara todo como lo habían encontrado fueron al recibidor.

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

Alexander no tuvo que explicarle lo que sucedía porque la puerta de la calle se abrió y entró un hombre con traje muy elegante. Encendió la luz del recibidor y seguidamente sacó una pistola con silenciador y los apuntó.

—¿Quienes sois vosotros? ¿Y qué cojones hacéis en mi casa? ¿Sois los mismos que me robaron el mes pasado? ¿Qué lleváis en la bolsa y en la mochila?

—Haces demasiadas preguntas —dijo Alexander poniendo a Erin detrás de él.

—Contéstame si no quieres que te pegue un tiro.

—De acuerdo, te contestaré por orden. Somos tu peor pesadilla. Hemos venido a robarte, otra vez. Y llevamos todo el dinero que tenías en las dos cajas fuertes.

—¿Cómo habéis desconectado la alarma y las cámaras?

—Mi amigo es un experto en ello —dijo Erin, orgullosa asomándose por el costado de Alexander.

—No queremos problemas. Vas a dejarnos marchar tranquilamente.

—Ni lo pienses, no vais a salir de mi casa, y menos aún con mi dinero.

—No es decisión tuya —dijo Alexander acercándose a él y cogiendo a Erin de la mano para que le siguiera protegida por su espalda.

—No des un paso más.

—¿O qué? —dijo sin detenerse.

—Detente.

Como no lo hizo, el traficante le disparó en el corazón cuando el vampiro estaba llegando a él.

—¡Alexander! —dijo Erin saliendo de detrás de él para ver lo que sucedía—. ¡Te ha disparado!

—No te preocupes, cielo.

Alexander cogió el arma de la mano del traficante y la dejó caer al suelo, luego le dio una patada y la lanzó a varios metros de ellos.

—¿Por qué no estás muerto? —preguntó el traficante, que de pronto se quedó sorprendido al ver que la bala salía a través de su camiseta y caía al suelo.

—Sorpresa. Soy inmortal.

—¿Qué coño eres?

—Mi amigo es un vampiro —dijo ella orgullosa.

Alexander lo cogió de la pechera de la chaqueta y lo acercó a él.

—En un principio pensé hacer que olvidaras que nos habías visto, pero tengo hambre, así que aprovecharé que estamos aquí.

Alexander se acercó a su cuello, lo mordió y bebió parte de su sangre. Luego pasó la lengua por los orificios que le había dejado en el cuello y se apartó de él.

—Ahora te dormirás y cuando despiertes no recordarás nada de lo que ha sucedido aquí —dijo Alexander llevándolo al sofá y dejándolo caer sobre él.

—No está muerto, ¿verdad? —preguntó Erin mirando al hombre.

—No. Salgamos de aquí.

—Espera —dijo ella acercándose al traficante y quitándole el reloj extraplano que llevaba.

—¿Qué haces? —preguntó el vampiro.

—Es un Rolex, y seguro que cuesta un pastón —dijo guardándolo en el bolsillo—. Ya podemos irnos.

Alexander cogió la bala del suelo y la bolsa con el dinero que había dejado en el recibidor y abandonaron la casa.

—Creo que tienes alma de ladrona —dijo Alexander cuando subieron al coche.

—No iba a dejar el reloj. Así tienes otro para no llevar siempre el mismo. Y es extraplano, como a ti te gustan.

—Bien, ya se han acabado las aventuras. ¿Sabes lo que más me molesta de esta noche?

—¿Qué?

—Que ese tío ha destrozado mi camiseta —dijo él mirando el agujero de bala.

—Puedes comprarte miles de camisetas como esa.

—Tienes razón.

—De todas formas, nuestras aventuras nocturnas no han estado mal ¿eh?

—Desde luego que no.

—Hemos sacado casi diez millones. Tenemos para comprar una súper mansión. Lo malo es que no podemos hacerlo porque no podríamos demostrar de dónde hemos sacado el dinero.

—Sí, eso es un problema.

—Mañana tendremos que ir al banco a guardar todo el dinero, no vaya a ser que entre alguien en casa y nos lo robe.

—De acuerdo.

Erin se levantó a las siete de la mañana, cansada de estar en la cama despierta. Fue al aseo y luego se dirigió al salón. Alexander estaba sentado en el salón.

—Buenos días.

—Buenos días. Te has levantado temprano. Aunque no has dormido mucho que digamos.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he escuchado dar vueltas en la cama toda la noche. ¿Por qué no has salido de tu habitación?

—No sabía si te molestaría.

—Nunca me molestarías.

—Voy a preparar el desayuno.

—Te ayudaré.

—Vale.

—¿A qué hora quieres que nos vayamos?

—Después de desayunar. Nos llevaremos comida para hacer un pícnic.

—¿Un pícnic?

—Sí. Seguro que encontraremos un sitio bonito para comer, en medio de la naturaleza.

—Hay un monasterio cerca de mi casa. Bueno, de la que fue mi casa. Es un edificio muy bonito, seguro que te gustará. Podemos comer en los alrededores.

—Estupendo. Prepararé la comida después de desayunar.

Poco después estaban sentados a la mesa, el uno frente al otro.

Erin se lanzó hacia la comida, sin mostrar vergüenza alguna. Estaba hambrienta. Alexander la observaba pensando que, incluso su forma de comer lo excitaba. Cuando ella terminó, se recostó en el respaldo de la silla y le sonrió. Sonrisa que consiguió que la sangre de Alexander ardiera.

—Tengo que hablarte de algo.

—Dime.

—¿Recuerdas que dijiste que seguramente el que no pudieras saber ya lo que pensaba estaba relacionado con que bebieras mi sangre?

—Sí.

—Pues en mí también cambió algo.

—¿A qué te refieres?

—Puedo hacer algunas cosas que antes no podía.

—¿Cómo qué?

—Mis reflejos son mejores. Ya no me canso. No duermo por la noche. Puedo ver en la oscuridad. Y las heridas se me curan al momento.

—Vamos por partes. ¿Cuándo te diste cuenta de todas esas cosas?

—En realidad, no estoy segura.

—Empieza por lo de los reflejos.

—Bueno, ya sabes que soy un poco patosa y tropiezo muchas veces. Puede que sea que no tengo mucho equilibrio. Y ahora que lo pienso, hace tiempo que no tropiezo con nada. En cuanto a los reflejos, te aseguro que no he destacado nunca por tener unos buenos reflejos. Pero el otro día me puse a pensar desde cuando me ocurrían todas esas cosas y recordé que unos días antes se me cayó un lápiz en clase y lo cogí al vuelo, antes de que tocara el suelo. Y te aseguro que yo no lo habría conseguido ni queriendo. Incluso mis alumnos me elogiaron por mis reflejos.

—Háblame del cansancio.

—Pues… Antes, cuando volvía del trabajo, me sentía algo cansada. No porque hubiera hecho demasiados esfuerzos, sino porque prácticamente paso de pie todo el tiempo. Pero me he dado cuenta de que ya no me sucede. Ni siquiera me canso al subir los tres pisos. A última hora de la tarde me siento igual que si acabara de levantarme, después de dormir ocho horas.

—¿Y eso de que no duermes?

—Bueno. Cuando me acuesto cierro los ojos, pero no me había dado cuenta de que no llegaba a dormirme, porque me quedaba quieta y con los ojos cerrados. Realmente me he dado cuenta esta noche porque me he sentido muy intranquila. No he dormido en toda la noche, sin embargo, me he levantado completamente descansada.

—Has dicho que puedes ver en la oscuridad. Pero anoche no lo mencionaste cuando estábamos trabajando de delincuentes.

—Me gusta que me cojas de la mano —dijo ella con una seductora sonrisa.

—¿Y cómo sabes que las heridas se te curan rápidamente?

—Porque me hice un corte bastante profundo con un cuchillo cuando cortaba verduras. Empezó a sangrar mucho y puse la mano debajo del agua fría. De pronto me di cuenta de que la herida había dejado de sangrar de repente y al sacar la mano del agua vi que el corte se estaba cerrando. ¿Estás seguro de que cuando muerdes y bebes la sangre de una humana no se convierte en vampiro?

—Completamente seguro. Para convertirte en vampiro tendrías que morir y al despertar tendrías que beber sangre para completar el proceso. Es lo que me pasó a mí, ¿lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado. ¿Por qué crees que me sucede todo eso?

—No tengo ni idea. Puede ser que el que mi sangre estuviera dentro de ti haya influido.

—¿Esto será para siempre?

—Tampoco lo sé, cielo. Siento haberte mordido.

—No fue tu culpa, fui yo quien insistió. Además, no puede decirse que lo que me sucede sea algo perjudicial sino todo lo contrario. Excepto lo de no dormir, porque no creo que pueda acostumbrarme a eso. ¿Qué voy a hacer si no vuelvo a dormir nunca más?

—Bienvenida al club.

—Y hay otra cosa. ¿Recuerdas que cuando me curaste bebiendo tu sangre te dije que mi aspecto había cambiado?

—Sí. Mencionaste que tu rostro había cambiado, y que tus dientes eran más blancos.

—Pues ahora ha cambiado mucho más. Han desaparecido de mi cuerpo todas las marcas y cicatrices que tenía, incluso una que me hice en la rodilla a los doce años al caer de bicicleta.

—Vaya.

—¿Y no me notas el pelo mucho más brillante?

—No sabría decirte.

—Pues te lo digo yo, está muchísimo más brillante y más suave. Tócalo.

Alexander le acarició el pelo.

—Desde luego está suave, pero nunca lo había tocado antes, y no puedo saber si el tacto era diferente. ¿Estás segura de que todo lo que me has dicho es cierto, o lo has imaginado?

—No me crees —dijo ella levantándose y cogiendo el cuchillo más afilado que había en la cocina?

—¿Qué vas a hacer?

—Demostrarte que no miento. Me haré un corte para que lo compruebes por ti mismo. Si miento y empiezo a desangrarme, me das un poco de tu sangre para que me cure.

—No lo hagas.

—¿Por qué? Tú no vas a dejar que me pase nada. Si quieres siéntate a mi lado y cuando empiece a sangrar puedes beberte mi sangre. Al fin y al cabo no vas a morderme y no va a haber repercusiones. Aunque comiste anoche y puede que no te apetezca.

—Cielo, no sabes cuánto me gusta tu sangre —dijo él corriendo la silla hasta estar junto a la de ella.

Erin pensó que mejor hacerlo a lo grande. Así que deslizó el cuchillo por su muñeca y se cortó las venas. Alexander cogió su antebrazo y se llevó la parte inferior de su muñeca a los labios antes de que se escapara una sola gota. Cuando notó que la sangre dejaba de brotar, lamió la que quedaba en su muñeca y miró la herida.

—Dios mío, qué te he hecho.

—Puede que tenga los mismos poderes que tú.

—Los mismos no lo sé, pero desde luego tienes poderes. ¿Me informarás si notas alguna cosa más?

—Por supuesto.

—Me gustaría conocer a un vampiro para que me resolviera todas las dudas que tengo.

—Puede que yo sea también un vampiro.

—Después de verte comer..., yo creo que no.

—Es posible que sea un vampiro diferente.

—Un vampiro es un vampiro, no hay de una clase o de otra.

—¿Y tú qué sabes, vampiro de pacotilla? Si ni siquiera sabes los poderes que tienes.

Alexander soltó una carcajada.

Capítulo 19

A las ocho y media de la mañana, estaban saliendo de la ciudad. Erin había puesto el GPS para llegar a Inverness, que era donde Alexander tenía la casa de campo.

—Pensaba que estaría más cerca —dijo Alexander, al ver en el GPS que había doscientos cincuenta kilómetros.

—Estaremos allí en menos de tres horas.

—Cuando íbamos a pasar allí las vacaciones tardábamos en llegar dos días con el carruaje. Esto de los coches es una maravilla.

—Desde luego que sí. Y no importa el tiempo que tardemos en ir y volver. No tenemos nada que hacer en todo el día.

—Es verdad. Aunque me pregunto si no preferirías pasar tiempo con tu amiga Jenny, en vez de conmigo.

—Me gusta estar contigo. De todas formas, ella no me va a echar de menos, siempre consigue llevarse a un hombre a casa.

—Eso es peligroso.

—Sí, se lo he dicho muchas veces, pero no me hace caso.

—¿Antes salías a menudo con ella?

—Sí, siempre salíamos juntas, hasta que conocí a mi primera pareja. Cuando empecé a salir con él, Jenny y yo solo salíamos por la noche cuando él trabajaba o había quedado con sus amigos. Aunque nos veíamos entre semana de vez en cuando. Y he de admitir que, antes de salir con mi pareja, hacía lo mismo que ella, bailábamos y bebíamos más de la cuenta. Lo que no he hecho nunca ha sido llevarme a casa a un hombre, y tampoco he ido a casa de ninguno, siempre he tenido miedo de lo que pudiera pasar. Pero cuando terminé con mi tercera pareja dejé de salir. Decidí que los hombres habían terminado para mí. ¿Sabes si mañana comerán mis hermanos en casa de mi madre? —preguntó ella para cambiar de tema y que él no le hiciera ninguna pregunta al respecto.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Porque tú hablas con mi madre más que yo.

—No sé si irán a comer, pero nosotros sí iremos. A veces pienso que debería ponerle una excusa para no ir, y dejaros solos a la familia.

—Tú eres de la familia.

—Gracias. No sabes lo que eso significa para mí.

—Sí lo sé. Está bien que la próxima semana termines con lo de los exámenes de conducir, de lo contrario tendrías que abandonar el trabajo para ir a hacerlos.

—Fui yo quien les dije que no podía empezar a trabajar hasta el lunes de la siguiente semana.

—Y aceptaron.

—Parece ser que necesitan ayuda. ¿Has estado alguna vez en Inverness?

—Mis padres nos llevaron una vez, aunque hace muchos años. Pasamos allí una semana fantástica. Me encantó el Lago Ness, pero no vi a Nessie.

—¿Quién es Nessie?

—El monstruo del lago.

—¿De qué monstruo hablas?

—¿No conoces la leyenda?

—No.

—Se remonta al siglo VI y aparece por primera vez en el texto: Vida de San Columba, que fue un misionero irlandés. Narra cómo este Santo irlandés salvó a un hombre que estaba siendo atacado por una bestia marina gigante en el río Ness, ocurrió en el año 565.

—Nací en las Highlands y nunca escuché nada sobre que hubiera un monstruo en el lago.

—Yo no puedo afirmar que lo haya, solo digo lo que sé al respecto.

—¿Sabes algo más?

—Sí. En 1932 K. MacDonald, un miembro perteneciente al clan MacDonald, afirmó que había visto a una criatura similar a un cocodrilo remontando el Lago. El artículo definitivo sobre la hipótesis del monstruo fue el avistamiento que tuvo lugar el 2 de mayo de 1933. En ese mismo año, George Spicer, un hombre de negocios de Londres y su esposa, circulaban en su vehículo el 22 de julio de 1933 por la carretera del Lago Ness, cuando pasó delante de ellos una rara criatura. Dijeron que era lo más parecido a un dragón o animal prehistórico que habían visto en su vida.

—Siempre me sorprendo de todas las cosas que sabes.

—Me gusta leer.

—Y tienes una memoria prodigiosa. ¿Has experimentado algún cambio en tu forma de leer?

—La verdad es que no he prestado mucha atención. Lo haré a partir de ahora. ¿Tú casa se encuentra cerca del lago?

—Cerca no, se encuentra en la orilla del lago.

—¿De verdad?

—Sí.

—Hay unas casas impresionantes en ambas orillas.

—En aquel entonces solo estaba la nuestra. Puede que ya no esté y hayamos perdido el tiempo yendo hasta allí.

—No vamos a perder el tiempo. Tenemos que hacer un pícnic, y ver el monasterio del que me has hablado.

—Puede que tampoco exista.

—No importa, hay un bosque increíble junto al lago. Haremos nuestro pícnic y cuando nos cansemos volveremos a casa.

—Es un buen plan.

Estuvieron hablando durante todo el camino, sin que les faltara tema de conversación. Cuando estaban cerca del lago él le dijo por dónde debería estar su casa, o dónde había estado en el pasado. Erin aparcó el coche y cogieron del maletero lo que habían llevado.

Estuvieron caminando más de media hora hasta que apareció la primera casa que estaba cerca de la orilla del lago.

—Supongo que esta no será tu casa.

—No.

—Sería mucho más fácil recorrer el lago en un bote, así veríamos todas las casas.

—No te preocupes, no está lejos. Recuerdo perfectamente aquel pronunciado recodo del lago que se ve a lo lejos, allí —dijo él señalándolo.

—Puede que haya cambiado en casi dos siglos.

—Es posible. De todas formas, mi casa no debería estar muy lejos. Vamos —dijo volviendo a caminar.

—Quince minutos después, Alexander se detuvo junto a una casa y ella se paró a su lado.

—Esta era mi casa.

—¿De verdad?

—Sí.

—Dejemos aquí las cosas.

Después de dejar en el suelo todo lo que llevaban, caminaron hacia la parte delantera de la casa y se detuvieron para mirarla.

—Dios mío. Es enorme.

—Sí, es muy grande. Y no la han reformado. Está exactamente como la recuerdo.

—¿Por qué iban a reformarla? Es absolutamente preciosa. ¿Crees que vivirá alguien en ella?

—No lo sé.

—Todas las cortinas de las ventanas están corridas.

—Eso no quiere decir que no vivan en ella.

—No, pero es raro.

—Llamemos a la puerta y veamos qué pasa —dijo él subiendo los peldaños que daban al porche.

—Este porche es una maravilla. Me encantaría vivir aquí. Poder contemplar una vista como esta cada día sería increíble.

—Mi mujer y yo nos sentábamos a última hora de la tarde en ese lado, que había dos mecedoras, y veíamos la puesta de sol. Era un verdadero espectáculo cuando el sol se reflejaba en la tranquilas aguas.

—¿Os bañabais en el lago?

—Mis hijos y yo sí, aunque yo los llevaba en brazos. No recuerdo que mi mujer se hubiera metido en el agua nunca, decía que tenía miedo, porque no podía ver el fondo.

—¿Y nunca visteis nada raro?

—Si te refieres a Nessie, no. Nunca vimos ningún monstruo. Creo que no hay nadie en casa. De todas formas, llamaremos —dijo él acercándose a la puerta y llamando.

Como no abrieron, Alexander abrió la puerta y entraron.

—¿Hay alarma?

—No.

—Vaya, qué maravilla —dijo ella al ver el recibidor.

—No han cambiado nada de la distribución de la casa, está exactamente igual que cuando vivía aquí —dijo él paseándose por el inmenso recibidor y asomándose a todas las estancias de la planta baja. Excepto que hay un baño, que antes no había.

—¿Estás seguro de que no hay nadie?

—Completamente seguro.

—Veamos toda la casa. Si hay algo que reconoces como tuyo y te gusta nos lo llevaremos.

—De acuerdo.

—Parece que los actuales propietarios solo vienen de vez en cuando, porque todos los muebles están cubiertos con sábanas.

—Puede que sea su segunda residencia, como lo era para nosotros.

—Sí, es posible. Seguro que esta cocina no es la misma que teníais vosotros —dijo ella entrando en la estancia.

—Desde luego que no.

—Es preciosa. Dios mío, si conservaras tus tres propiedades serías millonario.

—Ya soy millonario, sin las propiedades.

—Tienes razón. ¿No reconoces nada? —preguntó ella cuando recorrieron toda la planta baja.

—No. Subamos arriba.

Vieron la planta superior.

—¿Han hecho reformas aquí arriba?

—Hay dos baños que no estaban, y una habitación menos.

Cuando volvieron a la planta baja ella cogió unas cartas que había en un cajón del mueble del recibidor.

—Los que viven aquí no tienen tu apellido.

—Serán los que le compraron la propiedad a quien es ahora dueño de mi casa.

—Por eso no has reconocido nada como tuyo. Vaciarían la casa para venderla.

—Seguramente.

—¿Sabes si hay una caja fuerte?

—No hay.

—Es normal, si no viven aquí no habrá dinero. Si no quieres ver nada más, vayamos a buscar un buen lugar para hacer nuestro pícnic.

—No necesito ver nada más.

Salieron de la casa y bajaron los escalones del porche.

—Condúcenos al monasterio —dijo ella cuando cogieron nuevamente las bolsas y la manta que habían dejado junto a la casa.

—Vaya, sigue en pie —dijo él cuando estuvieron delante del antiguo edificio, media hora después—. Bueno, casi. La parte izquierda está un poco deteriorada.

—Los edificios antiguos duran más que los que hacen ahora.

—¿Sabes algo de la historia de este monasterio?

—No.

—Qué extraño. Estoy acostumbrado a que lo sepas todo.

—Pues ya ves que no lo sé todo. Siento haberte decepcionado.

—Yo no he dicho que me hayas decepcionado.

—De todas formas, ¿tú sabes algo del monasterio?

—Ni idea. Nunca se me ocurrió averiguar nada sobre él. Lo único que sé es que los monjes vendían dulces en el mercadillo de Inverness.

—Es un edificio impresionante —dijo ella.

—Sí.

—¿Por qué lo abandonarían?

—Seguramente porque los monjes no tenían dinero para las reparaciones y el ayuntamiento no les ayudaría.

—Es una lástima que el gobierno deje que un edificio como este se derrumbe poco a poco. Si lo hubieran mantenido en buen estado, podrían haberlo utilizado como edificio de congresos, o para cualquier otra cosa. ¿Podemos entrar?

—Puede que no sea seguro para ti.

—Estando a tu lado estaré segura. De todas formas, es posible que sea un vampiro, como tú.

Él la miró sonriendo.

—¿Puedes decirme por qué sonríes?

—Porque hay muchas cosas de lo que no estoy seguro, pero de que no eres un vampiro sí lo estoy.

—Simplemente porque me guste comer, no es razón suficiente para que no creas que soy como tú.

—Dejemos esta conversación. ¿Quieres que entremos?

—Sí.

—Dejaremos las bolsas y las mantas fuera.

Lo colocaron todo junto a un montón de piedras. Él la cogió de la mano y la arrastró hasta la entrada. La puerta no estaba cerrada, la empujó y entraron.

—Por cierto, ¿te encuentras cansada?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque hemos andado varios kilómetros, desde que hemos bajado del coche.

—Ya te dije que no me cansaba.

—Aprovecharemos esta excursión para averiguar algunas cosas sobre ti.

—¿Cómo qué?

—Por ejemplo, la velocidad a la que puedes subir las escaleras. En una de las torres hay un campanario y debe haber, al menos cien escalones hasta llegar arriba.

—Me parece bien. Busquemos la escalera —dijo ella.

—¿No sabes dónde está?

—¿Tú sí?

—Sí.

—Puede que necesite práctica —dijo ella sonriéndole.

—No se necesita práctica, o lo sabes o no lo sabes.

—No presumas tanto de tus poderes, porque no tienes ni zorra idea de lo que eres capaz de hacer. Uno puede ser arrogante y engreído cuando está seguro de las cosas, pero tú no estás seguro de nada.

Alexander no pudo evitar reírse.

—¿Y ahora por qué te ríes?

—Porque me gusta verte enfadada. Se te ve apasionada.

—En este momento te daría un golpe en la cabeza con un tronco, a ver si se te bajaban un poco los humos.

Él volvió a reír.

—Ven, la escalera está por aquí.

—Ya lo sabía.

—Por supuesto que sí —dijo él con sarcasmo.

—¿Por qué me llevas de la mano? ¿Crees que me voy a perder?

—A mí también me gusta cogerte de la mano.

Erin se sentía desconcertada. Ese hombre parecía no sentir nada por ella, pero sin embargo, a veces decía algunas cosas que la hacían pensar que se equivocaba.

—Bien. Hay ciento diecinueve escalones.

—Te lo has inventado.

—¿Por qué me lo iba a inventar? —dijo él sonriendo—. Te molesta que sea capaz de ciertas cosas. Lo que tienes es envidia.

—¿Envidia? ¿Crees que tengo envidia de ti?

—Sí, es lo que creo. Bien. Vamos a subir y comprobaremos cuanto tardas en llegar al campanario.

—Esta escalera es muy estrecha y no cabemos los dos.

—Yo buscaré otro sitio para subir.

—De acuerdo.

—¿Estás preparada?

—Sí —dijo ella colocando el pie en el primer escalón.

—¡Ya!

Erin comenzó a subir las escaleras. Ni ella misma podía creer la rapidez con que lo hacía.

Alexander salió al exterior y saltó al primer tejado, luego al segundo, y fue ascendiendo hasta que llegó al campanario, casi al mismo tiempo que ella. Eso le sorprendió, porque solo habían tardado dieciocho segundos.

—¡Ja! —dijo ella.

—Vaya, empiezo a pensar que tienes razón.

—¿Que me cortara las venas no te convenció del todo? Por cierto, ¿por dónde has subido?

—Por la fachada. Los vampiros podemos saltar a mucha altura.

—¿En serio?

—Sí. ¿Tú puedes hacerlo?

—Cuando bajemos lo comprobaré.

—Puedes comprobarlo bajando.

—¿Bajando?

—Sí. Aquí no hay mucho que ver.

—Las vistas son impresionantes —dijo ella, mirando hacia el exterior por cada uno de los lados de la torre.

—Tienes razón. Son increíbles. Bien. Bajemos. Lo haré yo primero —dijo poniéndose al borde del campanario.

—¿Qué vas a hacer?

—Tirarme.

—¿Y quieres que yo me tire también?

—Si eres un vampiro, como afirmas, podrás hacerlo.

—¿Tú has comprobado que puedes hacerlo?

—No.

—¿Y no te da miedo?

—Cariño, ya sabes que los vampiros no tenemos miedo a nada.

—De acuerdo. ¿Si me pasa algo me curarás?

—¿Ya no tienes fe en ti?

—No estoy convencida al cien por cien.

—Por supuesto que te curaré.

—Vale, adelante, tírate.

Y él lo hizo. Erin se asomó por la ventana por donde se había tirado. Lo vio llegar al suelo con las piernas flexionadas y continuación ponerse de pie.

—¿Estás bien?

—Por supuesto. Te toca.

Erin se colocó en el borde. Entonces se dio cuenta de que no tenía miedo de lanzarse al vacío. Se puso de pie en el pequeño muro y se lanzó. Cayendo exactamente como él.

—¿Convencido?

—Totalmente. Estoy muy impresionado.

—Busquemos un sitio para comer, estoy hambrienta.

Él la miró sonriendo, pensando que de vampiro solo tenía los poderes.

Hacía un día espectacular. Eligieron un lugar debajo de un árbol donde había sol y sombra. Extendieron la manta y sobre ella pusieron el mantel que habían llevado. Mientras ella ponía toda la comida sobre él, Alexander se entretuvo saltando a los árboles y subiendo a la copa de los más altos, sin el menor esfuerzo.

—Menudo fantasma está hecho —dijo ella en un murmullo.

—Te he escuchado —dijo él desde las alturas.

—No me preocupa —contestó mirando hacia arriba—, además, si he podido tirarme desde el campanario, seguramente podré subir hasta donde tú estas.

—Es posible.

Alexander se tiró desde una rama y cayó al suelo. Ella lo miró mientras se acercaba. Ese hombre era el vivo retrato de un macho alfa, pensó. Alto y fuerte. Tenía el pelo negro como el carbón y sus ojos brillaban como la plata, y destacaban sobre su rostro bronceado. Si se le hubiera ocurrido diseñar un hombre a su gusto, no habría conseguido hacerlo mejor.

Le miró el rostro y descendió por su cuerpo, y entonces comprendió porqué cuando caminaban por la calle las mujeres se volvían para mirarlo. Era increíblemente atractivo. Le encantaban sus ojos, y esa boca… que estaba hecha para el pecado.

—¿Vas a comer algo?

—Puede —dijo sentándose frente a ella.

—Cuando mis hermanos y yo éramos pequeños hacíamos a menudo pícnics.

—¿Dónde ibais?

—A algún bosque. Pasábamos el día jugando sin parar. Luego comíamos y después del postre mi madre nos obligaba a dormir un rato debajo de un árbol. Decíamos una y otra vez que no queríamos dormir, pero estábamos tan cansados que siempre nos vencía el sueño. Me habría gustado dormirme hoy después de comer, pero ya no duermo.

—¿Estás segura de que no duermes?

—Completamente segura.

—Bueno, después de comer podemos tumbarnos y cerrar los ojos.

—Claro.

Cuando terminaron de comer guardaron todo en las bolsas para tirarlo a una papelera. Erin dobló el mantel y lo guardó en su mochila. Luego se acostaron sobre la manta, uno junto al otro.

Alexander le contaba cosas de su tiempo. Su voz era suave y seductora. Era tan profunda, que Erin sintió que se metía por sus poros y la acariciaba en la entrepierna. Respiró hondo. De pronto sintió dolor en los pechos, calor en su vientre, y un cosquilleo en lugares en los que no quería pensar.

Alexander se giró para mirarla y vio que tenía los ojos cerrados. De pronto se quedó en blanco y no supo qué decir. Tener a esa mujer tan cerca le entorpecía el cerebro.

Ahora fue ella quien le habló de su infancia. Cada vez que pronunciaba su nombre, a él le sucedía algo extraño en su interior.

Alexander se imaginó lo excitante que sería si ella estuviera desnuda sobre la manta. Su polla se despertó y él se tumbó boca abajo, para que ella no pudiera darse cuenta de que se había excitado. Apartó ese pensamiento de su mente. No sabía lo que le pasaba, pero no era la primera vez que tenía fantasías sexuales con ella. Estaba obsesionado con esa mujer, y no sabía la razón. Respiró hondo varias veces para controlar sus impulsos. Tenía que controlar el fuego que ardía en su interior cuando ella estaba cerca, y en ese momento, estaba realmente cerca.

Él se incorporó un poco para mirarla y entonces ella abrió los ojos. Estaban muy juntos. Y Alexander no pudo contenerse. Acercó la boca a la de ella y la besó.

Erin no se lo esperaba. Y tampoco fue la clase de beso que necesitaba, intenso, poderoso y frenético. Fue un beso lento y planeado, como si Alexander llevara tiempo pensando en ello.

Él le saboreó a conciencia los labios y la lengua. Se acercó más a ella, hasta el punto de estar casi sobre Erin. Ella sintió la dureza de sus músculos sobre su cuerpo y el ritmo estable de

su corazón, contra los latidos frenéticos del suyo.

No era solo un beso de deseo físico. Estaba lleno de sensaciones y emociones, algunas de ellas, demasiado complicadas para ponerles nombre, y otras absolutamente peligrosas para reconocerlas.

Alexander pasó un brazo por detrás de ella y la acercó más a él. Y entonces la devoró de la forma que quería hacerlo.

Erin se sentía aturdida y desconcertada. A pesar de que las lineas de sus labios parecían duras y despiadadas, sus labios eran suaves y tiernos. Ese beso la había embriagado y se sentía como cuando se pasaba bebiendo alcohol. Se dio cuenta de que ese hombre conseguiría drogarla, sin necesidad de drogas.

Alexander la envolvió entre sus brazos, mientras la devoraba, con una pasión descontrolada.

Erin se aferraba a él de forma desesperada, como si se estuviera ahogando y él fuera la única persona que pudiera ayudarla. Era una experiencia agradable y excitante. Le fascinada ser deseada de esa forma, con una pasión tan intensa.

Ese beso fue más ardiente que él anterior que le dio, cuando fueron a su casa por primera vez. Con ese beso le había enseñado un mundo completamente desconocido para ella. Una pasión tan intensa que no sabía ni que existiera. Jamás habría imaginado que su cuerpo pudiera encenderse de esa forma y que pudiera sentir tanto y de una forma tan apasionada.

Erin lo miró a los ojos, a esos ojos que ese instante eran color humo con puntos azulados, y el corazón le dio un vuelco.

Deseaba sentir de nuevo sus labios sobre los de ella. Quería que sus manos y su boca la acariciaran por todas partes. Deseaba tenerlo encima de su cuerpo y que la presionara sobre el suelo, mientras entraba en ella una y otra vez. ¡Oh, Dios mío!, pensó.

Un absoluto caos lo sacudió por dentro y, por primera vez desde que era un vampiro, se dio cuenta de que su vida y su sentido común estaban en manos de una mujer.

Erin se sintió maravillada, al darse cuenta de que estaba completamente confundida al pensar que él no sentía nada por ella. Pero esa maravillosa sensación desapareció con las siguiente palabras que pronunció el vampiro.

Alexander la miró fijamente a los ojos.

—Ahora vas a olvidar que te he besado.

Después de escucharlo, Erin lo miró fijamente, cerró los ojos y se dio la vuelta, poniéndose boca abajo.

Alexander se levantó y fue caminando hacia los árboles. Le había sucedido como la vez anterior que la había besado. Sus besos le absorbían todo el aire que tenía en los pulmones y todos los pensamientos que tenía en la mente. Recordó cómo le había devuelto ella el beso.

¡Santa madre de Dios!, pensó. Erin era puro fuego cuando la tenía en sus brazos.

Volvieron a casa poco después. Ella no le había mencionado, que lo de hacerle olvidar el beso no había funcionado en ella. Estuvieron hablando durante todo el trayecto de una cosa y otra. Aunque Erin no podía dejar de pensar, que él quería que olvidara lo que había sucedido entre ellos. Supuso que eso significaba que él no sentía nada por ella, excepto deseo.

Al día siguiente fueron a comer a casa de la madre de ella y pasaron allí casi todo el día hablando con sus hermanos y su madre.

El lunes, Alexander hizo el examen práctico de conducir. Y, como ocurrió con el teórico, lo bordó.

El martes y el miércoles Alexander fue a la autoescuela para hacer prácticas con la moto.

El jueves se examinó del carnet de moto y, por supuesto, también aprobó.

Esa semana, Alexander no fue ningún día a esperar a Erin a la salida del instituto, porque la notaba un poco rara.

Erin aguantó hasta la tarde de ese jueves. No podía más. Tenía que saber si él sentía algo por ella.

Entró en casa decidida a hablar con él y poner las cosas claras, pero no había nadie.

Alexander había pasado la tarde con Elissa. La había invitado a comer para celebrar que había aprobado los dos exámenes de conducir. Y luego ella le había acompañado a comprar un maletín para el trabajo. Antes de despedirse volvió a decirle que si necesitaba más espacio podía contar con su casa. Y él le dio las gracias.

—Hola —dijo Alexander entrando en el pequeño piso.

—Hola —contestó Erin, que estaba sentada en el sofá.

Alexander se acercó al salón y la miró. Pero unos segundos después, y con gran esfuerzo, apartó la mirada de ella. Porque esa mujer se había convertido para él en una inesperada debilidad. Y no podía olvidarlo, porque era un verdadero peligro para él.

Pero a Erin no le había pasado desapercibida la forma en la que la había mirado. Se preguntó cuándo iba a dejar de mirarla de aquella forma y hacer algo al respecto.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien, como siempre. ¿Y el tuyo?

—También bien. He comido con tu madre y luego me ha acompañado a comprar un maletín. He pensado que lo necesitaría para el trabajo —dijo mostrándoselo.

—Sí, todos los abogados llevan un maletín. Es muy bonito.

—Lo ha elegido ella.

—Mi madre tiene buen gusto. Quiero hablar contigo de algo.

—Vale —dijo sentándose a su lado en el sofá.

Ella se levantó y se sentó en el sillón, para estar más lejos de él. A Alexander le sorprendió.

—¿De qué quieres hablarme?

—Es posible que, por los poderes que tienes, puedas controlarte, pero yo no tengo ningún control sobre mis emociones. Estoy enamorada de ti. Te aseguro que no quería enamorarme. Pero supongo que no siempre se puede elegir a la persona de la que uno se enamora. A veces, es simplemente el amor el que lo elige a uno. Llevo mucho tiempo sintiendo esto y he pensado que no tengo por qué seguir ocultándolo.

La voz de Erin mostraba frustración y parecía llena de impotencia. Como él no hizo ningún comentario al respecto, siguió hablando.

—Creo que me enamoré de ti el día que te llevé a la peluquería de Justin. Aunque no me extrañaría que fuera antes.

Alexander la miró fijamente, preguntándose cuánto le habría costado confesar lo que sentía por él. Erin era una mujer sincera y no recurría a juegos de ningún tipo.

—Aunque puede que tú ya lo supieras.

Alexander no dijo nada, pero tampoco lo desmintió. Lamentaría mucho tener que marcharse de su casa. Solo pensar en ello le revolvía las entrañas.

—Sé que tú también sientes algo por mí. Me lo demostraste claramente las dos veces que me besaste.

—Solo te besé una vez, y ya te pedí disculpas por ello.

—Me besaste el pasado sábado.

Él la miró extrañado.

—Ese poder que tienes, de hacer que las personas olviden lo que tú quieres, ya no funciona

conmigo. Lo descubrí ese mismo día, cuando intentaste que lo olvidara. No te dije nada porque… Bueno, el motivo no importa. Un hombre no puede besar de esa forma a alguien por quien no siente nada.

—Erin, estás confundida.

—Tú eres un hombre inteligente. Y un hombre inteligente admite sus debilidades, al menos, ante sí mismo.

—Erin, tienes que perdonarme. No debí haberte besado una segunda vez. Te aseguro que no sé lo que me ocurrió. Fue el error más grande de mi vida.

Erin casi pudo escuchar cómo se rompía su corazón al repetir para sí misma: *fue el error más grande de mi vida.* Quería llorar, gritar y decirle que era un estúpido. Pero se quedó callada mirándolo.

—Disculpa si he sido demasiado brusco contigo, te aseguro que no quiero hacerte daño, pero yo no siento nada por ti. Mi corazón está enterrado con mi familia y nunca me enamoraré de ninguna mujer, porque sigo queriendo a mi esposa. Si lo que quieres es una relación… no soy el hombre adecuado. Lo siento —dijo él atormentado al ver el dolor en sus ojos.

—Entiendo. No se puede pensar en el futuro si no dejas de mirar el pasado.

Erin apartó la mirada de él, intentando controlar el gesto de su rostro para que él no se percatara de cuánto le había dolido su rechazo.

—No tienes que preocuparte. Me olvidaré de ti. Ya sabes que soy experta en olvidarme de los hombres.

Erin se dijo que Alexander no tenía culpa de que ella se hubiera enamorado.

—Erin… —dijo él de forma apenada.

Alexander era consciente de que había cortado todo lo que los unía, de una manera despiadada.

—No te enfades conmigo, por favor. He sido un capullo al hablarte de esa forma.

—Tranquilo, no estoy enfadada —dijo sonriéndole y deseando estar sola.

Erin quería desaparecer y no ver a nadie en mucho tiempo. Se sentía ridícula y humillada por haber pensado que él sentía lo mismo que ella. Y, desde luego que estaba enfadada. Enfadada no, estaba cabreada. Tenía un cúmulo de emociones en su interior que la estaba asfixiando.

—Prefiero que hayas sido sincero, de lo contrario, me habría hecho ilusiones contigo.

Alexander se dio cuenta de que había dejado de mirarle como siempre, como si fuera el hombre más fascinante del mundo, para mirarle como si fuera el hombre más cruel y despiadado sobre la faz de la tierra. Quería borrar el dolor que había en sus ojos. Quería volver a besarla.

—Llegados a este punto, creo que lo mejor es que busques otro sitio dónde vivir. No hace falta que te marches hoy, pero sí cuanto antes.

—¿Quieres que me marche de casa?

—Creo que es lo mejor. Para mí sería muy violento que siguieras viviendo conmigo, porque siempre te vería como el hombre que me rechazó... porque sigue enamorado de una persona que falleció hace casi dos siglos. De todas formas, tan pronto empieces a trabajar, te habrías marchado de aquí.

—Dijiste que no querías que me marchara nunca.

—Y era cierto cuando te lo dije, pero las cosas han cambiado.

—¿Por qué quieres que me marche?

—Porque si te quedas, nuestra relación cambiará y no podría soportarlo. Además, prefiero que sonrías lejos de mí, que verte triste a mi lado. Vamos a dejar que pase el tiempo, a ver qué

sucede. Voy a acostarme. Buenas noches.

Capítulo 20

Alexander salió a la calle abrumado por la conversación que había mantenido con Erin. Miró la hora en su reloj. Eran las cinco y media de la tarde. Sonrió al pensar que Erin le había dado las buenas noches y se había encerrado en su habitación y no era ni la hora de cenar. Sacó el móvil del bolsillo e hizo una llamada.

—Hola, Alexander. ¿Qué sucede? Hemos estado juntos hasta hace poco —dijo Elissa.

—Lo sé. Tengo que hablar contigo. ¿Me invitas a cenar?

—Por supuesto. ¿Qué ha pasado?

—Hablaremos cuando llegue.

—De acuerdo.

Alexander llegó quince minutos después. Elissa abrió la puerta y lo dejó pasar.

—No me gusta la cara que traes.

—Ha sucedido algo que no esperaba.

—¿Tiene algo que ver con mi hija?

—Sí.

—Lo sabía. Vamos a la cocina, estoy preparando la cena. Tan pronto me has llamado he sabido que te había ocurrido algo con ella.

—Quiere que me marche de casa.

—Siéntate, te serviré una copa de vino. Te vendrá bien.

—De acuerdo —dijo Alexander, que conocía muy bien a esa mujer y sabía que, aunque le dijera que no le apetecía, se lo serviría.

—Si quieres podemos salir a cenar, no necesitas cocinar.

—No me importa cocinar. Ya tiene que ser serio lo que le has hecho a Erin, de lo contrario nunca te habría pedido que te marcharas de casa, me ha dicho muchas veces que tú eras lo mejor que le había pasado en la vida.

Alexander se maldijo al escuchar sus palabras, que aún hicieron que se sintiera peor.

—Sí, es bastante serio. He tenido poco tacto con ella, de hecho he sido muy brusco. Me he portado como un imbécil.

—¿Quieres contarme lo que ha ocurrido?

—Sí.

Alexander se lo contó todo y ella le escuchó, sin interrumpirlo ni una sola vez, mientras preparaba la cena.

—Así que, decidiste no aprovechar la oportunidad que se te presentó con Erin, como te pedí.

—Sí.

—Me has contado lo sucedido, pero no me has dicho nada referente a ti, excepto que sigues enamorado de tu mujer, y que tu corazón está enterrado con tu familia. Lo entiendo perfectamente, porque yo siento lo mismo sobre mi marido.

—Menos mal que me entiendes.

—En parte. Pero yo no voy por ahí besando a nadie —dijo ella mirándolo—. ¿Estás seguro de que no sientes nada por Erin?

—¡No lo sé! —dijo levantándose bruscamente de la silla—. Estoy aturdido. Nunca me había visto en una situación como esta. Sé que le he hecho daño y es lo último que pretendía.

Erin me ha dicho que se siente humillada y no quiero que se sienta así. Ella es lo más importante de mi vida.

—¿Erin es lo más importante de tu vida?

—Por supuesto que sí.

—Esas palabras no son ciertas. Tu mujer es mucho más importante que ella. Al menos es lo que le has dejado claro.

—¡Oh, Dios mío!

—Alexander, a veces hay que aceptar lo que la vida te ofrece. Y en algunas ocasiones es muy diferente a lo que soñabas o a lo que esperabas. Le has dicho a Erin que estabas enamorado de tu esposa y nunca te enamorarías de otra mujer. Pero tienes treinta y un años y toda una vida por delante. ¿Y sabes? Si mi hija tuviera que competir con otra mujer no me preocuparía, pero competir con un fantasma... Eso es aterrador.

—He metido la pata. No tenía que haberle hablado así.

—El mal ya está hecho. No te preocupes, que el tiempo lo arreglará todo.

—No creo que el tiempo pueda arreglar esto.

—Ten un poco de fe. Bien, dime, ¿qué planes tienes?

—Lo primero que he de hacer es buscar un sitio donde vivir.

—Te ofrecí mi casa y mi oferta sigue en pie. Aunque, según mi hija, vas a ser un abogado muy importante.

—Tu hija tiene mucha fe en mí.

—Yo también la tengo.

—Gracias.

—Lo que quiero decir es que esta casa no es lo que tú necesitas. No está en condiciones para que viva en ella un prestigioso abogado. Nunca he hecho ninguna reforma, porque pensé que para mí sola no merecía la pena.

—Hablas como si tuvieras noventa años. Tú también tienes mucha vida por delante. Vamos a hacer una cosa. Yo voy a ayudarte a ti y tú vas a ayudarme a mí.

—¿De qué hablas?

—Yo necesito un sitio donde vivir y no encontraría un lugar mejor que contigo.

—Gracias.

—Y tú quieres hacer una reforma en tu casa. Así que yo pagaré la reforma y luego viviré aquí sin pagar alquiler. Hasta que me compre mi propia casa.

—En el pueblo que le gusta a Erin.

—Sí. Y entonces le pediré que venga a vivir conmigo.

—No te va a ser tan fácil. Para que consigas que viva de nuevo contigo, tendrás que pedirle mucho más que eso.

—Ya veremos. Entonces, ¿aceptas el trato? —preguntó él, tendiéndole la mano

—Sí —dijo ella estrechándosela—. Supongo que esto equivale a la firma de nuestro contrato.

—Por mi parte sí.

—Por la mía también.

—Yo creo que lo mejor será hablar con un arquitecto. Me refiero a la reforma. Le dices lo que quieres y que haga un plano. Cuando estés conforme con lo que hay en el plano, que él se encargue de todo.

—Esa es una buena idea. ¿Cuánto dinero dispones para la reforma?

—Puedes gastar todo el dinero que quieras.

—Vaya.

—Busca una casa en alquiler para que vivamos mientras reforman esta.

—Podemos apañarnos aquí.

—No vamos a estar viviendo entre polvo y escombros. Busca una bonita casa para vivir unos meses y la alquilaré.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro.

—¿Qué pasará cuando mis hijos vengan a comer?

—No pasará nada, porque yo no estaré.

—¿Te marcharás de una casa, que estarás pagando tú, para que Erin no te vea?

—Sí.

—¿Cuándo tienes que marcharte de casa?

—No me ha puesto fecha límite, pero me ha dicho que me marche cuanto antes.

—Parece que la has enfadado mucho.

—Sí, eso me temo. No quiero que se sienta incómoda teniéndome allí. Me mudaré mañana, si no tienes inconveniente.

—Por supuesto que no tengo inconveniente.

—¿Crees que tu hija te culpará por ofrecerme vivir contigo?

—Claro que no.

—Traeré mis cosas por la mañana, mientras ella está en el trabajo.

—Perfecto. Después de cenar subimos arriba y eliges una de las habitaciones.

—Me da igual la habitación. Solo será hasta que encontremos una casa para alquilar.

—De acuerdo, limpiaré la de mi hijo mayor, que tiene la cama más grande.

—La que tú elijas estará bien.

—¿Cuándo me dijiste que empezabas a trabajar?

—El próximo lunes.

—Entonces limpiaré el despacho de mi marido para que puedas utilizarlo, mientras busco casa. Así aprovecharé para meter todas sus cosas en cajas y le diré a mis hijos que se las lleven a la empresa y las revisen. Puede que todos los papeles sean para tirarlos, pero mejor que ellos les echen un vistazo. Por cierto, ¿quieres que te recoja en casa mañana para ayudarte con tus cosas?

—No te preocupes, no tengo muchas cosas, cogeré un taxi.

Alexander se marchó después de cenar, porque necesitaba comer.

Caminaba despacio hacia el centro de la ciudad, pensando en Erin. Ya no podía saber lo que ella pensaba, pero sí podía sentir el estado de ánimo en que se encontraba. Y no podía decir que se encontrara bien. Eso lo inquietó. En un principio pensó en volver a casa, pero decidió no hacerlo, no quería que ella se sintiera incómoda con su presencia. Erin cada vez le importaba más y empezaba a sospechar que la necesitaba en su vida.

Erin había escuchado la puerta cerrarse cuando él se marchó, pero no salió de su dormitorio.

Estuvo echada en la cama, con los ojos cerrados, durante mucho tiempo. No podía pensar. No podía moverse. No era capaz de sentir ni de llorar. Se sentía como si le hubieran arrancado algo de su interior.

Se preguntaba cómo era posible que se hubiera enamorado de ese ser, porque ni siquiera era un ser humano. Lo había visto matar a sangre fría a un hombre. Bueno, a sangre fría no, se corrigió, porque ese hombre tenía planes de acabar con la vida de ella y lo mató para salvarla. Alexander había admitido, incluso, que quería morderla y beber su sangre. Cosa que ya había hecho en una ocasión.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero seguía allí, con los ojos cerrados. Deseó poder dormir y que el sueño la venciera, pero eso no sucedería. Se dio cuenta de que todo había terminado entre ellos. No lo pudo soportar y comenzó a llorar, y no paró hasta que sonó la alarma del móvil. Entonces se levantó.

Al entrar en el baño se miró al espejo y se asustó al ver su aspecto. Tenía los ojos rojos e hinchados. ¿Por qué tenía los ojos hinchados? Desde que tenía poderes, era la primera vez que tenía mal aspecto. ¿Había perdido los poderes? Abandonó el baño rezando para que Alexander no estuviera en la cocina preparándole el desayuno. Aunque, en parte, era lo que deseaba.

Dios la había escuchado por primera vez en su vida, pensó. Alexander no estaba en la cocina, ni en el piso. Se acercó al muebles de cajones que había a los pies de la cama del vampiro y comprobó que toda su ropa seguía allí.

Volvió a la cocina y se preparó un café solo. No comió nada, porque tenía el estómago revuelto. Eso también le extrañó, porque desde que él había bebido su sangre, no se había sentido mal.

Regresó al baño y se miró de nuevo al espejo. Se lavó la cara y los dientes y se puso colirio en los ojos. Poco después la irritación se le suavizó. Luego comenzó a maquillarse. Cuando estaba terminando, se dio cuenta de que no habría necesitado maquillarse, porque las ojeras habían desaparecido como por arte de magia.

Parece que no he perdido mis poderes, pensó.

Se preguntó dónde habría pasado Alexander la noche. Luego se recordó que lo había echado de casa, y ya no era asunto suyo dónde fuera ni con quien estuviera. Eso hizo que se entristeciera mucho más. La idea de no volver a verlo era demasiado horrible para planteársela siquiera.

Se vistió y se fue al trabajo con coche, porque el cielo estaba gris, apagado y triste, como su estado de ánimo.

Alexander estuvo frente a la casa gran parte de la noche. Sabía que ella estaba llorando y se sintió muy mal, porque él era el culpable. Cuando la vio salir se tensó. A pesar de la distancia a la que estaba, pudo apreciar perfectamente que se había maquillado, cosa que nunca hacía para ir a trabajar. Ya tenía que haber tenido mal aspecto para que lo hiciera. La siguió con la mirada hasta que subió al coche y desapareció.

Alexander subió al piso y se dirigió al cuarto de Erin. Sacó del armario todos los trajes y las camisas que estaban colgadas y los dejó sobre la cama. Metió los trajes en las fundas con las perchas de madera que le habían dado con cada uno de los trajes cuando los compró y los llevó a su cama. Los dejó encima. Luego volvió al dormitorio de Erin y cogió las camisas, las dobló lo mejor que supo y las dejó junto a los trajes. Entonces se dio cuenta de que no tenía maletas y necesitaba dos para meter la ropa y los zapatos. Así que abandonó el piso y fue al centro comercial a comprarlas.

Luego volvió a casa y metió toda su ropa en las maletas.

A las once y media, el taxi se detuvo delante de la casa de Elissa. Alexander bajó del vehículo y caminó hasta la puerta. La mujer abrió cuando él llamó y le dedicó una radiante sonrisa. Sin duda le hacía ilusión tenerlo en casa. Alexander pensó que sería como volver a tener a uno de sus hijos con ella.

Entre los dos colgaron la ropa en el armario, que la mujer había vaciado, y en los cajones de la cómoda.

—Te he dejado libre en el armario del baño la estantería superior para que coloques tus cosas.

—Gracias.

—Espero que estés cómodo en esta cama.

—Lo estaré, no te preocupes.

—Vamos bajo, te enseñaré el despacho de mi marido.

Bajaron los dos la escalera y la mujer abrió la puerta.

—¿Crees que podrás trabajar aquí?

—Perfectamente.

—Sé que es un despacho antiguo.

—No necesito nada más. ¿Quieres que vayamos a alguna inmobiliaria para ver si tienen alguna casa en alquiler que nos guste?

—Claro. Yo conozco una que está muy cerca de aquí. Dame cinco minutos para que me ponga los zapatos.

—Tómate el tiempo que necesites.

Erin llegó a casa a las cuatro de la tarde. Dejó el bolso sobre el escritorio y fue a su habitación. Abrió el armario y el corazón se le detuvo por un momento, al ver que toda la ropa de Alexander había desaparecido. Luego fue al cuarto de él y comprobó que la ropa de la cajonera tampoco estaba. Sintió unas ganas terribles de llorar, al pensar que él se había marchado cuando ella no estaba, para no volver a verla. Ni siquiera se había despedido, pensó. Aunque claro, ¿porqué iba a molestarse en despedirse, si ella lo había echado de casa?

Al pasar por la zona del salón vio una nota en la mesita de centro. Se sentó en el sofá, la cogió y sonrió al pensar que ese hombre tenía una letra preciosa.

Hola, cielo. Siento haberte hecho sentir mal.

He pensado que sería mejor llevarme mis cosas cuando tú estuvieras en el trabajo, así evitaría que te sintieras peor.

Estos casi dos meses que he vivido contigo han sido los más maravillosos de mi vida. Jamás olvidaré todo lo que has hecho por mí y cómo me has ayudado en lo que he necesitado. Tú has hecho posible que me integre en este mundo, tan desconocido para mí.

Si me necesitas para algo, para lo que sea, estaré viviendo en casa de tu madre. No le eches la culpa a ella por haberme acogido en su casa, por favor. Y no te preocupes, porque cada vez que vayáis tú y tus hermanos a comer a su casa, yo no estaré, así no te sentirás incómoda.

Quería comentarte otra cosa. Guardamos todo el dinero en la caja de seguridad del banco, pero está a tu nombre y yo no puedo disponer de él. Necesito algún dinero. Si quieres que vayamos juntos al banco, házmelo saber y podemos quedar allí. Pero si no quieres verme, no importa, coge tú el dinero y llévalo a casa de tu madre cuando vayas y déjalo en mi habitación. Necesitaré unas cuarenta o cincuenta mil libras.

Si no quieres seguir teniendo mi parte del dinero con el tuyo, coge la mitad y me lo dejas en casa de tu madre, ya alquilaré yo una caja de seguridad para guardarlo.

He cogido la mitad del dinero que dejé en la cocina, en la caja de galletas.

Quiero que sepas que voy a echarte mucho de menos.

Alexander

Erin ya no pudo resistir las ganas de llorar y se derrumbó.

Ese fin de semana los hermanos de Erin no iban a ir a comer con la familia, y ella aprovechó para decirle a su madre que tampoco iría, porque tenía muchas cosas que hacer.

Erin pasó el fin de semana como un alma en pena. Echaba mucho de menos a Alexander.

Añoraba su sólida presencia, su risa, su calmada firmeza y la dulce sensación de su mirada.

Se frotó los ojos, que tenía de nuevo hinchados de tanto llorar, y de haber pasado tres días prácticamente sin descansar. Se sentía pesada y torpe. Tenía el cuerpo entumecido por haber estado desde el viernes por la tarde acurrucada en el sofá o en la cama, llorando. Pero no estaba preocupada, porque sabía que se recuperaría rápidamente.

La alegría que había sentido las semanas anteriores se esfumaron y solo quedó tristeza y desolación en su vida.

Erin le llevó el lunes la mitad del dinero que tenían en el banco y todas las joyas que habían robado y los dejó en el dormitorio que estaba ocupando él en casa de su madre. Alexander comprendió que quería cortar del todo con él, aunque no tenía que haberle devuelto todas las joyas, porque la mitad eran suyas. Le había llevado, incluso la caja de galletas, con el dinero que él había dejado en su interior. Y también las cosas de decoración y lo cuadros que habían cogido de las casas de él.

A principios de mayo Elissa y Alexander encontraron una casa que les gustó y él la alquiló. Era una preciosa casa con un gran jardín, no muy lejos de la de ella. Alexander había pagado un pastón por el alquiler de seis meses. El constructor le dijo que tardaría entre cuatro y cinco meses en terminar la reforma, pero no quiso arriesgarse a que se retrasaran y se vieran sin casa.

Elissa estaba feliz viviendo allí. La casa era impresionante y como estaba haciendo buenos días, disfrutaba mucho del jardín. Además, había una barbacoa y a veces, cuando iban sus hijos la encendían y cocinaban hamburguesas, salchichas y verduras.

Alexander no había estado allí ni un solo día de los que habían ido los hijos de Elissa. Los hermanos de Erin estaban al corriente de lo que Alexander estaba haciendo por su madre y le preguntaban por qué nunca comía con ellos, y ella lo excusaba diciéndoles que estaba trabajando, o en viaje de negocios.

Elissa había donado a una tienda de caridad los muebles de su casa, los utensilios de cocina y la ropa de la casa, porque Alexander había insistido en que le compraría todo nuevo, cuando la reforma estuviera terminada. Los de la tienda habían ido con un camión y se lo habían llevado todo. Elissa se llevó a la casa donde vivían las cosas que se había quedado y su ropa e iba a revisarlo todo, al mismo tiempo que lo colocaba en el armario o en los cajones, porque había cosas que ya no utilizaba e iba a donarlas. Así que a principios de mayo la casa quedó vacía para empezar con la obra.

Alexander se escapaba a veces del bufete con la excusa de ir a algún sitio, como había hecho en ese momento, e iba al instituto a la hora que finalizaban las clases. Se quedaba dentro del coche, bastante alejado de la entrada, esperando a que saliera Erin. A pasar de encontrarse bastante lejos, la podía ver perfectamente. Estaba preciosa, con esos vaqueros ajustados y su sencilla camiseta. Parecía una estudiante. Qué pronto se había acostumbrado a ver a las mujeres con pantalones, pensó. Esa mujer era guapa, joven y brillante, y tan fresca que casi le dolía el corazón al mirarla.

Por culpa de todos los pensamientos que Alexander había leído en la mente de Erin desde que la conocía, respecto a él, se pasaba las veinticuatro horas del día pensando en ella. Su imagen aparecía frente a él más veces de las que quisiera. Esa mujer encarnaba todas las esperanzas, las promesas y las fantasías que cualquier hombre pudiera tener. Y podía haber sido suya, si hubiera querido. Pero él lo había estropeado todo.

Erin había empezado a salir con su amiga Jenny los fines de semana. Estaban cenando en un pequeño restaurante.

—Sigues apagada. Tu actitud no es la mejor para salir de fiesta.

—Lo siento, Jenny, no lo puedo evitar.

—Ese hombre te ha calado hondo, ¿eh?

—Me temo que sí. Me gustaría olvidarme de él, pero no lo consigo.

—Entiendo que te cueste, hombres como ese no abundan.

—Tienes razón. Es el hombre más imponente que he visto en mi vida. Lo que me cautivó de él no fue solo su rostro, ese rostro impactante, enmarcado por su espeso y suave cabello, que revelaba un espíritu salvaje; ni sus preciosos ojos; ni sus cinceladas mejillas; ni sus labios, que me tenían fascinada. Lo que en realidad me cautivó fue el conjunto en sí, su rostro maravilloso y su cuerpo de proporciones perfectas, sus hombros anchos, sus piernas largas, sus musculosos brazos…

—¡Santa madre de Dios! Tú estás muy mal —dijo su amiga interrumpiéndola.

—Lo sé.

—No entiendo por qué lo echaste de tu casa. Con el tiempo puede que hubieras conseguido que se enamorara de ti.

—Sigue enamorado de su mujer.

—Pero su mujer ya no está. ¿Sabes? Si el destino decidió poner a ese monumento de hombre en tu camino, es posible que merezca la pena que te esfuerces un poco por conseguirlo. Tú no eres de las personas que se rinden.

—No estoy muy segura de eso. Recuerda que me rendí cuando rompí con mi última pareja y no quise volver a estar con ningún hombre.

—Tu última pareja —dijo ella con sorna—. Un inútil, como los dos anteriores. Bueno, ahora tienes otra oportunidad, con un hombre de verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Alexander te dejó claro que no está enamorado de ti, ni va a enamorarse de ninguna mujer, ¿no?

—Sí.

—Pero me dijiste que había hecho el amor con una mujer.

—Puede que con más de una.

—Y por lo que me contaste del último beso que te dio, ese tío te desea.

—No me cabe la menor duda de ello.

—Pues entonces, empieza por ahí.

—¿A qué te refieres?

—A que le hagas una proposición indecente.

—¿Qué?

—Ese hombre te desea y tú a él. Llámalo y queda con él. O mejor aún, preséntate en su despacho con un vestido bonito y unos tacones de infarto. Es abogado y está acostumbrado a que le hagan proposiciones. Dile que entiendes que no quiera mantener ninguna relación con una mujer, pero que te ofreces para mantener una relación con él, estrictamente sexual.

—¡Yo no puedo hacer eso!

—¿Por qué no?

—Porque le quiero.

—Eso no es problema, así disfrutarás más del sexo.

—No creo que él aceptara una proposición como esa.

—¿Por qué no iba a aceptarla? Está claro que se está acostando con otras mujeres.

—Me moriría de vergüenza de hablarle de ello.

—¿Por qué?
—Porque es Alexander.
—¿Desde cuándo te da miedo hablar con un tío?
—No me da miedo. Me da vergüenza.
—La vergüenza y el miedo son primos hermanos.
—Lo pensaré.
—No lo pienses demasiado, a ver si se te va a adelantar alguna.
—Es la segunda vez que me dicen esas palabras.
—Pues entonces deberías tenerlas en cuenta.

Erin pasaba el menor tiempo posible en casa, porque todo le recordaba a él. Y no es que se acordara de él por estar en casa. No podía olvidarlo, porque lo llevaba en el corazón.

Le daba vueltas a la cabeza lo que le había dicho su amiga el sábado anterior. Habían pasado cuatro días y no había podido olvidarlo. Había pensado cientos de veces en ello, en cómo hacerlo, en qué decirle y en cómo vestirse. Pero no se decidía.

Se dijo que desde que había cortado con su última pareja, había pasado mucho tiempo sintiéndose triste y sola, y era hora de pensar en sí misma. Y pasar unas cuantas noches, o incluso una sola, con un hombre como Alexander, bien valía la pena. Sin duda, ese sería el mejor regalo que podría hacerse a sí misma.

Dos horas más tarde seguía pensando en lo mismo. De pronto se sintió insegura, imaginando que él podría rechazarla. Pero bueno, si no se arriesgaba, nunca sabría si habría aceptado o la habría rechazado.

Si conseguía pasar una sola noche de erotismo con el hombre más atractivo que una mujer podría desear, lo disfrutaría a lo grande. Aunque también disfrutaría si solo estuviera una hora con él. Alexander era un hombre irresistible, y se sentiría como una princesa en los brazos de su príncipe.

Siguió pensando en ello dos días más, dándole vueltas al asunto. Y el viernes, cuando volvía del trabajo, tomó la decisión de ir a verlo.

Cuando llegó del instituto llenó la bañera y se sumergió en ella. Necesitaba relajarse, porque estaba como un flan. Se había comprado un vestido azul del mismo tono que sus ojos y muy corto, que llevaba los hombros descubiertos. Se puso encima una chaqueta negra entallada y se calzó los zapatos negros de diez centímetros. Se miró en el espejo de cuerpo entero y le gustó lo que vio. Se hizo una foto y se la envió a su amiga, que aún seguía en el banco. Unos segundos después Jenny le escribió un mensaje.

Se va a quedar destrozado cuando te vea. No va a poder rechazarte.

Erin sonrió y apagó el móvil. Cogió el bolso y salió de casa.

Decidió ir caminando, porque el bufete no estaba muy lejos, además le sentaría bien la brisa en el rostro porque, a pesar del baño relajante, seguía muy nerviosa.

Llegó al edificio donde se encontraba el bufete de abogados más importante de la ciudad. Desde luego, Alexander hizo bien en llevar el currículum a ese bufete. Por lo que había leído en los periódicos todas esas semanas atrás, se había hecho un nombre en el trabajo y la mayoría de los clientes querían que fuese él quien llevara su caso. Siempre había sabido que él triunfaría y no se había equivocado. Puede que al ser tan importante, incluso, se hubiera olvidado de ella.

Subió a la planta donde estaba el bufete y entró. Caminó hacia una mesa donde había una chica muy atractiva sentada.

—Hola.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quería hablar con el señor Knight.

—Vaya por ese pasillo hasta que llegue a una mesa, en ella encontrará a su secretaria.

—Muchas gracias.

Erin miraba de un lado a otro viendo la elegancia que había a su alrededor mientras caminaba. Se detuvo frente a la mesa. La chica que había sentada en ella era joven y muy guapa.

Alexander supo, sin que se lo dijera nadie, que Erin estaba fuera de su despacho. El ambiente parecía diferente. Sintió como si un relámpago hubiera atravesado su puerta. Pero no podía cortar al cliente, porque le estaba hablando de algo importante.

—¿Qué desea? —preguntó la secretaria.

—Me gustaría ver al señor Knight.

—¿Tiene cita?

—No.

—¿De qué se trata?

—Es algo personal.

—Lo siento, pero el señor Knight no recibe a nadie sin cita.

—Dígale al menos que estoy aquí.

—No puedo interrumpirlo. Pero puedo concertarle una cita para… dentro de cinco semanas.

—No importa, iré a verlo a su casa. Gracias.

Alexander sabía que ella iba a marcharse. Se disculpó con el cliente y salió del despacho rápidamente.

—¿Ha venido alguien a buscarme? —le preguntó a su secretaria.

—Sí, pero no tenía cita. Acaba de marcharse.

Alexander caminó con rapidez hacia los ascensores y la vio esperando que la puerta se abriera.

—Erin.

Ella se dio la vuelta y lo miró. Alexander le recorrió el rostro con los ojos y esbozó una sonrisa que casi logró que a ella se le doblaran las rodillas. Erin decidió que había valorado poco el atractivo de su maravillosa sonrisa.

—Hola. Siento que tú secretaria te haya molestado.

—Mi secretaria no me ha dicho nada, pero he sabido que estabas aquí.

—Claro, tus súper poderes.

—Sí.

Alexander se acercó a ella, le puso la mano en la cintura y le dio un suave beso en la mejilla, beso que duró más de lo que ella esperaba. Podía sentir el calor de su mano a través de la tela del vestido y de la chaqueta. Al acercarse a ella su olor la inundó. La respiración de Erin se aceleró y sintió que la sangre, más caliente de lo normal, corría por sus venas a toda velocidad. Se quedó quieta sin decir palabra.

—Me alegro de que hayas venido. Estoy con un cliente. ¿Puedes esperar a que termine con él? ¿O prefieres que quedemos más tarde para ir a cenar?

—Esperaré. Solo quiero hablar contigo unos minutos.

—Estupendo. Acompáñame —dijo él cogiéndola de la mano y caminando hacia la mesa de su secretaria—. Stephanie, retrase quince minutos la próxima reunión que tengo. ¿Será suficiente

con quince minutos? —le preguntó a Erin mirándola.

—Sí.

—Bien. Puedes esperarme en ese sofá. Solo tardaré unos minutos. Si quieres tomar un café o alguna otra cosa, mi secretaria te la servirá.

—No quiero nada, pero gracias —dijo mirando a la secretaria que, por cómo la miraba, no le extrañaría que si le pidiera un café le escupiera dentro.

Esa chica no podía disimular que estaba enamorada de Alexander. Ya lo había notado en la forma en que había mirado sus manos unidas cuando volvían del ascensor.

Poco después la puerta del despacho se abrió.

Alexander salió con su cliente, lo acompañó hasta el ascensor, y se despidió estrechándole la mano. Después se acercó al sofá donde Erin estaba sentada, le dio la mano para ayudarla a levantarse y la condujo a su despacho.

—No sé si sentarme detrás de la mesa o en un sofá —dijo él—. ¿Es un asunto de negocios?

—Sí…, más o menos. O puede que no… No estoy segura.

—Veo que estás indecisa, así que me sentaré en mi butaca. Siéntate, por favor —dijo él señalando la silla frente a la mesa.

Erin se sacó la chaqueta y él le miró los hombros desnudos. Ella se sentó y luego lo hizo él.

—Bien, te escucho.

—Acordamos que dejaríamos pasar un tiempo —dijo ella.

—Yo no acordé nada. Ese día tú lo dijiste todo. Prácticamente no me diste opción de hablar.

—Yo creo que dijiste todo lo que querías decir.

Erin notó que las facciones de su rostro eran las mismas que recordaba, aunque podía apreciar una diferencia muy sutil. Había perdido la insolencia y en su lugar se podía apreciar una fuerza persistente y tenaz, que hacía que pareciese aún más atractivo que antes… y más arrogante. Su boca era igual de sensual como recordaba. De la manera que lo veía ahí sentado, con aquella falsa indolencia, con el nudo de la corbata perfecto y los gemelos grises, como el traje, su imagen era poderosa, imponente, y casi podría decir que le parecía salvaje. Aunque su expresión era huraña e intimidante. Sin duda estaba furioso, y no podría culparle por ello. Lo había echado de casa, se dijo, furiosa consigo misma.

—Tienes razón.

—De todas formas ya ha pasado un tiempo y… Bueno, no quiero entretenerte demasiado, así que iré al grano.

—Será lo mejor.

—Con el tiempo me he dado cuenta de que estaba equivocada, y no estaba enamorada de ti. No es que haya cambiado de repente de sentimientos, es solo que, por fin, he dejado de engañarme a mí misma.

—¿Qué quieres decir?

—Que nunca estuve enamorada de ti, lo que sentía era simplemente deseo. Y eso me tenía confundida.

—Deseo —repitió él.

—Sí. Y sé que la mejor forma de librarse de la tentación es caer en ella.

—¿De qué tentación hablas?

—La tentación eres tú —dijo ella. Sin dejarle que mencionara nada al respecto, continuó hablando—. De manera que, voy a hacerte una proposición. Es una decisión demasiado transcendental para lanzarse a ella a la ligera, pero puedo asegurarte que lo he pensado detenidamente.

Alexander se levantó de su butaca y se sentó en el sillón que había junto a Erin, después de girarlo para quedar frente a ella. Erin también se giró para tenerlo de frente.

El vampiro la miró fijamente. Luego deslizó lentamente la vista por su cuerpo hasta llegar a sus largas y preciosas piernas, que en ese momento tenía cruzadas, y en sus sexys zapatos. A continuación volvió a mirarla a los ojos.

Erin pensó que ninguna mujer habría podido apartar la vista de él, al notar la sexualidad que se apreciaba bajo su impecable traje.

—Muy bien, adelante.

—No estoy hablando de matrimonio ni de mantener una relación seria, porque, como te he dicho, no estoy enamorada de ti, como tú tampoco lo estás de mí. En mis planes no entra ir más allá de una relación entre adultos. Lo único que quiero es experimentar esta atracción que siento por ti, pero sin ahondar en cualquier otro tipo de emociones. Lo que necesito es tener sexo —dijo ella rápidamente, porque quería soltarlo todo de una vez—. Me da igual que sea una vez, o dos o cuatro. Puede que una vez sea suficiente y ninguno de los dos queramos repetir. Solo quiero acostarme contigo, y ni siquiera necesitaremos hablar. Ya te has acostado con otras mujeres, de manera que no creo que sea muy penoso para ti hacerlo conmigo.

Sus palabras lo excitaron tanto, que en ese momento casi se sentía mareado de deseo. Bueno, podían empezar por ahí, se dijo el vampiro. Aunque lo que realmente quería era atravesar el muro que ella había levantado entre los dos.

Se maldijo por no poder leerle el pensamiento, porque le parecía extraño que ella solo quisiera sexo, Erin no era de esa clase de mujeres. Era una mujer sencilla que se mostraba tal y como era. Puede que fuera lo que más le gustó de ella desde el principio, su naturalidad, su forma de ser, y que se sintiera cómoda consigo misma. Erin era lo que se veía. Y a Alexander le gustaba lo que veía.

Ese hombre le alteraba los sentidos como ninguna persona lo había conseguido anteriormente, pensó Erin. La adrenalina se desplazaba a toda velocidad por sus venas. La atracción irracional que sentía por él fue lo que la impulsó a mirarle a los ojos. Un segundo después se arrepintió de haberlo hecho. Cuando estaba con él su cuerpo se tensaba, aunque también le ocurría cuando estaba cerca e, incluso, cuando pensaba en él.

—Somos adultos, estamos sanos y no tenemos ataduras de ningún tipo. Sería una relación exclusivamente física y de mutuo acuerdo.

—Yo no he dicho que esté de acuerdo —dijo él sin el más mínimo atisbo de una sonrisa.

—Si no estás de acuerdo solo tienes que decírmelo. No eres el único hombre de toda Escocia.

No, no era el único hombre de toda Escocia, se dijo Erin, pero no había otro como él. Era guapísimo, tenía unos ojos grises con unas arruguitas de la risa que le encantaban. Todo su físico irradiaba un aura de sexualidad. Era un macho Alfa y cualquier mujer estaría encantada de ser su punto de atención. Aún le guardaba resentimiento por su rechazo, pero, por el amor de Dios, estaba más atractivo que nunca. Aunque, por mucho que fuera un hombre espectacular, lo que más le atraía de él era la seguridad que tenía en sí mismo y… ese aire arrogante, que mostraba en cualquiera de sus movimientos, por pequeño que fuera.

Alexander la observó, mirándola con intensidad y durante tanto tiempo, que Erin notó el calor en sus mejillas, y supo que estaba sonrojada. El gris de sus ojos, que en ese momento se parecía a la plata, contrastaba con su rostro bronceado y el negro de su cabello y de su chaqueta. ¡Santa madre de Dios!, pensó Erin. Ese hombre le cortaba la respiración.

—Tampoco he dicho que no esté interesado.

—No, no lo has dicho. Pero, desde luego, tu entusiasmo es sobrecogedor.

Alexander esbozó una leve sonrisa al escuchar sus palabras. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no acercarse a ella levantarla de la silla y follarla sobre la mesa. Incluso él mismo se sorprendió por sus pensamientos. Erin lo estaba mirando de una forma tan sensual que hizo que su entrepierna se tensara de forma dolorosa.

—Supongo que tendrás una agenda apretada y el tiempo apremia, y tendrás que darme una contestación —dijo ella al ver que él no decía nada.

Lo vio allí, frente a ella, alto, fuerte, imponente, con un poderoso brillo en sus ojos color plata. La miró de tal forma que consiguió ponerla nerviosa. Era la primera vez que la miraba con descaro. Pero, claro, ¿acaso ella no le estaba proponiendo que se acostaran?

—Necesito pensarlo.

—¿Pensarlo?

—Sí.

—Antes siempre tenías respuesta para todo.

—El tiempo y la experiencia me han enseñado que la mejor respuesta no es la que le viene a uno primero a la cabeza. Tu has dicho que lo has pensado detenidamente. Yo necesito pensarlo también.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo necesitas para pensarlo?

—Pues, no sé. Estoy bastante ocupado...

—¿Sabes qué? —dijo ella sin dejar que dijera nada más—. Olvida todo lo que te he dicho. Hasta la vista —dijo levantándose, cogiendo la chaqueta y caminando hacia la entrada.

—Erin —dijo levantándose también y acercándose a ella.

Ella se detuvo antes de llegar a la puerta y se volvió para mirarlo.

—¿Por qué me has elegido a mí?

—Porque eres la persona en quien más confío y sé que nunca me harás daño. Porque siempre has sido amable conmigo. Y porque, por la forma que me besaste, sé que también me deseas. O al menos me deseabas.

Tenerle tan cerca hacía que su cuerpo se alterara y que no le entrara aire suficiente en los pulmones para poder respirar.

—Te veré el viernes que viene. Te recogeré en tu casa a las ocho de la tarde e iremos a cenar.

—¿Eso quiere decir que aceptas mi proposición?

—Sí, acepto.

—Perfecto. Hasta el viernes —dijo ella saliendo del despacho.

Él se unió a ella antes de que llegara a la puerta y la abrió para que saliera.

—Volveré en cinco minutos —le dijo Alexander a su secretaria.

—De acuerdo.

Caminaron juntos hacia los ascensores. Entraron en uno de ellos cuando se abrieron las puertas y él introdujo la llave para que el ascensor se detuviera. Entonces la arrinconó contra la pared y la besó con desesperación.

Cuando se separó de ella, Erin estaba temblando. Alexander volvió a introducir la llave, y el ascensor volvió a ponerse en marcha, hasta detenerse en la planta baja.

—Nos vemos el viernes —dijo él.

—Sí —dijo ella, saliendo del ascensor y caminando hacia la puerta de entrada del edificio, de manera inconsciente.

El cerebro de Alexander parecía como si se hubiera desconectado de pronto. Se sentía

abordado por sensaciones que no dejaban espacio para nada más. Se sentía sumergido en una niebla que lo aturdía y que solo permitía que actuara por puro instinto. No recordaba haberse entregado tanto a un beso en toda su vida, pero le había sucedido las tres veces que la había besado. Mientras la besaba no era capaz de pensar, solo de sentir. Sentía la piel caliente de Erin pegada a la suya, sus suaves curvas, que se amoldaban perfectamente a su cuerpo, y su boca, esa boca que lo volvía loco.

Alexander pulsó el botón del ascensor para volver a su despacho. Cerró los ojos y apretó los dientes. Debería estar enfadado con ella por haberlo echado de casa. Pero se dio cuenta de que, a pesar de su enfado, esa mujer ejercía el mismo poder sobre él que cuando vivían juntos. No podía creer la proposición que le había hecho, pensó sonriendo.

Capítulo 21

Alexander pasó todo el fin de semana dándole vueltas a la proposición que Erin le había hecho, y al modo sincero y directo con que le había hablado. Erin no sabía flirtear ni convencer a un hombre con tonterías ni engaños, pensó sonriendo. No había vacilado al hacer su proposición, exponiéndose a que la rechazara, por segunda vez. Aunque sí había notado que había hablado muy deprisa. Le había dado algunas vueltas al asunto mientras hablaba, sin duda, porque estaba nerviosa. Lo que más había deseado en ese momento era abrazarla para tranquilizarla.

Se había pasado los dos días excitado y maldiciéndose a sí mismo, porque su polla trabajaba por su cuenta. Cada vez que pensaba en ella la sangre se le calentaba en las venas y notaba la entrepierna tensa. Deseaba a esa mujer más que a nada en el mundo. Tenía hambre de ella. Parecía que su cuerpo hubiera despertado, después de años de adormecimiento. La anhelaba; ansiaba su aroma; deseaba sentir su cuerpo junto al suyo; quería volver a besarla, escuchar su voz y su risa, que lo calentaban y lo encendían sin ella darse ni cuenta.

¿Qué ocurría con su mujer?, se preguntó. ¿No le había dicho a Erin que su corazón estaba enterrado con ella? Pero esto era diferente, se dijo para excusarse a sí mismo, porque solo era deseo y no amor. Pero nunca, jamás, había sentido por su mujer un deseo como el que sentía por Erin, y eso lo avergonzó.

Tener que esperar hasta el viernes lo ponía de los nervios. ¿Cómo se le había ocurrido decirle que se verían el viernes? ¿Por qué no le había dicho de quedar el mismo día que fue a su despacho? De todas formas, saber que tendría que esperar cinco días más, hacía que se sintiera ansioso. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Se había metido en un lío él solito, porque deseaba estar con ella, ya.

Alexander llamó al interfono de Erin el siguiente viernes a las ocho en punto de la tarde y le dijo que estaba esperándola bajo.

Erin cogió el bolso y bajó la escalera. Abrió la puerta y salió a la calle. Alexander estaba apoyado en un Mercedes gris oscuro con el techo negro, mirando el móvil. Llevaba un traje gris claro con una camisa blanca sin corbata. Los tres primeros botones de la camisa los llevaba desabrochados y podía verse claramente el suave vello de su pecho. Erin pensó que era un hombre espectacular y era suyo, al menos, por esa noche.

Cualquier duda o resquicio que hubiera podido tener sobre la proposición que le hizo a Alexander se disipó por completo al verlo. Todos los argumentos que podría haber pensado días atrás para mantenerle alejado de ella, se esfumaron sin más, junto con el odio, la desconfianza o la precaución, que pudiera haber sentido por él. Se olvidó de todo lo malo que pudiera tener él y solo pudo pensar en el fantástico hombre que tanto se había esforzado por complacerla y ser amable con ella. Erin confiaba totalmente en él. Puede que sus hormonas estuvieran interfiriendo en su sentido común, se dijo.

Erin se acercó hasta estar frente a él, con el corazón acelerado. Alexander levantó la vista y la miró.

—Hola.

—Hola, cielo.

Erin se estremeció al oír que la llamaba de nuevo *cielo,* de forma cariñosa.

—¿Has alquilado el coche para la ocasión?

—No, lo he comprado —dijo él abriéndole la puerta para que entrara.

Alexander la cerró cuando ella estuvo sentada y rodeó el coche por delante, bajo la atenta mirada de Erin. Abrió la puerta del conductor y se sentó a su lado.

—Lo has comprado —repitió ella—. ¡Vaya! Sí que estás ascendiendo rápido.

—Gané un buen dinero cuando resolví mi primer caso. Lo cierto es que con lo que me pagaron pagué completamente el coche.

—Me tienes impresionada.

—Eso me gusta —dijo dedicándole una seductora sonrisa, mientras ponía el coche en marcha y se unía al tráfico—. Como te habrás dado cuenta, es un Mercedes.

—Ya lo he notado.

—Tenía que ser un Mercedes, para poder usar el llavero que me regalaste.

—No me digas que te has comprado el coche por el llavero —dijo ella sonriendo.

—Sí.

—¿Has elegido tú solo el modelo?

—La verdad es que fui a comprarlo con tus hermanos.

—¿Con mis hermanos?

—Sí. En un principio pensé en pedir consejo a uno de mis compañeros de trabajo, pero no los conozco demasiado y tampoco tengo mucha confianza con ellos.

—¿Y con mis hermanos sí tienes confianza?

—No es que tenga confianza, porque solo los he visto unas pocas veces, pero me caen bien, y creo que yo también a ellos. Además, me gustan los coches que tienen.

—Supongo que tú también opinarías a la hora de comprarlo.

—Por supuesto, ellos me aconsejaron tres modelos y yo elegí el que más me gustaba.

—Acertaste, porque es precioso. Me gusta mucho el color, hace juego con tus ojos. Aunque pensé que comprarías un coche grande y cómodo.

—¿Este no te parece cómodo?

—Sí, es comodísimo. Pero me dijiste que cuando trabajaras en un bufete comprarías un coche para poder llevar a los clientes, y este solo tiene dos plazas cómodas, el asiento de atrás parece un poco estrecho.

—Te aseguro que no es estrecho.

—Pero es incómodo para llevar a clientes, porque solo tiene dos puertas.

—En eso te doy la razón. Pero no me preocupa. En el bufete me dijeron que podría disponer de los coches de la empresa para el trabajo. Así que elegí el que me gustaba. De todas formas, no conozco a mucha gente. A la única que he llevado ha sido a tu madre, y ahora a ti.

—¿Dónde iremos a cenar?

—Al restaurante de un hotel, que me han dicho que se come muy bien.

—Tú no necesitas comer, de manera que no hacía falta que me invitaras a cenar.

—Pero tú si comes. ¿O acaso ya eres un vampiro completo y no necesitas comer?

—No creo que eso suceda nunca. Pero me refiero a que no necesitábamos ir a cenar.

—¿Por qué?

—Porque mientras cenamos tendremos que hablar.

—¿Y?

—No sé… Me gustaría que nuestra relación fuera menos personal. Al fin y al cabo, solo va a ser algo estrictamente sexual.

—Si la próxima vez no quieres ir a cenar, me lo dices… e iremos directamente a la cama —dijo él serio.

—De acuerdo.

—Ese es el hotel —dijo él deteniéndose en la puerta.

Alexander bajó del vehículo y lo rodeó para abrirle la puerta a ella. Un chico joven se acercó a él y le entregó el resguardo del aparcamiento. El vampiro le dio las gracias y el chico subió al coche y se dirigió al garaje.

Alexander le dio la mano y ella la aceptó, intentando ignorar el escalofrío que se extendió por su piel cuando sus manos se unieron. Poco después, Erin se dio cuenta de que seguían cogidos de la mano, como si fueran una pareja. De pronto, Alexander deslizó los dedos y los entrelazó con los de ella. La sujetaba con un tacto suave y exquisito. Le trasmitía calidez a través de su mano y sintió que un hormigueo le recorría el brazo. Podía haber retirado la mano de la de él con toda facilidad, pero se sentía tan cómoda y tan a gusto que prefirió seguir así.

—Es un hotel de cinco estrellas.

—Tú te mereces eso y más —dijo él sin mirarla.

Entraron en el restaurante. El maître le saludó por su apellido y los acompañó a la mesa que tenía reservada. Alexander la ayudó a sacarse la chaqueta y se sentaron.

—Parece que vienes a menudo por aquí.

—La verdad es que sí.

Ella se preguntó si habría ido acompañado de mujeres.

—¿Cómo te va con mi madre? —preguntó Erin para cambiar de tema, porque no le había gustado la idea de que llevara a cenar a otras mujeres.

—Genial. Es una mujer fantástica.

—Sí, lo es. Me enseñó el plano de la reforma de su casa. Es un proyecto muy ambicioso.

—Ella se lo merece.

—Me dijo que la reforma ibas a pagarla tú.

—Me lo voy a cobrar, porque cuando nos mudemos a su casa, no voy a pagarle alquiler.

—Y has alquilado una casa para vivir mientras hacen la reforma.

—Ella quería vivir en su casa mientras los obreros trabajaban, pero sé que no podríamos haber vivido allí, con polvo por todas partes y con ruido. Y no podía permitir que ella viviera así.

—La casa que has alquilado es impresionante.

—No está mal.

Un camarero se acercó y les dejó las cartas.

—Vaya, todo está en francés —dijo ella después de echarle un vistazo.

—¿Quieres que te la traduzca?

—¿Sabes francés?

—Aprendí la semana pasada.

Ella soltó una carcajada.

—¿Por qué te ríes?

—Por lo que has dicho de que aprendiste la semana pasada.

—Es la verdad.

—No te lo discuto. ¿Y por qué aprendiste francés?

—Tuvimos un caso en el bufete. La clienta era francesa y no hablaba muy bien inglés.

—En ese caso, cuando venga el camarero dile que nos aconseje y pide por mí.

—De acuerdo.

Poco después, ella estaba embobada mirándolo y escuchándolo hablar con el camarero en un francés, que parecía absolutamente perfecto. La luz de la vela que había en la mesa centelleaba en el rostro del vampiro. Sus rasgos se suavizaron con la suave luz y su pelo cobró

un brillo inusual. Desde luego, teniendo a un hombre como ese de acompañante, el entorno en el que estuvieran sería irrelevante, porque ninguna mujer se fijaría en nada que no fuera él, pensó Erin.

—Ahora aún me siento más impresionada —dijo ella cuando el camarero se alejó—. Tu francés parece muy bueno.

—Lo hablo como un auténtico francés.

Le encantaba la inteligencia y la agudeza de ese hombre. Se podía hablar con él de cualquier tema. Y le gustaba muchísimo el tono de su voz, que hacía que su cuerpo se estremeciera al escucharlo.

—Veo que tu arrogancia no ha cambiado.

—Siempre te ha gustado mi arrogancia. ¿Has descubierto algún poder nuevo en ti?

—La verdad es que sí.

—Ilústrame.

—Puedo respirar debajo del agua.

—¿Te has bañado en el mar?

—¿En el mar? ¿Crees que estoy loca? El agua del mar estará congelada. Me he apuntado a una piscina. Me ayuda a relajarme y a pasar el tiempo.

—¿A pasar el tiempo?

—Ya sabes que no hago nada por la tarde, excepto corregir algunos exámenes y preparar las clases del día siguiente. Y, desde que me mordiste, lo hago en apenas diez minutos. Porque he comprobado que leo muy rápido, y pienso igual de deprisa. Así que me apunté a natación y voy dos veces en semana.

—¿Te has buscado algo para hacer el resto de los días de la semana?

—Sí. Estoy yendo un día a la semana a clases de baile con un compañero del instituto.

—Con un hombre.

—Sí.

Alexander se tensó al escucharla y ella notó el cambio en él. Erin se preguntó por un instante si estaría celoso, pero la idea le pareció tan estúpida y absurda que la apartó de su mente.

—Ya sabes bailar.

—Es divertido. Nos enseñan muchos tipos de bailes. Y también voy una vez a la semana a Krav Maga.

—¿Qué es eso?

—Es una clase de artes marciales israelí. Un método de autodefensa efectivo, sencillo, lógico y útil, adaptado a la vida real. Nació en las Fuerzas de Defensa Israelíes, como método de combate cuerpo a cuerpo, desarrollada por las fuerzas de defensa de Israel. Actualmente es utilizado por la mayoría de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, como el FBI. Me dijeron que tendría que entrenar durante seis meses, tres veces a la semana para ver resultados. Pero no contaban con mis poderes. Así que solo voy una vez a la semana y en tres semanas he conseguido aprender todo lo que tenían que enseñarme. Ahora solo voy para luchar.

—¿Que beneficio has conseguido con ello?

El camarero les llevó el vino y poco después los entrantes.

—Me han enseñado a canalizar mi propia fuerza, en cualquier situación, incluso en situaciones de estrés. He aprendido a desarrollar una habilidad de alerta para que un ataque nunca me pille por sorpresa. Aunque, si quieres que te sea sincera, creo que lo aprendí todo los primeros días. Pero me sienta bien ir a luchar con otras personas.

—¿Para qué te sirve en realidad?

—Para defenderme. Lo que me pasó en el bosque, no volverá a ocurrirme.

—No volverá a ocurrirte, porque ya no vas por allí.

—Bueno, en realidad, si que voy de vez en cuando.

—¿Sola?

—Sí.

—Dijiste que no volverías sola.

—Ahora no hay peligro. Puedo defenderme perfectamente.

—Claro, porque eres un vampiro, ¿verdad?

—Puede que no sea un vampiro completo, pero he descubierto otra cosa.

—¿Qué?

—Que tengo una fuerza increíble. Bueno, dejemos de hablar de mí. Estas alcachofas están deliciosas.

—Me alegro de que te gusten. ¿Sigues sin poder dormir?

—Sí.

—¿Y qué haces por las noches?

—Leer. Oh, Dios mío. Estos bocaditos de pescado están deliciosos. Pruébalos.

Él comió uno y un trozo de alcachofa.

—Desde luego, está todo muy bueno. ¿Te has planteado estudiar algo?

—¿Cómo qué?

—No sé. Otra carrera, por ejemplo.

—La verdad es que no. Aunque, en realidad, podría hacerlo perfectamente. O tal vez podría estudiar idiomas. Tú solo tardaste unos días en aprender francés. Puede que lo haga.

—No te arrepentirías.

—Lo sé. De todas formas, por las noches me aburro como una ostra y el tiempo se me hace larguísimo. Una de esas noches que estaba aburrida pensé en Sam y en su hermana.

—¿Por qué pensaste en ellas?

—Porque sé que han estudiado varias carreras y se me pasó por la cabeza la idea de que ellas tampoco durmieran. Eso explicaría que hubieran tenido tiempo para estudiarlas. Y que tú no puedas saber lo que piensan confirma en parte mi suposición.

—Me dijiste que eran superdotadas.

—Eso es lo que Sam me dijo. Pero podría decirse lo mismo de ti. Y puede que ahora también de mí. ¿No crees que puede haberles sucedido exactamente lo que a mí?

—¿Te refieres a que hayan bebido sangre de un vampiro y luego ese vampiro se haya alimentado de ellas?

—¿Por qué no? Las coincidencias existen.

—No te digo que no.

—¿Encuentras otra explicación para que no les puedas leer la mente?

—No. De momento. ¿Qué haces los fines de semana?

—Los sábados suelo salir a cenar con Jenny y luego vamos a tomar una copa o a bailar.

—¿Has vuelto a emborracharte?

—Lo he intentado, pero no lo consigo. Parece ser que ya no puedo hacerlo. Ese es otro de mis poderes, el alcohol no me afecta.

—Eso está bien. ¿Te has acostado con algún hombre… recientemente?

—No deberías preguntarme algo así.

—Lo siento.

—De todas formas, la respuesta es no. ¿Qué tal te va en el bufete?

—Muy bien, la verdad. Paso muchas horas allí, incluidas algunas noches, es por eso que resuelvo tantos casos.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Sí. Siempre me ha gustado ser abogado.

—¿Te has especializado en algo en especial?

—Lo cierto es que no. Puedo encargarme de cualquier caso.

—Ya lo supongo.

El camarero retiró los platos y poco después les llevó la cena. Para ella carne y para él pescado.

—¿Qué haces tú los fines de semana?

—No mucho, la verdad. Acompaño a tu madre a comprar. La llevo a cenar de vez en cuando. Ella me presiona para que salga y lo hago a veces, aunque ella no sabe que lo hago, porque tengo que comer. Pero me excuso diciéndole que necesito descansar, y como sabe que paso tantas horas entre semana en el bufete, ya no me dice nada.

—¿Tienes problemas para alimentarte?

—No, ninguno.

—¿Has descubierto algún poder más?

—No, todo está como siempre.

Alexander había descubierto un poder que ella no podría imaginarse, pero no quería decírselo, quería demostrárselo, cuando fuera el momento.

Alexander empezó a hablarle de un caso que había resuelto días atrás. Erin intentaba escucharlo, pero sus pensamientos estaban en otro lado. De pronto, el mundo era insignificante para ella y no le preocupaba nada en absoluto.

Deseaba estar con ese hombre, incluso sin saber hacia donde se dirigiría su relación. Por una vez en su vida iba a pensar únicamente en ella y en lo que deseaba. Sabía que era arriesgado mantener con él esa relación, estrictamente sexual, porque no había dejado de quererle.

No estaba segura si lo que iba a empezar entre ellos la llevaría a la absoluta felicidad o a una total destrucción. Se inclinaba por la segunda opción. Pero le daba exactamente lo mismo.

Erin no podía evitar los sentimientos que revoloteaban en su interior cada vez que él la miraba. Lo había echado tanto de menos.

—No me estás escuchado.

—Lo siento, estaba distraída.

—Me estás mirando de una forma muy rara.

—Tienes que reconocer que hombres como tú no aparecen así como así —dijo ella sonriéndole.

—Sigues siendo una descarada.

—No me importa lo que pienses. ¿Por qué aceptaste mi propuesta?

—Puse las cosas en perspectiva y, simplemente, decidí aprovecharme de tu oferta. De todas formas, de vez en cuando iba a buscar a alguna mujer para comer y pasaba un rato con ella. Y tú me atraes más que cualquier mujer que haya visto.

—¿Vamos a ir a mi casa?

—No. Al menos esta vez. He reservado una suite en este hotel.

—¿Por qué has gastado dinero en ello?

—No sabía si te gustaría que fuera a tu casa.

—No me importa que vayas a mi casa.

—De acuerdo.

—Y la próxima vez no hace falta que me invites a cenar, ve a mi casa directamente.

—Así evitaremos hablar, ¿no?

—Alexander, no necesitamos hablar.

—Como quieras. ¿Cuántas veces tienes planeado que nos veamos?

—¿Te refieres a la semana o en total?

—En total.

—No lo he pensado, pero supongo que tú también puedes decidirlo. De todas formas, por la experiencia que he tenido con los hombres, puede que una vez sea más que suficiente. Ya te dije lo que me había sucedido con mis tres ex parejas. Tengo fama de ser frígida y, la verdad es que yo también lo creo.

—Tendré que demostrarte que estás equivocada.

De pronto, Erin sintió una sensación de impaciencia y su respiración se aceleró por la confusión y la excitación que crecían en su interior.

Estuvieron comiendo en silencio durante unos minutos. Erin levantaba la mirada hacia él de vez en cuando. Pensó que los ojos grises de él le recordaban al humo y a las sombras. Se dio cuenta de que era un hombre serio, duro y peligroso. En realidad, era la clase de hombre que a ella no le gustaba, o eso pensaba, porque desde que lo había conocido, su corazón se aceleraba en cuanto lo veía.

Siguió mirándolo atentamente, sin preocuparle que él la estuviera observando. Nunca se había sentido atraída por las sonrisas perfectas, por las barbas incipientes ni por los cuerpos de infarto. Por supuesto que no era de esas, se dijo.

—¿Vas a tomar postre? —dijo él sacándola de sus pensamientos.

—No, estoy llena. Estaba todo riquísimo.

—¿Quieres un café?

—No, gracias.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí.

Alexander llamó al camarero para que le llevara la cuenta. Después de pagar se levantaron y ayudó a Erin a ponerse la chaqueta. Caminaron hacia la salida del restaurante. Y luego hacia la recepción del hotel.

La empleada de recepción miró a Alexander con los ojos muy abiertos, pensando que ese hombre era un monumento. El vampiro se preguntó si dos siglos atrás las mujeres tendrían los mismos pensamientos respecto a los hombres. Él le dio su nombre y le dijo que tenía reservada una habitación.

Minutos después caminaban hacia los ascensores. Entraron en uno de ellos y las puertas se cerraron.

Estaban uno al lado del otro. Erin sintió la sangre desplazarse caliente y a toda velocidad por las venas, cuando él le rozó el dorso de la mano con sus dedos, en una suave caricia. Sintió un cosquilleo en su piel, un revoloteo de mariposas en su estómago y un calor de anticipación en su vientre, todo eso lo conocía muy bien, porque lo había sentido en varias ocasiones cuando él estaba cerca.

Su corazón latía frenético en su pecho y estaba segura de que él lo oiría. Estaba allí, quieta, y solo podía escuchar los latidos de su corazón.

Erin se sentía como si los dos estuvieran solos en el mundo. No le importaba nada más que el hombre que tenía a su lado. Ese hombre espectacular que la volvía loca.

—Siento mucho lo que te dije en tu casa ,—dijo él en un murmullo.

—Olvídalo.

—¿Me has perdonado?

—Sí.

—Gracias.

—No me des las gracias. El perdón es una virtud que siempre tiene recompensa.

—¿Esperas que te recompense?

—Puede.

Las puertas del ascensor se abrieron y salieron al pasillo. Cuando se detuvieron delante de la puerta de la suite, Erin comenzó a temblar. No podía hablar. Su corazón se había acelerado aún más, si eso era posible, y tenía problemas para respirar con normalidad.

Alexander no la miró para que no se intranquilizara más, porque sabía cómo se sentía. Abrió la puerta y la dejó pasar delante. Tan pronto cerró, cogió a Erin del brazo para acercarla a él y la estrechó contra su pecho. Y ella suspiró agradecida, porque necesitaba un abrazo para tranquilizarse.

Erin le rodeó el cuello con los brazos, se acercó a él todo lo que pudo y lo besó en los labios. Alexander bajó las manos hasta su trasero y la acercó más a él, mientras le lamía los labios, una y otra vez, esperando a que ella los abriera. Y cuando ella lo hizo, se besaron casi con violencia.

Alexander la besó de forma brutal y salvaje, con la pasión de un adolescente, pero con la técnica de un experimentado adulto. Era puro fuego.

Alexander acabó el apasionado beso y comenzó a lamerle el cuello y a darle pequeños mordiscos que la estaban volviendo loca. Estaba totalmente excitada y empezaba a costarle pensar con claridad. Tenía la entrepierna completamente húmeda y se retorcía de deseo en los brazos de él. Se preguntó si en alguna ocasión se había humedecido, mientras uno de sus ex novios la besaba. La respuesta fue simple: nunca le había ocurrido.

Alexander se separó de ella para mirarla. No iba maquillada, solo llevaba máscara de pestañas. Estaba ruborizada y el rubor hacía que su rostro fuera condenadamente atractivo. Le encantaban sus ojos azules, del color del cielo. Y ese pelo oscuro y ondulado, que casi siempre llevaba recogido, pero que en ese momento se deslizaba por su espalda, como una cortina de seda. Al mirarla se esfumó todo pensamiento coherente de su mente.

—Me vuelves loco, cielo.

Alexander se quitó la chaqueta y la lanzó sobre una de las butacas. Erin no dudó en acariciarle los hombros, y a continuación la espalda, por encima de la camisa. Estaba impaciente por acariciarlo por todas partes, para sentir el calor de su piel en sus dedos. Estiró de su camisa para sacarla de dentro de los pantalones. Le desabrochó los botones uno a uno, en silencio, mientras él observaba su rostro, sin perder ni un solo detalle, disfrutando del rubor de sus mejillas.

Erin colocó las manos sobre sus pectorales, acarició sus costillas, recorriendo con sus manos sus músculos y el contorno de los mismos, y haciendo que las terminaciones nerviosas de Alexander ardieran, pensando que moriría de placer. Notó el suspiro de él ante las caricias.

Alexander volvió a besarla de manera apremiante, y los latidos del corazón de Erin se dispararon. Tuvo que esforzarse para que sus manos se deslizaran con suavidad, para ir con lentitud, mientras le acariciaba la suave piel de los costados. Las manos de él le recorrían la espalda hasta llegar a su nuca, para sujetarla más fuerte y profundizar el beso.

Se separó de ella para desabrocharse los gemelos y quitarse la camisa, que arrojó sobre la chaqueta. Erin soltó un suspiro de alivio, pensando que había llegado el momento de hacer el

amor, y se calmaría aquel torbellino de sensaciones que sentía en su interior. Estaba ansiosa y ardiendo de deseo, y explotaría si él no hacía algo para calmarlo.

Erin lo miró y no pudo evitar soltar un ¡Joder! al ver su torso desnudo. Ese hombre era una fuerza de la naturaleza. Un suave vello oscuro bajaba desde sus pectorales, disminuyendo mientras atravesaba sus abdominales y desaparecía en una fina linea dentro de sus pantalones.

—Estás bueno de cojones.

Alexander no pudo menos que reír al escuchar sus palabras. Esa mujer era pura sinceridad. Devastadora y afilada sinceridad.

Alexander había tenido conciencia del deseo, pero no había imaginado que el ansia sería tan acuciante y apremiante, ni que le temblarían las manos, como había ocurrido cuando se desabrochaba los botones de la camisa.

Él se lanzó de nuevo a su boca y ella le devolvió el beso con el mismo ardor.

El camino hasta el sofá, porque Alexander pensó que no sería capaz de llegar hasta la cama antes de follarla, fue mucho más erótico de lo que él podría haber imaginado. Cada paso que él la hacía dar hacia atrás, el calor que desprendía su cuerpo se le metía bajo la piel, enviándole una descarga de placer a su polla.

Erin acarició cada centímetro de sus pectorales, descendió hasta el abdomen, rozando cada músculo. Y entonces Erin desabrochó su cinturón y luego el pantalón. Deseaba tocarlo más que nada. Metió la mano en su interior, sujetando su miembro con firmeza, un miembro que estaba duro como el mármol. Sonrió cuando él soltó un gemido.

El deseo se apoderó de él con tal fuerza que sintió que se mareaba.

—¡Oh, Dios mío! —gimió, acercándose más a ella para volver a besarla.

Alexander cogió el vestido por la parte inferior, lo subió para quitárselo por la cabeza y lo lanzó al sillón. Solo sintió que ella tuviera que soltarle la verga para que le sacara el vestido. Admiró la curva de sus pechos, que se mantenían prisioneros bajo el encaje del sujetador. Inclinó la cabeza para besarle la suave piel por encima del tejido. Instintivamente, ella alargó la mano, le rozó la mejilla y le acarició el pelo.

Alexander soltó un gruñido de aprobación, mientras deslizaba la lengua por la curva de sus pechos. Rozó los pezones con el dorso de sus dedos y se endurecieron, animados por sus caricias. Él los mordisqueó, haciendo que el calor que Erin sentía entre sus piernas aumentara. Ella arqueó el cuerpo para que él no apartara la boca de su pezón.

Alexander le desabrochó el sujetador, que siguió el mismo destino que el vestido. Mirarle los pechos hizo que casi se perdiese. Ya no actuaba con calma. Soltó un grave gruñido al verla casi desnuda frente a él, y el deseo que sentía por ella se acentuó hasta lo más alto. Erin casi sintió que sus ojos la quemaban.

Alexander la echó sobre el sofá. Luego se colocó sobre ella y le besó un pecho. Erin se tensó al sentir como una descarga eléctrica le recorría el cuerpo, para detenerse entre sus piernas. Él le chupó el otro pezón y ella escuchó un suave gemido, que solo podía haber salido de su boca.

Alexander se incorporó para mirarla. Estaba fascinado por la simpleza de sus formas. Deslizó la yema de los dedos por el suave encaje de las bragas y siguió por su piel, que pensó que aún era más suave.

Erin intentó recuperar la lucidez, que él había conseguido que perdiera con sus caricias. Se había dado cuenta de que sus besos le derretían el cerebro y no la dejaban concentrarse en nada.

Alexander atrapó uno de sus pechos, lo besó y lo saboreó, luego hizo lo mismo con el otro. Lamió el pezón mientras ella se retorcía debajo de él. Y Erin soltó un largo y profundo gemido.

Él sabía que podría conseguir que tuviera un orgasmo así, si se tomaba el tiempo necesario. Aunque en realidad, pensaba que podría hacer que tuviera cien orgasmos de formas diferentes. Y desde luego, lo haría.

Se sentía fascinado por su cuerpo. Quería perderse en los sonidos que ella emitía, quería disfrutar de su olor. Se moría de ganas por saborearla. Y quería que tuvieran un orgasmo juntos. Joder, nunca había deseado a una mujer de manera tan desesperada, pensó.

Erin no podía eludir los sentimientos que bullían en su interior, cada vez que él la tocaba con esa suavidad y delicadeza. Ese hombre tenía algo que ella había echado siempre de menos, pero que no sabía ni lo que era. Pensó que tenía demasiada experiencia. Desde luego, sabía cómo besar. De hecho, era un auténtico maestro besando. Sabía exactamente cómo usar su boca para que una mujer perdiera su fuerza de voluntad.

El placer era profundo e interminable, y en un par de minutos más, Erin se convulsionó y experimentó un orgasmo abrasador.

—Vaya. ¿Tú eres esa mujer frígida de quien me hablaste? —dijo él sonriendo.

—Te aseguro que esto no me había pasado en la vida.

—Si es tan sencillo, voy a conseguir que te corras muchas veces.

—No creo que eso vaya a pasar.

—Yo creo que sí. Hace mucho tiempo que sé que eres una mujer muy apasionada.

—¿En serio? ¿Puedo saber en qué momento te diste cuenta de ello?

—La primera vez que te besé. Nadie puede dar un beso como el que me devolviste si no es apasionada.

—No creo que eso tenga que ver con los orgasmos.

—Cariño, todo está relacionado.

—Has conseguido que me corra, porque has utilizado alguno de tus poderes.

—¿Crees que tengo poderes para hacer que las mujeres se corran?

—No me extrañaría.

—Te aseguro que no es así. Vamos a sacar esto, que molesta —dijo él, cogiendo las bragas por la goma de la cintura. Ella elevó las caderas para ayudarlo, y él las deslizó por sus piernas—. Esta vez también voy a hacer que te corras, simplemente, utilizando la lengua.

—Qué creativo —dijo ella con sarcasmo.

Alexander se rio.

—¿No crees que deberías sacarte los pantalones? Yo también quiero verte.

—Es lo que pensaba hacer. Vamos al dormitorio —dijo él cogiéndola en brazos.

—Puedo ir caminando.

—Lo sé, pero si vas caminando no puedo besarte —dijo él, lanzándose de nuevo a su boca para devorarla.

Cuando llegaron al dormitorio, la dejó sobre la cama. Ella sacó la colcha y la echó a los pies.

—Colócate en el centro de la cama, apoyada en la almohada.

—A sus órdenes.

Alexander se sentó en el borde de la cama para sacarse los zapatos y los calcetines. Luego se puso de pie y se volvió para mirarla. Entonces se sacó el pantalón y el bóxer negro al mismo tiempo.

—¡Oh! —dijo ella sorprendida al mirar su miembro.

—¿Qué?

—No creo que eso pueda entrar dentro de mí —dijo ella señalando su miembro.

—Por supuesto que entrará —dijo él sonriendo—. No he tenido problemas nunca con ello.

—¿Estás seguro?

—Completamente. De todas formas, no voy a follarte ahora, así que no tienes que preocuparte… todavía.

—¿No vas a follarme?

—No.

—¿Y qué vas a hacerme?

—Voy a disfrutar de tu cuerpo y a hacer que tú disfrutes como nunca en tu vida.

—Eso es una buena idea —dijo sonriéndole.

—Eres una descarada.

—No creo que ser descarada sea un defecto, cuando estás con un hombre con quien mantienes una relación estrictamente sexual.

—Tienes razón.

—Yo también quiero disfrutar de tu cuerpo.

—Tendrás que esperar tu turno —dijo Alexander sonriéndole.

—¿Se puede saber quién te ha puesto al mando? Espero que hayas olvidado que no estamos en el siglo XIX, donde los hombres eran los reyes del mundo.

—Por supuesto que no lo he olvidado. Pero yo tengo más experiencia que tú, y te aseguro que te va a gustar todo lo que te haga.

—Yo también tengo experiencia. Te recuerdo que he tenido tres relaciones, con tres hombres diferentes.

—Sí, lo sé. Con tres inútiles que no supieron cómo complacerte. Déjame que te demuestre lo inútiles que eran.

—Viéndolo de esa forma…

—Relájate, cielo.

Capítulo 22

—¿Quieres que apague la luz?

—No —dijo ella mirando a ese hombre, que parecía un príncipe oscuro o un ángel caído—. ¿Tú quieres apagarla?

—No, cielo. Yo no quiero perderme nada de lo que pase en esta habitación —dijo echándose sobre ella —. Abre las piernas.

—¿No has dicho que no ibas a follarme?

—Y no voy a hacerlo, pero tengo la polla tan dura que me duele. Solo quiero meterla entre tus piernas.

—Ah, vale —dijo ella separando los muslos. Luego los volvió a juntar, muy fuerte y él gruñó.

La miró de forma tan intensa que ella se sonrojó. La encontró preciosa.

Alexander la besó de forma controlada. No quería excitarse más de lo que estaba, de lo contrario su verga explotaría. Pero no pudo controlarse, porque ella le devolvió el beso con una intensidad abrumadora. Cuando puso fin al beso, deslizó la boca hasta su cuello y lo estuvo lamiendo por encima de la yugular.

—No sabes cuánto me gustaría morderte de nuevo y beber un poco de tu sangre.

—Si es solo un poco no me importa.

—Puede que lo haga mientras te esté follando.

Alexander descendió hasta sus pechos y depositó en ellos cientos de besos. La barba le rozaba la curva de los pechos, mientras la lengua describía círculos sobre sus pezones, seguidos de pequeños lametones. Erin se alteró. No entendía porqué la excitaba el roce de su barba, pero era así.

Se estremecía, mientras él se deslizaba por su cuerpo, dejando un rastro húmedo y cálido de su lengua sobre su piel. Ella lo miró, maravillada de tener a un hombre como ese en la cama. Se sujetó de sus bíceps, sintiendo su piel cálida en contacto con sus manos. Intentó recuperar el control, pero aquella deliciosa sensación de aturdimiento, no lograba que desapareciera.

Alexander solo sentía el deseo desesperado de poseerla. Absorbía el sabor de la piel de Erin, hasta que empezó a sentir su esencia deslizarse por sus venas a toda velocidad, como si fuera su propia sangre. Escucho el primer jadeo de ella, y disfrutó de la sensación excitante de su cuerpo, arqueándose de puro placer.

Erin apenas podía respirar. No podía pensar. Se había excitado muchas veces, pero no tenían nada que ver con lo que estaba experimentando en esos momentos. No podían compararse con la fogosidad que rugía por sus venas. Era como una llama líquida que se desplazaba, hasta alcanzar todas sus terminaciones nerviosas, y pensaba que estallaría en cualquier momento. Tenía los pezones tan duros que casi le dolían y sentía la humedad entre sus piernas.

Con cada caricia, con cada roce de sus dedos, con cada contacto de su lengua, o incluso, cuando los mechones del cabello de Alexander se deslizaban por su piel acariciándola, Erin sentía una descarga recorrerle el cuerpo, y el deseo casi brotar, sin freno alguno. Sin lugar a dudas, había perdido el control y con él, la voluntad de recuperarlo.

Erin sentía sus labios y sus manos por todas partes. Cada vez que pensaba que todo iba a acabar, Alexander volvía a empezar con una inagotable paciencia.

El vampiro besó su vientre, luego descendió hasta que su cabeza quedó entre las piernas de

ella. Le mordisqueó la parte interior de sus muslos, junto a sus ingles y Erin se tensó.

—Relájate, cielo. Solo disfruta.

La acarició con sus largos dedos y la abrió para él. Lamió el interior de sus pliegues y rodeó el clítoris con la lengua, sin rozarlo. Con su boca fue construyendo las sensaciones, con una paciencia que pocos hombres tendrían, recreándose en Erin, sin dejarla escapar. Y entonces lamió su clítoris, una y otra vez, haciéndola delirar.

Le dio tanto placer, que ella comenzó a gemir. La sensación le llegó desde todas las direcciones y el orgasmo la atravesó de forma salvaje. Los estremecimientos se sucedían unos sobre otros. Jamás habría podido imaginar el placer tan intenso que la boca de un hombre podría proporcionarle.

Alexander le levantó las piernas y le pidió que las colocara encima de sus hombros. Entonces la elevó un poco cogiéndola por las nalgas. Volvió a bajar la cabeza hasta su entrepierna y comenzó a saborearla a placer.

Erin se dejó hacer y el calor volvió a inundarla. Pensó que no podría sobrevivir a otro orgasmo, pero él no se detuvo, su misión era llevarla, de forma despiadada hasta otro clímax. Cuando la penetró con la lengua, ella se aferró a su pelo, rogándole que se detuviera y suplicándole que no lo hiciera.

Alexander la lamió a conciencia, hasta que Erin pensó que iba a morir, aunque no le importó lo más mínimo. Su cuerpo era una hoguera y lo único que podía hacer era estremecerse. Y entonces él la llevó a lo más alto, a un orgasmo tan desolador que ella se aferró a sus hombros, gritando su nombre, una y otra vez, mientras la oleada de placer parecía arrastrarla a un mundo de oscuridad, a un lugar peligroso donde solo importaba Alexander. Fue una liberación cálida y salvaje, que no se parecía en nada a los débiles espasmos que había sentido con sus tres ex parejas.

Alexander la contempló, mientras ella se sumergía sin aliento en aquel remolino incontrolable, hasta que un grito de placer salió de su garganta. Bajó las piernas de ella hasta la cama y ascendió hasta estar sobre ella. En su camino le dio un lametazo a uno de sus pezones y ella sintió un latigazo en su interior.

Erin pensó que le gustaría tenerle así para siempre. Denudo y todo para ella. La barba le oscurecía la mandíbula y le daba un aire sexy de lo más tentador. Y su cuerpo… ¡Santa madre de Dios! Tenía un cuerpazo. Sus hombros anchos, sus bíceps musculosos, y esos abdominales que la volvían loca. Por no hablar de sus largas piernas, y de su trasero.

Erin quería conseguir que el olor de él quedara impregnado en su piel para siempre. Tenía toda la noche para crear recuerdos con él, para que llenaran los solitarios días que vendrían en el futuro, cuando él ya no estuviera en su vida. Y posiblemente solo tuviera esa noche.

—Parece ser que sí te he provocado otro orgasmo.

—Hasta yo misma me sorprendo.

—Ya te he dicho que eras muy apasionada. Tenías la pasión controlada, pero estaba ahí, esperando a salir. Lo único que necesitabas era estar con alguien que supiera lo que se hacía en la cama.

—Menudo arrogante.

—¿Tienes alguna queja?

—No, ninguna. Todo lo contrario. Estoy encantada de que aceptaras mi propuesta.

—Fue una propuesta imposible de rechazar.

—En un principio dijiste que querías pensarlo.

—Era mentira. Me cabreó que dijeras que tú lo habías pensado detenidamente, y yo no iba a

ser menos.

—Lo cierto es que yo también mentí, porque no lo pensé ni un segundo. Bueno, lo pensé, pero porque me daba vergüenza hacerte la proposición, no porque no deseara estar contigo.

—Agradezco que fueras a verme.

—Tú has descubierto en mi cuerpo rincones que ni siquiera sabía que existían.

—Eso no dice nada especial sobre mí —dijo él acariciando su mejilla con la nariz—, solo demuestra que eres muy receptiva.

—Nunca he sido receptiva.

—Cielo, has creído todo lo que tus estúpidas parejas han insinuado sobre ti.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por creer en mí.

—¿Por qué no iba a creer en ti? Eres la persona más importante de mi vida.

—¿Sigues pensando eso, a pesar de que te pedí que te marcharas de casa?

—Por supuesto.

—Te diría que lo dejáramos por esta noche, pero sería muy injusto para ti. Yo me he corrido tres veces y tú ninguna.

—Si quieres que lo dejemos, lo haremos. No te preocupes por mí.

—Yo no quiero dejarlo. Quiero que terminemos lo que hemos empezado.

—Yo también.

—¿Quieres que te haga una felación? Aunque, no he hecho muchas que digamos, y las pocas veces que lo hice, me dijeron que fueron un desastre.

—¿Estás hablando de tus tres relaciones?

—Sí —dijo ella sonriendo.

—¿Sabes? Si tuviera poder sobre ti para hacer que olvidaras, haría que te olvidaras de esos tres elementos. Y, si no te importa, dejaremos la felación para otro momento, porque me muero de ganas de follarte.

—Vale. ¿Has traído condones?

—No. No pensé que los necesitara. Los vampiros no podemos dejar embarazada a una humana y, si te preocupa que te contagie algo, te aseguro que estoy completamente sano.

—No dudo de ninguna de las dos razones, pero desde que me mordiste, no soy una humana normal. Puede que sí puedas dejarme embarazada a mí.

—No lo creo, pero no estoy totalmente seguro. Yo tampoco soy un experto en vampiros. Si quieres lo dejamos. O puedo ir a comprar condones.

—Espera un momento, puede que yo lleve alguno en la cartera.

Erin fue al salón a buscar su bolso y un minuto después entró en el dormitorio sonriendo y enseñándole dos sobrecitos color violeta brillante.

—Siempre preparada, ¿eh?

—La seguridad ante todo. Aunque, puede que estén caducados, llevan en la cartera una eternidad. Bueno, no voy a pensar en eso. Voy un momento al aseo.

—Vale.

Ella volvió al dormitorio poco después, y él la contempló caminar hacia la cama.

—Eres preciosa.

—Gracias. Así y todo, ningún hombre quiere salir conmigo.

—Ninguno ha querido salir contigo, porque los has evitado como a la peste. No has buscado a ningún hombre, y no has permitido que ellos te encuentren a ti. Has pasado mucho tiempo sin

salir de casa, y era poco probable que un hombre te encontrara, a no ser que fuera a tu casa por un error. Cielo, cualquier hombre que se precie de ser hombre y tenga sangre en las venas, querría salir contigo.

—Pero tú no, ¿verdad?

—Soy un vampiro y no puedo relacionarme con mujeres… humanas.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero seguro que no me equivoco.

—Esa no fue la excusa que pusiste para rechazarme. Solo utilizas a las mujeres cuando te apetece, ¿no? —dijo ella rápidamente para que no comentara nada sobre lo del rechazo.

—Nunca habría follado contigo, de no habérmelo pedido.

—¡Qué amable! Aunque todavía no hemos follado. Siento que te sintieras obligado a aceptar mi proposición.

—No me sentí obligado. Quería hacerlo.

—Voy a encender las velas. Supongo que están en el dormitorio para que las encendamos. Las velas son románticas, ¿no te parece? —dijo ella cogiendo una y oliéndola—. Huele de maravilla. A vainilla.

—Ven a la cama —dijo él después de que las encendiera.

Erin se echó sobre él y Alexander la abrazó.

—Tú sí hueles de maravilla. Me encanta tu olor.

Alexander le dio la vuelta en un solo movimiento y la puso de espaldas sobre el colchón. Luego cogió uno de los condones de la mesita de noche y se colocó de rodillas, con las piernas a ambos lados de ella. Rasgó el condón con los dientes, cosa que a Erin le puso a cien, sin saber la razón.

—¿Sabes ponerte el condón?

—No lo he hecho nunca, pero no creo que sea muy difícil. ¿Tú has puesto muchos condones?

—Ninguno —dijo ella sonriéndole.

—Eso pensaba.

Alexander llevó la boca a uno de sus pechos y Erin sintió la calidez de su lengua en el pezón. Eso hizo que se humedeciera al instante. Alexander metió la mano entre sus piernas, invitándola a que las abriera para él. Hundió los dedos entre sus pliegues y la encontró húmeda. La penetró con un dedo y un gemido salió de la garganta de Erin, al tiempo que se frotaba contra su mano.

Erin separó las piernas de forma inconsciente para que él se instalara entre ellas. Alexander se quedó un instante aturdido, embriagado por el olor de su cálido y excitado cuerpo, y en la suavidad de su piel.

Alexander colocó su miembro en la entrada de la vagina y buscó sus labios para besarla. Fue ella quien se entregó por completo al beso, utilizando la lengua de forma tan diestra que lo dejó casi sin aliento. Aquello era más de lo que podría haber deseado jamás. Estaba hambriento de ella. Restregó su miembro por los húmedos pliegues de su sexo y no tuvo que reprimir el impulso de introducirse en su interior. Ni siquiera cuando ella suspiró levemente, cuando sintió que pasaba la polla por su humedad. Ella se entregó a él, sin necesidad de que se lo pidiera.

Alexander sentía un hambre insaciable de ella. Supuso que cuando dos personas se atraían, como sucedía con ellos, la urgencia de fundirse llegaba a ser sobrecogedora.

La penetró lentamente. Erin contuvo por un instante la respiración al sentir la invasión. Alexander se retiró casi hasta estar fuera y volvió a penetrarla con una embestida profunda. Y

entonces se quedó quieto en su interior. Sujetó las manos de ella a ambos lados de su cabeza y entrelazó los dedos con los suyos.

A Erin le palpitaba de manera tan frenética el corazón, que casi le dolía, y podía sentir la sangre latiendo en sus venas. Se aferró a él casi sin poder respirar, mientras su cuerpo se acostumbraba al peso de Alexander y al tamaño y dureza de su miembro, que tenía en lo más profundo de su ser.

Erin se unió a él para que se moviesen juntos, con lentitud, mientras sus alientos se entrelazaban y se miraban fijamente a los ojos. Le rodeó la cintura con las piernas, haciendo que la polla entrara más adentro.

—No sabes el placer que me estás dando.

—Supongo que el mismo que tú a mí —dijo él.

Erin tenía un pasmoso talento para hacer que él diera rienda suelta a sus deseos y sus impulsos más primitivos. Y eso sin intentarlo si quiera, lo cual todavía resultaba más perturbador.

De pronto desapareció la erótica y lenta delicadeza con la que Alexander la había tratado hasta ese momento. El vampiro se convirtió en fuego. Erin se sentía tan excitada que pensaba que iba a estallar.

Alexander se cernía sobre ella, follándola con una habilidad destructiva. Ella le miró los antebrazos y le parecieron puro músculo. La cubría casi por completo con su cuerpo, presionándola sobre el colchón, pero a ella le parecía un peso muy agradable.

Alexander sabía cómo moverse para que ella sintiera el mayor placer. La penetraba con largos y profundos envites, que la dejaban casi sin aliento y la hacían desear más y más.

Erin cerró los ojos y respiró profundamente. Se sentía desbordada por las sensaciones que la invadían. Su corazón no estaba preparado para soportar tantos altibajos y, cuando necesitaba un poco de paz para serenarse, Alexander volvía a embestirla más fuerte y con más profundidad.

El vampiro controlaba sus movimientos, lentos y estudiados, que la llevaban hasta cierta altura, sin permitir que llegara más alto. Y Erin estaba desesperada. Sentía todas sus terminaciones nerviosas a punto de estallar de placer. Estaba cada vez más cerca del clímax, mientras él seguía atormentándola. Su cabeza se movía bruscamente en la cama y sus manos se agarraban fuertemente a las muñecas de él con desesperación.

—No puedo más, Alexander, por favor.

Al escucharla, él apretó los dientes para contener el orgasmo, porque quería que ella se corriera antes, y siguió cabalgándola.

Erin sentía que cada fibra de su ser temblaba de pura necesidad y soltó un grito, deseando liberarse por fin. Alexander, con un último y contundente movimiento de caderas, la llevó al éxtasis. El orgasmo la alcanzó irrefrenable y arrollador.

Él se echó sobre ella y la mordió en el cuello, bebiendo un poco de su sangre. Y entonces se dejó llevar con ella. Beber su sangre mientras se corrían los dos fue la experiencia más maravillosa que había experimentado en su nueva vida. Le lamió la herida del cuello y enterró su rostro entre sus cabellos.

Erin pensó que darle su sangre habría sido doloroso, como la otra vez que lo hizo, pero en esa ocasión fue una sensación maravillosa. Puede que fuera porque la mordió en pleno orgasmo, pero fuera por lo que fuese, había sido la experiencia más extraordinaria de su vida.

Alexander pensó que no le importaría pasar el resto de su vida allí, en aquella cama, con el cuerpo de esa mujer debajo del suyo.

Los dedos de los pies se le encogieron por la oleada de placer tan grande que sintió y que la

dejó devastada. Erin nunca se había entregado a un hombre como se había entregado a él y, sin embargo, era lo que siempre había querido. Le había gustado escuchar su nombre en los labios de Alexander, cuando se dejó llevar; le gustó sentir su cuerpo estremecerse contra el de él; le encantó tener su polla en su interior; sentir sus dientes en su cuello… Lo único que le importaba a Erin era lo que estaba sucediendo en esa cama, en la que solo eran dos amantes, con un pasado en común. Quería saborear lentamente ese instante.

Se mantuvieron inmóviles y en silencio durante unos minutos, unidos en un solo ser. Ella ni siquiera se dio cuenta de que sus manos buscaron las de él y sus dedos se entrelazaron.

Alexander no quería moverse. No quería que ella dijera que era hora de marcharse. Sentirla debajo de su cuerpo era lo más maravilloso que había experimentado en su vida, en sus dos vidas, rectificó, como si ese fuese su lugar. Pero sabía que no podía permanecer así más tiempo.

Alexander se incorporó y se apoyó en los antebrazos para mirarla.

—¿Estás bien?

—Demasiado bien. ¿Y tú?

—No he estado mejor en mi vida.

—¿En qué vida?

—En las dos.

La luz de las velas temblaba sobre su rostro y sobre aquellos músculos bien definidos. Ese hombre era casi demasiado perfecto para soportarlo, pensó Erin.

—¿Quieres que nos marchemos?

—Todavía no hemos gastado el otro condón —dijo ella de forma descarada.

—Cierto. Y eso sería imperdonable. Voy al aseo a tirar el condón usado.

—No tardes.

Ella lo miró mientras caminaba desnudo y pensó que era un monumento de hombre. No podía compararse con los tres individuos con los que había mantenido una relación.

Cando él regresó la encontró de pie mirando por la ventana. Se acercó a ella, la abrazó por detrás y la besó en el cuello. Alexander le dio la vuelta para que quedara frente a él. Le acarició lentamente una mejilla con los dedos de la mano, deslizándolos sobre su suave piel.

—Me gustas muchísimo.

—Ya lo suponía, de lo contrario no habrías aceptado acostarte conmigo. Y he de admitir que tú también me gustas mucho.

—Lo sé. De lo contrario no te habrías enamorado de mí.

—Te dejé claro que no estaba enamorada de ti.

—Sí, eso dijiste.

Alexander deslizó la otra mano por su espalda hasta llegar a su trasero, y entonces la atrajo hacia él con firmeza hasta que la tuvo entre sus piernas. Movió las caderas para que ella notara su erección.

—Me muero de ganas por estar de nuevo en tu interior.

Esa mujer era puro fuego, se lo había demostrado unos minutos atrás. Había respondido con pasión a cada una de sus embestidas. Cuanto más profundas y rápidas eran, más fuerte se aferraba a él, moviéndose juntos. Erin le pertenecía, se dijo. Sonrió al pensar que ella no aceptaría que le dijera que le pertenecía, como les ocurría a las mujeres dos siglos atrás, pero ella era suya. Y sabía que estaba completamente enamorada de él. Eso de que solo sentía deseo era una pobre excusa.

—Entonces, vamos a la cama. Ahora quiero acariciarte yo.

Volvieron a la cama y ella le pidió que se acostara boca arriba. Cuando lo hizo, Erin se puso

a horcajadas sobre él y lo miró con una traviesa sonrisa.

—Ahora eres mío.

—Totalmente —dijo él, subiendo ambas manos por sus costados en una suave caricia.

Erin le acarició los labios con las yemas de los dedos y él le mordió uno.

—Ay.

Alexander le cogió la mano y le besó todos los dedos, uno a uno. Luego la cogió de la nuca y la acercó para besarla con desesperación.

Ella le devolvió el beso con la misma pasión, hasta que se apartó de él.

—Ahora es mi turno. Te he dicho que quería acariciarte yo, como has hecho tú conmigo.

—De acuerdo.

—¿Crees que podrás permanecer quieto hasta que termine?

—No te lo puedo asegurar.

—A ver si voy a tener que atarte.

—Eso nunca lo he experimentado.

—Aunque estoy segura de que podrías soltarte en un abrir y cerrar de ojos.

—Posiblemente —dijo él sonriéndole.

—¿Vas a estarte quieto, sin tocarme?

—Sí.

—¿Seguro?

—Yo siempre cumplo mi palabra.

—Perfecto.

Ahora fue ella quien se inclinó hacia él. Le acarició los labios con la lengua y luego la introdujo en su interior. Pero se dio cuenta de que él no le devolvía el beso.

—¿Por qué no me besas?

—Has dicho que me estuviera quieto.

—Pero puedes besarme. Besarte yo sola no tiene ninguna gracia. Solo te he pedido que no me tocaras.

—Entendido.

Entonces él le devolvió el beso, siguiendo el ritmo que había impuesto ella. Segundos después estaban devorándose el uno al otro. Erin metió los dedos entre sus cabellos, acariciando la suavidad de los mismos, pero él siguió con las manos sobre el colchón.

Ella restregó sus mejillas sobre su barba. Le encantaba como le sentaba esa barba de tres días.

—¿Sigues yendo a la peluquería de Justin a afeitarte?

—Sí, voy dos veces a la semana.

—Me gusta mucho tu barba, te hace parecer muy sexy. Aunque me da la impresión de que estarías igual de sexy si no la llevaras.

—Muchas gracias. Te van a quedar marcas como sigas restregándote sobre ella.

—Hace un rato tenía moratones en las caderas, por cómo me habías sujetado, y raspaduras de tu barba en mis pechos.

Erin también pensó que todo su cuerpo estaba impregnado de él. Ese hombre estaba en su interior, acelerándole los latidos de su corazón y respirando a través de su piel.

Él desvió la mirada hacia sus caderas y hacia sus pechos.

—Ya no están. ¿Has olvidado que mis heridas se curan rápidamente?

—Siento si te he hecho daño.

—No me has hecho daño. He disfrutado muchísimo. Y ahora también voy a disfrutar

saboreando tu cuerpo.

—Soy todo tuyo, cielo.

Erin disfrutó de su cuerpo de lo lindo. Se tomó su tiempo, acariciándolo con las manos, con los labios, con la lengua y con los dientes. Alexander permanecía inmóvil, pero muy alterado, porque esa mujer lo estaba destrozando. Cada vez que pasaba sus labios por encima de uno de sus músculos se tensaba. Estaba desesperado por estar dentro de ella y follarla de manera salvaje.

Erin estaba deslizando los dedos por sus largas y musculosas piernas. Cuando llegó a sus muslos lo miró.

—Separa las piernas.

Cuando él lo hizo, ella miró su enorme miembro, erecto.

—Parece que tu polla me desea —dijo ella, acariciándola de arriba abajo con las yemas de los dedos.

—No sabes cuánto.

—Pues estás de suerte, porque voy a comérmela.

—Erin, no hace falta que lo hagas.

—No sé cómo lo haré, porque la experiencia que tengo de ello no es muy positiva —dijo, como si no hubiera escuchado sus palabras—, pero voy a intentarlo.

—Como quieras.

—Si hay algo que no hago bien y no te gusta, quiero que me lo digas, ¿de acuerdo? Recuerda que soy novata en esto.

—Lo haré, descuida.

Lo primero que hizo Erin fue coger los testículos en su mano y apretarlos, cosa que a él lo puso a cien. Luego lamió la gota de líquido que tenía en la punta de la polla, y él deseó a esa mujer como nunca había deseado nada en su vida. Con la mano que tenía libre, porque no había soltado los testículos, que seguía amasándolos con delicadeza, rodeó la polla y la apretó. Estaba dura como una piedra, pero a pesar de su dureza, era muy suave. Estuvo acariciándola arriba y abajo, mientras tanteaba las expresiones del rostro de él para saber si le gustaba, pero Alexander solo la miraba a ella.

Después de unos minutos se metió la polla en la boca y Alexander pensó que moriría de placer. Al sentir la deliciosa boca de Erin sobre su sexo, se olvidó de todo por un instante. Cerró los ojos, disfrutando de aquella exquisita sensación. Comenzó a subir y a bajar la cabeza, metiendo la polla lo más dentro de la boca que podía, y sin dejar de acariciar los testículos. Alexander se sintió a punto de estallar.

—Cariño, si sigues así voy a correrme. Será mejor que pares.

—¿No lo estoy haciendo bien?

—Lo estás haciendo demasiado bien, por eso te he dicho que voy a correrme.

—Entonces, adelante. Quiero que te corras en mi boca.

—Has dicho que tus anteriores veces no habían sido buenas experiencias, y puede que no te guste.

—Nunca nadie se ha corrido en mi boca, pero si no lo haces, seguiré sin saber si me gusta.

—Podemos hacerlo en otro momento.

—¿Prefieres que lo haga con otro hombre para saber si me gusta o no?

—Sigue —dijo él, que no le había gustado en absoluto la idea de que ella se la mamara a otro hombre.

Erin le sonrió. Volvió a bajar la cabeza y se introdujo el miembro en la boca de nuevo.

Alexander no tardó ni un minuto en correrse. La contempló, viendo cómo había tragado su

esperma, sin hacer ascos, y luego la vio lamer para quitar los restos que quedaban en su miembro.

Erin se incorporó y lo miró sonriendo.

—¿Por qué sonríes?

—Podría decirse que ha sido mi primera felación. Y he conseguido que te corras.

—Te aseguro que me ha costado resistirme a correrme antes. Me has dado un placer increíble.

—Me alegra saberlo. Al menos sabré que no haré el ridículo, cuando se lo haga a otro hombre.

—¿Piensas hacerlo con otro hombre?

—Alexander, nuestra relación es estrictamente sexual, y las relaciones de ese tipo no suelen durar.

—Ven aquí —dijo él cogiéndola de debajo de los brazos y arrastrándola hasta que estuvo completamente sobre su cuerpo—. Necesito besarte.

Estuvieron besándose mucho tiempo, como si fuera lo único que tuvieran que hacer en la vida.

—Ahora voy a follarte yo. Ponte el condón —dijo ella incorporándose y sentándose sobre sus muslos para que pudiera ponérselo.

Le había vuelto loco que ella tomara la iniciativa de hacer que se corriera en su dulce boca. Y ahora iba a follarlo ella. Alexander notaba todo su organismo arder de deseo, al sentir el calor de su piel sobre la suya. Pensó que podría perder la razón cada vez que ella lo miraba con esos ojos del azul del cielo, y que conseguían que se reflejara en ellos todo el amor que sentía por él.

Alexander cogió el condón, lo rasgó con los dientes y se lo puso. Ella se elevó para quedar de rodillas y fue bajando lentamente hasta que todo el miembro estuvo en su interior.

Alexander la cogió del pelo para acercarla a él. Metió uno de sus pezones en su boca, moviendo la lengua en círculos a su alrededor. Erin sintió un placer tan exquisito y tan insoportable que todo su cuerpo se estremeció.

Alexander le acarició los muslos, con una gran satisfacción por tenerla con él, porque se hubiera entregado a él de esa forma tan completa, y dándolo todo. No recordaba que lo hubiera deseado ninguna mujer de aquel modo, y nunca había deseado a ninguna de esa forma, sin recelos, sin reservas, sin límites.

Ella lo tomaba y se entregaba a la vez. No dejó de mirarlo a los ojos en ningún momento.

El amor que los unía, aunque ninguno de ellos lo admitiera, era una realidad que se podía palpar, y que se podía apreciar en el interior de esa habitación.

Antes de que ella llegara a lo más alto, Alexander le dio la vuelta y la tumbó en la cama, colocándose encima.

El musculoso pecho de él le aplastaba sus pechos. Sus manos se deslizaron por debajo de ella, la sujetaron con fuerza de las nalgas para elevarla al ritmo de sus envites.

Alexander solo podía pensar que el cuerpo de ella le pertenecía y la folló enfebrecido, con unas brutales embestidas. La penetró una y otra vez, cada vez más fuerte, cada vez más profundo.

Alexander marcó una cadencia implacable, cada uno de sus envites, embravecidos por su instinto animal. Los músculos de la vagina de Erin se tensaban y destensaban.

Se movían como uno solo, para conseguir el máximo placer, que empezó de forma deslumbrante y vertiginosa, haciendo que en los labios de Erin se dibujara una sonrisa y su ojos brillaran de pasión.

Inclinado sobre ella, Alexander pronunciaba palabras cariñosas, mientras la penetraba una y otra vez.

Erin hundió los dedos en sus hombros, le rodeó la cintura con sus piernas, lo cogió de las nalgas para sentirlo más cerca y que entrara más en su interior. Su respiración se aceleró y Alexander supo que había encontrado el ritmo que ella necesitaba.

Los susurros de ambos se hicieron más apasionados y sus embestidas más rápidas y profundas. Erin levantó las caderas y, por instinto, clavó los talones en la cama para acompañarlo en las acometidas.

A Erin le resultaba hipnótico ver el rostro del vampiro. Podía apreciar con total claridad cómo la pasión iba apoderándose de él. Veía cómo parpadeaban sus ojos entrecerrados, que acompañaba con cada una de sus brutales embestidas. Notaba cómo su respiración iba acelerándose, al mismo tiempo que la de ella.

Se movieron a la vez, con un ritmo duro e intenso hasta que el estallido de placer, inmolador y deslumbrante, los alcanzó a los dos al tiempo.

—¡Oh, Dios del cielo! —dijo Alexander desplomándose sobre ella.

—Ha sido fantástico. No tenía ni idea de que follar podría ser tan gratificante —dijo ella con la respiración alterada.

Erin notó cómo Alexander se reía en su cuello.

—Desde luego que lo es.

—Aunque puede que haya sido tan maravilloso porque eres un vampiro.

—Vaya, muchas gracias por tu confianza.

—Ha sido solo una suposición.

—Pues he de decirte que ninguna mujer se quejó en mi anterior vida.

—Vale, me ha quedado claro.

Había pasado algo dentro de Alexander. La tensión de su cuerpo había desaparecido, seguramente por el desahogo físico, pero no se sentía totalmente satisfecho. No quería salir del cuerpo de ella. Y seguía excitado. ¿Cómo podía estar excitado? No estaba cansado, porque era un vampiro, pero seguía sintiendo la necesidad y el ansia.

Ella le sacó de sus pensamientos.

—Hora de marcharse —dijo Erin, aunque sin moverse, porque él estaba encima.

—Podemos quedarnos a pasar la noche.

—Prefiero irme a casa. Pero tú puedes quedarte si quieres.

—¿Por qué iba a querer quedarme solo?

—No sé… Para disfrutar de la ducha, por ejemplo.

—Tengo ducha en casa.

—Pues haz lo que quieras, pero yo me voy. ¿Puedes levantarte, por favor?

—Claro.

Alexander bajó de la cama. Se quitó el condón y fue al baño para tirarlo en la papelera. Ella lo miró. Tenía una espalda y un culo asombrosos. Cuando regresó volvió a mirarlo por delante y suspiró, apartando la vista de él.

—No hace falta que me lleves a casa, puedo coger un taxi.

—Te he traído yo y te llevaré yo.

—Como quieras.

Poco después abandonaron el hotel.

No hablaron nada durante el trayecto, hasta que llegaron a casa de Erin. Alexander paró el coche en doble fila.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—¿Te parece bien el viernes que viene? —dijo ella.

—Pensé que querrías que nos viésemos este fin de semana.

—Este fin de semana no puedo.

—De acuerdo.

—No bajes —dijo ella al ver que iba a abrir la puerta—. No tienes que acompañarme. Esto no ha sido una cita.

Erin le dio un beso en la mejilla.

—Lo he pasado muy bien.

—Yo también —dijo él serio.

—Hasta el viernes. Y esta vez en mi casa, no hace falta que gastes dinero.

—¿A qué hora quieres que venga?

—Cuando acabes de trabajar, no importa la hora.

—Bien. Hasta el viernes.

—Adiós —dijo ella mirándolo antes de cerrar la puerta.

Alexander arrancó el coche y se unió al tráfico. Pensó que se había metido en un lío. No había querido dejarla en casa, la deseaba de nuevo. Y no deseaba su cuerpo o hacerle el amor, la deseaba a ella. Quería estar con ella.

Le había encantado pasar todo ese tiempo con Erin, escuchar su risa, acariciar su precioso pelo, el sonido de su voz. Y follarla había sido lo más maravilloso del mundo. La cabeza le echaba humo al recordar, cómo la había besado y abrazado, el tacto de su piel cuando la acariciaba, su olor, su sabor. Sí, desde luego estaba metido en un buen lío.

Y ahora tendría que esperar una semana para volver a verla, simplemente, porque ella lo había decidido. ¿Quién era ella para tomar decisiones por los dos?, se dijo enfadado.

Recordó el tiempo que habían pasado juntos ese día. La experiencia que había compartido con ella había sido increíble, y mucho más intensa de lo que podría haber imaginado. Hacer el amor con ella había sido la cosa más arrolladora y poderosa que hubiera experimentado en su vida. En algún momento había llegado a pensar que no sobreviviría.

Puede que él también estuviera ocupado el próximo viernes, se dijo, cabreado al pensar que faltaba una semana para volver a verla.

Capítulo 23

Erin llamó al móvil de Alexander el siguiente viernes por la mañana.

—Hola.

—Hola, cielo.

—¿Te llamo en mal momento?

—En realidad sí, tengo un juicio y acabo de entrar en el juzgado.

—No tardaré ni un minuto. Me ha llamado Sam. Parece ser que su hermana llegará esta tarde y nos ha invitado a cenar. Sé que esta noche habíamos quedado tú y yo, pero podemos ir a casa más tarde, cuando acabemos de cenar. Si le digo que no podemos ir, podría pensar que sucede algo. ¿Te importa que vayamos? Si no te parece bien puedo ponerle alguna excusa.

—Me parece bien. Es mejor no faltar, porque esa mujer sospecha algo.

—Estupendo. Me ha dicho que vayamos a las ocho y media.

—Te recogeré en casa a las ocho.

—De acuerdo. Hasta luego.

Desde que Alexander había estado con ella la semana pasada, cada día había sido un auténtico martirio. Le pareció asombroso que su cuerpo se hubiera acostumbrado tan rápidamente al cuerpo de ella. Nunca había deseado así a una mujer. Y nunca había disfrutado con una mujer de esa forma. Erin era tan sincera en su deseo como en su forma de pensar. La había deseado cada noche.

Cuando Alexander llegó a casa de Erin, ella le esperaba en la puerta de su edificio. Al ver el coche detenerse, caminó hacia la puerta del copiloto y subió al vehículo.

—Hola.

—Hola —contestó él.

A Alexander le extrañó que ella no le diera ni siquiera un beso en la mejilla. Sin duda, no quería que pareciera que la relación que había entre los dos fuera algo más que sexual.

—¿Estabas esperando en la calle?

—Sí.

—¿Hace mucho que esperabas?

—Medio minuto. He bajado porque sabía que llegarías a la hora en punto.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto. Tú nunca llegas tarde

Erin recibió un mensaje en el teléfono y lo leyó.

—Sam dice que no hace falta que busquemos aparcamiento, que podemos dejar el coche en la entrada de su garaje.

—Bien. Aunque en ese pueblo no creo que haya problemas de aparcamiento.

—Tienes razón. No habrá pensado en eso. Hoy, cuando te he llamado por teléfono, no hemos comentado nada de lo de esta noche.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, me dijiste que estabas convencido de que Sam sospechaba algo sobre ti, que eras algo fuera de lo normal.

—Sí. Aunque ella también lo es.

—Sigo pensando que es como yo.

—¿No te parece mucha coincidencia?

—Sí, pero las coincidencias existen. Además, estará su hermana, y a ella sí podrás leerle la mente.

—Tienes razón. Puede que por lo que piense su hermana, descubra algo.

—Lo que quería decirte, antes de que cambiáramos de conversación, es que debes extremar las precauciones con ellas. Te recuerdo que son dos mujeres muy, muy inteligentes.

—Nosotros también lo somos.

—Pero la que sospecha es Sam, y seguramente, también su hermana. No podemos olvidar que fueron las dos las que te hicieron los documentos que necesitabas.

—Bueno, yo también sospecho de ella. Y no te preocupes, no hablaré de nada indebido.

—Bien. Yo tampoco lo haré.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Te veo un poco fría conmigo. Ni siquiera me has dado un beso al entrar en el coche.

—Alexander, no somos novios.

—Claro, es cierto. Y a los amantes no hay que besarlos… fuera del momento en el que estén follando.

—No hace falta que seas grosero. Pero sí, es lo que pienso.

—De acuerdo. Si nos preguntan algo sobre nuestra relación, ¿qué diremos?

—Que somos amigos. Es lo que le dijimos a Sam.

—Muy bien.

Poco después llegaron a Kirkton, el pueblo donde vivía Sam. Alexander paró el coche en la puerta del garaje, como ella les había pedido. Bajaron del vehículo y él lo cerró con el mando. Se acercaron a la puerta de entrada de la casa y tocaron el timbre.

Sam les abrió con una franca sonrisa.

—Hola, bienvenidos.

—Hola, Sam —dijo Erin besándola.

—Hola —dijo Alexander, besándola también.

—Me alegro de que hayáis venido. Pasad, por favor —dijo poniéndose a un lado para que entraran. Luego cerró la puerta.

—Tenía ganas de ver a tu hermana, hace mucho que no la veo. Y Alexander quería conocerla.

—Pues ahora puedes conocerme —dijo la aludida caminando hacia ellos—. Hola, Alexander. Soy Elizabeth, aunque mis amigos me llaman Beth.

—Encantado de conocerte, Beth —dijo él besándola en la mejilla, y sorprendido porque Erin no le hubiera dicho que Beth y su hermana eran gemelas idénticas.

—Lo mismo digo. Mi hermana me ha hablado de ti.

—Lo supongo.

—Hola, Erin. Creo que estás más guapa que la última vez que te vi. ¿Has hecho un pacto con el diablo?

—Muchas gracias. Y no, no he hecho un pacto con él, pero si lo conociera, posiblemente lo haría —dijo Erin sonriendo.

Erin no conocía al diablo, pero tenía un highlander, su ángel oscuro, que velaba por ella, y que bien podría haber emergido de las mismas profundidades del infierno, pensó.

—Sí, yo también —dijo Beth sonriendo—. Tendréis que esperar unos minutos en el salón, vamos un poco retrasadas con la cena.

—No importa. Y no tenemos prisa, mañana no trabajamos —dijo Erin caminando detrás de ella.

—No hacía falta que vinieras tan elegante —le dijo Sam a Alexander.

—No me he puesto traje para venir, acabo de salir del trabajo. Te aseguro que habría preferido venir de manera más informal.

—Puedes quitarte la chaqueta y la corbata.

—Lo haré. Gracias —dijo Alexander quitándose la chaqueta antes de sentarse.

—Dámela, la colgaré en una silla para que no se arrugue.

—Gracias —dijo él desanudándose la corbata y sacándosela. La metió en el bolsillo de la chaqueta y Sam se llevó la prenda, no sin antes echarle un buen vistazo de arriba abajo a su dueño, porque ese hombre era impresionante.

—Sentaos, por favor —dijo Beth—. Sam me ha dicho que has arrasado en el trabajo y que desde que llegaste, los clientes solo quieren que tú les lleves sus casos.

Alexander miró a Sam.

—Leo los periódicos, y sé que en las cuatro semanas que estás trabajando, te has posicionado en el número uno del bufete.

—Bueno, he tenido suerte.

—No creo que la suerte tenga que ver con tu éxito. Simplemente, eres muy bueno.

—Muchas gracias.

—Ahora os traemos una copa de vino.

—¿Os ayudo en algo? —preguntó Erin.

—No, lo tenemos todo controlado. Cenaremos en quince minutos.

—De acuerdo.

Unos minutos después, Sam volvió con dos copas de vino blanco. Alexander iba a levantarse, como hacían los hombres en su tiempo cuando una mujer entraba. Pero Erin le puso la mano en el muslo para que no se moviera.

La chica les dio las copas de vino y volvió a la cocina.

—No me habías dicho que eran gemelas.

—¿No? Lo siento. Es imposible diferenciarlas. Por suerte, no suelen vestir igual.

—Yo las diferencio perfectamente.

—Todo el mundo no es como tú.

—Pensé que al leer la mente de Beth descubriría algo, pero es como su hermana.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo saber lo que piensa.

—¿Puede ser porque sean gemelas idénticas?

—No creo que ese sea el motivo.

—Pues entonces sí que es raro.

—Tienes razón.

—¡Dios mío! Ese hombre es una maravilla —dijo Beth a su hermana mientras terminaban de preparar los entrantes de la cena.

—Ya te lo dije.

—Tiene una forma tan relajada de caminar… Se nota que se siente cómodo consigo mismo.

—Con su aspecto, ya puede sentirse cómodo. Ese hombre sabe moverse, lo pensé cuando estuvo en la biblioteca. Tiene un andar fluido y elegante.

—Y su cuerpo… ¿Has visto su cuerpo? Es impresionante. No creo que haya visto nunca un cuerpo tan perfecto. Solo lo mejora su rostro —dijo Beth sonriendo a su hermana.

—¿Puedes escuchar desde aquí lo que están diciendo? —preguntó Erin en voz baja.

—Perfectamente —contestó el vampiro.

—¿De qué hablan?

—De mí.

—Claro. ¿Cómo no? ¿Ha dicho algo de que seas… extraño?

—De momento no. Solo hablan de mi físico.

—¿De tu físico?

—Sí. Parece que me encuentran atractivo.

—Eso es lo que necesitabas para ser un poco más arrogante.

Él la miró sonriendo.

Poco después Sam entró en el salón para decirles que la cena estaba preparada y caminaron los tres hacia la cocina.

Beth miró a Alexander cuando entraron. Parecía la reencarnación de un deseo peligroso y oscuro, pero a ella no le producía ningún temor. Puede que fuera porque no tenía miedo a nada. Pero tenía que reconocer, que tenía una belleza exagerada, pensó. Era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Tenía el cabello negro como la noche y los ojos grises como las sombras. Ese hombre la tenía muy intrigada, y esperaba descubrir algo sobre él durante la cena.

La mesa de la cocina era grande y estaba preciosa.

—¡Qué maravilla de mesa! —dijo Erin.

—Gracias —dijo Sam.

—Sentaos ahí —dijo Beth señalando un lado de la mesa.

Vaya, sin duda nos sientan frente a ellas para percibir el más mínimo detalle, pensó Erin sentándose.

—Espero que no seáis vegetarianos —dijo Sam—. Me hice la pregunta cuando estábamos terminando de hornear el asado de cordero.

—No somos vegetarianos —dijo Alexander sonriéndole.

—No sabes el alivio que siento —dijo la chica devolviéndole la sonrisa y sentándose junto a su hermana, frente a ellos.

—Entonces, ¿encontraste trabajo enseguida? —preguntó Beth a Alexander.

—Sí, me llamaron al día siguiente de llevar el currículum.

—¿A cuántos bufetes llevaste el currículum?

—Solo a uno. Era el más importante de la ciudad y quería trabajar en él.

—Querías empezar por lo más alto, ¿eh?

—Sí.

—Y lo has conseguido.

—Cierto.

—¿Y cómo has tenido tanto éxito? Sé que tienes que ser muy bueno. Así y todo… ¿Cuál es el truco?

—El truco es que trabajo mucho. Soy el primero en llegar y el último en marcharme. Y a veces trabajo los fines de semana. Aunque el éxito no es solo mío, he conseguido un buen equipo de investigadores que trabajan muy bien.

—Desde luego, con la fama que has conseguido en solo mes, en un año serás el abogado más importante del Reino Unido —dijo Beth.

—Y entonces llegará el estrés, el cansancio y las ganas de mandarlo todo al cuerno —dijo Sam sonriéndole.

—Soy muy paciente, y no suelo alterarme por nada. Pero cuando me sienta cansado, cogeré

unas vacaciones. ¿A qué te dedicas, Beth? —preguntó él para cambiar de tema.

—En este momento trabajo para el FBI.

—¿Eres federal?

—No, trabajo como forense.

—Eso parece interesante.

—¿En serio te parece interesante? A todo el mundo le da miedo la muerte y todo lo relacionado con ella.

—La muerte es algo con lo que vamos a encontrarnos todos, tarde o temprano. Y lo mejor es ir acostumbrándose a ella —dijo el vampiro.

—Hablas como una persona de mucha edad.

—Tengo treinta y un años, ya soy mayor.

—Oh, sí, por supuesto, eres un viejo. ¿Qué relación hay entre vosotros? ¿Sois pareja?

—No, no somos pareja, solo amigos.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Tres meses —dijo Erin.

—¿Solo tres meses? Yo creía que os conocías desde mucho antes —dijo Sam.

—¿Por qué? —preguntó Alexander.

—No sé, me dio esa impresión la primera vez que os vi en la biblioteca. Estabais muy... compenetrados.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Beth.

Erin pensó que lo mejor era contarles la verdad. Al menos, lo que podía decirles, sin descubrir a Alexander.

—Fue una simple casualidad, que agradeceré toda mi vida —dijo Erin—. Yo estaba paseando por el bosque. Solía ir los viernes después del trabajo. Nunca me había pasado nada por ir sola, pero ese día me encontré con un tipo y…

—Ese hombre no tenía buenas intenciones —añadió Alexander.

—Me golpeó una y otra vez. Seguramente estaría drogado. A Dios gracias, Alexander estaba por allí y ahuyentó a ese hombre.

—¿Estabas por allí? ¿Por el bosque?

—Acababa de llegar a la ciudad y estaba conociendo los alrededores.

—Menos mal que se te ocurrió ir al mismo lugar donde se encontraba Erin —dijo Sam.

—Desde luego que sí, porque os aseguro que ese hombre estaba fuera de sí y puede que me hubiera matado a golpes.

—¿Qué hiciste con el hombre? —preguntó Beth al vampiro.

—Le devolví algunos golpes y salió corriendo.

—¿No lo perseguiste?

—No. Pensé que era más importante comprobar cómo estaba Erin, por si tenía que llevarla al hospital.

—Alexander me acompañó a casa. Entonces me dijo que estaba hospedado en un hotel, y que estaba buscando un lugar para vivir. Estaba tan agradecida que le ofrecí quedarse en mi casa hasta que encontrara algo, a pesar de que es un apartamento muy pequeño, y con una sola habitación.

—¿Dormís en la misma habitación?

—No, compramos una cama para él y la instalamos en el salón. Y la separamos por una cortina. Fue algo provisional. Ahora él ya no vive conmigo.

—Cuando empecé a trabajar necesitaba más espacio y sobre todo, un lugar donde trabajar.

Ahora vivo con la madre de Erin —dijo Alexander sonriendo.

—¿Con su madre?

—Sí.

—Mi madre vive sola y su casa es grande. Está encantada de que viva con ella. Desde que mis hermanos y yo nos independizamos, se encuentra sola.

—Y ahora tiene a alguien de quien cuidar —añadió Beth.

—Sí —dijo Erin sonriendo.

—Elissa es una mujer fantástica y nos llevamos muy bien.

—Los entrantes estaban deliciosos —dijo Erin.

—Muchas gracias —dijo Sam, levándose para retirar los platos, mientras su hermana se encargaba de sacar la fuente de cordero del horno.

Poco después llevaron los platos a la mesa y se sentaron.

—Vaya, este cordero está exquisito —dijo Alexander después de probarlo.

—Alexander tiene razón —añadió Erin—, está buenísimo.

—Gracias —dijeron las dos hermanas al mismo tiempo.

Siguieron hablando de una cosa y otra durante el resto de la cena.

Cuando las hermanas se levantaron para servir los postres, Alexander le cogió la mano a Erin por debajo de la mesa, le acarició los dedos y la parte inferior de la muñeca, cosa que hizo que ella se tensara. Sentía cada contacto de sus dedos y cada caricia, hasta en el lugar más recóndito de su cuerpo. Erin, inconscientemente, entrelazó los dedos con los de él. Alexander se giró para mirarla y vio el rubor de sus mejillas.

—Así que solo amigos, ¿eh? —le dijo él en voz baja.

La miró pensando que los ojos azules de esa mujer podían resultar matadores.

—Amigos con derecho a roce —dijo ella en voz baja y sonriéndole de forma traviesa.

Después del postre tomaron café con un trozo de tarta. Eran las once y media pasadas cuando decidieron marcharse.

—Tenemos que reunirnos de nuevo —dijo Sam mientras los acompañaban a la puerta.

—Llámame cuando vuelva Beth y quedaremos para cenar en casa —dijo Erin.

—Estupendo —dijo Sam—. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Hemos pasado una velada muy agradable, y la cena ha sido deliciosa. Muchas gracias por invitarnos —dijo Alexander.

—Ha sido un placer teneros en casa —dijo Beth.

—Buenas noches.

—O son los dos muy buenos, o no tienen nada que ocultar —dijo Sam.

—Los dos son muy buenos —dijo Beth—. En su historia hay algo que no termina de cuadrar. No podemos olvidar lo que descubrimos de Alexander. Ese hombre vivió en otra época.

—Tienes razón. Pero, ¿has visto cómo comía? Parecía como si le entusiasmara comer.

—Sí, es cierto —dijo Beth sonriendo—. De todas formas, tampoco podemos decir que seamos expertas en vampiros, porque sabemos muy poco de ellos. Nos hemos dejado influenciar por las películas y las series, y puede que los vampiros coman.

—Tienes razón.

—Así y todo, las piezas del puzzle siguen sin encajar.

—Puede que la próxima vez que estemos con ellos averigüemos algo.

—Es posible, aunque, lo dudo.

Nada más salir a la calle y acercarse al coche, Alexander la cogió de la cintura y la besó.

Fue un beso profundo que la aturdió. Antes de saber lo que ocurría, Alexander la tenía apoyada contra el coche y su cuerpo pegado al de ella. La sostuvo allí mientras seguía besándola de manera desesperada.

La sensación fue tan poderosa, que Erin sintió que algo estallaba en su interior. Pensó que besaba como un hombre que sentía adoración por las mujeres. Besaba como un hombre que sabía que un beso, si se hacía bien, podría llegar a ser el fin en sí mismo. Sintió como si hubiera pasado toda su existencia esperando que llegara ese momento.

Cuando Alexander dio por terminado el beso, la hizo a un lado, porque ella no estaba en condiciones de moverse, y abrió la puerta para que entrara en el coche. Ella se sentó de forma automática y él cerró la puerta.

Alexander rodeó el vehículo por la parte delantera, mientras ella lo seguía con la mirada, aún algo aturdida.

—Supongo que las dos hermanas se habrán quedado con las ganas de averiguar algo —dijo Alexander cuando se sentó a su lado.

—Sí, supongo que sí.

El camino hasta casa de Erin lo hicieron en silencio, pero un silencio cómodo. Simplemente escucharon la música que sonaba en la radio.

Llegaron a Edimburgo. Erin vio que detenía el coche frente a su casa, en segunda fila.

—Ya hemos llegado —dijo él, volviéndose hacia ella y sin apagar el motor.

—¿No vas a subir a casa?

—Hoy no, cielo, se ha hecho tarde —dijo él, con una sonrisa descarada.

¡Dios mío!, pensó Erin. Ese hombre era un auténtico bombón, pero cuando sonreía, todavía se veía más atractivo.

—Nos veremos en otro momento, puede que el próximo fin de semana —dijo él.

—De acuerdo. Buenas noches —dijo ella, abriendo la puerta rápidamente para que él no bajara a abrírsela.

—Buenas noches, cielo.

Alexander estuvo tentado de ir tras ella, pero no lo hizo. Siguió mirándola, esperando hasta que entró en el edificio. Erin no se volvió a mirarlo ni una sola vez. Él arrancó el coche y se alejó.

Se maldijo por no haber subido con ella, porque era lo que más deseaba. Pero estaba enfadado. Primero porque lo hubiera saludado de manera fría cuando la recogió en casa. Luego por haber dicho a Sam y a su hermana que solo eran amigos. Pero, sobre todo, estaba enfadado por cómo lo había tratado el día que hicieron el amor, que cuando terminaron se mostró fría con él, como si fuera un ligue de una noche.

—Bueno, al menos la he besado —dijo mientras subía el volumen de la música.

Alexander jamás podría haber imaginado que pudiera sentir las cosas que esa mujer le provocaba. Y no solo cuando hacían el amor, sino cada vez que estaban juntos. Recordó la suavidad de su piel y de sus pechos. Recordó lo bien que se sentía cuando Erin lo abrazaba. Recordó sus labios cuando sonreían, el placer que veía en sus preciosos ojos azules, y el sonido perturbador de sus gemidos al hacer el amor.

Erin subió las escaleras de mala leche. Conocía muy bien a Alexander y sabía que estaba enfadado con ella, aunque en realidad, no tenía motivos, porque habían acordado que sería una relación estrictamente sexual. Pero, además de eso eran amigos, y sabía que ella se había portado como si no lo fueran.

Alexander estaba que se lo llevaban los demonios. Echaba de menos a Erin y se moría de

ganas por estar de nuevo con ella. Aunque se conformaría con solo verla.

El martes ya no pudo más y decidió ir a su casa. Mientras conducía se preguntó, ¿cuántas veces había pensado en ella los últimos días? Muchísimas, se dijo. ¿Cuántas veces había perdido el hilo de la conversación al estar en el trabajo, porque se había distraído rememorando la vez que habían hecho el amor? De nuevo, demasiadas. ¿Y cuántas veces había querido ir a verla para besarla y abrazarla? Soltó un gruñido, sin contestar a su pregunta.

Antes de llegar a su casa, supo que ella no estaba allí. Entonces, cambió de dirección y se alejó. Aparcó el coche en un hueco que encontró frente a la puerta de un edificio. Sabía que ella estaba dentro, en la planta baja. Podía escuchar perfectamente la música y las palabras del profesor de baile. Estuvo esperando en el coche hasta que empezó a salir gente. Entonces bajó del vehículo y cruzó la calle.

Erin no lo había visto. Estaba entretenida hablando con Paul, su compañero de instituto, que era profesor de Matemáticas. Demasiado entretenida, pensó Alexander. Supo que a ese hombre le gustaba Erin y no desde hacía poco tiempo.

—¿Has venido en coche? —preguntó Paul.

—No, he venido caminando.

—Yo también. Te acompañaré a casa —dijo caminando a su lado.

—Si no le importa, yo la acompañaré a casa —dijo Alexander, de manera poco amable, detrás de ellos.

Erin se tensó al escuchar su voz. Ambos se volvieron a mirarlo.

Paul lo reconoció como el hombre que la había recogido varias veces en el instituto. Aunque hacía tiemplo que no lo veía por allí. Y dio las gracias por ello, porque era difícil competir con un hombre con ese aspecto.

—No me habías dicho que vendrías —dijo Erin.

—He salido del trabajo para hacer unas cosas y me apetecía verte —dijo Alexander mirando al hombre, en vez de a ella, y con cara de pocos amigos.

—Paul, te veré mañana en el instituto.

—De acuerdo —dijo él besándola en la mejilla—. Hasta mañana.

—Adiós.

El profesor comenzó a caminar por la acera. Cuando estaba a cierta distancia se volvió a mirar al vampiro.

—¿Era necesario que fueras tan antipático con mi compañero? —le recriminó ella.

—Tienes que dar gracias de que conserve la cabeza sobre los hombros.

Ella lo miró estupefacta.

—¿Pero qué te pasa? ¿No irás a decirme que estás celoso?

—¿Por qué iba a estar celoso? Además, ¿crees que debería estar celoso de un hombre como él?

—Ya salió el señor arrogante. No se merecía que lo trataras de esa forma. Es un profesor del instituto. Es un buen hombre.

—Que está enamorado de ti desde hace años.

—No digas tonterías.

—¿Acaso no te lo ha dicho?

—Bueno, en un par de ocasiones me invitó a cenar, pero no acepté. Ya sabes que no quería salir con ningún hombre.

—Ha estado flirteando contigo durante toda la clase.

—No es verdad. Paul es un hombre serio y no haría eso. ¿Cómo lo sabes? ¿Nos has estado

espiando?

—No necesito espiaros. He podido escuchar todo lo que hablabais.

—Claro, tus poderes.

—Sí, mis poderes. Puede que no te enteres cuando un hombre flirtea contigo. Si hubieras sabido lo que pensaba mientras bailabais, no pensarías lo mismo de él. Seguro que te sonreía, como si fueras un pastelito que podría devorar en breve.

—Tú estás muy mal.

—Él es quien puede llegar a estar mal. Más vale que le digas que ande con cuidado en su comportamiento, si no quiere que le separe la cabeza del cuerpo.

—¡Estás celoso!

—Puede que lo esté un poco.

—¿Un poco?

—Bueno, en realidad, tengo celos incluso de la brisa que acaricia tu pelo.

—¿En serio? Eso es que sientes algo por mí.

—¡No digas tonterías! No se trata de eso. Es solo que quiero protegerte.

—¿Por qué has venido? —preguntó ella, decepcionada por sus palabras.

—Porque estaba harto de estar en el bufete y quería despejarme.

—¿Me llevas a casa?

—Claro. Tengo el coche ahí enfrente.

Caminaron hacia el vehículo. Ella no esperó a que le abriera la puerta. Antes de sentarse cogió una horquilla que había sobre un pliegue del asiento de cuero y se sentó. Alexander se sentó a su lado.

—No sé si cuando hablamos de la relación que íbamos a mantener dejamos bien claro que sería una relación exclusiva, hasta que decidiéramos que había terminado —dijo Erin.

—No hacía falta mencionarlo.

—En ese caso, ¿podrías decirme qué hacía esta horquilla en el asiento de tu coche?

—Se le caería a alguien.

—¿Se le caería a alguien y ha llegado hasta aquí? ¿Llevas a muchas mujeres en el coche?

—¿Ahora eres tú quien está celosa?

—No estoy celosa.

—¡Por supuesto que lo estás! Esa horquilla puede ser de mi asistente personal, porque a veces me acompaña a los juicios, por si necesito algún dato que ella tiene. Se le caería. Y yo no voy eliminando pruebas, para que no las encuentres.

—Puede que tu asistente la dejara en el asiento a propósito para que yo la encontrara.

—Es algo un poco retorcido. ¿no crees?

—Esa mujer está enamorada de ti.

—Yo no puedo impedirlo.

—Entonces, lo sabes.

—No puedo evitar saber lo que piensan las personas.

—No, no puedes evitarlo, pero sí puedes hacer que se olvide de ti.

—Erin. Jamás se me ocurriría estar con otra mujer, mientras tu y yo nos acostemos.

—Pues no parece que estés muy interesado en acostarte conmigo.

—Vaya casualidad, porque yo pensé lo mismo de ti, después de que hiciéramos el amor.

Permanecieron en silencio un instante, hasta que ella lo rompió.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando terminamos me trataste como si fuera el ligue de una noche. Erin, es

posible que solo tengamos una relación sexual, pero, ante todo, somos amigos.

—Lo sé. Siento mucho cómo te traté. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. No me importa si lo nuestro dura mucho o poco. Pero no quiero que nos tratemos con frialdad, porque, pase lo que pase, siempre seremos amigos.

—Tienes razón.

Alexander le rodeó la nuca y la acercó a él para besarla. La mantuvo apresada por su cuerpo, que ardía como si tuviera una hoguera en su interior. Fue un beso devastador para los dos.

Erin deslizó las manos por sus pectorales, simplemente, porque no podía resistirse a tocarlo.

Alexander terminó el beso y la miró. Estaba ruborizada, deliciosamente aturdida y desconcertada. Los labios los tenía un poco hinchados y rojos, por el largo beso tan apasionado que habían compartido. Estaba preciosa. Se moría de ganas por acariciarla y marcar con sus labios y sus dientes cada centímetro de su piel, brillante, suave y luminosa. Pero no era el lugar adecuado.

—Te llevaré a casa, de lo contrario te follaré aquí mismo —dijo arrancando el coche y uniéndose a la circulación.

—A mí no me importaría.

—Eres una descarada.

—Pero solo contigo.

—Eso espero.

—¿Tienes que volver al trabajo?

—Sí.

—¿Terminarás muy tarde?

—No muy tarde, solo necesito terminar algo. ¿Quieres que vaya a tu casa cuando acabe?

—Me gustaría mucho.

Alexander la dejó en la puerta de casa. Erin se acercó a él y le dio un beso. Fue un beso rápido pero intenso.

—No tardes mucho —dijo ella antes de bajar del coche.

Alexander nunca había sentido nada parecido por ninguna otra mujer. Él era oscuridad y tinieblas, y ella era como un ángel de luz brillante, que revoloteaba a su alrededor, iluminando su oscuridad. No había sentido nunca antes la necesidad de saber qué pensaba una mujer. Pero necesitaba saber lo que pensaba ella respecto a él. Y, sobre todo, quería saber si seguía enamorada de él.

Capítulo 24

Llamaron a la puerta y Erin fue a abrir. Miró al vampiro de arriba abajo. Odiaba el efecto desolador que tenía la mirada de Alexander sobre el cuerpo de ella. Odiaba el cosquilleo que sentía en su interior cuando él hablaba. Odiaba la intranquilidad y el desasosiego que sentía con solo su presencia, porque deseaba que la besara, que la tocara…, que la follara. Odiaba lo que sentía su corazón cuando lo veía, o cuando estaba lejos. Cuando Alexander estaba cerca no había espacio para nada más, que no fuera él.

—¿Te fallan los poderes y ya no eres capaz de abrir una puerta? —dijo ella olvidando sus pensamientos y centrándose en él.

—Ya no vivo aquí y no pensé que estuviera bien entrar sin más.

—Aunque ya no vivas aquí, esta siempre será tu casa, y puedes entrar cuando quieras.

—Gracias.

—Pasa, no te quedes ahí.

Cuando Alexander entró, ella cerró la puerta y se abalanzó sobre él para besarlo. Lo cogió por sorpresa y Alexander se demoró un par de segundos en responderle.

Puede que iniciar el beso hubiera sido algo atrevido por su parte, pero a Alexander no pareció importarle, porque le devolvió el beso como si quisiera comérsela de un solo bocado.

Erin le devoró los labios y luego metió la lengua en su boca arrasándola. Sin dejar de besarlo, tiró de la camisa para sacarla de dentro de los pantalones y metió las manos por debajo de ella para acariciarle los pectorales y luego la espalda.

Alexander la besaba con desesperación. No recordaba haber besado de esa forma a una mujer, ni siquiera a la suya, con la mente centrada en el aroma de su piel, en el sabor de su saliva, en el tacto suave de sus manos, en su respiración entrecortada, y excitada. Con los cinco sentidos enfocados en el movimiento de unos labios, que hasta hacía poco prácticamente no sabían besar, pero que habían aprendido tan rápidamente que se igualaban a los suyos.

A continuación, Erin le desabrochó el cinturón y el botón del pantalón. Metió las manos por la cinturilla y las llevó a su culo para apretarlo contra ella.

—Tenía unas ganas locas de tocarte —dijo ella separándose ligeramente de sus labios.

—Ya lo veo —dijo él sonriendo.

Pero no pudo sonreír mucho, porque Erin se apoderó de nuevo de su boca. Deslizó una de sus manos hacia delante dentro del bóxer y le cogió fuertemente la polla.

Alexander soltó un gemido y la sujetó de las nalgas para acercar sus caderas a las de él. Le recorrió los costados con las manos y luego las subió hasta sus pechos por debajo de la camiseta de tirantes. No llevaba sujetador y él volvió a gemir de satisfacción. Deslizó un tirante hacia un lado y besó su hombro. Sin poder evitarlo por más tiempo, se apartó de su boca para sacarle la camiseta por la cabeza, haciendo que ella soltara su polla, y contempló sus pechos desnudos. Se inclinó para mordisquearlos y lamer los pezones. Ella volvió a meter la mano en su pantalón y comenzó a moverla sobre su miembro.

Alexander le sacó la mano de dentro del pantalón y ella gruñó.

—Si sigues tocándome voy a correrme.

—Es la primera vez que un hombre me dice algo así —dijo ella sonriendo.

—Puede que los otros no fueran hombres normales.

—Seguramente estás en lo cierto.

Alexander la deseaba, y esa era una razón más que suficiente para sentirse segura de sí misma, y de que estaba donde quería estar.

Ahora fue él quien metió la mano entre sus cuerpos y le acarició el clítoris con las yemas de los dedos, y ella soltó un respingo. Y segundos después dio un grito al sentir que dos de sus dedos se introducían en ella.

—¡Santa madre de Dios! No sabes el placer que me das.

—Estás completamente mojada. Me muero de ganas por estar dentro de ti. Te habrás dado cuenta de que de frígida tienes bien poco.

—Sí, me he dado cuenta. Ahora entiendo que el problema no estaba en mí, sino en esos tres inútiles. Lo único que siento es que he perdido mucho tiempo, del que podía haber estado disfrutando.

—No te preocupes por eso, yo te compensaré por todo ese tiempo perdido. Voy a hacer que al final de esta noche te hayas olvidado de que en algún momento estuvieras con esos tres individuos. Te voy a dar algo con lo que puedas soñar el resto de tu vida.

Alexander la cogió de debajo de las piernas y por detrás de la espalda y la llevó hasta la mesa de la cocina. Barrió con la mano los papeles que había encima. Se oyeron los sonidos de los bolígrafos y los lápices al golpear el suelo, pero ella los ignoró, al igual que él.

Alexander se sacó la chaqueta y la colgó en el respaldo de una de las sillas. Arrastró a Erin hasta el borde de la robusta mesa de madera, metió las manos por debajo de la corta falda que llevaba y le bajó las bragas, que dejó sobre la mesa. Le separó los muslos con sus grandes manos y miró su sexo con sus preciosos ojos, oscurecidos por la pasión.

Erin se sintió excitada y muy deseada, gimiendo y retorciéndose sobre la mesa, como si él la hubiese tocado.

Alexander levantó la vista hacia su rostro y vio que se mordía el labio ruborizada. Se colocó entre sus piernas, le acarició el interior de los muslos e hizo que enloqueciera con sus caricias. Sin dejar de tocarla, se inclinó y volvió a besarla.

Erin era puro fuego cuando estaba con él. Respondía rápidamente y con ferocidad a sus caricias. Su polla le dolía dentro de los pantalones, exigiendo un desahogo. Y supo que no necesitaría mucho para conseguirlo.

—Me gustaría comerte el coño y disfrutar de tu sabor durante un buen rato, pero voy a follarte, porque no aguanto más.

Alexander cogió un condón del bolsillo del pantalón y se bajó la cremallera. Los pantalones resbalaron por sus piernas.

—Estoy deseándolo.

Alexander rasgó el envoltorio del condón con los dientes y se lo puso en un segundo.

—Me pone a cien cuando abres el envoltorio del condón con los dientes.

—Tú me pones a cien aunque no hagas nada. Voy a meter mi polla hasta lo más profundo de tu ser.

—Eso me va a gustar.

—Me vuelves loco, cielo —dijo, entrando en ella con su duro miembro de una sola y salvaje estocada, llegando hasta el fondo, como le había prometido.

Ella no pudo evitar dar un grito con la invasión. Sus terminaciones nerviosas se pusieron en funcionamiento de nuevo al sentir un placer tan grande.

Alexander se inclinó sobre ella y lamió un pezón y luego el otro. Luego repitió el proceso, pero mordiéndolos. Erin sintió como si la traspasara un rayo y arqueó la espalda sintiendo que el placer le robaba el control de su cuerpo.

Alexander se detuvo en su interior. La cogió por debajo de las rodillas y elevó sus piernas hasta colocarlas encima de sus hombros, haciendo que su polla entrara más profundamente.

—¡Joder, qué buena estás! —exclamó.

La cogió de las caderas fuertemente y empezó a entrar en ella con embestidas brutales.

—¡Más, quiero más!

—¡Hostia puta! Tengo toda la polla dentro de ti.

—Más fuerte. Fóllame más fuerte.

Y Alexander lo hizo. La folló de manera violenta, feroz y despiadada, hasta el punto de que Erin soltaba un gemido con cada uno de los envites.

—Me gusta que me folles fuerte —dijo ella levantando sus caderas para unirse a sus embestidas.

A cualquier otra mujer le habría asustado la brutalidad y fiereza de su pasión, pero Erin había disfrutado de ella. Él nunca se había mostrado tan salvaje ni había cedido a la violencia desenfrenada de sus deseos sexuales. Siempre había controlado su brutal sexualidad. Pero con ella era distinto y había cedido a ella, porque se lo había pedido.

—Córrete, cielo, porque no puedo durar mucho más.

—Menudo vampiro de pacotilla estás hecho.

Alexander no pudo evitar soltar una carcajada.

Erin lo miró. La expresión de su rostro cambió. Los ojos se le habían iluminado al reírse y de pronto, lo encontró tan sumamente atractivo que a ella se le detuvo la respiración por un instante.

—Córrete conmigo, por favor, quiero que lo hagamos juntos —dijo ella.

Y Alexander obedeció.

Un placer intenso, palpitante, afilado, salvaje y abrasador explotó dentro de ellos.

Erin bajó las piernas de sus hombros y le rodeó la cintura con ellas y se aferró a él, jadeante y casi sollozando. Sintió que su cuerpo se tensaba estremecido. Oyó que Alexander susurraba su nombre con voz ronca.

Erin estaba paralizada, su vagina se cerró alrededor de él con tanta pasión e intensidad que a Alexander se le quedó el cerebro en blanco. Un placer cegador y unos espasmos que no pudo contener lo llevaron a un clímax desolador. Nunca había sentido nada parecido.

Alexander se derrumbó sobre ella, y Erin lo abrazó muy fuerte.

Estuvieron así en silencio, notando cómo lentamente iba descendiendo el ritmo de sus pulsaciones. Cuando sus respiraciones volvieron a la normalidad él se incorporó un poco y la miró.

Sus ojos eran del color de un mar en calma, pensó Alexander. Un azul claro enigmático, impenetrable... e inquietante.

—Eres preciosa.

—Tú también. Me encanta follar contigo.

—Lo mismo te digo.

Alexander salió de su interior y se quitó el condón. Se separó de ella y tiró el preservativo a la basura. Luego se subió el pantalón y se abrochó el botón. Se acercó a la mesa donde ella seguía acostada y la ayudó a incorporarse.

—Vamos a la cama.

Al entrar en el dormitorio, Alexander se desnudó, bajo la atenta mirada de ella. Erin se quitó la corta falda, que era lo único que llevaba puesto, se subió a la cama y se tumbó en el centro.

—¿Tienes planeado hacer algo conmigo?

—Desde luego que sí. No sabes todas las cosas que quiero hacerte. Me gustaría tenerte en la cama conmigo durante días. Quiero follarte de todas las maneras posibles y con tanta fuerza que no podamos movernos cuando salgamos de la cama.

—Eso no pasará, porque nos recuperamos rápidamente.

—Tienes razón.

Alexander se subió a la cama y se colocó sobre ella, apoyándose en los antebrazos para no aplastarla. Pero ella lo cogió de la nuca e hizo que bajara, hasta quedar sus cuerpos pegados.

—Peso mucho y te voy a aplastar.

—Me gusta sentir tu peso sobre mí.

Erin sintió el calor de su aliento en el cuello. De pronto se sintió incapaz de articular palabra alguna. Una oleada de sensaciones nuevas la asaltaron, invadiendo todo su cuerpo.

Alexander se deslizó hacia abajo para lamer sus pechos, y Erin soltó un gemido de placer. No importaba cuántas veces lo hicieran, pero siempre era diferente. Cada vez que estaban juntos, él hacía que descubriera sensaciones cada vez más intensas.

Alexander se deslizó más abajo, le separó las piernas y se arrodilló entre sus piernas. Besó la cara interna de sus muslos y ella elevó las caderas para que él llevara la boca a su punto del placer.

Erin contuvo un gemido cuando él introdujo la lengua en su vagina. Metió los dedos entre los mechones de su pelo y se entregó a él totalmente. Dejó que la lamiera, la acariciara, la mordiera y utilizara su boca de todas las formas que ella había imaginado.

Alexander introdujo dos dedos dentro de ella y Erin volvió a arquearse, presa de un orgasmo repentino e intenso, totalmente diferente a los que había experimentado con anterioridad. Estuvo unos minutos con los ojos cerrados mientras se tranquilizaba.

—No sabes cuánto me gusta tener tu boca sobre mí —dijo ella cuando su respiración volvió a la normalidad.—. Quiero tenerte dentro.

Alexander se puso un condón y la penetró de una sola embestida. Se movieron juntos, de manera lenta, prolongando el placer al máximo, hasta que Alexander tomó el control. Las acometidas se intensificaron, volviéndose más profundas, más intensas.

Erin se irguió para unirse a él con una velocidad que derrumbó completamente el autocontrol del vampiro.

Alexander se cernía sobre ella como un enigmático ángel caído. Apretó los dientes para evitar correrse y siguió cabalgándola mientras los espasmos de Erin se volvían más intensos.

Se movían juntos, jadeantes y desesperados, hasta que el orgasmo estalló en ella en todo su esplendor, haciendo que se estremeciera de la cabeza a los pies.

Alexander se dejó llevar entre jadeos, embargado por un orgasmo estremecedor y por su propia necesidad, cuando Erin gimió su nombre en su oído.

El vampiro se derrumbó sobre ella y escondió el rostro en su cuello. Lamió la vena que palpitaba por la tensión del momento, deseando morderla y beber, aunque solo fuera un poco de esa sangre, que encontraba deliciosa. Pero se controló.

Erin lo abrazó muy fuerte. Le gustaba tenerlo encima, sentir el peso de su cuerpo, aunque casi no pudiera respirar.

Poco después estaban completamente calmados, pero seguían abrazándose.

—¿Quieres que me marche ya?

Ella permaneció un instante sin decir nada.

—¿Podemos hacerlo una vez más?

—Por supuesto.

—Pero antes tengo que ir al aseo.

Alexander se incorporó un poco, sacó el miembro de su interior y se echó a su lado. Ella se levantó y caminó hacia el baño. Él también se levantó y fue a la cocina a tirar el condón a la basura.

Cuando Erin volvió a la cama él la puso boca abajo, la cogió de las caderas e hizo que se pusiera de rodillas.

—Separa las piernas.

—En esta postura no lo hemos hecho nunca —dijo ella después de obedecer la orden, porque había sonado como una orden.

—No, no lo hemos hecho nunca, pero te va a gustar.

—De eso estoy segura. Me gusta todo lo que me haces.

Alexander metió la mano por delante y le acarició el clítoris, al mismo tiempo que le mordía la nuca. Fue lo único que necesitó para que ella se humedeciera, más de lo que ya estaba.

—Me gusta que te humedezcas para mí tan rápidamente.

—Quiero tenerte dentro.

Alexander sonrió, mientras entraba en ella lentamente hasta llegar a lo más hondo. Permaneció unos segundos quieto en su interior, saboreando la sensación de estar dentro de ella. Hasta que Erin echó las caderas hacia atrás para que él se moviera.

La folló fuerte, sin consideración. Y ella parecía encantada. No duraron mucho. Alexander notó en su polla los primeros espasmos del inminente orgasmo de Erin.

—Córrete para mí.

Como si hubiera sido una orden que no pudiera rechazar, una oleada de placer la cogió por sorpresa. Fue una explosión intensa y rápida que se extendió desde su centro del placer al resto de su cuerpo.

Alexander seguía moviéndose dentro de ella de manera brutal.

Erin aún estaba saboreando su orgasmo, cuando la sensación que estaba sintiendo incrementó la intensidad, convirtiéndose en una ola que la envolvió hasta dejarla devastada. Y él se dejó llevar acompañándola.

Erin se echó en la cama y él lo hizo sobre ella, sin salir de su interior.

Alexander le acariciaba la espalda con los labios, hasta que sus respiraciones se calmaron. Él se dio la vuelta y se quedó boca arriba en la cama. Se sacó el condón y lo dejó en el suelo.

—Ha sido fantástico —dijo ella girando la cabeza para poder mirarlo.

—Desde luego que lo ha sido. Siempre es fantástico contigo.

Cuando la cubrió con su desnudez Alexander sintió que había cambiado algo entre ellos, que los lazos que los unían desde la primera noche que se encontraron, se estaban estrechando para formar algo entre ellos demasiado poderoso e intenso.

La besó con tanta ternura que hizo que el pecho de Erin le doliera de tanto amor que sentía por él. ¿Lo había odiado alguna vez porque no sintiera lo mismo que ella? Por supuesto que no. Nunca podría odiar a su ángel negro, aunque hubiera emergido de las profundidades del infierno.

Poco después, Alexander la penetró de nuevo y comenzó a moverse lentamente. Nada que ver con lo que habían hecho minutos atrás.

Las caricias de ese hombre eran una adicción para los sentidos, pensó Erin. Sabía cómo moverse, dónde rozarla, dónde lamerla, dónde morderla y hacia dónde llevarla, para que fuera ella quien tomara la iniciativa y se olvidara de todas las malas experiencias que había acumulado en el pasado.

Con Alexander no había nada típico. Podía ser tierno, lujurioso, dulce o salvaje. Jamás era

igual, y siempre era como ella lo deseaba. Habían tenido sexo de todas clases: sucio, divertido, frenético y delicioso. A veces lo hacían de forma rápida y brusca, y otras de manera lenta y tierna, como estaban haciendo en ese momento. Que Dios se apiadara de ella porque no la estaba follando, estaba haciéndole el amor.

La forma con la que él la trataba en ese instante era especial. Alexander la miraba a los ojos fijamente, mientras entraba y salía de su interior, una y otra vez, con una exquisita calma. Sus miradas eran como una cadena que los unía. Ya no era solo algo físico, Erin sabía que había algo más, algo mucho más poderoso. Le era imposible apartar la mirada de esos espectaculares ojos grises.

La perfecta sintonía que había entre ellos le hizo pensar a Erin en lo bien que habían llegado a conocerse en tan poco tiempo. Deseó que sus corazones sintonizaran de igual forma, pensó triste y algo desanimada.

Al menos tendría bonitos recuerdos, que llenarían los sombríos y solitarios días del resto de su vida. Caricias que podría revivir. Momentos que quedarían para siempre en su memoria.

Alexander estaba mostrándole lo dulce que era cuando el placer se dilataba, cuando los besos y las caricias se prolongaban, y la tensión iba incrementándose poco a poco en el interior de ellos, hasta que se convertía en algo tan poderoso y ardiente que estallaba sin control alguno.

El orgasmo fue como una explosión. En escasos segundos, Erin pasó del nivel más alto de expectación a un placer absoluto.

—Bebe un poco de mi sangre, por favor.

El vampiro lamió su cuello y clavó sus afilados dientes en su blanquecina piel. Bebió solo un poco de la sangre que brotaba de su vena. Luego lamió la herida para que se cerrara. Aunque se cerraría de igual forma, porque Erin tenía poderes. Poderes que él aún no comprendía.

Unas sensaciones intensas de escozor, alivio y dolor, todo al mismo tiempo, la arrastraron de tal forma, que pensó que nunca más podría volver al mundo real.

Erin, poco a poco dejó de temblar y sus músculos se relajaron, dejándola floja debajo de él. Alexander escuchó cómo pronunciaba su nombre en un susurro y ese detalle, junto con el sabor de la sangre de ella, que aún permanecía en su boca, hizo que él subiera a lo más alto y se corriera.

Ella lo miró a los ojos, deseando saber lo que estaba pensando. Se sentía incapaz de hablar. Sabía que ese instante pedía que dijera algo, o que preguntara algo, pero no podía ni siquiera pronunciar un sonido. Así que lo cogió del pelo para atraerlo hacia ella y lo abrazó.

—¿Estás bien? —preguntó él con el rostro escondido en su cuello.

—Sí, solo necesito estar un instante así.

—De acuerdo.

Los deseos que habían invadido su mente los últimos días la tenían preocupada. Eran deseos puramente físicos, pensando que el cuerpo de un hombre acariciaba y tocaba el suyo. La satisfacción de poner punto y final al vacío que sentía dentro de ella, hasta que conoció a Alexander. La sensación de tener un hombre dentro de ella. Comprendió que el anhelo que sentía era el de tener a un hombre a su lado. Esperaba que le durara mucho. Además, Alexander se comportaba como si conociera su cuerpo, como si hubieran estado haciendo el amor juntos durante años. Sabía cómo tocarla para excitarla. Sabía cómo acariciarla para que disminuyera un poco la tensión. De hecho, ese hombre era un experto en el arte de la seducción y el placer, se dijo Erin. Sonrió al pensar que él hacía que su nivel de excitación aumentara lentamente y poco después, retrocedía, sometiéndola a un tormento… que le encantaba.

Cuando Alexander la penetró lentamente, mientras se miraban a los ojos, Erin experimentó

una asombrosa sensación de plenitud. Le pareció que había estado esperando por ese hombre durante toda su vida.

—Necesito una ducha —dijo ella de pronto, porque tenía que quitarse de la cabeza todos los pensamientos que tenía.

—Yo también. ¿Quieres compañía?

—¿Quieres ducharte conmigo?

—Cariño, a mí me gustaría hacerlo todo contigo.

Erin no supo cómo tomarse sus palabras.

Bajaron de la cama y caminaron hacia el baño. Alexander abrió el agua y la reguló para que saliera templada, y entonces se metió debajo de la cascada.

Erin se unió a él, después de sujetarse el pelo con una pinza para no mojárselo. Se acercó a Alexander hasta estar los dos cuerpos pegados. Le rodeó el cuello con el brazo y lo besó. Él le devolvió el beso, al mismo tiempo que la elevaba sin ningún esfuerzo, para que ella le rodeara las caderas con las piernas.

—Es la primera vez que lo hacemos en la ducha —dijo ella cuando finalizó el beso.

—¿Te refieres a besarnos?

—Supongo que vamos a hacer algo más que besarnos.

—¿Quieres que te folle aquí?

—Sí, es lo que más deseo.

—Tendré que salir a por un condón.

—Bah, no te preocupes. Por una vez no va a pasar nada. De todas formas, me has dicho que los vampiros no podéis procrear. Y aunque así fuera, no iba a quedarme embarazada por una sola vez.

—¿Estás segura?

—Sí. Además, me gustaría hacerlo, aunque solo sea una vez, sin tener el latex de por medio.

—Reconozco que a mí también.

—He pensado pedir hora con el ginecólogo.

—¿Por qué? ¿Te sientes mal?

—No. Es para que me recete anticonceptivos. Así no tendrás que usar condones el tiempo que nos quede de seguir acostándonos.

—¿Es un medicamento?

—Sí, unas pastillas.

—¿Tienen contraindicaciones?

—Muchísimas.

—En ese caso no quiero que las tomes. Lo haremos ahora a pelo, pero seguiré usando condones.

—No creo que ninguno de los efectos secundarios me afecten a mí. Recuerda que soy medio vampiro.

—¿Medio vampiro? —preguntó él riendo.

—No sé por qué te ríes. Para ser completamente un vampiro, solo me falta no comer.

—¿Estás segura de que no comer es lo único que te falta?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? ¿Has descubierto algún poder más?

—Es posible —dijo besándola.

—¿Me estás distrayendo para que no te pregunte de qué se trata?

Alexander entró en ella sin ningún miramiento y ella dio un grito por la sorpresa.

—¿Crees que lo estoy consiguiendo?

—Definitivamente, sí.

—Me alegro.

—No sabes cuánto me gusta follar contigo.

—¿Dónde está la chica vergonzosa, que se sonrojaba al decir una palabra fuera de tono?

—Creo que esa chica ha desaparecido. Tú has hecho que desaparezca.

—Me gusta que seas así, desinhibida.

—A mí también me gusta el cambio que he experimentado. Y he descubierto que me gusta el sexo. Me gusta muchísimo.

—¿En serio? —dijo él empalándola en lo más hondo y deteniéndose en su interior.

—Completamente —dijo ella soltando un gemido—. ¿No me vas a decir cuál es ese poder que has descubierto?

—No.

—¿Por qué?

—Porque quiero darte una sorpresa.

—¿Crees que me vas a sorprender con tu nuevo poder?

—Estoy absolutamente seguro.

—¿Y cuándo piensas sorprenderme?

—El día de tu cumpleaños. Me dijiste que era el día veintinueve de este mes.

—Sí. Entonces, ¿tu nuevo poder va a ser mi regalo de cumpleaños?

—Sí. Bueno, te compraré un detallito, para que tengas un regalo físico.

—Eso es muy amable de tu parte.

—Lo sé.

—¿Vas a quedarte quieto, sin moverte?

—Esta vez quiero durar mucho. Es una delicia estar dentro de ti sin condón. La sensación es completamente diferente.

—Tienes razón. Me encanta tenerte dentro de mí, y más así, piel con piel —dijo ella besándole en el cuello y lamiéndolo—. Es una lástima no ser un vampiro, porque a mí también me gustaría morderte y beber un poco de tu sangre.

—Si es lo que deseas, hazlo.

—Pero yo no tengo tus dientes. Tú los tienes muy afilados. Si te mordiera te haría daño.

—Cielo, no hay nada que me pueda hacer daño. Muérdeme mientras te follo. Me muero de ganas por verte beber mi sangre otra vez.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

Erin le dio un lenguetazo en la yugular. Alexander la embistió una y otra vez, de manera desesperada. Y entonces ella lo mordió muy fuerte. Cuando la sangre comenzó a brotar bebió un poco y luego lo miró sonriendo.

Alexander se excitó casi hasta correrse al verla sonriendo y con los labios rojos por su sangre. Entonces volvió a besarla de manera brutal, y ella le devolvió el beso con la misma pasión.

—Joder, esta ha sido la mejor experiencia de mi vida. Me ha encantado follarte mientras me mordías. Y he estado a punto de correrme.

—¿No te he hecho daño? —preguntó ella mirándole el cuello, pero la herida ya se había cerrado, sin dejar la menor marca.

—Supongo que cuando me has mordido me ha dolido como a ti. Pero solo ha sido un instante.

—Bien. Ahora quiero que me folles en silencio. Quiero sentir como tu polla entra y sale de mi cuerpo sin ninguna protección, porque no habrá una segunda vez.

Alexander estuvo embistiéndola, de forma incansable, durante muchísimo tiempo. Erin lo ponía enfermo cuando, abrazada a él, le susurraba al oído: más, quiero más de ti. Y él quería dárselo todo.

Si no hubiera sido un vampiro, no habría podido permanecer tanto tiempo de pie, con ella en brazos. La hacía subir a lo más alto, y luego se detenía para besarla y que ambos se calmaran un poco, y luego continuaba penetrándola con acometidas profundas.

—¡Oh, sí! Me encanta follar contigo. Voy a correrme —dijo ella dejándose llevar mientras pronunciaba su nombre una y otra vez, como si fuera una letanía.

Alexander no pudo aguantar más y se corrió tras ella. Jamás había disfrutado tanto con una mujer. Se preguntó si el que ella bebiera su sangre había tenido algo que ver. Pero, de cualquier forma, había sido glorioso.

Se lavaron el uno al otro, disfrutando del contacto de sus caricias y volvieron al dormitorio envueltos en una toalla.

—¿Vas a marcharte ya?

—No me iré, si no quieres que lo haga.

—Me gustaría estar tumbada en la cama un rato contigo.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo él quitándose la toalla y echándose sobre la cama.

Erin dejó la toalla que la envolvía sobre el sillón y se echó a su lado. Alexander pasó el brazo por detrás de ella. Erin colocó la mano sobre sus pectorales y enredó las piernas con las de él.

En ese momento, Alexander se dio cuenta de que le gustaba tenerla en esa posición y que se pegara a su cuerpo, como si necesitara el contacto de él. Sentía su suave pecho contra sus costillas; sus pequeña mano sobre su pecho, acariciándolo suavemente; el calor de su sexo tocándole las caderas; y su muslo entre los de él.

—Me dijiste que los vampiros nunca perdíais el control.

—Y es cierto. Bueno, no del todo. Porque me he dado cuenta de que cuando hacemos el amor, no tengo ningún control.

—¿Y eso es normal?

—No tengo ni idea. Pero cuando estamos juntos en la cama, me siento como si no fuera un vampiro. No sé si te has dado cuenta, pero he llegado a sudar cuando estamos follando.

—Ahora que lo dices, tienes razón. Y a mí me sucede lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Hace unos días descubrí que no sudo, pero lo hago cuando hacemos el amor. Puede que nuestros poderes no funcionen en el aspecto sexual.

—Es posible.

—¿Te sientes bien viviendo con mi madre?

—Sí, me gusta vivir con ella. Es una mujer excepcional. ¿Has pasado por su casa para ver lo que están haciendo?

—Mi madre me llevó el sábado pasado. Bueno, nos llevó a mis hermanos y a mí. Estás haciendo una reforma muy importante.

—Se le va a quedar una buena casa.

—Está entusiasmada con su vestidor. Aunque el que has hecho para ti es igual de grande que el de ella.

—Fue tu madre quien me dijo que necesitaba un vestidor grande, porque tenía un trabajo

importante y debería tener muchos trajes.

—Ella siempre ha querido tener un vestidor, pero siempre había algo más importante que hacer. Ya sabes cómo son las madres, ellas son las últimas.

—Sí, mi madre era igual.

Erin entrelazó los dedos de la mano con los de él. Alexander miró sus manos unidas, que ella apretó sobre su corazón. Y de pronto él sintió una sensación tan extraña y plena que lo sobrecogió.

—No me cansaré nunca de oírte pronunciar mi nombre mientras te corres. Escucharlo me llena de satisfacción —dijo Alexander.

—Entonces, pronunciaré tu nombre siempre.

—Me has dejado claro que ya no sientes nada por mí —dijo él para evitar seguir pensando.

—No es que ya no sienta nada por ti, es que nunca he sentido nada. Te dije que solo era atracción sexual. Y no es nada extraño que me sienta atraída por ti —dijo ella intentando que sus palabras fueran creíbles—. Eres un hombre imponente.

—¿Crees que soy un hombre imponente? —preguntó él con un tono divertido.

—Desde luego que sí. Vas por la vida como un hombre que sabe cuánto vale. Te mueves y caminas como si fueras un pirata contemplando sus tesoros.

Alexander no pudo evitar reírse.

—Tú eres la mujer más atractiva que he visto en mi vida.

—Muchas gracias.

—Ya es hora de marcharme. Tengo que leer un montón de informes antes de ir mañana al trabajo.

En realidad, lo que tenía que leer le llevaría menos de quince minutos, pero no quería que fuese ella la que le dijese que se marchara.

—Me alegro de que hayas venido.

—Yo también. He pasado una velada fantástica.

—Sí, no ha estado mal —dijo ella.

—¿No ha estado mal? —preguntó él con los ojos entrecerrados.

—Lo cierto es que ha estado pero que muy bien.

—Eso está mejor.

Erin se tapó con la sábana hasta el pecho y lo miró mientras se vestía.

Cuando Alexander terminó de vestirse la miró y le pareció la mujer más preciosa y más sexy que había visto en sus dos vidas. Tenía el pelo revuelto, los ojos brillantes y los labios rojos e hinchados. Y todo eso lo había causado él, se dijo sonriendo. Se acercó a ella y se inclinó para mirarla a los ojos y besarla.

Cuando Erin fijó sus ojos en los de él lo comprendió todo, lo supo en ese instante, con absoluta certeza. Esa mujer era lo que siempre había esperado y querido, incluso sin saberlo. Ella era lo que necesitaba para vivir y lo que quería para su vida. Quería ser parte de ella y que Erin fuera parte de él. Ese pensamiento lo intranquilizó.

—Nos veremos pronto.

—Eso espero —dijo ella sin moverse de la cama.

Alexander bajaba las escaleras algo aturdido. Pensó que el aire fresco de la noche despejaría su cerebro, que estaba tan confuso como él. Habría deseado que fuera enero y que el intenso frío le refrescara la mente y se llevara el recuerdo de todos sus pensamientos.

Erin entró en el baño para lavarse los dientes. Cuando se estaba secando la boca se miró en el espejo y se quedó embelesada al ver lo mucho que había cambiado en unas horas. Estaba

deslumbrante. Y sabía que era porque estaba con él, con ese hombre a quien había esperado durante toda su vida.

Capítulo 25

Alexander entró en casa al día siguiente a última hora de la tarde. Oía a Elissa en la cocina y se dirigió hacia allí.

—Hola —dijo acercándose a ella y besándola en la mejilla, como solía hacer.

—Hola, cariño. Hoy has llegado pronto.

—Estaba cansado y he preferido volver a casa y traerme el trabajo.

—Trabajas demasiado.

—Solo tengo que leer unos informes, no me llevará mucho tiempo.

—¿Vas a cenar conmigo?

—Sí, si hay cena para los dos.

—Por supuesto que hay, siempre hago para ti, por si apareces.

—Gracias. Aunque siempre te llamo cuando no voy a venir a cenar.

—Lo sé. Pero también sé que a veces te quedas levantado trabajando hasta tarde y puede que tengas hambre. Va a ser agradable cenar contigo, no me gusta comer sola.

—A tu hija tampoco.

—Sí, lo sé. Seguro que me ha maldecido más de una vez porque estés viviendo conmigo.

—Ella no podría hacer eso, porque te adora.

—Eso también lo sé. Aunque, no me creo mucho eso de que estés cansado, porque tu aspecto es inmejorable. De hecho, me he dado cuenta de que nunca muestras aspecto de cansado.

—¿En serio?

—Sí. Puede que no sientas cansancio, pero tengas algo rondándote la cabeza y por eso has vuelto a casa antes.

—Es posible.

—¿Tienes algún problema?

—No sé si se puede llamar problema.

—Bueno, si quieres contármelo, hablaremos después de cenar mientras tomamos un chocolate caliente. Sube a cambiarte, que sé que no te gusta llevar traje.

—Lo que no me gusta es llevar corbata, parece que me voy a ahogar —dijo él sonriéndole —. Vuelvo enseguida.

—No tardes, que cenaremos en cinco minutos.

—Solo necesito tres para cambiarme.

Elissa se quedó pensando en el problema que podría tener Alexander. Se preguntó si le hablaría de *lo que era*, porque estaba convencida de que no era humano. Aunque no podría asegurarlo al cien por cien.

Alexander bajó a cenar con pantalón de chándal y una camiseta. Elissa sirvió los platos y se sentaron a cenar. Estuvieron hablando del caso que él llevaba entre manos en ese momento. Sabía que no debería hablarle de ello, pero también sabía que ella no lo comentaría con nadie. Y era un buen tema de conversación, porque tenía a la mujer entretenida y ella necesitaba entretenerse.

Cuando terminaron, Alexander recogió la mesa mientras ella preparaba el chocolate. Luego fueron a sentarse al salón.

—Bien. Dime de qué va el asunto. Apostaría a que tiene que ver con mi hija.

—Y ganarías el primer premio.

—¿Os ha ocurrido algo?

—Me temo que sí, pero no sé por dónde empezar.

—Eres abogado, y seguro que sabes que lo mejor, siempre es empezar por el principio.

—Tienes razón. Pero puede que te escandalices.

—¿Escandalizarme respecto a mi hija? Alexander, tuvo tres relaciones con tres hombres, cada cual peor. Los tres hicieron que se sintiera inferior e insegura. No me refiero a que sea insegura en general, porque no lo es. Me refiero a insegura con los hombres, y ha huido de ellos desde entonces. Si me dices que estás haciendo el amor con ella y le has devuelto la confianza que había perdido, te estaré agradecida de por vida.

—Vaya. Empiezo a pensar que tienes súper poderes y lees el pensamiento.

—Sospechaba que había algo entre vosotros, porque ella parece feliz últimamente.

—Creo que no estás totalmente acertada. Será mejor que te cuente lo que ha pasado entre nosotros.

—Sí, será lo mejor.

Y entonces Alexander le contó lo de la visita de Erin a su despacho para hacerle la propuesta.

—¿Te propuso mantener contigo una relación estrictamente sexual?

—Sí.

—Pensé que erais amigos.

—Supongo que lo somos.

—¿Amigos que mantienen relaciones sexuales? Desde luego, es un idea muy original. ¿Y dices que fue ella quien te propuso una relación de ese tipo? ¿Estás seguro? Porque no imagino a mi hija haciendo algo así.

—Sí, estoy completamente seguro. Me dijo que se había dado cuenta de que había cometido un error al pensar que estaba enamorada de mí.

—¿Y tú te lo creíste?

—¿Por qué no iba a creerlo?

—Bueno, cuando te dijo que te quería la rechazaste. No iba a ir a visitarte al bufete para decirte de nuevo que estaba enamorada de ti, ¿no crees?

—Pues…

—Lo importante es que estáis manteniendo una relación…, sea del tipo que sea.

—Una relación sexual.

—Pues eso. Porque la estáis manteniendo, ¿verdad?

—Sí, desde hace unos días.

—¿Os va bien en la cama?

—Genial.

—Estupendo. Dime qué tienes en la cabeza respecto a mi hija. Porque si en la cama os va bien, se trata de otra cosa.

—Me gusta estar con ella. Es inteligente y podemos hablar de cualquier tema. Es muy divertida y a veces ingenua. No es para nada egoísta y siempre piensa en los demás, antes que en ella misma. El hombre de quien se enamore va a conseguir que su vida sea una aventura excitante. Y yo envidiaré a ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría ser él.

—Pero le dijiste que no sentías nada por ella, que seguías enamorado de tu mujer, y que eso

no cambiaría.

—Sé lo que le dije. Y estoy muy arrepentido de haberlo dicho, porque mis palabras le hicieron mucho daño.

—No te preocupes por eso, mi hija es muy fuerte.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué problema tienes?

—No tengo ni idea.

—Erin te vuelve loco, pero no puedes estar alejado de ella, ¿cierto?

—Sí.

—Entonces, Alexander, sí tienes un problema, y bien grande.

—¿Qué clase de problema?

—No lo sabes, pero estás enamorado de ella. Yo lo sé desde hace mucho tiempo. Veo cómo la miras. Y cuando estuvimos en Londres os vi bailar, y no me refiero a cuando bailasteis el vals, sino a la pieza que bailasteis a continuación. Estáis locos el uno por el otro.

—Eso no es posible.

—Tú no te has dado cuenta, pero te aseguro que la quieres. Incluso los corazones más fríos y duros, se derriten en las manos de la mujer adecuada —dijo ella sonriendo.

—No pensé que algo así pudiera ocurrirme a mí. Empezaba a sospechar algo, porque cuando estoy con ella, nada es como con ninguna otra mujer con quien haya estado, incluida mi esposa. Con ella todo es más vivo, más intenso. Con ella hay ternura, pasión… amor. ¿Cómo puedo haber sido tan estúpido? ¡Estoy enamorado de ella! —dijo sonriendo.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta.

—Me gusta lo inteligente que es, es una de las cosas que más me gustan de ella. Tiene respuesta para cualquier cosa que le pregunte. Me gusta la forma que tiene de hablarme, y cuando me reta con la mirada, cuando no estoy de acuerdo con algo. Y me encanta su sarcasmo. Nunca había tratado con una mujer como ella. Estaba acostumbrado a otro tipo de mujeres.

—¿Te refieres a mujeres que no opinaban sobre nada, para no contradecirte?

—Algo así. Mujeres que en lo único que pensaban era en la moda y ponerse guapas para ser el centro de atención.

Elissa volvió a pensar que mujeres de esas ya no había muchas, pero sí las había habido muchos años atrás. Vio que Alexander la miraba fijamente y se preguntó si ese hombre tendría poderes para saber lo que pensaba.

—Desde luego, mi hija no tiene nada que ver con ese tipo de mujeres —dijo ella cambiando de tema—. Porque la moda no es algo primordial para ella y, desde que cortó con su último novio, ha procurado pasar inadvertida para los hombres. Ella es fuerte y segura de sí misma, y jamás te dará la razón, si no cree que la tienes.

—Lo sé. Y eso me gusta de ella. Sé que tengo dentro de mí demasiados demonios personales. Pero Erin es como mi ángel particular. Ella me da la tranquilidad y la luz que necesito para iluminar la oscuridad en la que vivo.

—Alexander, tú no vives en la oscuridad —dijo ella cogiendo su mano y apretándola.

—Elissa, tú no lo sabes todo de mí.

—No importa que no lo sepa todo. Sé que eres una buena persona. Mira lo que has hecho conmigo. Has alquilado esta preciosa casa para que viva, y te estás gastando un dineral reformando mi casa. Llevamos viviendo juntos más de un mes y me gusta como eres. Me siento feliz viviendo contigo.

—Gracias. He estado engañándome a mí mismo, fingiendo que lo que hay entre Erin y yo

es solo sexo, como parece ser que lo es para ella. Pero no lo es.

—Por supuesto que no lo es.

—Quiero que solo sea mía y no voy a compartirla con nadie.

La mujer lo miró sonriendo.

—Desde que nos conocimos, he sentido algo especial por ella. Puede que fuera porque yo acababa de llegar y estaba solo, y se portó muy bien conmigo. Me ayudó en todo lo que necesitaba.

—Sí, así es mi hija.

—No sé en qué momento me enamoré de ella, pero aseguraría que fue la primera vez que la escuché reír. El sonido de su risa y el brillo de sus ojos al hacerlo me cautivó. ¿Sabes? Acabo de darme cuenta de algo.

—¿De qué?

—Erin es lo único sin lo que no quiero vivir. Y podría asegurar que no podría vivir sin ella.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer. Tienes que decirle lo que sientes.

—Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿A qué tienes miedo?

—La rechacé, haciéndole mucho daño. Tengo miedo a que ahora sea ella quien me rechace y se sienta incómoda. No quiero que dejemos de ser amigos.

—Puedo asegurarte que mi hija no es rencorosa. Si te rechaza será porque no está enamorada de ti, pero no afectará a vuestra amistad.

—Cuando la rechacé dejó de hablarme y me evitó hasta llegar a no verme.

—Eso fue porque estaba muy afectada y se sentía avergonzada. Solo necesitaba tiempo para ponerlo todo en su sitio. Los problemas hay que solucionarlos cuando aún son un problema, no cuando ya no tienen solución.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te demores en decirle lo que siente por ella. De lo contrario puede que conozca a otro y llegues tarde.

Alexander pensó en el profesor del instituto que estaba enamorado de ella desde hacía años.

—Este fin de semana mis hijos no pueden venir a comer, solo vendrá Erin. No quiero que desaparezcas, quiero que comas con nosotras dos.

—De acuerdo.

—Aprovecha para hablar con ella y decirle que la quieres.

—Lo haré.

Al día siguiente era jueves. Cuando Erin salió del gimnasio pasó por la casa de su madre, que estaba cerca. Aunque, en realidad, era la casa de Alexander. Su madre se alegró al abrir la puerta.

—Hola, cariño. ¿Qué haces por aquí entre semana?

—Vengo de natación y el gimnasio está cerca, así que he pasado a saludarte.

—Estupendo. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—¿Te quedas a cenar?

—Hoy no. Es tarde y todavía tengo que corregir unos exámenes. Me iré enseguida.

—Salgamos al jardín, hace un día precioso.

—Vale.

Se sentaron en los cómodos butacones.

—¿Cómo va todo?

—Bien.

—¿Cómo van las cosas con Alexander? ¿Lo has perdonado ya por su rechazo?

—Sí, eso ya quedó atrás. Ahora todo está bien entre nosotros.

—Es extraño que digas eso.

—¿Por qué?

—Porque él sigue desapareciendo los fines de semana, para no encontrarse contigo.

—No me importa que él esté aquí cuando yo venga.

—En ese caso, le diré que el sábado no vaya a ningún sitio. Tus hermanos no vendrán, tienen un viaje de trabajo.

—Vale.

—¿Cómo arreglasteis lo vuestro?

—Me di cuenta de que había estado muy equivocada.

—¿Respecto a qué?

—Pensaba que estaba enamorada de él, pero no era así. Lo que ocurría era que me sentía muy atraída por él.

—Es un monumento de hombre y cualquier mujer se sentiría atraída por él.

—Desde luego que es un monumento.

—Entonces, ¿no estás enamorada de él?

—Ay, mamá. Me estoy volviendo loca.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Me estoy engañando a mí misma. Y no voy a engañarte a ti. Estoy locamente enamorada de él.

—Eso está bien. Me gusta mucho Alexander.

—Le echaba mucho de menos, como si su presencia dotara de nitidez a mi vida. Y fui a verle a su despacho.

—¿Encontró tiempo para ti? Tengo entendido que está muy ocupado.

—Bueno, su secretaria me despachó, cuando le dije que no tenía cita para verlo. Pero cuando estaba esperando el ascensor para marcharme, Alexander se presentó, como si hubiera sabido que yo estaba allí.

Seguramente lo sabría, pensó la mujer, sospechando de nuevo que Alexander era algo *especial*.

—¿Tuvo tiempo para que hablarais?

—Sí.

—Y le dijiste que no estabas enamorada.

—Sí. La verdad es que fue idea de Jenny. Ella me dijo que si conseguía verlo varias veces, posiblemente se enamorara de mí. Me dijo que le propusiera tener una relación estrictamente sexual. Y lo hice. Cuando fui a su despacho le hice la proposición.

—¿Y él aceptó?

—Al principio estaba algo reticente. Me dijo que tenía que pensarlo.

—¿Te dijo que tenía que pensarlo? —preguntó la madre riendo.

—Sí. Me sentí ofendida y le dije que no importaba, que él no era el único hombre de Escocia. Y entonces dijo que me recogería en casa el viernes siguiente para ir a cenar. Y, bueno, en la cena solucionamos nuestros problemas.

—Entonces, ¿estáis manteniendo una relación solo sexual?

—Sí. Espero que no te haya decepcionado, o te sientas escandalizada.

—Por supuesto que no me has decepcionado, y yo no me escandalizo fácilmente.

—Lo sé. El problema es, que ahora cree que no siento nada por él. Solo hay sexo entre nosotros y… cuando se canse de mí, se terminará.

—Puede que no se canse. ¿Cómo es en la cama?

—Fantástico. Ya no soy frígida —dijo ella sonriendo.

—Nunca creí que lo fueras. Las tres parejas que elegiste eran unos auténticos inútiles. No hay mujeres que no disfruten del sexo, excepto si padecen alguna enfermedad. Pero hay hombres que son unos ineptos, solo se preocupan por ellos mismos y no se ocupan en absoluto de complacer a las mujeres con las que están.

—Sí, me he dado cuenta. Con Alexander todo es maravilloso. Nunca había tenido más de un orgasmo en una misma noche, de hecho, en alguna ocasión no llegué a tener ni siquiera uno. Pero también es verdad que nunca había tenido un amante como Alexander. Dios mío, no puedes imaginártelo. No sabía que un hombre fuera capaz de dedicar tanto tiempo a satisfacer a una mujer, olvidándose de sí mismo.

—Eso es lo que hacen los hombres, que saben comportarse en la cama.

—Y tienes razón, los tres individuos con los que estuve, nunca se preocuparon por satisfacerme, solo pensaban en ellos.

—Tienes que olvidarte de tu penoso pasado. Me alegro muchísimo de que Alexander sea bueno en la cama, necesitabas a alguien como él, para ponerte de nuevo en circulación.

—¿Sabes? Después de que cortara con mi último novio, pensé que mi vida sería un infierno.

—Bueno, si tu vida va a ser un infierno, es mejor que la gobierne el rey del inframundo y no un mequetrefe.

Erin soltó una carcajada.

—Y olvida eso de que solo mantenéis una relación sexual. Eso cambiará, te lo aseguro.

—Eso espero.

—Dale tiempo al tiempo. Estoy segura de que Alexander siente algo por ti, lo que pasa es que aún no lo sabe.

—Ojalá no te equivoques.

Alexander siente algo por ti, repetía Erin en su mente. No deberían haberle sorprendido las palabras de su madre porque, al principio pensaba que Alexander era un fenómeno en la cama, pero muchas veces se había preguntado, ¿cómo podía acariciarla de la forma que lo hacía, si no sentía nada por ella? Ese hombre se entregaba a ella por completo, y no solo mientras hacían el amor.

—¿Recuerdas cuando me hablabas de las novelas esas de highlanders que te gustaban cuando tenías veinte años?

—Sí.

—Pues, tu sueño y el héroe de tus novelas, se han hecho realidad, y ahora tienes a tu propio highlander, de carne y hueso.

—Tienes razón —dijo Erin, riendo por las palabras de su madre.

—A veces nuestro destino se ocupa de que nos encontremos con alguien especial en los lugares y los momentos más oportunos. Fíjate en ti. Ibas al bosque los viernes, porque no querías encontrarte con hombres, y ya ves, te lo encontraste allí.

—Cierto. Siempre he pensado que fue muy extraño.

—La vida es un misterio. Cada cosa rara que nos pasa es una pieza en el puzle de la vida, en algunas cosas es difícil de encajar, pero es una parte necesaria para el resultado final. Si Alexander ha aparecido en tu vida es por alguna razón. Lo único que has de hacer es estar atenta a las señales.

—Pero puede que estés confundida y no sienta nada por mí.

—Es posible. Pero Alexander es un ser especial y muy inteligente. Estoy segura de que no te va a dejar escapar.

—¿Cómo puedo saber que él es el hombre de mi vida?

—Lo sabes cuando sientes que siempre ha estado ahí, aunque lo hayas conocido hace poco tiempo. Y sobre todo, porque te das cuenta de que ya no podrías vivir sin él.

—Por las noches me vuelvo loca pensando en él.

—Nuestros miedos parecen mayores con la oscuridad. Cuando los afrontamos a la luz del día son otra cosa.

—Tienes razón.

—Tal vez deberías insinuarle, sutilmente, que sigues enamorada de él. Los hombres, a veces son algo torpes y lentos cuando se trata de sentimientos.

—No voy a hacer eso. Con él no sirven las sutilezas porque, como tú bien has dicho, es demasiado inteligente y las cogería al vuelo. Le daría la posibilidad de machacarme el corazón de nuevo, sin ninguna clase de miramientos. Y te aseguro que no podría resistir un rechazo una segunda vez.

—Alexander sería incapaz de machacarte el corazón. Cuando te rechazó no pretendía hacerte daño.

—Mamá, no voy a volver a hablar de sentimientos con un hombre, que sigue enamorado de su mujer.

—Cariño. Es cierto que te rechazó por su esposa, pero ella está muerta.

—Tú no lo viste en el cementerio delante de las tumbas de su familia. Estaba destrozado.

—No me extraña en absoluto. Yo estaría rota si mis hijos hubieran muerto, junto con mi marido.

—Es cierto, no había pensado en ello.

—¿En qué cementerio están enterrados?

—En el Greyfriars —dijo Erin sin pensarlo. Porque, de haberlo pensado, no lo habría mencionado.

—Las cosas pueden haber cambiado —dijo la madre sin dejar de pensar en el cementerio que le había mencionado Erin, porque en ese cementerio ella sabía que no había habido enterramientos desde hacía décadas.

—El amor es una mierda.

—No hables así —dijo su madre sonriéndole.

—Lo peor del amor es que aparece en tu vida y la pone patas arriba, arrasando con todo. Y, por si eso no fuera suficiente, resulta que no tiene que ser recíproco. ¿Y qué haces entonces? Tienes que resignarte e intentar sobrevivir sin él.

—Bueno, sí, a veces es así.

—Puedo dar fe de ello.

—En ese caso, no nos queda más que seguir adelante, sin darle mucha importancia a las cosas que realmente no la tienen.

—El amor es obsesión, adicción y locura. Y si alguien piensa lo contrario, es porque nunca se ha enamorado.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero lo tuyo con Alexander no ha terminado. No te desanimes ni te des por vencida.

—No lo haré.

—Eso está bien.

—Me encanta hablar con él. A veces le hablo de alguna tontería, algo sin la menor importancia, pero él me escucha, como si le estuviera hablando de cosas de trascendencia universal. Eso me gusta mucho.

—Sí, a mí también me gusta mucho hablar con él.

—Cuando está serio intimida, y a veces infunde miedo. Pero cuando sonríe… ¡Santa madre de Dios! Cualquier mujer podría perder la cabeza al ver una de sus sonrisas.

—Tienes razón, tiene una sonrisa preciosa.

—Cuando él está en mi campo de visión, hace que me invada una oleada hormonal que anula mi cerebro.

La madre soltó una carcajada.

—¿Has deseado alguna vez algo con tanta intensidad, hasta estar dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo? ¿Incluso sabiendo que al conseguirlo te iba a hacer daño?

—Pues, la verdad es que no. ¿Por qué crees que Alexander te iba a hacer daño si consiguieses mantener una relación seria con él? Porque supongo que *eso* de lo que hablas, es él.

—No sé porqué he dicho eso.

—Sigue con él como hasta ahora, disfrutando del maravilloso sexo que te proporciona. Y deja que el tiempo se encargue de todo. A veces no hace falta nada más.

—Puede que tengas razón.

Erin bajó del coche y fue corriendo hacia la puerta de la casa de su madre. Estaba cayendo un diluvio y llegó empapada. Tocó el timbre y su madre abrió.

—Hola, mamá.

—¡Por Dios bendito! ¿Has venido caminando?

—No, he venido en coche, lo he dejado en la puerta, pero está diluviando —dijo ella besando a su madre y entrando en la casa.

—Sube a mi cuarto y cambiate. Coge alguna ropa mía, aunque te estará pequeña. Puedes coger algo del cuarto de Alexander.

—De acuerdo.

—Y baja tu ropa para ponerla a secar.

—Vale.

Erin subió corriendo la escalera, entró en el dormitorio y caminó hasta el baño. Antes de que pudiera abrir la puerta, esta se abrió y salió Alexander con una toalla enrollada a las caderas. El pelo lo tenía revuelto y mojado y varias gotas se deslizaban por su torso húmedo. Erin no pudo evitar mirarlo de arriba abajo. Era tan perfecto, que las mariposas que revoloteaban en su vientre se alteraron todas a la vez. Ese hombre era un monumento, pensó.

Subió la mirada hasta sus ojos y él le sonrió, sin duda para que supiera que se había dado cuenta del repaso que le había dado a su cuerpo.

Alexander retrocedió un paso al ver la camisa blanca de ella, que estaba completamente mojada y se trasparentaba. De pronto pensó que había sido una mala idea mirarla, y menos aún, recrearse observándola.

El calor invadió el vientre de Erin y la atravesó como una ráfaga de fuego salida del mismo infierno. Sus rodillas comenzaron a temblar, amenazando con caerse al suelo.

La palabra lujuria cobró un nuevo significado para Alexander al tenerla delante.

—Perdona, pensé que esta era la habitación de mi madre.

—Es la de al lado.

—Lo siento.

—Yo no. Me haces sentir muy bien cuando me miras de esa forma.

—Está lloviendo a mares. Voy a cambiarme y a secarme el pelo —dijo ella ruborizada por sus palabras—. ¿Te importaría dejarme algo para ponerme? Un pantalón de chándal y una camiseta estaría bien.

—Claro —dijo él entrando en el vestidor y saliendo poco después con las prendas en la mano.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Te veré bajo —dijo ella saliendo rápidamente de la habitación.

Erin entró en el dormitorio de su madre, cerró la puerta y se apoyó en ella. Alexander tenía el poder de que se intranquilizara con su sola presencia. Y cuando la miraba con esos penetrantes ojos grises, parecía como si pudiera ver el interior de su alma. Era muy diestro en el arte de incomodarla.

Erin abandonó el dormitorio de su madre veinte minutos después, vistiendo el pantalón gris del chándal y una camiseta negra. Por suerte era negra, porque no llevaba sujetador.

—Ya estoy seca —dijo entrando en la cocina—. ¿Dónde dejo la ropa?

—He encendido la calefacción del cuarto de la lavadora. Cuélgala en la cuerda y cierra la puerta.

—Vale —dijo ella dirigiéndose hacia allí.

—¿Has cerrado la puerta? —preguntó la madre cuando Erin volvió a la cocina.

—Sí. No sabía que Alexander estaría aquí.

—Te dije que le pediría que se quedara. Al fin y al cabo, habéis arreglado vuestras diferencias. Espero que no te sientas incómoda.

—No me importa que esté aquí.

—Estupendo.

Alexander entró en la cocina. Llevaba un pantalón vaquero y la sudadera gris a juego con el pantalón del chándal que le había dejado a Erin. Ella lo miró de arriba abajo. Últimamente siempre lo veía con traje, y fue una sorpresa verlo vestido de manera informal. A ella le gustaba cuando vestía traje, pero que un hombre, con un simple vaquero desgastado y una sudadera le pareciera tan deslumbrante, tenía algo de especial. Los vaqueros realzaban sus caderas y sus largas piernas. Llevaba las mangas de la sudadera subidas, dejando al descubierto sus antebrazos, y ella lo encontró terriblemente sexy y cálido. Erin sintió un leve estremecimiento en su vientre.

Poco después, los tres estaban sentados en la mesa de la cocina. Erin estaba sentada frente a Alexander y su madre en el otro lado de la mesa, entre ambos.

—Ha salido el sol. Ahora hace un día precioso —dijo Elissa.

Erin miró a Alexander que le sonreía a su madre, y pensó que su sonrisa era tan deslumbrante como el sol que entraba por la ventana.

El vampiro la observaba muy a menudo mientras hablaban, como si Erin fuese un enigma que él no pudiera descifrar, intentando adivinar en qué pensaba. Tenía la sonrisa de un ángel y la utilizaba sin ningún pudor. Pero Alexander pensó que, mientras su sonrisa fuera dedicada a él no iba a protestar.

Alexander le miró la boca, embelesado con sus palabras. Erin tenía unos labios carnosos que retaban a un hombre a probarlos. Y se moría de ganas de besarla de nuevo.

Erin se fijó en cómo le quedaba la sudadera. A pesar de que le cubría la parte de arriba del cuerpo, se podía adivinar que tenía un cuerpo diez. Le miró la barba de tres días, que Justin la mantenía siempre impecable. Y el corte de cabello, que parecía que fuese despeinado. Ese pelo salvaje y negro, que contrastaba con la piel del rostro más clara, aunque bronceada, hacía que sus

preciosos ojos grises resaltaran. De pronto se fijó en sus antebrazos. Le miró las venas que sobresalían de ellos y sin saber el motivo, eso la excitó.

Erin tuvo que respirar en profundidad para calmar su deseo. Intentó seguir la conversación que Alexander mantenía con su madre.

—Elissa, soy un hombre —dijo él sonriendo.

—Y un representante excelente de tu género —dijo Erin de pronto, arrepintiéndose al instante de las palabras que acababa de pronunciar.

Alexander la miró sonriendo, y Elissa soltó una carcajada.

—Desde luego que lo es —añadió la mujer.

Después de comer tomaron café con un trozo de tarta de manzana que había preparado Elissa.

—¿Os importaría recoger vosotros lo del café? —dijo la mujer levantándose.

—Claro que no —dijo Erin—. ¿Vas a algún sitio?

—He quedado con unas amigas. Una de ellas se mudó a Bristol, en Inglaterra hace unos meses y ha venido a pasar el fin de semana. Hemos quedado todas para tomar un café y ponernos al día.

—No te preocupes, lo recogeremos todo.

—Gracias. Voy a vestirme —dijo la mujer saliendo de la cocina.

—Tu madre sabe que hay algo extraño en mí —dijo Alexander cuando supo que Elissa estaba en la planta superior.

—Ya me lo comentaste en otra ocasión. ¿Cómo lo sabes?

—Recuerda que puedo leer la mente de los humanos.

—No de todos —dijo ella sonriéndole.

—Cierto, no de todos. Pero sí la de ella.

—¿Te ha dicho algo? ¿O ha pensado en algo que te haga suponer que sabe algo?

—Se hace muchas preguntas, para las que no encuentra respuesta. No está completamente segura, pero tiene dudas de que sea humano.

—Y, a pesar de ello, vive contigo.

—Sí, parece que es como su hija, y no tiene miedo a nada.

—Mi madre es muy intuitiva y presta mucha atención a los detalles. Habría sido un buen detective. ¿Crees que te descubrirá?

—Espero que no.

—¿Quieres que veamos algo en la televisión?

—Lo que tú quieras.

—Recojamos esto.

Elissa se asomó por la puerta de la cocina para despedirse.

Entre los dos metieron todo en el lavavajillas y Erin fregó la cafetera.

Fueron al salón, se sentaron en el sofá y encendieron el televisor.

—¿Cuánto crees que tardará tu madre?

—Al menos un par de horas, puede que más. Cuando se reúnen todas las amigas se les pasa el tiempo sin darse cuenta.

—Estupendo —dijo él elevándola como si fuera una pluma y sentándola en su regazo.

Alexander apartó de su rostro un mechón de pelo para colocarlo detrás de su oreja. La sutil caricia de sus dedos hizo que la sensibilidad de su piel se intensificara por donde él la rozaba, dejando un rastro invisible en su piel, pero en su interior era como si se lo hubiera grabado a fuego.

—Tengo unas ganas locas de besarte desde que te he visto.

—Yo también —dijo ella.

Alexander la besó. Fue un beso suave, simplemente el contacto de sus labios sobre los de ella, con un ligero roce de su lengua. Pero para Erin fue el momento más sensual que había experimentado a lo largo de su vida. Los pezones se le endurecieron. Deseó tener las manos de él sobre sus pechos, y los pezones en su boca. De pronto sintió que se humedecía.

Erin tomo el control del beso. Lo besó con hambre y desesperación. Lo besó con tanta pasión, que él se sintió turbado por un segundo.

Poco después tuvieron que separarse porque les faltaba el aire para respirar.

—Esto tampoco es normal en un vampiro.

—¿El qué?

—Que me falte aire para respirar.

—Eso demuestra que tengo razón en lo que te dije, que los poderes no sirven cuando hay sexo por medio.

—Puede que tengas razón. Cuando te he visto con la blusa mojada y que se te trasparentaba el sujetador, casi me da algo. En ese momento me he dado cuenta de que eres una fantasía, una fantasía que ni siquiera sabía que tenía —dijo él rozándole un pecho y luego el otro con el dorso de la mano.

Erin sintió que sus pezones se endurecían aún más y que una oleada de delicioso placer la invadía.

Alexander gruño al notar los pezones duros, y volvió a besarla, mientras metía la mano por dentro de la camiseta y le acariciaba el pecho desnudo, haciéndola temblar.

—Siempre había pensado que tenía mucho pecho. O es lo que me hicieron creer.

—¿Me equivoco al decir, que fueron esos tres imbéciles que tuviste por pareja quienes te lo dijeron? —dijo él sacándole la camiseta por la cabeza y dejándola sobre el respaldo del sofá.

—No, no te equivocas. Tú has hecho que deje de pensarlo.

—¿Yo?

—Sí, porque me miras los pechos como si fueran los más maravillosos que has visto en tu vida.

—Es que lo son —dijo él acariciándolos con los dedos—. Tienen el tamaño exacto para mis manos. Si fueran más pequeños desentonarían con el resto de tu cuerpo. Tus caderas son anchas y todo lo tienes en su justa medida.

—Desde luego, no se puede decir que tenga un cuerpo de modelo.

—A mí no me gustan los cuerpos de las modelos. No me gustan las mujeres tan delgadas. Me gustan delgadas, pero con curvas. Tu cuerpo es perfecto. Y he visto cómo te miran los hombres por la calle. Me extraña que no te hayas dado cuenta.

—No suelo prestar atención a los hombres.

—Sigue así, porque quiero que solo me prestes atención a mí.

—Tú haces que me sienta muy bien conmigo misma.

—Me alegro. Y tienes unas piernas que podrían volver loco a cualquier hombre —dijo deslizando las yemas de los dedos en una suave caricia por encima de una de ellas.

—¿A ti también?

—A mí el primero. Me gusta todo de ti, cielo.

—¿Puedes acariciarme los pezones con la lengua?

—Será un placer.

Alexander la recostó hacia un lado, se inclinó y se metió un pezón en la boca. Erin soltó un

gemido. Él metió la mano dentro del pantalón de chándal y por dentro de las bragas y le acarició el sexo. Rodeó el clítoris lentamente, sin llegar a rozarlo, una y otra vez. Erin elevó las caderas para sentir el contacto de sus dedos. Alexander deslizó dos dedos dentro de su vagina y Erin gimió elevando las caderas. Entraba y salía de ella al mismo tiempo que masajeaba el clítoris con el dedo pulgar.

Erin le sujetó de la nuca y lo acercó para besarlo de nuevo. La recorrió un leve temblor, y luego otro. El orgasmo la alcanzó de repente, con un espasmo breve y violento que la dejo desconcertada por unos segundos. Él le devoró la boca mientras se corría.

—¡Dios mío! Alexander, eres maravilloso.

—Gracias.

—¿Por qué no te sacas el pantalón?

—Si no te importa, prefiero no hacerlo. No quiero que tu madre llegue de pronto y nos sorprenda.

—Mi madre no se va a escandalizar. De todas formas, podemos subir a tu habitación.

—Creo que es una falta de respeto follar contigo en su casa.

—En realidad, no es su casa, es la tuya.

—Ella vive aquí, de manera que es su casa.

—De acuerdo. Y sé que tienes razón.

—Si quieres iré a tu apartamento esta noche.

—Eso me gustará mucho —dijo ella volviendo a besarlo.

—He cambiado de opinión, necesito follarte. Vamos a mi despacho, tu madre nunca entra allí.

—¿Ya no crees que sea una falta de respeto?

—Es posible, pero no se va a enterar. Vamos.

Tan pronto Erin se levantó de su regazo, Alexander cogió la camiseta de ella y caminaron hacia el despacho.

Alexander abrió la puerta y la dejó pasar delante.

—No nos vamos a recrear, ¿de acuerdo? Esta noche lo haremos con tranquilidad durante toda la noche, si quieres. Ahora solo quiero empotrarte contra la pared y follarte fuerte —dijo él cerrando la puerta.

—Eso suena muy bien.

Erin lo sujetó de la sudadera para acercarlo a ella. Alexander abrió la boca por la sorpresa y ella aprovechó el momento para meterle la lengua. Fue un beso tórrido y apasionado con un punto de desesperación.

La sangre de Alexander se olvido de hacer el recorrido hacia el cerebro y se desplazó rápidamente a otras partes de su cuerpo. Se sintió aturdido por la falta de oxígeno, cuando ella se apartó de él inesperadamente. Alexander pensó que esa mujer era como un relámpago en sus brazos, demasiado caliente para abrazarlo. Su cuerpo era todo lo que él había imaginado al principio de conocerla, pero mucho más.

—Sácate el pantalón —le ordenó Alexander mientras él sacaba un condón del bolsillo del suyo antes de sacárselo y dejarlo en el suelo de cualquier manera.

Alexander la miró, estaba completamente desnuda. Erin le bajó la cremallera de la sudadera y la abrió para contemplar su torso y acariciarlo con las manos.

Él rasgó el condón con los dientes, sin dejar de mirarla, y se lo puso. Luego la elevó para que enroscara las piernas alrededor de su cintura y la penetró de una sola embestida.

Ella lo acogió en su interior, con un grito de placer. Había estado ansiosa por tenerlo dentro,

desde que lo había visto salir de la ducha solo con una toalla.

Su polla era grande, poderosa, y la llenaba por completo. La hacía vibrar con sus acometidas profundas y brutales. Pensó que aquello era sexo puro. El cuerpo de Erin chocaba contra la pared con cada estocada. Sentía tanto placer, que para no gritar le mordió el hombro.

El orgasmo la invadió con violencia, llevándola a la cúspide del placer más exquisito.

Cuando sintió las convulsiones de ella en su polla, Alexander no pudo contener la tentación. Le lamió el cuello, donde la vena palpitaba, y la mordió. Bebió su sangre al mismo tiempo que se dejó llevar. Alexander volvió a lamerle el cuello, arrastrando hasta la última gota de sangre. Luego escondió su rostro entre su pelo aspirando su olor.

—Me gusta beber tu sangre mientras me corro.

—A mí también me gusta que lo hagas. Siento un placer mucho más grande.

—Me alegro. Nos estamos demorando. Tu madre puede llegar de un momento a otro.

—Yo deseo que llegue muy tarde.

—Tus deseos son mi prioridad pero, en serio, cielo. Estoy preocupado por si tu madre llega.

—De acuerdo. Seguiremos esta noche.

Capítulo 26

Elissa salió de la casa y comenzó a caminar por la acera. Pensó en coger el coche, pero el cementerio estaba cerca y decidió ir caminando y disfrutar del día, que había cambiado y hacía un sol impresionante. Además, quería pasar por una floristería.

Se sentía nerviosa, porque no le gustaba engañar a nadie, y sabía que estaba engañando a su hija y a Alexander. ¿Pero qué podía hacer? ¿Preguntarle a él qué clase de ser era? Se preguntó si Erin conocía su secreto. ¡Por supuesto que lo conocía!, se dijo. Tenía que conocerlo, porque era muy inteligente. Y, ¿no le había dicho que había visto a Alexander destrozado delante de la tumba de su familia? Fue ella misma quien le había contado la historia del cementerio, y le había dicho que no había enterramientos desde hacía varias décadas. De manera que tenía que saber que si la familia de él había fallecido, tenía que haber sido muchos años atrás. Y Alexander solo tenía treinta y un años. Mientras caminaba se preguntaba qué tipo de ser sería Alexander y, sobre todo, si su hija estaría en peligro con él.

Entró en el camposanto y fue como si entrara en otro mundo. Nunca había estado allí. Le pareció que en vez de un cementerio se asemejaba más a un bonito jardín. A la entrada había una gran placa en la que estaban escritos los nombres de algunos personajes famosos que estaban enterrados allí. Leyó la larga lista, por si veía en ella el apellido de Alexander, pero no lo encontró.

Miró a su alrededor, pensando que encontrar la tumba que buscaba le llevaría tiempo…, o no. Puede que fuera la primera que viera. Decidió ir fila por fila, aunque no fueran propiamente filas, porque no seguían un orden.

Empezó por uno de los lados y fue leyendo los nombres de cada tumba, aunque algunos le costó, porque estaban borrosos por el tiempo. Solo sabía que la mujer de Alexander se llamaba Elizabeth, y los hijos, Cliff y Marie, pero pensó que ese dato sería suficiente.

Al mismo tiempo que leía los nombre que había en las lápidas, se fijaba en las fechas de defunción. Parecía que había empezado por las más recientes, porque todas eran de mediados del siglo XX.

Cuando llegó al fondo de la fila desordenada comenzó con la siguiente. Entonces se dio cuenta de que las fechas eran todas de los siglos, XVII, XVIII y XIX. Llevaba más de una hora y empezaba a pensar que su hija no le hubiera dicho la verdad. ¿Pero por qué iba a mentirle en algo así?, se preguntó.

Siguió leyendo los nombres hasta que llegó al final de la segunda hilera. Miró las tumbas que estaban junto a la verja y se quedó quieta. Había tres lápidas juntas y los tres nombres que figuraban en ellas coincidían con los que ella buscaba: Elizabeth Knight, Cliff Knight y Marie Knight. Y no solo coincidían los nombres y el apellido sino las edades a las que murieron cada uno de ellos. Lo único que no cuadraba eran, las fechas en que habían fallecido: en las navidades del 1846.

Elissa sintió un pequeño mareo y se sentó sobre la tumba que había delante de las que estaba mirando. Se hizo cientos de preguntas, y no halló contestación para ninguna de ellas. Pero una cosa le había quedado muy clara: Alexander no era humano.

Siguió un buen rato allí sentada, pensando en cómo debía actuar a continuación y si debía hablar con Alexander, y hacerle saber que conocía su secreto. Pero eso haría que se sintiera incómodo y, posiblemente, decidiría marcharse de la casa, y puede que de la ciudad. Y ella no

quería que se marchara. Se había encariñado con él y era como un hijo más. Además, Erin estaba enamorada de él. ¡Santa madre de Dios! ¡Erin estaba enamorada de él!

Estuvo un buen rato recapacitando. Decidió que no debía importarle lo que Alexander fuese. Se lo tomaría como si fuera de otra raza. ¿Sería un extraterrestre? Se dijo que no, de lo contrario su familia no estaría enterrada en la Tierra. Aunque también cabía la posibilidad de que hubiera llegado a este planeta dos siglos atrás y se hubiera casado con una mujer de aquí. ¿Cómo debería definirlo? ¿Terrícola?, se preguntó sonriendo.

Se dijo que, a pesar de saber que Alexander no era humano, no sentía ningún miedo. De pronto pensó que si era de otro mundo podría llevarse a Erin con él, y eso la aterró.

Miró la tumba de la esposa de Alexander.

—Hola, Elizabeth. No sabes quien soy, pero conozco a tu marido. Es un hombre increíble y entiendo que te enamoraras de él. No sé si estabas al corriente de lo que él era. En realidad no sé qué clase de ser es, pero está enamorado de mi hija, y ella de él. Y voy a hacer todo lo posible para que sean felices. Alexander se ha resistido a reconocer lo que siente por mi hija, que se llama Erin, por cierto. Porque seguía enamorado de ti. Pero supongo que sabes el poder que tiene el amor. Espero que pasaras una buena vida, aunque fuera corta, con tu marido y tus hijos. Al menos los tienes a ellos y no te sentirás sola. Bueno, tengo que dejarte. Siento muchísimo lo que os pasó a ti y a tus pequeños. Espero que no tuvierais una muerte muy dolorosa. Me habría gustado conocerte, y también a tus niños. Alexander os echa mucho de menos. Vendré a verte de vez en cuando y te traeré flores para alegrarte.

Elissa salió del cementerio y comenzó a caminar hacia casa. Fue todo el tiempo pensando en qué hacer. Al final tomó la decisión de que no les diría nada ni a Alexander ni a su hija. Eran ellos los que debían informarla. Y sabía que lo harían, cuando estuvieran preparados.

Entró en la casa por la parte de atrás, porque le cogía más cerca y se evitaba dar la vuelta a todo el jardín. No oyó ruido y pensó que, posiblemente se hubieran marchado. Pero entonces vio el bolso de su hija en la silla del recibidor. Subió a su dormitorio para cambiarse de ropa y los oyó reír. Se acercó a la ventana y miró hacia abajo a través del visillo. Estaban jugando a encestar en la canasta de balón cesto. La mujer sonrió al verlos. Pero entonces sucedió algo que no le pareció normal. Alexander iba corriendo hacia ella, cuando llegó a su altura la cogió de la cintura y la elevó, junto con él, hasta alcanzar la canasta. Se necesitaba mucha fuerza para hacer algo así, y además, era prácticamente imposible. Pero claro, ese hombre era… especial, se dijo sonriendo. Eso hizo que se confirmara lo que ya sospechaba, que Alexander no era humano. Y después de ver la tumba de su familia, ya no tenía ninguna duda al respecto.

De pronto Alexander se volvió y miró hacia la ventana. Al verlo, Elissa retiró el visillo y lo saludó. Él le devolvió el saludo, pero supo que ella los había visto y también supo lo que había pensado.

—Tu madre está en la casa.

—¿No la habías oído llegar?

—No estaba prestando mucha atención a nada, que no fueras tú.

—Muy amable.

—Me ha visto saltar contigo para que encestaras. Y ese salto no era normal. Se está preguntando qué soy.

—No creo que haya llegado ya al punto de hacerse esa pregunta.

—Te aseguro que lo está haciendo. Tal vez deberíamos hablar con ella.

—Dejemos que pase un poco más de tiempo. Puede que estés confundido.

—Los vampiros no nos confundimos.

—Por supuesto que no, señor *súper poderes* —dijo ella sonriéndole.

—No estoy de broma. Sé lo que ha pensado.

—Vale. Pero, esperemos un poco, a ver si ella comenta algo.

—De acuerdo. ¿Crees que me echará de casa cuando se entere de lo que soy?

—No puede echarte de casa, es tu casa.

—Me gustaría seguir viviendo con ella.

—Ella está feliz teniéndote a su lado, y eso no va a cambiar, por mucho que seas un vampiro.

—Espero que tengas razón.

El lunes de dos semanas después, a la hora de comer, Alexander abandonó el bufete y fue al cementerio a ver a su familia. Iba de vez en cuando y hablaba con su mujer sobre Erin y le decía lo que sentía por ella. Y a sus hijos les hablaba de algo que hubiera sucedido cuando aún vivían. También les hablaba del mundo en el que vivía ahora, y de todos los adelantos que se habían hecho, desde que ellos habían fallecido.

Se detuvo delante de las tumbas y miró la planta de margaritas que había entre ellas. Se preguntó quién habría llevado flores a su familia. Porque de ninguna de las maneras pensaría que algún antepasado suyo o de su esposa fuera a visitarla al cementerio, después de tantas generaciones. Y entonces pensó que solo había una persona que hubiera hecho algo así, si hubiera estado al corriente del cementerio en el que estaban enterrados. Y esa era Elissa, que ya se estaba preguntando que clase de ser sería él. Aunque otra opción también podría ser Sam, la bibliotecaria, que estaba completamente seguro de que sospechaba algo. Era muy inteligente y podría haber averiguado dónde estaba enterrada su familia.

Esa noche llegaría a casa temprano para cenar con Elissa. No tenía intención de hablar de nada de su secreto con ella, porque Erin le había pedido que esperaran un poco, pero sabía que a la mujer le gustaba hacer preguntas y cabía la posibilidad de que mencionara el cementerio por alguna razón, o que pensara en algo y él lo supiera, se dijo.

—Hola, ya estoy en casa —dijo Alexander entrando y dejando las llaves en el plato que había en el mueble del recibidor.

—Has llegado pronto —dijo Elissa saliendo a recibirle.

Alexander besó a la mujer.

—El cliente con quien había quedado esta tarde se ha marchado antes de lo que tenía previsto.

—Pues me alegro, así no cenaré sola. Cambiate y, si tienes que hacer algo hazlo, porque tardaremos más de media hora en cenar.

—De acuerdo.

Alexander subió a cambiarse y luego bajó al despacho a revisar unos papeles. Poco después estaban sentados en la mesa de la cocina.

—Esto tiene buena pinta —dijo él al ver los filetes de solomillo a la pimienta, los tomates asados y las patatas baby salteadas.

—Hacía tiempo que no hacía la carne así, y está muy buena. Seguro que te gusta.

Estuvieron hablando de una cosa y otra. De pronto ella le hizo una pregunta que no esperaba.

—¿Qué flores eran las favoritas de tu esposa?

—En casa siempre había ramos de rosas, que ella misma cortaba del jardín —dijo él sin vacilar ni un solo segundo.

—¿Se ocupaba ella del jardín?

—Teníamos un jardinero, pero Elizabeth se ocupaba de un pequeño rincón. Se sentía muy orgullosa de él. Decía que era especial para ella. Tenía plantas de rododendros.

—Las flores de los rododendros son muy bonitas y alegres.

Alexander supo por los pensamientos de la mujer, que había sido ella quien le había llevado flores a su familia. Pero no mencionó nada al respecto.

—Háblame de tus hijos. Cuéntame cosas de ellos.

Alexander empezó a contarle anécdotas de las trastadas que hacían. Le habló de la casa de Inverness, que estaba junto al lago Ness, y donde pasaban las vacaciones. Estuvieron hablando mucho tiempo de los niños. Y luego Elissa le habló de sus hijos cuando eran pequeños. Pero ninguno de los dos mencionó nada sobre lo que era él.

A primera hora del siguiente sábado Alexander salió de casa para dirigirse al cementerio. Había escuchado los pensamientos de Elissa durante toda la semana, haciendo planes, y contratando gente. Y quería averiguar qué había hecho en las tumbas de su familia.

Cuando llegó no pudo menos que sonreír. Pensó que Elissa era una mujer maravillosa. Lo que había hecho le pareció muy tierno. Había rodeado con plantas de rododendros las tres tumbas, pero no con macetas sino que los había plantado en la tierra. Y se dio cuenta de que también había hecho que enderezaran las lápidas de las tumbas, que estaban un poco torcidas por el paso del tiempo. Incluso había llevado a alguien para que las limpiara y repasara los nombres y las fechas de los fallecimientos, porque algunas de las letras ya no se distinguían bien.

Alexander estaba emocionado. Sabía que tenía que darle las gracias. Y comenzó a pensar en la forma de hacerlo y qué podría decirle.

Sacó el teléfono del bolsillo y llamó a Erin.

—Hola.

—Buenos días, cielo. ¿Estás muy ocupada?

—Estoy limpiando.

—¿Ya no va a limpiar a tu casa Marta, la mujer de Peter?

—Sí que viene, pero estaba aburrida, y me he puesto a limpiar los armarios por dentro.

—¿No es muy temprano para limpiar?

—Alguna ventaja tenía que tener el no dormir. He limpiado el interior del armario del baño, y estoy terminando de limpiar los de la cocina. Ahora pondré la lavadora, no la he puesto antes para no despertar a los vecinos con el ruido.

—¿Cuánto te queda para terminar los armarios?

—Cinco minutos. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque quiero que veas algo.

—¿Qué es?

—Para saberlo, tienes que venir.

—De acuerdo. ¿Dónde estás?

—Delante de la tumba de mi familia.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí, y quiero que lo veas.

—Vale, voy para allá.

—Bien. Hasta ahora.

Erin entró en el cementerio, disfrutando de la paz y la tranquilidad que se respiraba allí. Respiró profundamente. Caminó lentamente entre las tumbas, apreciando el maravilloso entorno.

Miró a lo lejos y vio a Alexander de espaldas, de pie, con las piernas un poco separadas y las manos en los bolsillos. Era una vista impresionante, le recordó a los héroes masculinos de las novelas románticas.

Aún estaba bastante alejada, cuando él se volvió a mirarla. Ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Cuando llegó junto a él, Alexander se inclinó y la besó en la mejilla.

—Hola, preciosa.

—Hola, guapísimo.

Erin bajó la mirada hacia las tumbas.

—¡Oh!

—Veo que a ti también te ha impresionado.

—Desde luego que sí. Es maravilloso.

—Totalmente de acuerdo contigo.

—¿Por qué dices que a mí también me ha impresionado? ¿Es que no lo has hecho tú?

—¿Yo? No. ¿Acaso tengo pinta de jardinero?

—¿Y quien lo ha hecho? ¿Ese familiar tuyo a quien le robamos? ¿Algún familiar de tu esposa? Aunque me parece un poco raro, después de tanto tiempo.

—No ha sido ningún familiar mío o de Elizabeth. Ha sido tu madre.

—¿Mi madre?

—Sí.

—¿Cómo sabía ella en qué cementerio estaba enterrada tu familia? ¡Oh, Dios mío! Lo supo por mí.

—¿Se lo dijiste tú?

—Me temo que sí, aunque de forma inconsciente. Estábamos hablando de ti y me preguntó en qué cementerio estaba enterrada tu familia. Yo contesté, sin pensar en que pudiera descubrirte. No habría averiguado nada, de no ser porque hace algún tiempo le hablé precisamente de ese cementerio, y le dije que habían dejado de enterrar gente en él desde hacía medio siglo.

—Y claro, con lo curiosa que es tu madre, tenía que averiguar cómo era posible que mi familia estuviera enterrada allí.

—Lo siento muchísimo.

—No lo sientas. Esto tenía que pasar. Además, ya tenía sospechas respecto a mí, y no es una mujer que se dé por vencida.

—No, no lo es. ¿Ha arreglado también las lápidas?

—Sí. Ha enviado a alguien para que las enderece, las limpie y grabe los nombres y las fechas de nuevo.

—Han hecho un buen trabajo.

—Y que lo digas. Hace unos días me preguntó qué flores eran las favoritas de mi esposa. Le dije que estaba muy orgullosa de un rincón del jardín, en el que tenía plantados rododendros.

—Y supongo que esas plantas son de rododendros —dijo ella señalándolas—. No soy experta en plantas.

—Sí, lo son.

—Pues ha quedado precioso. Me extraña que no haya puesto un banco aquí, para que te sientes cuando vengas —dijo ella sonriéndole.

—Seguramente habrá preguntado si podría hacerlo y no se lo habrán permitido.

—Así que, ha arreglado las tumbas de tu familia y ha plantado flores, obligándose a venir a regarlas y a cuidarlas.

—Eso parece. Aunque con lo que llueve, no creo que tenga que regarlas mucho.

—Ha hecho un trabajo fantástico.

—Sí.

—A ver cómo sales de esta.

—No hay ninguna forma de hacerlo. Tengo que darle las gracias.

—Te las apañarás.

—Eso espero.

—De todas formas, siempre puedes hacer que lo olvide todo.

—No quiero hacer eso con tu madre. Y no lo haré, si no es completamente necesario. ¿Nos vamos?

—Sí.

Salieron del cementerio y cerraron la verja.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Como mi madre me dijo que mis hermanos iban a comer a su casa mañana, he aceptado pasar el día con Jenny. Me ha dicho que tenía que ir a comprarse algo de ropa. Y aprovecharé para comprarme yo algo también. Luego supongo que comeremos juntas.

—¿Quieres que nos veamos esta noche?

—Es que hemos quedado para salir por la noche.

—¿Vas a emborracharte otra vez?

—No creo que lo consiga. Ya te dije que desde que bebiste mi sangre, el alcohol no me afecta.

—Supongo que no quieres que os acompañe.

—Mejor no.

—De acuerdo. Aunque va a pensar que no quiero conocerla.

—No pensará eso. ¿Qué harás tú?

—No lo sé. Ahora pasaré por la peluquería de Justin para que me corte un poco el pelo y me afeite. Luego puede que invite a tu madre a comer. Y por la noche saldré a dar una vuelta para distraerme, y aprovecharé para comer.

—¿Mañana estarás en casa con nosotros?

—¿Tú quieres que esté?

—Me gustaría.

—Entonces, allí estaré.

Cuando llegaron a casa de ella, se despidieron con un simple beso en la mejilla.

—Ten cuidado esta noche, ¿vale?

—Tú también. Nos vemos mañana.

Como no iba a ver a Erin esa noche, Alexander invitó a Elissa a cenar y ella aceptó encantada. La llevó a un precioso restaurante francés, donde había reservado una mesa. Había especificado que quería que fuera una mesa discreta, porque esa noche había decidido hablar seriamente con Elissa.

—Es un restaurante muy bonito. He oído hablar de él y sé que es muy caro.

—Ya sabes que no tengo problemas de dinero.

—Sí, lo sé.

Después de que pidieran el vino y la cena, el camarero se alejó.

—No te he preguntado si le has hablado a Erin de tus sentimientos.

—No lo he hecho, no he encontrado el momento adecuado.

—¿En serio?

—Bueno, no exactamente. Lo estoy retrasando por miedo. Pero te doy mi palabra de que de la semana que viene no pasa.

—Eso espero.

El camarero apareció con el vino y lo sirvió en las copas. Poco después llevó los entrantes.

—Quiero darte las gracias por lo que hiciste.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente.

Ella lo miró fijamente durante un instante.

—Entonces, ¿has decidido ya hablarme de ti?

—Sí. Tus sospechas casi han rebasado tu límite. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas —dijo ella sonriendo—. No se me conoce por ser muy paciente, y en cualquier momento habría hablado contigo.

—Lo sé. Por eso me he adelantado. ¿Qué crees que soy?

—Bueno, lo cierto es que he barajado varias teorías.

—¿Puedo saberlas?

—Claro. La primera, que eres un extraterrestre. ¿He acertado?

—La verdad es que no lo sé.

—¿No lo sabes?

—Si quieres que te sea sincero, no comprendo lo que soy.

—¿Qué quieres decir?

—Que soy un novato y no sé prácticamente nada de esta vida, ni de dónde venimos.

—¿Quiénes?

—Yo, y los que sean como yo. Porque supongo que no seré yo solo. ¿Cuál es tu otra opción?

—Que seas un vampiro.

—Por la definición que tenéis en la actualidad de los vampiros, yo me inclinaría a afirmar que soy uno de ellos.

—Antes de seguir hablando del tema, quiero preguntarte algo y necesito que seas sincero conmigo.

—Siempre he sido sincero contigo. Si no te he hablado de… lo que soy, ha sido porque no es algo que quiera que la gente sepa.

—Lo entiendo.

—¿Qué quieres preguntarme?

—¿Vas a hacerle daño a mi hija?

—Elissa, tu hija es lo que más quiero en esta vida. Y tú eres la segunda de la lista. Eres como una madre para mí. Nunca, jamás, le haré daño a Erin, ni a ti, ni a tus hijos.

—Eso me tranquiliza. Bien, necesito saberlo todo sobre ti.

—De acuerdo. Pero he de decirte que si hablas de esto con alguien, tendré que desaparecer, y me llevaré a Erin conmigo.

—¿Me estás amenazando?

—No, solo te informo de lo que sucederá, si me traicionas.

—Yo jamás te traicionaría. Lo que hablemos tú y yo quedará entre nosotros.

—¿Estás segura de eso? Porque si no lo estás, puedo contártelo todo y luego hacer que lo olvides.

—¿Puedes hacer eso?

—Sí.

—¿No crees que sería una tontería que me lo contaras y luego me hicieras olvidarlo?

—Posiblemente.

—¿Mi hija lo sabe?

—No tengo secretos para ella.

—En ese caso hablaremos cuando lleguemos a casa, ¿te parece bien?

—Perfecto. El cumpleaños de Erin es en dos semanas, cae sábado.

—Lo sé.

—Me gustaría llevarla de viaje. Aunque solo sea para el fin de semana. ¿A ti te importaría que celebráramos su cumpleaños el jueves por la noche? Así podríamos irnos el viernes por la tarde, cuando ella termine en el instituto.

—Por supuesto que no. ¿Dónde la vas a llevar?

—Todavía no lo sé. Ella nunca me ha mencionado que desee ir a ningún sitio en especial.

—Bueno, hay un país que le gustaría visitar. Me lo ha dicho muchas veces. La última vez que lo mencionó le dije que si no tenía con quien ir, yo la acompañaría.

—Si quieres puedes venir con nosotros.

—Esta vez no. Quiero que vayáis solos.

—¿Qué país es ese?

—Turquía.

—Muy bien. Haré las reservas del vuelo y del hotel.

—Estupendo, le va a encantar tu regalo. Llamaré a mis hijos para que vengan a cenar el jueves, para celebrar el cumpleaños de su hermana.

—Genial.

Cuando volvieron a casa, subieron a cambiarse los dos. Luego Elissa preparó dos tés y los llevó al salón, donde la esperaba Alexander. La mujer se sentó en el sofá a su lado.

—¿Por qué no me tienes miedo? —preguntó él de pronto.

—Pues no lo sé. Tal vez porque las últimas películas y series de vampiros que he visto, los muestran como seres poderosos pero, al mismo tiempo, tiernos y sensibles —dijo Elissa sonriendo.

—¿Crees que soy tierno y sensible?

—Sí.

—En el trabajo me tienen miedo.

—Yo no te he visto en el trabajo, pero te he visto en casa. Y cuando una persona está en casa, relajada, se muestra tal como es. Bien, empieza a hablar, de lo contrario no nos acostaremos en toda la noche, porque supongo que tendrás mucho que contarme.

—¿Quieres que te cuente sobre mi segunda vida o sobre la primera?

—Creo que es mejor que empieces por hablarme de cuando vivías con tu familia, y luego seguir hasta ahora.

—De acuerdo.

Alexander le contó que vivían en una gran casa, de su propiedad y que todavía seguía en pie. Le dijo que tenía otra casa suya, en donde tenía el bufete.

—Entonces, realmente eras abogado.

—Sí.

—¿Te iba bien en aquel tiempo?

—Sí, muy bien.

Luego le dijo que había comprado la propiedad de Inverness, que estaba pegada al lago Ness, para pasar las vacaciones con su familia.

—Me encanta el lago Ness. Mi marido nos llevó a verlo hace unos años.

—Erin me lo dijo.

Alexander le habló de su mujer, de sus hijos y de sus padres. Le dijo que una trágica enfermedad acabo con la vida de su familia.

—Entonces, no murieron del Covid 19.

—No, murieron de cólera.

—¡Oh, Dios mío!

—Es una enfermedad horrible. Los vi sufrir mientras se iban debilitando. Tuve que soportar verlos morir, uno a uno. Me hubiera gustado que mi mujer muriera antes, para no ver cómo nuestros hijos sufrían hasta morir, pero ella estuvo cuidándolos hasta su último aliento. Unos días después de que fallecieran los niños, ella enfermó y falleció poco después.

—Lo siento muchísimo.

—Gracias.

—¿Qué hiciste tú entonces?

—Empecé a sentirme mal, pero no sabía si era porque me había contagiado o simplemente que estaba agobiado por la pérdida. Después del entierro no sabía qué hacer, me sentía solo y trastornado. No podía estar en casa, porque todo me recordaba a ellos. Y tampoco podía ir al bufete, porque no podía concentrarme en el trabajo. Lo cierto es que solo tenía una idea en la mente: acabar con mi vida. No quería seguir viviendo sin ellos. Los echaba muchísimo de menos.

—Te entiendo.

—Siempre me había gustado pasear por el bosque Puck´s Glen Dunoon.

—Ese es el bosque donde iba Erin casi todos los viernes, a ella también le gustaba ir a caminar por allí.

—Pues yo paseaba por ese mismo bosque, casi dos siglos antes. Me gustaba ir para despejar la mente, cuando estaba saturado por el trabajo. Y algunos fines de semana llevaba a mis hijos y corrían por allí.

—Es mucha casualidad que a ti y a Erin os gustara pasear por el mismo bosque.

—Tienes razón.

—¿Qué sucedió después?

—Hacía unos días que había enterrado a mi familia. Ya no iba por el bufete, y pasaba en casa el menor tiempo posible, y cuando estaba allí, lo único que hacía era beber. Había perdido el apetito y no me molestaba en comer. Pasaba el día en el bosque, pensando en cuál sería la mejor forma de acabar con mi vida. Un día, a última hora de la tarde, me encontré en el bosque con un hombre, que tendría más o menos mi edad. No me preocupé, porque parecía una persona normal e iba bien vestido. Se dio cuenta de que estaba un poco angustiado y mantuvimos una corta conversación:

—Pareces triste.

—Acabo de perder a mi mujer y a mis hijos de cólera.

—Menuda tragedia.

—Sí que lo es. Estoy buscando la mejor forma de poner fin a mi vida. Pero es complicado, incluso estando borracho.

—No vas a tener que esforzarte, porque tú también estás enfermo de cólera y, posiblemente no lo superarás.

—Me gustaría morir en este instante.

—Yo puedo ayudarte en ello.

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás ebrio ahora?

—Bueno, me he bebido casi toda la botella de whisky.

—Voy a decirte algo que puede que te asuste.

—¿Crees que a estas alturas voy a asustarme de cualquier cosa que me digas?

—Está bien. Soy un vampiro.

—Un vampiro. ¿Qué cojones es un vampiro?

—Los vampiros somos seres que nos alimentamos de sangre humana. Llevo días sin comer y tengo hambre.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? Ah, claro. Te alimentas de humanos, y supongo que quieres que yo sea tu comida. ¿Vas a matarme?

—Has dicho que estabas buscando la mejor manera de poner fin a tu vida. Yo puedo ayudarte en eso, y tú me harías un favor a mí. Aunque no tengo que matarte, puedo simplemente beber un poco de tu sangre y no te sucederá nada.

—Si me mataras me harías un favor.

—No tengo problema en hacerlo.

—¿Cómo lo harías?

—Te morderé y me beberé tu sangre, gran cantidad de tu sangre, en realidad, toda.

—¿Qué sucederá luego?

—Quedarás inconsciente.

—¿No me matarás?

—Aparentemente estarás muerto, pero no lo estarás. Te despertarás, únicamente, si bebes sangre humana.

—Si estoy inconsciente no podré beber sangre.

—Si quieres seguir viviendo, yo me encargaré de eso. Y entonces serías un vampiro, como yo.

—No quiero ser un vampiro.

—Yo tampoco quería, aunque a mí no me dieron opción. Pero te aseguro que tiene muchas ventajas. Serás inmortal, no envejecerás, no enfermarás, y tendrás poderes para hacer cosas que ni siquiera podrías imaginar, como por ejemplo, curar enfermedades.

—¿Y si no bebo sangre?

—Entonces, no te despertarás.

—Eso sería como estar prácticamente muerto.

—Sí.

—De acuerdo, lo haremos, pero con una condición.

—Te escucho.

—Cuando te bebas mi sangre y me quede inconsciente, quiero que me entierres en este mismo lugar. No quiero volver a despertarme.

—Está bien. Después de morderte, esconderé tu cuerpo y bajaré a la ciudad a conseguir una pala. Y luego te enterraré.

—Dame tu palabra. Aunque no te conozco, y puede que tu palabra no sirva para nada.

—Yo siempre cumplo mi palabra.

—Bien.

—Aunque, tal vez debería informarte antes de algunas cosas… por si en algún momento sucede algo y despiertas.

—Has dicho que no podría despertar si no bebo sangre.

—Es cierto. De todas formas, aunque despertaras, tú mismo irás descubriendo lo que eres capaz de hacer.

—No voy a despertar.

—Y eso es lo que sucedió.

—¿Y cómo despertaste? ¿Ese vampiro pasó por allí dos siglos después?

—No. Tu hija fue quien hizo que volviera a la vida.

—¿Mi hija? ¿Cómo?

Entonces Alexander le contó lo que había sucedido en el bosque, cuando aquel hombre la atacó y su sangre penetró en la tierra.

—Y la sangre llegó a tus labios.

—Sí.

—¡Santa madre de Dios! A veces el destino obra de formas muy misteriosas y complicadas. Porque, no irás a decirme que eso fue simple casualidad.

—No sé lo que fue.

—Cuando me contasteis lo del ataque de aquel hombre, ¿me dijisteis la verdad?

—No toda. Digamos que, si yo no hubiera aparecido, tu hija habría muerto. La apuñalaron varias veces y tenía muchos órganos afectados.

—¡Oh, Dios mío! Cuéntame realmente lo que sucedió.

—Erin estaba inconsciente y tuve que darle un poco de mi sangre para que despertara, porque tenía que saber dónde vivía para llevarla a casa, y también para que no sintiera tanto dolor porque, además de lo que te he mencionado, tenía muchos huesos rotos.

—¿Le diste a beber tu sangre? ¿El vampiro que te convirtió te dijo que tu sangre la ayudaría a sentirse mejor?

—Me dijo que podía curar a las personas. Aunque cuando vi lo malherida que estaba, supe lo que tenía que hacer, sin que nadie me lo dijera. Entonces la llevé a casa.

—¿Por qué no la llevaste a un hospital si estaba tan mal?

—No podía llevarla, porque no quería que nadie me viera. Como comprenderás, yo no estaba muy presentable que digamos, después de permanecer bajo tierra casi dos siglos.

—Claro, no había caído en eso.

—Cuando llegamos a su casa, le dije que llamara a alguien para que la llevara al hospital, porque si no la atendían moriría, pero me dijo que no lo haría porque no quería asustarte a ti o a tus hijos.

—Siempre pensando antes en los demás.

—Sí. Yo sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida, porque había perdido mucha sangre.

Alexander le habló de la pócima que Erin creía que le había dado, sin saber que era su sangre. Y le contó lo que sucedió después.

—Entonces, le diste a beber tu sangre y se quedó dormida.

—Sí.

—Y tú estuviste a su lado, sin moverte, durante varias horas.

—Once horas y treinta y ocho minutos.

—Vaya, menuda precisión. Sigue contándome lo que sucedió a continuación.

—Cuando Erin se despertó, recordó algunas cosas de lo que había sucedido la noche anterior y todo lo que había visto, seguramente por haber bebido mi sangre. Y entonces tuve que decirle la verdad respecto a todo.

—¿Y te ofreció quedarte a vivir con ella?

—Sí. Dijo que me ayudaría a integrarme en este mundo, que era tan desconocido para mí. Lo cierto es que sin ella me habría costado mucho adaptarme.

—¿Y no tuvo miedo de que vivieras en su casa, a pesar de haberle dicho que eras un vampiro?

—En eso ha salido a ti.

—Nunca podré agradecerte lo que hiciste por ella. Gracias por salvarle la vida.

—No tienes que darme las gracias, lo hice encantado. ¿Vas a guardar mi secreto?

—Por supuesto. ¿Sabes si los vampiros sois como los de las películas?

—¿A qué te refieres?

—Ya me has dicho que sois inmortales, que no envejecéis, que os alimentáis de sangre, que no enfermáis… Supongo que tendrás más poderes.

—Sí, algunos.

—¿Como cuáles?

—No dormimos, leemos muy rápido, podemos saber lo que piensan las personas que están a nuestro alrededor, aprendemos las cosas a una velocidad increíble, no nos cansamos, no sentimos frío, podemos abrir puertas sin utilizar la llave…, cosas así.

—Cosas como esas, completamente insignificantes, claro —dijo Elissa con sarcasmo.

Alexander le sonrió

—Cada día descubro algún poder nuevo.

—Dios mío, es fantástico. Estoy preguntándome, qué sucederá en el futuro.

—¿A qué te refieres?

—Si no vas a envejecer, la gente se preguntará qué sucede.

—Tienes razón. Me temo que con el tiempo tendré que cambiar de lugar.

—¿Qué pasará con mi hija?

—Si quiere compartir su vida conmigo, supongo que la convertiré en vampiro. Pero para eso falta mucho. Lo solucionaremos cuando llegue el momento. De todas formas, ella será quien elija lo que quiere hacer.

—Tienes razón, no vamos a preocuparnos por algo de tan poca importancia.

—No conocía ese lado tuyo sarcástico —dijo él sonriendo.

—Yo tampoco. ¿Qué sucedió con todas las propiedades que has mencionado que tenías hace dos siglos?

—Las perdí. Desaparecí de la noche a la mañana y me darían por muerto.

—Hace dos siglos no existía el dinero que tenemos ahora.

—No.

—Pero me has dicho muchas veces que no tienes problemas de dinero.

—Y es cierto.

—¿De dónde has sacado el dinero?

—Ese tema lo voy a dejar para que te lo cuente tu hija.

—¿Por qué?

—Porque fue idea suya obrar de esa forma.

—De acuerdo. Otra pregunta. ¿Necesitas comer o beber algo que no sea sangre?

—No.

—En ese caso, no hace falta que sigas bebiéndote el té.

—No me importa hacerlo, ya me he acostumbrado a comer y a beber.

—Puedes comer o beber cuando haya alguien delante, que no sepa lo que eres, pero no hace falta que lo hagas cuando estamos solos.

—De acuerdo.

Capítulo 27

Alexander aparcó el coche a dos calles de la casa de Erin y fue caminando hacia el edificio mientras pensaba. Había esperado tres días, pero ya no lo soportaba más. Necesitaba decirle que estaba enamorado de ella.

Desde que había descubierto que la quería, ese pensamiento se había quedado estancado en lo más profundo de su mente. Saber que estaba enamorado, puso en orden el caos de pensamientos, sensaciones y sentimientos que revoloteaban en su cabeza desde hacía mucho tiempo. Erin era la mujer por la que merecía la pena dejar atrás su vida anterior, y con ella encontrar el equilibrio que no sabía que necesitaba.

Alexander subió las tres plantas y llamó a la puerta.

Erin abrió y su rostro se iluminó. Su corazón se saltó un latido al verlo. Alexander estaba allí de pie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de su traje italiano. La corbata la tenía aflojada y los dos primeros botones de la camisa desabrochados. La miraba con los ojos encendidos y el rostro serio. Se quedó mirándolo en silencio, pensando que parecía un dios bajado del cielo, o más bien, subido del infierno.

Todos los pensamientos que le rondaban por la cabeza desde hacía días se esfumaron al contemplar a ese hombre, que era el hombre más impresionante que había visto en su vida.

Alexander la miró a los ojos, que le brillaban, con ese brillo que tenía el mar cuando el sol caía sobre él en las primeras horas del día.

El rostro del vampiro mostraba un aire de niño bueno, pero ella sabía que era un hombre peligroso.

—¿Qué haces aquí? No recuerdo que hubiéramos quedado.

Erin se fijó en él más detenidamente. Vio cómo se pasaba una mano por el pelo y soltaba una palabrota, señal de que algo no andaba bien, porque el vampiro no solía decir palabrotas.

Ella le dedicó una sonrisa de suficiencia, mostrándose toda digna. Parecía que estuviera descolocado y sin saber qué hacer, y eso le gustó. Estaba cansada de que siempre lo tuviera todo bajo control. Tenía frente a ella al ángel del infierno, y parecía... preocupado.

—¿Estás nervioso?

—Sí, mucho.

—Pensé que los vampiros no os alterabais por nada —dijo ella en voz baja.

Erin se hizo a un lado para que entrara y cerró la puerta tras él.

—Eso pensaba yo también. Estás preciosa.

Ella se miró y luego lo miró a él, un poco reticente, porque llevaba un pantalón desgastado de un chándal y una camiseta vieja.

—Mi abuela siempre decía, que cuando una conversación empieza con un halago, termina con una lágrima.

—Espero que en esta ocasión tu abuela no tenga razón. ¿Puedo abrazarte?

—Claro —contestó ella confusa.

Alexander la envolvió en sus fuertes brazos y la estrechó contra él para sentir el cuerpo de ella pegado al suyo.

Ese hombre era una roca, pensó Erin. Una roca muy grande y cálida. Quería abrazarlo mucho más fuerte. Y deseaba que estuvieran desnudos para sentir el tacto de su piel sobre la de ella. Erin inspiró profundamente con los ojos cerrados. Estar entre sus brazos era como estar en

casa.

—¿Qué sucede? —preguntó, cuando Alexander se separó un poco.

Alexander estuvo unos segundos mirándola, sin decir nada, hasta el punto de ponerla nerviosa.

—He descubierto algo de los vampiros. Algo que me preguntaste hace algún tiempo. En aquel momento te contesté, pero no estaba completamente seguro de que mi contestación fuera la acertada.

—¿Y qué es lo que has descubierto?

—Que los vampiros también se enamoran.

—Me parece bien. ¿Por qué no nos sentamos? —preguntó ella, porque empezaron a temblarle las piernas.

Erin no sabía si él se refería a que se había enamorado de ella o de otra mujer. Pero por lo preocupado que parecía, suponía que había ido para cortar la relación sexual que mantenían.

—Estoy demasiado nervioso para sentarme.

—De acuerdo. Entonces, ¿quieres que hablemos aquí, junto a la puerta? Porque, me da la impresión de que tienes algo más que decir.

—Tengo mucho más que decir. ¿Podríamos ir a la cocina?, creo que es el sitio de la casa en el que me encuentro más cómodo.

—Pensaba que en la cama también te sentías bien. Al menos, me lo pareció mientras hacíamos el amor.

—Cuando hacemos el amor no estoy nervioso.

—De acuerdo. Vayamos a la cocina.

Alexander caminó hacia la cocina y ella lo miró. Ese hombre caminaba con paso seguro y con la determinación de alguien que nunca dudaba, que nunca se sentía confundido ni desconcertado y que siempre lo tenía todo bajo control. Era una delicia verlo caminar. Pero en esa ocasión, a pesar de que su porte era el mismo que de costumbre, había algo inquietante.

Erin se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa. Puede que él no necesitara sentarse, pero ella sí.

Alexander cambió de opinión y se sentó frente a ella. Permaneció en silencio observándola. Ella tampoco dijo nada, pero no apartó la mirada de la de él.

—Me equivoqué —dijo por fin el vampiro .

—¿En qué te equivocaste?

—Te dije que nunca podría enamorarme, porque era lo que pensaba en aquel momento, pero estaba equivocado. Eso era lo que yo quería creer. Pensé que debía guardar la memoria de mi esposa y serle fiel. Me ha costado asimilarlo, pero ella está muerta y nada la va a devolver a la vida. Aunque siempre la recordaré.

—Es lo normal. Yo tampoco me olvido de mi padre.

—Siento muchísimo todo lo que te dije aquel día.

—Alexander, eso ya es agua pasada. Yo lo olvidé hace tiempo.

—Yo no lo he podido olvidar. No puedo perdonarme haberte hecho daño. Y sé que te hice mucho daño.

—Estás exagerando, tampoco fue para tanto —dijo ella, deseando que terminara de hablar de una vez—. Alexander, si estás dando tantos rodeos para decirme algo, es mejor que vayas directo al grano. Si quieres que nuestra relación termine, dilo sin más. Tú y yo somos amigos y tenemos confianza. Aunque nuestra relación sexual acabe, seguiremos siendo amigos. Y eso no cambiará nunca, al menos por mi parte.

Alexander todavía se intranquilizó más. Pensó que tal vez Elissa se hubiera equivocado, al decirle que su hija seguía enamorada de él. Pero se armó de valor y continuó.

—Desde aquel día, cuando me dijiste que tenía que marcharme de tu casa, no he podido apartarte de mi mente ni un solo instante.

—Sé que no te gustó que te lo pidiera. Y no hace falta que seamos sutiles, lo cierto es que te eché a la calle.

—Sí, fuiste muy dura.

—Tú también lo fuiste conmigo.

—Lo sé. Y he estado pensando… —dijo él de forma muy indecisa.

—Alexander, suéltalo de una vez.

—De acuerdo.

Erin tenía las manos juntas sobre la mesa. Alexander las miró y acercó las suyas para unirlas con las de Erin.

—Te tiemblan las manos. ¿Por qué estás nerviosa?

—Porque quiero que termines con esta conversación —dijo intentando soltar sus manos, pero él no se lo permitió y las sujetó más fuerte.

—Muy bien —dijo él.

Alexander aún permaneció unos segundos más en silencio, como si tuviera que pensar lo que iba a decir. Luego habló.

—No puedo expresar con palabras el afecto que siento por ti. Mis sentimientos por ti traspasan la racionalidad y todas las expectativas. Cada argumento lógico o consideración, palidecen al compararlas con la afinidad que tengo contigo. No puedo negar la verdad de mis emociones y te suplico, con toda mi alma, que aceptes el amor que te ofrezco y consientas en ser mía. Te quiero tan profunda e intensamente, que ruego para que encuentres en tu corazón la manera de que me quieras también.

Erin se quedó mirándolo embobada. No estaba segura de haber escuchado bien. Ni siquiera estaba segura de si había comprendido todo lo que él le había dicho. ¿Alexander la quería?, se preguntó. Por supuesto que la quería, se dijo. Él nunca mentía, y mucho menos con algo así.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas, pero no fue capaz de hablar. Alexander levantó las manos para secarle las lágrimas con los dedos.

—¿No vas a decir nada? —preguntó él nervioso.

—Me has dejado alucinada. ¿De dónde has sacado ese discurso?

—¿De dónde? Es lo que se le solía decir en mi tiempo a la mujer a quien querías.

—Hacía mucho que no te escuchaba hablar de esa forma. Me ha sorprendido muchísimo.

—He estado practicando últimamente para decir lo que quería. Me sentía extraño empleando las palabras de este tiempo. Me parecían poco serias. Siento haberte decepcionado.

—No me has decepcionado en absoluto —dijo ella sonriendo y entrelazando los dedos de las manos con los de él—. ¿Estás seguro de que me quieres?

—Estoy locamente enamorado de ti.

Erin le dedicó una sonrisa gloriosa, que iluminó su rostro.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la capacidad que tienes para hacer que me hiervan las entrañas. Supe que te quería, cuando me di cuenta de que sin ti me faltaba el aire para respirar y no tenía ganas de vivir. ¿Te he dicho alguna vez que no puedo vivir sin ti?

Erin negó con la cabeza, porque tenía un nudo en la garganta que no la dejaba hablar.

—Pero creo que supe que te quería cuando pronunciaste mi nombre por primera vez. Sentí

algo extraño en mi interior, algo que no había sentido jamás.

—Pero, si no me equivoco, eso fue el primer día que nos conocimos.

Él acercó las manos de ella a sus labios y las besó. Luego le dijo en un murmullo.

—Lo sé.

Erin pensó de pronto que ese hombre era… intenso. Sí, esa era una buena palabra para definirlo.

—Y, por si el amor que siento por ti no fuera suficiente, eres la amante más formidable y sublime que he tenido nunca. Eres sexy, receptiva y letal. Eres divertida, amable, cariñosa y dulce. Eres la mujer que todo hombre desearía para compartir su vida. Y es lo que te propongo. Erin, tú eres todo lo que necesito para ser feliz.

Alexander estuvo mirándola fijamente durante unos segundos, esperando que dijera algo, pero ella seguía en silencio.

—¿No vas a decir nada? Sé que no sientes nada por mí, pero esperaba…

—Te engañé.

—¿Qué?

—No te dije la verdad.

—¿Sobre qué?

—Cuando fui a verte a tu despacho, te dije que me había dado cuenta de que no estaba enamorada de ti, que solo sentía atracción. Bueno, en lo de la atracción no mentí, porque siempre me he sentido atraída por ti y tú lo sabías, porque podías leerme la mente. Pero seguía enamorada de ti, no había podido apartarte de mi mente ni un segundo desde que te marchaste de casa. Te echaba muchísimo de menos y necesitaba verte. Hablé de nosotros con Jenny, durante mucho tiempo. Le dije lo que sentía por ti. Fue ella quien me aconsejó que te hiciera la proposición que te hice.

—Tendré que agradecérselo a Jenny. Entonces, ¿sigues enamorada de mí?

—Nunca he dejado de quererte. Te quiero más que a nadie en este mundo.

—Ven aquí —dijo él corriendo la silla hacia atrás. Erin se levantó y se sentó en sus muslos.

—Desde que empezamos esta relación sexual, he estado preocupada por si un día me decías que querías que terminara. De hecho, es lo que he pensado cuando te he visto en la puerta, preocupado y nervioso, por lo que tenías que decirme.

—Acepté la descabellada relación que me propusiste, porque necesitaba verte y pasar tiempo contigo. Y no me arrepiento en absoluto, porque hacer el amor contigo es algo glorioso.

—Gracias. ¿No vas a besarme para cerrar el trato?

—No recuerdo haberte ofrecido ningún trato.

—Me refiero a que los dos estemos enamorados.

—En ese caso, sí voy a besarte.

Y la besó. Y Erin le devolvió el beso con la misma pasión.

—Tenemos algunas cosas de las que hablar —dijo Alexander cuando dio por terminado el beso—. Vamos al salón, estaremos más cómodos.

Poco después estaban sentados en el sofá.

—¿De qué tenemos que hablar?

—Soy un vampiro.

—No me digas —dijo ella de forma sarcástica.

—Quiero decir que, nuestra relación no va a ser la tradicional.

—No me gustan las cosas fáciles.

—Me refiero a que yo no moriré y tampoco envejeceré. Pero tú sí.

—¿Cómo lo sabes? Tengo algunos poderes.

—Lo sé, pero estoy seguro de que no eres inmortal.

—Se me curan las heridas.

—Sí, es cierto. Pero tienes que comprender que, con toda seguridad, yo no envejeceré y, posiblemente, tú sí —volvió a repetir él suponiéndolo, pero sin asegurarlo—. No es que me preocupe que envejezcas porque, aunque lo hicieras, no me separaría de ti. Pero hay que pensar en la gente que nos rodea. No vamos a poder llevar una vida como cualquier otra pareja.

—Lo sé.

—Podremos hacerlo durante algunos años, pero luego tendremos que mudarnos a otra ciudad, y comenzar una nueva vida, desde cero.

—Tienes razón, no sería normal que no envejeciéramos. No había pensado en ello.

—No hables en plural, porque aún no sabemos si tú eres como un vampiro.

—De todas formas, en unos años tendrás que convertirme.

—Ahí es donde quería llegar.

—Estoy de acuerdo en ser como tú. Alexander, ahora ya no podría concebir la vida sin ti.

—Cada cierto tiempo, tendremos que cambiar de trabajo, y volver a hacer nuevos amigos. Y también conseguir nueva documentación.

—En cuanto a la documentación, si la ha podido hacer Sam, también podrás hacerla tú.

—Sí, es posible.

—Lo mejor sería montar un negocio, así no tendríamos compañeros.

—Ya lo pensaremos con el tiempo. Dime qué es lo que quieres hacer a partir de ahora.

—Ante todo, lo que más me gustaría es vivir contigo.

—¿Tienes inconveniente en que tu madre viva con nosotros, hasta que tengamos una casa?

—No. Aunque tendremos que fingir que dormimos

—No tendremos que fingir nada, porque sabe que soy un vampiro. Y también sabe que tú estás al corriente.

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Se lo has contado?

—Ya te dije que sospechaba algo. Tuve que darle las gracias por lo que había hecho en el cementerio en la tumba de mi familia. Y se lo conté todo. Absolutamente todo.

—¿Cómo se lo tomó?

—Exactamente como tú.

—Mi madre es genial.

—Sí que lo es. Un día deberíamos ir a hablar con ella. Tiene que saber por ti, lo que piensas al respecto.

—La llamaré par cenar con ella un día de esta semana.

—Estupendo. Espera aquí un momento, tengo que bajar al coche a buscar algo.

—De acuerdo.

Alexander abandonó el apartamento, pero volvió a entrar unos minutos después.

—¿Qué tenías que coger del coche?

—Algo importante.

—¿Y por qué no lo has traído contigo al llegar?

—Porque no estaba seguro si me haría falta.

Alexander puso una rodilla en el suelo y abrió la cajita de la joyería. Había un precioso anillo con un diamante.

—¿Quieres casarte conmigo?

Erin miró el anillo y luego levantó la vista hacia él. Entonces se echó a sus brazos.

—¡Sí, sí, sí y mil veces sí! Te quiero.

Alexander le puso el anillo en el dedo anular, se levantó y luego le dio un beso de infarto.

—Mi madre se va a volver loca. Le va a encantar que estemos juntos. Me gusta muchísimo el anillo.

—Me alegro. Aunque, que tengas un anillo de compromiso, no significa que tengamos que casarnos, literalmente. Para mí es suficiente con que vivamos juntos.

—Pero yo quiero casarme. No quiero decir por la iglesia, porque a mí no me va eso de ir vestida de princesa por un día. Pero me gustaría hacerlo por lo civil.

—¿Tu madre estará contenta con ello?

—Mi madre no va a inmiscuirse con lo que nosotros decidamos, ella lo único que quiere es que seamos felices.

—De acuerdo, entonces nos casaremos.

—Cuando se lo digamos va a ser la mujer más feliz de Escocia.

—¿Cuándo quieres mudarte a casa?

—En unos días. Hablaré con el casero para decirle que me marcho. Quiero aprovechar la mudanza para revisar todas mis cosas. Tengo ropa y zapatos que no me pongo desde hace mucho tiempo y, estoy completamente segura de que no me los volveré a poner en la vida. Así que los llevaré a una charity. Pero, supongo que cada día vendrás después del trabajo y te quedarás conmigo hasta el día siguiente.

—Por supuesto que vendré. Desde ahora nada va a separarnos.

—No entiendo por qué mi madre ha querido celebrar hoy mi cumpleaños —dijo Erin cuando salió de la ducha delante de él—. Es jueves, por Dios. ¿Por qué no ha esperado hasta el fin de semana? De todas formas, mi cumpleaños es el sábado.

—Puede que quiera que hablemos con ella, la llamaste para decirle que lo haríamos. Hace cinco días que sabe que soy un vampiro, y no se puede decir de tu madre, que sea precisamente una persona paciente —dijo él sonriendo.

Alexander le quitó la toalla y la secó bien. Le lamió los pezones y ella se tensó.

—Acabamos de hacer el amor en la ducha.

—Siempre tengo ganas de ti. Y hueles tan bien… —dijo aspirando su olor en el cuello.

—Tienes razón en cuanto a que mi madre no es paciente. Además, no le hemos dicho aún que estamos comprometidos.

—Dijiste que querías esperar a tu cumpleaños para decírselo, cuando estuvieran también tus hermanos.

—Porque pensé que así no tendría que repetirlo varias veces. Alexander, si no paras vamos a llegar tarde.

—Tienes razón. ¿Qué te vas a poner?

—Algo que no desentone contigo. Has traído un traje y supongo que es para ponértelo esta noche.

—Vamos a celebrar tu cumpleaños y me parece algo muy especial. Quiero ir bien vestido.

—Tú vas bien con cualquier cosa que te pongas.

—Gracias, cielo. Aunque ya te adelanto, que no me voy a poner corbata.

—Me gustas sin corbata, y con unos cuantos botones de la camisa desabrochados —dijo ella sonriéndole de forma traviesa.

—Eres una descarada.

—No me importa ser descarada contigo. ¿Me vas a dar tu regalo hoy o el sábado?

—Hoy te daré el regalo de cumpleaños que te he comprado. El otro lo reservaré para

mañana.

—Pero mi cumpleaños es el sábado.

—Pues te lo daré el viernes.

—¿No vas a decirme qué es?

—Por supuesto que no.

—Me intriga ese nuevo poder que tienes, y que has descubierto recientemente.

—Pues deberás seguir intrigada un poco más.

—¿Puedo convencerte de alguna forma? —dijo ella acercándose a él y cogiéndole la polla, que ya estaba dura, por encima de la toalla.

—No me importa que lo intentes, pero no lo vas a conseguir —añadió él besándola en la frente.

—Pues, ¿sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que aunque no lo consiga, voy a intentarlo —dijo desanudándole la toalla que llevaba en las caderas y cogiéndole el miembro—. Quiero follar, ahora.

—Al decirte que eres una descarada me quedo corto. ¿Deseas alguna posición en especial?

—Sorpréndeme.

—Será mejor que te des prisa o llegaremos tarde —dijo Alexander, cuando salió de su interior y se sacó el condón.

—¿Y quién tiene la culpa? Tú has empezado.

—No me arrepiento.

—Yo tampoco. No tardaré —dijo ella, entrando en el baño para ponerse crema en la cara y máscara de pestañas.

Cuando volvió al dormitorio diez minutos después se encontró a Alexander completamente vestido y metiéndose en la chaqueta la cartera y el móvil. Llevaba un traje gris de verano con una camisa blanca con los tres primeros botones abiertos.

—Desde luego, eres un monumento de hombre. Cualquier mujer babearía al verte.

—Con que lo hagas tú es suficiente —añadió él, mirando su cuerpo desnudo—. Eres preciosa.

—Gracias.

—¿Esa es la ropa que vas a ponerte? —preguntó él mirando el vestido rojo que había sobre la cama.

—Sí —dijo mientras se ponía las bragas de encaje, también rojas.

—No te lo había visto.

—Aún no me lo había puesto. Lo compré el otro día cuando salí con Jenny —añadió poniéndose el sujetador a juego con las bragas—. La ropa interior también es nueva. ¿Te gusta?

—Te sienta realmente bien —dijo él escaneándola de la cabeza a los pies—. Me va a gustar sacártela esta noche.

—Estoy deseando que lo hagas —dijo metiéndose el vestido por los pies y dándose la vuelta para que le subiera la cremallera. Luego se volvió para que la viera.

—Estás espectacular.

—Muchas gracias. Me pinto los labios y nos vamos.

Poco después Erin salió del baño y Alexander la miró de arriba abajo.

—Si no fuera porque tenemos prisa, te follaría de nuevo.

—Disponemos de toda la noche para ello.

—Tienes razón. Vámonos.

Alexander abrió la puerta de su casa y la dejó entrar delante.

—Mamá, ya estamos aquí —dijo Erin elevando un poco la voz.

Elissa salió de la cocina para ir a saludarlos. Erin la abrazó y Alexander la besó en la mejilla.

—¿Han llegado tus hijos?

—Sí, están en el salón.

—En ese caso, acompáñanos al salón. Tenemos que deciros algo importante —dijo Erin a su madre.

Elissa miró a Alexander, preguntándose qué tendrían que decirles, y él se limitó a guiñarle un ojo. Eso la tranquilizó. Alexander saludó a sus futuros cuñados cuando entraron en el salón. Ellos dos se levantaron para darle la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dave, el hermano mayor, al ver a su madre quieta mirando a la pareja.

—Parece ser que tienen algo que decirnos —dijo Elissa.

—Alexander me ha pedido que me case con él —dijo ella, mostrándoles el impresionante anillo de compromiso.

—¡Oh, Dios mío! ¡No me lo puedo creer! ¡Te vas a casar! —dijo Elissa.

—Eso parece.

—Déjame ver el anillo.

Erin se lo enseñó.

—¡Santa madre de Dios! Es una maravilla. Felicidades, cariño —dijo la madre abrazándola.

—Gracias, mamá.

Elissa felicitó luego a Alexander, dándole un fuerte abrazo, que él correspondió de igual forma. Los dos hermanos felicitaron a Alexander y lo abrazaron.

—Enséñame ese anillo, pequeñaja —dijo Andrew.

Cuando lo vio silbó.

—Vaya, cuñado, ya tienen que irte bien las cosas. Es muy bonito. Felicidades —dijo abrazando a su hermana fuertemente.

—Gracias.

Luego la abrazó su hermano mayor y la felicitó.

—Es un anillo precioso.

—Sí que lo es. Me encanta.

—Ni siquiera sabíamos que estabais saliendo juntos.

—Estamos saliendo desde hace varias semanas. Pero no olvides que estuvimos viviendo juntos dos meses. Y, aunque no lo sabíamos, ya estábamos enamorados —dijo Erin.

—No es mucho tiempo.

—No necesitamos más tiempo —añadió Alexander—. Quiero a tu hermana y ella me quiere a mí. Nos compenetramos y nos sentimos muy bien juntos.

—Me alegro por los dos.

—Gracias.

—Vamos a la cocina, la cena está lista —dijo Elissa—. Hablaremos mientras comemos.

Poco después estaban sentados a la mesa.

—¿Sabéis ya para cuando queréis casaros? —preguntó la madre.

—No nos corre prisa —dijo Erin—. Hemos decidido que nos casaremos por el juzgado. Pediremos cita el lunes a ver las fechas que tienen disponibles.

—Haremos una celebración con la familia y los amigos, ¿verdad? —preguntó la madre.

—Por supuesto. Alexander no tiene familia, y nos gustaría que te encargases de hacer la lista de las personas que quieres que asistan. Yo te daré la de mis compañeros de trabajo y mis amigos. Y, por supuesto, nos gustaría que nos ayudaras a elegir el lugar para la celebración y todo lo que conlleva.

—Será un placer ayudaros en todo lo que necesitéis.

—Por cierto, en unos días me mudaré aquí con vosotros.

—¿Vas a venir a vivir con nosotros?

—Sí.

—Genial —dijo la madre.

Después de la cena, Elissa sacó de la nevera la tarta de cumpleaños.

—Hoy no es mi cumpleaños.

—Da lo mismo. Imaginaremos que lo es.

—Encended las velas —les dijo a sus hijos.

Después de cantarle el cumpleaños feliz, le dieron los regalos. Su hermano mayor le regaló una botella del perfume que usaba ella.

—Te habrá costado un pastón —le dijo su hermana al ver el tamaño de la botella.

—Eres mi hermana pequeña y todo es poco para ti.

—Muchas gracias —dijo ella abrazándolo.

—De nada, cariño.

El hermano pequeño le regaló un vestido veraniego.

—Vaya, es muy bonito. ¿Lo has comprado tú? Porque, que yo sepa, no te gusta ir de compras.

—Fui con la mamá. La llamé para preguntarle qué podía comprarte y me acompañó.

—De todas formas, yo también tenía que comprarte el regalo —dijo la madre.

—Me gusta mucho.

—Me alegro.

—Yo te he comprado los complementos para el vestido —dijo la madre.

Erin abrió uno de los dos paquetes, que era un bolso.

—Me encanta, mamá.

—Sabía que te gustaría. Abre el otro.

Erin lo hizo y vio unas sandalias de piel a juego con el vestido.

—Son muy bonitas —dijo abrazando a su madre—. Gracias.

—El dependiente me ha dicho que eran muy cómodas, pero si no te lo parecen cuando te las pruebes, puedes cambiarlas.

—De acuerdo.

—Ahora te toca a ti —dijo Andrew mirando a Alexander—. Supongo que le habrás comprado algo a tu prometida.

—Algo le he comprado —dijo él cogiendo el pequeño paquete que había guardado en el cajón de la mesita del rincón del sofá—. Espero que te guste. Si no es así, podemos ir a cambiarlo.

—Vale —dijo Erin.

Ella sacó de la bolsita dorada un estuche de terciopelo.

—Hombre, eso no se hace —dijo Dave a Alexander. El vampiro lo miró—. La tradición de esta familia es regalar en los cumpleaños cosas sencillas, ¿Y tú has ido a una joyería?

—No sabía esa tradición. Pero, de todas formas, tu hermana va a ser mi esposa y siempre le compraré lo que me apetezca.

—¡Oh!

Todos se volvieron a mirar a Erin.

—¡Son preciosos!

—Me alegro que te gusten.

—Abróchame la gargantilla —dijo ella dándosela y girándose para estar de espaldas a él en el sofá. Ella se volvió luego para que la vieran. Un diamante colgaba de una fina cadena de oro blanco.

—Y encima le compra un diamante —dijo Andrew sonriendo.

—Uno no, tres —le corrigió Alexander.

—Me ha comprado también los pendientes a juego —dijo Erin sonriéndole a su hermano

—Claro, como no.

—Me gusta mucho tu regalo —dijo ella acercándose a Alexander y besándolo en los labios, mientras se ponía los pendientes.

—Me alegro, cielo.

Tomaron café con la tarta y luego bebieron champán para celebrar el cumpleaños y el compromiso. Después los hermanos se marcharon.

—Supongo que querrás hablar con nosotros —preguntó Erin cuando volvió al salón con su madre, después de que recogieran lo de la tarta.

—La verdad es que sí —dijo la mujer sentándose—. Me gustaría saber algunas cosas.

—Pregunta lo que quieras —dijo Erin, sentándose también.

—Alexander me dijo que estabas al corriente de todo.

—Es cierto. Lo sé desde el principio.

—Me habló de lo que pasó en el bosque, antes de que él apareciera. Me gustaría saber qué sucedió con el hombre que te atacó.

—Será mejor que contestes tú —dijo Erin a Alexander.

—Lo maté. Estaba muy cabreado con él, por lo que le había hecho a tu hija. Era una mala persona y lo que quería era hacerla sufrir, antes de acabar con ella. Yo necesitaba comer y pensé que podría aprovecharme de él. Así que le mordí y me bebí toda su sangre.

—¿Y qué hiciste con el cuerpo?

—No podía arriesgarme a enterrarlo, porque cabía la posibilidad de que lo encontraran, y entonces descubrirían que le habían extraído toda la sangre. Lo descuarticé y eché todos los trozos al río Water Leith. Después de todos los meses que han pasado, ya no quedará nada de él. Supongo que no te gustará la idea de que haya matado a un hombre.

—Ese hombre se merecía morir, era un asesino. Y me alegro que acabaras con su vida. Alexander me dijo que te preguntara a ti sobre el dinero que tiene —le dijo a su hija—. Parece ser que tú eres la responsable de que lo consiguiera.

—Alexander no pensaba hacer nada respecto a sus propiedades, pero yo no estaba de acuerdo con él. No pensaba que fuera justo que lo hubiera perdido todo.

—Cielo, yo desaparecí. Estaba muerto.

—Pero al final resultó que no estabas muerto... del todo.

—¿Qué se te ocurrió? —le preguntó Elissa a su hija—. Porque, conociéndote, seguro que fue algo interesante.

—Antes deberíamos contarte que Alexander no tenía ni un céntimo cuando volvió a la vida.

—Eso ya me lo dijo él. Y es normal, después de que permaneciera enterrado casi dos siglos.

—Cuéntale lo del traficante de drogas —le dijo Erin al vampiro.

—¿Qué tiene que ver un traficante de drogas con la historia de tus propiedades?

—Tiene mucho que ver, porque Alexander fue a su casa una noche.

Alexander le contó lo que sucedió aquella noche.

—¿Le robaste el dinero que tenía en la caja fuerte?

—Sí.

—¿Y cuánto dinero había?

—Seiscientas cincuenta mil libras.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó la mujer.

—Pero no le robó una sola vez. Bueno, él solo sí, pero la siguiente vez le acompañé yo.

—¿Le acompañaste a robar?

—Sí —dijo Erin sin ningún remordimiento—. Y me sentí genial.

—Bueno, en realidad, ese hombre se merecía que le dieran un palo como ese, o dos. ¿Cuánto le robasteis la segunda vez?

—Tres millones trescientas veinticinco mil libras.

—¡Oh, Dios mío! ¿Le robasteis casi cuatro millones?

—Sí —dijo Erin sonriendo.

—Ahora entiendo porqué dijiste que no tenías problemas de dinero —dijo la mujer sonriendo—. Bueno, ¿y qué es lo que se te ocurrió hacer respecto a sus propiedades?

—Alexander tenía una casa, que es donde vivía con su familia. En esa casa vive ahora un familiar suyo. Una noche entramos en la casa. Sabemos que es un familiar suyo, porque tiene el mismo apellido, y también por unos documentos que encontramos allí. Además tenía otra casa, que es donde Alexander tenía el bufete. Ese familiar suyo, que vive en su casa, es notario y tiene la notaría, precisamente, en la casa donde Alexander tenía el bufete.

—Y a ti no te gustó que ese familiar suyo disfrutara de los bienes que habían pertenecido a Alexander.

—No me gustó nada. Así que fuimos por la noche a las dos propiedades y nos llevamos algunas cosas de decoración y algunos cuadros, que eran de Alexander, como el están su mujer y sus hijos.

—Es normal que os los llevarais, eran cosas suyas.

—Eso pensé yo. Todas las cosas que nos llevamos eran de Alexander. Pero además, le vaciamos las cajas fuertes, en las que había un montón de dinero.

—Cinco millones setecientas cincuenta mil.

—¡Por todos los santos!

—Con lo de las propiedades y lo del traficante nos llevamos nueve millones ochocientas cuarenta y cuatro mil libras.

—Me va a dar un infarto —dijo la mujer riéndose—. Mi hija y mi futuro yerno son unos ladrones.

—No lo hemos vuelto hacer. Pero sí tengo que decirte que robar con Alexander es excitante. Porque puede abrir las puertas, cajas fuertes y desconectar alarmas, sin el más mínimo esfuerzo. Y sabe, sin entrar en la propiedad, si hay gente en la casa —dijo Erin sonriendo.

—Eso es una gran ventaja. ¿Y dónde tenéis el dinero?

—Alquilamos una caja de seguridad en el banco.

—Con esa cantidad de dinero puedes comprarte una casa. Qué digo una casa, una mansión.

—Tienes que hablar en plural, porque la mitad de ese dinero es de tu hija. Lo hicimos entre los dos.

—De todas formas, no podemos comprar ninguna propiedad, porque es dinero negro —dijo Erin.

—Pero pronto podré comprar una casa. En el bufete me va muy bien.

—Y yo también tengo dinero ahorrado —añadió Erin.

—Ese dinero es tuyo.

—Pero viviremos los dos en la casa.

—Yo compraré esa casa para ti.

—Como quieras.

Alexander ya le había dicho a Elissa los poderes que tenía. El que más le sorprendía era el de curar a las personas. Luego le hablaron de los poderes que tenía Erin, desde que él había bebido su sangre.

—¿Has mordido a Erin?

—Sí, pero solo unas pocas veces.

—Creemos que el que yo bebiera su sangre cuando me salvó, y que el haya bebido la mía, es lo que ha hecho que yo pueda hacer algunas cosas, que no son normales. Es posible que pueda hacer más cosas que, de momento, desconozco.

—Estoy alucinada con todo lo que me habéis contado.

—Mamá, sabes que no puedes hablar de esto con nadie.

—No hace falta que me lo digas. ¿Crees que soy estúpida?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿puedes saber lo que piensa la gente? —preguntó Elissa a Alexander.

—Sí.

—Por eso me diste las gracias por lo que había hecho en la tumba de tu familia, sin que yo te dijera nada.

—Supe que llevabas mucho tiempo sospechando que había algo extraño en mí.

—Es cierto. ¿Sabe alguien más que eres un vampiro?

—No. Bueno, hay una persona que tiene algunas sospechas. Es quien me hizo el pasaporte y los papeles que necesité para buscar trabajo. Aunque, en realidad, son dos.

—¿Quiénes son esas personas?

—¿Te acuerdas de Sam, una chica que te dije que trabajaba en la biblioteca? —le preguntó su hija.

—Esa que dijiste que era muy inteligente y tenía varias carreras, y que tenía una hermana gemela.

—Sí. Entre las dos le han hecho los papeles. Estamos casi seguros de que saben que Alexander no es ...humano.

—¿Y ellas no hablarán?

—No lo creo —dijo Alexander—. Pero hay algo extraño en las dos hermanas.

—¿Qué tienen de extraño?

—Alexander no puede leerles la mente, y eso lo preocupa.

—¿Por qué no puedes leerle la mente?

—Si lo supiera no estaría preocupado —dijo el vampiro sonriéndole.

—Tienes razón. ¿Es posible que sea por la misma razón de que no puedas leer la de Erin?

—¿Te refieres a que las haya mordido algún vampiro y ellas hayan bebido su sangre?

—Si le pasó a mi hija, también le puede haber sucedido a ellas. Supongo que tú no serás el único vampiro que hay en el planeta.

—Seguro que no. Que yo sepa, al menos hay otro, que es quien me convirtió.

Capítulo 28

Alexander llegó a casa de Erin a las cuatro y cuarto de la tarde del día siguiente, que era viernes, y entró sin llamar.

—Hola, cielo —dijo acercándose a ella, que estaba en la cocina tomando un café, y besándola en la frente—. ¿Estás lista?

—¿Lista para qué? Lo único que me has dicho es que volviera a casa después del trabajo y que no me entretuviera con nada.

—Lo siento, pero quería darte una sorpresa. Vamos a pasar el fin de semana fuera. Ya tengo la reserva del hotel.

—¿Dónde vamos?

—Lo verás cuando lleguemos.

—Vale. Como solo es para el fin de semana no necesitaré llevarme mucha ropa.

—Vamos a conocer una ciudad, así que necesitarás ropa y zapatos cómodos.

—Supongo que no saldremos del país, así que necesitaré llevar algo de manga larga.

—Supones mal porque vamos a ir a otro país. La temperatura oscilará entre los veinte y los treinta grados.

—¿Crees que vale la pena ir a otro país solo para un fin de semana?

—Tendremos toda la tarde de hoy, dos días y tres noches.

—Parece que has olvidado el tiempo que emplearemos en la ida y la vuelta. Por cierto, ¿a qué hora tenemos que estar en el aeropuerto?

—No iremos en avión.

—¿Solo disponemos del fin de semana e iremos en coche? ¿Se puede saber a qué país vamos a ir?

—Enseguida lo sabrás. Será mejor que lleves solo una mochila. ¿Tienes una para prestarme?

—Sí.

—Pues hagamos el equipaje.

—¿Qué vas a llevarte tú?

—Dos vaqueros, tres camisetas, un bañador, unas chanclas, la ropa interior, calcetines y lo de aseo —dijo él mientras se iba desnudando.

—¿Tienes bañador y chanclas?

—Sí, los compré la semana pasada.

—¿Y los tienes aquí?

—Ya sabes que hace unos días traje una maleta con algunas de mis cosas —dijo él mientras se sacaba el traje.

—Vale —dijo ella sacando dos mochilas del armario.

Alexander se puso un vaquero y los deportivos. Sacó del armario lo que necesitaba para él y lo fue metiendo en la mochila. Ella empezó a sacar ropa del armario.

—¿Me llevo vaqueros o vestidos? Si hay treinta grados hará calor para llevar vaquero.

—¿No tienes algún pantalón que sea fresco?

—Sí, tengo uno que compré cuando fui de vacaciones a España con Jenny —dijo buscando entre los pantalones—. Es este. Aunque me llevaré también un vaquero, por si acaso.

—Muy bien.

—¿Me llevo camisetas de tirantes?

—Mejor de manga corta. Llévate también un pañuelo o una bufanda fina.

—Has dicho que donde vamos hará calor. ¿Para qué quiero llevarme una bufanda?

—No lo sé, nunca se sabe.

—De acuerdo.

Poco después tenían las dos mochilas preparadas. Ella se cambió de ropa rápidamente y él se puso una camiseta.

—Ya estoy lista. ¿Ahora qué?

—Ahora nos vamos. Ponte la mochila a los hombros —dijo él mientras él hacía lo mismo.

Erin lo miró extrañada por su comportamiento.

Alexander se acercó a ella. La sujetó de la nuca y la acercó a él para darte un beso, que la dejó con las rodillas temblando.

—Este será mi segundo regalo de cumpleaños.

—Dijiste que era un poder nuevo que habías descubierto.

—Sí, exacto —dijo rodeándola por la cintura—. Ahora quiero que cierres los ojos.

—¿Para qué?

—No preguntes. ¿Lo llevas todo? ¿El pasaporte?

—Sí, es lo primero que he metido en la mochila.

—Estupendo. Cierra los ojos.

Ella lo hizo.

—Ya los puedes abrir.

Erin abrió los ojos. Estaban solos en una callejuela estrecha.

—¿Pero…, qué demonios? ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo hemos salido de casa? ¿Dónde estamos?

—A ver si adivinas en qué país estamos —dijo él cogiéndola de la mano y saliendo del callejón.

—¿Me estás diciendo que estamos en otro país?

—Sí.

De pronto se encontraron en una calle ancha, con gente caminando por las aceras. Ella reconoció algunas palabras en los comercios.

—¿Estamos en Turquía?

—Tu madre me dijo que deseabas venir.

—Dios mío, a mi madre no se le escapa nada. ¡No puedo creer que esté aquí! Siempre he querido venir.

Alexander paró un taxi. Cuando subieron en el vehículo le habló al taxista en turco y le indicó el hotel al que querían ir. El hombre estuvo hablando con él, diciéndole que ese era unos de los hoteles más lujosos y caros de la ciudad. Y él le dijo que iba a pedirle a su novia que se casara con él.

—¿Hablas turco?

—Sí, lo aprendí hace unos días, cuando decidí que vendríamos aquí.

—Vaya. Me tienes muy impresionada —dijo ella sonriendo.

—Eso me gusta.

—No esperaba para nada un regalo así.

—Me alegro de que te guste.

—Aunque, en realidad, este no era mi regalo —le dijo ella en voz baja porque, seguramente, el taxista hablaría inglés.

—No. Pero tenía que mostrártelo, y qué mejor que experimentándolo.

—En llegar al hotel hablaremos de ese poder que has descubierto.

—Seguro que vamos a sacarle mucho partido.

Cuando el vehículo se detuvo frente al Four Seasons Hotel ella miró el edificio sorprendida. Era un palacio maravilloso.

Cuando subieron a la suite, Erin casi no podía respirar de la emoción. Era una suite fantástica frente al mar, con unas vistas increíbles.

—Me encanta la habitación, y el hotel, y Estambul y, sobre todo, estar aquí contigo —dijo ella abrazándolo, emocionada.

—Me alegro mucho, cielo. Con lo organizada que eres, apuesto que querrás hacer una lista con todo lo que quieres ver.

—Tengo la lista hecha desde hace muchísimo tiempo, porque siempre he querido venir a este país —dijo ella mientras se quitaba la mochila de los hombros—. De haber sabido que me traerías aquí, habría organizado todo hasta el más mínimo detalle. Pero no importa, lo haré en un momento. Si no tienes inconveniente, me gustaría hacerlo mientras comemos. Hoy no he comido nada al medio día y me muero de hambre.

—¿Quieres que nos suban algo o prefieres ir al comedor?

—Prefiero ir al comedor. No quiero perderme nada de este viaje. Y quiero verlo todo.

—Entonces bajemos a comer.

Salieron de la suite y entraron en el ascensor.

—Cuando estés organizando nuestra estancia aquí, no olvides dejar un tiempo para disfrutar de la piscina. A mí no es que me vuelva loco estar cara al sol, pero seguro que a ti te gustará.

—Desde luego que me gustará disfrutar del sol, no hay mucho en nuestro país.

—¡Oh, Dios mío! El comedor es una maravilla, ¿verdad?

—Desde luego que lo es.

Un camarero se acercó a ellos.

—Buenas tardes.

—Hola. Acabamos de llegar al hotel desde el Reino Unido y no hemos comido todavía. ¿Sería posible tomar algo? —preguntó Alexander.

—Por supuesto, señor. Aunque si quieren comer de manera más informal, pueden hacerlo junto a la piscina.

—Eso sería genial —dijo Erin.

—Cuando salgan del comedor tienen que girar a la izquierda hasta encontrarse con la salida al exterior, luego caminen hacia la derecha y encontrarán la piscina.

—Muchas gracias —dijeron los dos al mismo tiempo.

Abandonaron el ostentoso y espléndido comedor y siguieron las instrucciones hasta que llegaron a la piscina.

—Vaya, es precioso —dijo Erin mirando a un lado y otro—. Y la piscina es una maravilla.

—Allí está lo que buscamos —dijo él, señalando las mesas que había bajo un techado de cáñamo.

Se sentaron en una de las mesas y un camarero se acercó a ellos.

—Buenas tardes —les dijo en inglés.

—Hola contestaron los dos.

—¿Qué desean tomar?

—Nos gustaría comer algo —dijo Erin sonriéndole al chico.

—Enseguida les traeré la carta.

—Muchas gracias.

Poco después el camarero volvió y les dejó las cartas. Luego se retiró.

—Todas las fotos tienen una pinta increíble. Creo que cualquier cosa que pida me gustará.

—¿Llamo al camarero?

—Sí, por favor.

Alexander no tuvo que llamarlo, solo con mirarlo, el chico se acercó a la mesa.

—¿Han decidido ya?

—Sí —dijo ella—. Solo comeré yo. Voy a tomar una tostada con salmón, otra con atún y otra con lomo y pimientos.

—Muy bien. ¿Y para beber?

—Agua para los dos, por favor.

—Enseguida se lo traeré.

—Muchas gracias.

—Bien, es hora de que me digas cómo hemos llegado aquí —dijo ella cuando el camarero se retiró.

—Ni yo mismo lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—La verdad es que no.

—¿Y cómo sabías que podrías hacerlo?

—Un día, estaba en la oficina ocupándome de un caso. Estaba harto de leer. Recuerdo que deseé estar en casa, en mi habitación. Y al instante mi deseo se cumplió.

—Pero, eso es fantástico.

Dejaron de hablar un instante, porque el camarero se acercó con la botella de agua y la sirvió en las dos copas. Le dieron las gracias y volvió a retirarse.

—Es algo que nos va a venir muy bien. Imagínate todos los países que podremos visitar. Podremos viajar todos los fines de semana que tus hermanos no vayan a comer a casa. Y podemos llevar a tu madre con nosotros. Seguro que le gustará la idea.

—Apuesto a que sí. ¿Probaste a ir a algún sitio más antes de venir aquí?

—Sí, estuve en Dinamarca. Una noche me disponía a salir a comer y me dije: comeré en otro país. Por cierto, tengo que llevarte allí, porque me encantó.

—No puedo creer que esto me esté sucediendo a mí. He tenido tan mala suerte los últimos años… Y de repente te encontré. ¿Sabes que eres lo mejor que me ha pasado en la vida?

—Gracias, cielo. Yo podría decirte lo mismo.

Poco después, el camarero se acercó con el pedido. Después de dejarlo en la mesa se alejó.

—Come rápido, así nos dará tiempo a ver todo lo que deseas.

—Ahora ya no tengo mucha prisa.

—¿Y eso?

—Porque si no nos da tiempo a verlo todo, podemos volver en otra ocasión.

—Tienes razón. De todas formas, esta tarde podemos aprovecharla viendo alguna de las cosas que quieres ver. Y cenaremos por ahí.

—De acuerdo. Mañana saldremos temprano para aprovechar bien el tiempo, y por la tarde podemos pasar un rato en la piscina. Me gustaría volver a casa un poco bronceada.

—Es un buen plan.

—Además, ahorraremos un buen tiempo utilizando tus nuevo poder para desplazarnos de un lado a otro.

—Tienes razón.

Estaban de pie en la puerta del hotel. Erin comprobaba algo en el móvil. Llevaba la mochila con una botella de agua que había pedido en el restaurante y la bufanda fina que había llevado consigo desde Escocia.

—¿Has decidido dónde iremos primero?

—Tengo una lista en el móvil de las cosas que no podemos dejar de ver.

—Fantástico. Vamos a dar la vuelta al hotel para evitar que alguien nos vea desaparecer —dijo él cogiéndola de la mano.

—Vale. ¿Y cómo sabes que vamos a aparecer en un sitio en el que no haya nadie?

—Solo tengo que pensar en ello.

—Desde luego, ese poder no tiene precio.

—Y que lo digas. Dime dónde quieres ir.

—A Santa Sophia.

Nada más dar la vuelta al hotel y encontrarse solos, desaparecieron.

Un segundo después aparecieron en un parque que había frente al edificio al que querían ir. Alexander la cogió de la mano y se dirigieron a la entrada.

—Ahora entiendo porqué me dijiste en casa que trajese pantalones, camisetas de manga corta y un pañuelo —dijo ella leyendo el cartel que había junto a la puerta, que decía: *Las personas que entren en la mezquita deben llevar las rodillas y los hombros cubiertos y las mujeres, además, deben llevar el pelo cubierto con un pañuelo. Y deben descalzarse antes de pisar las alfombras de la mezquita.*

—Es un edificio fantástico.

—Y que lo digas. Entremos —dijo ella poniéndose el pañuelo en la cabeza.

Ambos se descalzaron cuando cruzaron la puerta y entraron.

—¿Sabes algo sobre la historia de este edificio? —preguntó Alexander—. La cúpula es espectacular.

—Es colosal. Los mosaicos son de la era bicentina. Fue una catedral ortodoxa y una mezquita. Ahora es un museo con mezcla de culturas cristiana e islámica.

Estuvieron un rato recorriendo la mezquita y salieron de allí encantados.

—¿Dónde vamos ahora?

—Te diría de ir al museo del palacio Topkapi, pero no hace falta que nos molestemos, porque ya está cerrado —dijo ella después de comprobarlo en el móvil.

—Lo dejaremos para mañana.

—Podemos ir al Grand Bazaar, seguro que estará abierto.

—¿Qué es el Grand Bazaar?

—Es un laberinto de calles que datan del siglo XV y que albergan unas cuatrocientas tiendas de joyería, cerámica y artículos de artesanía local.

—Parece interesante.

—Y como voy contigo, no hay peligro de que nos perdamos en el laberinto —dijo ella sonriéndole.

—Volvamos al parque en el que llegamos aquí. Desde allí iremos a ese laberinto.

—Vale.

Estuvieron recorriendo las calles y entrando en todas las tiendas que les llamaban la atención. Erin aprovechó para comprar unos regalos para su madre, sus hermanos, para Justin, su peluquero y amigo, y para Jenny.

Lo pasaron genial y les encantó el lugar. Volvieron al hotel con los regalos que habían comprado y lo que Alexander le había comprado a ella. Después de dejar todos los paquetes, se

cambiaron y bajaron a la piscina.

—Es una delicia poder estar aquí —dijo ella tumbándose en una hamaca—. Siento que no te guste mucho el sol.

—Que no me guste el sol no significa que no disfrute de estar aquí contigo.

No estuvieron mucho tiempo, porque Erin no tenía protector solar y no quería quemarse. Aunque no estaba segura de si podría quemarse, puede que no. Después de bañarse juntos un par de veces, subieron al hotel. Se ducharon y se vistieron.

Poco después estaban de nuevo en la calle. Estuvieron paseando por la ciudad hasta que Erin sintió hambre y fueron a un restaurante turco, porque ella quería probar comidas típicas de allí.

Regresaron al hotel cerca de la medianoche.

—Qué calor hace en este país —dijo Alexander, quitándose la camiseta cuando entraron en la suite.

—Si estuvieras viviendo en tu antigua vida, estoy segura de que no te quejarías del calor.

—Desde luego que no. En mi antigua vida me habría encantado venir aquí. He de reconocer que el clima de nuestro país es horroroso.

Alexander se apoyó en la repisa de la ventana y se cruzó de brazos mientras la contemplaba. Erin miró sus espectaculares bíceps y sus abdominales, que la invitaban a acariciarlos. Todo el cuerpo de ese hombre era musculoso y firme, perfilado con una precisión extrema. Y ella lo deseaba con desesperación.

—Aunque he de admitir que hace muchísimo calor, a primera hora de la tarde creía que iba a derretirme. Voy a ducharme —dijo ella empezando a desnudarse—. ¿Quieres acompañarme?

—No hay nada que desee más.

Después de algo más de media hora, que fue el tiempo que duró la ducha y la sesión de sexo, se echaron en la cama y estuvieron hablando de una cosa y otra, mientras ella le acariciaba el suave vello de sus pectorales de manera inconsciente.

—¿Cuándo terminarán la reforma de la casa de mi madre?

—El constructor me dijo que le llevaría entre tres y cuatro meses. Si no me engañó, la terminará en agosto.

—¿Qué pasará si tarda más? ¿Te alquilarán la casa por más tiempo?

—No habrá problema. Alquilé la casa por seis meses.

—Estupendo.

—¿Cuándo te mudarás a casa?

—Supongo que esta semana. No tengo muchas cosas que llevar, solo la ropa, algunas cosas de decoración y los libros. Bueno, también la cama que compramos para ti, el mueble de cajones y la cortina, que es de mi madre.

—Todo eso podemos hacerlo en unas horas.

—Lo sé. Tendremos que ir a coger una de las furgonetas de la empresa de mi familia.

—Quiero que te mudes cuanto antes.

—Me mudaré el primer día que llegues pronto del trabajo.

—En ese caso, será el lunes, ya haré lo necesario para terminar temprano.

—Muy bien. Es una lástima que no podamos utilizar el dinero que tenemos en el banco para comprar una casa. Podrías buscar la forma de arreglarlo. Yo tengo ahorradas más de doscientas mil libras.

—Es una buena cantidad. Yo también tengo bastante dinero ahorrado. Y cuando acabe con el caso que tengo entre manos, me pagarán una buena comisión. Me gustaría ser yo quien

compre la casa.

—Alexander, estamos en el siglo XXI. La casa que compremos será de los dos. ¿O pretendes comprarla tú solo, por si te cansas de vivir conmigo?

—No digas tonterías. Tú y yo siempre estaremos juntos.

—Es lo que pienso yo también. Estoy segura de que con el dinero que tengo yo y lo que tengas tú, podemos dar la entrada para una buena casa y pedir una hipoteca por el resto del dinero que nos falte.

—Necesitaremos un avalista.

—Mi madre estará encantada de ser nuestro aval.

—Entonces, ¿quieres que vayamos buscando casa?

—Me gustaría.

—¿Sigues queriendo que esté en el bosque de Kirkton, el pueblo donde vive Sam?

—Me encantaría vivir allí, pero si tú prefieres que vivamos en la ciudad…

—A mí también me gustaría vivir allí —dijo él interrumpiéndola—, y está muy cerca de Edimburgo.

—Yo puedo ir a algunas inmobiliaria por las tardes para que vayan buscando. Y podemos ver las casas que estén disponibles los fines de semana.

—Estupendo. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta?

—¿Ahora? Son casi las dos de la madrugada.

—Estaremos solos y podremos movernos por todas partes sin interrupciones. Si quieres, podremos examinar el interior de los monumentos.

—Me has convencido. Aunque será peligroso.

—Yo me encargaré del peligro, si se presenta.

—Vale.

Alexander y Erin se sentaron a desayunar en la terraza de una cafetería a las siete de la mañana. Pidieron que les llevaran dos cafés con leche y unos pasteles típicos del país.

Habían estado toda la noche vagabundeando por la ciudad, y viendo el interior de los monumentos. A ella le había encantado, porque pudo hacer fotos, cosa que estaba prohibida, y pudo estudiar a fondo todo lo que le interesaba.

Habían tenido un percance cuando paseaban por unas estrechas callejuelas, al presentarse cuatro hombres frente a ellos, con no muy buenas intenciones. Alexander se deshizo de tres y del último se encargó Erin, que había puesto en práctica sus dotes en el krav maga. Además de la fuerza increíble, que sabía que tenía, comprobó que tenía unos reflejos asombrosos.

—Formamos un buen equipo de ataque y defensa —dijo ella sonriendo mientras desayunaban, al recordar a los cuatro hombres inconscientes en el suelo.

—Sí, es cierto. Aunque no tenías que haber luchado con uno de ellos.

—Tú estabas ocupado con los otros.

—Podía haberte herido.

—Lo pensé. Pero, estando contigo no tengo nada que temer, porque si me hiriesen, tú me curarías. Al menos sacamos algo positivo de ello, aprovechando la situación para alimentarte de uno de ellos.

—Sí, cierto.

—Y, además, no tienes que preocuparte, porque sabes que las heridas se me curan rápidamente.

—Lo sé, pero a veces pienso que ese poder que tienes, puede desaparecer en cualquier momento.

—No pienses en ello. Si mis poderes desaparecen, te tengo a ti.

—Y siempre me tendrás.

—Está siendo un viaje fantástico.

—Me alegro que lo pienses. Por cierto, hoy es tu cumpleaños —dijo cogiéndola de la nuca y acercándola a él para darle un beso de infarto, aunque rápido.

—Muchas gracias. En alguna ocasión me he parado a recapacitar sobre nuestra relación. Siempre he sabido que contigo no tendría una vida fácil. Pero no podría vivir sin ti.

—Yo tampoco. Sé que nuestra vida no va a ser como la de los demás, pero será una buena vida.

—Y muy larga —dijo ella sonriéndole.

Después de desayunar fueron al hotel a ducharse y a cambiarse de ropa y luego salieron de nuevo a recorrer la ciudad.

Vieron el Museo del Palacio Topkapi, que fue la principal residencia del los sultanes otomanos por más de cuatrocientos años.

Estuvieron en la Basílica Cistern, cuyo sótano los devolvió a la época bizantina, con su bosque de columnas de mármol y luces atmosféricas.

Vieron la Mezquita azul, famosa por sus más de veinte mil extraordinarios azulejos azules. Una obra maestra de la arquitectura del siglo XVII.

—Es impresionante ver en el horizonte la simbólica silueta de los seis minaretes —dijo él cuando abandonaron el edificio.

También vieron la Torre Galata. Del siglo XIV. Monumento que sirvió a lo largo de los años, como torre del reloj, prisión y observatorio.

Visitaron el Hipódromo, que fue el epicentro del imperio bizantino. Y que ahora transporta a los visitantes en el tiempo, para apreciar la grandeza y la antigüedad de Constantinopla. Aunque solo quedaba parte de la estructura original.

Estuvieron en la Mezquita Suleymaniye, un espléndido ejemplo de la arquitectura otomana, que encargó construir el sultán Suleyman.

También visitaron el Museo Arqueológico, el Museo de Arte Moderno y el Museo Pera.

Hicieron fotos en cada lugar que les pareció interesante, y se las enviaron a Elissa.

Estuvieron todo el día muy ocupados yendo de un lugar a otro. Pero cuando volvieron al hotel decidieron dedicar la noche a ellos.

Nada más entrar en la suite, Alexander se lanzó a su boca. Fue un beso demoledor, sin suavidad ni delicadeza. Erin pensó que era un maestro besando. Se tomaba su tiempo, recreándose en ello, como si no le importara que el beso fuera únicamente un prolegómeno de algo mucho más íntimo.

Alexander se apartó solo un poco de ella para observarla. Ese hombre también era un maestro en las artes de la sensualidad, el erotismo y la seducción, pensó Erin. Sus ojos grises la cautivaban y su profunda mirada, tan intensa y desoladora, le anunciaba claramente que esa noche, el maestro iba a impresionar a la alumna con su sabiduría. La intensidad de su mirada era casi palpable. Ella pensaba que podría atravesarla con los ojos y ver incluso su alma.

Alexander le sacó la camiseta por la cabeza. Luego le desabrochó el sujetador, dejando sus pechos desnudos. Los rodeó con sus grandes manos, rodeando suavemente los pezones con los pulgares, haciendo que se pusieran duros como piedras.

La pasión, el ansia y la excitación comenzaron a incrementarse dentro de ella. Su cuerpo reconocía a ese hombre y le respondía humedeciéndose. Se preparaba para él.

Alexander hizo que se diera la vuelta y la rodeó con sus brazos por detrás, apoyando su pecho contra la espalda desnuda de ella. La besó en el cuello, una y otra vez. Empezó a recorrer con los labios la suave y delicada piel, dejando tras su boca una hilera de besos ardientes y húmedos. A continuación la llevó hasta quedar frente a la pared, le bajó la cremallera del vaquero y metió la mano en su interior. Comenzó a acariciarla por encima de las bragas, y Erin soltó un gemido, pensando que ese hombre sabía con total exactitud dónde y cómo tenía que tocarla para que perdiera la cordura.

Estaba inmovilizada. No podía pensar con claridad. No podía hacer otra cosa, excepto centrarse en el placer tan intenso que Alexander le estaba proporcionando. Él le bajó los pantalones junto con las bragas. Ella pensó que él haría lo mismo y la follaría en ese instante. Pero se equivocó, como hacía siempre que hacían el amor. Él nunca actuaba como ella esperaba.

Alexander metió dos dedos en su interior y comenzó a moverlos, metiéndolos y sacándolos lentamente, incrementando la velocidad, mientras acariciaba el clítoris con el dedo pulgar. Siguió así hasta que el orgasmo la invadió, haciéndola estallar en mil pedazos, mientras gritaba su nombre, con la frente apoyada en la pared.

Alexander la llevó a la cama después de desnudarla. Se tomó su tiempo para acariciarla con las manos, los labios, la lengua y los dientes. Sus manos exploraron con suavidad cada centímetro de su piel. Erin se limitaba a suspirar y a gemir, cosas que a él lo excitaban más cada vez.

Cuando bajó hasta su sexo, Erin pensó que Alexander debería dejar de lado su carrera, porque era una lástima que se malgastaran sus habilidades con la boca en una sala de reuniones o en los juzgados. Recordó a sus tres ex parejas y sonrió, pensando que esos tres ineptos no tenían ni idea de nada respecto al sexo. Estaba desesperada por aliviar la tensión que sentía en su interior

Erin imaginó que ese hombre debería haber adquirido un conocimiento extraordinario del cuerpo de las mujeres, para hacer lo que le estaba haciendo. Era como si pudiera seguir leyéndole la mente y supiese qué quería ella que le hiciera en cada instante. Erin se sujetó fuertemente de la sábana y se corrió en su boca.

—Eres deliciosa, cielo.

Alexander se incorporó y se sentó sobre sus talones. Ella lo miró pensando que en ese momento y en esa postura era una imagen absolutamente sensual. Se acababa de quitar la camiseta y tenía el torso desnudo. Llevaba abiertos tres de los botones del vaquero y tenía un poco bajado el bóxer, y se podía apreciar la sedosa y fina linea de vello que se dirigía a ese apetitoso lugar. Sin lugar a dudas, ese hombre era una poderosa fuerza de la naturaleza.

Alexander se sacó el pantalón y el bóxer a la vez, cogió un condón del cajón de la mesita de noche, donde había dejado la caja que había llevado con él, y se lo puso en un suspiro. Y sin esperar más, se colocó en posición y la penetró hasta el fondo con una sola estocada, haciendo que ella soltara un grito.

Inició un baile de movimientos y embestidas, en un principio lentas, a continuación más fuertes, volviendo de nuevo a ser lentas, que la llevaban hasta lo más alto del precipicio, pero sin dejarla caer. Erin lo rodeó con las piernas para que entrará más dentro de ella.

Solo se escuchaba el sonido de sus gemidos y el de sus cuerpos entrechocando.

La embistió una última vez mientras los espasmos de ambos se entremezclaban y se dejaron llevar al mismo tiempo.

Siguieron follando toda la noche, sin descanso. Luego se echaron sobre la cama, el uno junto al otro.

Erin se puso de lado y lo contempló. Los primeros rayos del amanecer se filtraron a través de una rendija de la cortina, envolviendo a Alexander en un resplandor dorado. La suave luz hacía que resaltara el brillo de su cabello negro y la suavidad y belleza de su piel. El color de sus ojos se veía más gris, más brillante, como si fuera plata. Le acarició los labios con las yemas de los dedos. Sus labios eran carnosos, sensuales y estaban perfectamente delineados. Sonrió al pensar que con solo mirarlos se excitaba, y no podía pensar en nada, que no fuera todas las cosas que le había hecho en su cuerpo. Erin le acarició la mandíbula, disfrutando del rasposo tacto de su incipiente barba.

—Te estás tomando mucho tiempo para mirarme.

—Es que eres perfecto. No sabes cuánto te quiero.

—Sí lo sé, porque yo te quiero igual —dijo él, girándose para estar frente a ella y acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

Alexander pensó que parecía muy joven. Sus mejillas estaban ruborizadas, los labios rojos e hinchados, después de haberse besado decenas de veces, y tenía una expresión tímida en el rostro, cosa que no entendía, porque Erin podría ser muchas cosas, pero no tímida. Era una amante muy fogosa, un fenómeno de mujer.

—Hoy es nuestro último día. ¿Has planeado algo?

—Hay dos lugares más en mi lista. El parque temático y el acuario. Por la mañana podemos ir al acuario y a dar un paseo por las calles.

—Eso me gusta.

—Y podemos pasar la tarde en el parque temático hasta que decidamos volver a casa.

—Es un buen plan. Salgamos temprano para aprovechar el día.

—¿Desayunamos hoy en el hotel?

—Tú decides.

—Entonces lo haremos en el hotel. No hemos hecho ninguna comida aquí.

—El viernes comiste en la piscina.

—Me refiero al comedor del hotel. Por cierto, no hemos vuelto a ir a la piscina.

—Tenías muchas cosas que ver.

—Bueno, con el chollo que tenemos para viajar, podemos ir siempre que queramos a algún país soleado y pasar tiempo en la playa o en la piscina del hotel en el que nos hospedemos. No se puede decir que seamos pobres.

—Desde luego que no. Iremos donde tú quieras.

—¿Nos vestimos ya?

—Sí.

Ese día, Erin se puso un vestido veraniego, el único que había llevado con ella, y las converse. Cuando terminó de vestirse contempló a Alexander como lo hacía.

—Acabo de darme cuenta de algo.

—¿De qué?

—Que ver a un hombre vestirse tiene el mismo componente erótico que verlo desnudarse. Supongo que a los hombres os pasará lo mismo con nosotras.

—Yo prefiero ver cómo te desnudas, pero he de admitir que también me gusta ver cómo te arreglas.

—Hay detalles del proceso que pueden ser muy atractivos, pero que no los aprecias cuando ves solo el resultado final.

—Tienes razón. Para mí es muy erótico ver cómo te pones las medias, por ejemplo. Sobre todo, esas que son por medio muslo. Aunque puede que influya el que tus piernas sean preciosas.

—Gracias, cariño.

Poco después estaban sentados junto a una ventana, en una de las mesas del suntuoso comedor, desde donde se veían los espectaculares jardines. Cuando les llevaron el desayuno, Alexander le hizo una foto a ella, pero asegurándose de que saliera también todo lo que había en la mesa, y se la envió a su futura suegra.

—¿Qué pedirías si te concedieran un deseo? —preguntó ella mientras desayunaban—. Supongo que en lo primero que pensarás será en volver a ver a tu familia. Pero me refiero a un deseo que se pueda cumplir.

—En ese caso, mi deseo ya se ha cumplido.

—¿Cuál era el deseo que ya se ha cumplido?

—Tener una familia en esta vida, que hasta hace poco me parecía muy incierta. Tú eres mi familia, eres mi hogar.

—Vaya, eso es muy bonito.

—Es lo que siento.

Después de desayunar abandonaron el hotel y fueron a pasear por las calles, para hacer tiempo a que abrieran el acuario.

El acuario les pareció una maravilla y estuvieron allí casi tres horas.

Luego fueron a comer a un restaurante y se sentaron en la terraza para disfrutar del día tan increíble que hacía.

Por la tarde fueron al parque temático. Subieron en todas las atracciones, en algunas, más de dos veces.

A las ocho de la tarde decidieron volver a casa.

Aparecieron en el apartamento de Erin como por arte de magia.

—Ha sido un viaje fantástico. Gracias por tu regalo de cumpleaños —dijo ella acercándose a él para abrazarlo.

—De nada, cielo.

—Mañana, sin falta, me mudaré a tu casa. No quiero pasar más tiempo alejada de ti.

—Me alegro de tu decisión. ¿Quieres que salga temprano del trabajo para ayudarte?

—No hace falta. Iré a la empresa de transporte y cogeré una furgoneta. Luego recogeré a mi madre y entre las dos haremos el traslado.

—Bien. Me voy a casa. Le diré a tu madre que no has ido porque aún tenías que corregir unos exámenes, pero que mañana después de clase irás a recogerla para que te ayude.

—Muy bien.

Alexander se acercó a ella, la rodeó con sus fuertes brazos y le dio un beso demoledor.

—Te veo mañana.

—Vale —dijo ella con las piernas temblorosas.

Capítulo 29

Erin se mudó a casa de Alexander el 1 de julio. Todo ese mes ella y su madre estuvieron ocupadas con la organización de la boda. No es que tuvieran que organizarla ellas, porque habían contratado a una empresa que se ocuparía de todo, pero tenían que dar la conformidad a lo que proponían.

Después de ver varios lugares, al final, decidieron casarse en el jardín de un hotel, que era realmente precioso, y que estaba parcialmente cubierto por si llovía. La cena la servirían en uno de los salones del hotel.

A mediados de mes enviaron las invitaciones de boda. Serían cuarenta y nueve personas, contando a los novios y a Elissa. Por la parte de Erin asistirían: su tía Amelie, la hermana de su padre; sus hermanos con sus acompañantes; un amigo de Elissa viudo y tres amigas de ella con sus maridos; seis compañeros del instituto de Erin con sus parejas; Jenny y su hermano con sus parejas; Sam y su hermana Beth; y Justin con un amigo. Por la parte de Alexander fueron seis compañeros de trabajo con sus esposas, y su asistente personal con un amigo.

Una noche, mientras cenaban, Alexander le habló a Elissa del último poder que había descubierto, el de viajar gratis. La mujer se quedó asombrada y no le creyó hasta que Alexander se lo demostró llevándola a Londres en un abrir y cerrar de ojos.

Los dos fines de semana previos a la boda, se habían escapado para pasarlos fuera de la ciudad. Había bastado con que Erin le dijese a su prometido que le gustaría estar bronceada para la boda, para que la llevara a la playa. Alexander les preguntó dónde querían ir, para reservar el hotel, y ellas eligieron una cabaña con dos habitaciones a pie de playa en el Caribe. Y en esas dos ocasiones les acompañó Elissa. Cuando volvieron a casa, estaban los tres muy bronceados.

La boda se celebraría el día veintisiete, que era sábado. Faltaban solo seis días. Días que emplearon con los últimos preparativos. Erin no llevaría vestido de novia, pero habían elegido un precioso vestido de fiesta color marfil que le sentaba de maravilla. Y Alexander llevaría un traje gris claro con una camisa blanca, pero sin corbata.

—El jardín está precioso —dijo Erin, mirando a su alrededor, cuando Alexander y ella fueron a ver el hotel, el día de la boda a primera hora de la mañana.

—Sí, es una maravilla. Y el comedor también está muy bonito. La organizadora del evento ha hecho un buen trabajo. ¿Estás lista para casarte?

—No hay nada que desee más.

—En unas horas seremos marido y mujer.

—Sí. No sabes cuánto lo deseo. Me encanta ese túnel que han hecho con flores para que camine por él. Espero no tropezar.

—Tu hermano irá a tu lado y él se encargará de que no lo hagas.

—Aunque, ahora que lo pienso, hace tiempo que no tropiezo. Puede que esté relacionado con mis poderes.

—Es posible. Todavía me tiene intrigado el asunto de esos poderes.

—No puedo creer que vaya a casarme. Tenía en la cabeza la idea de que nunca me casaría.

—Claro, porque eras frígida y no creías que pudieras satisfacer a un hombre —dijo él con sarcasmo.

—No seas malo —dijo ella dándole un codazo.

—Has resultado ser la mujer más ardiente del país —dijo él cogiéndola de la mano y acercándola a él para abrazarla.

—Doy gracias por haberte encontrado. Jamás podría haber imaginado que yo me casaría con un hombre como tú.

—¿Lo dices por mi aspecto o porque soy un vampiro?

—Por las dos cosas.

—Según tu madre, tú y yo estábamos destinados a encontrarnos.

—Yo también empiezo a creerlo. Porque sería demasiada coincidencia que a ti te gustara pasear por el mismo bosque que a mí. Y, sobre todo, que te enterraran dónde a mi me acuchillaron, y mi sangre llegara hasta ti, haciendo que volvieras a la vida. ¡Es de película!

—Aunque no me gusta que hubieras sufrido, doy gracias porque el individuo ese te atacara en ese mismo lugar.

—Yo también.

—Siento que no podamos estar más de ocho días en la luna de miel, pero tengo un juicio muy importante dos semanas después de que volvamos y necesito prepararlo.

—No tienes que darme explicaciones. Y ocho días con sus noches es más que suficiente. Además, podemos ir de viaje cada fin de semana que no trabajes. Y también todas las vacaciones que tengamos.

—Tienes razón. Por cierto, el arquitecto me ha llamado para decirme que en nueve o diez días la casa de tu madre estará completamente terminada —dijo él, abrazándola por la cintura por detrás, mientras contemplaban el jardín.

—Estupendo. Ya habremos vuelto de la luna de miel.

—He pensado que podríamos quedarnos en la casa en la que estamos ahora, hasta que se venza el contrato a finales de octubre. A tu madre le gusta vivir allí y cuidar del jardín. Y la verdad es que a mí también me gusta.

—Entonces, nos quedaremos.

—Como podremos estar viviendo allí tres meses más, me gustaría que acompañaras a tu madre, sin prisas, a comprar los muebles y todo lo que necesite para su casa. Gasta todo el dinero que quieras.

—De acuerdo. Pagaré todo al contado y así nos desharemos de parte del dinero negro que tenemos.

—Buena idea. Supongo que no habrás visto ninguna casa para comprar.

—Con lo de la boda no he tenido tiempo. Pero cuando volvamos de la luna de miel me centraré en ello.

—Bien. Regresemos a casa. Seguro que tu madre nos está esperando para desayunar.

—Sí, vamos.

Elissa estuvo todo el día nerviosa por si algo salía mal. Dave y Andrew, los hermanos de Erin, llegaron al medio día y decidieron ir todos a comer a un restaurante. Cuando terminaron, volvieron a casa a prepararse.

Eran las tres y media de la tarde y la boda sería a las cinco.

Cuando Andrew estuvo listo, dijo que iba a recoger a la mujer que lo acompañaría y a la que acompañaría a su hermano. Como Alexander también estaba vestido, Elissa le pidió que se fuera con él y que esperara a Erin en el hotel, donde se celebraría la boda. Según ella, traía mala suerte que el novio viera a la novia antes de la boda. No es que él creyera en esas tonterías, pero hizo lo que la mujer le pidió.

Los invitados estaban sentados en sus respectivas sillas en el jardín del hotel. Alexander y

Andrew, que sería su padrino, estaban de pie junto al juez que los casaría.

A las cinco comenzó a sonar la música, y todos se pusieron de pie para ver acercarse a la novia. Erin caminaba por el túnel de flores cogida del brazo de su hermano mayor.

Alexander no podía despegar la mirada de ella. Llevaba un vestido de fiesta precioso que se ajustaba deliciosamente a sus curvas. Se veía espectacular. Recordó su primera boda. Había visto a su esposa caminar del brazo de su padre, con un vestido que parecía una princesa. El vestido que llevaba Erin era mucho más sencillo, y tampoco se casaban en la catedral, pero ella estaba fantástica y el entorno era una maravilla. Y lo más importante: Estaba locamente enamorado de ella.

Erin lo miró y sus miradas se enlazaron. La sonrisa que le dedico hizo que a Alexander le flaquearan las rodillas.

Cuando Dave y ella llegaron junto a los tres hombres que esperaban, el hermano de Erin la besó en la mejilla. Luego miró a Alexander.

—Como no te portes bien con ella, acabaré contigo —le dijo Dave a Alexander en voz baja.

—De ahora en adelante, tu hermana será mi prioridad —le dijo el vampiro sonriendo.

Dave se colocó junto a su hermano. Los dos estaban impresionantes y, aunque no quisieran, los ojos les brillaban de la emoción, por ver a su hermana casarse. Elissa no solo tenía los ojos brillantes, sino que cada instante tenía que limpiarse las lágrimas que se le escapaban.

La ceremonia fue muy corta. Después de pronunciar sus votos, el juez dijo que podía besar a la novia.

Alexander se inclinó para besarla en los labios, pero cuando sus labios rozaron los de ella no pudo contenerse, le rodeó la cintura con el brazo para acercarla más a él y la besó como deseaba. Detrás de ellos se oyeron las carcajadas, los silbidos y los aplausos.

El juez les dio la mano para felicitarlos y se retiró diciéndoles que les esperaba en la habitación de al lado para que firmasen.

A continuación los felicitaron Dave, Andrew y Elissa. Luego se acercaron a ellos el resto de los invitados para felicitarlos.

Los novios fueron a la sala contigua para firmar delante del juez, con los dos hermanos de Erin, que serían los testigos. Cuando se dirigieron a la salida, nada más traspasar la puerta, les lanzaron pétalos de rosas, que cayeron sobre ellos.

El fotógrafo que habían contratado había hecho cientos de fotos, de las que luego elegirían las que más les gustaran para hacer el álbum de la boda.

—Parece un hombre normal, ¿verdad? —le dijo Sam a su hermana Beth, mientras miraban a la pareja bajo los pétalos de rosas.

—Sí que lo parece. Es un hombre impresionante, ¿eh?

—Y que lo digas. No se ven muchos como él.

—Desde luego que no.

—Cuando me llamó Erin para informarme sobre la boda, me dijo que iban a buscar una casa para comprar y que les gustaría que fuese en Kirkton, en el bosque.

—¿Quieren vivir en el pueblo donde vivimos nosotras?

—Eso parece.

—Estupendo, así los tendremos cerca —añadió Beth.

—Lo que no entiendo es por qué se ha casado Erin con él, porque ella tiene que saber lo que es.

—A mí no me importaría tener a un hombre como ese cada noche en mi cama.

—Habla más bajo, que te van a oír.

—No pasaría nada si alguien me oyese. Seguro que todas las mujeres que hay presentes estarán pensando lo mismo que yo.

—No me extrañaría.

Poco después todos estaban en la gran sala del comedor. Había quedado precioso. Los manteles de las mesas eran color marfil, al igual que el tapizado de las cómodas sillas.

Los novios estaban sentados solos en una mesa sobre una pequeña tarima. Y las mesas redondas donde se sentaban los invitados y familiares, estaban a los lados de la sala, dejando un círculo en el centro como pista de baile.

La cena fue exquisita. Ninguno de los invitados tuvo que decir *que se besen los novios,* porque Alexander besaba a su esposa a menudo, y no con un simple beso en los labios.

—Si es un vampiro, como pensamos, nos ha desbaratado de nuevo la idea de que los vampiros no comen —dijo Sam a su hermana—, porque Alexander está comiendo, y parece feliz de hacerlo.

—Tienes razón —añadió su hermana—. Pero, supongo que te has dado cuenta de que nos mira muy a menudo. ¿Crees que tendrá el poder de leernos la mente?

—No tengo ni idea, pero si es así, ya no tenemos secretos para él.

—Sin duda, nos está vigilando, aunque de manera muy sutil.

—Nosotras también lo estamos vigilando a él.

—Es cierto.

—No hay ningún familiar de Alexander. Los invitados que han venido de su parte son abogados del bufete donde trabaja.

—Eso demuestra, de alguna forma, que estamos en lo cierto respecto a él. Porque, ya no es que no tenga familia, es que no tiene amigos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he hablado con la gente y los más jóvenes son amigos o compañeros de trabajo de Erin.

—Bueno, vivía en un pueblo muy pequeño al norte, en las Highlands. Si es humano, sus amigos vivirán allí.

—¿Crees que es humano?

—No.

Cuando la cena terminó, los camareros recogieron los platos. Llevaron la tarta a la mesa donde se encontraban los recién casados, y ellos cortaron el primer trozo de la tarta. Luego se hizo cargo un camarero, que cortó el resto y lo repartió entre los invitados.

Los novios aprovecharon ese momento para pasear por las mesas, saludando y cruzando unas palabras con los conocidos y amigos. Alexander le presentó a su esposa a sus compañeros de trabajo. Y ella le presentó a él a los suyos.

Tomaron la tarta con café o té y luego sacaron champán. A continuación, se instaló en el rincón donde estaban los instrumentos musicales, el conjunto de música que habían contratado.

—Ahora tenemos que bailar un vals tú y yo. Es lo que se suele hacer en las bodas—dijo Erin a su reciente marido—. Y tú lo bailas muy bien.

—Será un placer bailar contigo. Y quiero que sepas, que he aprendido a bailar otras cosas.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué cosas has aprendido a bailar?

—Rock, por ejemplo.

—¿Dónde has aprendido?

—Online.

—¿En serio te has molestado en aprender?

—Cielo, te he visto bailar y lo haces divinamente. No quería que te avergonzaras de mí en nuestra boda.

—Nunca me avergonzaría de ti. ¿Lo haces bien?

—Yo todo lo hago bien.

—Eres un arrogante y un engreído. Y me encanta —dijo dedicándole una radiante sonrisa —. Bien, ya me lo demostrarás en unos minutos.

Todos las personas que estaban en el comedor, incluidos los camareros, no podían despegar la mirada de los novios. Era una delicia verlos bailar el vals. Se deslizaban por la pista como si estuvieran flotando. Daban vueltas y vueltas, sin apartar la mirada el uno del otro.

—Me encanta bailar contigo. Eres tan diestro en la pista de baile como en la cama.

—Serás descarada —dijo él riendo.

—Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti, cielo.

Después del primer baile, Alexander bailó un segundo vals con su suegra, a quien consideraba como una madre. La mujer estaba encantada de que fuera su yerno, a pesar de ser un vampiro.

—Entonces, vais a ir a Las Maldivas —dijo Elissa.

—Sí. He reservado una suite en el hotel que me dijiste. Está sobre el mar y se accede a ella por una larga pasarela.

—¿Lo sabe Erin?

—No. Será una sorpresa.

—Le va a encantar. Muchas veces hemos visto anuncios sobre esos hoteles en la televisión o en películas y siempre me ha dicho que le encantaría pasar allí, aunque fuera un solo día. Porque se informó y los precios eran astronómicos. Van a ser unos días inolvidables para vosotros.

—Desde luego que lo serán.

—Pero te va a costar un ojo de la cara.

—Erin merece eso y mucho más.

—Doy gracias porque os encontrarais.

—¿No te importa que sea lo que soy?

—En absoluto. Me gusta tenerte como yerno. Aunque para mí eres como un hijo más.

—Gracias, Elissa. Cuando desperté de mi largo sueño, pensé que mi vida sería oscura y tenebrosa, pero tú y tu familia la habéis convertido en algo maravilloso.

—No había que convertir nada, porque tú en sí, eres un hombre fantástico.

Alexander la abrazó muy fuerte cuando la pieza de música terminó. Luego la acompañó a su mesa y le besó la mano, antes de ir en busca de su esposa.

—Desde luego, es una delicia contemplarte en una pista de baile —dijo Erin, cuando el vampiro se acercó a ella.

Alexander pudo demostrarle poco después todo lo que había aprendido en cuanto a bailar se refería.

Cuando la sacó a bailar un rock, ella se quedó alucinada. Tenía un estilo único bailándolo, sus movimientos eran perfectos y los pies eran como si el propio Michael Jackson estuviera bailando el rock.

Erin miró a su alrededor. Toda la gente los contemplaba, porque Alexander bailaba como un

verdadero profesional y de manera muy elegante. Ella no sabía cómo lo conseguía, pero parecía como si hubieran ensayado el baile cientos de veces. Estaba maravillada.

Después del baile, que recibió muchos aplausos, Alexander la besó de forma descarada en medio de la pista. Y los aplausos se incrementaron.

—Empiezo a dudar que ese hombre sea un vampiro —le dijo Sam a su hermana—. ¿Has visto cómo ha bailado?

—Desde luego que lo he visto. Pero también lo he visto bailar el vals, y en estos tiempos, nadie baila el vals de esa forma. Ese hombre es la elegancia personificada.

—A mí me ha encantado ver a los novios bailar el vals. Bueno, aunque el rock ha quedado fantástico.

—Es cierto. Pero no olvides que puede que los vampiros tengan el poder de aprender rápidamente cualquier cosa.

—Sé que tienes razón. Pero, aunque sea un vampiro, he de reconocer que me encanta ese hombre —dijo Sam.

—A cualquier mujer le encantaría ese hombre, y también a muchos hombres.

—Lo sé. Pero no me refiero solo al físico. Me gusta cómo habla y cómo se mueve.

—En lo de moverse tengo que estar de acuerdo contigo. Cuando camina parece como si flotara. Me recuerda a nosotras.

—Pues, ahora que lo dices, tienes razón. Camina como nosotras.

—Sam, ese hombre es un vampiro, no le des más vueltas.

—Lo sé. Pero parece tan normal... Me gusta cómo se comporta con su suegra, es tan cariñoso…

—Que sea vampiro no quiere decir que no pueda ser cariñoso. O eso pienso.

—Tienes razón.

De pronto, las dos hermanas se tensaron al ver que Alexander se acercaba a ellas.

—Espero que lo estéis pasando bien.

—Desde luego que sí. Es una boda fantástica —dijo Beth.

—Gracias. Sam, ¿quieres bailar?

—Claro —dijo la chica levantándose de la butaca, un poco aturdida.

Alexander la llevó hasta la pista de baile y comenzaron a bailar. Y Sam, literalmente, se derritió al verse envuelta en sus brazos.

—Me ha dicho Erin que pasaréis unos días en las Maldivas.

—Sí, he reservado una habitación en un hotel, de esos que salen en los anuncios que están sobre el mar. Pero no se lo digas, porque aún no lo sabe.

—Me encantan esos hoteles, son una maravillosa. ¿Te gusta… la playa, y el sol?

—No me disgusta. Lo que no me gusta tanto es el calor.

—Erin y tú estáis muy bronceados.

—Hemos ido a la playa los dos últimos fines de semana, fuera del país, por supuesto. Tengo entendido que aquí no hizo muy buen tiempo.

—El clima de aquí es horroroso.

Siguieron hablando hasta que la música terminó. Alexander la acompañó a su mesa, le dio las gracias porque bailara con él y se alejó.

—Creo que nos hemos equivocado —dijo Sam cuando se sentó frente a su hermana.

—¿En qué?

—En todo. Ese hombre no puede ser un vampiro. Le gusta la playa y el sol.

—¿Has olvidado todo lo que descubrimos de él, mientras le hacíamos la documentación?

—No, no lo he olvidado, pero…

—Me da la impresión de que ese hombre te tiene embelesada.

—Es que es una maravilla.

—Eso no te lo voy a discutir.

—Despidámonos de la gente y larguémonos —le dijo Alexander a Erin al oído.

—Vale.

Caminaron por el salón despidiéndose de los invitados. Dejaron para el final a Elissa y a los hermanos de Erin. Ella abrazó muy fuerte a su madre y a sus hermanos. Alexander le dio la mano a sus cuñados y abrazó a su suegra.

—Cuida de ella, cariño —le dijo la mujer al vampiro al oído.

—Sabes que lo haré. Te veremos en ocho días.

La pareja de recién casados volvió a casa y subieron a su habitación.

—Me cambiaré rápidamente.

—No te quites el vestido. Llevo toda la noche pensando en el momento de hacerlo. Y quiero sacártelo cuando lleguemos.

—De acuerdo. ¿Tú vas a ir con traje?

—Solo me quitaré la chaqueta. No quiero que perdamos tiempo.

Cogieron las dos bolsas de viaje, que era lo único que iban a llevar. Alexander la cogió de la mano y desaparecieron.

Llegaron de madrugada, por la diferencia horaria. Alexander les había llamado antes de salir de casa para decirles que en media hora estarían allí. Y cuando llegaron, un chico les esperaba en recepción para acompañarlos a la habitación.

Erin miraba la pasarela por la que caminaban, con los ojos abiertos como platos.

Después de mostrarle todo, Alexander le dio una buena propina al chico y él le dio las gracias. Luego se marchó.

—Al fin solos.

—¿No te sentías bien en la celebración de nuestra boda?

—Sí, lo he pasado muy bien. Pero quería estar a solas contigo.

—Pues ya estamos solos, soy toda tuya. No puedo creer que esté en este hotel. Esta suite es un sueño —dijo ella mirando a su alrededor.

—Tú sí que eres un sueño.

—Ya estamos aquí, en los dominios de Lucifer —dijo ella con una sonrisa burlona.

Alexander sonrió por sus palabras, suponiendo que él sería Lucifer. Le echó un buen vistazo de arriba abajo, contemplando aquel vestido, que se amoldaba a la perfección a su sensual y tentador cuerpo. Besar y acariciar a esa mujer se había convertido para él en una necesidad. Se le había metido en la sangre, como si fuera la droga más potente.

El vampiro se acercó a ella.

—Empecemos a jugar a las tinieblas —dijo él apoderándose de su boca.

La besó sin suavidad ni delicadeza, con un hambre salvaje. Ella le devolvió el beso con la misma ferocidad, de manera exigente y desesperada, hasta que se convirtió en un beso demoledor.

Se separaron con la respiración agitada. Ella levantó la mirada y se encontró con los ojos más fascinantes que hubiera visto en su vida, grises, fríos e inteligentes.

—Voy a follarte tantas veces y de tantas maneras diferentes, que te olvidarás de cualquier nombre que no sea el mío.

—Eso no te va a costar mucho, ya me he olvidado de todo con tu beso.

—Te haré gritar mi nombre, una y otra vez hasta que se te quede grabado en tu mente.

—Estoy ansiosa por que comiences a follarme.

Él la miró y le dedicó esa sonrisa, que hacía que las rodillas le flaquearan. Deslizó las manos por los costados de ella sobre el vestido.

—Llevo horas preguntándome, qué llevarás debajo de este precioso vestido, porque se ciñe a tus curvas como si fuera una segunda piel y no he podido ver ninguna marca de la ropa interior —dijo él mirándola a los ojos.

La miraba con tanta intensidad que lograba perturbarla.

—Te quiero.

—Y yo a ti, cielo. Muchísimo.

—¿Qué es lo que te apetece hacer primero?

—Quitarte el vestido.

—Adelante.

Alexander le bajó los tirantes y le besó un hombro con suavidad. La prenda se deslizó hasta detenerse en la cintura.

—No llevo sujetador —dijo ella sonriéndole.

—Eso ya lo sabía, llevabas la espalda al descubierto.

Alexander metió las manos entre la tela del vestido y su piel y lo bajó hasta que cayó a sus pies. Dio un paso atrás para contemplarla, completamente desnuda.

—No llevabas ropa interior.

—El vestido es tan ceñido que se hubiera notado cualquier prenda que llevara debajo.

—De haberlo sabido, habría estado todo el tiempo excitado. En estos días me compensarás por ello.

—Estaré encantada de hacerlo.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que nos echemos un rato en la cama?

—Sabes que yo no me canso. Lo que realmente me apetece es tomar un baño.

—Llenaré la bañera.

—No me refiero en la bañera, sino en el mar —dijo ella con una sonrisa pícara.

—¿Quieres bañarte ahora? Es de noche.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? —dijo él empezando a desabrocharse la camisa.

—Has dicho que querías follarme en todas las superficies, ¿eso incluía el mar?

—Dios mío. Tengo una mujer tan descarada, que me pone a cien con sus palabras —dijo él sacándose la camisa rápidamente y desabrochándose el cinturón.

—¿Tengo que ponerme el biquini?

—No, aquí no nos verá nadie.

—Nunca me he bañado desnuda en el mar.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—¿Sabes si hay tiburones en estas aguas?

—No te preocupes de los tiburones. Ningún animal se acercará a nosotros.

—¿Los vampiros tenéis un repelente para ellos? —preguntó, contemplando a su marido completamente desnudo.

—Algo así. Vamos.

Él abrió las puertas de cristal y salieron a una terraza, que tenía el suelo de madera y que estaba sobre el mar. Había dos tumbonas dobles, con una sombrilla de brezo entre ellas.

—Esto es una maravilla, ¿no te parece? —dijo Erin contemplando el mar a su alrededor.

—Desde luego que es una maravilla —contestó él, aunque no estaba mirando el mar, sino a ella.

—El mar se ve oscuro.

—Cariño, es de noche.

—¿No habrá en el agua alguna especie peligrosa, como por ejemplo serpientes?

—La especie más peligrosa con la que te vas a encontrar cuando estemos en el agua, seré yo.

Erin soltó una carcajada.

—Yo te protegeré de todo lo que nos podamos encontrar. Dame la mano.

Ella le dio la mano y se lanzaron al mar.

—Ahora, lo único que tienes que hacer es centrarte en mí —dijo él sujetándola de la cintura.

—Cuando estoy contigo me es imposible hacer otra cosa.

—Estupendo. Rodéame con tus preciosas piernas —dijo él sujetándose de la escalera de madera.

—Solo con esas palabras has hecho que me humedezca.

Nada más decirlo, la penetró hasta el fondo de una sola embestida. Y ella gimió.

—Me encanta tenerte dentro de mí.

—Me alegro, porque en estos ocho días voy a estar mucho tiempo así. Aunque, por supuesto, podemos salir. Haremos lo que tú quieras.

—A mí me gustaría permanecer aquí. Quiero tenerte para mí sola.

—Entonces, estamos de acuerdo, porque yo quiero lo mismo. Aunque podemos ir al bar del hotel a tomar algo, si nos apetece.

—Estupendo. Estás quieto sin moverte. Sabes que para follar hay que moverse, ¿verdad?

—Me gusta tu sarcasmo.

Poco después, Erin estaba gritando su nombre, como él le había dicho que haría.

Alexander subió primero para ayudarla a subir la escalera, aunque no lo necesitaba. La contempló cuando estaba arriba, observándola atentamente. Las gotas de agua resbalaban por su preciosa piel. Parecía salida de un sueño. Era como un ángel encantador que había bajado del cielo para complacerlo, pensó.

Erin lo miró a su vez. En ese momento, el iris de sus ojos tenía el gris más puro que hubiera visto en su vida. Ella sabía que era el color normal cuando estaba tranquilo y relajado, pero cuando se alteraba o se excitaba se convertía en un gris oscuro como el humo y con puntos azulados. Sus ojos eran fascinantes, pensó.

Se acercó a él para abrazarlo.

—Ha sido un baño fantástico —le dijo ella al oído.

—Y que lo digas —dijo Alexander entregándole una toalla para que se secara.

Erin se secó la cara y se colocó la toalla alrededor de su cuerpo. Se echaron en una de las cómodas hamacas dobles y estuvieron contemplando las estrellas.

—Este cielo es increíble.

—Sí.

Se mantuvieron en silencio, en un silencio cómodo. Tenían las manos entrelazadas y Alexander le acariciaba el borde de la mano con el dedo pulgar. Ese simple roce hacía que algo se removiera en su bajo vientre.

—¿Qué piensas?

—Pues, si quieres que te diga la verdad, estaba pensando en algo extraño. No sé porqué me

ha venido a la cabeza algo así.

—Háblame de tu pensamiento.

—Estaba pensando, cómo es posible que la mujer, que es quien se queda embarazada y trae la vida a este mundo, en el pasado se convirtiera en esclava de los hombres. Lo he pensado muchas veces, pero nunca lo he entendido. ¿Cómo permitieron las mujeres que ocurriera?

—Tengo que darte la razón. En mi tiempo ya no era tanto, pero seguían siendo inferiores a los hombres.

—¿Por qué crees que sucedió?

—Yo creo que fue, simplemente, cuestión de fuerza. Los hombres eran mucho más fuertes que las mujeres y se hicieron con el control y el poder.

—Las mujeres han luchado mucho a lo largo de los años.

—Sí, lo sé.

—Y todavía no hemos terminado. Aún queda mucho por hacer.

—Yo creo que ahora ya es cuestión de generaciones. La gente mayor aún educa a sus hijos de forma que demuestra claramente que los hijos son mucho más importantes que las hijas. Pero eso irá cambiando, porque la mayoría de los jóvenes ven a las mujeres iguales que ellos.

—Supongo que tienes razón.

—Sucede lo mismo con los homosexuales. Ahora, a la mayoría de las personas no les importa el sexo de los demás. Pero aún hay cierta cantidad de personas, que los han educado homófogos, y les han inculcado sus creencias, y ellos a su vez, han hecho lo mismo con sus hijos.

—Esas personas hacen mucho daño.

—Desde luego que sí. Al menos, ya no hacen las barbaridades que hacían en el pasado.

—Pero de vez en cuando, en las noticias hablan de que le han dado una paliza a una pareja de gais.

—Lo sé. También sucede lo mismo con los racistas.

—Tienes razón. Mejor cambiamos de tema.

—Me he preguntado muchas veces por qué tú y yo estamos juntos.

—¿Por qué te has preguntado algo así?

—Porque yo soy la oscuridad y tú eres la luz; yo soy la fuerza y tú eres la suavidad y la fragilidad —dijo él poniéndose de lado y deslizando la toalla de ella para dejarle los pechos al descubierto; yo soy orgulloso…

—Y arrogante, y engreído —dijo ella interrumpiéndolo.

—Vale, soy orgulloso y arrogante. Y tú tienes una férrea determinación. Sin duda alguna, somos dos polos opuestos —dijo acariciándole los pezones con las yemas de los dedos.

—Los polos opuestos se atraen —dijo ella sonriéndole.

—Desde luego, tú me atraes, como no lo ha hecho ninguna mujer en la vida. Nadie nunca ha ocupado mis pensamientos desde el alba hasta el anochecer, ni me ha hecho buscarla a cualquier hora del día, simplemente para verla. Desde que te vi por primera vez, has sido mi debilidad —dijo, inclinándose hacia ella y comenzando a recorrer sus duros pezones con la lengua, mordisqueándolos con suavidad.

—¡Oh, Dios mío! Tu boca es maravillosa.

Poco después, Erin estaba sobre él, con su polla en su interior y gritando su nombre, otra vez.

—Me ha encantado que me follaras en el mar, pero también me ha gustado hacerlo aquí.

—Parece ser que tienes una vena perversa, queriendo follar al aire libre.

—Es una sensación única. No hemos usado condón en el agua y tampoco aquí.

—No te preocupes, los vampiros no podemos procrear.

—Espero que tengas razón, de lo contrario, es posible que en unas semanas nos encontremos con una sorpresa.

—Estamos casados, no habría ningún problema.

—Tienes razón. Pero me preocuparía quedarme embarazada.

—¿Por qué?

—Ni siquiera tú sabes si podrías dejarme embarazada. Y si me quedase, tampoco sabrías si el bebé sería humano o vampiro.

—Es cierto. Bueno, no tentaremos más a la suerte. Usaré condón las próximas veces.

—Espero que hayas traído muchos.

—No te preocupes, si nos faltan conseguiré más.

—Con lo que cuestan estas habitaciones, ya podrían haber dejado un buen surtido de condones.

Alexander la tomó entre sus brazos y ella suspiró. Y entonces, la besó. Fue un beso perfecto, iluminado por la luz de la luna y el brillo de las estrellas.

—Eres tan preciosa, que me duele el corazón cuando te miro mucho tiempo seguido.

Ella se acercó a él y le dio un ligero beso en los labios.

Alexander y Erin se ducharon juntos, y volvieron a follar en la ducha. Luego él abandonó el baño, mientras ella se secaba el pelo.

Erin caminó hacia la cocina y vio a su marido con un pantalón de chándal y nada más. Estaba cocinando. Al oírla se volvió y le sonrió.

Aquel aspecto de hombre experimentado le sentaba de maravilla, pensó ella. Más que nada, porque en el fondo de sus increíbles ojos grises, había una clara invitación al peligro. El aura de seguridad que lo rodeaba era más poderosa que la de un hombre guapo porque, unos rasgos perfectos pueden dejarte frío, pero esa clase de carisma que irradiaba, iba directamente a tus piernas, haciendo que las rodillas te flaquearan.

—Estoy preparando una ensalada tropical.

—Estupendo. ¿Necesitas ayuda?

—No.

Erin se apoyó en la bancada mirándolo. Sin lugar a dudas, era el hombre más espectacular que hubiera visto jamás. No le sobraba ni un gramo de grasa en ningún punto de su cuerpo. Y sus manos, esas manos grandes y delgadas, habían hecho maravillas en su cuerpo. Sonrió pensando que Alexander hacía el amor y follaba con una maestría que demostraba una experiencia que ella estaba muy lejos de conseguir. Pero seguro que la conseguiría en los ocho días que pasarían allí.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un hombre dulce y tierno?

—¡Por supuesto que no! En el trabajo se refieren a mí como un tipo despiadado, calculador y frío.

—Alexander, esa es la imagen que tú quieres que vean. Pero yo te he calado.

El corazón de Alexander se aceleraba cada vez que ella pronunciaba su nombre. Cuando ella estaba cerca, su autocontrol se desvanecía. Cosa extraña en un vampiro. Pero ella lo conseguía y no sabía la razón.

—¿Estás segura?

—Completamente. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo por la playa, después de comer la ensalada? Es temprano y no habrá gente. Podemos broncearnos caminando.

—Me parece bien. Siéntate, el desayuno está listo.

—Que no se nos olvide llevarnos el móvil para hacernos fotos. Serán las de nuestra luna de miel.

Al día siguiente de que llegaran alquilaron un coche, por si les apetecía visitar los alrededores. De vez en cuando iban a tomar algo al bar del hotel, y pasaban un rato hablando con otras parejas de recién casados que se hospedaban allí. Daban largos paseos por la playa al amanecer. Algunas tardes salían a recorrer las tiendas y aprovechaban para comprar regalos para la familia y amigos.

Pero la mayor parte del día la pasaban en la suite: tomando el sol; bañándose; tumbados en las hamacas, mirando las estrellas mientras hablaban de sus vidas; y, sobre todo, haciendo el amor. Como Alexander le había prometido, lo habían hecho en todas las superficies planas o inclinadas de la suite.

Fue una luna de miel maravillosa.

Capítulo 30

Alexander y Erin volvieron a casa el domingo, 4 de agosto al medio día. Cuando entraron en la casa se encontraron a Elissa y a sus hijos. El vampiro había llamado a su suegra para decirle que comerían con ellos.

Fue una comida muy animada. Erin les contó lo que habían hecho y adónde habían ido mientras estuvieron en las Maldivas. Les habló con todo detalle de la suite en la que habían estado. Y luego les enseñaron todas las fotos que habían hecho.

—Entonces, os gustó el hotel.

—Era una maravilla. Hay que quedarse en una de esas suites, aunque sea solo un fin de semana.

—Tendremos que ir. ¿A ti también te ha gustado? —preguntó Dave a Alexander.

—Es un lugar de ensueño. Os aseguro que es ideal para una luna de miel.

—Lo tendremos en cuenta —añadió Andrew—. ¿Cuánto te ha costado?

—Algo más de dos mil libras.

—¿Los ocho días?

—No, cada día —dijo el vampiro sonriendo—. Pero te aseguro que ha merecido la pena hasta el último céntimo que he pagado.

Al día siguiente todo volvió a la normalidad y a la rutina. Alexander fue al bufete y Erin a las clases del instituto.

Esa tarde de lunes, Erin visitó una inmobiliaria. Le dijo al hombre que le atendió lo que estaban buscando.

—¿Y tiene que ser, precisamente, en Kirkton? ¿No le parece un pueblo demasiado pequeño? No hay nada para divertirse.

—A mi marido y a mí no nos importa que sea pequeño, porque trabajamos en Edimburgo y tendremos que venir cada día. En cuanto a lo de las diversiones, está muy cerca de la ciudad y podremos venir cuando queramos. Lo que más nos gustó de ese pueblo es el bosque que lo rodea. Que es donde realmente queremos vivir. Hemos visto que hay varias cabañas y casas entre los árboles.

—¿Quieren vivir en el bosque?

—Sí.

—¿Están buscando una cabaña o una casa?

—Las cabañas que vimos eran pequeñas y queremos algo más grande. Acabamos de casarnos, pero pensamos tener familia.

—¿Si no encontramos nada en ese bosque, estarían dispuestos a que fuera en otra zona?

—No nos importaría, siempre que no estuviera muy lejos de Edimburgo. Aunque, si no encontramos nada que nos guste, compraremos un terreno y construiremos en él una casa.

—Bien. Empezaré a buscar. Hoy mismo iré a ese pueblo y echaré un vistazo por los alrededores. Hablaré con la gente de allí. En los pueblos, todo el mundo se entera de todo, y sabrán qué propiedades están a la venta.

—Estupendo.

—La llamaré tan pronto encuentre algo que les pueda interesar.

—Muchísimas gracias —dijo Erin levantándose.

Le dio la mano al agente y se marchó.

Erin y su madre fueron a la casa de Elissa al día siguiente. La reforma estaba terminada y querían ver cómo estaba quedando. Cuando llegaron vieron a dos obreros retocando algunos pequeños detalles.

Se quedaron maravilladas al verlo todo. Era una casa preciosa.

La casa no estaba muy mal, porque se habían encargado de que no quedaran restos de cemento o de yeso. Así y todo, necesitaba una buena limpieza a fondo, para quitar las pequeñas manchas de pintura, que había por todas partes. Y había que limpiar bien todas las ventanas de la casa y las puertas, que tenían mucho polvo.

Elissa habló con la señora que iba a limpiar a su casa. Le dijo que el siguiente fin de semana ya habrían terminado todo y que podría ir a limpiar cuando quisiera, pero que no les corría ninguna prisa, porque aún tenían que comprar los muebles.

El arquitecto que se encargó de hacer la reforma, le dio a Alexander un plano de la casa, como le había pedido. A Erin le vino muy bien tener las medidas exactas del interior de la casa, porque le serían muy útiles a la hora de comprar los muebles.

Al día siguiente Erin y su madre comenzaron a visitar tiendas.

Erin recibió una llamada de la inmobiliaria unos días después. Habían encontrado dos propiedades que estaban a la venta, precisamente, en el bosque que ellos querían. Y quedaron en ir a verlas esa misma tarde, que era jueves. Erin le dijo al hombre que iría a verlas con su madre, y si les gustaban, el sábado iría a verlas su marido.

Erin detuvo el coche a la entrada del pueblo, donde había quedado con el agente de la inmobiliaria. El hombre bajó del vehículo y se acercó al de ella.

—Hola —dijo el hombre a través de la ventanilla abierta.

—Hola —dijo Erin—. Mamá, él es el señor Rayle. Ella es Elissa, mi madre.

—Un placer conocerla, señora.

—Lo mismo le digo.

—¿Voy delante y me siguen?

—Sí.

Él volvió a su coche y se pusieron en marcha.

Se adentraron en el pequeño pueblo.

—Me habías dicho que el pueblo era pequeño, pero no pensé que sería tan pequeño —dijo Elissa.

—No vamos a vivir en el pueblo, mamá.

—No, queréis vivir en medio de un bosque. No sé lo que es peor.

—Mira, esa es la casa de Sam y su hermana —dijo Erin señalándola.

—Es muy bonita.

—Sí. Y por dentro aún es mas bonita.

—¿Por qué viven aquí? Me dijiste que Sam trabaja en la biblioteca de Edimburgo.

—La casa la heredaron de sus padres. Ellos vivieron aquí desde que se casaron.

—¿Dónde viven sus padres ahora?

—Murieron cuando ellas eran adolescentes.

—¿Y qué hicieron? ¿Tenían más familia?

—No, se fueron a vivir con la mejor amiga de su madre, que también vivía aquí en el pueblo. Estaba casada y tenía dos niños. La familia las trato como si fueran dos hijos más.

—Debió ser una buena amiga. Bueno, lo cierto es que el pueblo está muy cerca de la

ciudad.

—Sí. Se tarda lo mismo en llegar desde aquí a la ciudad, que atravesarla de un lado a otro para ir al trabajo. Ella va todos los días a trabajar a Edimburgo y me dijo que no se le hacía pesado.

—Dios mío, mira esa casa. Aunque no parece una casa sino una mansión. Es impresionante.

—Desde luego que lo es. No la había visto antes. La vez que vine con Alexander entramos en el bosque por otro camino. Y cuando vinimos a cenar a casa de Sam, estaba oscuro y no la vimos.

El coche de delante puso el intermitente para girar a la derecha y ellas lo siguieron. Medio kilómetro después, los árboles lo ocupaban todo. Había desaparecido casi por completo el sol, porque los árboles solo dejaban pasar escasos rayos. El suelo estaba cubierto por una abundante vegetación, excepto la estrecha carretera asfaltada por la que iban.

—Si nos cruzáramos con un coche, no cabríamos para los dos.

—Cierto —dijo Erin sonriendo—, aunque no creo que haya mucho tráfico por aquí.

—Parece que ha llovido no hace mucho, porque todo está mojado.

—Sí.

Se adentraron en el bosque. La luz del sol caía desde el cielo despejado y atravesaba las ramas de los enormes árboles, haciendo que millones de gotas de rocío brillaran, dándole a los arboles y a la hierba del suelo una apariencia de limpieza y frescor.

—Desde luego, he de reconocer, que este paisaje es una maravilla —dijo Elissa.

—Sabía que te gustaría.

De pronto apareció un claro y vieron una cabaña de madera. El coche que iba delante se detuvo delante de la entrada.

—Vaya, es una casa preciosa —dijo Erin.

—Sí, no está mal, aunque yo prefiero las casas de obra, son más sólidas. Y no parece muy grande.

—Yo sí creo que es grande. Tiene dos plantas. Bueno, tres, porque parece ser que hay una buhardilla —dijo ella mirando a lo alto del edificio.

—¿No crees que es demasiado… rústica.

—Mamá, es una cabaña.

—Ya, pero vosotros no vais a dedicaros a cazar por el bosque. Vais a formar una familia.

—No saquemos conclusiones antes de verla. Puede que por dentro esté bien —dijo Erin deteniendo el coche junto al del agente—. Y he de decirte algo que no te va a gustar. Los vampiros no pueden tener hijos.

—¿Por qué no?

—No lo sé, es lo que dice Alexander.

—Entonces, ¿no voy a tener nietos de vosotros?

—Me temo que no.

—Dejemos ese tema a un lado y centrémonos en ver la casa.

Bajaron de los vehículos y se dirigieron a la cabaña.

—La casa es de un matrimonio con cuatro hijos. La familia vive en otro estado y la tienen como segunda vivienda. Vienen a pasar aquí las vacaciones.

—¿Por qué la venden?

—Por lo que me han dicho, parece ser que tienen problemas económicos.

—¿Por cuánto la venden? —dijo Erin mirando el amplio porche.

—Luego hablaremos del precio. Véanla primero —dijo el hombre abriendo la puerta y

dejándolas pasar primero.

—Vaya. No me esperaba algo así —dijo Elissa tan pronto entraron en la casa.

—Es preciosa —añadió Erin mirando a un lado y otro.

La cabaña era inmensa. Era un espacio abierto y todas las paredes eran de madera, al igual que los suelos, de un color oscuro precioso. A la derecha había un enorme salón con una chimenea grandísima. Había muchas ventanas, todas muy anchas, que llegaban del suelo al techo, rodeando toda la planta baja, y que hacían que el sol penetrara por ellas dándole un ambiente cálido y relajante a la estancia, y mostrando unas vistas fantásticas del bosque. A la izquierda estaba la cocina, muy grande y con unos muebles muy bonitos. Junto a ella había un amplio espacio para poner una gran mesa. A un lado había dos puertas. La primera era una despensa grande con estantería fijadas a la pared.

—En esta despensa se puede almacenar comida para todo un año —dijo Elissa.

—Sí —añadió Erin.

—Aquí es donde tenían, la lavadora y la secadora —dijo el hombre abriendo la segunda puerta—. Como ven hay espacio para tender la ropa y un radiador para que se seque antes.

Luego las condujo hasta el fondo del salón, donde había dos puertas más. El agente abrió la primera.

—Esta es una habitación, que podría ser de invitados, o del servicio, aunque también podría ser un despacho.

—Sí, claro. La vista es preciosa desde cualquier parte —dijo Erin mirando por la ventana—. Da tranquilidad mirar todos esos árboles.

—Sí, para quien le guste la tranquilidad. Yo soy más de ciudad. Aunque reconozco que la propiedad es una maravilla. Esto es un baño completo —dijo él abriendo la siguiente puerta.

—También es muy bonito.

—Sí que lo es —dijo Elissa.

—Y por último está esta estancia, que podría emplearse como una pequeña sala de estar, o como estudio —dijo el hombre, abriendo la puerta de al lado.

—La planta baja es muy completa —dijo Elissa.

—Como habrán visto hay dos armarios empotrados, el de la entrada, para dejar los abrigos, y que no es pequeño, y este debajo de la escalera donde se pueden guardar maletas o cualquier otra cosa.

—La planta baja es perfecta.

—Veamos la planta superior —dijo el hombre comenzando a subir la escalera—. Hay cinco dormitorios.

—Es una casa muy grande.

—Sí. Y hay una buhardilla grandísima, donde se podrían hacer dos habitaciones más, o puede que tres.

La primera planta era fantástica. Los suelos también eran de madera. El dormitorio principal era grandísimo y tenía un vestidor enorme y un baño increíble. Lo que más le gustó a Erin fue la terraza del dormitorio principal. Era un espacio muy grande donde podrían instalarse perfectamente dos hamacas y admirar desde allí las vistas del bosque. Era impresionante. Se imaginó echada allí junto a su marido, contemplando la puesta de sol, o las estrellas.

Las otras cuatro habitaciones no eran tan grandes, pero tenían un buen tamaño, cada una de ellas con un gran armario empotrado. En el pasillo había dos cuartos de baño completos y muy grandes. Y también había un cuarto pequeño para los utensilios de limpieza, para que no tuvieran que subir nada hasta allí, y en el que había un fregadero para llenar los cubos.

Luego subieron a la planta superior. Y a Erin le encantó todo aquel espacio con las ventanas inclinadas.

Después de ver el interior de la casa, el agente les enseñó el exterior y les informó hasta dónde llegaba la propiedad.

—¿Qué les ha parecido? —preguntó el hombre cuando volvieron a los vehículos.

—Mi madre es como usted, es una mujer de ciudad, pero a mí me ha gustado mucho. Dígame el precio para que me vaya haciendo una idea.

—Trescientas noventa mil libras.

Erin procuró no mostrar su alegría al escuchar el precio, porque pensaba que costaría, al menos, el doble de esa cantidad.

—Si pagáramos al contado, ¿cree que los propietarios podrían rebajar un poco el precio?

—Es posible. En estos momentos, su situación económica no es muy buena. De todas formas, cuando alguien pone a la venta una propiedad, siempre eleva un poco el precio para luego poder bajarlo. Además, hay que tener en cuenta que la casa está aislada y lo más cercano es un pueblo diminuto. No es fácil encontrar clientes para una propiedad como esta, por muy fantástica que sea.

—Ese es un punto a nuestro favor.

—Sí. ¿Les parece bien que veamos la otra propiedad?

—De acuerdo.

Poco después pararon los coches frente a otra casa. Esta no era de madera sino de obra, y muy sólida. La fachada era de piedra y estaba en muy buenas condiciones.

—Esta también es muy grande —dijo Erin cuando bajaron de los vehículos.

—Sí que lo es.

—¿Te gusta, mamá?

—Sí. Por fuera es muy bonita. Y la otra no me ha disgustado. Al principio no me gustaba la idea de que fuera una cabaña, por muy grande que fuese, pero el interior es una maravilla. Y, además, la fachada de troncos de madera, cuadraba perfectamente con el entorno.

—Vaya, ¿ahora resulta que te ha gustado la cabaña?

—Lo cierto es que sí.

—Veamos esta, a ver que nos parece.

Había un porche muy grande, y eso le gustó a Erin. El hombre abrió la puerta y las dejó entrar primero.

—A diferencia de la otra, esta está completamente amueblada.

—Eso no es una ventaja para nosotros porque, de quedarnos esta, nos desharíamos de los muebles. No hace ni dos semanas que nos casamos y nos gustaría amueblarla a gusto nuestro.

—Lo entiendo. De todas formas, si les interesa la propiedad, pueden decirle que se la quedarían, pero vacía. Así evitarían tener que pagar a una empresa para que se lo lleven todo.

—Bien.

Había un recibidor muy grande con un taquillón clásico. A diferencia de la otra propiedad, en esta, todas las estancias de la casa estaban separadas.

El salón era muy grande, y bonito…, si no se prestaba atención a los muebles, que a Erin le parecieron horrorosos, por ser demasiado clásicos.

La cocina también estaba muy bien, era espaciosa y tenía una gran mesa, pero los armarios tenían un grabado en las puertas y eso no le gustó. Pensó que, de quedarse la casa, tendría que cambiarlos. Tampoco había despensa, ni una habitación para la lavadora y la secadora, que ambos electrodomésticos estaban en la cocina.

En la planta baja había un dormitorio, que Erin pensó que sería el del servicio, porque se entraba por la cocina, y un baño en su interior. En el pequeño pasillo había un aseo.

—¿Le va gustando lo que ve?

—Bueno. Habría que hacer algunas reformas, pero no está mal.

—Veamos la planta superior. En ella hay cuatro dormitorios.

—Entonces, es más pequeña que la que acabamos de ver.

—Sí.

Subieron la escalera y el hombre les mostró el dormitorio principal. Tenía mucha luz, porque la ventana era grande. No había vestidor, ni espacio para construir uno. Tampoco había baño. Lo que quería decir que para hacer un vestidor y un baño en la habitación, tendrían que eliminar uno de los otros dormitorios.

Las otras tres habitaciones eran más bien pequeñas. Y en el pasillo había un baño completo.

—Y esto es todo. Veo que no les ha impresionado mucho.

—Es que…

—Lo entiendo perfectamente —dijo el agente interrumpiéndola—. Después de ver la otra propiedad, esta se ve pobre.

—Sí —dijo Erin sonriendo.

—Y también influye que la haya visto con los muebles —dijo el hombre.

—Seguro que tiene razón. Son demasiado clásicos —dijo ella siguiéndolo hacia la escalera.

—Incluso a mí, que soy mayor, me parecen horribles —añadió Elissa.

—Les he enseñado las dos, porque son las dos propiedades que hay disponibles de momento en esta zona.

—Se lo agradezco. ¿Cuánto piden por esta casa?

—Cuatrocientas cincuenta y cinco mil libras.

—Supongo que esas cinco mil, son los que tienen previsto rebajar.

—En este caso, es posible que no quieran rebajar nada. Los dueños no necesitan dinero —dijo el, dirigiéndose a la puerta de entrada y abriéndola.

Elissa salió la primera y luego la siguió su hija. El hombre cerró la puerta con llave y se dirigieron a los coches.

—¿Seria posible ver de nuevo las dos casas el sábado? Mi marido termina muy tarde en el trabajo y solo tiene libres los fines de semana.

—No hay problema. ¿A qué hora les vendría bien?

—Si pudiéramos verlas a primera hora de la mañana sería estupendo.

—¿Le parecería bien a las nueve y media?

—Sí, perfecto. Si no hay inconveniente, me gustaría que el sábado nos enseñara primero esta casa y luego la cabaña.

—No hay problema.

—Y también me gustaría que nos dejara verlas solos.

—Los esperaré en el porche y podrán tomarse todo el tiempo que necesiten.

—Muchas gracias.

—¿Quedamos en el mismo sitio que hoy?

—Sí, estaremos allí a las nueve y media.

Se dieron la mano y subieron en los coches.

—Si comparamos las dos casas, esta que acabamos de ver es horrible —dijo Elissa.

—Sí, a mí no me ha gustado nada. Creo que la otra es perfecta. Esperaré a ver si a Alexander le gusta. De lo contrario, seguiremos buscando.

—A tu marido le va a encantar la cabaña.

—¿Cómo lo sabes? —dijo arrancando el coche.

—Porque lo conozco bien, y adivinará cuánto te gusta a ti esa cabaña.

—Estoy loca por él —dijo Erin sonriendo a su madre.

—Y él te adora.

Dos días después Alexander y Erin fueron al pueblo donde habían quedado con el agente de la inmobiliaria. El hombre les estaba esperando. Al ver el Mercedes detenerse detrás de su coche, el hombre bajó del vehículo. Alexander y Erin bajaron del coche y se reunieron con él.

—Buenos días —dijo el hombre mirando a Alexander, porque lo había reconocido.

Lo había visto en la televisión cuando hablaron de un caso que él había defendido, y también salía a menudo en los periódicos. En persona le pareció más impresionante de lo que pensaba que era.

—Buenos días —dijo Alexander.

—Hola —añadió Erin.

—Cariño, él es el señor Rayle. Señor Rayle, él es mi marido Alexander Knight.

—He oído hablar de usted, señor Knight —dijo el hombre tendiéndole la mano—. Es un placer conocerle.

—El placer es mío —dijo el vampiro estrechándosela.

—Vayamos a ver esas casas. ¿Me siguen?

—Claro —dijo Alexander.

Subieron a los vehículos y se pusieron en camino.

—Vaya, ya eres famoso y te reconocen por la calle —dijo ella sonriéndole y colocando la mano sobre el muslo de él.

—No me reconocen por la calle —dijo poniendo la mano sobre la de su esposa—. Ese hombre será buen fisonomista y no olvidará los rostros que ha visto.

—No seas modesto, cariño. Cualquier persona que te vea no podrá olvidarte.

—Muchas gracias, cielo. Aunque me he dado cuenta de que al señor Rayle le gusta mirar más de la cuenta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no podía dejar de mirarte.

—No digas tonterías.

—Y no solo eso, le gustaría acostarse contigo.

—¿Estás celoso?

—Puede que un poco. Así que será mejor que se ande con cuidado con lo que piensa. Aunque, pensándolo bien, es difícil no mirarte. Eres un bombón de mujer.

—Muchas gracias.

—¿Por qué no has querido hablarme de las casas que vamos a ver? Lo único que sé de ellas es lo que he podido saber, por los pensamientos de tu madre.

—Entonces, ¿sabes cómo son?

—Lo único que sé es que una es una cabaña.

—Una cabaña en medio del bosque… Eso queda bien con tu condición de vampiro.

—¿Eso crees? —preguntó él girándose para mirarla.

—Sí. Te imagino entre esos árboles grandiosos… cazando.

—¿Cazando?

—Ya sabes, buscando humanos para comer —dijo ella con una sonrisa traviesa.

—Parece que te hace gracia que sea vampiro.

—Me encanta estar casada con el hombre más poderoso del planeta.

—Querrás decir uno de ellos, porque habrá muchos más como yo.

—Yo no conozco a ninguno más, de manera que para mí eres el único.

—Entonces, ¿te han gustado las casas?

—Si no me hubieran gustado no estaríamos aquí.

—¿Tienes preferencia por alguna de las dos?

—Primero quiero que las veas tú.

—De acuerdo.

Alexander detuvo el coche junto al del agente y los tres bajaron de los vehículos.

—¿Qué le parece el exterior de la casa, señor Knight?

—Por fuera no está mal, parece que está en buenas condiciones. Aunque, ¿no es algo pequeña?

—Tiene doscientos sesenta metros cuadrados construidos. Está en el centro de la propiedad, que tiene mil ochocientos metros cuadrados. Hay espacio suficiente para una piscina, una barbacoa y cualquier cosa que se les ocurra.

—El entorno es una maravilla.

—Veamos el interior.

Los tres subieron los peldaños hasta el porche.

—El porche es bastante amplio —dijo Erin.

El hombre abrió la puerta.

—Como su esposa ya la ha visto, se la mostrará ella. Yo esperaré aquí. Tómense el tiempo que necesiten.

—Muchas gracias —dijo Alexander.

El matrimonio entró en la casa.

—La ventaja que tenemos de querer vivir en este bosque, es que las propiedades son mucho más baratas que en la ciudad.

—¿Cuánto más baratas?

—Digamos que, si nos gusta alguna de las dos, podremos pagarla al contado con el dinero de los dos. Y no me refiero al que tenemos en el banco.

—Me dijiste que tienes más de doscientas mil libras.

—En realidad, tengo casi trescientas mil —dijo Erin.

—¿Cómo sabes el dinero que tengo yo?

—No lo sé. Pero me dijiste que habías cobrado unas comisiones muy suculentas, por los casos que has resuelto.

—No me gusta que tengas que pagar parte de la casa.

—Alexander, a ver si te das cuenta, de una vez por todas, de que estamos en el siglo XXI. Los matrimonios compran sus casas conjuntamente. Hazte a la idea de que, a partir de ahora, todo el dinero será de los dos.

—En ese caso, tendremos que abrir una cuenta conjunta.

—Iremos al banco cuando quieras.

—Es fantástico que las propiedades aquí sean mucho más baratas que en la ciudad.

—Y que lo digas. Así podremos hacer las reformas que queramos y comprar los muebles que nos gusten.

—Y construir una piscina —dijo él.

—¿Crees que merecerá la pena construir una piscina, con el clima tan horroroso que tenemos aquí?

—Yo no siento el frío, y me dijiste que desde que bebí tu sangre, tú tampoco.

—Tienes razón. La verdad es que estaría bien tener una piscina. Así no tendría que ir al gimnasio a nadar. Bien, empieza a mirarlo todo, a ver que te parece.

—De acuerdo.

Erin le acompañó por toda la casa. Comenzaron en la planta baja, luego subieron a la planta superior y volvieron a bajar. A Erin le habría gustado saber lo que pensaba, porque la expresión de su rostro no había variado en absoluto, durante los quince minutos que habían tardado en verla.

—No has dicho ni una sola palabra.

—Me has dicho que lo mirase todo, y es lo que he hecho.

—Pero podías haber comentado algo. Bueno, ¿qué te ha parecido?

—¿A ti te ha gustado?

—Yo he preguntado primero. Y quiero que contestes sinceramente. Piensa que va a ser nuestra casa, donde viviremos los años que permanezcamos aquí. Tenemos que estar de acuerdo al comprarla. Si no nos gusta tenemos que decirlo. No tenemos ninguna prisa y habrá más propiedades que se vendan.

—Bueno, pues, sinceramente, no es lo que esperaba. Yo necesito un despacho, pero la única estancia que hay en la planta baja, y que podría utilizar, se entra por la cocina. La segunda opción sería hacer el despacho en uno de los dormitorios, que he de decir que no son muy grandes

—Lo sé. Habría que hacer reformas.

—Ademas, tendríamos que hacer un vestidor grande para los dos y un baño en nuestro dormitorio.

—Sí. Y para eso habría que eliminar una de las habitaciones.

—Yo creo que podremos encontrar algo mejor que esta casa. ¿Cuánto piden por ella?

—Cuatrocientas cincuenta y cinco mil libras.

—¿Te sientes mal porque haya dicho que no me gusta?

—En absoluto. A mí tampoco me gusta.

—Entonces, ¿por qué hemos venido a verla?

—Porque quería que la vieses tú.

—Cielo, acabas de decirme que la casa tiene que gustarnos a los dos.

—Lo sé.

—Cuando veas otra propiedad, si no te gusta, no quedes para verla de nuevo.

—De acuerdo.

—¿Qué me dices de la otra?

—Te diré lo que pienso, después de que la veas tú.

Alexander abrió la puerta de la calle. El agente se levantó del sillón que había en el porche.

—¿Y bien?

—No es la casa que estamos buscando —dijo el vampiro.

—Lo imaginaba —dijo el hombre, acercándose a la puerta y cerrándola con llave.

Bajaron los escalones y se dirigieron a los coches.

—A ver qué le parece la otra.

Alexander se quedó maravillado cuando detuvo el vehículo delante de la cabaña. Erin lo miró y supo que esa casa le iba a encantar. Bajaron de los coches.

—Esta es un poco más grande que la otra —dijo el agente.

—Es bastante más grande —añadió el vampiro.

—Tiene razón.

Subieron los peldaños hasta el porche, estancia que le gustó a Alexander, porque era amplia y desde allí se apreciaban unas vistas espectaculares. El hombre abrió la puerta y se apartó de ella.

—Les esperaré aquí fuera para que vean la casa con tranquilidad. Tómense el tiempo que necesiten, no hay prisa.

—De acuerdo. Gracias —dijo Alexander.

—Gracias —dijo Erin dedicándole una sonrisa. Sonrisa que se le borró del rostro cuando su marido la miró.

—¿Por qué le has sonreído de esa forma? —preguntó Alexander en voz baja, entrando en la casa detrás de ella.

—Porque es muy amable. Y porque ha hecho lo que le pedí.

—¿Se puede saber qué le pediste?

—Que nos dejara solos para que viésemos las dos casas.

—Así y todo, sigue queriendo acostarse contigo.

Ella se rio.

—Céntrate en ver la casa y olvídate de las tonterías que te rondan por la mente —dijo ella acercándose a él y besándolo en los labios.

—El porche me ha gustado. Es amplio y se pueden poner varios sillones.

—Sí —dijo ella.

Alexander miró a su alrededor, satisfecho con lo que veía. Caminó por la zona del salón mirando por cada una de las ventanas que encontraba a su paso.

—Las vistas, desde cualquier ventana, son espectaculares.

—Es lo que tiene estar en el centro de un bosque.

—Y me gusta que las ventanas sean tan grandes.

—A mí también. La chimenea es bonita, ¿verdad?

—Sí, me encanta.

—Me gusta que sea un espacio abierto, hace que parezca aún más grande de lo que es.

—A mí también me gusta.

—Y el suelo de madera es una maravilla.

—Me encanta el suelo. Vamos a ver la cocina —dijo ella caminado hacia allí.

—Vaya, es muy grande.

—Sí. Lo que más me gusta es esta zona separada para colocar una mesa.

—Una gran mesa, porque hay mucho espacio.

—Será perfecto para reunir a la familia y a los amigos.

—Sí —dijo él—. ¿Te gusta la cocina?

—Creo que es preciosa. Y me gusta esto —dijo ella abriendo la puerta de la despensa, que tenía luz natural, porque había una pequeña ventana en el techo.

—Supongo que es una despensa.

—Sí, y muy grande, ¿no crees? Podríamos almacenar en ella alimentos para un montón de tiempo.

—Eso no estaría mal, porque en esta zona nevará en invierno. ¿Esa otra puerta es el dormitorio del servicio?

—No. Es el lavadero —dijo ella abriéndola—. Es genial, está preparada la instalación para la lavadora y la secadora, y en este espacio se pueden instalar cuerdas para tender. La ropa se secaría rápidamente, porque el radiador es muy grande.

—Quien diseñó la casa pensó en todos los detalles.

—Eso parece.

Luego vieron las dos habitaciones y el baño.

—Podrías poner tu despacho en la estancia más grande y yo tener mi propio estudio en la otra. Y no tendríamos que subir a la planta de arriba, porque hay un baño junto a ellas.

—Tienes razón. Me da la impresión de que esta casa te gusta —dijo Alexander.

—Creo que a ti también te gusta.

—Y no te equivocas. Me está gustando mucho. Veamos la planta superior.

—Las plantas superiores, porque hay dos plantas más.

—Estupendo.

—¿Por qué quieres una casa tan grande? Dijiste que los vampiros no podéis procrear.

—Me gusta tener sitios adonde ir.

—Sitios adonde ir —repitió ella riendo.

Alexander quedó prendado al ver la primera planta. El dormitorio principal le gustó muchísimo, por el vestidor tan grande y el fantástico baño, pero, sobre todo, por la terraza.

—Esta terraza me recuerda al hotel de las Maldivas.

—Tienes razón, pero en vez de mar hay árboles. Es una vista de ensueño.

—Podríamos poner dos hamacas. O mejor una doble, como las que había en el hotel.

—Sería fantástico pasar un rato aquí después de un día duro de trabajo.

—¿Un día duro de trabajo? Si tú no te cansas —dijo ella riendo.

—Sería maravilloso estar echado en la hamaca contigo, contemplando las estrellas mientras hacemos el amor.

—Eso me encantaría.

—Me gusta que hayan cinco dormitorios.

—¿Para pasearte por ellos? —preguntó ella de forma sarcástica.

—Porque tres de ellos serían para tu madre y tus hermanos.

—¿No estarás pensando que vengan a vivir con nosotros?

—No, pero pueden pasar aquí algún fin de semana, o los días de vacaciones, cuando no quieran ir fuera del país.

—Eres un hombre increíble —dijo ella cogiéndole la mano.

Luego subieron a la buhardilla.

—¡Oh, Dios mío! Esta estancia es una maravilla. ¿Has visto la claridad que hay?

—Para ser un vampiro, te gusta mucho la claridad —dijo ella mirándolo con una pícara sonrisa.

—Me habré contagiado de ti, porque tú eres toda luz.

—Eso te ha quedado muy bonito.

—Gracias.

—¿Qué pondrías aquí, si nos quedáramos esta casa?

—No tengo ni idea, pero algo se nos ocurriría.

Bajaron las dos plantas y se detuvieron al pie de la escalera.

—Bien, dime que te ha parecido esta casa.

—Me ha gustado, muchísimo —dijo Alexander.

—A mí también me gusta mucho.

—Y lo mejor de todo es que no tendremos que hacer reformas. A no ser que tú quieras cambiar algo.

—No quiero cambiar absolutamente nada.

—¿Sabes el precio?

—Trescientas noventa mil libras.

—Más barata que la otra.

—Sí. Podemos pagarla al contado. El agente me dijo que están atravesando un mal momento y seguramente podrían rebajar un poco el precio.

—¿Quieres que la compremos? Podemos esperar a ver si sale otra a la venta. No hay prisa.

—Si esperamos, puede que se venda. Me gustaría vivir aquí.

—Entonces no se hable más.

—Aunque tal vez deberíamos contratar a algún especialista para que nos diga si hay algo raro en la casa.

—¿Cómo qué?

—No sé, como termitas, por ejemplo.

—No hay termitas, ni plagas de ningún otro tipo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque escucharía el ruido. Ya sabes que tengo súper poderes.

—Eres un arrogante encantador.

Alexander la acercó a él y le dio un beso demoledor.

Cuando el agente los vio salir de la casa cogidos de la mano y sonriéndose el uno al otro, supo que iban a comprar la propiedad.

—¿Y bien? —preguntó el hombre bajando del coche y acercándose a ellos.

—Queremos la casa. ¿Hay que hacer una oferta? —preguntó Alexander.

—De momento, no hay nadie interesado. Si les aprieto un poco seguro que bajarán un poco el precio.

—Mi mujer me ha dicho que los propietarios están atravesando una crisis financiera.

—Sí, es cierto.

—Póngase en contacto con ellos y dígales que pagaremos las trescientas noventa mil libras que piden, al contado.

—¿No quiere que bajen un poco el precio?

—No. Pensamos que es un precio justo, y a ellos les vendrá bien el dinero.

—Vaya, parece que no es el abogado duro, frío y despiadado que la gente cree que es.

—No esté tan seguro —dijo él sonriéndole al agente.

—De acuerdo. Hablaré hoy mismo con los propietarios.

—Gracias. Ha sido un placer conocerlo —dijo Alexander, tendiéndole la mano.

—El placer ha sido mío, se lo aseguro —respondió el hombre estrechándosela.

—Me alegra haberlo conocido —dijo Erin dándole la mano.

—A mí también, señora Knight —dijo estrechándosela—. La llamaré con lo que haya.

—Llámeme a mí —dijo el vampiro entregándole su tarjeta.

—De acuerdo —añadió el hombre cogiéndola—. Que pasen un buen día.

—Muchas gracias —dijo Erin.

—Hasta la vista.

Capítulo 31

A primera hora del sábado de la siguiente semana, Alexander y Erin fueron a la inmobiliaria para firmar el contrato de compraventa de la propiedad. Conocieron a los propietarios, un matrimonio de edad mediana muy simpáticos. Ellos les hablaron de la casa, que la habían construido poco antes de casarse, y que habían vivido en ella durante seis años. Pero luego habían trasladado a su marido a otra oficina de la empresa a doscientos kilómetros de allí y se mudaron. Aunque venían a pasar las vacaciones con sus hijos. Les explicaron que la vendían, porque la empresa de su marido atravesaba problemas financieros y habían reducido la plantilla, dejándole sin trabajo. La venta de la casa les ayudaría a comenzar de nuevo.

Alexander les dio un talón de cincuenta mil libras y les dijo que les pagaría el resto cuando hicieran la escritura de la propiedad, a nombre de él y de Erin.

El viernes 30 de agosto, se reunieron con los vendedores en la notaría y Alexander les dio el talón confirmado con la cantidad restante de la compra, antes de que firmaran la escritura delante del notario. Cuando terminaron, se despidieron del matrimonio, deseándoles lo mejor.

Al día siguiente por la mañana, la familia de Erin y Alexander fueron a ver la propiedad. Y a los hermanos les encantó.

Desde que la pareja volvió de la luna de miel, Erin y su madre fueron muchos días a ver muebles para la casa de Elissa, que ya estaba limpia. Habían comprado algunos muebles, que ya estaban en la casa. Muchos fines de semana, Alexander las acompañaba a ver muebles, o cortinas, o utensilios de cocina, porque, a diferencia del resto de los hombres, a él sí le gustaba ir de compras. Disfrutaba descubriendo cosas nuevas, que no había visto en su vida.

La pareja decidió que no comenzarían a amueblar su propia casa, hasta que Elissa no tuviera la suya completamente terminada y estuviera viviendo allí. Y eso ocurrió el sábado 21 de septiembre. Los hijos llevaron una furgoneta para trasladar todas las pertenencias de Elissa y también las de Alexander y su esposa, que decidieron que se mudarían con ella, hasta que tu vieran amueblada la cabaña del bosque.

La mujer estaba encantada con su nueva casa. Nada más instalarse invitó a merendar a todas sus amigas y amigos para enseñarles lo que su yerno había hecho por ella: pagar la reforma en su totalidad, comprar muebles nuevos y todo lo que necesitó de ropa de la casa o utensilios de cocina.

A partir de ahí, Alexander y Erin dedicaron los fines de semana a comprar lo necesario para amueblar su propia casa, y Elissa les acompañaba en muchas ocasiones. Cada vez que Erin iba a la cabaña para abrir la puerta a los que les llevaban los muebles, llevaba con ella alguna maleta con ropa, o alguna caja con libros, o cualquier otra cosa que ya tuviera empaquetada. Y cuando llegó el momento de mudarse, aunque aún les faltaba comprar algunas cosas, solo tuvieron que llevar dos maletas con la ropa que les quedaba en casa de Elissa.

Se mudaron el 25 de octubre, que era viernes. Erin había ido colocando en su sitio las cosas, a medida que las iba llevando. Y cuando llegaron, tenían poco que colocar.

—Tenía unas ganas locas de venir a vivir aquí —dijo Erin, abrazándolo por la cintura nada más entrar en la cabaña.

—Yo también, cielo —dijo él besándola en los labios.

—Pensaba que te gustaba vivir con mi madre.

—Y me gusta, pero también me gusta estar a solas contigo —dijo él sujetándola por la cintura y mirándola.

—A mí también.

—Esta casa es enorme y tenemos un montón de sitios para follar.

Erin soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Acaso es mentira?

—No, es totalmente cierto —dijo ella sonriéndole—. Vamos a disfrutar mucho en esta casa.

—Yo me encargaré de ello.

—Debería llamar a Peter para que venga a colgarnos los cuadros —dijo ella separándose de él y acercándose a mirar por una de las ventanas del salón.

—Puedo hacerlo yo —añadió él acercándose por detrás y besándola en el cuello.

—¿Tú? ¿Has colgado algún cuadro en tu vida?

—No, pero eso no significa que no pueda hacerlo.

—¿Cómo vas a hacerlo si no has tenido en tu mano nunca un taladro, un taco, una alcayata o un martillo?

—No sé lo que son las tres primeras cosas que has mencionado.

—Entonces, ¿sabes lo que es un martillo?

—Sí, lo vi en una película.

—Muy bien —dijo ella sonriéndole.

—Pero, puedo asegurarte, que cualquier cosa que haga Peter puedo hacerla yo. Aprendo rápido.

—Lo sé. Yo también podría hacerlo, pero tal vez no lo hiciera bien. Además, es mejor que venga él, porque lo hará muy bien y, al mismo tiempo, le estaremos ayudando a conseguir algo de dinero.

—Esas son dos buenas razones. Llámalo —dijo Alexander sonriendo.

Erin lo miró embobada. En ese preciso momento parecía muy feliz. Le gustaba verlo así. Aunque, para ser sincera, le gustaba de cualquier manera.

—Lo haré.

—Y llama también a Marta, su mujer para que venga a limpiar todas las semanas.

—Hablé con ella cuando compramos la casa. Vendrá los viernes, a partir de la próxima semana. Le dije que le pagaríamos veinte libras la hora, que es lo mismo que le pagabas tú antes, más veinte libras más por la gasolina.

—Perfecto.

—Tenemos que pensar dónde queremos que coloque los cuadros.

—Encárgate tú.

—Alexander, casi todos los cuadros son tuyos.

—Todo lo que tenemos es nuestro —dijo él rectificándola.

—Tienes razón.

—Elige tú el lugar donde colocarlos. Yo no sé mucho de decoración.

—Como quieras.

—Cuando llames a Peter, pregúntale si podría venir el viernes a última hora de la tarde, o el sábado.

—¿Para qué?

—Porque quiero estar aquí cuando venga.

—¿Quieres supervisar si hace bien su trabajo?

—No —dijo él riendo—. Es porque quiero hablar con él sobre hacer una valla alrededor de

la propiedad. Si se encarga él de hacerla, le llevará bastante tiempo y se llevará un buen dinero.

—Bien, le pediré que venga el viernes. Me encantan las vistas que tenemos —dijo ella mirando por la ventana—. Son relajantes.

—Desde luego que sí. ¿Tienes que hacer algo ahora?

—Iba a colgar tus trajes en el vestidor y sacar la ropa de las maletas que hemos traído.

—¿Tienes prisa por hacer eso?

—No. ¿Hay algo que quieras hacer antes?

—Sí. Lo cierto es que hay algo muy importante que quiero hacer.

—¿Qué es eso tan importante?

—Quiero estrenar ese fantástico sofá… follándote.

—Pues, ¿sabes qué te digo? Que esa es una idea fantástica. Y la ropa puede esperar.

Alexander deslizó los dedos entre sus cabellos. Tenía la boca junto a la de ella, compartiendo el mismo aire para respirar. De pronto, la suavidad de sus voz desapareció y su tono se volvió más grave.

Erin lo miró a los ojos y le fascinó ver cómo se habían oscurecido, mostrando una química sexual y un deseo tan intenso, que casi la dejó sin respiración. Ese hombre conseguía que se derritiera cuando lo tenía cerca, y hacía que todas sus terminaciones nerviosas se encendieran de deseo.

Alexander se apartó de ella y comenzó a desabrocharse la camisa lentamente. Le miró los pies y fue deslizando la mirada por sus largas piernas, ascendiendo, hasta llegar a su boca. Ni siquiera la había rozado pero Erin, de pronto, sintió que tenía la garganta seca.

Ella se sacó la camiseta por la cabeza sin apartar la vista de él. Estuvieron mirándose mientras se desnudaban, sin decir ni una sola palabra. Pero no hacía falta decir nada, porque sus miradas lo decían todo. Dos minutos después, los dos estaban completamente desnudos. Alexander se acercó a ella y la besó de forma desesperada y ella le devolvió el beso con la misma pasión.

—Mejor vamos a la cama, allí tendré más libertad para maniobrar con tu cuerpo —dijo él cogiéndola en brazos y dirigiéndose a la escalera mientras se besaban.

—¿Has dicho maniobrar con mi cuerpo? —dijo ella riendo.

—Quiero hacerte tantas cosas, que no sé por dónde empezar.

—Me gusta que seas tan fuerte —dijo ella lamiéndole los labios—, y que no te canses, sobre todo, haciendo el amor.

—Descarada.

—Me gusta ser descarada contigo.

—A mí también me gusta que lo seas.

Entraron en el dormitorio y él se dejó caer en la cama abrazado a Erin. Rodaron por el colchón hasta que Alexander quedó sobre ella. Metió las manos entre sus piernas y vio que estaba lista para él. Así y todo, dedicó tiempo para acariciarle el cuerpo con la lengua, llevándola a lo más alto, hasta que ella comenzó a moverse desesperada, aferrándose a sus fuertes hombros.

—Alexander…

El vampiro sabía lo que ella le pedía, pero se demoró en dárselo, y siguió explorándola con la lengua, hasta hacerla sollozar de desesperación. Erin elevó las caderas para sentir su sexo más cerca de la boca de su marido y gritó, pronunciando su nombre, cuando un devastador orgasmo invadió su cuerpo.

Alexander se incorporó y la miró. Ella lo cogió del pelo y acercó su rostro al de ella, para

darle un beso de infarto, que lo dejó sin aliento.

—Lo sabía desde el principio —dijo él escondiendo el rostro en su cuello para aspirar su olor, mordisqueándole donde la vena aún palpitaba por la excitación.

—¿Qué es lo que sabías?

—Lo cierto es que sabía varias cosas. Como por ejemplo, que desnuda tendrías un cuerpo espectacular —dijo dando un fuerte tirón con los dientes a uno de sus pezones, haciendo que ella gimiera de placer—. Pero, sobre todo, sabía que eras una mujer muy apasionada. Y no me equivoqué.

Alexander cogió un condón del cajón de la mesita de noche, lo rasgó con los dientes y se lo puso en un abrir y cerrar de ojos. Entró en ella con un movimiento suave y se hundió hasta el fondo.

Erin pronunció su nombre, una y otra vez. Sintía el pulso de su polla en su interior. Se miraron a los ojos y lo que compartieron en esa mirada fue tan absolutamente intenso, como la química que existía entre los dos. Alexander se inclinó para besarla de manera suave, disfrutando de sus labios y de su lengua.

Comenzaron a moverse con un ritmo perfecto. Alexander no dejó en ningún momento de mirarla a los ojos, mientras la invadía, una y otra vez. El gris de sus ojos ahora era oscuro por la excitación y el deseo. Tenía la mandíbula tensa, en ese rostro tan precioso que casi le dolía mirarlo.

La necesidad que Erin sentía por él era tan fiera, que pensó que ardería a causa del calor que invadía su cuerpo.

—Voy a correrme —dijo ella cuando llegó al éxtasis.

Las palabras de su esposa, junto con los espasmos de su cuerpo, lo estimularon y se dejó llevar con ella.

Intensas sensaciones la invadieron, impactando contra ella en forma de oleadas de placer.

Alexander la besó de forma lenta y tierna, mientras disfrutaban de su orgasmo. Luego se echó a un lado, pero sin separar su cuerpo del de ella. Se quedaron tumbados, con sus cuerpos entrelazados.

Poco después estaban de lado, el uno frente al otro. Erin lo miró fijamente. Sus ojos grises, en ese momento tenían un color suave, pero recordó que cuando se conocieron se veían desapacibles, duros y fríos como el hielo. En su mirada no había comprensión ni amabilidad. Erin pensó que había cambiado mucho desde entonces.

—Hace tiempo que quiero hacerte una pregunta.

—¿Y por qué no me la has hecho antes?

—No sé…, puede que por vergüenza.

—¿Tienes vergüenza de mí?

—Es posible que me sienta incómoda al hablarte de algunas cosas.

—Sabes que eres la persona más importante de mi vida, ¿verdad?

—Sí.

—Y que puedes contar conmigo para todo.

—Lo sé. Posiblemente te parezca una tontería. Pero es algo que me he preguntado muchas veces.

—Me parece raro que te hayas contenido, no eres precisamente de las personas que se guardan nada dentro. Bien, hazme esa pregunta.

—Me pregunto si disfrutas conmigo haciendo el amor.

—¿Eso es lo que te preguntas?

Erin asintió con la cabeza.

—Creo que te he demostrado muchas veces, cuánto me gusta hacer el amor contigo.

—Me refiero a si te quedas completamente satisfecho haciéndolo conmigo.

—Por supuesto.

—¿Estás seguro? ¿No te gustaría hacerlo de manera más brusca… más fuerte… más salvaje? He pensado que como eres un ser poderoso, que tiene una fuerza descomunal…

—Ya lo hemos hecho de forma brusca.

—Lo sé, pero quiero decir más… salvaje.

—He de admitir que a veces me gustaría follarte de forma brutal, pero eso no tiene nada que ver con que sea vampiro. Aveces te deseo de tal forma que me gustaría follarte hasta partirte en dos.

—Eso es un poco excesivo, ¿no crees? Aunque a mí también me gustaría que me follaras de forma brutal.

—De acuerdo —dijo él sonriéndole—. Vamos a probarlo ahora. Pero si crees que soy demasiado bruto dímelo.

—Vale.

—En esta ocasión vamos a probar aquella pared —dijo él señalándola.

—Esa pared tiene buena pinta.

Alexander se rio. Cogió un condón de la mesita de noche. Bajó de la cama y la cogió en brazos para llevarla hacia la pared que había mencionado. Alexander se puso el condón en un suspiro. Tan pronto la espalda de Erin tocó la pared, Alexander le sujetó las manos por encima de la cabeza con una de sus manos y la besó de forma descontrolada, hasta que ella se derritió y perdió la cordura. Entonces la mordió en el cuello, pero no bebió su sangre, solo lamió el fino hilo de líquido rojo que se deslizaba por su piel, antes de que la pequeña herida se cerrara.

—Me gusta tu sangre. Me gusta tu cuerpo. Me gusta follarte. ¡Joder! Me gusta todo de ti.

La elevó un poco para que lo rodeara con las piernas. Cuando ella lo hizo la penetró de una sola y salvaje acometida, que la hizo gritar.

Comenzó a follarla, de manera desenfrenada. Entraba en ella una y otra vez de forma brutal. Erin se dio cuenta de que disfrutaba del sexo duro tanto como cuando hacían el amor.

Alexander aguantó lo que ningún humano hubiera aguantado. No permitió en ningún momento que lo tocara, porque las manos de ella seguían aprisionadas bajo la de él. Se inclinó para lamer los pezones y luego los mordió, y no con suavidad, haciendo que ella gritara. La miró a los ojos, para saber si estaba bien, pero solo vio placer en ellos, placer y amor.

El orgasmo que la invadió no fue suave. La hizo estallar como si la hubiera alcanzado un rayo, haciendo que todo su cuerpo temblara, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Erin escondió el rostro en el cuello de él y soltó un grito desgarrador.

Alexander no se detuvo, siguió embistiéndola, sin mostrar ningún signo de control.

Erin volvió a sentir un placer desbordante. Sentía el miembro duro y grande dentro de ella y una arremetida detrás de otra, cada una más fuerte y salvaje que la anterior. Estaba de nuevo en lo más alto.

Erin gritó su nombre al ser alcanzada por otro orgasmo devastador, que invadió su cuerpo, dejándola destrozada.

Alexander se adentró en ella por última vez, con una acometida brutal, hundiéndose hasta el fondo. Y entonces la mordió, y no como la vez anterior, la mordió en profundidad y bebió su sangre, mientras se dejaba ir dentro de ella, con un orgasmo demoledor que exprimió hasta su último aliento.

El vampiro soltó sus manos y la abrazó muy fuerte. Erin le devolvió el abrazo.

—Me ha encantado que me follaras de esa manera tan brusca —le dijo al oído—. Pensé que moriría de placer.

—No voy a dejar que mueras, de ninguna de las formas, ni siquiera de placer.

—Llévame a la cama.

Y él obedeció. La cogió en brazos y la depositó en la cama. Entonces, se echó junto a ella.

—He estado pensando en algo.

—Ilumíname con tus pensamientos —dijo él, sonriéndole y acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos.

—Pues verás. Echo de menos dormir por la noche.

—¿Y que puedo hacer yo con eso?

—Supongo que nada. Pero, ¿tú crees que podríamos acostarnos cada noche, como la gente normal, y pasar unas horas con los ojos cerrados, fingiendo dormir? Cuando me diste tu sangre para curarme, me quedé dormida y permaneciste a mi lado en silencio durante muchas horas.

—Podríamos hacerlo, desde luego. Pero, ¿no sería mejor que aprovecháramos el tiempo en la cama en otros menesteres? ¿Crees que no soy suficiente entretenimiento para ti?

—¡Oh, sí! Desde luego que lo eres. Estar contigo en la cama es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Gracias, cielo.

—Pero…, no sé. Me gustaría hacer lo que hacía antes. Tenía una rutina. Me duchaba, me ponía el pijama, leía un rato hasta que los ojos se me cerraban de sueño y me dormía.

—Si es lo que quieres, es lo que haremos.

—Eso no quiere decir que tengamos que fingir que dormimos durante ocho horas. Ahora estamos casados y esa rutina tengo que cambiarla.

—¿A qué te refieres?

—A que antes de dormir quiero hacer el amor. Y, por supuesto, también quiero hacerlo por la mañana al despertarme.

—Cuenta con ello. ¿Quieres que durmamos o prefieres ducharte y leer algo antes?

—Quiero ducharme, contigo, y follar en la ducha. Luego me gustaría leer unos minutos. Y a continuación, dormir unas horas.

—Genial. Vamos a la ducha —dijo él levantándose rápidamente.

E hicieron las tres cosas que habían acordado.

Erin abrió los ojos cuando estaba amaneciendo.

—¡Dios mío! No creo que pudiera haber un despertar mejor que este. Tener al lado al hombre perfecto, y contemplar estas maravillosas vistas del bosque.

Alexander se incorporó hasta quedar sentado con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Erin se sentó a su lado.

—¿No es espectacular?

—Desde luego que lo es. Fue un acierto comprar esta casa.

—Me encantan los ventanales que llegan del suelo al techo. Así se puede apreciar toda la belleza del bosque. Me gustaría dormir, solo para contemplar esta vista al despertarme.

—Anoche quedamos en que fingiríamos dormir cada noche, de manera que podrás disfrutar de la vista cada amanecer, cuando abras los ojos.

—Sí.

Alexander le pasó los brazos por los hombros y miraron hacia el exterior. Los árboles estaban cubiertos por una fina niebla, que se iba disipando a medida que los rayos de sol

penetraban por las ramas de los árboles.

—Y ahora quiero disfrutar de otra vista, no menos interesante —dijo ella sentándose a horcajadas sobre sus caderas.

Erin comenzó a besarlo en la frente, en la mandíbula, en la comisura de los labios, acariciándole el cabello mientras sus labios estaban ocupados. Alexander se limitaba a tener las manos sobre las caderas de ella, y a subirlas y bajarlas por sus costados en una suave caricia. Ella lo miró a los ojos, que en ese momento eran de un tono gris oscuro, turbios de pasión.

Alexander deslizó una de sus manos hasta el sexo de ella y sintió su humedad. Deseaba penetrar en ese cálido y resbaladizo calor. El aire de la habitación estaba colmado por la química sexual que había entre ellos y que lo invadía todo, cada mirada, cada tacto, cada sabor, cada aliento, cada gemido de placer.

Erin no esperó a que él la guiase, simplemente, bajó su cuerpo con decisión y se empaló a su polla, uniendo sus sexos con profunda intimidad. Se sentía absolutamente completa al volver a sentirlo en su interior. No sabía lo que le ocurría, pero cada vez que hacían el amor era mucho mejor que la vez anterior. Todo era más apasionado y más íntimo.

Erin comenzó a moverse, arriba y abajo. Al principio de forma suave, mientras que Alexander le acariciaba los pechos, o la acercaba a él para chuparle o morder los pezones. Pero poco después lo follaba de manera descontrolada, y él intentaba mantener el control de su cuerpo.

Erin lo miró maravillada. En ese momento, sus ojos eran del color de las tinieblas; los tendones de su cuello estaban tensos; y en su piel había una ligera capa de sudor.

—Tenías razón cuando me dijiste que te habías dado cuenta de que haciendo el amor sudabas.

—Tú eres capaz de conseguir cualquier cosa de mí.

—Eso me gusta. Aunque me he dado cuenta de que yo también sudo.

—Ese detalle todavía me preocupa, porque no sudo, ni siquiera cuando corro. Como también me preocupa la falta de control que experimento haciendo el amor contigo.

—Todo tiene que ver con el sexo.

—Puede que no sea con el sexo, sino con el amor.

—Estaría bien que hablaras con algún vampiro, para que te informara de ello.

—Mañana buscaré alguno en las páginas amarillas.

—Qué tonto eres.

Erin se acercó a él y lo besó de forma apasionada y descontrolada. Tuvo que terminar el beso porque le faltaba aire para respirar. Luego continuó moviéndose. La adrenalina corría con furia por sus venas. Nunca se había sentido ten excitada… y tan viva. Con el deseo dominando su cuerpo y los nervios a flor de piel.

Poco después ella estaba sobre él, dejando que sus cuerpos se calmaran.

—Nunca me había considerado una mujer sensual, y mucho menos fogosa. Y tenías razón, yo siempre he sido una mujer normal, pero sin lugar a dudas, el hombre que me acompaña marca la diferencia.

—Yo no he hecho nada, simplemente he ayudado a que descubrieras tu cuerpo y a que gozaras de él.

—Pues has hecho maravillas.

—Me alegro. Todavía no ha amanecido del todo, ¿quieres que nos tumbemos fuera en la hamaca?

—Sí.

Erin se humedeció los labios al verlo de pie en la habitación. Recorrió con la vista de arriba abajo su perfecto cuerpo desnudo, mostrándolo en exclusiva para ella. Porque ese hombre era suyo, se dijo.

—¿Vas a salir a la terraza así?

—¿Así cómo?

—Desnudo.

—¿Crees que va a haber alguien a estas horas paseando por el bosque?

—No lo sé.

Alexander miró hacia el bosque y lo barrió con la vista de un lado a otro.

—Acabo de escanear el bosque con mis súper poderes y puedo asegurarte de que no hay nadie.

Erin soltó una carcajada.

—Anda ven conmigo —dijo él tendiéndole la mano para que la cogiera.

—Vale, pero cogeré una manta para cubrirnos.

—Erin, estamos en alto, no creo que nadie suba a un árbol para intentar ver que hay en nuestra terraza.

—Nunca se sabe, te aseguro que en este mundo hay gente muy rara —dijo ella, saliendo a la terraza tras él con la manta en las manos.

Se acostaron el la amplia hamaca y se cubrieron con la suave manta.

—Le debemos una invitación a Sam y a su hermana Beth. En nuestra boda les dije que las llamaría para que viniesen un día a cenar, cuando regresáramos de la luna de miel.

—Estarán ansiosas por saber más cosas de mí.

—Seguro que sí.

—¿Has hablado con Sam desde que volvimos?

—Sí, la llamé hace unas semanas. Le dije que estaba muy liada comprando los muebles y todo lo necesario para la casa de mi madre. Luego la llamé de nuevo cuando compramos la casa. Se alegró de que nos mudáramos a vivir al pueblo donde viven ellas. Le dije que la llamaría cuando estuviéramos viviendo aquí.

—Llámala de nuevo y dile que te avise cuando su hermana esté aquí para invitarlas a cenar. Aunque también puedes invitarla a ella sola, así le enseñas la casa.

—La llamaré luego.

Marta, la mujer de Peter, bajó del coche y se quedó mirando la cabaña embobada. Le parecía raro que un abogado de la categoría de Alexander Knight viviera allí, rodeado de naturaleza. Era temprano. Erin le había pedido que fuera a las ocho y cuarto para enseñarle la casa y darle la llave. La mujer llamó a la puerta y poco después se abrió.

—Hola, buenos días.

—Hola, Marta, buenos días. Pasa, por favor.

—Gracias —dijo la mujer entrando.

—¿Te ha resultado difícil encontrar la casa?

—No. El plano que me dibujaste era muy completo.

—Siento que tengas que desplazarte en coche hasta aquí.

—No te preocupes, me gusta conducir. Vaya, es una casa preciosa.

—A nosotros nos gusta mucho.

—Mi marido me ha dicho que estará aquí sobre las seis y media.

—Estupendo. Marta, no tengo mucho tiempo, porque tengo que ir a trabajar. Te enseñaré la casa y te diré dónde está todo lo de la limpieza.

—Vale.

—Por cierto, no te he pedido que vinieras a limpiar antes, porque nos dieron la casa limpia.

—Mejor así.

—Empezaremos por las plantas de arriba.

—De acuerdo.

Poco después bajaron la escalera.

—Es una casa muy grande y llevará tiempo limpiarla. Aunque vosotros lo tenéis siempre todo ordenado y eso facilita el trabajo.

—Puedes tomarte el tiempo que necesites. Y si no puedes limpiarla en un día, puedes venir dos o tres. De todas formas, solo usaremos nuestra habitación y nuestro baño. Los otros no vamos a utilizarlos, a no ser que se quede alguien a dormir.

—Solo dispongo de un día, pero vendré temprano y me quedaré hasta que termine. Y no te preocupes, me organizaré para mantener todas las habitaciones y los baños limpios, por si tenéis invitados. Al no usarlos, solo tendré que darles una ligera pasada.

—Estupendo

—Y plancharé antes de irme, como hacía en casa de tu marido.

—Fantástico. Puedes hacer un descanso para comer, lo de la nevera está a tu disposición.

—Gracias.

Le enseñó la planta baja y dejó para el final la cocina y el cuarto donde estaba la lavadora y la secadora. Abrió el armario que habían instalado junto a ellas.

—En este cuarto está todo lo de la limpieza y la plancha. Hemos comprado lo que tú sueles utilizar. Como habrás visto arriba, en el cuarto que hay dedicado a la limpieza, están también los productos que hay aquí y el cubo de fregar el suelo y otra aspiradora.

—Sí, ya lo he visto. Eso ahorrará tiempo.

—Desde luego que sí. Si necesitas que compremos algo, apúntalo en el bloc de notas que hay en la bancada de la cocina.

—Muy bien.

—En esa cesta está la ropa de planchar —dijo Erin señalándola.

—De acuerdo.

Volvieron a la cocina.

—Esta es la ropa para la tintorería —dijo Abby señalando el montón que había sobre una silla. Solo hay trajes de mi marido, los dejaremos aquí los viernes para que te los lleves. Puedes meterlos en esta bolsa, que es grande.

—Muy bien.

—Si cambias de opinión y no quieres ir a la tintorería, no te preocupes, yo me encargaré.

—Erin, ya sabes que tengo una tintorería en la misma acera de mi casa. No me importa en absoluto.

—Perfecto. Envíame un mensaje diciéndome las horas que has trabajado, y al mismo tiempo me dices cuánto has pagado en la tintorería, y te lo ingresaré en tu cuenta cada semana, como hacía Alexander. Por cierto, me ha dicho que te preparará el contrato de trabajo.

—No hace falta que me haga contrato.

—Él quiere hacerlo.

—De acuerdo. ¿Quieres que traiga lo de la tintorería cuando esté listo o cuando venga a limpiar el siguiente viernes?

—No hagas un viaje solo para traer los trajes. Tráelos el viernes siguiente, cuando vengas.

—Vale.

—Otra cosa. No se te ocurra ponerte a limpiar los cristales o los marcos de las ventanas, son muy altas y es arriesgado.

—Desde luego que son altas. Pero, merecen la pena, porque las vistas son increíbles.

—Hemos contratado una agencia de limpieza, especializada en ventanas. Vendrán los viernes, mientras tú estás aquí, cada dos semanas. Y empezarán hoy.

—De acuerdo.

—Pues creo que ya está todo. Esta es la llave, quédatela. Si pasa algo mientras estás aquí, me envías un mensaje y lo veré cuando acabe la clase. Si es algo urgente puedes llamar a mi marido. Él, por su trabajo, siempre tiene disponible el teléfono.

—Muy bien.

—Pues me voy corriendo a llegaré tarde al instituto. Me alegro de que aceptaras venir, a pesar de la distancia. Y, como te he dicho, puedes comer o beber todo lo que te apetezca.

—Muchas gracias. Va a ser un placer trabajar en esta preciosa casa. Que tengas un buen día.

—Gracias, igualmente.

Alexander llegó a casa ese viernes a las siete de la tarde y encontró a Peter y a Erin sentados en el porche, tomando un café. El hombre se levantó cuando Alexander subía los peldaños.

—Hola, señor Knight.

—Hola, Peter. Te dije que me llamaras Alexander.

—Es que es una persona tan importante…

—Tendrás que llamarme por mi nombre y tutearme, como haces con mi mujer, si quieres trabajar para nosotros.

—De acuerdo… Alexander.

El vampiro se acercó a Erin y le dio un beso en los labios. Luego le acarició la mejilla con el torso de los dedos.

—Bien. Siéntate, Peter —dijo Alexander sentádose en otra de las cómodas butacas.

—Peter ya ha colgado los cuadros —dijo Erin.

—Estupendo. ¿Le has pagado? —le preguntó a su mujer.

—Sí.

—Bien. Peter, queremos hacer unas cuantas cosas en la propiedad. No sé si podrás hacerlas tú y, sobre todo, solo. Pero queríamos hablar contigo sobre ello, antes de contratar a otra gente. Erin me dijo que siempre has trabajado en la construcción.

—Sí, he trabajado durante veinticinco años en la misma empresa. Pero cerró hace unos meses.

¿Qué es lo que queréis hacer?

—Lo primero, un lugar para meter los coches. Pronto nevará y tienen que estar resguardados, de lo contrario, pasaremos demasiado tiempo sacando el hielo de los cristales cada mañana. Erin y yo habíamos pensado construir un garaje junto a la casa, como si fuera otra cabaña, pero más pequeña.

—Sería lo mejor. Si lo hicierais de obra desentonaría con vuestra preciosa casa. Erin me la ha enseñado y es una maravilla.

—Gracias.

—No hay problema, puedo encargarme de ello. Tengo que ocuparme de algunos pequeños trabajos que tengo pendientes, pero los haré en un par de días. Después de eso, puedo dedicaros todo mi tiempo.

—Eso es fantástico —añadió Alexander.

—Habría que estudiar el sitio más idóneo para construirla, para poder dar acceso a la casa

desde el garaje, para evitar que tengáis que salir al exterior para entrar o salir de la casa.

—Esa es una buena idea. ¿Puedes encargarte tú solo de ello?

—Sí, siempre que pueda alquilar la maquinaria y las herramientas necesarias.

—No hay problema, podrás alquilar todo lo que necesites.

—Vendré el día que os parezca bien para examinar el terreno, la casa y para tomar medidas. Y entonces os diré cual es el mejor sitio para construirlo, según mi opinión.

—Puedes venir cuando quieras —dijo Erin—. Tu mujer tiene la llave de la casa.

—Creo que el martes puedo terminar todos los trabajos que tengo pendientes. ¿Os parece bien que venga el miércoles por la tarde?

—Claro.

—Cuando tenga las medidas de la casa estudiaré todos los lugares posibles para abrir una puerta y darle acceso. Y haré un plano de cómo podría quedar.

—Perfecto. Erin llegará temprano del instituto, y yo procuraré terminar antes ese día, por si quieres consultarme algo. De todas formas, pídele a tu mujer la llave, por si Erin se retrasa.

—Lo haré —dijo Peter—. Si no os importa, voy a hacer unas fotos de una de las paredes. Un compañero de la empresa trabajó durante muchos años con la madera y es un experto. Si necesito ayuda para algo, él sería el hombre adecuado. Y también está sin trabajo, aunque está haciendo algunos muebles de encargo. Es un carpintero fuera de serie.

—Bueno saberlo.

—Él podrá informarme qué madera es la de vuestra cabaña y dónde puedo conseguirla.

El miércoles siguiente, cuando Erin volvió a casa por la tarde, Peter ya estaba allí. Se encontraba en el porche con varias hojas sobre la mesita de centro.

—Hola.

—Hola, Erin.

—¿Por qué no has entrado en casa para prepararte un café?

—Estaba ocupado.

—Pero aquí fuera hace frío.

—Tenía que estar fuera, porque estaba tomando las medidas de la casa.

—Ah, claro. Pareces contento.

—Lo estoy. Esto es como volver a trabajar. Hacer chapuzas no es lo mismo que tener un proyecto entre manos.

—Me alegro que te sientas bien. Voy a prepararme un café con leche, ¿te apetece uno?

—Sí, muchas gracias.

—Voy a cambiarme y lo preparo enseguida. ¿Has tomado todas las medidas que necesitas del exterior?

—Sí.

—En ese caso, entra en casa y trabajas en la mesa de la cocina, que es más grande que esa. Y no pasarás frío.

—Está bien.

Erin entró en la casa y poco después lo hizo el hombre. Extendió los papeles sobre la mesa y se sentó en una de las sillas. Erin apareció diez minutos después con unas mallas gruesas y un suéter de lana. Sin molestar al hombre se puso a preparar los dos cafés con leche. Poco después los llevó a la mesa y se sentó frente a él.

—¿Has encontrado el lugar idóneo para construir la mini cabaña?

—Hay tres lugares que me parecen adecuados.

—Estupendo. ¿Qué estás dibujando?

—El plano de cómo podría ser el garaje.

—Bueno, pues te dejo con el trabajo. Voy a mi estudio a corregir unos exámenes. Llámame si me necesitas.

—Muy bien.

Cuarenta y cinco minutos después llegó Alexander.

—Hola, Peter. No te levantes, por favor —dijo el vampiro al ver que el hombre iba a levantarse.

—Hola, Alexander.

—Supongo que todos esos papeles son las medidas de la casa.

—En parte.

—¿Has encontrado el lugar perfecto para construir el garaje?

—Hay tres posibles lugares.

—Eso está bien. Dame un par de minutos para que salude a mi mujer y luego estoy contigo.

—Claro.

Alexander volvió poco después con Erin. Ambos se sentaron frente Peter.

—Bien, te escuchamos.

—Estas son las cuatro paredes de vuestra casa.

—¿Cuál es la parte de delante? —preguntó Erin.

—Esta es la parte delantera: la puerta de entrada, la ventana de la cocina y las dos ventanas del salón —dijo el hombre señalando lo que les decía—. Esta es la pared donde está la chimenea y estos los dos ventanales.

—Entendido —dijo ella sonriéndole.

—Esta pared vamos a descartarla, porque no vamos a abrir una puerta en el salón que dé al garaje.

—Por supuesto que no —dijo Erin.

—Esta es la pared contraria, donde se encuentran la cocina, la despensa y el cuarto de la lavadora. Aquí hay un espacio donde se podría construir, es donde está la bancada de la cocina, que es muy grande, porque hay casi ocho metros de largo. Cabe perfectamente un coche.

—Pero tenemos dos coches —dijo Erin.

—Me refiero a que caben los coches de largo.

—Ah, vale.

—¿Por dónde tendría el acceso a la casa? —preguntó Alexander.

—Después de la cocina están la despensa y el cuarto de la lavadora, en este la ventana da al exterior, pero la despensa tiene una pequeña ventana en el techo, que no molestaría para nada. El garaje podría ir desde la pared de la fachada de la casa, hasta aquí.

—Entonces, ¿la entrada al garaje sería por la parte delantera de la casa? —preguntó Alexander.

—Podríamos hacer el acceso por la parte frontal de la casa o por el lateral.

—Yo prefiero que sea por un lateral o por detrás. Creo que ver la casa de frente con las puertas del garaje desentonaría.

—Estoy de acuerdo con mi marido.

—Yo también lo estoy —dijo el hombre.

—¿Cuál crees tú que es el sitio ideal?

—Desde el principio he pensado que la tercera opción sería la mejor. Podríamos construirlo detrás de la casa. Cuando entráis en la casa, en la pared del fondo, hay suficiente espacio.

—Pero hay una cristalera muy grande, y no me gustaría eliminarla —dijo Erin.

—Y no la eliminaríamos. Pero en el otro lado, exactamente debajo de la escalera hay suficiente espacio. Tendríais que dar la vuelta a la casa, pero como iréis en coche no será problema.

—¿Dónde harías la puerta de entrada desde el garaje? —preguntó Alexander.

—Yo la haría aquí, justo debajo de la escalera. Haríamos una puerta idéntica a las de vuestros despachos y la del baño y parecería una habitación más.

—Me gusta la idea —dijo Alexander—. ¿Tú que dices, cariño?

—Estoy de acuerdo.

—Lo haremos así —dijo Alexander.

—He pensado que podríamos abrir dos ventanas en el garaje, como si fuera otra estancia de la casa. Creo que quedaría bien.

—Yo también. ¿Qué me dices de las puertas abatibles? ¿Cómo serían?

—Lo más rústicas posibles y, por supuesto, utilizaría la misma madera que hay en toda la casa. Yo creo que quedaría muy bien.

—¿A ti qué te parece, cielo?

—Me gusta la idea.

—Creo que también sería conveniente instalar calefacción en el garaje, así no notaréis la diferencia de temperatura al ir a coger o dejar el coche.

—Esa es una buena idea. Nos gustaría que hubiera espacio para tres coches, así cuando venga mi suegra podrá guardar también el suyo en el garaje.

—No hay problema. Haré un plano en limpio con las medidas y te lo enseñaré, para ver qué te parece.

—Estupendo. Empieza a pedir el material que necesites y alquila la maquinaria que has mencionado antes.

—De acuerdo.

—¿Crees que tardarás mucho en construirlo?

—Si trabajo yo solo, no creo que pueda terminarlo antes de enero o febrero. Además, cuando se alquila maquinaria de construcción, pueden demorarse en entregarla una o dos semanas. Y enviar el material, también lleva su tiempo. Pero si hablo con John, mi compañero de trabajo, y acepta trabajar conmigo, estaría terminada mucho antes. Es el especialista en madera de quien os he hablado.

—Entonces habla con él. Y no te preocupes porque vayas a estar poco tiempo trabajando aquí, porque tenemos otros trabajos para ti que te llevarán varios meses realizarlos.

—¿De qué se trata?

—Erin y yo hemos decidido hacer una verja alrededor de la propiedad, que es bastante grande. Y queremos que la valla sea de troncos de madera, para que no desentone con la cabaña.

—¿Cómo en lo antiguos fuertes de las películas?

—Algo similar.

—Es una idea estupenda. Quedaría genial.

—Eso hemos pensado.

—Habría que llamar a alguien de urbanismo para que marcara exactamente la linea que separa las propiedades colindantes.

—De eso me encargaría yo. En el bufete hemos tenido casos de herencias de terrenos y conozco a la persona indicada.

—En tener marcado eso, solo es cuestión de pensar cómo hacerlo. John lo sabrá. Hablaré con él sobre ello, cuando lo vea hoy para preguntarle lo de la madera del garaje.

—También queremos hacer un techado para dos o tres coches, para la gente que venga a visitarnos. Y los queremos también de madera.

—No será problema.

—Estupendo. Ya nos irás informando. En cuanto al dinero para la maquinaria, el material que necesites, que supongo que habrá que pagarlo por adelantado, dime cuánto costará aproximadamente y te daré el dinero.

—Vale.

—Tu salario, y el de John, si decide trabajar en los proyectos, os lo pagaré a final de cada semana. Solo tienes que decirme las horas que habéis trabajado y el precio de cada hora. Y cuánto has gastado en el material que tengas que comprar cada día, para pagártelo al mismo tiempo.

—Muy bien. Voy a quedar con John para tomar un café y hablarle con él de todo. Si mañana estáis por aquí lo traeré para que lo conozcáis. Es un buen hombre y os va a caer muy bien.

—Estaremos encantados de conocerlo.

—De acuerdo. Quiero que él vea la propiedad, y entre los dos decidiremos todo lo que necesitamos alquilar o comprar.

—Muy bien.

—Y ahora os dejo para que disfrutéis del resto del día —dijo Peter levantándose y recogiendo los papeles de la mesa.

El matrimonio se levantó también y lo acompañaron a la puerta.

—Muchas gracias por haberme dado esta oportunidad, os lo agradezco de todo corazón —dijo el hombre dándole la mano a Alexander.

—Por cierto. Cuando sepáis el horario que vais a hacer trabajando aquí, dímelo para hacer el contrato de trabajo.

—Lo haré. Muchísimas gracias.

—No tienes que darme las gracias. Cuando termines todo el trabajo aquí, te ayudaré a encontrar un buen empleo.

—Eso sería fantástico —dijo el hombre con los ojos brillantes por las lágrimas retenidas.

—Te enviaré un mensaje con el teléfono de Alexander, por si tienes que ponerte en contacto con él —dijo Erin al ver al hombre emocionado.

—Vale. Nos vemos mañana.

—Ha sido un bonito detalle que le dijeras que vas a ayudarle a encontrar un buen trabajo —dijo Erin cuando Peter abandonó la casa.

—Es un buen hombre, y me cae muy bien, al igual que su mujer. Tengo muchos contactos y mucha gente que me debe favores.

—¿Tú eres ese hombre frío y despiadado del que habla la gente? —dijo ella con sarcasmo.

—Despiadado voy a ser contigo, follándote antes de cenar.

Capítulo 32

El mes de noviembre pasó en un suspiro. Durante las dos primeras semanas les llevaron la maquinaria que habían alquilado y todos los materiales de construcción. La siguiente quincena, Peter y John habían trabajado muy duro haciendo la base de cemento sobre la que construirían la pequeña cabaña. A pesar del duro trabajo, los dos hombres estaban muy contentos por tener un trabajo.

Alexander y Erin habían salido de viaje dos fines de semana y se habían llevado a Elissa, el primero fueron a Copenague y el segundo a Moscú. La mujer estaba encantada de que le hubieran pedido que les acompañara. No por el gasto que supondría, porque sabía que tenían dinero, sino, simplemente, porque quisieran llevarla con ellos. Aunque tuvieron que reservar habitaciones en los hoteles, era una ventaja tener como yerno a un vampiro, porque se habían ahorrado los pasajes de avión. Fueron dos viajes maravillosos y los tres volvieron a casa con un buen sabor de boca.

El 13 de diciembre, que era viernes, Peter llamó a Alexander por teléfono al medio día.

—Hola, Peter, ¿va todo bien?

—Sí, todo bien. Solo quería decirte que, en este momento, John y yo hemos terminado el garaje.

—Estupendo. ¿Caben tres coches, como hablamos?

—Perfectamente. Ahora oscurece temprano. Te parece bien que vengamos a tu casa mañana a primera hora. Queremos que lo veas todo detenidamente, por si hay algo que no te guste y quieras cambiarlo.

—Por supuesto. ¿Os parece bien a las ocho?

—Sí, está bien.

—No olvides traer las facturas de los materiales que hayas comprado esta semana y lo de vuestro trabajo.

—Esta semana no he comprado nada. Nos hemos dedicado a comprobar que todo estuviera bien, a retocar algunas cosas, y a limpiar. Pero te llevaré la nota con las horas que hemos trabajado.

—De acuerdo.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Peter.

Cuando los dos hombres llegaron al día siguiente, los invitaron a un café y se sentaron los cuatro en la mesa de la cocina.

—Peter, antes de nada dame la nota de las horas que habéis trabajado para pagaros.

Peter la sacó del bolsillo de su chaqueta y se la dio.

—Voy a mi despacho a por el dinero. Vuelvo enseguida.

Erin siguió desayunando con ellos, mientras hablaban de una cosa y otra. Alexander regresó unos minutos después y se sentó a la mesa.

—Este es el pago de vuestro trabajo —dijo Alexander dándole un sobre a cada uno de ellos.

—Gracias —dijeron los dos hombres.

—No nos deis las gracias, somos nosotros quienes tenemos que agradeceros el gran trabajo que habéis hecho.

—El garaje ha quedado precioso —añadió Erin—. No desentona para nada, parece parte de la casa.

—Nosotros también estamos orgullosos de cómo ha quedado —dijo John.

—Y este es un pequeño detalle de mi mujer y mío por Navidad —dijo dándoles un sobre a cada uno.

—Muchísimas gracias —dijeron los hombres al mismo tiempo, que no habían esperado recibir ninguna paga extra.

—En cuanto a la verja y al techado para los coches, como las fiestas están próximas, podríamos dejarlo para cuando terminen. La familia vendrá a pasar las navidades con nosotros, y vendrán amigos.

—No hay problema —dijo Peter—. Las empresas tampoco se comprometen en enviar material cuando las navidades están cerca, porque siempre ocurre algo imprevisto y no quieren arriesgarse.

—Peter y yo nos reuniremos para hacer números y calcular el material que podríamos necesitar, al menos para empezar, así adelantaríamos trabajo. Aunque tendríamos que saber la longitud del perímetro.

—El lunes a primera hora haré unas llamadas, para ver si pueden venir a marcar el linde del terreno antes de las fiestas.

—Eso sería estupendo —dijo Peter—, porque si lo supiésemos, podríamos pedir el material que necesitaremos para que nos lo envíen después de las fiestas.

—Te llamaré el lunes y te lo diré.

—De acuerdo.

—Y quiero que anotéis las horas que pasáis haciendo las cuentas y todo lo que tengáis que hacer, relacionado con el trabajo.

—Bien.

Siguieron un rato hablándoles de las diferentes opciones que había para hacer la verja. Al final decidieron que harían un pequeño muro de piedra natural y sobre él montarían los troncos, dando vuelta a toda la propiedad. Poco después, los dos hombres se marcharon.

Cuando subieron al coche los dos abrieron los sobres de la paga extra que les habían dado y John soltó un silbido al ver que había cinco mil libras en billetes de cincuenta.

—Pensé que nos darían doscientas o trescientas libras —dijo John riendo—. Mi mujer se va a volver loca.

—Desde luego, ese abogado no tiene nada que ver con lo que dicen de él por ahí —dijo Peter.

—Es una buena persona.

—Sí que lo es. Ha tenido suerte de encontrar a Erin, porque ella es una gran mujer —dijo arrancando el vehículo y poniéndose en camino.

—Ya conocías a su mujer de antes, ¿verdad?

—Sus padres y mis padres eran vecinos, vivíamos en la casa de al lado. La conozco desde que nació, al igual que a sus hermanos. Toda la familia son buena gente y muy serviciales.

—Lástima que no tenga un trabajo fijo para nosotros.

—Ese hombre es poderoso y conoce a mucha gente. Ha visto que trabajamos bien y puede que nos consiga un buen trabajo.

—Eso espero. ¿No te parece raro que nos pague siempre en efectivo? La gente no suele hacerlo.

—Puede que los clientes le den a los abogados alguna especie de bonificación en efectivo

cuando resuelven sus casos. De todas formas, a mí no me importa que me pague con dinero.

—A mí tampoco.

Dos días después, Elissa llamó a su hijo mayor para decirle que quería hablar con él de algo importante y quedaron en que iría a comer a su casa ese día.

—Hola, mamá —dijo Dave acercándose a su madre y besándola.

—Hola, cariño.

—¿Qué vamos a comer?

—Estoy preparando pasta.

—Qué bueno. Estoy muerto de hambre. ¿Qué ocurre?

—Sírvete una copa de vino mientras pongo la mesa.

—¿Tan grave es lo que me tienes que decir, que tienes que andar rodeos?

Al ver que su madre no se volvía a mirarlo se acercó a ella y le dio la vuelta. La encontró llorando.

—Vamos a la mesa, sentémonos —dijo él, apagando el fuego y llevándola hasta una de las sillas para que se sentara. Luego se sentó junto a ella—. Dime qué pasa. Si estás llorando ya tiene que ser algo importante. Creo que solo te vi llorar cuando murió el papá. Pero, sea lo que sea, lo solucionaremos.

—Esto no se puede solucionar, Dave. Estoy enferma.

—¿Enferma? Pero tú nunca te pones enferma.

—Esta vez ha valido por todas las veces. Tengo cáncer de colon.

—Vale, supongo que es grave, pero conozco a un hombre que tuvo cáncer de colon y lo operaron. Ahora está bien.

—Mi caso no tiene operación.

—¿Qué quieres decir?

—Parece ser que en un punto del colon algo se ha solidificado o calcificado… o lo que sea. Lo siento, no sé cómo explicártelo —dijo la mujer llorando de nuevo—. Tuve tanto miedo cuando el médico dijo que no tenía operación, que ya no presté mucha atención a lo que me explicó a continuación.

—Pediremos una segunda opinión. Me informaré de quien es el mejor oncólogo. Y si está en otro país, pediremos una cita para que estudie tu caso.

—Eso costaría mucho dinero.

—Mamá, no puede decirse que seamos pobres. Y el dinero está para ocasiones como esta.

—Pero tú y tus hermanos estáis construyendo un porvenir…

—Ni mis hermanos ni yo vamos a dejar que te suceda nada, porque tú eres el pilar de esta familia y te necesitamos.

Elissa rompió a llorar, y en esa ocasión no lo hizo por su enfermedad, sino por las palabras de su hijo.

—Todo lo que tenemos os lo debemos a ti y al papá, que os sacrificasteis durante muchos años, para que a nosotros no nos faltara de nada y para que tuviésemos el porvenir solucionado. Ahora nos toca hacer lo mismo a nosotros. A ninguno de los tres nos importaría perder todo lo que tenemos, a cambio de que te recuperes. ¿Has hablado con Andrew y con Erin?

—No quiero que ellos lo sepan. Te lo he dicho a ti porque eres el mayor y…

—Mamá, ellos tienen que saberlo —dijo interrumpiéndola.

—Es que no quiero que sufran —dijo llorando de nuevo.

—Has criado y educado a tres hijos para que sean fuertes y puedan soportar cualquier cosa que se les presente en la vida. Hablaré con ellos, ¿vale?

—Hazlo, si lo crees necesario.

—Bien, ahora voy a marcharme.

—Pero la comida…

—Mamá, tengo que informarme de algunas cosas, y encontrar a un oncólogo. Comeré algo en casa. ¿Estarás bien sola?

—Por supuesto.

—Bien. Te llamaré con lo que averigüe —dijo él levantándose.

—De acuerdo.

Dave besó a su madre y salió de la casa rumbo a la empresa de transportes, muy afectado por la enfermedad de su madre, y muy preocupado. Al llegar habló con su hermano y le contó todo. En un principio, Andrew se enfadó porque su madre no le hubiera dicho nada a él, hasta que Dave le dijo que no quería que sufriera. Esa noche los dos fueron a casa de Erin para darle la noticia.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —dijo Erin cuando abrió la puerta—. ¿Qué os trae por aquí?

—Queríamos hablar contigo —dijo su hermano mayor entrando, seguido por Andrew.

—Vamos a la cocina, estaba terminando de preparar la cena. ¿Os quedáis a cenar? Podemos hablar mientras comemos.

—De acuerdo —dijo Dave.

Alexander salió de su despacho y se acercó a ellos. Nada más verlos supo lo que ocurría y se preocupó por Elissa, que era para él como una madre.

—Hola.

—Hola, Alexander —dijeron los dos hermanos al tiempo.

—¿De qué queréis hablar? ¿Hay problemas en la empresa?

—No, en el trabajo todo va bien —dijo Andrew.

—No sé si es mejor hablar mientras cenamos o dejarlo para después —dijo Dave.

—¿Por qué? —preguntó su hermana.

—Porque cuando sepas lo que hemos venido a decirte, es posible que ya no quieras cenar.

—Si es tan grave como me lo está pareciendo, es mejor que me lo digáis ahora.

Erin miró a su marido, que sabría de qué se trataba porque les habría leído la mente.

—Sí, será lo mejor —dijo su hermano mayor.

—Vayamos al salón —dijo el vampiro.

Los dos hermanos de Erin se sentaron en uno de los sofás. Alexander y su mujer en otro frente a ellos.

—Bien, hablad ya, porque me estáis poniendo nerviosa. ¿De qué se trata?

—De la mamá —dijo Andrew.

—¿De la mamá? ¿Se encuentra bien?

—Tiene cáncer —dijo Dave sin rodeos.

—Cáncer —repitió ella, sin poder creerlo.

—Cáncer de colon. El oncólogo le ha dicho que no pueden operarlo, porque hay un problema.

—¿Qué clase de problema?

—No me lo ha sabido explicar muy bien. Parece ser que desde que le dijo que no había solución, ella dejó de prestarle atención. Andrew y yo hemos pasado toda la tarde intentando averiguar quién es el mejor oncólogo del mundo. Hay algunos muy buenos, pero ninguno de ellos está en el país. Aunque eso no importa, si hay que llevarla al fin del mundo lo haremos. No

podemos perderla —dijo Dave con lágrimas en los ojos.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano para que no suceda —dijo Erin—. Alexander y yo tenemos dinero y lo emplearemos para lo que haga falta.

Los dos hermanos miraron a su cuñado y él asintió con la cabeza.

—Dave y yo también tenemos dinero —dijo Andrew.

—Cualquier cantidad que necesitéis, solo tenéis que pedírnosla —dijo el vampiro.

—Gracias, Alexander.

—No me des las gracias, Elissa es como una madre para mí.

—Tenemos que actuar rápidamente, antes de que empiece a sentirse mal.

—¿Cómo está? —preguntó Erin.

—Está bien, aparentemente como siempre, pero asustada.

—Nunca he visto a la mamá asustada.

—Yo tampoco —dijo Dave.

—Ni yo —añadió Andrew.

—Bien, mañana por la mañana llamaré al instituto diciendo que tengo gripe. Eso me permitirá tener unos días libres para estar con ella, mientras decidimos qué tenemos que hacer y adónde ir.

—Traela a casa, que se quede con nosotros un tiempo —dijo Alexander.

—¿Estás seguro? —preguntó Dave.

—Por supuesto que estoy seguro. No quiero que esté sola en estos momentos. Ya hemos vivido juntos y nos llevamos bien.

—De acuerdo. Iré a por ella mañana a primera hora —dijo Erin.

Poco después estaban cenando. Dave les habló de los oncólogos mejores que había encontrado, dos de ellos estaban en los Estados Unidos.

Cuando los hermanos de Erin se marcharon, ella y su marido recogieron la mesa y lo metieron todo en el lavavajillas. Luego fueron a sentarse en el salón.

—Sabes que, además de los oncólogos que han mencionado tus hermanos, hay otra opción para tu madre.

—¿Qué quieres decir?

—¿Has olvidado que soy un vampiro?

—¡Oh, Dios mío! ¡Es cierto! Tú puedes curarla. He estado tan preocupada desde que me han dicho que no había curación para ella, que mi mente ha dejado de funcionar. ¡Tú puedes curarla!

—Sí, puedo hacerlo. Tu madre sabe que yo te salvé la vida. Apuesto a que con la preocupación, tampoco ha caído en la cuenta de que yo podría ayudarla. Podemos hablar con ella y preguntarle si quiere que la cure.

—Y si accede a que lo hagas, ¿qué pasará con mis hermanos? ¿Qué explicación les daremos?

—Lo mejor será que hablemos con tu madre y que ella decida qué hacer.

—De acuerdo.

—Encárgate de traerla mañana a casa.

—Lo haré. Si la salvas estaré en deuda contigo de por vida.

—¿En serio?

—Seré tu esclava —dijo ella con una sonrisa traviesa.

Erin fue a casa de su madre al día siguiente a las ocho de la mañana. Abrió la puerta y entró.

La encontró en la cocina, preparándose el desayuno.

—Hola, mamá —dijo acercándose a ella y besándola.

—Hola, cariño. Qué grata sorpresa. ¿Has desayunado?

—No. He venido a desayunar contigo.

—¿No tienes que ir al instituto?

—He llamado al director y le he dicho que no me encuentro bien, que tengo gripe.

—Has hablado con tus hermanos.

—Estuvieron anoche en casa.

—Pero estoy bien, no tienes que dejar el trabajo por mí.

—Mamá, no he faltado al trabajo ni un solo día en todos los años que he trabajado allí. No va a pasar nada porque falte unos días.

—Solo falta que alguien del instituto te vea por la calle.

—Procuraré no salir. Y si me ven en algún momento, puedo decir que he ido al médico.

—¿Y qué tienes planeado hacer estos días?

—Estar contigo.

—¿Vas a quedarte en casa conmigo?

—No, tú vas a venir a nuestra casa. Alexander y yo queremos que estés con nosotros.

—Cariño, no quiero molestar.

—Mamá, has vivido muchos meses con mi marido y luego con nosotros dos, y nunca nos has molestado. Después de desayunar prepararemos tus cosas y nos iremos a mi casa. Te quedarás con nosotros y pasaremos las fiestas juntos.

—No sé…

—¿Qué pasa?

—Tu marido no se sentirá bien en las navidades.

—¿Por qué dices eso?

—Su mujer y sus hijos murieron en esas fechas, y no creo que tenga ganas de fiestas.

—Lo sé. Pero tú, mis hermanos y yo, vamos a hacer que olvide las últimas navidades.

Erin estuvo tres días sin ir al trabajo, pero el viernes decidió que iría porque era viernes y Marta iría a limpiar la casa. Se dijo que no tenía que olvidar darle el sobre con el aguinaldo de Navidad. Erin veía a su madre muy deprimida y no quería dejarla sola, y Marta sería una buena compañía. Además, era el último día de clase, antes de las vacaciones de Navidad y quería ver a sus alumnos.

Todavía no le habían dicha nada a Elissa sobre la curación.

Esa misma noche se sentaron a cenar cuando Alexander regresó a casa. Mientras cenaban estuvieron hablando del garaje que habían construido y que a Elissa le pareció precioso. Luego le comentaron lo de la verja que Peter y su compañero empezarían a hacer después de las fiestas y a la mujer le pareció una idea fantástica que la hicieran de madera.

—Aunque, seguramente costará mucho su mantenimiento —dijo la mujer.

—Será de troncos, como la casa. Y no parece que necesiten mucho mantenimiento —dijo Erin.

—Tienes razón.

—Elissa, Erin y yo queríamos hablar contigo sobre tu enfermedad.

—¿De qué queréis hablar?

—Puedes visitar a todos los especialistas en cáncer que quieras, estén donde estén. Tus hijos y yo nos encargaremos de que no te falte dinero para nada. Pero quiero decirte que hay otra opción que debes tener en cuenta.

—¿Otra opción para qué?

—Para curarte.

—Mi enfermedad no tiene curación.

—Sí la tiene —dijo Erin.

—Si aceptas esa opción. Evitarás tratamientos médicos, como la quimioterapia, que tengo entendido, no es muy agradable —añadió Alexander.

—Y también ahorraremos un montón de dinero —añadió Erin.

—¿Cuál es esa opción de la que hablas?

—Yo soy esa opción.

—¿Tú?

—Sí. Sabes que curé a tu hija cuando la atacaron en el bosque, y puedo curarte a ti.

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos.

—´¡Santa madre de Dios! ¡Es cierto! ¡Lo había olvidado! Tú puedes curar mi enfermedad.

—Pero no tienes que precipitarte. Piénsalo detenidamente. Puedes ir a visitar a esos oncólogos famosos, dinero no te va a faltar para ello. Puedes seguir los tratamientos que ellos te indiquen. Si no quieres que yo intervenga, no lo haré. Pero recuerda que mientras tengas un aliento de vida podré ayudarte, después ya no.

—Eso hace que tenga esperanzas.

—De todas formas, si decides que quieres que te cure, deberás hablar con tus hijos.

—Pero, entonces ellos sabrán lo que eres.

—¿Crees que se lo contarían a alguien?

—Por supuesto que no.

—De todas formas, siempre tendría la opción de hacer que olvidaran todo lo que les hubiéramos dicho y lo relacionado con tu enfermedad. Sería como si no hubiera ocurrido.

—Eso no sería necesario. ¿Os parece bien que les diga que vengan a cenar algún día?

—Por supuesto —dijo Erin contenta al ver la alegría en el rostro de su madre—. Mañana deberíamos ir a comprar el árbol de Navidad.

—Siempre lo compramos mucho antes —dijo Elissa—. Siento que con lo de mi enfermedad haya olvidado las fiestas.

—Es comprensible, no te preocupes —dijo Alexander.

—Iremos mañana temprano, y luego podemos ir a comprar los adornos para la casa. Son las primeras navidades para Alexander y para mí.

—Es un buen plan. Y el domingo adornaremos la casa y el árbol —dijo la mujer.

—Podemos pedirle a Dave y a Andrew que vengan a pasar el fin de semana con nosotros y lo haremos todo juntos, como hemos hecho siempre. ¿Te importa, cariño? —preguntó Erin a su marido.

—¿Por qué iba a importarme? ¿Acaso no tienen en casa sus propias habitaciones?

—¿Tenéis habitaciones para mis hijos? —dijo Elissa mirando al vampiro.

—Alexander decidió que todos los miembros de mi familia debían tener aquí su habitación, por si queríais pasar algunos días con nosotros.

—Menudo detallazo —dijo Elissa mirando orgullosa a su yerno.

Antes de acostarse, Erin llamó a su hermano mayor.

—Hola, pequeñaja.

—Hola, Dave.

—¿Cómo se encuentra la mamá?

—Un poco triste —dijo ella, sin mencionar que desde la cena se encontraba mucho más

animada.

—Supongo que es normal. Andrew y yo íbamos a llamarte mañana para decirte que iremos a comer con vosotros.

—Pues me he adelantado llamándote yo. Alexander y yo hemos pensado que, si tú y Andrew no tenéis ningún plan para el fin de semana, podíais venir a pasarlo con nosotros. La mamá nos ha dicho mientras cenábamos, que se sentía culpable porque, por su enfermedad, aún no habíamos comprado el árbol de Navidad, ni habíamos adornado la casa.

—No había pensado en ello, pero es cierto, siempre empieza con los preparativos a mitad de diciembre.

—Mañana podríamos ir a comprar el árbol de Navidad juntos, como hacemos cada año. Sabes cuánto le gusta a la mamá ese momento. Además será mi primera Navidad casada y Alexander y yo no tenemos adornos para el árbol y para la casa. Podemos ir juntos a comprarlos. Creo que ir de compras y luego adornar el árbol y la casa animará a la mamá y hará que olvide su enfermedad por un tiempo.

—Tienes razón. Iremos a pasar el fin de semana con vosotros.

—Estupendo. Llamaré a Andrew tan pronto cuelgue.

—No te preocupes, yo se lo diré.

—Venid temprano mañana y desayunaremos juntos.

—De acuerdo. Estaremos allí sobre las nueve.

—Otra cosa. No traigáis nada de aseo. Cuando compramos las sábanas y toallas para vuestras habitaciones, también compramos todo lo que soléis usar de aseo.

—¿Tenemos habitaciones en tu casa?

—Sí, fue idea de tu cuñado.

—Me parece que es un buen cuñado.

—Sí que lo es. Hasta mañana.

—Hasta mañana, pequeñaja.

Elissa decidió que no hablaría con sus hijos hasta el domingo, antes de que se marcharan. Pensó que ese fin de semana lo pasaría cargando con su enfermedad, aunque supiera con total certeza que podía curarse.

Los dos hermanos llegaron a las nueve y cuarto de la mañana. Habían ido con una de las furgonetas de la empresa, pensando en que tendrían que ir a comprar el árbol de Navidad.

El desayuno estaba casi listo cuando entraron en la casa. Abrazaron a su madre y se sentaron todos a desayunar. A Elissa ya no se la veía triste, sino feliz. Dave la miró y se alegró de que hubieran ido a pasar el fin de semana con ella. A partir de ese momento, decidió que pasaría mucho más tiempo con su madre, porque, es posible que encontraran a un oncólogo en alguna parte del mundo, que encontrara un tratamiento efectivo, pero cabía la posibilidad de que no existiera un tratamiento, o una operación que solucionara el problema.

Después de desayunar, Alexander y los tres hermanos se pusieron a recoger la cocina, y mientras Elissa subió a vestirse.

—No habéis visto el garaje que hemos hecho —dijo Erin.

—No.

—Alexander, enseñáselo, yo termino de recoger.

—Vale.

Los tres hombres entraron por la puerta interior del garaje poco después, al mismo tiempo que Elissa bajaba la escalera.

—El garaje ha quedado fantástico —dijo Dave a su hermana.

—Sí, nos gusta mucho.

—No se nota que es una cabaña nueva, parece parte de la casa —añadió Andrew.

—Eso es lo que más nos gusta —dijo su hermana.

—Peter es un gran trabajador, y también John, su compañero —añadió Alexander.

—Yo ya estoy lista. Cuando queráis nos vamos —dijo Elissa.

Todos se pusieron las chaquetas.

—¿Vamos primero a comprar el árbol? —preguntó Dave—. Lo digo porque no podremos aparcar el furgón en el centro para ir a comprar los adornos.

—Iremos a por el árbol y lo traeremos a casa. Luego nos iremos todos en un coche —dijo Alexander.

Los dos hermanos salieron a la calle para subir al furgón. Elissa y el matrimonio entraron al garaje por la puerta interior. Los dos vehículos se pusieron en camino.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Elissa, que iba en el asiento del copiloto, junto a su yerno.

Él supo exactamente a lo que se refería.

—No me gustan las navidades.

—Es comprensible.

—Cuando mis hijos enfermaron estaban preparando con su madre los adornos para las fiestas.

Odiaba pasar por las calles principales y ver todos esos adornos y la música de los villancicos, cuando mis hijos acababan de fallecer. Fueron las navidades más tristes y aterradoras de mi vida.

Erin acercó la mano a él para apretarle el hombro en señal de apoyo.

—Siento muchísimo lo que te pasó.

—Gracias. Pero no te preocupes, estoy bien.

—Si no estás bien del todo, lo estarás. Solo necesitas tiempo.

—Lo sé. Me han dado la oportunidad de tener una segunda vida y tengo que aprovecharla. Por supuesto, no olvidaré mi vida anterior ni a mis hijos.

—Por supuesto que no los olvidarás. Hablando de tus hijos. El cuadro de ellos y de tu mujer ha quedado muy bien en el salón.

—Fue Erin quien decidió ponerlo allí.

—Pues acertó en el lugar.

—Eso creo yo también. Ahora tengo una nueva familia y una esposa que está enamorada de mí.

—Yo también te quiero —dijo Elissa rozándole el brazo.

—Y yo a ti. Eres como una madre para mí.

—Y tú eres como un hijo para mí. Mis hijos y yo vamos a hacer que estas navidades borren lo que sucedió las últimas que viviste en tu anterior vida y guardes solo los recuerdos buenos que tienes de tu familia.

—Gracias. ¿Cuándo vas a hablar con tus hijos?

—He pensado hacerlo mañana después de comer, pero no sé si aguantaré hasta entonces.

—¿Sabes lo que les vas a decir y cómo?

—Más o menos. Aunque, he de admitir que no va a ser fácil decirles que su cuñado es un vampiro, y que me va a salvar de una muerte segura, y muy cercana.

—Sí, supongo que no será fácil. Van a pensar que desvarías debido a tu enfermedad—dijo Alexander sonriendo

—¿Por qué dices muy cercana? —preguntó Erin.

—El oncólogo dijo que me quedaban cuatro o, como mucho, cinco meses de vida.

—El oncólogo no sabía que tu yerno es un vampiro.

—No, no lo sabía —dijo la mujer riendo—. De haberlo sabido, sería él quien hubiera muerto de un infarto.

Pasaron un día fantástico. Primero fueron a comprar el árbol de Navidad. Eligieron uno enorme, porque los techos de la cabaña eran muy altos y Alexander pensó que no quedaría bien uno mas pequeño. Elissa y su hija se miraron con una sonrisa cómplice, pensando que Alexander parecía contento mientras elegía el árbol adecuado.

Cargaron el árbol en la baca del techo del furgón, porque era tan alto que dentro del vehículo sobresalía más de la mitad. Fue un trabajo duro conseguirlo porque estaba a mucha altura y el árbol pesaba lo suyo. Pero la fuerza de Alexander, aunque la disimuló un poco, ayudó a que lo consiguieran.

Cuando llegaron a casa lo descargaron y lo sujetaron de pie en el salón con los soportes que les habían vendido para ello.

Después de lavarse, porque llevaban las manos manchadas de resina, y cambiarse de ropa, fueron todos con el coche de Alexander al centro de Edimburgo. Aparcaron el coche y comenzaron con las compras navideñas. Tenían que comprar un montón de adornos, luces, bolas y espumillón.

A mediodía decidieron hacer un descanso para ir a comer algo. Fueron adonde tenían aparcado el coche y metieron las bolsas en el maletero.

Elissa estaba feliz. Sus tres hijos la miraban mientras comían, contentos porque se sintiera bien.

Entraron en un restaurante, que ninguno de ellos conocía, y se sentaron en una de las mesas. Y la comida les pareció fantástica. Cuando terminaron de comer, volvieron a las tiendas a comprar lo que les faltaba.

A las cinco de la tarde dieron por terminadas las compras y regresaron a casa con una docena de bolsas. Y en ese momento comenzó lo más divertido del día. Elissa preparó un chocolate caliente y lo tomaron en la mesa de la cocina. Luego todos se trasladaron al salón.

Empezaron poniendo las luces en el árbol, para lo que necesitaron una escalera. Les siguieron las bolas de cristal y los preciosos adornos que habían elegido entre todos. Y por último el espumillón. Alexander elevó a su esposa para que colocara la estrella que habían comprado para colocar en lo más alto del árbol. Cuando la bajó ella se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Te sientes bien? —preguntó Erin, pensando que tal vez se sintiera un poco agobiado.

—La verdad es que me siento genial.

Alexander puso una mano en la nuca de su mujer y le dio un beso de infarto, bajo la atenta mirada de todos los presentes.

Dave enchufó las luces y el árbol se iluminó. Alexander rodeó a su suegra con el brazo.

—¿Estás bien?

—Estoy muy bien. Me siento feliz estando con todos mis hijos.

—Me alegro —dijo él, emocionado porque para ella también fuera un hijo.

—¿Cómo estás tú?

—Mejor de lo que esperaba. Estoy pasando un día fantástico con todos vosotros. Aunque echo de menos a mis hijos.

—Siempre los echarás de menos, sobre todo en estas fiestas, pero es estupendo que lo estés pasando bien —dijo la mujer—. Nos queda adornar la escalera y colgar el adorno en la puerta de la calle —dijo Elissa dirigiéndose a todos.

La escalera quedó preciosa con el acebo artificial que habían comprado, que llevaba incorporadas unas pequeñas luces amarillas, que daban un aire cálido a la escalera de madera.

Poco después estaban todos en la cocina preparando la cena.

—Después de cenar quiero hablaros a ti y a tu hermano de algo importante —dijo Elissa a su hijo mayor.

—¿Solo tienes que hablarnos a Andrew y a mí? ¿Qué pasa con Erin?

—Cuando sepáis de qué se trata lo entenderéis.

—Espero que no quieras decirnos cualquier chorrada de esas que dice la gente poco antes de morir, porque tú no vas a morir —dijo Andrew.

—Eso tú no lo sabes.

—¡Por supuesto que lo sé! No dejaremos que lo hagas. Removeremos cielo y tierra para evitarlo.

—Gracias, cariño —dijo sonriéndole.

Después de la cena Erin y Alexander fueron a la cocina a preparar café y té.

—Sabía que tu madre no aguantaría hasta mañana para hablar con tus hermanos —dijo el vampiro sonriendo a su mujer.

—Yo también.

—Bien, ¿qué quieres decirnos? —preguntó Dave a su madre, cuando todos estaban sentados en el salón.

—Pues, veréis. El médico me dejó muy claro que me quedaban unos meses de vida.

—Ese médico no sabe lo que dice —dijo Dave, claramente angustiado—. El lunes pediré cita en una clínica de Atlanta. Parece ser que el mejor especialista está allí.

—Me parece bien —dijo la mujer—. Pero antes de que te pongas en contacto con ellos, quiero deciros que hay… algo, que me podría salvar rápidamente.

—¿Algo? —preguntó Andrew.

—Bueno, en realidad, es alguien.

—A ver si lo adivino. Te han hablado de un curandero, que tiene solución para cualquier tipo de enfermedades.

—Siempre he creído en los curanderos.

—Mamá, no te creas todas esas patrañas. Esa gente lo único que busca es sacar dinero a la gente que está angustiada.

—De todas formas, no es ningún curandero. Y la persona de la que os hablo no quiere nada a cambio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ahora su hijo mayor.

—Por dos razones. La primera es que lo conozco muy bien. Y la segunda porque es millonario y no necesita dinero.

—Supongo que tú conoces a ese hombre —preguntó Andrew a su hermana—, de lo contrario la mamá habría dicho que quería hablar con los tres.

—Sí lo conozco muy bien.

—¿Ese hombre es médico? ¿te inspira confianza?

—Tiene absolutamente toda mi confianza —dijo Erin—. Y no es médico, pero tiene el poder de sanación, te lo aseguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Te contaré algo que no sabéis ninguno de los dos. No os hablé de ello, porque no quería que volvierais a reñirme de nuevo por lo mismo.

—¿De qué hablas?

—A primeros de marzo un día fui al bosque después de las clases.

—Espero que no nos digas que fuiste sola.

—Sí, fui sola. Por favor, déjame terminar —dijo ella, al ver que su hermano mayor iba a recriminarla por ello.

—Vale, sigue.

—Estaba oscureciendo cuando me disponía a volver a casa. De pronto sentí un golpe muy fuerte en la espalda…

Erin le contó con todo detalle lo que sucedió desde ese momento hasta que el vampiro la llevó a casa.

Andrew empezó a reír y Dave sonreía con disimulo.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Elissa.

—Mamá, ¿has oído la historia que ha contado?

—Perfectamente. Me la contó poco después de que la agredieran.

—Está hablando de un vampiro.

—Lo sé, no estoy sorda.

—Sabemos que Erin siente debilidad por los vampiros, y que ha visto todas las películas y las series sobre ellos. Pero de ahí a que crea realmente que existen…

—Yo también creo en los vampiros —dijo la madre.

—Claro, cómo no. Por eso tu hija se parece tanto a ti —dijo Dave sonriéndole a su madre.

—Bien, ya que has empezado, cuéntanos el final de tu historia, no vas a dejarla a medias.

—A pesar de lo escépticos que os estáis mostrando, terminaré de hablaros de ello.

—Sigue, cariño. No les hagas caso —dijo Elissa—. Cuando termines tendrán que tragarse todas sus palabras.

—¿Y tú no dices nada? —preguntó Dave mirando a su cuñado.

—De momento no tengo nada que decir.

—¿No te importa que tu mujer crea en esas tonterías de ciencia ficción?

—Yo también creo en *esas tonterías* que has mencionado.

—¿Hablas en serio? ¿Un abogado de tu reputación cree en vampiros?

—Será mejor que no se te ocurra mencionarlo en tu bufete, de lo contrario te quedarás sin clientes —añadió Andrew.

—¿Por qué no dejáis que Erin termine de decir lo que tiene que deciros? —dijo Alexander.

—De acuerdo. Termina, pequeñaja —dijo su hermano mayor sonriendo.

—Bueno. El vampiro me llevó a casa. Estaba medio inconsciente, pero no sentía ningún dolor. Beber su sangre hizo que el dolor desapareciera.

—Puede que no sintieras tanto dolor como pensabas que sentías.

—Dave, me estaba muriendo.

—Has dicho que estabas medio inconsciente.

—Me apuñalaron en el vientre y en el costado, tenía rotos dos dedos de la mano, varias costillas, un pómulo y la nariz. Tenía el hígado perforado y un riñón dañado.

—¿Cómo podías saber todo eso? Que yo sepa, no estudiaste Medicina —dijo Andrew.

—¡¿Por qué no dejáis que termine?! —dijo Elissa enfadada.

Sus dos hijos la miraron y, a partir de ese momento, permanecieron en silencio.

Erin le contó a sus hermanos cuando el vampiro le dio a beber su sangre y que, después de dormir varias horas, se despertó como nueva.

—De acuerdo, de momento, creeremos en lo que nos acabas de decir. ¿Y quién es ese hombre?

—¿Dónde podemos localizarlo?

—Yo soy ese hombre —dijo Alexander—. Estoy cansado de que os burléis de vuestra hermana, haciéndola creer que desvaría.

—Un momento. ¿Estás diciéndonos que eres un vampiro? —dijo Dave.

—Estás de broma, ¿no? —añadió Andrew.

—Para nada.

—Tendrás que demostrárnoslo.

—No tiene que demostraros nada, yo tengo pruebas de ello —dijo Elissa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recordáis esos viajes que hice con ellos algunos fines de semana, antes de que se casaran?

—Sí.

—Pues no fuimos en avión. Alexander tiene el poder de transportarse de un lugar a otro, solo utilizando la mente.

—Vaya, eso sí es interesante. —dijo Dave sonriendo y pensando que les estaban gastando una broma.

—Terminemos con esto. Voy a demostrároslo para que calléis de una vez —dijo Alexander cogiendo a su cuñado mayor por el brazo—. ¿Se te ha olvidado algo en casa?

—No —dijo Dave extrañado por su pregunta.

De pronto se encontraron en el salón de su casa.

—¡Hostia puta! ¡Es cierto!

—Por supuesto que es cierto —dijo Alexander sujetándolo de nuevo del brazo.

Volvieron a aparecer en el salón de la casa del vampiro.

—¡Joder! ¡No nos han engañado! ¡Alexander es un vampiro! —dijo Dave sin salir de su asombro.

—Me he dado cuenta cuando habéis desaparecido los dos —añadió Andrew.

—Esto hace que nos preguntemos muchas cosas —dijo Dave.

—Contestaré todas las preguntas que me hagáis —dijo el vampiro.

—En primer lugar. ¿Eres peligroso?

—Bueno, podría decirte que soy el ser más peligroso del planeta —dijo Alexander sonriendo.

—¿Mi hermana está en peligro?

—Erin es la persona a quien más quiero y, nunca, jamás, seré un peligro para ella. Al igual que su familia, que para mí es como la mía.

—No sé si tienes algo que ver con las películas y series de vampiros que he visto...

—Te aseguro que esos vampiros y yo no nos parecemos demasiado —dijo Alexander interrumpiéndolo—. Tenemos algunas cosas en común, como por ejemplo que no dormimos, y la alimentación.

—Entonces, ¿te alimentas de sangre humana?

—Sí.

—¿Matas a personas para comer?

—No.

—Antes Erin nos ha dicho que bebiste toda la sangre del tío que atacó a mi hermana.

—Bebí su sangre, porque iba a matarla. Tenía hambre y me sentía débil.

—Pero lo mataste.

—¿Querías que lo hubiera dejado vivo? Ese individuo iba a matar a tu hermana, y se

merecía morir.

—Explícanos el proceso que empleas para comer.

—Busco a una persona que esté sola en ese momento. La llevo a un lugar discreto y la muerdo para beber un poco de su sangre.

—¿Y esa persona se va contigo así, sin más?

—Hasta el momento ha sido así. Pero, de todas formas, tengo un poder especial para convencer a quien sea.

—Eso te será muy útil —dijo Andrew.

—Desde luego que sí.

—¿Y qué pasa después de morderla?

—Mi saliva hace que la herida que le he producidose cierre y no quede cicatriz. Luego hago que olvide lo ocurrido.

—Supongo que ese es otro de tus poderes —dijo Andrew.

—Sí. Y lo emplearé con vosotros dos porque, como comprenderéis, no podéis hablar de esto con nadie.

—Alexander, jamás haríamos nada que perjudicara al hombre de quien está enamorada nuestra hermana —dijo Dave.

—Y menos aún, si salvas a nuestra madre —añadió Andrew.

—Lo suponía.

—¿Habéis terminado con el interrogatorio? —preguntó Erin.

—Sí. Supongo que tendremos que hacer cientos de preguntas más, pero tenemos toda la vida por delante —dijo Dave—. ¡Joder! Jamás se me habría ocurrido pensar que los vampiros existiesen. Y menos aún, que uno de ellos fuera mi cuñado. ¿Hay más como tú?

—De momento no he visto a ninguno, pero supongo que no estaré solo. De todas formas, tampoco sé si lo reconocería, de ver a alguno. Soy nuevo en esto de ser vampiro y no sé mucho sobre ello. Lo que sé lo he aprendido por mí mismo.

—Pues vaya mierda de vampiro estás hecho —dijo Andrew.

Todos se rieron, incluido Alexander.

—Bueno. Ahora hablemos seriamente. Os explicaré exactamente y con palabras que entendáis lo que le ocurre a vuestra madre.

—¿Lo sabes? —preguntó Dave.

—Por supuesto, mis poderes son extraordinarios. Veréis. Los primeros síntomas del cáncer de colon son los dolores abdominales y pueden estar localizados en cualquier parte del abdomen. ¿Sientes dolores en el abdomen, Elissa?

—Sí. Esa fue la razón de que fuera al médico.

—Esto se produce cuando el intestino grueso es obstruido por el tumor. Si la obstrucción es parcial, se produce un dolor similar al de los cólicos. También se sienten dolores en la espalda, sobre todo en la zona lumbar y en las caderas.

—Cierto —dijo la mujer.

—Cuando el tumor está localizado en el intestino tiene curación con cirugía y hay un cincuenta por cien de posibilidades de que el problema termine ahí. Pero, por desgracia, vuestra madre tiene el tumor en el lado derecho del colon, que es el más agresivo, y el que peor pronóstico tiene. Además del dolor abdominal y de espalda, produce sangrado rectal.

—Alexander tiene razón en todo.

—En el caso de Elissa, el cáncer se ha propagado hasta el hígado y, en el punto que está es inoperable. A eso hay que añadir que se ha solidificado en un punto que no deja casi pasar las

heces, lo que quiere decir que tendrán que intubarla pronto. Y eso es todo.

—¿Sabes cuánto tiempo me queda de vida? —preguntó Elissa.

—Menos de tres meses.

Todos se quedaron en silencio por unos cuantos segundos.

—Yo creo que lo mejor es que nos vayamos a la cama. Tenemos muchas cosas que asimilar, sobre todo vosotros que, además de mi enfermedad, habéis descubierto que Alexander no es humano —dijo Elissa.

—Yo estoy de acuerdo con ella. Hablaremos mañana en el desayuno —dijo Erin.

—Elissa, si sientes dolor, dímelo y haré que se calme —dijo el vampiro.

Sus dos cuñados lo miraron.

—Vale —dijo la mujer.

—Sí, será lo mejor. Hablaremos mañana. Buenas noches —dijo Dave levantándose y besando a su madre en la frente.

Andrew hizo lo mismo. Los dos hermanos se retiraron.

—No lo han tomado demasiado mal, ¿verdad? —preguntó Elissa, cuando sus hijos subieron la escalera.

Capítulo 33

—¿Qué harás si mis hermanos deciden que no quieren que ayudes a mi madre con lo de su enfermedad? —preguntó Erin a su marido esa noche, cuando entraron en su dormitorio.

—Ellos no tienen nada que decir al respecto. Es tu madre quien tiene que tomar esa decisión, y parece ser que ya la ha tomado.

—Nadie quiere morirse.

—De todas formas, no creo que tus hermanos se opongan a que la ayude. Quieren demasiado a tu madre y harán lo que sea para que no muera. Aunque sí existe la posibilidad de que no acepten quien soy y la relación que mantengo con ellos cambie a partir de ahora.

—Si eso sucede tienes que hacer que olviden lo de la enfermedad de mi madre y de que eres un vampiro. Así todo seguirá igual.

—¿Quieres tener a tus hermanos engañados?

—No sería engañarlos, solo los mantendríamos en la ignorancia de saber lo que eres.

—¿Por cuánto tiempo, Erin? Porque supongo que eres consciente de que en unos años tendremos que marcharnos y establecernos en otro lugar.

—Entonces hablaríamos con ellos.

—Yo creo que lo mejor es que lo sepan todo desde ya. Somos familia y tendrán que aceptarme, sea quien sea —dijo él sacándose el suéter por la cabeza.

—Tienes razón —dijo ella acercándose a él para acariciarle los pectorales—. Entonces, ¿vas a curar a mi madre?

—Por supuesto. No quiero perderla. Y me importa un pimiento si tus hermanos no están de acuerdo.

—Me alegro. Y no sabemos si se opondrán. De todas formas, quiero que sepas que siempre te estaré agradecida por salvar a mi madre, y te compensaré por ello.

—¿Me compensarás? —dijo él rodeándole la cintura con sus brazos y acercándola a él hasta tenerla pegada a su cuerpo.

—Desde luego que sí.

—En ese caso, puedes empezar ya.

—Aún no la has curado.

Alexander le lamió los labios. Luego le devoró la boca como si estuviera hambriento de ella.

—Me has convencido —dijo Erin cuando se separaron.

Alexander fue desnudándola lentamente, mientras besaba los trocitos de piel que iban quedando al descubierto. Cuando estuvo completamente desnuda la cogió en brazos y la depositó en la cama. Entonces se terminó de desnudar él, sin apartar la mirada de su esposa.

Poco después estaban ambos sobre la cama, él debajo de ella.

Mientras lo exploraba y lo acariciaba, Erin pensó que el cuerpo de su marido era una maravilla. Era suave, pero al mismo tiempo duro. Tenía ángulos y planos, que se ajustaban a la perfección al cuerpo de ella. Era sedoso, duro y firme en algunos puntos. Le gustaba saber que tenía el poder de hacer que perdiera el control y la deseara con desesperación. Como él hacía con ella.

Poco después Alexander la giró con un solo movimiento, dejándola de espaldas en la cama. Y entonces fue él quien comenzó a acariciarla, a chuparla, a lamerla y a darle pequeños

mordiscos, que la pusieron a mil.

Erin lo cogió del pelo con ambas manos para que no se apartara de ella, cuando la lengua del vampiro le rozó el clítoris. Alexander sonrió cuando escuchó su gemido de placer.

Pasaron la noche haciendo el amor, porque, precisamente esa noche, Erin no quería permanecer echada sobre la cama y con los ojos cerrados. Porque no quería pensar.

Estaba despuntando el día cuando se echaron en la cama de lado, el uno junto al otro, mirándose.

—Quiero sentir el roce de tus dedos sobre mi piel cuando amanezca cada día. Quiero que tu olor inunde mi cerebro, para tener siempre tu aroma presente. Y quiero que, pase lo que pase, decida ser un vampiro como tú o no, permanezcas a mi lado y no dejes de quererme y de protegerme.

—Puedes contar con ello. Y he de decirte, que siempre tendrás todo lo que desees.

—¿En serio? En ese caso, tendré que pasarte la larga lista de deseos que tengo.

—¿Tienes una lista?

—Sí, la tengo. Aunque, cada vez que hacemos el amor, tacho todas las cosas que tenía apuntadas, porque ya se han hecho realidad, y comienzo otra —dijo ella sonriendo.

—¡Qué descarada eres!

—Cada vez que hacemos el amor pienso que esa vez es especial.

—Para mí siempre es especial hacer el amor contigo.

—Me gusta cuando nos miramos, sin apartar la vista el uno del otro, mientras entras y sales de mí, con exquisita lentitud, una y otra vez. Siento que nuestras miradas son como algo que nos une, mucho más allá de lo físico.

—Yo siento lo mismo. Me gusta mucho hacerte el amor. Pero también me gusta muchísimo follarte, fuerte y duro.

—A mí también.

—Me dijiste que ibas a llamar a Sam para invitarla a cenar. ¿Lo hiciste?

—Sí. Hablé con ella el lunes. Con lo de la enfermedad de mi madre olvidé decírtelo. Me dijo que su hermana estaría aquí desde el veinticuatro hasta el día uno. Las invité a que vinieran a cenar el viernes próximo.

—Estupendo. Tu madre se está levantando.

—¡Menudo oído tiene, señor vampiro! Bajaré a tomar el primer café con ella —dijo Erin besándolo en los labios y abandonando la cama. Se puso el pantalón que usaba para estar por casa y un suéter abrigado.

—Te acompaño.

Dave apareció en la cocina y se encontró a los tres tomando café en la mesa.

—Buenos días, familia —dijo besando a su madre en la cabeza y luego a su hermana.

—Buenos días —dijeron los tres a la vez.

—Para ser domingo has madrugado —dijo su hermana.

—Me ha despertado el olor del café. De todas formas, vosotros habéis madrugado más. No te muevas, mamá, yo me lo serviré —dijo, antes de que su madre se levantara y acercándose a la cafetera—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Si quieres que te sea sincera, me encuentro mucho peor que ayer. Tengo un dolor casi insoportable en la espalda.

—Buenos días a todos —dijo Andrew—. ¿Qué tal mamá?

—No me encuentro muy bien, la verdad.

—¿Habéis pensado sobre todo lo que hablamos ayer? —preguntó Alexander a sus cuñados.

—Sí. Andrew y yo estuvimos hablando un rato antes de acostarnos —dijo Dave.

—Va a llevarnos algún tiempo asimilar que eres un vampiro —añadió Andrew.

—Lo entiendo.

—Es que algo así solo pasa en las películas y en las series de ciencia ficción.

—Pues ya ves que no todo es ficción.

—Sí. Nos gustaría saber si tienes más poderes, además de los que mencionaste anoche.

—La verdad es que sí. Pero eso puede esperar. Creo que lo más importante ahora es vuestra madre. No puedo permitir que sienta esos terribles dolores, cuando puedo evitarlo.

—Tienes razón.

—Sé que no es asunto vuestro pero, ¿estáis de acuerdo en que cure a vuestra madre?

—Andrew y yo sabemos que es algo excepcional y que no deberíamos ir en contra de la naturaleza, pero no queremos perder a nuestra madre. Es el pilar de esta familia y la necesitamos. De manera que, si puedes ayudarla, te estaremos agradecidos de por vida.

—No solo voy a ayudarla, voy a curarla de su grave enfermedad y, además, de cualquier otra cosa que le ocurra a su cuerpo. Y no tenéis que agradecerme nada, porque yo tampoco quiero perderla —dijo el vampiro guiñando un ojo a su suegra.

—Bien. Explícanos el proceso que vas a seguir.

—Es muy sencillo. Me morderé y ella beberá mi sangre, como hizo vuestra hermana —dijo el vampiro—. Erin bebió directamente de mi muñeca, pero si crees que para ti puede ser desagradable, puedo verter mi sangre en un vaso para que la bebas —le dijo Alexander a Elissa.

—¿Cuánta sangre tendré que beber? —preguntó la mujer.

—En realidad, no sé la cantidad exacta, pero bastante.

—¿Sabe muy mal? —preguntó Elissa a su hija.

—Yo creo que impresiona más el saber que estás bebiendo la sangre de una persona, que el líquido en sí. Hazte a la idea de que vas a beber un jarabe.

—De acuerdo.

—¿Nuestra madre correrá algún riesgo durante el proceso?

—El riesgo más grande que correrá será si no la ayudo.

—¿Habrá alguna posibilidad de que se convierta en un vampiro?

—Absolutamente ninguna.

—¿Qué ocurrirá después de que beba tu sangre?

—Dormirá bastantes horas. Supongo que todo lo que su cuerpo necesite para recuperarse en su totalidad.

—Yo estuve dormida más de once horas —dijo Erin.

—Eso es mucho tiempo —dijo Andrew.

—¿Qué sucederá luego? —preguntó Dave.

—Cuando despierte estará totalmente recuperada.

—¿Así sin más?

—Sí. ¿Qué os parece si comenzamos? Mientras ella duerme podéis hacerme todas las preguntas que queráis.

—De acuerdo.

—¿Dónde lo haremos? —preguntó Elissa.

—Vas a estar muchas horas dormida. Lo mejor será que subas a tu habitación, te pongas el pijama y te acuestes.

—Pero me he levantado hace poco. No creo que pueda volver a dormir.

—Te dormirás tan pronto bebas la sangre.

—En ese caso, no hay problema.

—Yo me sacaré sangre aquí y la depositaré en un vaso o dos. Luego la llevaré a tu habitación y te la beberás.

—¿Y si no puedo beberla? No quiero que pienses que me da asco...

—Elissa, no voy a ofenderme por ello. De todas formas, te lo voy a hacer más fácil. Haré que pienses que estás bebiendo vino.

—¿Puedes hacer eso?

—¿Lo dudas?

—Por supuesto que no. Bueno, os dejo. Me voy a la cama —dijo Elissa a sus hijos divertida.

—Qué descanses, mamá —dijo Dave.

—Que duermas bien, mamá —añadió Andrew.

—Yo subiré luego con Alexander —dijo Erin.

—Subiremos todos con él —dijo Dave.

—Erin, busca una jarra y tráela, por favor —dijo Alexander cuando su suegra subió a la planta superior.

—Vale.

Poco después, la chica dejó una jarra de cristal sobre la mesa de la cocina.

—¿Quieres que te haga yo el corte? —preguntó Dave.

—No hace falta. Emplearé los colmillos, así os ahorraré una pregunta —dijo el vampiro mordiéndose la parte inferior de la muñeca, bajo la atenta mirada de sus cuñados.

Colocó la mano sobre la jarra y la sangre comenzó a brotar.

—Vaya, tu sangre es roja, como la de los humanos —dijo Andrew sonriendo.

—¿Pensabas que iba a ser de otro color?

—Después de saber que no eres humano, ya no sé qué pensar.

—Andrew, fui humano, como lo sois vosotros.

—Lo sé.

Los hermanos comenzaron a hacerle todas las preguntas que se les ocurrieron. Unos minutos después lo sabían todo sobre él. Y entonces Erin les contó los poderes que había adquirido ella, después de que Alexander bebiera su sangre.

—Entonces, ¿nuestra hermana también es un vampiro?

—No, aunque ella cree que casi lo es —dijo mirando a su mujer y dedicándole una tierna sonrisa.

Cuando la jarra de un litro estuvo llena el vampiro retiró la mano, se lamió la herida y la sangre dejó de brotar.

—Todavía no puedo asimilar que esté sentado junto a un vampiro, creo que es fascinante —dijo Dave.

—Estoy pensando en algo que me tiene intrigado —dijo Andrew.

—¿Qué es?

—Has dicho que los vampiros no envejecéis.

—Es cierto.

—¿Qué sucederá cuando pasen unos cuantos años y sigas igual de joven que ahora?

—Ese es el único problema que encuentro de ser vampiro.

—¿El único problema?

—Sí. Todo lo demás lo llevo bien, y Erin también. Supongo que en unos años tendré que marcharme a otro lugar y empezar de nuevo.

—¿Y nuestra hermana?

—Ella vendrá conmigo, por supuesto.

—Pero Erin envejecerá…

—Alexander me convertirá, antes de que eso ocurra —dijo ella interrumpiéndolo.

—¿Quieres ser un vampiro, como él?

—Quiero estar con él, y ese será un requisito para conseguirlo.

—¿No te da miedo?

—Dave, he visto todo lo que puede hacer mi marido. Es el ser más poderoso del planeta, y no me importaría ser como él. Puede que con el tiempo vosotros también queráis que os convierta.

—Yo no podría cambiar la comida por sangre —dijo Andrew—. No te ofendas, Alexander.

—No te preocupes. Bueno, voy arriba a curar a vuestra madre —dijo el vampiro levantándose. Cogió una copa de uno de los armarios y la jarra con sangre. Los tres hermanos lo siguieron.

—¿Qué habrías hecho si nos hubiésemos negado a que la curaras? —preguntó Dave mientras subían la escalera.

—Habría hecho que olvidarais que soy un vampiro, y también que vuestra madre está enferma. Y luego la habría curado.

—Hola, Elissa —dijo Alexander al entrar en el dormitorio y verla sentada en la cama.

—Hola, cariño.

—¿Estás preparada para que todos tus dolores desaparezcan? —dijo el vampiro sentándose a su lado.

—Desde luego que sí.

—Esta va a ser tu medicina para conseguirlo.

—Bien —dijo la mujer mirando la jarra—. ¿Me la tengo que beber toda?

—Mírame a los ojos, por favor.

La mujer levantó la mirada y lo miró a los ojos.

—Voy a servirte una copa del vino que tanto te gusta. Te la beberás toda, y luego repetirás hasta que el vino se termine.

—Vale.

Alexander sirvió la sangre en la copa y se la entregó a la mujer. Ella lo probó y sonrió.

—¿Por qué sonríes, mamá? —preguntó su hijo mayor.

—Porque este vino siempre me recuerda a vuestro padre. Era el que siempre pedía en los restaurantes, cuando salíamos a cenar. Es delicioso.

Alexander le sirvió otra copa, y otra más, hasta que se bebió toda la sangre de la jarra. Luego se levantó.

—Ahora quiero que te metas en la cama y te relajes.

—De acuerdo —dijo la mujer haciéndolo.

—Vas a dormir unas cuantas horas. Cuando despiertes bajas al salón, todos estaremos allí.

—Muy bien. Os veré luego.

—Que descanses, mamá —dijo su hija.

—Gracias, cariño. Alexander.

—¿Sí?

—Gracias.

—Ha sido un placer —dijo él inclinándose para besarla en la frente.

Los cuatro salieron del dormitorio cerrando la puerta tras ellos.

—Desde luego, ese poder, si funciona, es increíble —dijo Dave.

—Te aseguro que funcionará —dijo el vampiro.

—En ese caso, siempre estaremos en deuda contigo.

—No me deberéis nada. Lo único que os pido es que no le habléis a nadie de mí.

—Puedes estar tranquilo. Tu secreto no saldrá de esta casa —dijo Andrew.

Los tres hermanos y Alexander salieron a dar un paseo por el bosque. Cuando regresaron, prepararon la comida entre todos. Después de comer, fueron al salón a tomar un café, y vieron una película.

A media tarde, viendo que sus hermanos estaban intranquilos, Erin sacó el Monopoli y jugaron durante un par de horas.

—¿Por qué tarda tanto en despertarse? —preguntó Dave.

—Supongo que el cuerpo necesita tiempo para eliminar todo lo malo y recomponer lo que está deteriorado —dijo Alexander.

—Es que lleva mucho tiempo dormida. ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que bebió la sangre? —añadió Dave.

—Doce horas, veintiocho minutos y quince segundos —dijo el vampiro.

—Menuda exactitud —dijo Andrew sonriendo—. Y ni siquiera has mirado el reloj.

—En realidad no necesito reloj.

—Pues para no necesitarlo, llevas uno muy caro.

—Tengo más de uno —dijo Alexander sonriéndole.

—Mi hermana tiene razón, eres un arrogante —añadió Dave.

—No es arrogancia, es la realidad.

—A mí me gusta que sea arrogante —dijo Erin, girándose en el sofá para besar a su marido.

—Elissa se ha despertado —dijo el vampiro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Andrew.

—Mi oído es muy sensible.

—¿Has escuchado cómo subía los párpados? —preguntó su cuñado en broma.

—No, he escuchado que cambiaba el ritmo de su respiración.

Andrew soltó una carcajada que contagió a los otros.

—¿Subimos a verla? —preguntó Dave.

—Démosle unos minutos. Está en el baño —dijo Alexander—. Acaba de meterse a la ducha. Supongo que querrá estar presentable antes de bajar.

—Al menos ha despertado. He de admitir que estaba preocupado por si no lo hacía —añadió Dave.

—No tienes mucha fe en mi marido, ¿verdad?

—Pequeñaja, dame un poco de tiempo. Esto es nuevo para mí.

De pronto oyeron a Elissa bajar la escalera corriendo. Todos se volvieron para mirarla cuando llegó a la planta baja.

—Hola. Ya estoy aquí —dijo la mujer sonriéndoles.

Erin fue la primera que se acercó a ella para abrazarla.

—¿Cómo te encuentras?

—En mi vida me he encontrado tan bien.

Sus dos hijos se acercaron para abrazarla también.

—¿De verdad que te encuentras bien?

—Sí.

—¿No sientes ningún dolor?

—No. Me siento como si fuera joven.

—Pero mírate, estás guapísima —dijo su hija—. No hacía falta que te maquillaras para bajar a vernos.

—No llevo maquillaje.

—Pero…

—Todas las manchas que tenía de la edad, han desaparecido, y no solo las de la cara, sino las de todo el cuerpo. Y también ha desaparecido la cicatriz de la cesárea que me hicieron con Andrew.

—Es asombroso, ¿verdad? —dijo su hija.

—Y que lo digas. He notado incluso que tengo los dientes más blancos, y este, que tenía un poco torcido —dijo la mujer tocándoselo—, ahora está perfectamente.

—Desde luego, ese poder tuyo es una maravilla —dijo Dave a su cuñado.

—Sí que lo es.

—Ahora tengo un problema. Cuando mis amigas me vean, me preguntarán qué me he hecho en la cara. Han desaparecido incluso las varices que tenía en esta pierna —dijo mostrándosela.

—Lo cierto es que has dado un cambio increíble —dijo Erin.

—Estás mucho más joven —añadió Andrew.

—Ese es el problema. No me malinterpretéis, no me refiero a que sea un problema para mí, porque me encanta el aspecto que tengo ahora, pero cuando me vean…

—Diles que has cambiado de maquillaje —le dijo su hija.

—Eso haré. Lo del exterior no está mal, pero no es lo que más me importa. Lo importante es que estoy curada y todo te lo debo a ti —dijo acercándose a su yerno y abrazándolo muy fuerte.

—No me debes nada —dijo el vampiro devolviéndole el abrazo.

—Bien. Mañana volveré a mi preciosa casa. Aún no he tenido tiempo de disfrutar de ella. Voy a empezar una nueva vida. No a todo el mundo le ofrecen una segunda oportunidad, y yo voy a aprovecharla al máximo. Voy a preparar la cena. Y antes de acostarme prepararé el equipaje.

—Ve a preparar la maleta, si tantas ganas tienes de irte —dijo su hija—. Nosotros prepararemos la cena.

—De acuerdo —dijo la mujer dirigiéndose a la escalera—. Por cierto, el día de Navidad comeremos todos en mi casa.

—Estupendo —dijo Erin—. El día anterior es Nochebuena, podemos llevar la cena y pasar la velada contigo.

—Me parece bien. Os espero a todos en casa. Y no olvidéis llevar los regalos para dejarlos debajo del árbol.

—Mamá, no has comprado árbol.

—Nos iremos con ella y lo compraremos de camino a su casa —dijo Dave—. El puesto ese de los árboles no cierra hasta medianoche.

—Fantástico. Así podré decorarlo antes de acostarme.

—Gracias, Alexander —dijo Dave, cuando la mujer subió la escalera—. Mi madre parece otra persona.

—Es la misma persona, pero sin el sufrimiento de una terrible enfermedad.

Como habían acordado, el día de Nochebuena los tres hermanos y Alexander pasaron por un restaurante a recoger la cena que habían encargado y luego fueron a casa de Elissa, cargados

con las bolsas de los regalos.

Pasaron una noche fantástica. Mientras cenaban, la familia de Erin recordaba anécdotas que sucedieron cuando su padre vivía. Y Alexander les contó cosas de su antigua familia, sobre todo de sus hijos y de sus padres.

A pesar de que Alexander se acordaba mucho de sus hijos, pasó una noche estupenda. Le gustó hablar de sus pequeños con su nueva familia, y se sintió muy bien con ellos.

Al día siguiente, que era Navidad, fue increíble. La noche anterior habían hecho una sobremesa muy larga después de cenar, y habían bebido, así que la madre les dijo que se quedaran todos a dormir y así desayunarían juntos y abrirían los regalos después del desayuno.

Cuando se levantaron los tres hijos y el vampiro, encontraron a su madre preparando un desayuno de reyes. Cuando terminaron de desayunar pasaron todos al salón y abrieron los regalos.

Todos habían comprado cosas sencillas, como tenían costumbre desde siempre, pero cada uno recibió varios regalos. Aunque Alexander le había regalado a su esposa la noche anterior una de las joyas que habían conseguido en uno de sus botines y que Erin le devolvió. Un espectacular collar de rubíes con la pulsera y los pendientes a juego.

Luego vieron una película, como tenían costumbre hacer desde que el marido de Elissa vivía. Alexander se sintió como si fuera parte de esa familia desde siempre.

La comida de Navidad fue exquisita, porque Elissa era una gran cocinera, y todos disfrutaron del momento, incluido Alexander.

—¿Qué tal has pasado estos dos días? —preguntó Erin cuando llegaron a su casa.

—Han sido unos días fantásticos. Pensé que serían tristes para mí, pero todos vosotros habéis hecho que me sienta muy bien.

—Me alegro muchísimo. Para celebrarlo vamos a follar durante toda la noche.

—¿Hoy no quiere fingir que dormimos?, señora descarada.

—Lo dejaremos para mañana.

Sam y su hermana Beth bajaron del coche y se acercaron caminando, mientras admiraban la increíble cabaña.

Erin abrió la puerta antes de que sonara el timbre y Alexander se colocó a su lado. Las invitadas lo miraron. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su precioso traje italiano. La corbata había desaparecido y llevaba tres botones de la camisa abiertos, a pesar de que estaban en diciembre. Tenía una mirada gris penetrante. Parecía el dios de la sensualidad. De pronto les sonrió, con esa sonrisa perfecta de cine, cálida, pero con un toque de picardia, que las dejó obnubiladas.

—Nos alegramos de que hayáis venido —dijo Erin besando a las hermanas—. Pasad, por favor.

Las chicas entraron en el recibidor y Erin cerró la puerta.

—Me alegro de volver a veros —dijo Alexander besándolas también.

—Tenéis una casa fantástica —dijo Beth mirando a su alrededor.

—Gracias.

—Me dijiste por teléfono que era una cabaña —dijo Sam a Erin.

—Es una cabaña.

—Una cabaña enorme.

—Sí, es bastante grande. Os la enseñaré mientras Alexander prepara unas copas de vino.

—De acuerdo —dijeron las dos hermanas.

Unos minutos después regresaron asombradas.

—Es una casa alucinante —dijo Sam a Alexander cuando entraron en la cocina.

—A nosotros nos encanta —dijo él.

—Las vistas son una maravilla.

—Es fantástico cuando al despertar vemos todos esos árboles, es como si estuviéramos en medio del bosque.

—Es que estáis en medio del bosque —dijo Sam.

—Ya me entendéis. Sentaos, la cena está lista.

Alexander les indicó dónde debían sentarse, y ellas lo hicieron.

Las colocó delante de ellos, no quería que pensaran que le preocupaba tenerlas frente a él.

Poco después estaban sentados comiendo.

—Esto está exquisito.

—Gracias. La receta la he sacado de Internet —dijo Erin sonriendo.

—¿Qué tal os va la vida de casados?

—La verdad es que nos va fenomenal. Bueno, a veces tenemos nuestras cosas… Mi marido es un poco susceptible y cabezota, en algunos momentos parece que no entienda lo que le digo.

—Tienes que darle tiempo para que se acostumbre a ti. Es un hombre y los hombres no suelen entender las cosas a la primera, hay que tener paciencia con ellos —dijo Beth seria, pero con la mirada divertida.

—Eres muy graciosa, ¿lo sabías? —preguntó Alexander.

Estuvieron hablando de todo un poco mientras cenaban. Y cuando terminaron hicieron una sobremesa muy larga, mientras tomaban café y tarta.

—La próxima semana me pasaré por la biblioteca. Quiero hacer algunas consultas en unos libros —dijo Alexander.

—Trabajas en el bufete más importante de toda Escocia, ¿no tenéis allí los libros de leyes que necesitáis? —preguntó Sam.

—En ellos no he encontrado lo que busco.

—Serás bienvenido para hacer todas las consultas que necesites.

—Muchas gracias.

—Beth, ¿sigues en Atlanta?

—De momento sí, pero en unas semanas me marcharé a Méjico. Hay un caso allí que lleva a la policía de cabeza.

—¿Trabajas para la policía? —preguntó Alexander.

—Cuando se les presenta un caso difícil recurren al FBI. Y entonces me llaman para que sea el forense del caso.

—Tu trabajo parece interesante.

—A veces lo es.

—Desde luego, mucho más interesante que el mío —añadió su hermana.

—Está celosa —dijo Beth.

—No estoy celosa.

—Por supuesto que lo estás.

—¿Por qué dices que está celosa? —preguntó Alexander.

—Bueno, las dos estudiamos las mismas carreras. Ella encontró primero el trabajo de la biblioteca. Y unas semanas más tarde me llamaron para ser la forense de un caso en Denver.

Mi hermana y yo hicimos un trato. Ella permanecería en la biblioteca y yo buscaría un trabajo más importante. Y cuando lo encontrara, echaríamos a suerte quien de las dos lo cogería.

—No lo entiendo —dijo Erin—. Si te contratan a ti no podría presentarse ella al trabajo.

—¿Has olvidado que somos gemelas idénticas?

—Ah… Es cierto.

—Desde que empecé a trabajar me hecho cargo de doce casos.

—Y de todos ellos yo la he suplantado solo en tres —añadió Sam.

—Desde luego la suerte no te acompaña —dijo Erin sonriendo.

—Y que lo digas.

—No lo entiendo —dijo Alexander—. Si consideras aburrido tu trabajo, ¿por qué no buscas otro como forense?

—Beth y yo hace años que estamos haciendo una investigación personal.

—Algo de lo que, de momento, no podemos hablar. Creemos que la biblioteca es el mejor lugar para nuestra investigación —añadió Beth.

—Supongo que porque podéis tener a mano todos los libros, periódicos y documentos que necesitéis —afirmó el vampiro.

—Eso es.

—Entiendo. ¿Cuánto tiempo lleváis con esa investigación personal?

—La comenzamos cuando acabamos la universidad —dijo Beth—. Algún día os hablaremos de ello.

Siguieron hablando hasta después de medianoche y entonces las hermanas decidieron marcharse. Antes hicieron mención de ayudar a recoger la cocina, pero Erin se negó rotundamente.

Se despidieron con un abrazo y se marcharon.

—Dios mío, cuando estoy cerca de ese hombre no puedo dejar de mirarlo —dijo Sam.

—Es una maravilla. Su pelo negro enmarca unas facciones de infarto.

—Y que lo digas. Creo que sus ojos son lo más destacable de su rostro. El tono de gris no es muy usual.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero creo que es aún más impactante la forma que tiene de mirarte, es como si te atravesara.

—Tienes razón. Su mirada es penetrante y profunda. En algún momento, mientras me miraba, se me ha erizado la piel, y el aire se me ha quedado atascado en los pulmones —dijo Sam riendo.

—Me da la impresión de que ese hombre está siempre alerta, al acecho.

—Bueno, si no estamos equivocadas, es un vampiro.

—Irradia una energía y una fuerza tan potente, que hace que cada fibra de tu ser se active.

—¿Has detectado algo anormal en el comportamiento de Alexander, durante el tiempo que hemos estado en su casa?

—Nada en absoluto. Ese hombre es muy bueno ocultando lo que es.

—Bueno, considerando que desapareció de la faz de la tierra a mediados del siglo XIX, y suponiendo que es un vampiro desde entonces, ha tenido tiempo de perfeccionar su actuación con los humanos.

—Es verdad.

—Estamos como al principio. No hemos averiguado absolutamente nada.

—Necesitamos más tiempo, solo eso.

—Alexander podría aclararnos todas las dudas que tenemos.

—¿Quieres que le preguntemos de forma directa si es un vampiro?

—¡Claro que no! En primer lugar lo negaría. Y, seguramente, nos haría olvidar todo lo que sabemos, que estuviera relacionado con vampiros.

—No sabemos si tiene el poder de hacer olvidar las cosas.

—Cuando Morgan nos convirtió en lo que somos, tenía que habernos dado un teléfono para ponernos en contacto con él.

—Sí, seguramente es lo que suelen hacer los vampiros: muerden a sus víctimas y luego les dan el número de su móvil para que mantengan el contacto.

—No hace falta que seas sarcástica. Pero tienes que reconocer que nos habría sido muy útil tenerlo. Me habría evitado leer miles de libros y de periódicos buscando pistas. Y durante todos estos años que trabajo en la biblioteca no he descubierto prácticamente nada.

—Has descubierto muchas cosas extrañas.

—Cosas que no se pudieron demostrar en su momento.

—Olvidémonos de todo por ahora. Y Sam, si quieres dejar el trabajo, hazlo. La vida da muchas vueltas y puede que nos encontremos con algún vampiro.

—No podemos reconocer a los vampiros.

—Sabemos que Alexander es uno de ellos.

—Lo hemos sabido por casualidad. Pero no los reconocemos a simple vista.

—Todo se andará.

Capítulo 34

Alexander entró en la biblioteca y se acercó al mostrador.

—Buenos días.

Sam levantó la mirada del periódico antiguo que estaba leyendo y, al verlo le sonrió.

—Hola —dijo poniéndose de puntillas para besarlo en la mejilla—. ¿Los abogados no tenéis vacaciones?

—En realidad, estoy de vacaciones, no tengo que volver al bufete hasta el día dos. Erin ha ido con su madre de compras, y he aprovechado para venir a consultar algunas cosas que necesito.

—Estupendo.

—Parece ser, que quien no tiene vacaciones eres tú.

—Este es un trabajo de esclavos, solo cerramos los días festivos. ¿Necesitas ayuda para encontrar lo que buscas?

—Creo que no. Si la necesito te lo diré.

—De acuerdo. Te veo luego.

Alexander caminó hasta el pasillo donde estaban los libros de leyes y cogió unos cuantos tomos para llevarlos a una mesa. Se sentó y abrió el primer libro, bajo la atenta mirada de Sam. La chica lo miraba pasar las hojas fascinada, a pesar de que ella leía casi igual de deprisa que él. Álexander tomaba notas en un bloc.

Poco después, Sam estaba enfrascada en el periódico que leía, y el vampiro con su búsqueda en los libros de leyes.

Alexander levantó la mirada de pronto, para posarla en el individuo que acababa de entrar en la biblioteca. Era un hombre tan alto como él, delgado, pero fibroso. Llevaba un traje gris oscuro, que le sentaba de maravilla, y una camisa negra de seda con tres botones desabrochados.

El desconocido miró a su alrededor y centró su mirada en Alexander. Ambos se miraron fijamente.

El individuo se acercó al mostrador y se quedó unos segundos mirando a Sam, que estaba de lado y no lo había visto, sin decir nada. Estaba muy sorprendido porque no podía saber lo que pensaba esa mujer, y era la primera vez que le ocurría.

—Buenos días.

Sam dejó de leer para prestar atención al cliente.

—Buenos días —dijo mirándolo, asombrada por la belleza de su rostro—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Hace un tiempo compré una casa en Kirkton, un pequeño pueblo a unos veinte kilómetros de aquí.

—¿En Kirkton?

—Sí. Parece extrañada.

—No es que esté extrañada. Es solo que, yo vivo allí.

—Sí que es una coincidencia.

—¿Y en qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría conseguir los planos de una casa.

—¿De qué casa? —preguntó ella, porque se sentía algo aturdida al ver a ese hombre.

—De mi casa de Kirkton.

—¿Quiere los planos de su casa?

—Sí.

—En la biblioteca solo se recopilan los planos de monumentos, castillos y de algunas mansiones destacables.

—Bueno, no sé si se la podría definir como una mansión destacable —dijo él dedicándole una seductora sonrisa—, pero mi casa es muy grande.

—Kirkton pertenece a la ciudad de Livingston.

—Lo sé.

—Es en la biblioteca de allí donde debería preguntar.

—Ya estuve en esa biblioteca. Me dijeron que los planos de todos los edificios destacables que hay en los pueblos que pertenecen a Livingston, los trasladaron a esta.

—En ese caso, le acompañaré hasta la zona donde se encuentran los planos. Aunque no sé si el de su casa estará entre ellos.

—Gracias.

—Un momento, he de coger el listado —dijo ella acercándose a una de las mesas y buscando en un gran montón de papeles. Cogió varios folios plastificados y unidos por un clip—. Siento haberle hecho esperar.

—No me importa haber esperado.

—En todo el tiempo que llevo trabajando aquí, es la primera vez que alguien viene buscando un plano.

—Supongo que siempre hay una primera vez para todo.

—Eso parece.

Sam salió de detrás del mostrador y se unió a él. Al pasar junto a la mesa donde se encontraba Alexander, el hombre se volvió hacia él y sus miradas se encontraron de nuevo.

Sam caminó por los pasillos seguida por el cliente, que no apartaba la vista del cuerpo de la chica. Le gustaba el sensual movimiento de sus caderas, enfundadas en un ajustado vaquero que se amoldaba a sus curvas a la perfección. Se extrañó de que se sintiera atraído por ella, porque era la primera vez que le atraía una humana.

—Por cierto, me llamo Sam —dijo ella deteniéndose junto a una gran mesa.

—Michael.

—Encantada de conocerle.

—Lo mismo le digo.

—Bien, todos esos tubos contienen los planos —dijo señalando una estantería, que llegaba desde el suelo hasta el techo, repleta de tubos cilíndricos.

—Vaya, hay muchos.

—Sí, le va a llevar algún tiempo encontrarlo, suponiendo que esté ahí. Siento no poder ayudarlo, pero mi compañera no ha venido hoy y no puedo dejar solo el mostrador.

—No se preocupe, me las apañaré.

—Allí hay una escalera, por si necesita coger alguno que esté en lo más alto —dijo ella señalándo el rincón—. Aunque usted es muy alto y seguro que llega sin necesidad de la escalera.

—De todas formas, gracias.

—Este es el listado de todos los planos que tenemos —dijo entregándole las hojas—, que por cierto, está por orden de mayor a menor. Eso le facilitará el trabajo.

—Estupendo.

—Como comprobará, hay un número en cada uno de los tubos de los planos, y tiene que buscar el número en la lista que coincida con él.

—De acuerdo.

—Junto a los números se especifica el tipo de edificio, el propietario del mismo y propietarios anteriores, y la dirección donde está ubicado.

—En ese caso, creo que lo mejor es que compruebe primero en el listado el edificio que busco y si lo encuentro buscaré el plano que, por lo que veo, no están por orden de menor a mayor.

—Eso parece —dijo Sam, mirando la estantería—. Lo siento.

—No importa.

—Cuando tenga tiempo los ordenaré. Puede utilizar esa mesa para extender el plano, si lo encuentra y quiere examinarlo —dijo ella, señalándola.

—Si está aquí lo encontraré. En ese caso, ¿podré llevármelo para hacer una copia?

—Sí, siempre que nos permita tomar nota de su documentación.

—No hay problema.

—Bien, le dejo.

—La veo luego.

Sam se alejó de él y soltó de golpe el aire que había retenido en sus pulmones sin darse cuenta. Estar tan cerca de ese hombre la había afectado seriamente.

Michael solo tardó quince minutos en localizar el plano que buscaba, sin duda, sus poderes como vampiro habían ayudado.

—Ya lo tengo —dijo el vampiro delante del mostrador.

—¿En serio lo ha encontrado? Pensé que le llevaría horas.

—Supongo que he tenido suerte. ¿Qué necesita para que me lo pueda llevar?

—Supongo que no llevará el pasaporte con usted.

—No, pero llevo el carnet de conducir. ¿Le sirve eso?

—Sí —dijo ella mientras anotaba el número del plano que se llevaba.

Michael sacó la cartera del bolsillo de la chaqueta, cogió de ella el carnet y se lo dio.

—Haré una copia.

—De acuerdo.

—¿Cuándo cree que podrá traer el plano? —preguntó Sam, después de devolverle el carnet.

—Mañana mismo. Tengo una fotocopiadora en mi estudio. Le dejaré mi tarjeta, por si necesita una dirección —dijo sacándola de la cartera y entregándosela.

—Gracias. Michael Anderson —dijo ella, leyendo el nombre de la tarjeta.

—Ese soy yo.

—Es arquitecto.

—Sí. ¿Necesita algo más?

—No.

—Entonces, la veré mañana.

—De acuerdo.

Michael caminó hacia la puerta de entrada y se volvió para mirarla una vez más, antes de salir. Sam seguía mirándolo, pero al ver que él la miraba apartó la vista.

El vampiro salió de la biblioteca y cruzó la calle para llegar a su coche, que estaba aparcado enfrente del edificio. Abrió la puerta trasera del Mercedes y dejó el plano sobre el asiento. Luego se sentó al volante, cogió el móvil e hizo una llamada.

—Hola, Michael.

—Hola, Frank. ¿Puedes hablar?

—Sí, mi paciente acaba de marcharse. ¿Qué ocurre?

—¿Te has encontrado alguna vez con un humano al que no pudieras leerle la mente?

—No.

—Pues yo acabo de estar con una chica y no he podido saber lo que pensaba —dijo Michael mirando hacia la ventana de la biblioteca.

En ese momento, Sam se encontraba mirando por la ventana hacia el coche de él. Aunque no podía distinguirlo, porque los cristales eran oscuros. Michael bajó el cristal para que viera que sabía que lo estaba mirando, pero ella no apartó la mirada.

—Puede que no estuviera pensando en nada —dijo el hombre que hablaba con el vampiro.

—Aunque no estuviera pensando en nada, estaba leyendo un periódico y yo debería saber lo que leía.

—Tienes razón.

—¿Qué crees que sucede?

—Lo único que se me ocurre es que no sea humana.

—¿Crees que no distingo a un humano?

—No lo sé, Michael. Pero es muy raro que no hayas podido saber lo que piensa. ¿Dónde la has visto?

—En la biblioteca. He ido a ver si tenían el plano de la casa de Kirkton.

—¿Lo tenían?

—Sí. Lo tengo conmigo. En llegar al estudio haré unas copias.

—Estupendo.

—Y otra cosa. En la biblioteca había un vampiro.

—¿Estás seguro?

—¿Qué pasa? ¿También vas a decirme que no reconozco a uno de los nuestros?

—No, pero lo que te ha pasado con esa chica no es normal. Esta noche lo comentaremos con Victor.

Michael desvió la vista hacia otra de las ventanas de la biblioteca y vio al vampiro mirándolo. Entonces subió el cristal, arrancó el coche y se alejó. Aunque Alexander se fijó en la matrícula.

Cuando Alexander volvió a casa después del trabajo, encontró a su mujer en la cocina preparando la comida.

—Hola, cielo —dijo él rodeándole la cintura con sus brazos y besándola en el cuello.

—Hola, bombón. ¿Qué tal has pasado la mañana?

—Tú sí que eres un bombón. La mañana no ha estado mal. ¿Y tú?

—Mi madre y yo hemos pateado toda la ciudad. Creo que hemos estado en todas las tiendas del centro. Desde que bebió tu sangre es incansable.

—¿Ha comprado todo lo que quería?

—Lo que quería y también cosas que no necesitaba.

—Déjala que disfrute de su segunda vida, como la llama ella.

—¿Me has echado de menos?

—La verdad es que sí. Ha habido un momento en el que me hubiera gustado que estuvieras conmigo.

—¿Para follarme?

—Eres una descarada —dijo dándole una palmada en el trasero.

—Lo sé —dijo ella sonriéndole.

—Aunque he de admitir que no me hubiera importado follarte, quería que hubieras estado

conmigo, porque ha sucedido algo, que sé que te habría gustado presenciar.

—¿Has estado en algún sitio, además de en la biblioteca?

—No.

—¿Qué puede haberte sucedido en la biblioteca que pudiera interesarme?

—He visto un vampiro.

—¿De verdad? ¡Maldita sea!, y yo me lo he perdido. ¿Lo has visto en la biblioteca?

—Sí.

—¿Cómo has sabido que era un vampiro?

—No lo sé. Simplemente, lo sabía. Y él también me ha reconocido, porque se ha vuelto a mirarme, y no una sola vez.

—Puede que fuera gay.

—Por cómo miraba a Sam, no lo creo.

—¿Le has preguntado a ella?

—¿Si le he preguntado qué?

—No sé… ¿quién es? ¿si lo conocía de antes? ¿a qué se dedica? ¿dónde vive?

—¿Qué crees que habría pensado Sam si le hubiera hecho todas esas preguntas sobre él?

—No lo sé.

—De todas formas, yo tengo la respuesta para todas tus preguntas, porque he escuchado la conversación que han mantenido. Y, además, he visto la matrícula de su coche.

—¿De qué te sirve tener su matrícula?

—No lo sé. Puede que me ayude para encontrar el vehículo. En las películas sucede.

—Me temo que has visto muchas películas.

—Es posible que mis poderes ayuden a encontrarlo.

—En eso confío más.

—Gracias por tu confianza.

—De nada. Bien, contéstame a todas las preguntas.

—Se llama Michael Anderson y es arquitecto. Y Sam no lo conocía de antes.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es tan alto como yo y tiene mi misma constitución. En cuanto a su rostro… Por cómo lo miraba Sam, seguro que te gustaría. A mí me ha parecido muy atractivo y elegante.

—¿Crees que a Sam le ha gustado?

—Sin la menor duda. Si hubiera podido leerle la mente, te hablaría de lo que pensaba al respecto.

—¿Sabes algo más?

—Creo que él tampoco podía leerle la mente a Sam.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando ha entrado, se ha acercado al mostrador. Sam estaba de lado y no lo había visto, pero él se ha quedado mirándola, sin decir nada, como si estuviera preguntándose, porqué no podía saber lo que pensaba.

—Así que no te sucede solo a ti.

—Eso parece. Aunque no estoy completamente seguro de que sea cierto.

—¿Qué hacía en la biblioteca?

—Parece ser que ha comprado una casa en Kirkton.

—¿Lo dices de verdad?

—¿Por qué iba a mentirte? Aunque no sé si vive en ella en este momento.

—¿Por qué lo dices?

—Ha ido a la biblioteca buscando, precisamente, el plano de esa casa que ha comprado. Sam le ha dicho que en las bibliotecas solo guardaban los planos de los monumentos, los castillos o los edificios importantes, como ciertas mansiones. Y él le ha contestado que no estaba seguro de si su casa podría definirse como una mansión, pero que era muy grande. Y debe ser grande, porque el plano estaba allí.

—Entonces, ¿se supone que va a vivir en el mismo pueblo que nosotros?

—No tengo ni idea, pero cabe la posibilidad.

—Me gustaría que viviera cerca de nosotros. Podríamos visitarnos y, tal vez cenar juntos de vez en cuando.

—¿Vas a invitar a cenar a un vampiro?

—¿Por qué no? ¿Acaso tú no cenas?

—Pero solo cuando hay gente delante, o por acompañarte. Además, no sé la vida que lleva ese hombre. Puede que sea un asesino despiadado.

—¿Te ha parecido un asesino?

—No. Lo cierto es que era muy normal. De todas formas, es posible que quisiera el plano para hacer reformas en la casa y luego venderla.

—Tenías que haber hablado con él.

—¿De qué iba a hablar con él?

—De los vampiros. No te vendría mal que uno de los tuyos te informara de todo lo que eres capaz de hacer. Posiblemente tengas poderes que aún desconoces.

—De eso estoy seguro. Pero, ¿qué iba a decirle? Hola, soy un vampiro, como tú.

—Hombre, no seas soso. Haces unos discursos increíbles cuando estás en el juzgado y ¿no se te va a ocurrir nada que decirle a una persona que no conoces?

—Supongo que podría hacerlo.

—¿Crees que podrías localizar su coche?

—Sí.

—Entonces vamos a hacer un plan para encontrarnos con él de forma casual. O mejor, para encontrarme yo con él. Puede que al ser mujer se preste más a hablar conmigo.

—Miedo me das con tus planes.

—Todo va a salir bien, ya lo verás. La verdad es que me gustaría tenerlo por vecino.

—Claro, es mejor que todos los vampiros estemos reunidos —dijo Alexander con sarcasmo.

—Y también las mujeres a quien los vampiros no pueden leerles la mente. Recuerda que Sam y su hermana también viven en ese pueblo.

—Dios mío, esto ya empieza a ser demasiada casualidad.

—Beth, ya estoy en casa —dijo Sam.

—No hacía falta que gritaras, te escucharía aunque lo dijeses en un susurro.

—Es la costumbre.

—Pareces contenta.

—Estoy contenta.

—¿Has encontrado algún artículo interesante?

—No. Algo muchísimo mejor que eso. He conocido al hombre más increíble que te puedas imaginar.

—Pensaba que ese hombre era Alexander. Al menos es lo que me dijiste el día que lo viste por primera vez.

—Tienes razón. Pero este hombre es…

—Vaya. Últimamente te impresionan todos los hombres.

—Todos no.—Bien, háblame de él.

—Se llama Michael Anderson y es arquitecto. Y me gusta. Me gusta muchísimo.

—¿Cuántas veces lo has visto?

—Hoy ha sido la primera vez. De haberlo visto antes te habría hablado de él.

—¿Qué aspecto tiene?

—Un aspecto increíble —dijo sonriéndole.

—¿Eso es todo lo que me vas a decir?

—Es muy alto, medirá alrededor de un metro noventa. Cuando lo he visto llevaba un traje que le sentaba de maravilla. Tiene el pelo rubio y liso. Lo lleva algo más largo que lo tradicional, y tiene unos preciosos ojos verdes. Me gusta muchísimo.

—Eso ya lo has dicho.

—Lo sé.

El sábado siguiente, Alexander aparcó el coche delante del estudio de arquitectura del vampiro que había visto en la biblioteca.

—Ese Mercedes negro es su coche —dijo él a su mujer.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro.

—¿Qué pasa? ¿Todos los vampiros tienen un Mercedes?

—No lo sé. Aunque yo tengo un Mercedes, porque me regalaste el llavero de esa marca y no tuve otra opción.

—Claro, por supuesto que tener un llavero fue la razón para que lo compraras. ¿Puedes localizar dónde se encuentra él?

—Está en el local ese que tiene la fachada de mármol y las letras de arriba en acero.

—¿Qué pone en las letras? No lo distingo desde aquí —dijo ella.

—¿Y tú te consideras un vampiro?

—No empieces con tu arrogancia. ¿Qué dicen las letras?

—Estudio de arquitectura M. Anderson.

—Dijiste que es arquitecto, y que se llamaba Michael Anderson, será su estudio.

—Me gustas por tu inteligencia y por tu poder de deducción.

—No te burles de mí.

—Bien. Ya lo tenemos localizado. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Cómo voy a saberlo? Improvisaremos. Deberíamos buscar la forma de que yo me encontrara con él, o mejor, que tropezara con él. ¿Podrías saber cuándo va a salir?

—No.

—Para ser vampiro, me estás decepcionando.

Alexander se rio.

—Cielo, ese local está demasiado lejos.

—Entonces, aparca más cerca. Mira, ahí va a salir un coche —dijo ella señalando el vehículo que había puesto el intermitente para unirse al tráfico—. Está muy cerca del local.

—Y también muy cerca de su coche.

—Date prisa en arrancar o nos quitarán el aparcamiento.

Alexander puso el coche en marcha y aparcó en el hueco.

—Si cuando salga camina en esta dirección nos verá.

—¿Y qué pasa si nos ve?

—Que me reconocerá. Y sabrá que le estoy siguiendo.

—No hace falta que especules tanto. ¿Cuántas personas hay en el local?

—Solo está él.

—Claro, es sábado. Seguro que los sábados no trabajan. ¿Qué está haciendo?

—Está hablando por teléfono con un cliente.

—Supongo que a esta distancia podrás saber cuándo va a salir.

—Sí.

—Cuando sepas que está preparándose para salir me lo dices y bajaré del coche.

—¿Y qué harás?

—Caminaré por la acera, mientras miro el móvil distraída. Y cuando esté cerca, me chocaré con él.

—¿Y qué le dirás?

—Lo que se dice en esos casos. Me disculparé.

—No sé para qué va a servir eso.

—Yo tampoco, pero a lo mejor se queda pensando en mí y en por qué no puede leer mi mente. Aunque, claro, también cabe la posibilidad de que ese vampiro no sea como tú y sí pueda saber lo que pienso —dijo ella de forma descarada.

—Te estás pasando burlándote de mí. ¿Has olvidado que soy el ser más poderoso del planeta?

—Puede que ese vampiro sea más poderoso que tú.

Alexander la cogió del pelo para acercarla a él.

—Ay. Me has hecho daño.

Pero ya no se quejó más, porque Alexander la besó de manera violenta, como si quisiera devorarla, y se olvidó de todo lo que no fuera él.

—Me gusta mucho que me beses.

—Y a mí besarte.

—Cuando salga a encontrarme con él, aprovecharé e iré a dar una vuelta. Así daré tiempo para que ese vampiro se vaya y no pueda seguirnos.

—Bien. ¿Estás preparada?

—¿Para qué?

—Ese hombre está recogiendo sus cosas para marcharse. Saldrá de un momento a otro.

—Oh.

Erin abrió la puerta del coche, abrió el bolso y sacó el móvil, luego bajó del vehículo y volvió a dejar el bolso en el asiento del copiloto.

Cerró la puerta y caminó despacio hacia la entrada del local, simulando que miraba el móvil que llevaba en la mano. Vio al vampiro cerrar la puerta del estudio. Antes de que atravesara la acera para subir al coche, ella chocó con él y cayó de espaldas. Pero antes de que tocara el suelo, el vampiro la sujetó de los brazos y la puso de pie.

—¡Menudos reflejos! —dijo ella sonriéndole—. Discúlpeme, iba distraída mirando el móvil y no lo he visto.

—No importa. ¿Está bien?

Cuando tuvo al vampiro delante, algo le oprimió el pecho y le subió hasta la garganta sin dejarla respirar por unos segundos. ¿Sería miedo?, se preguntó.

—Sí. Le agradezco que no me dejara caer.

—Habría sido una lástima que se manchara su precioso vestido.

—Gracias.

Alexander le había dicho que ese hombre era atractivo. Pero no era solo atractivo, la belleza de su rostro era arrebatadora.

—¿Vive por aquí? Es la primera vez que la veo.

—No, vivo en Kirkton, un pequeño pueblo que está a diecinueve kilómetros de aquí. Mi marido y yo hemos venido a hacer algunos recados.

—¿Y dónde está su marido?

—Me espera en el coche, en ese Mercedes gris —dijo ella señalándolo.

El vampiro levantó la mirada y la centró en Alexander.

—Bueno, la dejo para que siga con sus recados. Que tenga un buen día.

—Lo mismo le deseo. Por cierto, soy Erin Knight —dijo ella tendiéndole la mano.

—Michael Anderson —añadió él estrechándosela—. Ha sido un placer conocerla.

—Para mí también —dijo ella dedicándole una preciosa sonrisa—. Puede que nos veamos por ahí.

—No lo dude —dijo él sonriéndole de forma seductora.

Erin siguió caminado por la acera y Michael volvió a mirar a Alexander antes de subir a su coche y alejarse de allí.

Michael entró en el salón de su casa y se encontró a sus dos amigos.

—He conocido a otra mujer a quien no puedo leerle la mente.

Frank y Victor se rieron.

—No sé por qué os reís, a mí no me hace ninguna gracia. Nunca me había pasado, y no es normal que me suceda con dos personas.

—Desde luego que no es normal —dijo Frank.

—¿Y a que no sabéis dónde vive?

—Michael, somos vampiros, no adivinos —dijo Victor.

—Vive en Kirkton, en el mismo pueblo que vive la chica de la biblioteca, a quien tampoco puedo leerle la mente.

—Nos dijiste que te sentiste muy atraído por esa chica. Es posible que tuvieras el cerebro obnubilado por lo que sentías por ella —dijo Victor sonriendo.

—O también puede ser que sea un pueblo maldito y nuestros poderes no funcionen allí —añadió Frank bromeando.

—Y no sabéis lo mejor.

—Sorpréndenos —dijo Victor.

—El vampiro que vi en la biblioteca es su marido.

—¿El de la bibliotecaria?

—No, el de la mujer que me he encontrado hoy.

—Eso ya me parece demasiada coincidencia —dijo Frank.

—Y tanto que lo es —añadió Victor.

—Seguro que él sabe cuál es la razón de que no pueda leerle la mente a su mujer.

—Apuesto a que sí.

—Y hay algo que aún os va a sorprender más. Los he seguido cuando iban para su casa. Y viven en una cabaña, en el mismo bosque en el que tenemos la casa.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—La cabaña es enorme y preciosa. Tiene unos ventanales increíbles. He visto que hay apilados a un lado de la propiedad materiales de construcción y una buena cantidad de troncos, todos iguales. Creo que van a construir una valla alrededor de la propiedad.

—Tú también has construido una en nuestra casa.

—Que un vampiro viva en el mismo pueblo donde vivimos nosotros, y haya, además, dos

mujeres a las que Michael no puede leerles la mente, ya no parece una coincidencia —dijo Frank.

—Puede que ese pueblo sea un nido de vampiros —añadió Victor, haciéndolos reír.

—Os aseguro que las dos mujeres, a quienes no puedo leerles la mente, no son vampiros.

Erin regresó al coche, después de hacer algo de tiempo en una tienda de ropa, por si el vampiro seguía por allí. Abrió la puerta, cogió el bolso que estaba sobre el asiento y se sentó.

—¿Podrías decirme que llevas en el bolso?

—Pues, cosas. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque pesa tanto, que cuando lo has dejado en el asiento del coche, se ha puesto en marcha la alarma de que el pasajero debía ponerse el cinturón de seguridad.

Erin se rio.

—¿Has escuchado nuestra conversación?

—Sí. Y me he dado cuenta de que ese tío estaba flirteando contigo.

—No digas tonterías.

—¿Tonterías? *Habría sido una lástima que se manchara su precioso vestido* —dijo Alexander, repitiendo las palabras que le había dicho el desconocido.

Erin se rio.

—O, *¿Vive por aquí? Es la primera vez que la veo.*

—Estás celoso.

—¡Por supuesto que estoy celoso!

—No tienes que estar celoso, cariño. Para mí no existe ningún hombre más que tú —dijo ella acercándose para besarlo en la mejilla—. Ahora ya sabe que vivimos en Kirkton.

—Y también sabe que Sam vive en el mismo pueblo que nosotros.

—Si no puede leernos la mente a ninguna de las dos, pensará que en ese pueblo sucede algo raro.

—O que es un pueblo habitado por vampiros y seres extraños.

—Cuando dices *seres extraños,* ¿te refieres a Sam y a mí?

—Sí. ¿Qué te ha parecido el vampiro?

—Al decirme que era atractivo te quedaste muy corto. ¿Todos los vampiros tendrán el mismo aspecto? Porque yo solo conozco a dos, pero, ¿no crees que es una coincidencia que los dos seáis unos hombres fuera de serie?

—Gracias por el cumplido, pero he de decirte que yo era igual en mi otra vida que ahora, antes de que me convirtieran. El único cambio que noté fue que habían desaparecido las cicatrices que tenía y que mi dentadura se convirtió en perfecta.

—Es lo mismo que me sucedió a mí cuando bebí tu sangre.

—Sí, ahora eres perfecta.

—Gracias, cariño.

—Aunque tengo que decirte que el vampiro que me convirtió a mí era un hombre normal, no muy alto y no muy atractivo.

—Entonces no todos los vampiros son machos Alfa.

Alexander se rio.

—Estoy pensando. ¿Cuál será la casa que ese arquitecto ha comprado en Kirkton?

—Teniendo en cuenta lo que dijo Sam, tiene que ser muy grande, y solo hay una casa así en el pueblo. La que está justo enfrente de la casa de Sam.

—Es cierto, la vi cuando fui con mi madre a ver las dos propiedades que estaban a la venta en el bosque.

—Es una casa muy enorme y le habrá costado mucho dinero.

—Es arquitecto y los arquitectos, si son buenos, ganan mucho dinero. Y ese tiene pinta de ser muy bueno.

—¿Por su aspecto sabes que es un buen arquitecto?

—Sí. Puede que la haya comprado a buen precio, ya que está en un pueblo muy pequeño.

—Es posible. Aunque también es posible que esa no sea la casa. Puede haber otra a las afueras de la ciudad.

—Tienes razón. Tenemos que hacer un plan para encontrarnos con ese vampiro y que tú puedas hablar con él.

—No creo que tenga mucho interés en hablar conmigo. Si hubiera querido hablar conmigo, me habría dicho algo en la biblioteca.

—¿Sabes? Tengo un presentimiento —dijo ella.

—¿Sobre qué?

—Tengo la sensación de que nuestra vida va a ser muy interesante y emocionante.

—Estoy seguro de ello. Y ahora, si no te importa —dijo él cogiéndola de la mano y sacándola de la cocina—, vamos a subir a nuestra habitación y vamos a hacer el amor hasta que caigamos rendidos.

—Nosotros no nos cansamos —dijo ella de forma traviesa mientras subían la escalera.

—Mejor aún.

—Pero, yo tengo hambre.

—Yo haré que te olvides del hambre.

—Vale —dijo ella sin rechistar—. Me gusta mucho vivir en este pueblo.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con que otro vampiro tenga una casa aquí? —preguntó él cuando entraron en el dormitorio.

—Es posible —dijo ella sonriendo.

—¿No tienes bastante con un vampiro?

—Sí…, pero tienes que reconocer que es muy guapo —respondió de forma insolente.

—Te mereces un buen castigo por haber dicho eso —dijo él cogiéndola bruscamente de la nuca para besarla y dejarla sin sentido.

—¿Ese ha sido tu castigo? Porque más que un castigo me ha parecido una gratificación.

—¡Serás descarada! Exclamó él abrazándola muy fuerte.

Erin se sintió desbordada por la ola de sensaciones que sentía al estar cerca de su marido, la forma íntima y delicada en que él le acariciaba los costados y la espalda, su aroma y, sobre todo, su mirada. Los ojos de Alexander la tenían obnubilada. Ojos que, en ese momento, la miraban como si fuese la única mujer del planeta.

—Te quiero.

—Y yo a ti, cielo.